





OBRAS

DE

FR. LUIS DE GRANADA

IV



Esta edición de las *Obras de Fr. Luis de Granada* consta de los tomos siguientes:

I. GUÍA DE PECADORES.
II. LIBRO DE LA ORACIÓN Y MEDITACIÓN.
III. MEMORIAL DE LA VIDA CRISTIANA.
IV. ADICIONES AL MEMORIAL DE LA VIDA CRISTIANA.
V-IX. INTRODUCCIÓN DEL SÍMBOLO DE LA FE.
X. GUÍA DE PECADORES *(texto primitivo).*
TRATADO DE LA ORACIÓN Y MEDITACIÓN *(compendio).*
XI. MANUAL DE ORACIONES.
MANUAL DE ORACIONES *(ampliado).*
MEMORIAL DE LO QUE DEBE HACER EL CRISTIANO.
TRATADO DE ALGUNAS ORACIONES.
VITA CHRISTI.
TRATADO DE MEDITACIÓN.
RECOPILACIÓN DEL LIBRO DE LA ORACIÓN.
XII. IMITACIÓN DE CRISTO.
ESCALA ESPIRITUAL.
ORACIONES Y EJERCICIOS ESPIRITUALES.
XIII. COMPENDIO DE DOCTRINA CRISTIANA *(trad. del P. Cuervo).*
XIV. DOCTRINA ESPIRITUAL.
DIÁLOGO DE LA ENCARNACIÓN.
SERMÓN DE LA REDENCIÓN.
VIDA DEL B. JUAN DE AVILA.
VIDA DEL V. D. FR. BARTOLOMÉ DE LOS MÁRTIRES.
VIDA DEL CARDENAL D. ENRIQUE, REY DE PORTUGAL.
VIDA DE SOR ANA DE LA CONCEPCIÓN, FRANCISCANA.
VIDA DE DOÑA ELVIRA DE MENDOZA.
VIDA DE MELICIA HERNÁNDEZ.
CARTAS.
SERMÓN EN LAS CAÍDAS PÚBLICAS.

VIDA DE FR. LUIS DE GRANADA, *por el P. Fr. Justo Cuervo.*

BIBLIOGRAFÍA GRANADINA, *por el mismo.*

OBRAS

DE

FR. LUIS DE GRANADA

DE LA ORDEN DE SANTO DOMINGO

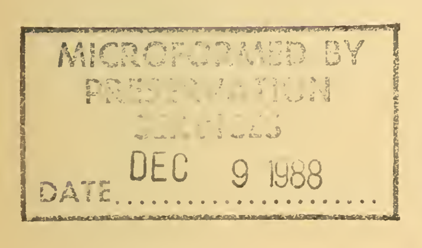
EDICIÓN CRÍTICA Y COMPLETA

POR

FR. JUSTO CUERVO

DE LA MISMA ORDEN
DOCTOR EN FILOSOFÍA Y LETRAS
LECTOR DE TEOLOGÍA

TOMO IV





MADRID
IMPRENTA DE LA HIJA DE GÓMEZ FUENTENEBRO
CALLE DE BORDADORES, NÚM. 10.
1907

PRÓLOGO

Las *Adiciones al Memorial de la Vida Cristiana,* que forman este volumen, imprimiéronse por vez primera en Salamanca, en dos tomos, el año de 1574. El tomo primero contiene un hermosísimo *Tratado del Amor de Dios,* y el segundo unas *Meditaciones muy devotas sobre algunos pasos y misterios principales de la vida de Nuestro Salvador,* materias tratadas compendiosamente en el *Memorial de la Vida Cristiana,* y ahora maravillosamente desarrolladas con toda la elocuencia granadina. De ahí el título de *Adiciones.* Reproducimos con toda fidelidad la edición príncipe, la cual sufrió ligeras modificaciones en las ediciones posteriores. En la de Salamanca, 1579, sólo hallo suprimido este pasaje: «¿Qué sintiera... cual era Judas» (pág. 400, líneas 19-30). Y en otra edición de Salamanca, 1586, se añadieron los capítulos siguientes:

De la conveniencia del misterio de la Encarnación (página 260).

De la hermosura y excelencia de la sacratísima humanidad de Nuestro Redentor (pág. 269).

De la grandeza de los dolores de la pasión de Nuestro Salvador (pág. 444-456).

De la venida del Espíritu Santo.

De la Asunción de Nuestra Señora.

De la Coronación de Nuestra Señora.

De los misterios del Rosario (pág. 506-520).

He conservado estos capítulos en el mismo lugar en que

el Venerable Padre los colocó, para que el lector pueda aprovecharse de ellos sin cortar el hilo del discurso.

El *Tratado del Amor de Dios* es de lo más admirable que nos ha legado el genio sublime de Granada. Expuestas nueve excelencias del amor divino, extiéndese en explicar los medios por do se alcanza este amor, y los impedimentos que de él nos apartan, para concluir con siete consideraciones sobre los beneficios divinos, y otras siete sobre las perfecciones divinas, motivos principalísimos del amor de Dios. Estas consideraciones son otros tantos modelos de la más alta y divina elocuencia, donde se habla soberanamente de la creación y gobernación del mundo, de la encarnación, de la redención, de los sacramentos, de la justificación y de la conservación en la gracia. Tratando de la encarnación del Hijo de Dios, empieza de esta manera: «Adóroos, Señor mío Jesucristo, rey de los cielos, lumbre del mundo, señor de los señores, príncipe de paz, virtud de Dios, y sabiduría del Eterno Padre. Adóroos, reconciliador de los hombres, abogado de los pecadores, refrigerio de los trabajados, consuelo de los afligidos y galardón de los justos. Adóroos, pan de vida, medicina del ánima, redemptor del mundo, alegría del cielo, sacrificio agradable, hostia pacífica, que con la suavidad y olor de vuestras virtudes inclinastes los ojos del Eterno Padre á que mirase nuestras miserias, y oyese nuestros gemidos, y nos recibiese en su gracia. Oh piadosísimo Jesú, aquí vengo á confesar esta inestimable piedad de que usastes con nosotros sin habérosla merescido, y á ofreceros sacrificio de alabanza por todos los beneficios que tuvistes por bien hacer á esta mala semilla, vasos de ira, hijos reprobados, siervos sin provecho y merecedores de muerte. Porque siendo tales cuales éramos, inclinastes vuestros ojos dende lo alto á mirar nuestras miserias, y vistes la aflicción de vuestro pueblo, y descendistes á libertallo. Y siendo verdadero Hijo de Dios, que sustentáis todas las cosas con vuestra virtud, y las regís con vuestra sabiduría, ante cuyo nombre se arrodilla toda la naturaleza criada, con todo eso no os

desdeñastes de inclinar la alteza de vuestro poder á la cárcel tenebrosa deste siglo, y haceros participante de nuestras miserias, y vestiros del saco de nuestra mortalidad, para consumir con vuestro poder nuestra flaqueza, y trocar nuestra mortalidad en eternidad, y lavar nuestros pecados con vuestra sangre, y restituir nuestra naturaleza á la inocencia perdida» (pág. 151).

Pero donde Fr. Luis de Granada se excede á sí mismo, es en las siete consideraciones de las perfecciones divinas y de otras muchas razones que mueven al amor de nuestro Señor (pág. 196). Ahí las tiene el lector. Léalas sosegada, afectuosa y devotamente, y se enamorará de la infinita bondad y hermosura de Dios, nuestro padre, nuestro hermano, esposo de nuestras almas, criador y salvador todo nuestro, admirando siempre la elocuencia sobrehumana del Venerable Granada.

Fr. Justo Cuervo

ADICIONES AL MEMORIAL
DE LA VIDA CRISTIANA

QUE COMPUSO

EL R. P. FR. LUIS DE GRANADA

DE LA ORDEN DE SANTO DOMINGO

EN LAS CUALES SE CONTIENEN DOS TRATADOS

UNO DE LA PERFECCIÓN DEL AMOR DE DIOS

Y OTRO DE ALGUNOS PRINCIPALES MISTERIOS

DE LA VIDA DE NUESTRO SALVADOR

COMPUESTOS POR EL DICHO PADRE

CON LICENCIA Y APROBACIÓN

EN SALAMANCA
EN CASA DE MATÍAS GAST

M.D.LXXIIII
Con privilegio de Castilla y Aragón
Está tasado en tres mrs. el pliego

LICENCIA DEL P. PROVINCIAL

Nos os Padres abaxo nomeados por commissam do muito R. P. Mestre F. Francisco de Bovadilla, provincial da provincia de Portugal, vimos estas Addiciôes do Memorial da Vida Christâa que compos o R. P. Mestre Frey Luis de Granada. Nas quaes nam achamos cousa algûa que nam seja conforme a doctrina catholica da sancta madre Igreja, mas antes nos parece livro muito necessario para as pessoas que querem alcançar o caminho da perfeiçam, como o foram todos os outros livros que o sobredito Padre compos. Po lo qual nos parece dignissimo de se imprimir. En S. Domingos de Lisboa a 25 de Março, 1573.

Frater Antonius de Sancto Dominico magister.

Frey Bertholomeu Ferreira presentado in S. Theol.

Por la presente yo F. Francisco de Bovadilla, después de haber cometido el examen destas Adiciones del Memorial de la Vida Cristiana, las cuales compuso el R. P. Fr. Luis de Granada, á los Reverendos Padres arriba escritos, y vista la aprobación dellos, doy licencia al dicho Padre para que los pueda imprimir. Dada en nuestro convento de Sancto Domingo de Lisboa á 25 de Marzo 1573.

Frater Franciscus de Bovadilla.

Yo he visto la doctrina deste libro que se llama Adiciones al Memorial de la Vida Cristiana, compuestas por el M. R. P. Fr. Luis de Granada, y hallo ser católica y sana, y muy provechosa para los cristianos que quisieren ejercitarse en lición de espíritu y piedad. Y en testimonio desto lo firmé de mi nombre.

Fr. Lorenzo de Villavicencio.

EL REY

Por cuanto por parte de vos Fr. Luis de Granada, de la Orden de Sancto Domingo, nos ha sido hecha relación que vos teníades un libro intitulado Memorial de Vida Cristiana, y con licencia nuestra impreso, y agora habíades compuesto otro libro para suplimiento de lo que faltaba al dicho libro, llamado Adiciones del Memorial de Vida Cristiana, y nos suplicastes os diésemos licencia y facultad para que vos, ó quien vuestro poder hubiese, y no otra persona alguna, le podáis hacer imprimir y vender en estos nuestros reinos de Castilla, ó como la nuestra merced fuese, y nos acatando lo sobredicho, y que el dicho libro ha sido visto y examinado por los del nuestro consejo y les ha parescido ser obra útil y provechosa y de buena doctrina y ejemplo, lo habemos tenido y tenemos por bien: por ende por la presente damos licencia y facultad á vos el dicho Fr. Luis de Granada para que vos ó la persona que vuestro poder especial para ello tuviere, y no otra alguna, puedan imprimir y vender el dicho libro en estos nuestros reinos y señoríos de Castilla, siendo primeramente tasado por los del nuestro consejo el precio por que se ha de vender cada

volumen, y poniéndose el traslado desta nuestra cédula con la dicha tasa al principio del dicho libro por tiempo de seis años primeros siguientes contados desde el día de la fecha desta nuestra cédula en adelante, so pena que cualquier persona ó personas que sin tener para ello vuestro poder lo imprimieren ó vendieren, ó hicieren imprimir ó vender, pierdan toda la impresión que hicieren ó vendieren, y los moldes y aparejos della, y más incurran cada uno en pena de cincuenta mil maravedís por cada vez que lo contrario hicieren, de la cual dicha pena sea la tercia parte para la persona que lo denunciare, y la otra tercia parte para el juez que lo sentenciare, y la otra tercia parte para nuestra cámara y fisco, y mandamos á los del nuestro consejo y á otras cualesquier justicias y jueces destos nuestros reinos que guarden y cumplan y hagan guardar y cumplir esta nuestra cédula y lo en ella contenido. Fecha en el Pardo á 20 de Septiembre de mil y quinientos y setenta y tres años.

YO EL REY

Por mandado de Su Majestad
Juan Vázquez

PRIVILEGIO DE ARAGÓN

Don Felipe por la gracia de Dios Rey de Castilla, de Aragón, de las dos Sicilias de Hierusalem, de Hungría, de Dalmacia, de Croacia, de León, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarbes, de Algecira, de Gibraltar, de las Islas de Canaria, de las Indias y tierra firme del mar Océano: Archiduque de Austria, Duque de Borgoña, de Brabante y de Milán, Conde de Barcelona, de Flandres y de Tirol, Señor de Vizcaya y de Molina, Duque de Atenas y de Neopatria, Conde de Rosellón y de Cerdeña, Marqués de Oristán y Gociano. Por cuanto vos Fr. Luis de Granada, de la Orden de Sancto Domingo, según por vuestra parte se nos ha referido, habéis entre otros ahora de nuevo compuesto un libro intitulado *Adiciones del Memorial de la Vida Cristiana*, en que habéis mucho trabajado, y siendo la obra muy útil deseábades imprimirla Por lo cual nos hecistes suplicar fuésemos servido daros licencia para ello. E nos habida consideración á lo que habéis trabajado, ante todas cosas le mandamos ver y reconocer á personas de sancta doctrina, y constándonos por su relación ser la obra muy fructuosa y católica, habemos tenido por bien conceder á vuestra suplicación. Por ende con tenor de las presentes, de nuestra cierta sciencia y real auctoridad damos licencia, permiso y facultad á vos el dicho Fr. Luis de Granada y á la persona que vuestro poder tuviere, que podáis imprimir, ó hacer imprimir al impresor ó impresores que quisiéredes el dicho libro intitulado Adiciones al Memorial de la Vida Cristiana, en cualesquiera ciudades, villas y lugares de los nuestros reinos y señoríos de la Corona de Aragón, y verderlos en ellos así los que hubiéredes impreso ó hecho imprimir en ellos, como en otras partes. Prohibiendo según con las presentes prohibimos y vedamos que ninguna otra persona los pueda imprimir, ni hacer imprimir, ni vender, ni llevarlos impresos de otras partes á vender á los dichos nuestros reinos y señoríos sino vos ó quien vuestro poder tuviere, por tiempo de diez años, que empiecen á correr desde el día de la fecha destas en adelante, so pena de docientos florines de oro de Aragón, y perdimiento de moldes y libros, divididera en tres partes iguales, una á nuestros reales cofres, otra para vos el dicho Fr. Luis de Granada, y la tercera para el acusador. Con esto

empero, que los libros que hiciéredes imprimir, no los podáis vender hasta que hayáis traído á este nuestro sacro consejo que cabe nos reside, un libro de los impresos, juntamente con el original escripto de mano, que irá rubricado y firmado de mano de Diego Talayero, lugarteniente en el oficio de nuestro Protonotario, para que se vea y compruebe si la dicha impresión estará conforme al dicho original mandado ver y reconocer. Mandando con el mismo tenor de las presentes, de la dicha nuestra cierta sciencia y real auctoridad, á cualesquiera Lugartenientes y Capitanes generales, Regentes, la Cancellaria, Regente el oficio y Portantes veces de general Gobernador, Alguaciles, Porteros, Vergueros, y á otros cualesquier oficiales y ministros nuestros mayores y menores en los dichos nuestros reinos y señoríos constituídos y constituideros y á sus lugartenientes y Regentes los dichos oficios, so incurrimiento de nuestra ira, indignación y pena de mil florines de Aragón, de los bienes del que lo contrario hiciere, exigideros y á nuestros reales cofres aplicaderos, que la presente nuestra licencia y prohibición y todo lo en ella contenido, os tengan, guarden y cumplan, tener, guardar y cumplir hagan sin contradición alguna, y no permitan ni den lugar que sea hecho lo contrario en manera alguna, si demás de nuestra ira é indignación en la pena sobredicha desean no incurrir. En testimonio de lo cual mandamos despachar las presentes con nuestro sello real común en el dorso selladas. Datas en Sant Lorenzo el Real, á cuatro días del mes de Septiembre, año del nacimiento de Nuestro Señor de mil y quinientos y setenta y tres años.

YO EL REY

Dominus Rex mandavit mihi Didaco Talayero Vis. per don Bernardum Vicecancellarium, comitem generalem Thesaurarium, Episcopum Urgellensem, Sentis, Sapena & Campi Regentes cancellariam, & me pro conservatore generali.

Vidit don Bernardus Vicecancellarius.
Vidit Comes generalis Thesaurarius.
Vidit Sapena Regens.
Vidit Episcopus Urgellens. Regens.
Vidit Sentis Regens.
Vidit Campi Regens.
Vidit Talayero pro conservatore generali.

Yo Juan Fernández de Herrera, secretario del consejo de Su Majestad, doy fe que por los señores dél se tasó un libro intitulado Adiciones del Memorial de Vida Cristiana, compuesto por Fr. Luis de Granada, que con su licencia hizo imprimir el dicho Fr. Luis, á tres maravedís cada pliego de los del dicho libro en papel, y mandaron que imprima en cada volumen de los del dicho libro este testimonio de tasa. Fecho en Madrid, á cuatro de Noviembre de mil y quinientos y setenta y cuatro años.

Juan Fernández de Herrera.

Á LA MUY REVERENDA SEÑORA

LA SEÑORA SOROR ANNA DE LA CRUZ

EN SANCTA CLARA DE MONTILLA

Entre las principales partes de la doctrina cristiana, muy Reverenda Señora, las más provechosas y devotas son las que tratan del amor de Dios y de los principales misterios de la vida y muerte de nuestro Salvador: las cuales son tan hermanas y conformes entre sí, que la una ayuda grandemente á la otra. Porque tres cosas señaladamente mueven nuestra voluntad á amar á Dios, que son, su incomprehensible bondad, y su inmensa caridad, y sus grandes beneficios: las cuales de tal manera se hallan en la vida de nuestro Salvador, que en ninguna cosa criada se hallan más perfectamente. Porque en ninguna otra obra mostró nuestro Señor al mundo mayor bondad, ni le descubrió mayor amor y caridad, ni le hizo mayores beneficios, que en su sanctíssima vida y pasión, y así en ninguna parte hallarán los deseosos deste divino amor mayores motivos y estímulos para él.

Destas dos materias traté yo en el Memorial de la Vida Cristiana, pero brevemente, como el título de Memorial requería. Mas por ser ellas tan principales y tan provechosas para la vida cristiana, y haber tanto que escribir dellas, que toda la vida sería muy breve espacio para esto, me pareció debía suplir la falta de aquella brevedad y extender más esta materia, para los que en ella quisieren aprovechar. Mas en el primero destos dos tratados, que es del amor de Dios, no me contenté con tratar en común deste amor, sino también de la perfección dél, y de los principales medios por do se alcanza. Para lo cual es de saber que (como el Apóstol nos enseña) el fin de la vida cristiana, y de todos los mandamientos de Dios, y de todos los consejos del sancto Evangelio, es este sancto amor, porque todos éstos son como medios y esca-

lones para subir á él. De dónde se infiere que así como el fin de la vida cristiana es este amor, así la última perfección desta vida estará en la perfección dél, de tal modo que cuando él fuere perfecto, será también perfecta la vida del que lo tuviere. Por cuya causa en este mismo libro también se trata de la perfección de la vida cristiana, á la cual, aunque no todos sean obligados, todos se deben esforzar á caminar para ella, porque con este intento y presupuesto aprovecharán mucho más en la virtud que los que contentos con una mediana vida, no quieren pasar adelante.

Pues pensando yo á quién podría dirigir y ofrescer libro que trata de la perfección desta vida, no se me ofresció persona, ni á quien yo tuviese mayor obligación, ni á quien más á propósito viniese esta doctrina, que á V. R. pues todo el mundo es testigo del ejemplo de virtud y perfección que ha dado en toda su vida: de la cual toda, casi dende los primeros años, soy yo testigo de vista. Pero dejando aparte los dos estados de doncella y de casada (en los cuales sembraba nuestro Señor el fruto de las virtudes que agora coge) después que nuestro Señor llevó al Ilustrísimo Conde de Feria, que en el cielo y en la tierra tendrá perpetua honra y gloria, quedando V. R. viuda de veinte y cuatro años, luego dejastes todo lo que en el mundo se podía dejar, y más una hija por acabar de criar, y tomastes el hábito de Sancta Clara con tanta voluntad y devoción, que parescía á V. R. que no sólo su cuerpo, mas también su ánima había vestido aquel sancto hábito. Y después recogida en una celda, la cual tiene una ventana sobre el altar mayor de la iglesia, donde está el Sanctísimo Sacramento, gastáis la mayor parte del tiempo en asistir en la presencia deste soberano Señor, contemplándolo agora debajo de un velo cubierto, mientra se dilata la hora en que lo habéis de ver y gozar en la gloria descubierto. Y no contenta con sólo asistir á su presencia, recibíslo muy á menudo en vuestra ánima, asegurando la promesa de la gloria con la prenda que en este divino Sacramento se recibe de ella. S. Hierónimo escribe de una señora romana que entre los desasosiegos de las ciudades había hallado el desierto de los monjes: mas V. R. en medio de toda esa tan esclarescida familia y de la hija y nietos que nuestro Señor os ha dado, habéis hallado el desierto y soledad de los monjes, y dado á entender al mundo que la verdadera y perfecta soledad no la hacen los lugares, sino los corazones. Solo está

quien está con Dios, y solo está quien vive dentro de sí mismo, y solo está quien cortó y despedió de su corazón todas las aficiones del mundo, porque fuera está ya del mundo quien no quiere nada dél, ni tiene por qué recibir pena ni gloria de las cosas que no ama, pues donde no hay amor, no hay pena, ni cuidado, ni alegría, ni turbación. Reciba pues V. R. este pequeño presente, que si por sí no tiene precio, tenerlo ha por la voluntad con que se ofresce. Del cual recibirá parte la señora Marquesa de Pliego, que como hija de tal madre no desgustará de esta doctrina, y asimismo la señora Doña Teresa y la señora Abadesa dese sancto monasterio, con todo él, donde muy más perfectamente se ejercita el amor de Dios de lo que en este libro se platica. Á todas estas señoras soy deudor de mucho tiempo, y á todas ofrezco este pequeño presente, pues no tengo otra cosa con que pueda satisfacer á esta obligación.

Mas aquel Señor que sin deber nada pagó por todos, suplirá lo que por mi parte falta: el cual la muy Reverenda persona de V. R. conserve siempre en su sancto temor y amor. De Lisboa á 25 de Junio de 1574.

Siervo y orador de V. R.

Fray Luis de Granada

AL CRISTIANO LECTOR

Los días pasados, cristiano lector, escribí un libro intitulado Memorial de Vida Cristiana, donde fué mi intento formar un perfecto cristiano, llevándolo por todos sus grados dende el principio de la conversión hasta el fin de la perfección, la cual consiste en la perfección de la caridad, que es el amor de Dios, declarando en cada uno destos estados lo que debía hacer. Mas porque la materia comprehendía tantas cosas, no se pudo tratar todo esto sino con brevedad, como el mismo nombre de Memorial lo significa, esperando que si nuestro Señor me diese espacio de vida podría tratar algunas de aquellas materias más copiosamente, según que ellas lo requieren. Lo cual en parte está hecho, porque el Libro de la Oración y Meditación y la Guía de Pecadores sirven para algo de esto. Mas agora me paresció acrescentar otros dos tratados en estas Adiciones: uno del amor de Dios, que corresponde al séptimo tratado del Memorial, donde se trata el mismo argumento, pero aquí se trata más extendida y copiosamente: y otro de algunos pasos y misterios devotos de la vida de nuestro Salvador, que corresponde al Vita Christi del dicho libro, donde estos misterios se escribieron brevemente, mas aquí se tratan más extendidamente, porque como estos sagrados misterios estén llenos de devoción y suavidad, convenía se tratasen más por extenso.

Y no debe nadie tener por cosa superflua escribir dos tratados del amor de Dios, porque hay tanto que decir de las excelencias desta virtud, y de las cosas que nos ayudan para alcanzarla, y de las que por el contrario nos la impiden, y asimismo de las obligaciones y motivos grandes que tenemos para amar á nuestro Criador, que aunque se escribiesen infinitos libros no se podría agotar lo que hay que decir desta materia. Y yo procuraré (cuanto la memoria me ayudare) de no repetir en este libro cosa que esté dicha en el otro, puesto caso que procederé por la misma orden, porque la materia lo requiere así. Y pues vemos por nuestros pecados añadirse cada día tantos libros de nuevas caballerías

fabulosas y mentirosas á los viejos (donde no se saca más fruto que vanidad y deshonestidad y perdimiento de tiempo) ¿qué mucho es que á los libros que tratan del amor de Dios y de las obras de su vida sanctíssima (en cuya contemplación consiste gran parte de nuestra bienaventuranza en esta vida) se acrescienten cada día nuevos tratados, que son nuevos estímulos del amor de Dios y de toda virtud?

Y cuán grande sea el fruto desta lición, declarólo muy bien S. Bernardo en un tratado que escribió á una hermana suya (1), digno de tal autor y tal espíritu, en el cual tratando de la lición, dice así: Hermana muy amada, si quieres estar siempre con Dios, siempre ora y siempre lee, porque grandemente nos es necesaria la lición, ca por ella aprendemos lo que debemos hacer, y lo que debemos huir, y á donde habemos de caminar. Por lo cual dijo el Profeta: Tus palabras, Señor, son candelas para mis pies, y lumbre para mis caminos. La lición mueve nuestros sentidos, y alumbra nuestros entendimientos, la lición nos enseña cómo habemos de orar y obrar, la lición nos informa de lo que habemos de hacer en la vida activa y contemplativa. Por lo cual dice el Psalmista: Bienaventurado el varón que piensa en la ley del Señor día y noche. La lición y la oración son armas con que el demonio es vencido, y instrumentos con que se alcanza la vida eterna. Por la oración y lición se destruyen los vicios, y se crían en el ánima las virtudes. La sierva de Dios siempre debe orar y leer, y así dice el Psalmista: Entonces, Señor, no seré confundido, cuando estudiare en todos tus mandamientos. Por tanto, hermana muy amada, procura ocuparte en la oración, y persevera muchas veces en la meditación de las palabras de Dios y de sus leyes sanctísimas. El ejercicio de leer te sea muy continuo, y tu lición sea la meditación cuotidiana de la ley de Dios. La lición quita los errores de la vida y aparta el hombre de la vanidad del mundo. Hasta aquí son palabras de S. Bernardo, las cuales debían bastar para poner silencio á los que reprehenden la lición de los libros espirituales y devotos, que nos enseñan el camino de Dios, cuya lición tantas veces por este sancto, y por S. Hierónymo en todas sus epístolas, y por otros muchos sanctos nos es encomendada.

(1) Bern. ad Soror. serm. 50.

Y dado caso que este libro, en cuanto trata de la perfección del amor de Dios (en cuya perfección consiste la de la vida cristiana, de que también aquí se trata) principalmente pertenesca á personas religiosas, las cuales por razón de su estado están obligadas á caminar á la perfección, mas no faltan muchas personas fuera dese estado que caminan á ella con gran pureza de vida, sin tener esa obligación. Porque la divina gracia es tan poderosa y tan admirable, que aunque el estado no ayude (antes en parte impida) puede ella con su grande virtud vencer todos los impedimentos del estado. Antes muchas veces el autor de la gracia, para mostrar su poder, levanta á grande perfección á los que más impedimentos tienen para ella: porque así como escogió unos rudos pescadores para convertir el mundo, porque en esto resplandescía más la grandeza de su virtud, así muchas veces escoge personas á quien la condición de su estado ayuda poco á la perfección, para mostrar en ellas la eficacia y poder de su gracia. Y así se hallan cada día en la Iglesia cristiana muchas personas en todo género de estados, de grandes, de pequeños, de ricos, de pobres, de casados y no casados, que caminan con grande pureza á la perfección desta vida, venciendo con el favor del socorro divino los impedimentos del estado. De suerte que así como el Apóstol hablando de la malicia del común pecado del género humano, dijo que donde abundó el delicto abundó mucho más la gracia, así donde hay mayores impedimentos en el estado, acrescienta muchas veces el Señor en tanto grado el favor de su gracia, que fácilmente puedan vencerlos. Porque ¿qué mayores impedimentos que los que tiene el estado y vida de los reyes? Pues con todo eso leemos que ha habido muchos reyes sanctísimos, de quien la Iglesia hace fiesta particular. Callo los reyes del Testamento viejo, David, Josafat, Ezequías y Josías, que fueron grandes sanctos y muy prósperos reyes. En el nuevo Testamento tenemos á S. Luis, rey de Francia, y á otro S. Luis, hijo del rey de Aragón y de Sicilia, y Sancta Isabel viuda, hija del rey de Hungría, y á la reina sancta de Portugal que hasta hoy día hace manifestísimos milagros, de que andan los libros llenos, y Sant Eduardo, rey de Inglaterra, en quien se mostró bien la virtud y poder de la divina gracia. Porque siendo mozo y casado con una doncella honestísima y digna de tal casamiento, ambos de común consentimiento hicieron voto de perpetua virgi-

nidad, y viviendo y conversando juntos toda la vida, perseveró en ellos el amor sincerísimo de casados con la pureza desta virtud. Y diciendo S. Bernardo que es mayor milagro guardar castidad, viviendo juntos hombres y mujeres de sospechosa edad, que resucitar muertos, estos dos mozos conversando siempre y en medio del regalo y aparato de la vida real, pudieron con el favor de la divina gracia conservar esta pureza hasta el fin de la vida. Por lo cual todos los cristianos confiados en el socorro desta gracia, deben anhelar á la perfección desta vida, porque ya que no lleguen á ella, menos bajos quedarán procurando subir á lo alto, que si se contentasen con estar en lo más bajo, sin querer pasar adelante, mayormente que siempre es razón que sea más lo que deseamos y proponemos que lo que hacemos.

Y dado caso que sea grande ayuda para la perfección renunciar todas las cosas del mundo, para seguir desnudos á Cristo desnudo, y estar más desembarazados para entregarnos perfectamente al amor y servicio de solo el Criador, mas esta renunciación no está tanto en deshacerse de la posesión de los bienes, cuanto en perder la afición desordenada dellos, porque ésta es la que principalmente impide este sancto propósito. Porque ricos eran estos sanctos reyes que aquí propusimos, y ricos también fueron muchos de los sanctos Patriarcas (cual fué Abraham, padre de todos los creyentes, como lo llama el Apóstol, pues pudo juntar un ejército de trescientos y diez y ocho criados que tenía en su servicio) y con todo esto no dejaron de ser perfectos, poseyendo tantas riquezas, porque no tenían su afición puesta en ellas. Por tanto procuremos hacer aquello que el Profeta dice, que si se multiplicaren las riquezas, no peguemos el corazón con ellas, porque estando libre el corazón desta afición, no serán impedimento las riquezas para caminar á la perfección.

Mas aquí es de notar que aunque el título deste libro sea de la perfección del amor de Dios, no por eso se deja de tratar en él de la perfección de la vida cristiana, porque como el fin de toda la ley y de todos los consejos de la vida evangélica sea el amor de Dios, síguese que en la perfección deste amor consiste la desa misma vida. Lo cual claramente se verá en el proceso deste libro, porque todos los documentos que sirven para llegar á la perfección deste amor, sirven para conseguir la perfección desa misma vida. Porque dejadas aparte otras definiciones, vida perfecta es

la que describe S. Hierónymo en una palabra, tratando de aquellos sanctos Padres de Egipto, de los cuales dice que vivían en carne como si estuvieran fuera della. De suerte que muertos al mundo, vivían á solo Dios: esto es, muertos á la carne, vivían con solo el espíritu vida espiritual y divina más que humana. Para cuyo entendimiento será bien señalar la diferencia que hay entre hombres carnales y espirituales. El oficio de los carnales es tener puesto todo su amor, todos sus cuidados, intentos y deseos en el regalo y buen tratamiento del cuerpo, sin tener cuenta con su ánima más que si no la tuvieran: mas por el contrario, el intento de los varones espirituales (como el mismo nombre lo significa) es entender siempre en la pureza de su espíritu, esclaresciendo su entendimiento con la lumbre y consideración de la primera verdad y de las cosas eternas, y adornando su voluntad con todas las virtudes y dones del Espíritu Sancto, sin tener más cuenta con el cuerpo que con solo aquello que puntualmente es necesario para conservar la vida: y aun esto le dan escasamente y por medida. La imagen perfectísima desta vida nos representaron Cristo y sus Apóstoles, y todos aquellos Padres del yermo, que despreciadas todas las cosas del mundo, empleaban toda la vida en la contemplación y amor de su Criador. Y muy particularmente casi en nuestros tiempos representó esta vida el bienaventurado S. Francisco, perfectísimo seguidor de la vida evangélica, el cual despedidos de sí todos los negocios y cuidados terrenos, día y noche se ocupaba en la contemplación de las cosas celestiales, ejercitando en la tierra el oficio que hacen los ángeles en el cielo. Pues en este glorioso sancto quiso el Espíritu Sancto pintar tan al proprio la perfección desta vida, que sin duda ella me parece un comentario vivo desta vida y de la perfección evangélica, el cual no con palabras, sino con obras, declara mucho más la condición desta vida que otros comentarios con mucha escritura. Porque así como conosce mejor la figura y traza de Roma quien la vió con sus ojos, que quien en algún libro la leyese con palabras declarada, así entiende mejor la condición de la vida evangélica quien ve al sancto que la vive, que quien lee al comentario que la describe.

Pues según esto, vida perfecta es la que este dechado nos enseña, que es, estar en la tierra y morar con el espíritu en el cielo, vivir entre los hombres y conversar con los ángeles. Vida per-

fecta es participar espiritualmente aquella bendición que se dió al patriarca Jacob, cuando le encojaron del un pie, y dejaron el otro sano. Porque por estos dos pies se entienden dos amores, que son, amor proprio y amor divino. Pues entonces participará el hombre esta bendición, cuando quedare cojo el un pie del amor proprio, quedando el otro sano del amor de Dios. Lo cual es necesario que así sea, porque si no estuviere debilitado y cojo el amor desordenado de sí mismo, no podrá estar entero en nuestras ánimas el divino amor.

Pues por este ejemplo se entiende que tratar de la perfección de la vida cristiana y de la perfección de la caridad es un mismo argumento, pues ambas cosas se ordenan á un mismo fin, y proceden por los mismos medios á ese mismo fin, pues lo que se requiere para la perfección desta vida, se pide para la perfección de la caridad. Y aunque deste argumento no debiera escrebir sino quien fuera perfecto (pues como dice el Sabio, los que navegan por la mar, cuentan los peligros della) mas no es inconveniente que leyendo las escrituras de los sanctos que desta materia tratan, pueda un imperfecto recopilar y ordenar lo que ellos acerca desto nos dejaron escrito. Lo cual yo procuré en este tratado á gloria de nuestro Señor y edificación de los fieles.

Mas en fin deste prólogo me paresció avisar que para leer provechosamente este libro, y entender el lenguaje de él, conviene que hayan precedido los ejercicios de la penitencia y de la oración y devoción de tal manera que el ánima haya sentido ya dentro de sí algunas centellas y movimientos del amor de Dios, sin el cual no podrá entender bien la doctrina desta virtud. Lo cual dice S. Bernardo por estas palabras (1): Si alguno desea tener noticia de las cosas que tocan al amor de Dios, conviene que ame á Dios. Porque de otra manera, de balde oirá ó leerá los cantares deste divino amor el que no le tiene, porque no tienen cabida las palabras encendidas en el pecho frío. Porque así como no entiende al que habla en griego, el que no sabe griego, ni al que habla latín, el que no lo sabe (y lo mismo se entiende de todas las otras lenguas) así la lengua del amor será bárbara al que no ama, así como el metal que retiñe ó la campana que suena Hasta aquí son palabras de Sant Bernardo.

(1) Bernard. serm. 79, super Cant.

TRATADO
DEL AMOR DE DIOS
EN CUYA PERFECCIÓN CONSISTE
LA PERFECCIÓN DE LA VIDA CRISTIANA

DE NUEVE GRANDES EXCELENCIAS QUE TIENE EL AMOR DE DIOS

CAPÍTULO I

ANTES que tratemos de los ejercicios y medios que sirven para alcanzar el amor de Dios, será bien tratar de los frutos y excelencias deste amor, para que sepan los que por esta virtud trabajan, por cuán preciosa joya trabajan, pues nos consta que alivia mucho la carga del trabajo la grandeza del galardón. Porque después de alcanzada, no dudo que digamos con la esposa en los Cantares (1): Si el hombre diere todo lo que tiene por la caridad, parecerle ha nada todo cuanto por ella dió. Por eso es bien que con aquella mujer fuerte de los Proverbios de Salomón (2) gustemos primero algo de la excelencia desta virtud, porque tengamos por muy buen negocio dar todo lo que se nos pidiere por ella.

Mas no por esto piense nadie que se podrá comprehender en pequeña escriptura todo lo que esta virtud merece, y aun no sé si fuera por ventura mejor honrar con silencio lo que con palabras no se puede dignamente alabar, porque como la caridad sea el fin de todos los mandamientos divinos, según dice el Apóstol (3), todo lo que está escripto así en las letras sagradas como en todos los libros de los sanctos, ó es caridad, ó pertenece á la

---

(1) Cant. 8. (2) Prov. 31. (3) I Tim. 1.

caridad. Por dó parece claro lo poco que aquí se podrá decir desta singular virtud, pues ni todo lo escripto, ni aun lo que se puede escribir, basta para agotar el piélago de sus grandezas. Solamente apuntaremos aquí en breve algunas señaladas excelencias que tiene sobre todas las virtudes, para que por aquí se entienda algo de lo que ella es.

§ I

Pues la primera excelencia que esta virtud tiene es, que hablando en todo rigor de teología, es reina de las virtudes y la mayor de todas ellas. Para cuyo entendimiento es de saber que las virtudes que llaman teologales (que son fe, esperanza y caridad) tienen el principado sobre todas las otras, porque éstas honran y miran á Dios como á fin sobrenatural, y ordenan al hombre para con él, aunque en diferente manera, porque la fe le mira como á la primera verdad, dando firme y entero crédito á todas las cosas que él nos tiene reveladas: la esperanza le mira como á altísimo y soberano bien que pretende alcanzar, ayudada con la divina gracia y con buenas obras: mas la caridad le mira como á sumo bien, digno de ser amado por quien él es, con sumo amor. Y ésta es más excelente manera de mirar y honrar á Dios, y por esto es más noble esta virtud que la fe y la esperanza. Porque la fe mira á Dios con obscuridad y como debajo de velo, y la esperanza míralo como á bien arduo que aun no posee, mas espera poseer, y míralo con un poco de interese, porque lo quiere para sí, esto es, para su propia perfección, lo cual en su manera pertenesce al amor que los teólogos llaman de concupiscencia (1): mas la caridad ámale con amor de verdadera amistad, que es con amor puro y desenteresado. Del cual dice Sant Bernardo: El amor puro consigo solo se contenta, y no tiene respecto á intereses. Pues con esta manera de amor posee el ánima á Dios dentro de sí, porque la condición del perfecto amor es tener todos los sentidos en la cosa que ama, y estar todo uñido y transportado en ella: y así lo está el verdadero amador de Dios, según aquello que dice S. Juan: Dios es caridad, y el que está en caridad está en Dios, y

(1) S. Thom. 1. 2. q. 66, art. 6.

Dios en él. La cual manera de unión con el sumo bien, por ser tan íntima, hace que la caridad tenga excelencia sobre todas las virtudes, y así dice S. Augustín: Ninguna cosa hay mayor que el ánima que tiene caridad, sino es el mismo Señor que dió la caridad. De dónde se infiere que si esta virtud es la más excelente de todas las virtudes, que la obra y ejercicio della será el más excelente de todos los otros ejercicios, porque aquélla es más excelente obra, que procede de más excelente principio y hábito: por dónde si el hábito de la caridad es el mejor de todos los hábitos espirituales, síguese que el acto desta virtud, que es amar actualmente á Dios, será el mejor y más meritorio de todos los actos que acá hay. Y no hace contra esto la excelencia singular del martirio, que en la vida presente hay: porque si éste es tan agradable á Dios, no lo es tanto por sí cuanto por razón de la caridad que lo hace agradable, sin la cual el martirio no sería martirio, sino tormento infructuoso, como dice el Apóstol (1).

§ II

La segunda excelencia desta virtud es ser ella no sólo la más excelente de las virtudes, sino el fin de todas las virtudes y de todos los mandamientos y consejos divinos, los cuales todos se ordenan á ella. De suerte que así como el manjar se ordena á sustentar el cuerpo, y la vestidura á cubrirlo, y la medicina á sanarlo, así toda la ley de Dios se ordena á amar á Dios, y al prójimo por amor de Dios. Y no sólo toda la ley de Dios y todas las Escripturas divinas, mas también todas las cosas criadas en el cielo y en la tierra, que es toda esta tan grande máquina del mundo, se ordena á este mismo fin, porque para éste principalmente fué criada. Por dónde verá el hombre la obligación que tiene á amar á Dios, pues para esto fué por las manos del mismo Señor formado, para esto vive, y para esto el cielo, y la tierra, la mar, el aire, y todas las criaturas le sirven: lo cual todo (cuanto es de su parte) hace infructuoso y vano, cuando no se ocupa en este oficio.

(1) I Cor. 13.

§ III

La tercera excelencia es que esta virtud no sólo es fin de todas las otras virtudes, sino también vida y ánima y perfección de todas ellas. Por dónde así como el cuerpo sin ánima es verdadero cuerpo, mas no tiene vida, así las virtudes sin caridad, aunque sean hábitos buenos, no tienen vida ni valor ni mérito ante Dios, para hecho de satisfacer á Dios por los pecados, ni merecer gracia ni gloria, aunque no dejen de aprovechar para otras muchas cosas. La razón es, porque no siendo el hombre grato á Dios, tampoco le es grata la obra que se hace por persona que no le agrada. Y demás desto, así como ningún hombre está obligado á tomar en cuenta lo que no se hace por él, así Dios no tiene por qué agradescer ninguna obra, por excelente que sea, cuando no se hace por su amor. Porque si uno ayunare, y diere limosna, y fuere casto, justo y sufrido, y nada desto hiciere por Dios (como lo hicieron muchos filósofos gentiles) ¿qué tiene Dios que ver ni qué agradescer aquí? De suerte que sola esta virtud es tan aventajada y tan singular entre todas las otras, que sola ella por sí es hermosa y agradable á los ojos de Dios, y fuera della no hay cosa que lo sea sino por ella. Por dónde con mucha razón se puede comparar en cierta manera con el mismo Hijo de Dios. Porque así como no hay criatura racional en el cielo ni en la tierra que sea grata en los ojos de Dios, sino por el gratísimo Hijo de Dios, así ninguna virtud ni obra hay tan excelente, que sea agradable á Dios, si no va acompañada y hermoseada con esta virtud. Y por esto con razón se dice que la caridad es raíz y principio de todo merecimiento y de toda la vida espiritual, porque todo lo que algo vale delante de Dios, es por el valor que della recibe. De manera que lo que es la raíz en el árbol, y el ánima en el cuerpo, y el sol en el mundo, eso es la caridad en el corazón del cristiano. No tienen verdura los ramos, si no están uñidos con su raíz, ni vida los miembros, si no están informados con su ánima, ni tendría luz el mundo, si el sol se quitase de por medio: y así no tienen vida ni valor ni luz nuestras obras, si no se la diere la caridad. Lo cual muy por extenso testifica Sant Pablo por estas

palabras (1): Si hablare con lenguas de hombres y de ángeles, y no tuviere caridad, seré como un metal que suena, ó como una campana que retiñe. Y si tuviere don de profecía, y supiere todos los misterios y toda la sciencia, y si tuviere tan grande fe, que baste para trasladar los montes de un lugar á otro, y no tuviere caridad, nada soy. Y si repartiere toda mi hacienda con pobres, y entregare mi cuerpo para que arda en vivas llamas, y no tuviere caridad, ninguna cosa me aprovecha para cuanto toca á ser agradable á Dios y merecer delante dél. Por dó parece que todas las virtudes y dones de Dios que valen algo, por eso tienen valor, porque la caridad se lo da.

Y lo que más es, no sólo las obras virtuosas hechas con caridad son aceptas delante de Dios, mas aun las obras que de suyo son indiferentes, y las que son naturales y necesarias para sustentación de la vida, hechas con caridad, también lo son. De manera que sin la caridad el oro de las virtudes se hace escoria, y la escoria de cualesquier obras desta calidad, por bajas que sean, se hace oro fino por esta virtud. Por lo cual dijo Sant Augustín: Ama, y haz lo que quisieres: si callares, calla por amor: y si perdonares, perdona por amor: y si castigares, castiga por amor: porque lo que por este amor se hace, es meritorio delante de Dios. Pues ¿qué cosa puede ser más divina que la que de las obras indiferentes hace divinas? Arriba dijimos que la caridad era oro: agora decimos que de tal manera es oro, que todo lo que toca, vuelve en oro. ¿Qué darían los hombres por una tal arte de alquimia, que con ella convertiesen todos los metales en oro? Pues ¿en qué tanto se debe tener aquella virtud que del plomo hace oro, y del hierro hace oro, quiero decir, que cualquier obra, por baja que sea, hace merecedora de vida eterna?

Por esta razón el mayor de nuestros cuidados había de ser cumplir lo que el Apóstol dice (2), que es hacer todas nuestras obras en caridad. De suerte que como él mismo en otra parte dice (3), el comer y el beber, y otra cualquier obra que hagamos, todo lo hagamos á gloria de Dios. Como si dijera: cualquier obra que hiciéredes, por baja que sea, hacedla con caridad, que todo os será meritorio. No había en el templo de Salomón cosa que no estuviese vestida de oro (4), y así no había de haber en el templo

---

(1) I Cor. 13. (2) I Cor. 16. (3) I Cor. 10. 3 Reg. 6.

vivo de nuestras ánimas obra que no fuese vestida de caridad.

Y aun pasa más adelante la eficacia desta virtud: porque no solamente hace buenas las obras indiferentes, mas también hace proprias las ajenas. Lo cual dice Sant Gregorio por estas palabras: Nuestros son también aquellos bienes que amamos en los otros, aunque no los podemos imitar, porque del que ama, se hace aquello que en el prójimo se ama. De dónde pueden pensar los envidiosos cuán grande sea la virtud de la caridad, la cual sin trabajo nuestro hace nuestros los trabajos ájenos.

Y aun extiéndese á más esta virtud, porque no sólo hace nuestros los bienes del prójimo, de que por amor de Dios nos gozamos, sino también nos hace participantes de todos los bienes de Cristo y de su Iglesia, que es todo el cuerpo místico: porque pues la caridad nos uñe con la cabeza deste cuerpo, que es Cristo, y con el mismo cuerpo, que es la Iglesia, síguese que ella es por quien nos cabe parte de los bienes de la una cosa y de la otra, así como la salud común de todo el cuerpo es beneficio proprio de cada uno de los miembros.

§ IV

La cuarta excelencia es que no sólo esta virtud es vida de todas las virtudes, sino también estímulo y despertador de todas ellas, porque ella es la que las aviva y provoca á hacer sus oficios, y entender en sus ejercicios. Porque del amor de Dios (cuando es grande) procede un ferventísimo deseo de agradarle y hacer su sancta voluntad, y como sabe ya el hombre que ninguna cosa le agrada sino la obediencia y guarda de sus mandamientos, y las obras de las virtudes, procura luego ejercitarse en todas ellas, y mandarles que todas entiendan en su servicio. De manera que así como la esposa ó la mujer casada que ama mucho á su marido, cuanto más le ama, tanto más procura todo aquello que le puede dar contentamiento así en el servicio de la casa como en los atavíos de la persona, así el ánima que de todo corazón desea agradar al Esposo celestial, busca todos aquellos arreos y atavíos con que más piensa de le agradar. Y porque sabe ya que no hay otros atavíos que le agraden sino las virtu-

des, por eso se entrega luego de todo corazón al ejercicio dellas. En lo cual se ve la semejanza que la caridad tiene con el mismo Señor á quien ama: porque así como siendo él uno y simplicísimo en su esencia, es todas las cosas en perfección y omnipotencia, así la caridad en su manera tiene en su poder y como debajo de su imperio todas las virtudes. Por cuya causa el Apóstol se las atribuye todas, como adelante veremos. Porque aunque ellas no sean propriamente hijas suyas (por cuanto ella no tiene más de dos hijos proprios, que son amor de Dios y del prójimo) pero todas ellas son criadas suyas, que obedescen á su imperio.

Y para más claro entendimiento desto podemos imaginar dos maneras de árboles, uno de muerte y otro de vida, uno de los vicios y otro de las virtudes, y ambos con una misma proporción y correspondencia. En el árbol de muerte (como en todos los otros árboles) hay raíz, tronco, ramas y fruto. La raíz es el pecado original, que (como dicen los teólogos) es un pecado en acto, y todos los pecados en potencia. El tronco es el amor proprio, cuando es demasiado. Las ramas son todas las pasiones y deseos desordenados, que proceden deste amor. La fruta son los vicios y malas obras que destos tales deseos nascen. Ésta es la causalidad y orden deste árbol de muerte, y semejante á ésta es la que hay en el árbol de vida. Porque deste árbol la raíz es la gracia del Espíritu Sancto. El tronco principal que desta raíz nasce, es la caridad, y las ramas son las virtudes sobre quien la misma caridad tiene (como dijimos) su mando é imperio: y destas virtudes nascen las buenas obras y el cumplimiento de los mandamientos de Dios. Por lo cual dijo Sant Pablo (1) que el cumplimiento de toda la ley era amor, y que el que ama ya tiene cumplida la ley. Por esto mismo dice Sant Gregorio: El amor de Dios nunca está ocioso, porque siempre óbra grandes cosas, si es verdadero amor: y por esta razón se compara muy bien con el fuego, que es el más activo de todos los elementos, porque así el amor divino, cuanto es más vehemente y más arde con el deseo de lo que ama, tanto menos sosiega, y más se apresura por agradar á quien ama. Conforme á lo cual dijo S. Augustín: A mí me parece que es brevísima y suficientísima difinición de la virtud llamarla orden de amor. Porque aquél es verdaderamente virtuoso, que da á todas

(1) Rom. 13.

las cosas su justo peso de amor, amándolas con aquella medida de amor que cada una debe ser amada, y no más.

De aquí nasce que el que este amor tiene, en todas las cosas guarda el compás y la medida que debe: conforme á lo cual dice el mismo Sant Augustín: La caridad en las adversidades es paciente, en las prosperidades templada, en las pasiones fuerte, en las buenas obras ligera, en las tentaciones segura, en la hospitalidad larga, entre los verdaderos hermanos alegre, y entre los falsos sufrida. Y en otro lugar: La caridad (dice él) en medio de las injurias está segura, en los odios bienhechora, entre las iras mansa, entre las celadas de los malos inocente, en la verdad quieta, en los males ajenos triste, y en las virtudes alegre.

Mas mucho mejor es oir todas estas excelencias de la boca del Apóstol, el cual alabando esta virtud, y atribuyéndole el imperio y señorío de las otras virtudes de que agora tratamos, dice así (1): La caridad es sufrida y benigna, la caridad no tiene envidia de nadie, no hace cosa mala, no se ensoberbesce, no es ambiciosa, no es amiga de su provecho, no se aíra contra nadie, no piensa mal de nadie, no se alegra con la maldad, sino alégrase con la verdad: todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera y todo lo lleva sobre sí: la caridad nunca desfallesce. Las cuales palabras glosa muy bien Sant Bernardo en esta manera: La caridad en las adversidades no desfallesce, porque es sufrida, y en las injurias no procura venganza, porque es benigna: á quien la prosperidad ajena no atormenta, porque no tiene envidia: á quien la consciencia no remuerde, porque no hace cosa mala: no se levanta con las honras, porque no es soberbia, ni con el proprio desprecio se confunde, porque no es ambiciosa: no se deja vencer de la cobdicia, porque no busca su proprio provecho: no se apasiona con las injurias, porque no se aíra, ni con las sospechas se carcome, porque no piensa mal de nadie: á quien los males ajenos no alegran, porque no se goza con la maldad: á quien los errores no engañan, porque se alegra con la verdad: á quien las persecuciones no quebrantan, porque todo lo sufre: á quien la incredulidad no endurece, porque todo lo cree: á quien la desesperación no derriba, porque todo lo espera: á quien ni la misma muerte puede matar, porque aunque las obras de las otras virtudes cesen

(1) I Cor. 13.

en la gloria después de la muerte, ésta sola nunca cesará. ¡Oh virtud invencible, que al mismo Señor de todas las cosas venciste, y aquél á quien están sujectas todas las cosas, pusiste debajo de tu yugo, cuando siendo vencido de amor, se hizo oprobrio de los hombres y desecho del mundo! Porque por el grande amor que nos tuvo, no quiso más entretener en su ira sus misericordias, sin que ofresciese su vida muy amada á los enemigos por amor de los amigos. Hasta aquí son palabras de S Bernardo. Las cuales, aunque más no hubiera, bastaban para enamorar nuestro corazón de una virtud que tantas y tan admirables excelencias tiene.

De lo dicho se infiere que así como esta virtud es estímulo de todas las otras virtudes, así también es cuchillo de todos los vicios, porque así como desea agradar á Dios, y por eso procura todas las virtudes, porque éstas le agradan, así teme desagradarle, y por eso huye de todos los vicios, porque éstos solos le desagradan.

§ V

Mas aunque la caridad sea tan grande estímulo y ayuda para todas las virtudes, señaladamente lo es para una muy principal virtud, que es una fortaleza general, la cual ayuda á llevar la carga de todas las otras virtudes. Esta fortaleza es tan propria del amor de Dios, que no hay en el mundo cosa tan fuerte como él. Porque este divino amor es el que emprende cosas grandes, el que no rehusa los trabajos, el que acomete los peligros, el que esfuerza los corazones flacos, el que pone espuelas á los negocios, el que hace atrevidos á los cobardes, porque no mide las dificultades con la razón, sino con el deseo.

La razón desto es, porque como los efectos naturalmente sigan á la condición de sus causas, cuanto las causas son más poderosas y fuertes, tanto lo son los efectos que proceden dellas. Pues como el fin sea la primera y la principal de todas las causas (porque él mueve todas las otras á obrar) de aquí es que cuanto es mayor el amor del fin, tanto con mayor fuerza mueve todas las otras causas á obrar, y procura lo que conviene para conseguir ese mismo fin. De aquí nasce que cuanto mayor amor tiene

uno al dinero, ó á la honra, ó al estudio de las letras, tanto se pone á mayores trabajos por alcanzar lo que ama. De manera que como dicen del agua, que tanto sube cuanto desciende ó cuanto peso tiene, así también podemos decir que en todos los negocios tanto hay de fortaleza cuanto hay de amor. Testigos son desto hasta los mismos animales, que por flacos que sean, se meten muchas veces por las lanzas y por los venablos de los monteros por defensión de sus hijos, dándoles el amor las fuerzas y el ánimo que la naturaleza les negó. Porque el amor grande siempre tiene por pequeños sus peligros, y por grandes los de la cosa que ama, y por eso fácilmente aventura los unos por los otros, y despide el temor de su proprio daño, porque no teme el suyo, sino el ajeno.

Pues por aquí parece claro cómo el amor de Dios es causa de fortaleza, y que cuanto uno tuviere más deste amor, tanto tendrá más de esfuerzo para ponerse á cualquier trabajo por él. ¿Qué otra cosa quieren decir aquellas palabras de los Cantares (1): Fuerte es el amor como la muerte? ¿Qué cosa hay más fuerte ni más poderosa que la muerte? ¿Qué armas han hasta hoy prevalecido contra ella? ¿De quién no tiene alcanzado triunfos? Pues así como la muerte es vencedora de todas las cosas, así todas las cosas vence el amor de Dios, pues aun hasta la misma muerte, vencedora de todo, es vencida deste amor, porque el verdadero amador de Dios bien puede ser muerto, mas nunca jamás vencido. ¿Quién dirá que S. Lorenzo no fué vencedor de la muerte y de las llamas y de todos los poderes del mundo, pues todos ellos se pusieron en armas y hicieron lo último de potencia por combatir su fe y su constancia, y quedó la muerte vencida, y las llamas apagadas, y el cuerpo despedazado, mas la fe y la fortaleza de su ánimo tan entera quedó entre toda aquella batería de tormentos como el fino diamante, que antes rompe la yunque, y penetra el martillo, y cansa el brazo del martillador? ¿De dónde otrosí salió aquella voz y confesión de Daciano, el cual después de haber probado tanto género de tormentos en el cuerpo del glorioso mártir S. Vicente, espantado de su constancia, dijo: Vencidos somos, sino desta fortaleza inexpugnable de la caridad, pues quedando vencida la muerte y el tirano, quedó el mártir

(1) Cant. 8.

vencedor? Clara es y manifiesta la victoria, cuando la parte contraria se rinde y confiesa la gloria del vencedor.

Mas ¿qué mucho es que sea la caridad vencedora de la muerte, pues es vencedora de cuantas fuerzas y poderes hay en el mundo? Si no dígalo aquel grande amador de Cristo, que con la obra fué vencedor de la muerte, y con el propósito de todas las cosas. Él pues dice así (1): ¿Quién nos apartará de la caridad de Cristo? ¿Habrá tribulación, ó angustia, ó persecución, ó hambre, ó desnudez, ó peligro, ó cuchillo que para ello baste? No por cierto, según que está escrito por el Profeta: Por ti, Señor, todo el día somos entregados á la muerte, y tratados como ovejas que están diputadas para el matadero, mas en todas estas cosas salimos vencedores por amor de aquél que nos amó. Porque cierto estoy que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni las cosas presentes, ni las venideras, ni la alteza de los cielos, ni la profundidad de los infiernos, ni otra criatura alguna será bastante para apartarnos del amor de Dios, el cual tenemos por Jesucristo. Hasta aquí son palabras de S. Pablo, en las cuales no sé de qué primero me maraville, ó del esfuerzo y determinación deste sancto Apóstol, ó de la fortaleza y excelencia de la caridad, que tan grande señorío tiene sobre todas las cosas criadas, de que aquí se hace vencedora: la cual es tan fuerte, que de la criatura más flaca del mundo, que es el hombre, tan temeroso de su daño cuan amigo de su provecho, hace la cosa más poderosa del mundo.

Mas ¿qué es menester andar haciendo comparación de las fuerzas de la caridad con las de las criaturas, pues tuvo fuerzas para vencer al Señor de todo lo criado? Porque ¿quién le abajó de los cielos á la tierra, quién lo ató á una columna, quién le echó clavos en pies y manos, quién le hizo (como él mismo se llama) ministro y siervo de los hombres, quién le hizo juntar con el trono del cielo el madero de la cruz, sino el amor de nuestra salud? ¿Por qué ayunó, y sudó, y trabajó, y veló, y murió, sino por este amor? ¡Oh caridad, cuán grande es tu poder! Si contra Dios prevaleciste, ¿cómo no prevalecerás contra los hombres? ¡Oh dulce tirano, con cuánta blandura y halagos armas los corazones, y los haces acometer cosas tan grandes! Ésta es aquella fortaleza ce-

(1) Rom. 8.

lestial que prometió el Señor á los discípulos el día de Pentecostés, cuando había de descendir sobre ellos el Espíritu Sancto, que esencialmente es amor, en forma de fuego, diciéndoles (1): Asentaos en la ciudad hasta que seáis vestidos de fortaleza de lo alto. Vestidos, dice, para significar que este sancto amor es como un arnés tranzado que cubre al hombre de pies á cabeza, sin que en él quede lugar descubierto al golpe del enemigo.

Verdad es luego lo que un sancto doctor dice del amor divino por estas palabras: La fuerza del corazón el amor de Dios es, porque el legítimo y verdadero amor es siempre fuerte, no sabe volver atrás, no teme los peligros, no rehusa los trabajos, acomete cosas arduas, sufre con paciencia las contrarias, no siente los dolores, y siempre procura de pasar adelante con deseo de aprovechar. Si se levantan guerras, si retientan vicios, si todo el mundo se pusiere en armas contra él, si tiene verdadera caridad, nunca será vencido. Y lo que sobre todo es aún más de maravillar, que no sólo es fuerte la caridad para con los otros, sino mucho más contra su mismo poseedor. Pongamos ejemplo en una madre que ama mucho á un solo hijo que tiene, al cual trabaja por enriquecer por todas las vías que puede. Pues ¿qué cosa es en ésta el amor, sino un verdugo cruel de sí misma, y ella un esclavo de lo que ama? ¿Qué mayor captiverio, que ni comer, ni beber, ni dormir, ni vivir para sí, sino para otro? Quita los placeres, despoja de la hacienda, acrecenta los cuidados y los dolores, y peor que á esclavos los trata: háceles trabajar de noche y de día, sin pretender ganancia ni provecho proprio, sino el ajeno. Éste es su interese, y con esto se alegran, porque más dulce les es el provecho de aquél por quien padescen, que desabrido el mismo padecer. Por dónde en la hiel hallan miel, y en las fatigas descanso. Por dó parece que ninguna cosa hay en el mundo más dulce, ni más fuerte, ni más cruel, ni más piadosa que este linaje de amor. Dulce es para el corazón que ama, fuerte para acometer los trabajos, cruel para sí mismo, y piadoso para con el amado. Por lo cual con mucha razón nos convida S. Bernardo al amor desta virtud que tantos bienes trae consigo, diciendo: Servid, hermanos, á aquella caridad que echa fuera el temor, que no siente los trabajos, que no tiene respecto á los merecimientos, que

(1) Luc. 24.

no busca galardón, y con todo esto nos incita más á la virtud que todas las cosas.

Destos mismos principios se infiere que la caridad no sólo es fuerte para padecer por quien ama, sino también liberalísima para darle cuanto tiene, siendo muy escasa para sí. Testigos desto son los padres, que se desposeen de lo que tienen para enriquecer sus hijos, y desnudan para vestirlos, y aun hasta los mismos brutos animales quitan de la boca el manjar para ellos. De dónde nasce que el que ama á Dios más que á sí, todo lo que tiene más le quiere para Dios que para sí. Y de aquí procede la pureza de intención que los tales tienen en sus obras, que es una altísima virtud, porque como aman á Dios más que á sí, y á sí mismos quieren para Dios, no son siervos mercenarios, ni hacen las cosas por su interese, ni ordenan á Dios para sí, ni desean la honra ni otra cosa para sí, sino todo lo quieren para aquél que aman más que á sí. Y cuanto más libres están de cobdicia, tanto más llenos están de caridad, y cuanto menos pretenden ganar, ganan más, y cuanto más lejos están del espíritu de jornaleros, tanto es mayor su jornal, porque no les pagan como á siervos trabajadores, sino como á hijos herederos de los tesoros de su padre. Por dónde dijo S. Bernardo que la caridad no era mercenaria, mas no por eso carecía de su jornal.

§ VI

La sexta excelencia desta virtud es traer consigo (cuando está muy encendida) alegría y gozo espiritual. Porque así como del sol nasce la luz, y del fuego el calor, así nasce el alegría con la presencia de lo que se ama. Y esta alegría espiritual es uno de los fructos del Espíritu Sancto, que por eso se llama paracleto (que quiere decir consolador) por el oficio que tiene de consolar y recrear las ánimas que trabajan por amor de Dios. Estas consolaciones y deleites por muchas vías exceden á todos los deleites sensuales. Porque primeramente son más proprios y más conformes á la naturaleza del hombre, que es criatura racional, y por este título necesariamente han de ser tanto mayores que todos los otros cuanto por más excelente parte le competen. Porque son deleites de las más nobles potencias que hay en el hombre,

que son el entendimiento y la voluntad, las cuales cuanto son más nobles que todas las otras, tanto son capaces de mayores deleites. Lo segundo, porque los deleites que deste divino amor nascen, no son deleites de naturaleza, sino de gracia, porque proceden de los dones del Espíritu Sancto, y señaladamente de la caridad, que es la más alta de todas las gracias, y así trae consigo altísimos y nobilísimos deleites. Lo tercero, porque estos deleites no son de criaturas, que son finitas y limitadas, sino del mismo Criador y Señor de todas las criaturas, que es bien universal é infinito, y así es poderoso para causar mucho mayores alegrías y deleites. De suerte que todas las cosas son por esta parte más aventajadas, el subjecto, las potencias, la causa y el objecto de los deleites, que es aquel eterno y sumo bien, el cual contiene en sí suma perfección, y así es él nuestra última perfección, en la cual está toda nuestra felicidad y contentamiento. Porque el mayor contento que puede tener una criatura, es llegar á su centro y á su último fin, porque éste es el término de todos sus deseos, y como no le queda más que desear, así no tiene más de qué gozar. Pues como Dios sea el sumo bien y último fin y como centro de la criatura racional, de aquí es que alcanzar este sumo bien sea sumo contentamiento, el cual no se alcanza con los brazos, sino con los abrazos, que es con la unión deste sancto amor.

Hay también otra razón para esto, y es, que el deleite ó alegría se causa de alcanzar el hombre el bien que desea. Porque como dice Sancto Tomás, deseo es un movimiento del corazón, cuyo término es el bien deseado: y llegando este movimiento á su término, necesariamente ha de descansar y alegrarse con él. Mas es aquí de notar (como dice el mismo sancto) que cual fuere el bien que se alcanza, tal será el alegría que se recibe. Y porque todos los bienes desta vida son limitados y particulares, es también limitado el gozo dellos: mas por el contrario, porque Dios es bien universal, en quien sólo se hallan todos los bienes, por eso es mucho mayor sin comparación el alegría que se recibe en él que en todos los bienes del mundo juntos. De lo cual nadie se debe maravillar: porque si el sol, que es una pura criatura, es más parte para alumbrar el mundo que todas las estrellas juntas (antes ellas ninguna cosa alumbran en presencia dél) ¿qué maravilla es que solo el Criador sea más suficiente para alegrar y

satisfacer á un corazón, que todas las criaturas juntas? Antes es grandísima locura buscar los hombres contentamiento fuera de Dios. Porque notoria cosa es que no puede una criatura tener cumplido contentamiento fuera de su centro ó de su último fin, porque mientras estuviere fuera dél, siempre ha de estar piando y sospirando por él. Y notorio es también que el último fin para que el hombre fué criado, es Dios. Pues si el hombre no puede ser bienaventurado sino gozando deste último fin, y éste es Dios, ¿qué mayor dislate que buscar perfecto gozo y contento fuera de Dios?

Y aunque el cumplimiento deste gozo sea en la otra vida, donde más perfectamente se verá y gozará este bien, mas todavía comunica este Señor á sus familiares amigos en este valle de lágrimas una pequeña parte, como primicias y relieves de aquella mesa celestial, para consuelo de los trabajos que pasan por él. Y de aquí nasce que cuando este dulce y amoroso Señor quiere consolar al ánima que de verdad le busca y ama, él esclaresce su entendimiento con una tan grande luz, é inflama su voluntad con tan grande amor y alegría del Espíritu Sancto, que la abundancia dél viene á redundar en la parte inferior del ánima de tal manera que puede decir con el Profeta (1): Mi corazón y mi carne se alegraron en Dios vivo. Esto nos muestran claramente los ejemplos de tantos sanctos, á los cuales eran tan dulces las cosas de Dios y tan desabridas las del mundo, que á todas ellas dieron de mano y las renunciaron alegremente, y se fueron á los desiertos, teniendo por compañía las fieras, y por mantenimiento las yerbas, y por habitación las cuevas de las montañas. Lo cual por ninguna vía pudieran tolerar toda la vida, si no hallaran mayor consolación en lo que Dios les daba, que en lo que en el mundo dejaron.

Y no es esto de maravillar, porque si muchos de los filósofos dejaron todas las cosas del mundo por darse á la contemplación de las cosas naturales, por el gusto grande que hallaban en ellas, ¿qué mucho es hacer esto los grandes amigos de Dios por la contemplación de las cosas sobrenaturales y divinas, ayudada con los dones del Espíritu Sancto y con la gracia?

(1) Psalm. 83.

§ VII

Desta excelencia se sigue otra no menor, y es, que así como la miel no sólo es dulce en sí, mas también hace dulces todos los manjares con que se junta, así la caridad no sólo es en sí suave, mas también hace suave y liviana la carga de los mandamientos de Dios. Porque como el amor tiene tan puestos los ojos y los deseos en lo que ama, cuando entiende que los medios para alcanzarlo son trabajos, ama también esos mismos trabajos, porque no considera en los trabajos que son trabajos, sino que son medios para alcanzarlo, y más alegría le dan por esta razón, que pena por su aspereza. Por esto dice S. Augustín: En aquello que se ama, ó no se trabaja, ó el mismo trabajo se ama. Y en otro lugar: No son (dice él) pesados los trabajos de los que aman, sino antes ellos mismos deleitan, como los de los que pescan y montean y cazan. Y S. Bernardo dice: Si alguno es embriagado con el gusto del amor de Dios, luego está prompto y alegre para todo bien, trabaja y no se cansa, fatígase y no lo siente, hacen burla dél, y no mira en ello. Y en otro lugar dice el mismo sancto: ¡Oh yugo del sancto amor, cuán dulcemente prendes, cuán suavemente fatigas, y cuán deleitablemente nos cargas! Y en otro lugar más brevemente dice: Donde hay amor, no hay trabajo, sino sabor.

Mucho es andar siete años por montes y valles guardando ganado, mas todo esto parecía poco al patriarca Jacob por amor de su Raquel (1). Pues ¿cuánto menos parecerá á una ánima llena del amor de Dios el trabajo de las virtudes, cuando considera que por él ha de conseguir aquel sumo bien, y venir á tener por esposo al Señor de todo lo criado? Tal era el espíritu y la devoción del bienaventurado S. Bernardo, cuando decía: Confieso, Señor, que no he sufrido el peso del día y del estío, sino una muy liviana carga que el padre de familia puso sobre mis hombros. Mi trabajo apenas es de una hora, y si más es, el amor me hace que no lo sienta. Dulcísima cosa es por cierto la que puede hacer todas las cosas dulces, y si alguna hay que esto haga, no es otra

(1) Genes. 29.

sino el amor de Dios, como el mismo sancto lo dice por estas palabras: Oh buen Jesú, tu amor nunca está ocioso en aquéllos que te aman. Acordarse de ti es más dulce que la miel, pensar en ti es manjar suave, hablar de ti es cumplida hartura, meditar en ti es perfecta consolación, y llegarse á ti es vida perdurable.

Por lo dicho se entenderá la verdad de aquellas palabras del Señor, en las cuales dijo que su yugo era suave, y su carga liviana (1): porque su carga es su ley, y el cumplimiento desta ley es amor, y el amor es muy suave, y tan suave, que hace todas las cosas suaves. Y dado caso que se llame yugo y se llame carga, mas de tal manera es carga, que es como la de las plumas de las aves, que las hacen más ligeras para volar. Por lo cual con mucha razón exclama un sancto doctor diciendo: ¡Oh yugo de amor suave, cuán dulcemente prendes, cuán poderosamente atas, cuán fuertemente aprietas, cuán blandamente apremias, y cuán deleitablemente nos pones la carga encima!

Pues ¿qué virtud puede ser más para desear que la que me hace todas las otras virtudes suaves? Porque por sola esta ventaja que hallan los hombres en los vicios, desamparan las virtudes, pareciéndoles que el vicio con todos sus males es sabroso, y la virtud con todos sus bienes desabrida: por dónde engolosinados con el cebo del deleite, corren tras el vicio, y desamparan la virtud. Pues luego ¿de cuánto precio será aquella virtud que pone miel en todas las virtudes, y las despoja de la dificultad y aspereza que tienen? ¿Qué es esto, sino reducir al hombre en cierta manera á una imagen de aquel estado felicísimo de la inocencia, donde la tierra daba fructo sin trabajo, y la mujer pariera sin dolor, quiero decir, donde sin el sudor de su rostro cogiera el hombre el fructo de la virtud, y sin dolores de parto produjera fructo de buenas obras?

Tiene aún otra excelencia demás déstas la caridad, que es uñir al hombre con Dios, y transformarlo en él. Porque (como dice S. Augustín) el amor es vida que ajunta al que ama con la cosa amada, y de dos cosas hace una. Por dónde esta diferencia ponen los filósofos entre el entendimiento y la voluntad, que el entendimiento cuando entiende, hace las cosas semejantes á sí, de manera que de materiales las hace espirituales y intelectuales,

(1) Matth. 11.

proporcionándolas consigo para haberlas de entender: mas la voluntad por el contrario, cuando ama las cosas, hácese semejante á ellas, porque toda se transforma en ellas, abrazándose y amasándose con ellas. En lo cual parece que el entendimiento es como sello que todo lo que toca hace semejante á sí, mas la voluntad como cera blanda, que luego toma la figura de aquello con que se junta. Por lo cual dijo S. Augustín: Tal es cada uno, cual es el amor que tiene. Si tierra amas, tierra eres: si á Dios amas, ¿qué quieres que te diga? Dios eres. Pues ¿qué mayor excelencia se puede predicar del amor de Dios, que ser él poderoso para transformar el hombre en Dios?

Mas para entender esto, habemos de presuponer que esta transformación no es natural, sino espiritual ó moral, porque no muda la naturaleza de una cosa en otra, sino muda los corazones, esto es, los afectos, los deseos y toda la vida. Pongamos ejemplo. Una madre ama á un hijo más que á sí. Dime, ¿qué hará el hijo por sí, que no lo haga su madre por él? El hijo, por razón del amor que tiene á sí mismo, entiende siempre en su provecho, y toda la vida emplea en esto. ¿Qué menos hace la madre que así lo ama? Todo su negocio y pensamiento es en él y por él. Procura lo que le cumple, huélgase con su provecho, pésale con su daño, pónenla en cuidado sus cuidados, afligenla sus dolores, llora con el que llora, alégrase con su alegría, las injurias del hijo tiene por proprias, y las enfermedades dél tiene por suyas. De suerte que así como la sombra de un cuerpo hace todo lo que hace el mismo cuerpo, y sigue en todo los movimientos y figuras dél, así, si pudiésemos ver estos dos corazones, hallaríamos que de la manera que está el uno, está el otro, y que los acciden tes y semblantes que muda el uno, muda el otro. Lo cual es cosa tan natural y tan ordinaria, que parece que la persona se olvida de sí misma y de su propria naturaleza. Porque así vemos que la madre se olvida de sí, por acordarse de su hijo, y despoja á sí, por enriquecer á él. En lo cual parece que más está en él que en sí, pues á sí misma olvida y desampara por él. Por dónde dijo muy bien Platón que el que verdaderamente ama, está muerto en su cuerpo proprio, y vive en el ajeno.

Pues el ánima que desta manera ama á Dios, viene á transformarse en el mismo Dios de tal modo que lo que él quiere, quiere ella, y lo que á él desagrada, desagrada á ella, y lo que él ama

ó aborrece, también ella lo ama y aborrece, y ni tiene cuenta consigo, ni con su provecho, ni con su honra ni con su contentamiento, sino con el contentamiento de Dios y con su honra, y así en todo y por todo viene á tener un querer y un no querer y una misma voluntad con Dios: y mudada la voluntad, luego se muda la vida y las obras que proceden della. Porque así como cuando cortan la rama de un árbol y engieren otra, la fruta que de ahí nasce, ya no es conforme á la que se cortó, sino á la que se engirió, así cortada la voluntad del hombre y engerta la de Dios, los frutos de palabras y obras y pensamientos que de ahí proceden, no son ya conformes con la voluntad antigua del hombre, sino con la de Dios. De suerte que así como un pedazo de hierro echado en un grande fuego, sin dejar de ser hierro tiene las propriedades y condiciones de fuego, así el hombre que desta manera arde en el amor de Dios, sin dejar de ser hombre participa de la pureza y sanctidad de Dios, como S. Dionisio lo refiere de S. Pablo por estas palabras: El amor tiene fuerza para uñir las cosas entre sí, y no deja ser á los amadores señores de sí mismos, sino de aquél que aman. Por dónde aquel grande amador de Dios decía: Vivo yo, ya no yo, mas vive en mí Cristo (1).

Esta misma transformación se prueba también por otra razón. Porque natural cosa es trabajar los hombres con todas sus fuerzas por mudarse en aquello que aman De dónde el que mucho ama las virtudes, procura ser muy virtuoso, el que las letras, letrado, el que las armas, caballero, y el que los juegos, jugador: y así el grande amador de Dios procura de imitar y participar la pureza y sanctidad del mismo Dios, trabajando por cumplir aquello que el mismo Señor manda cuando dice (2): Seréis sanctos, así como yo soy sancto.

Parecerá aún esto más claro, si consideramos el señorío que tiene el amor sobre la voluntad, y la voluntad sobre todas las potencias del hombre, porque lo que es el rey en su reino, eso es la voluntad en el hombre. Y por esto cuando la voluntad se inclina á alguna cosa, luego lleva en pos de sí todo cuanto hay en su reino. Por dónde así como el primer cielo con su movimiento arrebata y lleva en pos de sí todos los otros cielos, así la voluntad lleva tras sí todas las otras potencias del ánima, y así lleva

(1) Gal. 2. (2) Levit. 20.

la memoria, el entendimiento, y el deseo, y los miembros del cuerpo con todo lo demás. Pues como la voluntad tenga este señorío sobre todo el hombre, y el amor lo tenga sobre la voluntad (porque á donde se inclina el amor, allí se inclina ella) síguese que á donde se acostare el amor, allí se acostará la voluntad, y eso abrazará todo el hombre con todo lo que hay dentro de su reino, y así vendrá á ser tal cual fuere aquello que ama. De aquí viene á ser que si uno ama los vicios, por el mismo caso ya es vicioso, y si al mundo, mundano, y si la carne, carnal, y si el espíritu, espiritual: porque lo que así abraza el amor, todo el hombre junto con todas sus potencias lo abraza, y esto basta para hacerlo tal cual es aquello que ama. Por lo cual dijo el Profeta (1) hablando de los malos, que se habían hecho abominables como las cosas en que pusieron su amor.

Pues si el amor tiene virtud para hacer esta transformación, ¿qué tan alta cosa será el amor de Dios, pues por él será el ánima transformada en Dios? ¿Puede haber mayor dignidad, mayor gloria ni mayor nobleza que ésta? ¿Á dónde puede el hombre ir que más medre? ¿Á dónde puede subir que más valga? ¿Qué cosa puede hacer con que más sea ennoblecido, que amar á Dios y participar aquella tan gran nobleza y pureza de Dios? Esto podrá cada día experimentar el hombre en sí mismo, cuando se llega á Dios, que si en este ejercicio es tocado con una centella deste amor, luego siente en sí nuevos propósitos y deseos de mejorar su vida. Por dó parece cuán ennoblecida tendrá el amor de Dios el ánima donde perpetuamente reposa, pues así la ennoblece cuando pasa por ella.

§ VIII

Otras innumerables excelencias tiene esta virtud de la caridad, que sería un proceso infinito querellas explicar: y por esto daré fin á esta materia diciendo que así como esta virtud es la mayor de todas las virtudes y el fin de todas ellas, así ella es en quien esencialmente consiste la perfección de la vida cristiana, y de donde se toma la medida así de la perfección que los justos

(1) Ossee 9.

alcanzan en esta vida, como de la gloria que recibirán en la otra. Y conforme á esto dice S. Bernardo tratando de la caridad del ánima estas palabras: El que tiene grande caridad, grande es, y el que pequeña, pequeño es, y el que ninguna, nada es, pues dice el Apóstol (1): Si no tuviere caridad, nada soy. De manera que si una viejecica se hallase á la hora de la muerte con mayor caridad que otro que hubiese hecho muchos milagros y convertido muchas ánimas, sin duda tendría más gloria esencial en el cielo, pues tuvo más caridad en este mundo, porque como dice Sancto Tomás, el haber padecido más trabajos y convertido más ánimas no pertenece al premio esencial, sino al accidental. Mas el que tuviere mayor caridad, tendrá mayor premio esencial. Conforme á lo cual dice S. Augustín: No la muchedumbre de los trabajos, ni la antigüedad del servicio, sino la mayor caridad hace mayor el mérito y el premio.

Y no es de maravillar que esto sea así: porque puesto caso que todo lo que el hombre hace de su parte, es poco para lo que recibe de Dios, pero con todo esto mucho hace y mucho da el que mucho ama, porque amando da á sí mismo y hace el mayor servicio que se puede hacer. Porque como la voluntad (según dijimos) sea reina y señora de todo lo que hay en el hombre, y el amor sea señor de la voluntad, el que plenariamente ofrece su amor, ofrece también la voluntad con todo cuanto tiene, sin que le quede cosa por ofrecer. La cual ofrenda es debida á solo Dios, porque en ella hace el hombre lo último de lo que puede, y por esto Dios responde á este servicio como quien él es, dándose todo á quien todo se le da.

Esta doctrina es de gran consolación y esfuerzo para los pobres que no tienen que dar, y para los que ni con letras, ni con ingenios, ni con trabajos corporales (por ser viejos ó enfermos) pueden hacer á Dios grandes servicios, porque sin estas cosas pueden amar mucho á Dios: y mucho puede quien mucho ama, mucho da quien da á sí, y mucho hace quien mucho desea hacer, pues ante Dios, que ve los corazones, no es de menos valor la buena voluntad que la buena obra. Si no puedes hacer mucho, desea mucho y ama mucho, que en ese amor lo haces todo. Si eres pobre de riquezas para hacer limosnas, seas rico de amor

(1) I Cor. 13.

para desear hacerlas, y ten por cierto que ya las heciste. No hay quien te despedace ni te desuelle por Dios: desea de todo corazón ser así tratado, y serás como mártir en los ojos de Dios. Porque como dice Cipriano, una cosa es faltar el corazón al martirio, y otra faltar martirio al corazón, porque lo uno es de flaqueza humana, mas lo otro es de dispensación divina.

§ IX

Cata aquí pues, cristiano lector, para cuántas y cuán grandes cosas vale la caridad, pues ella es la mayor de las virtudes y el fin de todas ellas, y la vida y perfección y la suma y recapitulación de todas ellas. Dicen los teólogos que el amor desordenado de sí mismo es principio de todos los pecados. Pues como el amor de Dios sea su contrario, síguese que será cuchillo de todos los pecados y principio general de todas las virtudes Pues ¿quién no procurará con toda diligencia una tan eficaz medicina de tan grande enfermedad? ¿Quién no trabajará por alcanzar una virtud que tanto nos ayuda para todas las virtudes? ¡Oh maravillosa virtud, raíz de todas las virtudes, hija mayor de la gracia, maestra de sanctidad, espejo de religión, peso de merecimientos, vestidura de bodas, heredad de los hijos de Dios, llave del paraíso, mantenimiento del ánima, dulzura del corazón, fortaleza de los que pelean, corona de los que vencen, hermana de la verdad, madre de la sabiduría, compañera de los sanctos, alegría de los ángeles, espanto de los demonios, victoria de los vicios y cumplimiento de toda perfección! Sin ti desfallecen las fuerzas humanas, escuresce el entendimiento, queda sin vida la fe, presume vanamente la confianza, piérdese el mérito de todo el bien que se hace, deshácese la liga del amor fraternal: mas contigo está el hombre en las tentaciones fuerte, en las prosperidades humilde y en las adversidades seguro.

Pues si tantos frutos acarrea consigo esta virtud, ¿no será razón que el sabio mercader del Evangelio, hallada esta preciosa margarita, dé todo lo que tiene por ella? ¿Qué ejercicios, qué mortificaciones, qué trabajos se podrán aquí enseñar que no sea muy bien empleado todo lo que se gastare en ellos, por esta joya

tan preciosa? Mucho es lo que se pide: mas ¿qué es todo lo que el hombre puede dar, comparado con Dios, el cual se posee por la caridad? Dios es caridad (dice S. Juan (1), y quien está en caridad está en Dios, y Dios en él. Sobre lo cual dice S. Bernardo: Dios es caridad. ¿Qué cosa más preciosa? Y quien está en caridad está en Dios. ¿Qué cosa más segura? Y Dios en él. ¿Qué cosa más deleitable? ¿Poco es decir que Dios es caridad? ¿Poco es tener á Dios en sí? Á sola la caridad conviene este privilegio, que Dios se llame caridad. Porque no se dice que Dios es humildad, ni castidad, ni obediencia: porque como toda virtud sea don de Dios, sola ésta entre todas las virtudes goza deste privilegio, que sea don de Dios y se intitule de nombre de Dios.

Pues ¿qué será luego todo lo que se da por la caridad, sino un poco por el todo, que es una pequeñita parte de lo criado, que es el hombre todo, por el Criador de todo? ¿Quién no dirá de corazón aquellas palabras que un grande amador desta virtud escribió, diciendo: Oh caridad, si supiese cuánto es lo que vales, cualquier cosa que me pidiesen daría por ti. Mas sin duda excede tu valor á todo lo que yo poseo, y no hallaré tu precio dentro de mí. Mas con todo esto daré lo que tuviere, y darélo todo. Y después que todo lo hubiere dado, todo lo tendré en nada. Daré de buena gana todos los placeres de mi carne y todos los gustos de mi corazón por alcanzarte, porque tú sola me serás más amable, más provechosa, más deleitable y más suave. Tú eres la que mejor alegras, y más hartas, y más seguramente defiendes, y más dulcemente recreas. Finalmente, tú eres la que más engrandesces y levantas nuestras ánimas en Dios.

Mas en fin de todo es de notar que tratando en este libro de la perfección de la caridad (en la cual consiste la perfección de la vida cristiana) necesariamente habemos de pedir al deseoso della cosas muy altas, muy espirituales y dificultosas á la naturaleza, aunque fáciles á la gracia. Porque como esta perfección consista en la unión del hombre con Dios (lo cual se hace por imitación y semejanza con el mismo Dios) no se pueden dejar de pedir cosas muy espirituales, si habemos de llegar á hacernos un mismo espíritu con él. Mas ni por eso tiene nadie razón para quejarse, pues á esta perfección no obligamos á nadie, sino avisamos á

(1) I Joan. 4.

aquéllos que de su propria voluntad anhelan á la perfección, aunque todos debrían de anhelar á ella, porque pues en el deseo de los bienes temporales no ponemos tasa, mucho menos la habíamos de poner en los celestiales y espirituales.

DE LOS PRINCIPALES MEDIOS POR DO SE ALCANZA EL AMOR DE DIOS

CAPÍTULO II

Dicho ya de las excelencias de la caridad, y aficionados los corazones al amor desta joya tan preciosa, luego el hombre desea saber el camino y los medios por do se alcanza. Pues para esto servirá todo lo que en este libro se escribe. Para lo cual será necesario entender primero la naturaleza y condición del fin que pretendemos, el cual no es otro que el amor de Dios. La condición deste amor acabamos agora de explicar que es unir y transformar al hombre en Dios, teniendo un mismo querer y no querer con él, imitando (en cuanto nos sea posible) su sanctidad y pureza. Esto nos pide el mismo Señor en muchos lugares de la Escritura sagrada, como cuando dice: Sed sanctos, así como yo también lo soy. Y no sólo las Escrituras divinas quieren que enderecemos nuestra vida á este fin, y la reglemos por esta primera regla, que es infalible, mas también la filosofía humana llegó aquí. Porque Platón en un diálogo que llaman Teeteto, viene á decir lo mismo en persona de Sócrates por estas palabras: No es posible faltar los males en el mundo, porque no vivimos aquí entre dioses, sino entre hombres. Por lo cual debemos trabajar con todas nuestras fuerzas por pasar deste mundo al otro. Y este tránsito no es otra cosa sino huir de las cosas de la tierra é imitar á Dios en cuanto al hombre sea posible. Y aquél imita á Dios, que imita su justicia, su sanctidad y prudencia. Porque como Dios sea justísimo, ninguna cosa hay más semejante á él que el hombre justo. De dónde se infiere que el conocimiento de Dios es la verdadera sabiduría y la virtud

verdadera, y el no conocerlo es rudeza y manifiesta malicia. Y cualquier otra manera de sabiduría fuera de ésta parece sabiduría, mas no lo es. Hasta aquí son palabras de Sócrates en el sobredicho diálogo. Por las cuales parece que aun la lumbre de la razón alcanzó que toda la perfección del hombre consistía en la imitación y semejanza de aquella suma sanctidad y pureza, de donde la misma criatura racional procedió.

Pues deste principio fácilmente se entienden los medios que se requieren para conseguir este fin. Porque si el fin es la imitación y transformación en Dios, y ninguna cosa puede venir á ser lo que no es sino dejando de ser lo que es, claro está que el principal medio que para esta mudanza se requiere es el despedir de nosotros las propriedades é imperfecciones del hombre viejo, para vestirnos del nuevo, que es reformado á imagen y semejanza de Dios. Porque así como naturalmente hablando, no puede haber generación sin que preceda corrupción (pues no nasce el grano de trigo si primero no se corrompe) así no puede hacerse el hombre divino, si primero no deja de ser humano, que es, dejando (en cuanto sea posible) las flaquezas é imperfecciones de hombre. Así vemos que no puede ser uno sabio, si no deja de ser ignorante, ni puede estar sano, si no deja de ser enfermo: así tampoco puede ser justo, si no dejare de ser pecador, ni menos divino, si no dejare en este sentido de ser humano. Dos términos hay en todos los movimientos: uno de donde la cosa parte, y otro á donde camina, y no es posible llegar al uno sino saliendo del otro. Y pues en este espiritual movimiento camina el hombre de sí á Dios, no podrá llegar á Dios si no saliere primero de sí. No puede el fuego hacer de un madero fuego, si primero no gasta la humidad y frialdad y todo lo que tiene contrario á la forma del fuego, ni tampoco el hombre concebido en pecado y cercado de carne y de sangre, podrá llegar á transformarse é imitar la sanctidad y pureza de Dios, sino perdiendo primero los resabios y siniestros que repugnan á esta pureza y sanctidad. Lo cual principalmente hace la omnipotente gracia del Señor. El cual por esta causa se llama en la Escritura fuego que consume (1), porque su oficio es consumir todos los siniestros é imperfecciones de los hombres, y purificarlos de todos sus pecados, para comunicarles á sí mismo'

(1) Deut. 4.

Porque (como dice S. Dionisio) su naturaleza es traer todas las cosas á sí, y hacerlas participantes de sí.

Mas porque este Señor, aunque crió el hombre sin el hombre, no sanctifica el hombre sin el hombre: quiero decir, sin que él obre juntamente con él, y haga lo que es de su parte, ayudando á tirar el arado con Dios, y juntando sus manos con las de Dios, de aquí es que así como Dios pretende consumir todo lo malo que hay en el hombre, así el mismo hombre debe por su parte procurar lo mismo, que es mortificar y consumir todo esto que en él impide la semejanza de Dios, para que así pueda venir á la deseada unión y semejanza dél. Vemos que para plantar una huerta en un monte bravo, primero es necesario arrancar el monte y los árboles silvestres, y esto hecho, luego se suelen plantar los fructuosos y provechosos. Pues lo mismo ha de hacer el que quisiere que su ánima sea verjel de Dios y paraíso de sus deleites: porque primero debe insistir en arrancar las espinas y zarzas de los vicios y malas inclinaciones que contradicen á esta unión, y esto hecho, podrá luego plantar las buenas plantas de virtudes que quisiere, y señaladamente ésta de que aquí tratamos (que es como árbol de vida en medio del paraíso) de quien todas ellas proceden, de la manera que arriba se declaró. Esto nos representa el nascimiento del patriarca Isaac, el cual (como dice la Escritura divina (1), nasció cuando ya su madre Sara era de tal edad, que todas las cosas que son proprias de mujeres, habían ya faltado en ella. Lo cual dado caso que se escriba para mostrar que miraculosamente concibió y parió este hijo, mas también nos significa que entonces el ánima religiosa concibe y pare al verdadero Isaac, que es el gozo espiritual, hijo legítimo de la caridad, cuando vienen á faltar en ella las flaquezas é imperfecciones y resabios de la naturaleza corrupta. Porque como aquí se pretenda hacer de un hombre carnal otro espiritual, ó por mejor decir, de un hombre Dios por amor (pues es proprio del amor transformar al que ama en la cosa amada) necesariamente se ha de destruir primero la carne y el hombre sensual, que se engendre el espiritual. Por dónde así como los que por arte de alquimia quieren hacer del cobre oro, necesariamente han primero de corromper el cobre, para que dél se haga oro (si esto fuese posible)

(1) Genes. 21.

así también, como en esta alquimia espiritual pretendemos hacer de la tierra cielo, de la carne espíritu, y del hombre Dios, necesariamente habemos de destruir primero el un extremo, porque pueda suceder el otro.

De lo cual todo se infiere ser verdad lo que comúnmente dicen los sanctos doctores, y señaladamente Casiano en la primera de sus Colaciones, que la pureza del corazón es el principal medio que hay para alcanzar el amor de Dios: á la cual pertenece desterrar de nuestra ánima todo lo que impide este sancto amor, que es todo lo animal y terreno, y finalmente todo lo que es contrario y desemejante á Dios. Y en esta cuenta entra primeramente la purificación y mortificación del amor proprio, y en el segundo lugar la de la propria voluntad, hermana deste mismo amor, y en el tercero la de los pecados, y en el cuarto la de las perturbaciones y pasiones del ánima, en el quinto la de los cuidados desordenados, en el sexto la de los negocios demasiados, en el séptimo la mortificación de todos los otros resabios y malas inclinaciones del hombre, y en el octavo finalmente la pureza de la intención, donde entra la purificación de todo género de interese, así espiritual como temporal: de las cuales cosas trataremos por su orden en los capítulos siguientes.

Mortificados pues todos estos resabios y siniestros de nuestra carne, luego florece y reina el espíritu, y queda dispuesto así para ir él á Dios por amor, como para venir Dios á él por su gracia. Porque así como la piedra que está en lo alto, quitados los impedimientos que allí la tienen contra su natural inclinación, luego ella por sí corre á su lugar natural, así nuestra ánima, que es substancia espiritual, quitadas las prisiones de los apetitos sensuales que la tienen presa con la afición de las cosas terrenas, luego ella ayudada con la divina gracia (como substancia espiritual y hermana de los ángeles) se allega y abraza con las cosas espirituales, que son conformes á la dignidad y condición de su naturaleza

Mas aunque esto bastase para levantar el ánima al amor de su Criador, todavía juntaremos con esto algunos ejercicios y consideraciones que la enciendan en este divino amor, y la ayuden á esa misma mortificación. Porque como sea verdad lo que el Apóstol dice (1), que los que se llegan á Dios se hacen un espíri-

(1) I Cor. 6.

tu con él, y este allegamiento no sea con pasos de cuerpo sino de espíritu (que es con devotas consideraciones y afectos amorosos) desto también era razón que tratásemos. Porque con este espiritual allegamiento á Dios viene el ánima á participar en su manera los rayos de su sanctidad y resplandor, con los cuales queda ella tan resplandesciente y hermosa como una nube cuando es envestida de la claridad y lumbre del sol, que se parece con el mismo sol. Y conforme á esto se dividirá este libro en dos partes principales: en la primera trataremos de las cosas que nos son impidimiento para esta espiritual unión con Dios, que se hace por la caridad: en la segunda, de las virtudes que más ayudan á esta unión. Y á ésta añadiremos algunos discursos y consideraciones y oraciones devotas, que sirvan para encender nuestro corazón en amor de Dios.

También conviene advertir en este lugar que la principal dificultad deste negocio no está en el ejercicio de amar á Dios (porque ésta es obra de gran suavidad) sino en desterrar de nuestra ánima los impidimientos deste amor, de que en esta primera parte se trata. Así vemos que toda la dificultad que hay en hacer de un leño fuego, está en consumir lo que allí contradice á la forma del fuego, que es la humedad y frialdad y materia de vapores que hay en él: porque esto hecho, en un punto se levanta la llama del fuego y arde. Pues lo mismo acaesce cuando un corazón frío y aficionado á las cosas del mundo queremos que venga á arder en amor de Dios. Porque no está la dificultad en el amor, sino en consumir lo que impide este divino amor.

De dónde se infiere un aviso muy notable y que sirve para entender y evitar muy gran parte de los engaños que aquí pueden entrevenir, y es, que no debe el hombre medir su aprovechamiento en este camino por la suavidad ni por las consolaciones ó ternuras ó lágrimas que algunas veces tiene (aunque esto sea loable cosa y sancta) sino por la mortificación y victoria de todos estos padrastros de que en esta primera parte habemos de tratar, que son desordenado amor proprio y propria voluntad, con todos los apetitos que de aquí proceden. Porque hay algunas personas tiernas de corazón, que con cualquier pensamiento, ó de la pasión del Señor, ó de otra cosa tal, luego se resuelven en lágrimas y sienten grande suavidad. Mas como esto más proceda en los tales de natural ternura de corazón que de puro amor, no deben

juzgar por aquí su aprovechamiento, si no juntaren con esto la victoria de su propria voluntad y de sus apetitos y malas inclinaciones.

También conviene aquí advertir que como en los ejercicios de las oraciones y consideraciones de la segunda parte haya gusto y suavidad, y en los de la primera dificultad, muchos se entregan más á lo dulce que á lo agro. Mas en ningún caso conviene que sea así, porque desto se seguirían peligros é inconvenientes, sino igualmente se debe el hombre dar á lo uno y á lo otro, poniendo el uno de los dos ojos en la mortificación, y el otro en la oración y en las consideraciones que nos enciendan en el amor de Dios, porque con la suavidad de lo uno podamos tragar el desabrimiento y trabajo que hay en el otro.

DEL PRIMER MEDIO QUE SE REQUIERE PARA ALCANZAR EL AMOR DE DIOS, QUE ES VICTORIA DEL AMOR PROPRIO

CAPÍTULO III

ANTES que comencemos á tratar desta primera parte, conviene presuponer que en aquel bienaventurado estado en que Dios crió el hombre, ninguna cosa le era más fácil, ni más natural, ni más suave, que amar á su hacedor. Porque ¿qué cosa más natural que amar la criatura á su Criador, el efecto á su causa, el principiado á su principio y la parte al todo de do procede? Porque desta manera vemos que el brazo se pone delante de la cabeza á recebir el golpe de la espada por conservar á ella: donde se ve claro que más ama la parte á su todo que á sí misma.

Mas siendo esto así, estando la naturaleza entera, atravesóse el pecado de por medio, y estragóse la naturaleza, y ya el hombre no camina como antes caminaba, ni puede lo que antes podía, por los grandes impidimientos que por esta parte se le recrecieron. Porque el que antes del pecado amaba á Dios más que á sí, después del pecado ama á sí más que á Dios. Mas antes el pecado original no es otra cosa que un torcimiento y adulterio espiritual

con que el hombre nasce aficionado y enamorado de sí mismo, y desaficionado á Dios.

Pues este amor desordenado, con todas las otras aficiones que nascen dél, es el principal impedimiento que tenemos para amar á Dios: porque tirándonos para sí, nos aparta dél, y llamándonos al amor de los bienes terrenos, nos hace volver las espaldas á los celestiales. Por lo cual, si este amor se quitase de por medio, no habría impedimiento en el amor de Dios.

Pues según esto, el que de veras y de todo corazón desea alcanzar el amor de Dios, téngase por dicho que ha de pregonar guerra pública contra el amor proprio. Y por amor proprio entiendo siempre en este tratado el desordenado amor de su proprio cuerpo y de todo lo que al cuerpo pertenece. Y digo desordenado, porque si es bien ordenado y reglado, no es malo, sino bueno y necesario para la conservación de la vida. Porque no es cosa nueva, sino muy posible, ser una cosa de su naturaleza buena y necesaria para la vida, la cual siendo demasiada ó desordenada, es dañosa. Así vemos que la sangre es necesaria para la conservación de la vida, mas si hay pujamiento desta sangre, suceden enfermedades y á veces muerte por ella. Lo mismo se entiende en el calor natural, en el cual consiste la vida del animal: mas si es demasiado, causa fiebres y enfermedades. También los ríos caudalosos, cuando corren por sus madres, á ninguna cosa dañan: mas cuando se desmandan y crecen, anegan todos los lugares por do pasan. Pues así decimos que el amor proprio con todas las otras aficiones que dél proceden, así de honra como de hacienda, cuando son medidas con la regla de la razón y de la ley de Dios, son saludables y virtuosas: mas cuando salen deste compás, son perjudiciales y viciosas.

El oficio y naturaleza deste amor proprio es desear desordenadamente todos los bienes que sirven al cuerpo, los cuales son cuasi innumerables: pero redúcelos S Juan á solos tres, que son, hacienda honra y deleites corporales. Pero así como ponemos en el mundo cuatro vientos principales que soplan de las cuatro partes dél, entre los cuales contamos otros cuasi innumerables que se reducen á éstos, así también se señalan estas tres maneras de bienes temporales, debajo de los cuales se comprehenden todos los demás. Porque debajo de la honra se comprehenden oficios, dignidades, títulos, mandos, señoríos, privanzas, exenciones, li-

bertades, preeminencias, cargos, fausto, pompa, acompañamiento y otras cosas tales que sirven á la honra mundana.

Debajo de la hacienda se comprehenden todas las especies y maneras que hay de intereses y provechos temporales, como son patrimonios, heredades, rentas, ganancias y otras infinitas maneras que hay de bienes desta cualidad.

Debajo deste nombre de deleites se comprehende otra gran flota de diversas cosas en que se deleitan así los sentidos exteriores del cuerpo como los interiores del ánima. Porque los ojos naturalmente se deleitan en la variedad y hermosura de los colores, de los edificios, de las tapicerías ricas, de las danzas y bailes y de todo género de hermosuras. Los oídos huelgan con todas las maneras que hay de músicas así naturales como artificiales, que son las delicias que hay en los palacios de los príncipes. El sentido del oler huelga con todas las confecciones de ungüentos y aguas olorosas y con infinitas maneras de especies aromáticas que para esto nascen ó se hacen cada día. Pues ya para el gusto no tienen cuenta las diferencias de manjares que la naturaleza proveyó, y mucho menos la de los potajes y guisados que el arte inventó, y los convites que para esto cada día se celebran. Pues para el sentido del tacto también sirve la cama blanda y la vestidura preciosa, con todas las invenciones de trajes que sin fin y sin medida se descubren cada día.

Con éstos hay otros objectos más espirituales, que sirven para los otros sentidos más delicados. Porque la curiosidad de los ingenios humanos es amiga de saber, y de ver, y de tener todas las cosas muy polidas y primas: para lo cual sirven las alhajas preciosas, los libros y estudios más curiosos que provechosos, las pláticas, las conversaciones, las vistas, las salidas, las visitaciones y discursos á diversas partes, para deleitar con la variedad de las cosas todos estos sentidos.

Pues como no sea otra cosa amar sino querer bien, claro está que el que desordenadamente ama á sí mismo, también desea desordenadamente todos, ó á lo menos muchos destos bienes para sí. Y por esto, este amor con razón se llama fecundísimo, porque tiene todos los bienes corporales del mundo por objectos. Y así este desordenado amor parece que es como el vientre de una víbora preñada, de donde salen muchos viboreznos no menos ponzoñosos que la misma madre que los pare. Pues aquél que

busca el puro y perfecto amor de Dios, ha de despedir de sí y mortificar todos estos apetitos y amores, cuando son (como dijimos) demasiados. De manera que á todos ha de dar libelo de repudio y á todos ha de echar fuera de casa, si quiere triunfar del proprio amor. Porque así como no se puede arrancar un árbol de cuajo si no le cortan todas las raíces con que está preso, así tampoco se puede arrancar este árbol de muerte (que es este amor desordenado) si no es cortando todas estas reíces de particulares bienes que dél proceden y le sostienen. De dónde, así como escriben las historias de nuestros tiempos que para conquistar la ciudad de Granada, primero fueron conquistados uno por uno todos los castillos y fuerzas que estaban en torno della y la defendían, así también para conquistar este amor tan poderoso, es necesario ir poco á poco venciendo todos los otros amores que deste proceden y le sustentan, desapegando del corazón el amor de todas las cosas transitorias y visibles, y trasladándolo á las invisibles, para que así reine sin contradicción en nuestras ánimas el amor de Dios. Porque de otra manera (como dice S. Juan Clímaco) así como es imposible con un mismo ojo mirar al cielo y á la tierra, así también lo es con una misma voluntad amar desordenadamente á sí, y amar á Dios.

De cómo no se compadecen juntos amor de Dios y desordenado amor de sí mismo.

§ I

Y porque cuanto más certificado estuviere el hombre desto, y más desengañado, más se esforzará á tomar las armas y pelear contra este gigante, apuntaré aquí las razones por las cuales claramente se vea la incompatibilidad y contrariedad destos dos amores.

Primer impedimiento.

Porque primeramente ya se sabe que (como dijo S. Augustín) el amor proprio es causa de todos cuantos pecados hay en el mundo, y él es el que edifica y puebla la ciudad de Babilonia de sus ciudadanos (que son los hijos de confusión) así como por el contrario el de Dios edifica la de Hierusalem. Porque

ningún hombre peca sino por alcanzar alguna cosa que desordenadamente ama, como pecó Judas por cobdicia de los treinta dineros que le dieron por Cristo, y David por la cobdicia de la hermosura de Bersabé, y nuestra primera madre por la golosina del árbol vedado, y así todos los demás. Pues todos estos deseos y cobdicias, claro está que son hijos del amor proprio, pues ése es el que deseando desordenadamente esos bienes, nos hace cerrar los ojos á Dios, y traspasar sus mandamientos. Pues si ninguna cosa hay más contraria á la caridad que el pecado mortal, porque la caridad es vida del ánima, y el pecado muerte, ¿qué tan contrario será á la caridad lo que es causa de todos los pecados del mundo, que es este amor desordenado? ¿Ves pues cuán grande impedimento sea éste para alcanzar esta virtud?

Segundo impedimento.

Hácenos también daño por otra vía: porque no sólo es incentivo de los pecados, sino también el mayor impedimento que hay para alcanzar las virtudes, á las cuales pertenece disponer el ánima para el amor de Dios, á quien todas ellas se ordenan, así como las medicinas á la salud. La razón deste impedimento es, porque (como toda la filosofía confiesa) proprio es de la virtud ejercitarse en cosas arduas y dificultosas, á lo cual repugna el amor proprio, cuya naturaleza es huir toda dificultad y trabajo, y por esto necesariamente ha de huir de la virtud por estar abrazada con él. Por dónde así como los que son enemigos de dulce, no pueden comer manjar que esté guisado con cosa dulce (aunque él por sí sea muy sabroso) así el que es capital enemigo del trabajo, también lo ha de ser de la virtud, por muy preciada que sea, por andar siempre acompañada con él. Por lo cual dijo muy bien Séneca que en el reino del deleite no tenía lugar la virtud. Y en otro lugar dice el mismo que muy poco estimará la virtud el que fuere muy amigo de sí mismo.

Tercero impedimento.

Con esto también se junta que la mayor parte de las virtudes morales se emplean en moderar las pasiones naturales, apartándolas de los extremos (porque son viciosos) y reduciéndolas á una templada mediocridad, en la cual consiste la virtud. Pues á esto contradice también la desorden de este amor, el cual así como es desaforado y vehemente en todos sus deseos, así también lo es en todas las otras pasiones que naturalmente se siguen dél,

y cuanto éstas son más furiosas y vehementes, tanto menos puede la virtud apoderarse dellas y enfrenarlas, así como el caballero al caballo furioso y de mala boca y desobediente al freno. Pues según esto, lo que tan grande impedimiento es para alcanzar las virtudes, también lo será para alcanzar la caridad, que no puede estar sin ellas.

Cuarto impedimiento.

Y demás desto hay aún otra razón por donde este mal amor nos cierra la puerta para el amor de Dios. Porque como arriba tocamos, uno de los principales medios por donde se alcanza este sancto amor, es la profunda oración y consideración de todas aquellas cosas que pueden encender nuestro corazón en este amor, para el cual ejercicio cierra la puerta este otro mal amor, cuando está muy apoderado de nuestro corazón. La razón es, porque donde está el amor, ahí está todo el hombre con todas sus potencias y sentidos, sin haber quien de ahí las aparte. Porque quien dijo que donde estaba el amor, estaban los ojos, aunque dijo verdad, dijo poco. Porque por la razón que están ahí los ojos (que es por el gusto que tienen de mirar lo que aman) por esa misma están todos los otros sentidos, gozando cada cual en su manera de la presencia deste objecto. Y por eso, demás de la voluntad (que es la que está abrazada con lo que ama) ahí también está el entendimiento pensando en ella, y la memoria acordándose della, y la lengua hablando y platicando della, y así todos los otros sentidos. Por lo cual dijo el Salvador (1): Donde está tu tesoro (que es donde tienes puesto tu amor) ahí está tu corazón, que es tu voluntad y tu pensamiento, con todo lo demás que del corazón (esto es, de la voluntad) depende. Porque la primera cosa que hace el amor, es tomar la voluntad, haciendo que ella quiera lo que él quiere: y como la voluntad sea reina de todo el hombre y de todas sus potencias, adonde está la voluntad, ahí están todas ellas. Y de aquí nasce aquella común sentencia que dice que el ánima más está donde ama, que en el mismo cuerpo donde mora y da vida.

Esto mismo se confirma por aquella muy celebrada sentencia de S. Augustín, la cual dice que lo que es el peso en los elementos y cuerpos naturales, eso es el amor en las criaturas racionales.

(1) Matth. 6.

Por dónde así como todas las cosas naturales se mueven conforme al peso que tienen, y así unas se mueven á lo alto, como el aire y el fuego, y otras á lo bajo, como la tierra y el agua y todos los cuerpos pesados, así también las criaturas racionales se mueven conforme al amor que en ellas predomina y reina. De manera que si predomina el amor de la tierra, todos los movimientos y deseos y tratos y ejercicios son de la tierra, mas por el contrario si predominare el amor del cielo, todo esto será en el cielo, como lo era en el Apóstol, que decía: Nuestra conversación es en los cielos. En lo cual parece que el amor de Dios es como fuego, que naturalmente sube á lo alto, y allí solamente reposa: mas este otro es como tierra pesada, que naturalmente tira para abajo, porque allí tiene su centro y allí solamente descansa. Por dó parece de cuán diferentes vidas sean causa estos dos amores, pues el uno hace que la vida toda sea terrena, y el otro toda celestial.

Pues volviendo á nuestro propósito, si es verdad que el principal medio para alcanzar el amor de Dios es traer el hombre todas las potencias de su ánima levantadas y puestas en él, pensando día y noche en sus grandezas y maravillas y en todo lo que nos pudiere mover á su amor, ¿cómo podrá hacer este oficio el hombre lleno del amor de las cosas terrenas, el cual tiene su entendimiento, su voluntad, su memoria, su imaginación, y su afección, y todos sus sentidos y cuidados presos y captivos en ellas? ¿Dónde hallará aquí lugar desocupado el amor de Dios, dónde se aposentará, de qué potencias se servirá, en qué obrará, pues todo está ya tomado y ocupado por otro peregrino amor? Una tabla escrita ó pintada de unas figuras, ¿cómo estará capaz de recebir otras, si no se borran las primeras? Una tierra sembrada de una simiente, ¿cómo podrá recebir y dar el fructo de otra diferente? Pues según esto, un corazón que está todo tomado del amor del mundo, ¿cómo estará hábil para recebir el amor de Dios, mayormente siéndole tan contrario? Por lo cual dijo muy bien Séneca que el que de verdad amaba, no podía amar más que una cosa sola. Porque de aquí nascen los celos tan bravos entre los que carnalmente se aman, porque luego entiende la una parte que no hay amor entero para ella, si se pone en otro lugar, como acaesce en las aguas de las fuentes, que cuanto más dan por un caño, menos tienen que dar por otro. Por la cual causa

dijo el Señor por Isaías, hablando con las ánimas que dejaban á él por otros amadores (1): Estrecha es la cama, y por eso uno ha de caer della, y la vestidura es angosta, y no basta para cubrir á dos. La cual sentencia en ninguna cosa se puede mejor verificar que en la obra del amor.

Pues de aquí nasce estar las tales personas inhábiles para los ejercicios del amor de Dios, como se ve por experiencia. Porque en queriendo recogerse un poco, y levantar el corazón á él, son tantas las imágines y figuras y tantos los pensamientos y cuidados que se les ponen delante, que apenas pueden tener por un breve espacio fijo el corazón en Dios, porque estos cuidados lo llevan en pos de sí, y aun muchas veces llevan corazón y cuerpo juntamente, por acudir al provecho de las cosas que demasiadamente aman. De manera que este tirano no se contenta con tomar el corazón y cuerpo con todos los sentidos y potencias, mas toma también todo el tiempo y todas las horas, para que ni quede cuerpo, ni espíritu, ni corazón libre para las cosas de Dios. Desta manera el amador del interese, ó de la honra, ó de letras (cuando se aman desordenadamente) acude luego á todas las maneras de tratos, de negocios ó de ejercicios por donde estas cosas se alcanzan, pareciéndoles tiempo perdido el que fuera desto se gasta.

Quinto impedimiento.

Mas ¿qué diré, que no sólo por todas estas vías corta el hilo este mal amor á todos los espirituales ejercicios, sino también los hace pesados y desabridos? Porque como dice el Apóstol (2), el hombre animal no entiende las cosas que son del Espíritu de Dios, y como no las entiende, no las ama, y como no las ama, no las gusta, y donde no hay gusto, no hay trabajo ni ejercicio, porque como dice muy bien el proverbio, el deleite acaba las obras.

Sexto impedimiento.

Impide también por otra vía este amor, porque por la mayor parte corrompe la intención y fin de nuestras obras, las cuales son tales, cual es el fin que les ponemos. Por dónde, así como el amor de Dios todas las cosas ordena á Dios, de manera que á él hace último fin, y á todas las otras cosas medios para él, así por el contrario el amor proprio todas las cosas ordena para el bien de su dueño, y á él hace su último fin. Item, el amor de Dios en

(1) Isai. 28 (2) I Cor. 2.

todas las cosas busca á Dios, aunque sea con menoscabo suyo: mas el amor proprio en todas ellas busca su interese y su honra, aunque sea con menoscabo de la de Dios. Item, el amor de Dios en todo procura agradar á Dios y hacerle la voluntad, negando la suya propria: mas el amor proprio en todo busca su proprio contentamiento y voluntad, aunque sea contra la de Dios. De dónde nasce que el amor de Dios procura ejercitarse en todas las virtudes, porque con éstas huelga Dios, y el amor proprio en todo lo que le acarrea contentamiento, porque con esto se deleita él. Por las cuales diferencias claramente se verá cuán imposible sea morar estos dos amores en un corazón, siendo tan contrario el uno del otro: y por eso es necesario que vaya fuera el uno, si queremos recebir el otro. Por dónde, así como un vaso que está lleno de un licor, es necesario que se vacíe; si ha de recebir otro licor (mayormente cuando el uno es amargo y el otro dulce) así es también necesario vaciar nuestro corazón del amargura del amor proprio, si queremos infundir en él la dulzura del amor divino. Lo cual elegantemente explicó S. Augustín por otra comparación, diciendo: Pensad, hermanos, que la mano es el amor, la cual si tiene una cosa, no puede recebir otra. Donde para poder tomar lo que le dan, ha de soltar lo que tiene. En lo cual quiero decir que quien ama al mundo, no puede amar á Dios, porque tiene ocupada la mano de su ánima con ese amor.

Por dó parece que estos dos amores son como dos balanzas de un peso, las cuales se han de tal manera que necesariamente si la una sube, la otra baja, y al revés. Porque cuanto cresce el amor de Dios, tanto descresce el amor proprio, y cuanto cresce el amor proprio, tanto descresce el amor de Dios. Por dónde se ve claro cuán lejos están del amor de Dios los grandes amadores de sí mismos, cuales son los hombres interesales, ambiciosos, regalados y pusilánimes: porque éstos, como tienen los corazones pequeños, todas las cosas que les tocan, tienen por grandes, y así conforme á esto las temen, y aman, y procuran desordenadamente.

Mas porque no se espante nadie, ni tenga por cosa muy pesada la que aquí le pedimos, entienda que algo desto alcanzaron los filósofos antiguos, sin tener la lumbre del Evangelio y ejemplos de Cristo que nosotros tenemos: porque Platón, después de haber tratado muy copiosamente cómo la verdadera sabiduría y la

perfección del hombre consiste en morir á la afición desordenada deste cuerpo y á las cosas que le pertenecen, para vivir (en cuanto sea posible) con sola la mejor parte de nosotros, que es el espíritu, empleándolo en la consideración y amor de Dios (como lo hacen siempre aquellas altísimas substancias que carecen de cuerpo) vino á resumir toda la perfecta sabiduría en dos cosas, que es, en aversión y conversión: esto es, en apartar el amor de todas las cosas transitorias, y convertirlo á las eternas. Y este mismo parecer siguieron después todos los filósofos que de aquella escuela salieron. Pues según esto, no es maravilla que la fe y lumbre del Evangelio profese lo que rastreó la lumbre de la razón.

DE LOS MEDIOS Y AYUDAS QUE HAY PARA ALCANZAR VICTORIA DEL AMOR DESORDENADO DE SÍ MISMO

CAPÍTULO IV

Mas porque la dificultad de vencer esta tan poderosa inclinación no nos haga desmayar, será bien declarar aquí las ayudas que para esto tenemos. Entre las cuales la primera y más principal es la del mismo amor de Dios, que así como es tan contrario al amor proprio, así es el que más guerra le hace, y más aína le echa de casa. Porque así como la luz de la mañana despide las tinieblas de la noche, de tal manera que el crescer de la luz es descrescer las tinieblas, y descrescer éstas es crescer más la luz, así también cuanto más cresce el amor de Dios, tanto descresce el amor proprio, y cuanto éste más descresce, tanto el otro cresce más. Lo mismo también se declara por otro ejemplo muy conveniente. Porque así como para que el aire éntre por una ventana, es menester primero abrir las puertas della, las cuales abre el mismo aire que entra, así también para que éntre en nuestras ánimas el amor divino, conviene echar fuera el amor desordenado: mas este divino amor es el que más ayuda á despedir del ánima todo otro contrario amor. La

razón desto es, porque juntamente con este amor de Dios entra el mismo Dios, que es el autor desta virtud celestial, y mora con aquél que vive en su amor, y juntamente con él vienen otros bienes y deleites de tan grande dignidad y suavidad, que fácilmente acaba consigo el hombre que los ha gustado, despedir y dar de mano á todos los otros bienes por estos bienes, y á todos los otros gustos por este gusto, porque ve por experiencia cuánto más le rentan éstos que todos los otros. Por dónde así como de muy buena gana resigna el clérigo un beneficio pequeño porque le den otro mayor, y de mejor gana dejaría un labrador el arado, si supiese que del arado le habían de pasar á otro más alto estado, así fácilmente despide de sí el amor de los bienes terrenos el que sabe que por esto le han de dar aun en esta vida otros sin comparación mayores. Lo cual es en tanta manera verdad, que (como dice S. Augustín) una sola gota que se beba de este río del paraíso, basta para apagar la sed de todos los bienes del mundo. Mas si creemos á S. Bernardo (como es razón) no sólo basta para perder el deseo destos bienes, sino también para escupirlos y abominarlos, como claramente lo muestra él, tratando aquellas palabras del libro de los Cantares, con las cuales amenazando y enseñando el Esposo celestial á su amada esposa, le dice así: Si no te conoces, oh la más hermosa de las mujeres, salte y vete en pos del rastro de tus ganados, y apascienta tus cabritos par de las majadas de los pastores (1). Sobre las cuales palabras este sancto glorioso dice así: El ánima que ya una vez aprendió del Señor á entrar dentro de sí misma, y á sospirar dentro de sí por su presencia, y gozar della en su manera, no sé si tomaría antes por partido padescer por algún tiempo las penas sensitivas del infierno, que ser destetada y carescer de la dulzura destos pechos divinos, y quedar obligada á volver otra vez á buscar recreaciones sensuales en las cosas humanas. Porque esto es apascentar sus cabritos (que son sus afectos y sentidos) par de las majadas de los pastores: que es, donde los hombres del mundo apascientan sus apetitos y deseos sensuales. Mira pues agora, ruégote, cuán lejos estará el verdadero amador de Dios de dejar su amor por los amores y deleites del mundo, si ha llegado á gozar de otras tan grandes consolaciones, que en comparación

(1) Cant. 1.

dellas tiene á todos los gustos y placeres del mundo por poco menos trabajosos que las penas del infierno. En lo cual también aprenderás qué tan grandes sean aquellas consolaciones y bienes en cuya comparación todos aquellos bienes por que los hombres del mundo se desperecen, vienen á parecer infierno. Así que, hermano mío, no desmayes, pues la misma caridad que buscas, te ayudará á echar de casa á los mismos enemigos que le hacen la guerra, pues (según está declarado) así como ella va cresciendo, así los enemigos van aflojando y perdiendo las fuerzas.

Ayuda también á esto mismo la instancia de la oración, con que se alcanza la divina gracia, que es más poderosa que la naturaleza dañada, y así prevalece contra ella. Acuérdate que con el sonido de las trompetas sacerdotales cayeron por tierra los muros de Jericó (1), para que por aquí entiendas que al sonido de la oración (que es propria de los sacerdotes) caen por tierra las fuerzas de todos nuestros adversarios. Lo cual ven por experiencia cada día los que se dan á esta virtud, pues tantas veces saliendo della, hallan sus ánimas tan alegres y tan esforzadas, que por entonces no les parece que hay lanza enhiesta contra ellas.

§ I

Mas con todos estos socorros no se debe el hombre descuidar, sino antes debe continuamente aparejarse y disponerse con la pureza de la vida á las influencias de la gracia, porque no haya de su parte cosa que para esto le cierre la puerta: y desta manera juntará en uno estas dos manos que para cada buena obra se requieren, que son, trabajo del hombre y gracia de Dios. Pues para esto debe primeramente hacer todo lo posible por desarraigar de su ánima este mal amor. Y porque él está preso con tantas raíces cuantos apetitos tiene de bienes terrenos, todos éstos ha de trabajar de cortar cada uno por sí con el cuchillo del amor y temor de Dios.

Pues conforme á esto, primeramente trabaje por mortificar el amor desordenado de las honras y alabanzas humanas, y el aire

(1) Josue 6.

popular, que pasa más ligero que el viento, con todas las otras pompas y dignidades y fausto del mundo, pues el deseo desordenado destas cosas es lenguaje del mundo, obra de vanidad, y ramo de soberbia, que fué la primera puerta de perdición que se abrió en el cielo y en el paraíso, y agora está abierta en el mundo. Para esto señaladamente ayuda aquella nobilísima virtud de la humildad, raíz y fundamento de todas las virtudes, así como la soberbia lo es de todos los vicios (de que trataremos adelante) á la cual pertenece escoger siempre el lugar más bajo así en la interior reputación y desprecio de sí mismo como en todo tratamiento y servicio exterior de la persona, deseando antes servir y lavar los pies de los otros con Cristo, que escoger el más alto lugar con el demonio, guardando con todo el decoro que se debe á la persona y autoridad del oficio.

Por la misma manera trabaje por mortificar el amor desordenado de la hacienda, pues no hay razón para que sea tan amado un bien que ni persevera con su dueño, ni es parte para hacerle mejor, ni mayor, ni más sabio, ni más alegre, antes es á muchos materia de vicios, nutrimiento de regalos, despertador de cuidados, y estímulo de soberbia y presumpción: y lo que más es, aun para solo eso que parece que pudiera aprovechar, no aprovecha, que es, para apagar el apetito de la cobdicia. Por lo cual dijo muy bien Séneca: ¿De qué mal nos pueden librar las riquezas, pues no nos libran de la cobdicia de sí mismas? Para esto le ayudará la virtud de la pobreza evangélica, que es la primera de las ocho bienaventuranzas de Cristo (1), á la cual pertenece no sólo el desprecio voluntario de todas las riquezas del mundo (como lo tuvo S. Gregorio en medio de tantas riquezas) sino también el amor é imitación de la desnudez y pobreza de Cristo. Por el cual debe el hombre escoger todas las cosas que se requieren al uso de la vida, viles y pobres: pobre casa, y pobre cama, pobre mesa, pobre vestidura, y pobres alhajas, y finalmente todo lo demás sea tal, que traiga consigo olor de pobreza, guardando con todo eso la decencia del estado de la persona, como agora acabamos de decir. Y si esto hiciere, sepa cierto que demás del reino del cielo, que el Salvador promete en premio desto, será libre de la cobdicia, pestilencia común del género humano, destrucción de la

(1) Matth. 5.

Iglesia, y simiente universal de todos los pecados y cuidados del mundo. Y allende desto sepa que cuanto más pobre fuere en el cuerpo, tanto más rico será en el espíritu.

Tras de esto trabaje también por mortificar todos los deleites de los sentidos, así de los ojos como de los oídos y como también del gusto y del tacto, con todos los otros apetitos de cosas curiosas y vistosas, haciendo sacrificio á Dios de todos estos deleites, y derramando con David por amor de él la deseada agua de la cisterna de Betleem (1), y sacrificando con Abraham el hijo tan amado (2), renunciando de buena gana por él todos estos deleites, y abrazando la aspereza de su cruz. Mire para esto cuán ásperamente trataron sus cuerpos todos los sanctos, y señaladamente aquél que por boca del Salvador fué pronunciado por no inferior á ninguno dellos (3), pues se vestía de un cilicio, y comía langostas y miel silvestre, y nunca bebió vino ni sidra, y moraba en los desiertos alejado de toda recreación y consolación humana: y trabaje cuanto pudiere por imitar algo del rigor y aspereza dellos, si quiere gozar de las consolaciones dellos, pues está claro que éstas no se dan sino á los que así se afligieren como ellos. Porque si el Espíritu Sancto no vino sobre los discípulos mientra estuvo el Salvador corporalmente con ellos (porque no quiso la Sabiduría divina que tuviesen dos consoladores juntos) mucho menos querrá enviar consolaciones del cielo á los que se entregan á consolaciones de la tierra. Lo cual entendía muy bien el sancto Job (4), cuando dijo que la sabiduría divina (esto es, el conocimiento amoroso y suave de Dios) no se hallaba en la tierra de los que suavemente vivían: para que por aquí entiendas cuán lejos anda de hallar á Dios quien en esta tierra le busca, que es el que regaladamente vive.

Desta manera pues debe el hombre ir muriendo cada día á todas estas aficiones, para que viva á solo Dios, y así se haga todo espiritual, y cuanto más espiritual, tanto más semejante á Dios, que es espíritu puro, y más dispuesto para unirse y hacerse una cosa con él. Y demás desto, porque aquí principalmente pretendemos mortificar el amor proprio, y un contrario no se puede vencer sino con otro contrario, por tanto debemos trabajar todo lo posible por introducir en nuestras ánimas una justa indigna-

(1) II Reg. 23. (2) Genes. 22. (3) Matth. 11. (4) Job 28.

ción y odio sancto de nuestra carne con sus desordenados apetitos, para que éste eche fuera el amor proprio su contrario. Lo cual nos enseñó el Salvador, cuando dijo (1): Si alguno quisiere venir en pos de mí, niegue á sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque quien amare desordenadamente su vida, la perderá, y quien la aborresce en este mundo por amor de mí, la hallará en la vida eterna. En las cuales palabras encomienda el Señor la mortificación y negamiento de sí mismo, que es la cruz de la vida cristiana. Y porque entendía él muy bien que esto no se podía hacer sino echando fuera de casa un amor malo con un odio bueno, añadió luego diciendo: El que ama su vida, ése la perderá, y el que la aborresciere, ése la hallará. Mas porque no se espante nadie cuando oye decir odio y aborrescimiento de sí mismo, sepa que no tratamos aquí de lo que es obra y criatura de Dios, sino de lo que es obra de aquella serpiente antigua que con su ponzoñoso silbo inficionó nuestra carne, y dejó en ella todos los resabios y apetitos desordenados y malas inclinaciones que tiene, contra las cuales es este sancto odio que aquí llamamos. El cual aunque sea propriamente contra estas malas inclinaciones que manaron del pecado, mas porque ellas están afijadas en nuesta carne, y con el regalo della crescen ellas, por eso también maltratamos á ella como á receptadora y fautora de nuestros enemigos. Mas este maltratamiento, que procede de una justa indignación y odio sancto contra ella, aunque le llamamos odio, verdaderamente es el mayor amor que el hombre le puede tener. Lo cual se prueba muy bien por una respuesta que S. Bernardo dió á unos que se espantaban de sus monjes por tratar tan mal sus cuerpos, diciendo que les tenían odio capital. A los cuales respondió el sancto varón diciendo que ellos de verdad eran los que aborrescían sus cuerpos, pues por darles un poco de gusto de deleites sensuales, los obligaban á tormentos eternos: mas los monjes de verdad los amaban, pues los afligían un poco de tiempo, para merescerles descanso perdurable. Porque no aborresce el padre al hijo enfermo cuando le quita de las manos la golosina que le ha de dañar, ni tampoco cuando lo castiga ásperamente, si es travieso, antes entonces más de verdad le ama.

Pues el que quisiere saber de qué manera se podrá criar en

(1) Matth. 16.

nuestras ánimas este sancto y amoroso odio de nuestra carne, sepa que se cría como el mismo amor. Porque así como multiplicando obras de amor de Dios, se va criando y fortificando este sancto amor, así también multiplicando obras de odio (que son rigores y malos tratamientos de su cuerpo) se va poco á poco introduciendo y criando este sancto odio. Por lo cual el deseoso deste divino amor debe trabajar por hacer á su cuerpo todos los malos tratamientos que buenamente y con discreción pudiere, acordándose que de los que hacen lo contrario, está escrito (2): El que delicadamente cría su siervo dende su primera edad, después lo hallará rebelde y contumaz. Pues por no venir á esto, trabaje siempre el hombre por tratar este mal siervo con rigor y aspereza en todas las cosas, en el comer, en el beber, en el dormir, en el vestir y en todo lo demás, dándole el pan por tasa y castigándolo muchas veces con disciplinas, con cilicios, con ayunos y con dura cama, según que lo sufriere el estado, la salud y condición de cada uno. Y muchas veces debe hacer esto aun en cosas no necesarias, por criar en sí este hábito tan necesario para cumplir las necesarias, como lo hacen los que se crían para la guerra, que ejercitan en tiempo de paz lo que han de hacer en tiempo de guerra. Y ésta me parece haber sido una de las causas por donde todos los sanctos, y señaladamente aquellos Padres del yermo (á quien los muchos años de vida y abstinencia habían puesto fuera de los peligros y tentaciones de la carne) con todo eso nunca dejaban la acostumbrada aspereza y maceración della, no tanto por los peligros della, cuanto por no perder el ejercicio de mal natural, haciendo siempre cosas contrarias al amor proprio.

Y para poder con más facilidad usar el hombre deste rigor y severidad con su cuerpo, debe considerar que el hombre no es criatura sencilla, como lo son todas las otras criaturas así del cielo como de la tierra (las cuales son, ó puramente espirituales, como son los ángeles, ó puramente corporales, como son todas las demás) sino es compuesto de dos partes, una espiritual y otra corporal, tan diferentes entre sí, que á la una llama el Apóstol hombre interior y á la otra hombre exterior. De suerte que en un hombre en cierta manera hay dos hombres tan contrarios en sus inclinaciones, cuanto lo son en sus naturalezas. Porque el

(1) Prov. 29.

cuerpo ama las cosas corporales y temporales, mas el espíritu las espirituales y eternas, como cosàs semejantes y proporcionadas á su naturaleza. Pues gran parte del estudio y ejercicio de la virtud consiste en hacer que esta parte corporal obedezca á la espiritual, y desistiendo de sus apetitos y resabios y malas inclinaciones, se conforme (en cuanto sea posible) con la parte espiritual del hombre, como lo hacía el Apóstol, el cual dice que castigaba su cuerpo, y lo hacía estar á raya, y servir al espíritu, y no á sus apetitos. De manera que se había con él como un caballero que va sobre un caballo furioso y mal enfrenado, del cual con industria y valor se apodera, y le hace caminar por doquiera y al paso que quiere. Algunos filósofos hubo que encarescieron tanto esta división de las dos partes del hombre, que el espíritu decían ser el verdadero hombre, y el cuerpo tenían por una como vestidura de que estaba cercado este hombre. De dónde procedió que Necroceón, tirano de Chiple, habiendo á las manos á Anaxarco, insigne filósofo, acordándose de cierta injuria qúe dél había recebido en tiempo de Alejandro Magno, le mandó moler en un almirez de hierro con mazos de hierro. Donde el animoso filósofo pronunció aquella memorable palabra: Quebranta y muele cuanto quisieres, tirano, la vestidura de Anaxarco, porque en Anaxarco no tocarás. He traído este ejemplo para que el amador de la perfección entienda la división destas dos partes que hay en el hombre (aunque no de la manera que este filósofo lo entendía) para que cuando su espíritu castigare á su cuerpo, entienda que no pelea contra sí mismo, sino contra un contrario que tiene á par de sí.

Y para esta severidad y sancto odio le ayudará grandemente (como dijimos) el amor de Dios, de quien está escrito en los Cantares, que es fuerte como la muerte. Y el sentido destas palabras es que así como la muerte aparta al hombre del amor y trato de todas las cosas del mundo, así el amor de Dios, apoderado de nuestro espíritu, lo fortalesce de tal manera que se aparta de la afición que tiene á su carne, de tal modo que no se deja llevar de sus apetitos y cobdicias y malas inclinaciones della, mas antes hace que la carne sirva á los deseos del espíritu. Y esto es lo que el Apóstol breve y divinamente significó cuando dijo que la palabra de Dios era viva, y penetraba más que cualquier cuchillo de ambas partes agudo, la cual llegaba á hacer división y apartamiento entre el espíritu y el ánima, entendiendo por ánima la

parte sensitiva della, donde están nuestros apetitos sensuales, que por otro nombre se llaman carne. En lo cual dió á entender la virtud de la palabra de Dios y de su gracia, la cual hace que nuestro espíritu se aparte de todos los apetitos y resabios y malas inclinaciones de nuestra carne, y no se deje llevar dellas, como lo hacen los espíritus de los hombres carnales, que en todo y por todo se dejan llevar dellos, y toda su habilidad y agudeza emplean en buscar é inventar todos los modos y maneras que pueden para hacer fiesta á su carne y darle cumplimiento de todos sus apetitos. De suerte que así como el mismo Apóstol dijo (1) que el que se llega á la mala mujer se hace un cuerpo con ella, así llegándose el espíritu desta manera á nuestra carne, viene á caer de su natural generosidad y nobleza y hacerse todo carne. Lo contrario de lo cual hace la palabra de Dios y su gracia en los sanctos, poniendo esta saludable división y enemistad entre el espíritu y la carne.

Éstos son documentos generales que universalmente pertenecen á todos, pues en todos hay amor proprio y propria voluntad. Mas con esto quiero juntar otros particulares para remedio de particulares resabios y malas inclinaciones con que cada uno nasce, ó que por mala costumbre ha adquirido. Porque aunque éstos no sean males tan generales como estotros, pero todavía una sola mala inclinación no vencida basta para impedimiento de la perfección y para abrir la puerta á todos los enemigos del ánima. Pues por esto conviene que sea el hombre diligentísimo escudriñador de todos sus resabios y malas inclinaciones, y pida á nuestro Señor lumbre para conocerlas, y conocidas, procure hacerles guerra perpetua, no perdiendo la esperanza de la victoria. Porque quien pudo en su Evangelio hacer del agua vino (2) y cada día hace de las piedras hijos de Abraham, también podrá mudar sus naturales condiciones en otras, y hacerlas de malas, buenas. Desta manera, pues, y con estos ejercicios se irá poco á poco venciendo la naturaleza é introduciendo en nuestra ánima este sancto odio, que basta para echar fuera sus contrarios, que son amor desordenado de sí mismo y propria voluntad.

(1) I Cor. 6. (2) Joan. 2.

§ II

Mas por ventura replicarás: ¿Cómo será posible que nadie pueda concebir odio contra sí mismo, esto es, contra su proprio cuerpo, de quien naturalmente es tan amigo, mayormente diciendo el Apóstol que ninguno tuvo odio á su propria carne (1), antes cada uno la cría y regala? Esta réplica propriamente es de carne y de sangre: mas el espíritu y la gracia antes preguntará con mayor razón: ¿cómo es posible que esto deje de ser así? Porque ¿qué cosa hay debajo del cielo más abominable y aborrescible que el pecado? Compáralo con el mismo infierno, y hallarás que es mayor mal el pecado que el infierno, porque el pecado es causa del infierno, y el infierno es menor castigo del que merece el pecado. Pues ¿quién ha sido ocasión de la mayor parte de los pecados que en este mundo tienes hecho, sino tu propria carne? Pues ¿no te parece que merece ser pisada y despreciada una cosa que te ha sido ocasión y motivo de tanto mal? ¡Cuántas veces te ha puesto en el infierno! ¡Cuántas veces te ha hecho ofender á aquella infinita bondad! ¡De cuántos bienes espirituales te ha privado! ¡Cuántas veces pone tu salvación en peligro cada hora! Pues ¿cómo no te indignarás contra quien tantos males te ha hecho, y tantos bienes te ha impedido, y en tanto peligro te pone? Si aborresces al demonio y le tienes por capital enemigo, por la guerra y daño que te hace, sábete cierto que ni todos los demonios juntos te pueden hacer ni tan cruel guerra, ni tan continua, cuanto tú con tu propria carne, que vive contigo. Porque muy poco podrían esos demonios, si no tuviesen de su parte esa Eva, para hacerte guerra por ella. De suerte que siendo los mayores enemigos del hombre el infierno, el demonio, el mundo, nuestra carne y el pecado, después del pecado, que es el mayor, el segundo es nuestra carne, que es la madre y la simiente del pecado, por lo cual el Apóstol la llamó pecado (2). Y por esto, el primer odio del vèrdadero amador de Dios ha de ser contra el pecado, y el segundo contra las malas inclinaciones de su propria carne, que es la atizadora del pecado.

(1) Ephes. 5. (2) Rom. 8.

Mas poco dije en decir que la carne por parte de sus apetitos es la principal ocasión de cuantos pecados has cometido contra Dios, porque con la misma verdad y razón diré que lo es también casi de todos cuantos pecados se han hecho, y harán, y hacen cada día en el mundo. Y si el mundo está el día de hoy como está, hirviendo en tantas maneras de delicias, de cobdicias, de vanidades, de juegos, de invenciones de trajes y de potajes y deleites sensuales, claro está que la carne es una de las más principales fuentes de donde todo esto procede, y ella es la que principalmente tiene destruído el mundo, y tan abatida la gloria y honra del Señor que lo crió.

Y aun si quieres concebir más justa indignación contra ella, acuérdate que los vicios y pecados que della procedieron, fueron los que crucificaron á tu Dios y Señor, y los que lo azotaron, y abofetearon, y escarnescieron, y coronaron, y dieron á beber hiel y vinagre, pues está claro que si no hobiera pecados de por medio, no había por qué padescer lo que padesció. Pues siendo esto así, ¿cómo será posible que ames desordenadamente á quien así conjuró contra la muerte de tu Señor? En lo cual verás cómo mirando esto con ojos de razón, mayor maravilla es haber quien ame tanto su propria carne, recibiendo estas obras della, que haber quien la aborresca. Mas este mal hace, no la razón, sino el vínculo de naturaleza, que nos hace tanto amar á quien tanto debiéramos de despreciar. Lo cual me parece que veo divinamente figurado en aquel extraño amor que David tuvo á su hijo Absalón, pues habiendo recebido dél las mayores ofensas que recibió padre de hijo, todavía procuró su vida, y lloró su muerte con gran dolor (1). Pues lo que aquí hacía el vínculo de naturaleza, hace el amor desordenado que tenemos á nuestra carne. Porque por lo demás no meresce ella ser más amada que lo merescía Absalón, el peor de los hijos del mundo. Así que no procede esto por orden de justicia, sino por miserable dolencia de naturaleza.

Demás desto (para eximirte deste yugo) debes también considerar cuán fea cosa sea que una criatura tan generosa como el hombre, que es capaz de Dios y de su gloria, venga á ser esclavo de una cosa tan bestial como es su carne con sus apetitos y deleites. Divinamente dijo Séneca: Mayor soy, y para mayores cosas

(1) II Reg. 18.

nascí, que para ser esclavo de mi proprio cuerpo. ¿Qué otra cosa es hacer esto sino en buen romance andar con el hijo pródigo á guardar puercos? Porque así como los puercos se deleitan con el hedor del cieno, así los apetitos de nuestra carne en ninguna otra cosa se deleitan sino en el cieno sucio de los deleites sensuales. Y por esto quien desta manera vive, sepa que en los ojos de Dios anda con este hijo pródigo guardando puercos. Pues ¿qué cosa más indigna de la generosidad y nobleza del hombre, que para tan grandes cosas fué criado, que gastar la vida en tan vil ocupación, en la cual (por nuestra gran ceguedad) se ocupa hoy la mejor y mayor parte del mundo? Porque ¿qué otra cosa con mayor cuidado y ansia procuran los hombres, que el regalo, y pompa, y buen tratamiento de sus cuerpos, y las riquezas del mundo, con que poder sustentar todo esto? Contra los cuales no quiero alegar lo que los sanctos dicen, sino lo que aquel Mercurio Trimegisto, filósofo gentil, dice, exclamando así: Oh hombres que moráis en la tierra, que os habéis entregado al sueño y á la embriaguez y á la ignorancia, vivid ya templadamente, y apartaos del regalo y servicio de vuestro vientre. ¿Por qué cebados con la dulzura del sueño bestial, corréis al despeñadero de la muerte, no faltándoos aparejo para alcanzar la inmortalidad? Volved sobre vosotros los que vivís en pobreza de vuestras ánimas y en tinieblas de ignorancia. Salid desa escurescida lumbre, procurad la inmortalidad, y huid la corrupción. Hasta aquí son palabras de Mercurio, las cuales sirven para grandísima confusión del pueblo cristiano, donde hay tantos que de tal manera se han entregado al servicio de su vientre, que debajo deste nombre de Cristo viven como discípulos de Epicuro, que ponía la bienaventuranza en el deleite.

Mas ya que llegamos á hacer mención deste gran filósofo, referiré aquí otra admirable sentencia suya, que alega Ludovico Celio en el cuarto libro de las Lecciones Antiguas, la cual verdaderamente me puso admiración cuando la leí. Porque con ser esta doctrina que aquí hemos tratado, la más alta del Evangelio, él dice en pocas palabras cuanto aquí está dicho deste odio sancto de sí mismo, é juntamente enseña los motivos de que para este mismo odio nos debemos de ayudar. Dice pues así: Oh hijo, si no aborrecieres tu cuerpo, no puedes de verdad amar á ti mismo: mas después que te dejares de amar, y amares á Dios, luego ten-

drás verdadero y sano juicio: y este juicio alcanza luego la verdadera sabiduría, porque imposible cosa es ocuparse un hombre juntamente en las cosas mortales y en las divinas. Por tanto conviene despojarte de la ropa que traes vestida, que es vestidura de ignorancia, fundamiento de maldad, vínculo de corrupción, velo escuro y sombrío, muerte viva, cuerpo muerto y sensible, sepultura movediza, y finalmente ladrón de casa. el cual mostrando que ama, nos aborrece, y aborreciendo, nos tiene envidia. Es también escuridad enemiga, que abate el espíritu á las cosas de la tierra, para que no aborresca la malicia del cuerpo, si viere la hermosura de la verdad. Hasta aquí son palabras deste filósofo, á quien los antiguos tuvieron en tanta reputación, que le pusieron por nombre Trismegisto, que quiere decir, tres veces grandísimo. Y verdaderamente tuvieron razón para poner este nombre á quien en medio de las tinieblas de la gentilidad alcanzó tanta luz como la que en estas palabras está encerrada. En las cuales se deben notar los nombres que puso á este cuerpo, á quien el Apóstol llama cuerpo de muerte (1), mas este filósofo le llama vestidura de ignorancia, muerte viva, sepultura movediza, cuerpo muerto y sensible, para significar que el ánima está cercada dél como el hombre de su vestidura y como cuerpo muerto en su sepultura, la cual llama movediza, porque está el ánima como sepultada en él, pero moviéndose de una parte á otra. Y llámalo muy al proprio vestidura de ignorancia, porque él con la niebla de sus pasiones ciega la lumbre de la razón para que no vea la verdad. Y llámalo muerte viva: viva, porque siente, y muerte, porque mata al ánima, teniéndola dentro de sí como muerta, pues no la deja usar de la generosidad y alteza de su naturaleza. Y añade más, que el cuerpo con sus apetitos abate nuestro espíritu á las cosas de la tierra para que ahogado y envuelto en ellas, no se levante á conoscer la hermosura de la verdad, y así venga á despreciar y aborrecer su cuerpo, de quien tanto daño recibe.

Pues estas consideraciones bien entendidas criarán en nuestros corazones esta sancta indignación, de donde nascerá el áspero tratamiento de nuestro cuerpo, que es lo que aquí se pretende. Y si aun con todo esto no pudiéremos llegar á este odio, á

---

(1) Rom. 7.

lo menos lleguemos á tratar nuestros cuerpos de la manera que trata un discreto padre á un hijo que cría muy bien criado, al cual nunca muestra rostro alegre, sino severo y grave, acostumbrándolo á trabajos, y proveyendo cómo el comer, el vestir, el dormir y todo lo demás sea áspero y ajeno de todas las delicias y regalos del cuerpo, para que así críe los cueros duros, y haga callos en el trabajo, y se habilite para todo lo que con virtud y honestidad convenga hacer, pues ninguna virtud hay sin trabajo y dificultad.

Mas porque esta bestia es tan indomable, que aun todo esto apenas bastará para vencerla, debe el hombre añadir á esto otra cosa semejante á la que hace para alcanzar el amor de Dios. Porque así como el deseoso deste amor lo pide á Dios con toda instancia noche y día, y juntamente con esto se ejercita en considerar todas aquellas cosas que puedan inflamar su corazón en este amor (como es principalmente en la consideración de los beneficios de Dios y en las perfecciones divinas) así el que quiere criar este sancto odio en su ánima, pídalo siempre á Dios, como le pide su amor, y póngase algunas veces á considerar todo lo que á este sancto odio le pueda incitar, como es la muchedumbre de maleficios que desta mala carne habemos recebido (como ya se dijo) junto con las malicias y resabios que ella en sí tiene, para que esto nos despierte á tener contra ella la indignación que nos meresce. Todo esto, y aun Dios y ayuda, es menester para criar en nuestras ánimas este afecto, pues no es negocio de menor dificultad aborrecer el hombre á sí, que amar á Dios.

Una persona devota había, que acordándose de cómo el bienaventurado S. Francisco, deseando mucho conocer á Dios para amarlo, y á sí mismo para despreciarse, gastó la mayor parte de una noche repitiendo en una oración estas palabras: Dios mío, conosca yo á ti y conosca á mí, Dios mío, conosca yo á ti y conosca á mí, esta persona también por ejemplo del mismo sancto repetía en su oración otras palabras semejantes á éstas, diciendo: Dios mío, amor y odio, Dios mío, amor y odio, entendiendo por amor el de Dios, y por odio esta justa y saludable indignación y severidad contra los apetitos de su carne. Y algunas veces tomando una disciplina, repetía las mismas palabras todo el tiempo que duraba, pidiendo á nuestro Señor este sancto afecto, é juntamente ejercitándose en la obra con que él se cría, que es el cas-

tigo y rigor para con su cuerpo. Ésta es buena manera de negociar con Dios, con la oración en la boca (como dicen) y con la mano en la obra.

Y no se maraville nadie de tanta fábrica y munición como aquí se provee contra este amor proprio: porque es tan poderosa y tan general esta pasión, que todo esto y mucho más es menester para reducirla á aquella templanza y moderación que conviene, para que no sea impedimento de las virtudes. Por dónde, así como cuando queremos enderezar una vara torcida, la doblamos é inclinamos hacia la parte contraria, no para que se quede así, sino para que finalmente venga á estar derecha, así también cargamos la mano tanto contra el amor proprio, no para destruirlo, sino para enderezarlo y templarlo de la manera que arriba se declaró.

DE LA PURIFICACIÓN
Y MORTIFICACIÓN DE LA PROPRIA VOLUNTAD

CAPÍTULO V

DESPUÉS de la mortificación y purificación del amor proprio síguese la de la propria voluntad, hermana y hija del mismo amor. Mas por ventura preguntará alguno en qué se diferencie la propria voluntad del amor proprio. Á esto decimos que en la significación que tomamos aquí estos dos nombres. Por amor proprio (según está dicho) entendemos el desordenado amor de todas las cosas que sirven al regalo del cuerpo y al excesivo aparato y pompa del mundo. Mas por la propria voluntad entendemos, no sólo el apetito destas mismas cosas, sino también los apetitos é inclinaciones vehementes que los hombres tienen á otras cosas. Porque unos naturalmente son inclinados á jugar, otros á cazar, otros á montear, otros á pescar, otros á edificar, otros á parlar y conversar, otros á murmurar, otros á las letras profanas, otros á las armas, otros al regalo y buen tratamiento de sus cuerpos, otros á pompas y vanidades, otros á leer libros de caballerías, otros á mudanzas de lugares,

otros al vicio de la curiosidad, que es desear ver cosas nuevas y saber las vidas ajenas: otros son como los atenienses, que en ninguna otra cosa se ocupaban sino en oir nuevas, otros hay muy aprehensivos, los cuales también son muy voluntarios, y así son muy vehementes en todas las cosas que quieren, y finalmente otros á otros infinitos géneros de cosas. Las cuales son tantas, cuantas son las condiciones de los hombres, que cuan diferentes son en los rostros, tanto lo son en las condiciones y en los particulares apetitos é inclinaciones que dellas proceden. Esto es pues lo que llamamos aquí propria voluntad. Pues esta manera de voluntad ni es menos dañosa que el amor proprio, ni menos dificultosa de vencer, cuya victoria no es menos necesaria que la dél. Porque como la suma de toda la religión cristiana consiste en el amor de Dios, así también consiste en perfectísima obediencia y conformidad con su sancta voluntad, lo cual es proprio efecto del mismo amor de Dios. Porque (como dice un sabio) la verdadera y firme amistad es tener un mismo querer y no querer con nuestro amigo. Por dónde son estas dos virtudes tan hermanas entre sí, que el mismo Señor en una parte dice (1): El que me ama, guardará mis mandamientos. Y en otra dice (2): El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama.

Pues esta perfectísima obediencia y conformidad de voluntades es la que hace al hombre verdadero siervo de Dios, porque así vemos que la mejor cosa que puede tener un siervo, es ser obedientísimo á su señor y hacer en todo y por todo su voluntad. Pues esta misma promptitud de obediencia ha de tener el siervo de Dios á todo lo que manda él y los que están en su lugar, obedesciendo á cuanto él nos tiene declarado en sus Escrituras divinas. Y no sólo ha de obedescer en lo que manda por palabras, sino también en lo que significa por inspiraciones y llamamientos, con tal que sean conformes á las Escrituras divinas y doctrina de los sanctos. Pongamos ejemplo. Siéntese un hombre que le va bien con los ejercicios de la oración y del recogimiento. Por otra parte es él más inclinado á otro virtuoso ejercicio, en que no halla su ánima ni tan guardada, ni tan recogida, ni tan limpia de defectos como en el otro á que él no es tan inclinado. Éste es indicio grande que le llama Dios al otro ejercicio más que á éste.

(1) Joan. 14. (2) Ibid.

Por lo cual le convendrá vencer en esta parte su proprio gusto é inclinación, y dejar lo menos por lo más, cuando esto no militare contra su particular oficio y obligación. Porque aquélla parece ser la voluntad de Dios, la cual siempre tira (como el Apóstol dice) á nuestra sanctificación (1).

Y no sólo en esto, mas también en todas las adversidades, enfermedades, pobrezas, desamparos y sequedades de espíritu nos debemos conformar con la divina voluntad, estando siempre puestos en sus manos, y aparejados para tomar dellas el cáliz que nos quisiere dar.

Los que esto hacen son los fieles y verdaderos siervos de Dios y hijos de obediencia: mas á los desobedientes llama la Escritura hijos de Belial (2), que quiere decir sin yugo, por ser rebeldes y de dura cerviz, como lo era aquel pueblo á quien dijo Dios por un profeta (3): Sé yo muy bien que eres tú duro, tieso y hecho á tu voluntad, y tu cerviz es como una vara de hierro, y así dende el vientre de tu madre te llamé rebelde.

Pues para evitar este nombre tan vergonzoso, y gozar de aquella dignidad tan grande de hijos de obediencia, es necesaria la negación y mortificación de la propria voluntad. La cual suele ser á veces tan repugnante á la divina, que decía el sancto Job (4): ¿Por qué, Señor, me pusiste contrario á ti, y soy hecho pesado á mí mismo? Pues siendo esto así, imposible es que reine perfectamente en nosotros la voluntad divina, si no muriere la nuestra propria. De suerte que así como arriba dijimos que para alcanzar el amor divino era necesario mortificar el amor proprio, así también para que reine en nosotros la voluntad de Dios, ha de ser destruído el reino de la nuestra. Y pues ambas voluntades ni pueden reinar ni vivir juntas, sino forzadamente ha de morir la una para que viva la otra, ¿qué cosa más justa que vivir la voluntad de Dios y no la del hombre, reinar Dios y no el hombre? Para lo cual no hay cosa que más convenga que estudiar siempre en desapropriarnos de nuestra voluntad, para que se haga más dulcemente la voluntad de Dios. Los que llevan carros procuran untar las ejes en que van las ruedas con aceite para que así corran mejor: mas nosotros, para que se cumpla en nos sin con-

(1) I Thessal. 4. (2) Jud. 19. (3) Isa. 48. (4) Job 7.

tradición la voluntad divina, es necesario desterrar primero la nuestra propria.

Este ejercicio nos encomiendan los sanctos debajo de diversos nombres, porque unas veces lo llaman abnegación, otras mortificación y otras resignación, los cuales todos significan una misma cosa, aunque por diversos nombres. Llámase abnegación, porque negamos nuestra propria voluntad y libertad (que es una de las cosas más íntimas y más principal que hay en nosotros) poniéndola en manos ajenas y desistiendo del señorío natural de ella, y desposeyéndonos y enajenándonos de nosotros mismos, que es el mayor sacrificio que podemos ofrecer á Dios. Llámase también mortificación, porque matamos nuestro proprio querer, haciendo á Dios sacrificio dél: lo cual porque no se hace sin dolor, con razón tiene nombre de sacrificio y mortificación. Y llámase también resignación (que es vocablo más significativo) porque pone al hombre en las manos y subjección de Dios y lo despoja de sí mismo, como hace el que resigna un beneficio en manos de un perlado, lo cual no es otra cosa que desapropriarse dél, y ponerlo en la disposición y voluntad del superior. Desta manera los sanctos varones se despojan de sus proprias voluntades y se sujetan á la de Dios de tal manera que paresce que están siempre diciendo con el Apóstol (1): Señor, ¿qué queréis que haga?

Pues á este ejercicio nos convida el mismo Señor debajo de nombre de mortificación, diciendo (2): En verdad os digo que si el grano de trigo que cae en la tierra no muriere, él solo permanecerá: mas si muriere, dará mucho fruto. Por dó parece que en la perfecta mortificación está escondido el fruto de la verdadera vida, porque el que siempre muere en sí mismo, siempre vive de nueva manera en Dios. El ánima resignada y mortificada es como un racimo de uvas maduro y suave, mas la que no lo está, es como uvas verdes, que son acedas y desabridas. Ninguna cosa se puede ofrecer á Dios más agradable que la resignación de la propria voluntad, porque ninguna cosa hay más amada del hombre que ella. Por dónde cuando un hombre resiste á esta voluntad sensual, aunque sea en cosas pequeñas, tenga por cierto que hace á Dios un servicio muy agradable. Si asentado á la mesa se ofrece una vianda sabrosa, la cual puede el hombre comer sin

(1) Act. 9. (2) Joan. 12.

pecado, si con todo esto la deja por amor de Dios, contradiciendo y negando en esto su apetito, sepa que hace un agradable servicio á este Señor, como se escribe que lo hizo David, cuando no quiso beber el agua de la cisterna de Betleem (1), que tanto había deseado, no porque pensase él que hacía mucho en derramar un vaso de agua por Dios, sino porque en esto sacrificaba el deseo de su voluntad, que había sido muy grande, y así entendía que ofreció grande sacrificio á Dios. Pues si tan grande galardón da Dios por una tan pequeña mortificación, ¿qué tendrá aparejado para aquéllos que por su amor á sí y á todas las cosas negaron? Para ejercitarse en esta virtud debe muchas veces el hombre decir entre sí: Por amor de vos, Señor, no quiero ver aquello, ni oir lo otro, ni gustar este bocado, ni tomar agora esta manera de recreación: porque en todo esto merescerá y se habituará á negar su propria voluntad. De suerte que así como arriba dijimos ayudar mucho para la mortificación del amor proprio resistir á sus apetitos aun en las cosas lícitas, así también aprovecha para la mortificación de la propria voluntad resistir muchas veces á sus deseos en las mismas cosas, porque pues estas dos pasiones son entre sí tan semejantes, también lo han de ser los remedios y la cura dellas. Porque así como el amor proprio es una pasión vehementísima y dificultosísima de vencer, y que las más veces se entremete en todas las obras que hacemos, así también lo hace la propria voluntad, la cual es un abismo profundísimo que apenas se puede apear ni entender. Porque en muchas cosas, sin que lo sintamos, por mil maneras se atraviesa con color ya de discreción, ya de caridad, ya de necesidad, ya de cumplimiento, ya de misericordia, ya de justicia, ya por ejemplo de otros, ó por no les ser molesto, y por otros honestísimos títulos, so color de los cuales hace el hombre más lo que quiere que lo que conviene, y más su propria voluntad que la de Dios, y muchas veces sin que lo entienda, antes creyendo lo contrario. Lo cual, aunque no todas veces sea pecado, todavía no deja de ser engaño hacer nuestra propria voluntad, creyendo que hacemos la de Dios. Por tanto, pues los enemigos son los mismos y el combate de una manera, también la resistencia ha de ser de la misma manera, concibiendo dentro de nos un sancto odio contra esta misma voluntad y

(1) II Reg. 23.

negándola en todo lo que nos fuere posible, rigiéndonos de mejor gana por voluntad ajena que por la nuestra, y holgando más con la humilde subjección de la obediencia que con la libertad de la propria voluntad, y teniendo por sospechoso todo lo que quisiéremos muy querido, si no fuere muy examinado. Y demás desto, todas las cosas que le sucedieren, tome como de la mano de Dios, por muy ásperas que sean, el cual tiene contados todos los cabellos de los suyos, y sin cuya voluntad no cae en tierra una hoja de un árbol, diciendo siempre en todos los trabajos aquellas palabras del Salvador: El cáliz que me dió mi Padre, ¿no quieres que beba?

Y cuando vencido de su propria voluntad cayere en algún defecto, sospire y gima de corazón, mas no por esto desmaye, aunque le acaezca esto muchas veces al día, sino llame al Señor y dígale: ¡Ah Señor Dios mío, cuán miserable soy, pues así viven las pasiones en mí! ¡Oh cuán flaco y deleznable me hallo! Pensaba que estaba ya mortificada mi voluntad, y agora hállola tan rebelde y tan dura como de antes. Mas no desconfío, Señor, de vuestra piedad ni de vuestra gracia. Habed, Señor, misericordia de mí y ayudadme, porque otra vez por vuestro amor determino de negar á mí y á todas las cosas por vos. Desta manera haga oración y se esfuerce, y no por eso piense que está en desgracia de Dios, por ser tan imperfecto, porque no puede dejar de ser acepto á este Señor quien de todo corazón trabaja por serlo: y bienaventurado aquél á quien en medio desta empresa se le acabare la vida. Bien veo que esta mortificación á los principios es dificultosa, pero después que el hombre por algún espacio se hubiere ejercitado en ella, luego con el favor y ayuda del Señor se le hará fácil, como se hacen todas las cosas (por ásperas que sean) con el uso y ejercicio dellas.

Pues por estos medios se alcanza la mortificación de la propria voluntad, y de los que á ella han ya llegado se entienden aquellas palabras del Apóstol (1): Ya vosotros, hermanos, estáis muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Y si deseas saber cuándo ha llegado el hombre aquí, esto es, cuándo está desta manera muerto, digo que entonces lo estará, cuando deja su voluntad por la de Dios, cuando despide de sí el proprio amor,

(1) Colos. 3.

cuando renuncia los deleites del mundo, cuando mortifica los deseos desordenados de su carne, cuando se tiene por el más vil de todos, cuando promptamente obedesce á los hombres por Dios, cuando no se envuelve en cuidados superfluos, cuando no juzga los hechos ni dichos de nadie, sino deja cada cosa ser lo que es, cuando ni se alegra con las alabanzas, ni se aflige con los denuestos, cuando sufre cualesquier injurias y adversidades pacientemente, cuando de nadie se queja, y cuando á todos los hombres abre el seno de su corazón, y los mira como á templos de Dios. El que todo esto hace, es el que de verdad está muerto al mundo, y vivo á Dios.

DE LA MORTIFICACIÓN Y PURIFICACIÓN DE LOS APETITOS Y PASIONES NATURALES

CAPÍTULO VI

Después de mortificado el amor proprio y la propria voluntad, síguense las pasiones é inclinaciones que de aquí proceden, y así conviene mortificarse como cosas que nascieron de tal raíz. Para cuyo entendimiento es de saber que en nuestra ánima hay dos partes principales, que los teólogos llaman porción superior é inferior. En la superior (que llaman espíritu ó mente) está la voluntad y el entendimiento, que rige esa misma voluntad, y es como ojos della. En la inferior está el apetito sensitivo con la imaginación, que es también como ojos deste apetito, y así se mueve por ellos. En este apetito ponen los filósofos once afectos, que podemos llamar pasiones ó movimientos naturales, que son: amor y odio, tristeza y alegría, deseo y huída, temor y osadía, confianza y desconfianza, é ira. Estas dos partes y como repúblicas hay en el hombre, la una como de bestias, la otra como de ángeles, porque todo lo que hay en esta porción inferior, también lo tienen las bestias y los otros animales, como nos. Mas es de saber que antes del pecado esta porción inferior estaba perfectamente subjecta á la superior, como cosa

menos noble á la más noble y como natural siervo á su señor. Mas por el pecado se perdió esta subjección, la cual no se restituye por el sacramento del Baptismo, aunque por él se quite el pecado que la causó: y así todavía queda en nosotros esta exempción y rebeldía de nuestro apetito, para materia de merecimientos y ejercicio de virtud.

Pues en la victoria y moderación destas pasiones está la virtud, y está la paz interior y la verdadera libertad del hombre. Y por esto aquí se emplea muy gran parte de las virtudes morales en domar y moderar estas pasiones, especialmente la fortaleza y la templanza, con todas las otras partes y especies destas virtudes, que se comprehenden debajo dellas. De manera que así como la sanidad y buena disposición del cuerpo consiste en la proporción de las cuatro calidades y elementos de que somos compuestos, y la enfermedad en la desorden dellas, así también la salud espiritual de nuestras ánimas, y la buena ó mala disposición dellas, consiste en la templanza ó desorden destas pasiones, porque cuando están moderadas, estamos bien, y cuando desordenadas, mal.

Por tanto debe el hombre estar siempre velando sobre la guarda destas pasiones, como en figura se dice que lo hacían aquellos pastores á quien anunció el Angel el nascimiento del Señor, los cuales estaban velando y guardando las vigilias de la noche sobre su ganado (1). Pues no menos debemos estar nosotros atentos sobre la guarda destas pasiones naturales, las cuales á manera de bestias se mueven con la presencia de sus objectos, como cualesquier otras bestias, previniendo muchas veces la razón y tomándole la delantera. Y así éstas son las que nos hacen muchas veces semejantes á las bestias en la manera de proseguir nuestros apetitos, derribándonos de la silla y dignidad real de hombres, y haciéndonos como brutos animales, borrando por entonces la imagen de Dios, y poniéndonos imagen de bestias. Éstas nos hacen esclavos del demonio, rebeldes á Dios, captivos del pecado, siervos del mundo, y subjectos á todas las miserias y mudanzas dél. Éstas ciegan el entendimiento, captivan la voluntad y enflaquecen el libre albedrío, turban la paz de la consciencia, destierran el alegría espiritual del ánima, prívanla de la

(1) Luc. 2.

verdadera libertad, quitan el reposo de la consciencia, echan fuera del ánima las virtudes, y entroducen los vicios en su lugar, y son finalmente causa (no siendo moderadas) de todos los males y desasosiegos del mundo. Pues con estas cosas, ¿cómo tendrá lugar amor de Dios, mayormente siendo estas pasiones hijas legítimas del amor proprio y armas suyas?

Pues por esta causa uno de los principales cuidados del siervo de Dios ha de ser traer siempre enfrenado este apetito con todas sus pasiones como á un caballo desbocado y de malas mañas, no soltándolo de la mano, ni dejándolo ir de boca tras de las cosas que apetece, haciéndolo estar á raya, y dándole á comer por tasa, sin dejarle hartar de lo que él quiere. Por tanto no deje enlazar su corazón con demasiada afición á las cosas visibles y perecederas. No se aficione demasiadamente á ninguna persona, aunque sea buena, porque aunque el objecto sea bueno, nunca es buena la afición cuando es demasiada, pues vemos que no menos impide la vista de los ojos una plancha de oro que una de plomo. En todas las cosas que viere, oyere, tocare, poseyere ó tratare, mire siempre no se le trabe el corazón con algún afecto demasiado, ó de amor, ó de temor, ó de tristeza, ó de alegría, ó de ira, porque cada cosa déstas hace impresión en el ánima y deja en ella su semilla, que después produce fruto de pensamientos y figuras que se le ponen delante, y la inquietan al tiempo de la oración. Cuando oyere algunas historias y negocios de cosas terrenas, óyalos con una manera de despegamiento y libertad, como cosas en que no va mucho, pues todo es poco lo que no es por Dios y para Dios. Por dónde así como una candela de cera metida dentro del agua, sale de ella tan enjuta como estaba de antes, así también tal ha de estar el corazón del siervo de Dios, que aunque ande en medio del mundo, no se tome de las cosas dél. Nade pues encima de todas las cosas, y no se deje ahogar en ellas, así como lo hace el olio entre todos los licores, que infundido en medio dellos, siempre sube á lo alto. Y no menos ha de tener este cuidado en el despegamiento de las cosas pequeñas que de las grandes, pues (como dijimos) no menos embaraza el ánima la afición de las unas que de las otras, cuando es demasiada. En lo cual (como dice Casiano) se engañan muchas personas que después de haber dejado por amor de Dios todas las cosas del mundo, vienen á embarazarse de tal manera en el

amor de algunas cosas pequeñas, que por ellas se turban y pierden la paz interior de sus ánimas.

Pues el que desta manera trajere registradas y domadas sus pasiones, alcanzará las virtudes morales, que consisten en la moderación dellas, quietará su ánima, y hacerla ha discípula de la verdadera sabiduría, que con esta quietud se alcanza, y alcanzará también la verdadera libertad y paz interior de su ánima, que es el fruto de la justicia y la que apareja morada para Dios, que es lo que aquí procuramos.

DE LA MORTIFICACIÓN DE LAS MALAS INCLINACIONES Y RESABIOS PARTICULARES DE CADA UNO

CAPÍTULO VII

Es tanta la flaqueza y miseria en que la naturaleza humana quedó por el pecado, que después de purificada el ánima de todas estas pasiones y proprias voluntades que habemos dicho que generalmente se hallan en todos los hombres, quédannos por vencer otros particulares resabios y malas inclinaciones con que cada uno nasce, ó que por mala costumbre ha adquirido. Y así vemos unos naturalmente inclinados á ira, otros á gula, otros á pereza, otros á vanagloria, y otros á cobdicia. Unos son muy interesales, resabidos, maliciosos, otros pusilánimes, envidiosos y maldecientes: otros son de suyo vanos y amigos de aire y honra popular, otros son naturalmente presumptuosos y estimadores de sí mismos, otros son apetitosos y muy voluntarios en todo lo que desean, otros son cabezudos y amigos de su proprio parecer, otros son capitales enemigos de toda molestia y trabajo, por la grandeza del amor que tienen á su proprio cuerpo, no queriendo darle pena en nada. Mas ¿quién podrá contar todas las maneras de siniestros y resabios que hay en los hombres, los cuales son casi tantos como los mismos hombres?

Todo esto ya se ve cuán contrario es á Dios, y cuán mala cama puede hacer á su amor, y así conviene que todo esto con lo

demás vaya fuera de la posada que se apareja para Dios, pues una sola mala inclinación no vencida basta para impedimiento de la perfección y para abrir la puerta á los otros enemigos del ánima. Pues por esto conviene que sea el hombre diligentísimo escudriñador de todos sus resabios y malas inclinaciones, y pida siempre á nuestro Señor lumbre para conocerlas, y fortaleza para vencerlas. Porque quien pudo en su Evangelio hacer del agua vino (1), también podrá mudar las naturales condiciones y hacerlas servir á la virtud. Y porque allí es mayor la batalla, donde es mayor la fuerza de la naturaleza rebelde, aquí ha de ser mayor el trabajo y la vigilancia y la lucha. Y mire no le impida el amor proprio el conocimiento de sí mismo, porque siempre es sospechoso cualquier juez amigo en su propria causa. Huelgue de ser avisado en todos sus defectos, y piense que le descubrió un tesoro quien le avisó de algún defecto que como no lo conocía, no lo emendaba.

Mas no se ha de contentar con pedir siempre á nuestro Señor esta lumbre y fortaleza para conoscer y vencerse, sino (como suelen decir, con el mazo dando, y á Dios llamando) él también batalle y haga de su parte todo lo que fuere en sí. Meta pues la mano en su seno, y mire muy bien todos los rincones de su consciencia: examine todos los vicios á que se siente más inclinado, si á odio, si á ira, si á gula, si á pereza, si á invidia, si á parlería, si á lisonjería, si á jactancia, si á vanagloria, si á liviandad y facilidad de corazón, si á regalo y buen tratamiento de su cuerpo, si á soberbia, si á pusilanimidad y flaqueza de corazón, si á apretamiento y escaseza, y así de todos los otros vicios: y determínese tomar esta tan gloriosa empresa en las manos, como es vencer á sí mismo, y desterrar todos estos monstruos de su ánima, y limpiar la tierra de promisión destas bestias ponzoñosas, y no descansar ni dar sueño á sus ojos hasta salir al cabo con ella. Y las malas inclinaciones y vicios por ninguna vía los entenderá mejor que trabajando por alcanzar las virtudes contrarias. Porque al abrazar de la virtud se declara la contradición del vicio que le repugna. Porque nunca el hombre conoce bien la fuerza de sus vicios, hasta que trabaja por salir dellos.

Para esto le ayudará también el examen ordinario de la pro-

(1) Joan. 2.

pria consciencia, que á lo menos se ha de hacer una vez al día: en el cual debe de entrar en juicio consigo, y sacar á plaza todos sus malos afectos y siniestros, y examinar todas sus palabras, obras y pensamientos, y la intención que tiene en lo que hace, y el fervor y devoción con que lo hace, y castigarse y penitenciarse por lo que mal hiciere, con algunas maneras de penitencias que para esto debe de tener señaladas, y pedir á Dios instantemente gracia para salir vencedor. Conocí yo una persona que cuando al examen de la noche hallaba que había excedido en alguna palabra mal hablada, se echaba una mordaza á la lengua en penitencia de lo que habló: y otra que tomaba una disciplina por esta culpa, ó por cualesquier otros defectos. Y con esto, demás de la satisfación de la culpa, quedaba el ánima más hostigada y medrosa, para no osar otra vez desmandarse en cosa mala: y así puede cada uno trazar su manera de penitencia conforme á éstas.

Aprovechará también á semanas tomar á pechos la victoria de algunos particulares vicios, y traer para esto algún despertador consigo que le traya á la memoria esta empresa, como es ceñir á las carnes alguna cosa que le dé pena, para que aquello le esté siempre amonestando y estimulando á que ande sobre aviso en aquel negocio, y no se duerma.

Desta manera pues irá desterrando todos los jebuseos, que son todos los vicios y malas inclinaciones, de la tierra de promisión, que es su ánima, para que venga á morar en ella Dios, y así sea ella transformada en el mismo Dios, pues (como está dicho) si no despediéremos de nuestra ánima todo lo que es contrario y desemejante á él, no podremos ser transformados en él.

DE LA VICTORIA Y PURIFICACIÓN DE TODOS LOS PECADOS

CAPÍTULO VIII

Dicho habemos hasta aquí de las principales raíces y fuentes de todos los pecados, que son el amor proprio, la propria voluntad, las pasiones y las malas inclinaciones de nuestra carne. Éstos son los cuatro vientos principales que revuelven la mar y la tierra. Éstos son como los cuatro ele-

mentos de que se componen todos los pecados del mundo. Éstos son los cuatro ríos principales que salen, no del paraíso, sino de la corrupción del pecado, con que se riegan todas las plantas de los vicios que nascen de nuestra carne. Y pues habemos ya tratado de las raíces y semilla de los males, será razón que tratemos también del fruto dellos, que son los mismos pecados y males, pues éstos son los que más daño hacen al ánima, y más cierran la puerta al amor de Dios que aquí buscamos, pues está escrito: Los que amáis á Dios, aborreced la maldad (1). Y asimismo que en la mala ánima no reposará la sabiduría, ni morará en el cuerpo subjecto á pecados (2).

Y como haya dos maneras de pecados, unos mortales y otros veniales, de los mortales asaz está dicho en el segundo libro de Guía de Pecadores, donde se trató del remedio de los siete vicios capitales. Restan los veniales, que aunque no apagan la caridad, apagan el fervor della y disponen para su muerte, y demás desto escurescen el ánima, impiden la devoción, desmayan el corazón, cortan el hilo de los buenos ejercicios, distraen el hombre, y ponen como una nube entre Dios y él. Por tanto conviene que cada uno vele diligentemente sobre la guarda de sí mismo con tantos ojos como nos representan los animales de Ecequiel (3), atalayándose por todas partes, y examinando con diligencia todas sus obras, palabras, propósitos, deseos y pensamientos, para no desdecir en nada (cuanto nos sea posible) del nivel de la ley de Dios. Porque ésta es principal disposición que se requiere para buscar á este Señor y para aderezarle la posada, según aquello del Psalmo que dice (4): El juicio y la justicia son el aparejo de la silla de Dios. Porque con tales aderezos ha de ser adornada la casa deste Señor, el cual como es sancto, así quiere que sea sancto el tabernáculo en que ha de morar. Arriba dijimos que la pureza del corazón era el principal medio para alcanzar el amor de Dios, y no es pequeña parte desta pureza la limpieza de la consciencia, que libra al hombre de todo pecado, y sanctifica la casa del Señor. El muy precioso y fino esmalte no se asienta sobre hierro, sino sobre oro, y así esta virtud celestial no se comunicará á las ánimas sucias, sino á las purificadas y limpias. Lo cual por muchas maneras de palabras nos representa el Ecle-

(1) Psalm. 96. (2) Sap. 1. (3) Ezech. 10. (4) Psalm. 88.

siástico (1) diciendo que Dios mandó á la sabiduría que se heredase en Israel, y que en medio de sus escogidos echase sus raíces, y que morase en la ciudad sanctificada, y se detuviese en la compañía de los sanctos. Pues por todas estas maneras de palabras se nos da á entender cuán pura y limpia ha de estar la casa donde ha de reposar la sabiduría divina. Y esto cierto con mucha razón. Porque así como cuanto un espejo está más puro y limpio, tanto más resplandescen en él los rayos del sol, así cuanto más limpia y pura estuviere una ánima, tanto más en ella resplandescerán los rayos de la sabiduría divina, y tanto más perfectamente alcanzará la inteligencia de todas las cosas por su gran pureza. Por todas estas causas debe el hombre andar muy sobre aviso mirando dónde pone los pies, para no desvarar en pecados, temiendo en todas cosas, y apercibiéndose para cada una dellas, é implorando siempre el favor y ayuda de Dios, trayendo primero á juicio y haciendo reflexión siempre sobre todo lo que hubiere de hacer, para que no desdiga del compás de la razón. Mas con todo esto pare mientes que de tal manera se indigne contra sí y se castigue, que del todo no pierda los estribos, ni desmaye y corte el hilo de sus buenos ejercicios, por muchas veces que desvare en algunos defectos livianos, sin los cuales no se puede pasar esta vida. Porque natural cosa es traer consigo el pecado desmayo y temor, como dijo el Sabio (2): La fortaleza del varón sencillo es andar por el camino de Dios, mas por el contrario, siempre andan con temor los que obran mal. Pues como este miedo sea tan natural al pecado, muchos se entregan de tal manera á él, que pierden el vigor y esfuerzo que es menester para continuar los ejercicios de la virtud. Por lo cual conviene tener tal templanza entre el esfuerzo y el temor, que ni la demasía del temor nos haga desmayar, ni la falta del esfuerzo aflojar en el propósito comenzado.

(1) Eccli. 24. (2) Prov. 10.

DE OTROS IMPEDIMENTOS DEL AMOR DE DIOS, Y SEÑALADAMENTE DE LAS OCUPACIONES, CUANDO SON DEMASIADAS

CAPÍTULO IX

Estos son los principales impedimientos del amor de Dios. Pero fuera déstos hay otros que también impiden esta virtud, fáciles de enseñar, y no tan fáciles de vencer. Pero ésta se puede tener por regla general, que todo lo que es desemejante ó contrario á Dios, es también contrario á su amor. Porque como la condición deste amor sea unir el ánima con Dios y transformarla en él, y la unión presuponga semejanza de las cosas que se han de uñir, todo lo que impide la semejanza, también impide la unión, y por consiguiente el amor. Así vemos que naturalmente no puede juntarse el fuego con el agua, porque son cosas contrarias, ni tampoco el agua con el olio, porque aunque no sean entre sí contrarias, son desemejantes. Tampoco se puede amasar el barro con el hierro, por la misma causa, porque el uno es duro, y el otro blando. Mas muy bien un olio con otro olio, y cualquier otro licor con otro que le sea semejante. Pues por esta causa no sólo conviene que el deseoso del amor de Dios despida de su ánima todos los pecados mortales (que son contrarios á este divino amor) sino también todas las imperfecciones y todo lo que fuere desemejante á Dios, para que así se pueda uñir á él, y hacerse (en cuanto á la flaqueza humana se concede) semejante á él. Lo cual vino á alcanzar Plotino, filósofo platónico, el cual dijo que porque en Dios había tres propriedades, que eran ser él único y sumo bien, tal se había de hacer el hombre en su manera, para uñirse con él. Y por tanto (dice él) quien quisiere uñirse y hacerse semejante al bueno, conviene se aparte de todas las cosas malas, y quien al sumo, de todas las bajas, y quien al único, de las muchas. Dónde en pocas palabras apuntó tres grados necesarios para esta unión. El primero y más necesario es apartarse de todas las cosas malas, que es, de todos los pecados. El segundo

grado, más alto que éste, es apartarse de todas las cosas bajas, aunque no sean malas, como es entender en negocios de tierra y en tratos de hacienda, porque aunque éstos no sean malos, todavía son ejercicios viles y bajos, si no es cuando á ellos nos obliga, ó la obediencia, ó la necesidad, ó la caridad. El tercero es aún más alto, que es apartaros de entender en muchas cosas, aunque ni sean malas ni bajas, sino buenas, cuando son demasiadas: quiero decir, cuando nos cargamos de más ocupaciones de lo que puede sufrir la flaqueza de nuestro espíritu y de nuestro cuerpo. Por dónde venimos muchas veces á dar con la carga en tierra, y ahogar el espíritu, y perder la devoción, porque con la muchedumbre de los negocios ni nos queda tiempo ni corazón para las cosas della. Contra lo cual escribe muy largo S. Bernardo al Papa Eugenio. Y contra esto mismo nos amonesta el Sabio diciendo: Hijo, no te ocupes ni te derrames en muchas obras, porque el que en menos obras se ocupare, aprovechará más en el estudio de la sabiduría, la cual quiere él que aprendamos en el tiempo de la quietud. Y conforme á esto manda el bienaventurado S. Francisco á sus Religiosos en su Regla que trabajen, mas de tal manera que no sea tanto el ejercicio de la ocupación que ahoguen el espíritu de la oración, al cual han de servir todas las cosas. Y esta verdad que nos enseña este sancto enseña también Séneca, el cual tiene por tan grande impedimento las muchas ocupaciones para la virtud, que dijo estas palabras: Ninguno jamás llegó á tener buena consciencia estando demasiadamente ocupado. Esto pudo decir un filósofo. Y no es esto de maravillar, porque pues la virtud es la mayor de todas las cosas del mundo, no es mucho ser necesario desocuparnos de todo otro negocio no necesario para alcanzar cosa tan ardua. Pues el que estos tres impedimentos quitare de por medio, tenga por cierto que alcanzará este tan gran tesoro.

Y no se maraville nadie que haya yo aquí cargado tanto la mano en este negocio de la mortificación, porque la experiencia nos ha mostrado haber muchas personas dadas á los ejercicios de la oración y aun de otras virtudes y buenas obras, las cuales con todo esto están tan enteras en su propria voluntad y tienen tan vivas sus pasiones como si ningún trato y comunicación tuvieran con Dios, y así vienen á reventar con impaciencia en palabras desordenadas, cuando en algo les tocan, como lo declara San

Crisóstomo en los libros del Sacerdocio y como cada día nos lo muestra la experiencia. Los cuales parece que más se ocupan en la oración por su gusto y entretenimiento de la vida, que por conseguir el fin á que ella se ordena, que es el cumplimiento de la voluntad divina y la mortificación de la propria, pues está claro que ha de morir la una para que viva la otra.

Y si al cristiano lector paresciere que es mucho lo que aquí le pedimos, acuérdese que le pedimos á sí y le damos á Dios. La causa de la dificultad que en esta jornada hay es la grandeza de lo que se busca. Porque aunque Dios sea tan largo y tan comunicativo de sí y de todas sus cosas, pero todavía, como es infinitamente sabio y justo, dispone todas las cosas con grande orden y proporción. Y á ésta pertenece que para recebir tan grandes dones se disponga el hombre con grandes trabajos, para que haya alguna manera de proporción y correspondencia entre lo que se da y se recibe, entre la disposición y la forma, y entre la mercaduría y el precio della.

Éstas son, cristiano lector, las principales cosas que ha de mortificar y purificar en sí el ánima que desea hacerse un espíritu con Dios, y que ha de ser admitida al tálamo y recámara de aquel Esposo celestial. Esto nos es figurado en la Escritura divina de muchas maneras. Porque esto primeramente significa aquella circuncisión general que mandó Dios hacer á Josué en todos los hijos de Israel pasado el río Jordán, cuando entraban en la tierra de promisión (1). Porque la tierra de promisión, á donde todos en esta vida caminamos por el desierto de la penitencia, es la perfección de la caridad, en la cual nadie entrará sino después de la circuncisión general del amor proprio con todos los otros males é imperfecciones que nascen dél. Esto es aquel descalzarse el mismo Josué los zapatos por mandado del Ángel por haber ya comenzado á poner los pies en esta misma tierra (2), que es la región del amor de Dios. Este es aquel psalterio (3) de cuerdas y aquel adufe de pargamino que Dios nos pide en el Psalmo (4), y en que él quiere ser alabado, que es un cuerpo y un ánima mortificada ya, y libre de todos los amores y refrigerios sensuales. Porque así como la cuerda y el pargamino que ha de servir en estos instrumentos, es necesario que estén enjutos y cu-

(1) Josue 5. (2) Ibidem. (3) Psalm. 32. (4) Psalm. 30.

rados de toda aquella humedad y verdura que sacan del cuerpo del animal, así conviene que este hombre tenga mortificadas y consumidas (en cuanto sea posible) las humanidades y flaquezas que sacó del vientre de su madre, si quiere ser instrumento vivo de las alabanzas de Dios. Cuando las aguas otrosí del río Jordán se secaron, entonces dice la Escritura que desmayaron todos los reyes de la tierra de promisión, y que luego se dieron por perdidos y la tierra por conquistada (1). Y así lo hacen los demonios cuando ven secarse los ríos de nuestras pasiones y apetitos sensuales, y luego se tienen por vencidos, y conquistada la región deste amor celestial. Mas no desmaye el hombre pareciéndole cosa dificultosa ó imposible desterrar de sí todas estas humanidades y flaquezas, porque esto mismo que aquí le pedimos, le ayuda Dios á hacer, como él mismo lo prometió por su Profeta en la ley por estas palabras (2): Circuncidará el Señor tu corazón y el de tus hijos para que le ames con todo tu corazón y con toda tu ánima, para que puedas vivir. De las cuales palabras se infieren claramente dos cosas. La primera, ser necesario cortar las ramas del amor proprio con su misma raíz (cuanto nos sea posible) para dar lugar al amor de Dios, porque no es otra cosa esta circuncisión del corazón sino la misma mortificación de que hasta aquí habemos tratado. Lo segundo se infiere que á esta obra, que es sobre toda naturaleza, ayuda singularmente la divina gracia, pues el mismo Señor promete que él ha de hacer esta circuncisión: la cual promesa cumple dándonos espíritu y fortaleza para circuncidar y mortificar todo lo que impide su amor. Aquí damos fin á la primera parte deste tratado, y comenzaremos (como al principio prometimos) la segunda.

---

(1) Josue 2. (2) Deut. 30.

SEGUNDA PARTE DESTE TRATADO

QUE ES DE LAS

PRINCIPALES VIRTUDES Y EJERCICIOS

CON QUE SE ALCANZA EL AMOR DE DIOS

DEL PRIMERO DESTOS EJERCICIOS, QUE ES LA CONTINUA MEMORIA DE DIOS, Y PETICIÓN DESTE DIVINO AMOR

CAPÍTULO X

Dos cosas dijimos al principio deste tratado que eran necesarias para alcanzar la caridad. La una es despedir de nuestra ánima todo lo que en ella hay contrario ó desemejante á Dios, y la otra procurar siempre de traerla ocupada y uñida con él con ejercicios amorosos y devotos. Esto se declara por este ejemplo. Vemos que para hacer conserva de una fruta verde y aceda, la primera cosa que se hace es darle un fuerte cocimiento, para sacarle todo aquel verdor y amargura natural que tiene. Y esto hecho, dásele otro cocimiento luego en azúcar ó miel, para que perdida ya con el primer cocimiento la amargura y desabrimiento natural que tenía, tome por el segundo la dulzura del licor con que se junta. Pues así también, para transformar el hombre en Dios por amor, es necesario desterrar primero dél todo lo que en él hay contrario á Dios (que es todo lo malo) y esto hecho, conviene que se ayunte con él por ejercicios de oración y de amor, para que por medio deste ayuntamiento venga á hacerse un espíritu con él. Y pues hasta aquí habemos tratado de lo primero, resta tratar de lo segundo, que es, de los ejercicios y medios con que nuestra ánima se junta con Dios, que es el fin de toda la perfección.

Pues para esto debemos ante todas las cosas presuponer que (como dice un doctor) el principal estudio del siervo de Dios ha de ser trabajar que su ánima ande siempre ayuntada con él por oración y actual amor. Porque perseverando él en esto, aquel Sol de justicia que tan comunicativo es de los rayos de su luz, de tal manera la embestirá con ellos, que la haga semejante á sí, porque con este espiritual ayuntamiento se pára ella tan hermosa como una nube cuando el sol la hiere y embiste con sus rayos, con los cuales la hace tan resplandesciente, que se parece con el mismo sol. Esto tiene fundamento en dos principios de filosofía, de los cuales el uno es, que las causas naturales pretenden hacer todas las cosas semejantes á sí, como vemos que el fuego engendra otro fuego, el frío frío, y el calor otro calor. Lo cual tanto más hace cada una destas causas, cuanto es más noble y más poderosa para obrar. El segundo es, que todas estas causas obran teniendo la materia en que han de obrar, á par de sí: porque si estuviese desviada, no podrían obrar en ella, porque el fuego no calienta sino á los que se llegan á él. Pues como sea verdad que entre todas las causas la primera y la más noble y la más poderosa para obrar sea Dios, síguese que ella es la más activa y más comunicativa de sí misma y de su divina semejanza en quien fuere capaz della, como es el hombre. Mas para esto es necesaria aplicación, esto es, que se junte el hombre con Dios, para que así se aplique á recebir las influencias de su luz. El cual ayuntamiento no se hace con pasos de cuerpo sino de espíritu, que es, con juntar nuestro entendimiento y voluntad con Dios por consideración y amor. Y cuanto más el hombre esto continuare, y más en ello perseverare, tanto más participará los rayos de su luz. Y dice S. Bernardo que esto señaladamente se hace con cuatro ejercicios, que son, lición, meditación, oración y contemplación, que son los cuatro principales escalones por donde los varones devotos y recogidos suben á Dios: entre los cuales hay esta diferencia (como dice un doctor) que la lición anda, la meditación corre, la oración vuela, mas la contemplación llega al cabo de la jornada, y reposa en Dios. Pues como cualquiera de estos ejercicios nos ayude á ir á Dios, en cada uno dellos hay más y menos. Porque entre las liciones aquella sirve más para este propósito, que es más afectiva y más devota, y más trata del amor de Dios, como son las Meditaciones de S. Augustín, el Es-

tímulo del Amor Divino de Sant Buenaventura, y otros muchos tratados deste sancto, que escribió altamente destas materias espirituales.

Mas entre las meditaciones, aquéllas hacen más á este caso, que son de los beneficios y perfecciones divinas y de todas aquellas cosas que más pueden encender nuestro corazón en el amor de Dios. Entre las oraciones aquéllas ayudan más á esto, que insisten mucho en pedir este divino amor, mayormente aquéllas que nascen de un encendidísimo deseo dél. Y de los que traen siempre ocupado su corazón en estas sanctas oraciones, dice S. Augustín en una de sus Meditaciones: Bienaventurados, Señor, aquéllos cuya esperanza eres tú solo, y cuya vida es una perpetua oración. Grande cosa es ésta por cierto, mas no muy dificultosa, como algunos imaginan. Porque no entendemos aquí por oración estar siempre de rodillas rezando ó hablando siempre con Dios, porque basta para esto traer el corazón recogido y guardado con su sancto temor y respecto á Dios y con un cuidado perpetuo y deseo de agradarle y de andar en su presencia, que es cosa muy familiar á los que están muy entregados á su servicio.

Mas entre todas las cosas que para esto nos pueden más ayudar, es el mismo uso y ejercicio de amar á Dios, porque esta noble virtud con ningunas obras cresce más que con las suyas proprias, así por ser más proprias, como por ser las más excelentes y meritorias, porque proceden de la más excelente virtud, que es la caridad. Por dónde así como los hábitos que se adquieren con el uso y ejercicio de alguna obra, con ése mismo crescen y se hacen más perfectos (como vemos que pintando, se hace uno pintor, y escribiendo, escribano) así también acaesce en los que Dios infunde en nuestras ánimas, y señaladamente en este nobilísimo hábito de su amor, aunque en éste sea por otra diferente manera, que es, meresciendo el hombre, y acrescentando Dios esta virtud: de dónde se infiere que el que más continuamente se ocupare en amar á Dios, ése crescerá más en ese amor.

§ I

Éste es pues el más conveniente ejercicio para este negocio, y así dice un doctor que dado caso que haya muchos caminos para alcanzar la perfección de la caridad, pero que el más conpendioso y eficaz es éste que enseña S. Dionisio, y otros muchos después dél, que es, levantar nuestro corazón á Dios con aficiones y deseos encendidos de su amor, conversando con él, y hablando con él, andando siempre recogido en su presencia, y tomando motivo de todas las cosas para mejor conocerle y más amarle. Este ejercicio es el proprio estudio de la verdadera sabiduría y mística teología, la cual no se aprende leyendo ni disputando, sino orando y levantando la pura afición á Dios para que con el mismo gusto y experiencia de su bondad, suavidad y nobleza, conosca el hombre por experiencia quién es Dios, por haber participado y recebido en sí los beneficios y efectos del mismo Dios, así como sabe uno de un príncipe que es liberal y bien acondicionado, no porque lo leyó ni aprendió de otros, sino porque él mismo le trató y conversó mucho tiempo, y experimentó con los muchos beneficios que recibió, la grandeza de su liberalidad y nobleza. Por dónde podemos conocer la diferencia que hay entre la teologia escolástica y la mística, porque la una se aprende con actos de entendimiento, y la otra con afectos amorosos de la voluntad, que dan nuevas al entendimiento de cuán bueno y cuán suave es el Señor.

Pues según esto, el camino para alcanzar esta sabiduría es tratar siempre con Dios, y conversar día y noche con él, como lo hacía aquella sancta virgen Cecilia, de quien se escribe que traía el Evangelio de Cristo en su pecho, y que ni de día ni de noche se apartaba de los coloquios divinos y de la oración. Al cual ejercicio nos convida el Espíritu Sancto muy de propósito en los libros de la Sabiduría debajo de muy hermosas semejanzas, diciendo así (1): Bienaventurado el varón que mora con la sabiduría, y piensa en las obras de justicia, y contiempla con atención

(1) Eccli. 14.

las cosas de Dios, el que trata en su corazón los caminos de la sabiduría, y escudriña los secretos della, siguiendo el rastro della como quien la va á buscar, y perseverando en los caminos della, el que se pone á mirar por sus ventanas, y á oirla por entre sus puertas, el que hace su asiento par de la casa della, y arrima su bordón á las paredes della. Éste tal edificará su casa al lado della, en la cual se hallará siempre abundancia de todos los bienes. Pondrá sus hijos debajo de la sombra della, y morará debajo de sus ramos, y con la sombra della se defenderá del calor del día, y en la gloria della descansará. Todas éstas son palabras del Espíritu Sancto. Mira pues agora con cuántas maneras de palabras y semejanzas nos pinta y representa aquí el Espíritu Sancto los ejercicios del hombre estudioso y deseoso de alcanzar este tesoro: el cual desocupado de todos los negocios del mundo, en ninguna cosa entiende sino en andar en busca dél perpetuamente, tomando motivo de todas cuantas cosas oye, ve y piensa, para aprovechar cada día más en el conocimiento y amor de su Señor. Ésta fué la vida, éste el estudio y ejercicio continuo de los sanctos, y esto es lo que significa aquel seguir el rastro de la sabiduría, y andar en busca della, y mirar por sus ventanas, y oir por entre sus puertas, y arrimar su bordón á las paredes della, y edificar par della su casa, insistiendo continuamente en la contemplación de las cosas divinas, y descansando en su sombra, que es, gozando dulcemente de los frutos y refrigerios admirables desta sabiduría.

Á este mesmo ejercicio nos convida también el Apóstol, aunque por más claras y simples palabras, diciendo que andemos dentro de nosotros mismos platicando en psalmos y himnos espirituales, cantando y alabando en nuestros corazones al Señor, y dándole gracias por todas las cosas (1). Esto mismo que el Apóstol nos aconseja, cumplía él muy enteramente, porque siendo uno de los más ocupados hombres del mundo, andaba tan recogido y tan unido con Dios, que él mismo testifica de sí que su conversación toda era en los cielos, porque todo su corazón y pensamiento estaba en ellos.

Y así entre las alabanzas del varón justo una de las más principales que canta la Iglesia, es, que viviendo en este mundo, el

(1) Colos. 3.

cuerpo solo tenía en él, mas con los pensamientos y deseos moraba siempre en aquella patria celestial.

Y aun por esta causa los varones justos se llaman en la Escritura divina cielos, porque libres de todas las afecciones y pasiones desta vida como de unas impresiones peregrinas, todo su trato, su pensamiento, sus deseos, sus gozos y sus esperanzas están en el cielo: por lo cual con mucha razón se llaman cielos, pues la menor parte de sí tienen en la tierra, y la mayor y mejor en el cielo.

Y aun por esta misma causa dice el Psalmista que hace el Señor á sus ministros llamas de fuego (1), porque así como esta llama naturalmente sube siempre á lo alto, así los justos siempre están con el corazón aspirando y levantándose como una viva llama á los bienes de aquella morada celestial.

Y aunque los negocios desta vida algunas veces los envuelvan en las cosas de la tierra, luego el espíritu de Dios, que mora en ellos, los torna á levantar al cielo, como hace un madero, que si por fuerza lo metéis debajo del agua, luego por su natural ligereza se sube á lo alto: porque lo que aquí hace la naturaleza, allí hacen la buena costumbre y la divina gracia, que son más poderosas que la naturaleza. Porque si la costumbre basta para hacer mansos los animales fieros, ¿qué maravilla es que por virtud de la gracia lo humano se haga divino, y lo terreno celestial?

§ II

Pues conforme á esta doctrina debe el siervo de Dios (si quiere ser discípulo desta sabiduría celestial) fabricar dentro de sí un oratorio donde siempre ande recogido: quiero decir, que de tal manera ande siempre en la presencia de Dios, de tal manera entienda en todos sus negocios, que siempre le parezca que tiene á Dios delante, y que nunca del todo pierda aquella manera de recogimiento y devoción que desta presencia se le causa. Así nos muestra el Profeta que lo hacía cuando dice (2): Ponía yo siempre al Señor delante de mis ojos, porque él anda á mi diestra

(1) Psalm. 103. (2) Psalm. 15.

para que no pueda yo ser movido. Esto mismo haga el siervo de Dios, levantando siempre su corazón á él, no con ímpeto y violencia, sino con tranquilidad y simplicidad, inclinando amorosamente su espíritu en aquella soberana deidad. Y no se desconsuele cuando viere que se distrae muchas veces por la instabilidad de nuestro corazón, sino vuelva luego á recogerlo y representarlo á Dios, porque después que se hubiere habituado á esto, mudarse ha la costumbre en naturaleza, y ni hallará dificultad en este recogimiento, ni aun se hallará sin él, como el pesce que no se halla fuera del agua, y así luego procura tornarse á ella. Mas acuérdese que ninguna cosa puede hacer por sí, sino con ayuda de Dios, el cual nunca falta al que con este espíritu de humildad hace lo que es en sí. Enciérrese pues dentro de sí mismo, y more dentro de sí, porque aquí hallará á Dios, el cual aunque está generalmente en todas las cosas, señaladamente está en lo íntimo del ánima racional, porque en ella mora él como en su propria imagen y figura. Por lo cual, presuponiendo que este Señor está dentro dél, trabaje por estar con un sancto temor, reverencia y humildad delante de sus ojos, como paresce que lo hacía Elías, cuando decía (1): Vive el Señor, en cuya presencia estoy. Y muchas veces también repita dentro de sí estas palabras: El Señor está presente, el Señor me ve, con las cuales debe de restituirse y volverse á su presencia, cuando se hallare fuera della. Enciérrese con el Profeta dentro de Dios, y escóndase en lo más escondido de su rostro, y allí esté como en una casa guardado, y alégrese de que tan fácilmente pueda hallar dentro de sí á Dios, y poseer en su ánima un tan grande bien.

Y si algunas veces las pláticas y negocios de la vida humana le fueren impedimiento para no estar tan recogido, no por eso del todo caiga deste propósito, ni salga del todo fuera de sí, sino siempre le quede una partecica del corazón abierta para mirar á Dios, porque esto servirá para que más fácilmente pueda luego acabado el negocio tornarse á él. Bienaventurado el hombre á quien ni la compañía de los hombres ni otros tales impedimientos y estruendos pueden apartar desta divina presencia. Lo cual vendrá á ser cuando de tal manera estuviere encerrado y arraigado en Dios, y de tal manera uñido y enlazado por amor con él,

(1) IV Reg. 3.

que siempre le tenga más presente que todas las otras cosas. Porque sin dubda el que tuviere su ánima desnuda de todas las cosas que desordenadamente se aman, y el que fundado en verdadera humildad ninguno de los dones de Dios atribuye á sí, aunque esté en medio de todos los negocios y ocupaciones del mundo, no recibe detrimento notable con ellas. Conforme á lo cual dijo uno de aquellos sanctos Padres: El varón perfecto no tiene su corazón pegado con las cosas terrenas, antes pasa por cima dellas y las deja correr su camino, y no cura de embarazarse ni examinar lo que no le pertenesce, diciendo dentro de sí: Yo á solo Dios busco con toda mi afición y atención: todas las otras cosas estén en paz, vayan y corran por su curso. El que esto hace, y en ninguna cosa busca á sí mismo (antes pasando desnudo por todas las cosas así prósperas como adversas, camina con el Apóstol puramente á Dios) podrá hacer todas sus obras sin derramamiento de corazón, y estar dentro de sí quieto en medio de la muchedumbre de los negocios. Nunca cese pues el siervo de Dios deste sancto ejercicio, ni por su inhabilidad, ni por la molestia que á los principios recibirá, pues no es cosa nueva hacerse defectuosamente y con dificultad al principio lo que con el ejercicio se viene á facilitar. Digo esto, porque algunos hay que si después de haber gastado algún tiempo en este trabajo, no alcanzan lo que buscaban, luego vienen á desmayar y desistir de su buen propósito: los cuales no entienden que para llegar al estado de la perfección es necesaria longanimidad y perseverancia para después del largo camino llegar á la tierra de promisión, puesto caso que algunos hay á quien la divina bondad suele hacer este camino más corto.

Mas para continuar este ejercicio con más facilidad y suavidad hará mucho al caso saber el hombre de coro algunos himnos devotos, ó psalmos, ó versos de David, ó de otros sanctos, con los cuales pueda muchas veces encender y levantar su corazón á Dios, como cuando este profeta dice (1): Así como el ciervo desea las fuentes de las aguas, desea mi ánima á ti, Dios. Tuvo sed mi ánima de Dios vivo: ¿cuándo vendré y pareceré ante la cara de mi Dios? Fuéronme mis lágrimas pan de noche y de día, mientra dicen á mi ánima, ¿dónde está tu Dios? Item, aquellos versos del

(1) Psalm. 41.

Psalmo que comienza (1). Ámete yo, Señor, fortaleza mía: el Señor es mi firmeza, y mi refrigerio, y mi librador. Dios mío, ayudador mío, esperaré en él. Y no sólo de los himnos y psalmos, mas de cualquier otra parte debe tener el hombre á la mano otros muchos versos, oraciones, prosas y palabras devotas y amorosas, convertiendo muchas veces los cantares profanos en espirituales y divinos, con los cuales se acueste y se levante, y despierte de noche, y repita muchas veces entre día, para recoger su corazón y levantarlo á Dios, y traer siempre el palacio de su ánima perfumado y oloroso con el encienso de las devotas oraciones. Podrá pues algunas veces decir así.

Oración para pedir el amor de Dios.

OH buen Jesú! ¡Oh salud de mi ánima! ¿Cuándo, Señor, os agradaré en todo y por todo? ¿Cuándo moriré á mí y á todas las criaturas por vuestro amor? Habed misericordia de mí, Señor, y ayudadme. Aquí me presento ante vuestro divino acatamiento, y dende aquí saludo todas vuestras rosadas y hermosas llagas. Escondedme, Señor, en ellas, para que ahí sea yo perfectamente alimpiado y embriagado de vuestro amor. ¡Oh Señor Dios mío! ¡Oh admirable principio mío! ¡Oh clarísima luz de mi entendimiento! ¡Oh descanso de mi voluntad! ¿Cuándo os amaré ardentísimamente? Ea, Señor, tened por bien herir mi ánima con las saetas de vuestro dulcísimo amor. ¡Oh todo mi deseo, toda mi esperanza, todo mi refrigerio! ¡Oh si fuese mi ánima digna de ser toda abrasada con vuestro amor, para que así toda su tibieza fuese consumida con ese divino fuego! ¡Oh Salvador mío! Á vos todo deseo, y á mí todo ofrezco, todo á todo, uno á uno, único á único. Ninguna otra cosa quiero, ninguna otra deseo ni pido sino á vos, porque vos solo me bastáis. Vos sois mi rey, y mi señor, y mi gobernador, mi padre y todas las cosas. Vos sois todo amable, todo deleitable y todo fiel. ¿Quién tan liberal como él, que por tan vil criatura á sí mismo dió? ¿Quién tan humilde, que así inclinase la grandeza de su majestad? ¡Oh Señor, que á nadie despreciáis, de nadie tenéis asco, á nadie que os busque des-

(1) Psalm. 17.

echáis, sino antes le prevenís y despertáis, y le salís al camino, porque vuestros deleites son estar con los hijos de los hombres! ¡Oh, bendíganos, Señor, los ángeles! ¿Qué hallastes en nosotros sino miserias y pecados, para que queráis estar en nuestra compañía hasta la fin del mundo? ¿No bastaba haber padescido por nosotros, y dejádonos los sacramentos y los ángeles para nuestro remedio, sino con todo esto queráis vos, Señor de la Majestad, también estar en nuestra compañía? Hagamos pues, Señor, un trueque (si os place) vos tened cuidado de mi remedio, y yo lo tendré de vuestro servicio, y haced de mí lo que vos queréis y sabéis que me conviene, porque vuestro quiero ser y no de otro. Dadme, Señor, que ninguna otra cosa desee sino á vos, que todo me ofrezca á vos, sin que más me vuelva á tomar. ¡Oh fuego que me enciendes! ¡Oh caridad que me inflamas! ¡Oh lumbre que me alumbras! ¡Oh descanso mío! ¡Oh amor que siempre ardes y nunca mueres! ¿Cuándo, Señor, os amaré perfectamente? ¿Cuándo os abrazaré con los brazos de mi ánima desnudos? ¿Cuándo menospreciaré á mí y á todo el mundo por vuestro amor? ¿Cuándo mi ánima con todas sus fuerzas se verá uñida con vos? ¿Cuándo se verá sumida y anegada en el abismo de vuestro amor? ¡Dulcísimo, amantísimo, hermosísimo, sapientísimo, riquísimo, nobilísimo, preciosísimo y dignísimo de ser amado y adorado! ¡Oh vida de mi ánima, que por darme vida padecistes muerte, y muriendo matastes la muerte! Mortificad, Señor, también á mí del todo, esto es, todas mis malas inclinaciones y proprias voluntades y todo aquello que puede ser impedimento para que vos no viváis en mí: y después que así me hobiéredes muerto, hacedme vivir en vos, esto es, en vuestro amor y obediencia, guardando fielmente vuestros mandamientos y los de mis mayores, y haciendo siempre vuestra sancta voluntad. ¡Oh buen Jesú! Dadme, Señor, perfecto apartamiento y aborrecimiento de todo pecado, y perfecta conversión de mi corazón á vos, para que en vos solo estén todos mis pensamientos, mis deseos, mis cuidados, mi memoria, mi entendimiento, mi voluntad y todas mis fuerzas. Amén.

DE LOS EJERCICIOS PARTICULARES DE CADA DÍA, Y DEL FERVOR CON QUE SE HA DE PROCURAR Y PEDIR EL AMOR DE NUESTRO SEÑOR

CAPÍTULO XI

Dicho habemos del principal medio que se requiere para amar á Dios, que es la continua oración y ejercicio de su amor: digamos agora de las cosas que principalmente á esto nos pueden ayudar. Entre las cuales la primera es tener cada día á lo menos dos tiempos diputados para recogernos y vacar á Dios en silencio, continuando en él las oraciones y consideraciones que adelante se ponen para inflamar nuestro corazón en el amor deste Señor. Porque con esta manera de ejercicio cuotidiano (si se hace como conviene) podremos más fácilmente traer nuestro corazón recogido como está ya declarado. Porque deste ejercicio suele muchas veces quedar una tan dulce afección é impresión en el ánima, que la hace olvidar y desgustar de las otras cosas y perseverar en ésta con que tan bien le fué. De suerte que así como á los que toman el agua del palo, mandan por medicina ordinaria tomar cierta cuantidad della dos veces al día, y después que todas las veces que entre día quisieren beber, beban siempre della, porque ella es la que les ha de dar salud, así para alcanzar esta gracia que deseamos, conviene tener sus ciertos tiempos diputados para este sancto ejercicio, demás del cuidado perpetuo que debemos tener de andar siempre en la presencia de nuestro Señor, como ya dijimos.

Mas advierta que en este sancto ejercicio debe entender con tal aviso que tenga siempre las riendas al entendimiento, para que no sea muy especulativo ni demasiadamente parlero, aunque sea con Dios, por que no se impidan con esto los afectos y movimientos de la voluntad, pues aquí no tratamos tanto del conoscimiento y especulación de Dios, cuanto de su amor. Por lo cual, aflojando siempre las riendas á la voluntad, las debemos apretar al entendimiento, no dándole más licencia para especular, de la

que baste para alumbrar y guiar la voluntad, poniéndole á Dios delante con una simple representación, para que ella extienda húmilmente los brazos de su afección, y con ellos lo abrace. Este aviso es de mucha importancia, porque por no advertir esto muchos se hacen más con estos ejercicios bachilleres y predicadores que amadores de Dios. Porque como el entendimiento sea la primera puerta por donde las cosas entran en la voluntad, muchas veces acaesce detenerse tanto en esta primera estancia, que no llegan á la segunda, y así queda harto el entendimiento, y ayuna y seca la voluntad, que es quedarse todo el hombre vacío y casi sin fruto.

Y para que mejor se entienda cuánto más excelente cosa es amar á Dios que conocerlo, referiré aquí una notable sentencia de aquel doctísimo y famoso Conde de la Mirándula, el cual después de haber probado por experiencia cuánto más fructuosa cosa era amar á Dios que especular la condición y naturaleza de Dios, en una carta que escribe á un amigo suyo, dice así: Mira, amigo, cuán gran locura es la nuestra. Consideradas las potencias que tenemos para ayuntarnos á Dios y gozar dél, es mucho más lo que podemos amar con la voluntad que lo que podemos alcanzar con el entendimiento, y amándole aprovechamos más y trabajamos menos, y nuestros servicios le son más acceptos: y con todo esto nosotros, como desatinados, queremos más con demasiado trabajo de estudio andar siempre buscándole por conoscimiento, sin poderle hallar, que emplearnos en buscar aquél que si no le amamos, por nuestro mal le hallaríamos. Hasta aquí son palabras deste sabio, por las cuales manifiestamente se ve cuánto más fructuosa y excelente cosa sea amar á Dios que conocerlo, aunque todo sea necesario.

Y si contra esto me alegares que según sentencia de Sancto Tomás la bienaventuranza de los sanctos en el cielo esencialmente consiste en conocer á Dios, por dó parece ser más excelente cosa conocerlo que amarlo, á esto se responde que en el cielo veremos á Dios como él es en sí mismo, y esto basta para hacer bienaventurado al que le ve: mas en esta vida no le vemos como él es (que es, en su misma gloria y hermosura) sino como á nosotros es posible, según la medida de nuestra capacidad, que es muy pequeña, como vemos que el mar Océano, cuando entra por el estrecho de Gibraltar, no entra con toda la latitud y grandeza

que él tiene, sino con la que tiene la boca de aquel estrecho por do entra. Pues desta manera entendemos aquí á Dios, estrechándolo y conformándolo con la medida de nuestro entendimiento, el cual ve las cosas espirituales y divinas como por tela de cedazo, esto es, imperfectamente. Mas el amor de Dios no es así: porque proprio es del amor transformar al que ama en la cosa amada, el cual olvidado de sí mismo, está todo transladado en ella, y hecho una cosa con ella. En lo cual parece cuán diferente cosa sea entender á Dios y amarle: porque en esta vida entendémosle como podemos, mas amámosle como él es. En lo uno proporcionamos y estrechamos á Dios con la capacidad de nuestro entendimiento, mas en lo otro proporcionámonos y transformámonos en Dios como él es, por medio deste amor. Y por esta misma razón se dice que es mejor amar las cosas altas y divinas que entenderlas, como quiera que sea mejor entender las cosas bajas que amarlas, porque entendiendo las cosas bajas, ennoblescémoslas y espiritualizámoslas, para hacerlas intelectuales y proporcionarlas con nuestro entendimiento: pero amándolas, abatimos nuestra voluntad y envilescémosla, inclinándola á amar cosas viles. Mas por lo contrario, entendiendo las cosas altas y divinas, no las ennoblescemos ni engrandescemos, sino antes las apocamos y estrechamos, proporcionándolas con nuestro flaco entendimiento, para que las pueda entender. Mas amándolas, no es así, porque no mudamos á ellas cuando las amamos, sino antes nos mudamos en ellas, pues nos consta que tal es cada uno, cuales son las cosas que ama, si buenas, bueno, si malas, malo. De lo cual todo se infiere cuánto mayor cuidado debemos tener en esta vida de amar á Dios que de conocerlo, y cómo á esto señaladamente debemos enderezar todos nuestros ejercicios.

También conviene mucho avisar que no basta ocuparse el hombre sus tiempos ordenados en este sancto ejercicio, si está en él flojo, tibio y relajado, pues con las obras flojas y remisas no crescen los hábitos de las virtudes, y mucho menos el de la caridad. Por tanto conviene que esté el hombre allí con toda la atención y devoción que le sea posible, aunque no debe hacer en esto demasiada fuerza á la naturaleza, pensando que ha de exprimir la devoción á fuerza de brazos, pues ésta es dádiva graciosa de Dios, que se da á los humildes y diligentes. Y sepa que un rato de oración desta manera vale más que otros muchos que no

son tales. Muy bien dijo un filósofo que no era justo el que hacía obras justas, sino el que las hacía justamente. Lo cual como sea verdad en todas las obras virtuosas, muy más particularmente lo es en ésta. Porque no se puede llamar devoto el que reza mucho tiempo ni muchas oraciones, sino el que las reza con devoción: porque muchos sacerdotes rezan cada día todo el Oficio divino, y (lo que más es) celebran cada día, y no todos son devotos, porque no lo hacen con devoción. En lo cual parece claro que ni la cuantidad del tiempo ni de las oraciones, ni aun la excelencia dellas, es la que causa la devoción, sino la manera del orar. Por lo cual con ésta principalmente debe tener cuenta el verdadero orador.

Y para esto va mucho en el modo con que se dispone y apareja para entrar en la oración, porque lo demás suele comúnmente responder á este principio.

También procure que el tiempo de la oración, demás de ser conveniente, sea el más largo que pudiere ser, mayormente cuando navegare con próspero viento, porque entonces ni se debe de cortar el hilo al Espíritu Sancto, que nos viene á ayudar, ni se debe dejar pasar en vano una tan buena ocasión, en la cual podremos descubrir mucha tierra, y pasar la raya común de nuestro aprovechamiento con esta nueva luz, nueva gracia y nuevo esfuerzo para la virtud. Éste es un aviso de grande importancia, con el cual á menos costa podrá el hombre aprovechar mucho en poco tiempo.

Mas porque desta materia (en cuanto toca á la oración y devoción) tratamos en el Libro de la Oración y Meditación, por esto remitimos allí al cristiano lector, y aquí solamente trataremos de lo que nos puede ayudar al amor de Dios. Mas para que este ejercicio sea más fructuoso, ha de proceder (como dijimos) de un encendidísimo deseo de este fuego celestial, el cual nasce de haber prevenido Dios al hombre con bendiciones de dulcedumbre, y dándole gusto y experiencia de la suavidad y excelencia dél. Y para que mejor se entienda la instancia y condición deste deseo, pondré para ello algunos ejemplos. Mire de qué manera anda uno que perdió una pieza de mucho valor, cuando la busca, que ni reposa ni se quieta, ni le sabe bien lo que come, ni á veces quiere comer, por buscar lo que desea, ni querría que por entonces le hablasen en nada, ni aun está atento á lo que hablan: porque como está todo absorto en lo que busca, apenas puede estar

atento á otra cosa. Pues si desta manera y con esta ansia se busca una joya temporal, ¿con cuánto mayor se debía buscar aquella margarita preciosa del Evangelio? Pues el que con este deseo lo busca, trae dentro de sí no sólo un perpetuo predicador, sino también un continuo movedor que siempre lo inclina y mueve á buscar á Dios, de tal manera que en todas las cosas que ve con los ojos y trata con las manos, le parece que todas le son motivos para amar á Dios. De suerte que así como el que tiene un vidrio verde ante los ojos, todas las cosas que mira, le parecen verdes, así el que tiene el corazón tomado deste amor, todo cuanto ve, le parece materia de amor, y todo le convida y despierta al mismo amor, como acaesce en un grande fuego, que todas las cosas que toca, convierte en fuego, y de todo hace materia con que se sustente, y hasta la misma agua, que le es contraria, convierte en fuego.

Pues este continuo estudio de estar actualmente amando á Dios, y deseando y pidiendo continuamente este amor, porfiando con fe, humildad y devoción en esta demanda, clamando de lo íntimo del corazón á Dios, y pidiéndole una centella deste divino fuego, es el proprio estudio de la mística teología, que es del conoscimiento amoroso de Dios, el cual se frecuenta no tanto con discursos de entendimiento, cuanto con afectos y gemidos y deseos de la voluntad: á los cuales nunca deja de responder aquella infinita Bondad, viendo el ánima andar triste y afligida (como otra Magdalena) en busca dél, mayormente siendo el mismo Señor el que desta manera la llama, y la mueve, y la trae en pos de sí al olor de sus ungüentos. Porque ¿cómo será posible que se niegue á los que le buscan, el que mueve á que le busquen, y el que ninguna cosa más desea que comunicarse á todos?

Este sancto ejercicio, de que todos los teólogos místicos hablan, vi yo muy á la clara representado en una pobre mujer: la cual siendo por culpa de su marido condenada á perdimiento de toda su hacienda, y considerando cuán perdida quedaba, fuese al señor que tenía derecho á esta hacienda, á pedirle misericordia: y fué tanta la instancia y porfía con que la pidió, fueron tantos los gemidos y lágrimas que derramó, y tantas las razones y piedades que para esto alegó, que bastaran para enternecer corazones de piedra. Y unos pocos de días que anduvo en este negocio, corría por todas las personas que en esto le podían ayudar, y con

todas lloraba, y á todos ponía por intercesores, y algunas veces dormía de noche á las puertas de la casa deste señor, llorando y manteniéndose de lo que por ahí le daban, hasta que finalmente tanto insistió en esta demanda, que suplió con su importunidad la falta de su justicia, y alcanzó lo que quiso: y fué tan grande el alegría y agradescimiento que después tuvo por la merced recebida, que poco menos importuna fué después en el dar de las gracias que antes lo había sido en pedir las mercedes. Este ejemplo me declaró más en breve la condición deste sancto ejercicio, que cuanto escriben dél prolijamente muchos doctores. Porque mudada la materia de lo que aquí se pretendía, y aplicando todas estas diligencias y deseos á las cosas eternas como aquí se aplicaban á las temporales, andaría el hombre al paso que merece este tan gran tesoro. Porque tal ha de ser el deseo, tal el estudio, y el calor, y la instancia, y la perseverancia con que ha de andar el hombre en este negocio, llamando á unas puertas y á otras, invocando ya el favor de Dios, ya el de los sanctos, aprovechándose para ello de todos los valedores que pudiere, humillándose y afligiéndose ante todos, para que todos sean sus intercesores, y siendo después tan agradescido, alcanzando lo que desea, como esta buena mujer lo fué por el beneficio recebido.

Esta manera de pedir y de buscar á Dios significó el Apóstol cuando dijo que el Espíritu Sancto pedía mercedes para nosotros con gemidos tan grandes, que no se pueden con palabras explicar (1). Lo cual dice él, no porque el Espíritu Sancto sea el que pide, pues él es á quien todas las mercedes y gracias se piden, sino porque él da á las ánimas de los familiares amigos y siervos suyos una nueva luz para conocer la dignidad y excelencia de las cosas espirituales, y un tan encendido y abrasado deseo dellas, que les hace pedirlas con ardentísimos deseos y con estos gemidos que no se pueden explicar. Mas ¿qué es de maravillar que se procuren con tan grande ansia los tesoros del cielo después de conocidos, pues con tanta buscan los hombres el polvo de la tierra que se lleva el viento? Pues el que con este ardor y cuidado buscare esta joya tan preciosa, tenga por cierto que la hallará. Y esto es lo que Salomón nos declaró, cuando dijo que si buscásemos la sabiduría con el ardor y cuidado que los hom-

(1) Rom. 8

bres buscan el dinero, y cavan para hallar tesoros, sin dubda la hallaríamos. Porque quien desta manera busca á Dios, sepa cierto que nunca le buscará de balde. Y esto es lo que tantas veces nos promete el Espíritu Sancto en las Escrituras divinas. Porque en una parte dice: Bienaventurado el varón que oye mis palabras, y el que vela á mis puertas cada día, y aguarda á los postigos de mi casa. Porque el que me hallare, hallará la vida, y recibirá consolación del Señor. Y en otra parte dice: El que por la mañana madrugare á buscar la sabiduría, no trabajará mucho, porque á las puertas de su casa la hallará esperándole.

DE LA PUREZA DE LA INTENCIÓN EN LAS BUENAS OBRAS

CAPÍTULO XII

Ayuda también grandemente para este ejercicio la pureza de la intención, ca siendo ella cual debe ser, es como otra segunda oración. Porque á ella primeramente pertenesce cuando vamos á entender en alguna buena obra (aunque sea de las necesarias á la vida humana) enderezarla actualmente á Dios, refiriéndola para gloria y honra de su sancto nombre, porque esto hace que cualquier obra déstas sea de mucho merescimiento. Mas acerca desta materia daré aquí un aviso de mucha importancia, y es que cuando ponemos la mano en alguna obra á fin de que della resulte algún provecho general ó particular de los prójimos, no pongamos principalmente los ojos en el fructo ó buen suceso de la obra, sino en hacer en ella la voluntad de Dios, de tal manera que esto sea lo formal y como el blanco de nuestra intención. De suerte que así como los matemáticos tratan de las cuantidades y figuras de los cuerpos sin hacer caso de la materia en que están, sea oro, sea plata, sea otra cualquier materia, porque ésta no pertenesce á ellos, así el siervo de Dios en las obras que hiciere, principalmente ponga los ojos en hacer su sancta voluntad, y así será su intención más pura, y gozará de mayor paz. Porque el que esto hace, no se turba cuando por alguna vía se le impide ó imposibilita el suceso y fruto que preten-

día en la buena obra. Lo contrario de lo cual padescen los que se aficionan al provecho y fruto de las buenas obras que hacen, porque si por alguna vía se les impide el efecto de su buen deseo, túrbanse á las veces desordenadamente, y vienen á perder no solamente la paz del corazón, mas también la paciencia, y algo más. Lo cual es argumento que no buscaba el hombre puramente á Dios, sino que también se buscaba á sí, porque donde está presa la afección, ahí está luego la turbación, cuando se impide lo que deseas. De lo cual está libre el que como espiritual matemático no mira tanto el suceso y fruto de las obras, cuanto hacer en ellas todo lo que es en sí para gloria de Dios. Y el mismo aviso se ha de tener en el amor y servicio de nuestros prójimos, olvidándonos de todos los respectos humanos, y mirando en ellos á solo Dios, esto es, mirándolos como á miembros suyos y cosas suyas, para que así como con el mismo amor que ama la madre á su hijo, ama todas las cosas de su hijo, aunque sea los esclavos de su casa, así también con los mismos ojos de caridad que miramos á Dios, miremos también á los prójimos como á cosas de Dios, no mirando en ellos otra razón humana más que ser hijos de Dios y encomendados por él. Porque por esto dicen los doctores que la caridad es una sola virtud y hábito que tiene dos actos, que son amor de Dios y del prójimo por amor de Dios. Y así como es virtud teologal cuando mira á Dios en lo uno, así también lo es en lo otro. ¡Oh cuán pura y casta será el ánima que aquí llegare, y que desta manera y con esta simplicidad amare sus prójimos! La que tal es, no se distrae con el servicio dellos ni con la cura de los enfermos, porque no mira los enfermos como á enfermos, sino como á Dios, que está en ellos, por cuyo solo amor hace lo que hace.

Mas sobre todo esto conviene mirar particularmente por la pureza de intención que se debe tener en este sancto ejercicio con que se busca el amor de Dios, que es cosa que importa mucho para el bien deste negocio. Mas désta trataremos abajo en su proprio lugar.

DE LA PUREZA Y GUARDA DEL CORAZÓN

CAPÍTULO XIII

TRAS de la pureza de la intención se sigue la pureza y guarda del corazón, que es el principal medio que señalan los sanctos para alcanzar el amor de Dios. Á esta pureza principalmente pertenece limpiar el ánima de todo género de pecados y de todas las ocasiones y raíces dellos, que son, amor desordenado de sí mismo, propria voluntad, pasiones y malas inclinaciones: de lo cual todo se trató en el principio deste libro.

Mas á esta primera pureza (que es como esencial) se añade otra como accidental, aunque también necesaria para este propósito, que es pureza no sólo de todos los pecados, sino también de todos los cuidados demasiados y de todas las afecciones y pensamientos terrenos. Porque de todo esto ha de estar vacío y limpio el corazón que ha de estar lleno de Dios. Porque como nuestro entendimiento sea tan limitado que no pueda en un mismo instante entender muchas cosas juntas (como hace el entendimiento divino necesaria cosa es que si queremos que en todo tiempo esté ocupado en Dios, le vaciemos de todo lo que no es Dios ó por Dios. Y pues en la tierra que sembramos trigo, no sembramos en medio otra semilla (porque no ahogue la una á la otra) así en el corazón donde queremos que more siempre Dios, no habemos de consentir que caiga otra semilla fuera de Dios. Haga cuenta que él es un templo vivo de Dios (como á la verdad lo es) y de la manera que este lugar está cerrado á todos los tratos y negocios terrenos y profanos, por ser lugar diputado para Dios, así piense también que lo es su corazón, porque con este presupuesto estará él más limpio y más guardado.

Para lo cual conviene primeramente poner guarda en todos los sentidos. Porque así como los que quieren guardar una casa ó una viña, ponen guardas en todas las puertas y entraderos della, así los que quieren guardar su ánima limpia de todos los pensamientos y figuras terrenas, deben poner diligente guarda

en todas estas puertas, porque por aquí suelen entrar todas estas imágines y figuras, pues es común sentencia de filósofos que ninguna cosa hay en el entendimiento que no haya entrado primero por las puertas destos sentidos. Y por esto cuando quiso Dios hablar con Moisén en el monte Sinaí, cubrió primero todo aquel lugar con una niebla muy espesa, donde los ojos del Profeta ninguna cosa veían: y entrando él en esta niebla, se puso á hablar con Dios. Por tanto el que quisiere alcanzar la perfecta pureza del corazón, asiente consigo esta ley general, que no tenga ojos, ni oídos, ni lengua más que para solo Dios y para las cosas de su servicio, y trabaje por dar de mano á todo aquello que para esto no le sirve.

Y cuando alguna vez le fuere necesario oir ó tratar cosas del mundo, óyalas (como dicen) á media rienda, sin dejar pegar el corazón á ellas, por que no se le impriman las imágines dellas, y después se le pongan delante cuando quisiere tratar con Dios. Y si esto le parece mucho, acuérdese que siempre han de ser mayores los propósitos y los deseos que las obras: y por tanto el propósito ha de ser éste, y la obra llegue donde más pudiere. Ni aun es esto tan imposible que no hayamos visto algunas personas que teniendo el apetito muy vivo para las cosas de Dios, lo tenían tan mortificado á las del mundo, que oyendo hablar dellas, se dormían, de la manera que otros se duermen en oyendo predicar ó hablar de Dios. Y aun otros habemos visto, cuyos corazones estaban tan afijados en Dios con los clavos de la caridad, que les era menester hacerse fuerza para desviar el corazón desta suavidad celestial, y aplicarlo á oir y tratar negocios humanos.

Conviene también para esto mismo no entregar nuestro corazón á las afecciones y cuidados de las cosas terrenas, pues es cierto que donde está el cuidado y la afección, ahí está el corazón y la imaginación con tan fuerte impresión, que apenas puede el hombre dejar de pensar en lo que así tiene preso su corazón: y así no está hábil para ocuparse en Dios, por tener ocupada la casa con otros huéspedes.

Mas aquí es mucho de notar que esta guarda y recogimiento del corazón á los principios no se puede conservar sin grande fuerza y trabajo. Porque la imaginación (que como bestia salvaje está acostumbrada á correr y andar por donde quiere) no puede

tan presto domesticarse y reconoscer un lugar y pesebre cierto adonde huelgue de estar, hasta habituarse á esto. Por lo cual conviene mucho (como aconseja S. Dionisio) prender con una fuerte cadena nuestros sentidos y pensamientos, para que no anden baldíos por do quisieren, y mucho menos por los vedados, aferrándola fuertemente con duros clavos y prisiones al pie de la cruz.

Mas porque desta materia está ya en parte dicho algo, al presente no haré más de advertir que para esta soledad y recogimiento interior ayuda mucho la exterior, procurando el hombre excusar (cuanto le sea posible) todas las conversaciones, visitaciones, pláticas y cumplimientos de mundo (cuando no fueren por Dios) donde se pierde tanto tiempo, y donde tantas veces se desmanda la lengua, y el ánima vuelve á casa llena de tantas imágines y figuras, que cuando quiere recogerse, no puede sino con trabajo y dificultad, y así viene á quejarse con el Profeta, diciendo que no hallaba su corazón cuando lo buscaba. Ni debe hacer mucho caso de algunas quejas humanas que sobre esto puede haber, porque si á esto miramos, toda la vida se nos irá en visitaciones y cumplimientos, y así nunca tendremos tiempo para lo que más importa.

DE LA PAZ Y QUIETUD INTERIOR DEL ÁNIMA

CAPÍTULO XIV

Después de la pureza del corazón se sigue la paz y quietud del corazón, no menos necesaria para nuestro propósito que lo demás. Éste es uno de los principales fructos del Espíritu Sancto, como dice el Apóstol (1), y es también fructo de la justicia, como dice Isaías (2), y es muy gran parte del reino de Dios, que está dentro de nos, que es, como dice el mismo Apóstol (3), justicia, y paz, y alegría en el Espíritu Sancto, y es finalmente la que apareja lugar para Dios,

(1) Galat. 5. (2) Isaí. 32. (3) Rom. 14.

como dice el Psalmo (1): *In pace factus est locus ejus.* Por dónde se dice de aquella sabiduría celestial que en todas las cosas buscó quietud y reposo, porque éste es el lugar donde ella descansa (2). Lo cual entendieron hasta los filósofos gentiles, pues todos confiesan que nuestra ánima se hace sabia cuando está quieta: conviene saber, cuando las pasiones y apetitos sensuales están mortificados y quietos, porque en este tiempo no hay pasiones vehementes que con sus desordenados movimientos perturben la paz del ánima y cieguen el ojo de la razón, como ellas lo hacen cuando están alteradas. Porque como sea proprio de la pasión cegar la razón y diminuir la libertad de nuestro albedrío, sosegadas éstas, el entendimiento queda claro para conoscer lo bueno, y la voluntad libre para abrazarlo, y así viene el hombre á hacerse sabio y virtuoso.

Pues el que desea que su ánima sea tálamo y silla desta sabiduría, trabaje por alcanzar y conservar esta paz, y (como dice el Profeta) no solamente la siga, mas también la persiga hasta la alcanzar (3).

Y pues arriba dijimos que esta paz era fructo de justicia, necesariamente ha de proceder de obras de justicia, y éstas nos conviene averiguar diligentemente cuáles sean.

Hallamos pues que esta paz procede primeramente de la victoria y mortificación de las pasiones (de que arriba tratamos, y de que muchas veces hacemos mención) porque ésta señaladamente sirve á esta paz. Porque lo que son los vientos en la mar, son estas pasiones en nuestro corazón, que así lo alteran y desasosiegan con sus apasionados apetitos y movimientos. Y señaladamente hace esto la ira, enemiga de la paz y perturbadora della, y así ella es la que más nos desasosiega, inquieta y hace perder la tranquilidad y sosiego del ánima, cuando se desmanda. Lo mismo hace también la propria voluntad, que cuanto más inclinada está á una cosa, tanto más se turba y desasosiega, cuando se le impide lo que desea. Y esto mismo hacen todos nuestros apetitos y deseos, cuando son muy encendidos, porque así como el alegría nasce de alcanzar lo que deseamos, así la tristeza y turbación de no alcanzarlo, y lo uno y lo otro es viento que revuelve el mar de nuestro corazón. De dónde nasce que los hombres que hierven

(1) Psalm. 75. (2) Eccli. 24. (3) Psalm. 33.

con muchos y varios deseos de diversas cosas, necesariamente han de tener dentro de sí mismos materia de infinitas turbaciones y desasosiegos. Por lo cual dijo el Profeta que el corazón del malo era como el mar cuando anda desasosegado con tormenta (1).

Y no menos son materia de turbación cualesquier afecciones desordenadasde criaturas, porque donde está la afección, ahí está el corazón subjecto á todas las mudanzas que padesce esta misma criatura. Sabida cosa es que de la parte de nuestra ánima que llaman concupiscible (de donde proceden las afecciones y deseos de las cosas humanas) nasce la irascible, que es madre de todas las turbaciones. Y por tanto, quien quisiere carecer de las perturbaciones de la segunda, trabaje por cortar las raíces de la primera.

La segunda cosa que sirve para conservar esta paz es aquella pureza de intención que arriba dijimos, la cual pone los ojos en solo el beneplácito de la divina voluntad, sin enlazarse en el suceso y fructo de lo que pretende, porque desta manera no se turba cuando sin culpa suya se impiden sus buenos propósitos é intentos, mayormente sabiendo que aquél que conosce los corazones, aceptará su buena voluntad: y así no por eso se turba ni pierde su paz, como en el capítulo precedente se declaró.

La tercera cosa que también ayuda grandemente para esto, es aquella perfectísima obediencia y conformidad con la divina voluntad, de que arriba tratamos: la cual con igual corazón toma todo lo que viene de la mano de Dios, sea próspero, sea adverso. Porque quien así estuviere perfectamente subjecto y rendido á esta voluntad, no se turba con cosa que le suceda, porque todo lo toma como venido de arriba. Por lo cual dice el Sabio (2): No entristecerá al justo cosa que le acaesca. Y en otro lugar (3): El justo permanece en su sabiduría sin mudarse, como el sol, mas el loco con cualquier acaescimiento se altera y muda, como la luna.

La cuarta cosa que muy especialmente ayuda á conservar esta paz, es una familiar y filial confianza que los justos tienen en Dios (de que trataremos adelante) la cual en algunos es tan grande, que no hay hijo en el mundo que esté en todas las necesidades tan confiado en la protección de su padre, cuanto ellos lo

(1) Isai. 57. (2) Prov. 12. (3) Eccli. 27.

están en la de Dios, porque saben que no hay padre en la tierra que merezca nombre de padre, comparado con él, y saben que este padre tiene contados todos los huesos de su cuerpo, y aun todos los cabellos de su cabeza, y que ni uno solo les será quitado sin su disposición y voluntad. Saben esto y otras cosas tales por fe, y sábenlas también por experiencia de particulares favores, providencias y regalos que han recebido dél, con la cual viven tan confiados y se tienen por tan proveídos en todas sus necesidades, que cantan dulcemente con el Profeta, diciendo (1): El Señor me rige y es mi pastor, y por esto ninguna cosa me puede faltar. Y más abajo (2): Si anduviere (dice él) en medio de la sombra de la muerte, no temeré mal alguno, porque tú, Señor, estás conmigo. Estas promesas se repiten á cada paso en mil lugares de la Escritura divina, con cuya verdad está cercado el justo como con un escudo fortísimo, y así no se turba ni altera con los acaescimientos desta vida, porque todo lo que le quitaren por una parte confía que Dios se lo volverá por otra en cosa que más le valga.

Pues desta manera (como dice Isaías) (3) reposan los hijos de Dios en una hermosísima paz, y en los tabernáculos de la confianza, y en un descanso cumplido, donde todo se halla en aquél que es todas las cosas. Donde juntó muy bien el Profeta la paz con la confianza, porque de lo uno se sigue lo otro, esto es, de la confianza la paz, porque quien está muy confiado en Dios no tiene que temer ni que turbarse, pues tiene á Dios por valedor y proveedor.

Estas cuatro cosas nos ayudarán á conservar esta paz, que es como un silencio interior del ánima, donde estando calladas y quietas las pasiones, duerme dulcemente aquel Esposo celestial. Y el que sobre estas cuatro columnas asentare esta virtud, tenga por cierto que la tiene bien fundada. Y por esto dijimos que esta paz era fruto de justicia, porque así como de todos los beneficios que se hacen á un árbol, procede el fruto dél, así de todas las virtudes, y señaladamente destas cuatro, resulta esta hermosísima paz y tranquilidad del ánima, que es (como dijimos) lugar proprio de Dios y una como imagen de aquella eterna felicidad. Y por esto señaladamente se cuenta entre aquellas ocho bien-

(1) Psalm. 22. (2) Ibidem. (3) Isai. 42.

aventuranzas del Evangelio, donde se dice (1): Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Donde por pacíficos no solamente se entienden los que tienen paz con sus prójimos, sino mucho más los que la tienen con Dios y consigo mismos, cuando rendidas y domadas las pasiones, reina Dios pacíficamente y sin contradición en nuestras ánimas. Por dó parece que así como dicen los médicos que de la templanza y proporción de las cuatro primeras cualidades resulta la sanidad del cuerpo humano, así de la moderación y templanza de las pasiones de nuestra ánima resulta esta hermosísima paz.

DE LA VIRTUD DE LA HUMILDAD

CAPÍTULO XV

Aunque este libro principalmente trata del amor de Dios, no se puede dejar de tocar en otras virtudes que señaladamente ayudan á alcanzar este amor. Entre las cuales no tiene el postrer lugar la humildad, que es fundamento de todas las virtudes y aparejo para recebir todas las gracias. Lo cual nos enseñan todas las Escrituras así del viejo como del nuevo Testamento, que prometen estas gracias, unas veces á los humildes, otras á los pequeñuelos, otras á los pobres de espíritu (llamando por estos y por otros tales nombres á los verdaderos humildes) diciendo que Dios resiste á los soberbios, y que á los humildes da su gracia (2). La razón desto es, porque el verdadero humilde, cuanto más se conosce, tanto más se encoge, y se humilla, y desconfía de sí, y de aquí toma motivo para poner toda su confianza en Dios, con lo cual se dispone y da lugar para que obre en él. Y por la misma razón se dice que la humildad es fundamiento de todas las virtudes y de todo el edificio espiritual, porque para fundar bien una casa es necesario abrir primero los cimientos, y echar fuera todo lo movedizo, hasta llegar á lo firme,

(1) Matth. 5. (2) Jacob. 4.

para edificar sobre ello. Pues esto pertenesce á la humildad, la cual echa fuera todo lo movedizo (que es la flaqueza de las fuerzas humanas) y funda sobre Dios, que es la piedra firme, sobre la cual está seguro el edificio. Digo esto, porque algunos hay que deseando aprovechar en el camino de las virtudes, tácitamente y casi sin sentirlo presumen y confían en sí mismos, unos en la delicadeza de su ingenio, otros en su buena condición, otros en sus letras y sabiduría, otros en su buen natural, otros en su casta y nobleza, otros en los maestros con que han aprendido, otros en la buena compañía con que han tratado, y otros en la buena criación que han tenido, paresciéndoles que estas cosas los harán más excelentes en el estudio de la virtud, que los otros que destas partes carescen. Verdad es que todas estas cosas, cada cual en su manera, ayudan á la virtud, mas sin la gracia todo esto es humo. Por dónde los que por estas cosas presumen de sí más que los otros, y se prometen mayores cosas que ellos, sepan que edifican sobre arena, porque todo esto es movedizo y en comparación de la divina gracia es como nada. Y por tanto quien quiere que su edificio sea firme, no confíe en esto movedizo, sino funde sobre solo Dios, que es aquella piedra angular que dice el Apóstol, sobre quien se funda este espiritual edificio (2). Lo cual pertenesce á las virtudes de la humildad y de la confianza, la una de las cuales desconfía de sí, y la otra confía en Dios, y así una y otra fundan este edificio y dan lugar á Dios para que more y obre en él.

Y para que mejor esto se entienda, es de saber que por parte de Dios no tienen límite sus gracias y misericordias, porque así como él es infinitamente bueno, así es infinitamente dadivoso y comunicativo de sí mismo y de sus cosas. Y si en este grado no se comunica, no es por falta suya, sino del vaso, que no es capaz de más. De manera que su misericordia es como aquel olio de la viuda del profeta Eliseo, el cual nunca dejó de correr, sino porque faltaron los vasos en que lo recebir (2). Pues tal es el olio de la divina misericordia, que por sí no se limita, sino por parte del subjecto á quien se comunica: el cual cuanto mayor lugar apareja para este sagrado olio, mayor cuantidad recibirá. Y si me preguntares con qué se apareja este lugar, respondo que con todas

(1) Ephes. 2. (2) IV Reg. 4.

las virtudes, mas especialmente con éstas que decimos, que son la humildad y confianza, porque con la una se vacía el hombre de sí mismo, desconfiando de sí, y con la otra atrae á sí á Dios, confiando en él: y desta manera la una y la otra le hacen la cama y aparejan este lugar.

Pues para alcanzar perfectamente la primera destas dos virtudes, que es la humildad, es necesario alcanzar todos los grados della. Los cuales aunque diversos doctores pongan de diversas maneras, pero aquí señalaremos seis muy principales. Entre los cuales el primero es conoscer el hombre que todo lo bueno que hay en él (si algo hay) es de Dios. Porque así como todos los bienes de naturaleza que tenemos, son suyos, así también lo son los de gracia: y tanto más éstos, cuanto son mayores. Por dónde así como nadie puede dar un paso ni hacer una obra natural sin el concurso de la primera causa, que es Dios, así tampoco puede hacer obra sobrenatural (que es obra de gracia) sin que obre juntamente con él la primera causa sobrenatural, que es el mismo Dios. De donde se infiere que así todo lo gratuito como lo natural se ha de referir á su misma fuente, que es Dios, de quien todo bien procede, y mucho más lo que es mayor bien. Por dónde se ve claro cuán locos son los que atribuyendo á Dios las obras de naturaleza, atribuyen á sí las obras de la gracia, siendo éstas sin comparación más excelentes, tomando para sí lo que es más, y dejando á Dios lo menos.

Entienda pues el hombre que así como no puede decir, este cabello es mío, porque yo lo hice sin Dios, así tampoco puede decir, esta buena obra es mía, porque yo la hice sin él. Esto nos enseña el Maestro del cielo por una muy propria comparación, diciendo (1): Así como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no está uñido con la vid, así nadie puede hacer obra meritoria por sí mismo, si no estuviere uñido conmigo, porque sin mí ninguna cosa podéis hacer. Es también doctrina muchas veces repetida de S. Pablo, el cual dice en sus Epístolas (2) que ni obrar, ni hablar, ni desear, ni pensar, ni comenzar, ni acabar podemos cosa que sirva para nuestra salvación, sin Dios, de quien toda nuestra suficiencia procede. Por tanto, hermano mío, todas cuantas veces en ti sintieres cualquier buen deseo, cual-

(1) Joan. 15. (2) II Cor. 3.

quier buen propósito, cualquier gemido ó pensamiento bueno, ten por cierto que esto procede de un especial tocamiento de Dios, que te quiere salvar, y te mueve á bien obrar, y así lo debes reconoscer y agradescer á cuyo es. Y no se contente el verdadero humilde con tener este conoscimiento especulativo, sino conviene que esté tan resoluto en esta verdad, como si la viese con los ojos, y palpase con las manos. Este primer grado de humildad (entre otros provechos) hace al hombre por una parte agradecido, y por otra devoto: lo primero, por lo que ha recebido, y lo segundo, por lo que ve que le falta. Y ármalo también contra el espíritu de la vanagloria y de las alabanzas humanas de tal manera que muchas veces cuando las oye, no le parece que hablan con él, sino con otro á quien aquellas alabanzas pertenecen, que es Dios.

§ II

El segundo grado de humildad es conoscer el hombre que eso que tiene de Dios (si algo tiene) no lo ganó por sola su lanza, sino por la gracia y misericordia divina. Porque algunos hay que fundados en el primer grado ya dicho, conoscen que lo que tienen es de Dios, pero dentro de sí tienen una tácita persuasión, con la cual creen que todo eso alcanzaron por sus trabajos y merescimientos, como sea verdad que esos mismos merescimientos no menos sean gracia de Dios que lo que por ellos se alcanza, pues está ya dicho que ni un solo pensamiento ni deseo bueno podemos tener que no sea de Dios. Y demás desto, ese mismo valor y merescimiento de nuestras obras no le tienen ellas de sí, sino de la gracia con que se hacen, la cual también es dádiva de Dios. Porque así como el valor que tiene la moneda, no lo tiene de suyo, sino del cuño con que se labra, así el mérito de nuestras obras no nasce de sola la substancia dellas, sino de la divina gracia, que les da ese valor: y así cuando por ellas se nos da algo, siempre se da una gracia por otra gracia, así como si un amigo os diese cien ducados, y después os diese un caballo por ellos, esto sería juntamente compra y gracia, lo uno, por lo que vos dais, y lo otro, por lo que os dan. Y ambas cosas significó el

profeta Isaías cuando dijo (1): Venid y comprad sin dinero y sin alguna otra mercaduría leche y vino, que son manjar de principiantes y de perfectos. En las cuales palabras, mandándonos comprar, significó nuestra industria, y excluyendo el dinero y la mercaduría, manifestó la gracia. Lo cual todo nos declara cómo no tiene el hombre en sí de qué se gloriar, paresciéndole que por sí tiene lo que tiene, antes debe con mucha razón pensar que de sí tiene infinitos pecados con que ha merecido otros tantos infiernos, y esto es de su cosecha. Todo lo demás, si algo es, ajeno es, y dado de gracia, pues el mismo merescimiento también es gracia.

§ III

Mas no bastan estas dos cosas para que uno sea verdadero humilde. Porque muchos hay que conosciendo que todo lo bueno es de Dios y dado por gracia, todavía piensan que tienen más de lo que tienen, ó que tienen más que sus vecinos, paresciéndoles que en sola su casa amanesce, y no en las de los otros, creyendo que están más desengañados que los otros, ó tienen más luz, más espíritu, más discreción y más virtud que ellos, y finalmente están muy llenos de sí mismos y de su propria estimación. Y esto algunas veces les hace creer el enemigo tan de callada y por una mina tan secreta, que muchas veces los mismos que padescen el engaño, no lo entienden, antes les paresce lo contrario.

En este grado de soberbia estaba aquel fariseo del Evangelio (2), el cual daba gracias á Dios porque no era él como los otros hombres. Porque en decir que daba gracias á Dios, paresce que reconoscía ser de Dios todo lo que había recebido, lo cual pertenesce al primer grado de la humildad: mas faltaba al tercero, pues creía de sí que tenía lo que no tenía, y que era por esto mejor que todos los otros. Y en el mismo engaño estaba aquel miserable á quien mandó Dios decir en el Apocalipsi (3): Dices que eres rico y que de nada tienes necesidad, y no entiendes que eres miserable, pobre, ciego y desnudo. Tales son por cierto los que presumen de sí y piensan que son algo, porque por el mismo

(1) Isai. 55. (2) Luc. 18. (3) Apoc. 3.

caso que esto piensan, merescen ser desposeídos de todo, pues ningún argumento hay más cierto para creer que uno es nada, que pensar de sí que es algo.

Pues para remedio desto se añade el tercer grado de humildad, al cual pertenesce que teniendo el hombre los ojos abiertos para ver las virtudes ajenas, sea ciego para ver las suyas, y así viva siempre con un sancto temor, con el cual están ellas más seguras. Porque aunque la hacienda temporal esté más segura cuando en más la estimáis y conoscéis, mas la espiritual por el contrario, tanto está mejor guardada, cuanto es menos conoscida.

Y por esta misma causa muchas veces este mismo Señor permite que los suyos padescan grandes y viles tentaciones del enemigo, porque con esta manera de lastre camina el navío más seguro. Por lo cual permite que tengan dentro de sí muchas cosas que mirar, con que deshagan la rueda de la vanidad.

§ IV

Á este grado se añade el cuarto: porque no basta que el hombre conosca cuán pobre está de los verdaderos bienes, sino es necesario que conosca también cuán abastado está de verdaderos males: esto es, cuán lleno de amor proprio, de propria voluntad y de su proprio parecer, cuán vivas tiene todavía sus pasiones, y cuán enteras sus malas inclinaciones, cuán inconstante es en los buenos propósitos, y cuán fácil en la lengua, cuán descuidado en la guarda del corazón, y cuán amigo de su interese proprio y de cumplir sus apetitos, y así otras cosas desta cualidad. Conoscer esto es la más alta sciencia de cuantas hay en el mundo, y de mayor provecho, porque las otras sciencias (como dice el Apóstol) envanescen, mas sola ésta humilla (1). Verdad es que no basta para este conoscimiento solo nuestro ejercicio, sino es también necesaria lumbre del cielo, para que no impida la vista de nosotros mismos la niebla del amor proprio, que es muy ciego juez de quien lo tiene. Porque si es sospechoso por las leyes el juez amigo de la parte, ¿cuánto más lo será el hombre en su propria

(1) I Cor. 8.

causa, siendo tan amigo de sí mismo? Pues por esto debe pedir á Dios esta luz, y pedirla con la instancia que la pedía el humilde Sant Francisco, el cual repetía muchas veces estas palabras en la oración: Dios mío, conóscate á ti, y conóscame á mí.

§ V

Y no se contente con tenerse por tan pobre y tan pecador, mas no descanse hasta tenerse por el más vil de todos los pecadores, que es otro grado más adelante: porque (como dice un doctor) ninguna cosa te perjudicará ponerte debajo de los pies de todos, y puede hacerte daño anteponerte á solo uno. Para lo cual no veo otro mejor medio que el que usaba este mismo sancto, el cual como se reputase en su corazón y en sus palabras por el mayor de todos los pecadores, preguntado cómo podía él sustentar la verdad desta opinión, respondió que verdaderamente conoscía que si Dios levantase su mano dél, sería el peor de todos los hombres, y si por el contrario la diese al mayor de todos los pecadores como la dió á él, sería mejor que él. Y para este grado ayuda mucho considerar el hombre la muchedumbre de los beneficios que de nuestro Señor ha recebido, y de los aparejos que tiene para servirle, y juzgar de sí que no responde á lo uno ni á lo otro, ni emplea como debe los talentos y ayudas que este Señor le dió para acrescentar el caudal de las virtudes. Porque ésta es una de las consideraciones con que más se humillan los grandes sanctos, conosciendo que no sólo les han de pedir cuenta de los pecados cometidos, sino también de los beneficios recebidos, si fueron mal empleados.

Y para lo mismo ayuda también considerar las virtudes excelentes y la pureza de vida de los sanctos que agora están en el cielo, y de algunos grandes siervos de Dios que viven en la tierra (porque mientra el mundo fuere mundo, nunca han de faltar en la Iglesia personas en quien more y obre el Espíritu Sancto) y con la comparación de la pureza déstos humillarse y encogerse, viendo cuán lejos está de llegar á este grado de virtud y simplicidad. La cual consideración tanto más le aprovechará, cuanto más estimare las virtudes ajenas y despreciare las suyas, lo cual

hacía el bienaventurado Sant Bernardo, de quien se escribe que siendo grande en los ojos de todos los otros, en solos los suyos era vil.

§ VI

Todos estos grados pertenescen á la humildad interior del corazón: á los cuales se debe añadir el sexto, que es de la humildad exterior, la cual ha de proceder de la interior. Porque la verdadera humildad del corazón no sólo es conoscimiento de sí mismo, sino desprecio de sí mismo, y este desprecio pertenesce que tal se muestra el hombre por de fuera, cual se estima de dentro: quiero decir, que así como se desprecia interiormente en sus mismos ojos, y se tiene por indigno de toda honra, así sea el tratamiento, el hábito, el servicio, el aparato, y la compañía, y todo lo demás, que diga con esto. Desprecie los vanos títulos, asiéntese (como el Señor dice (1) en el lugar más bajo, no se desprecie de tratar con humildes, huelgue con los oficios humildes, acordándose que el Hijo de Dios vino á este mundo á servir y no á ser servido, y que la última manda que nos dejó en su Testamento al tiempo de la despedida, fué lavar los pies unos á otros(2), y que procure en este mundo ser menor el que quisiere en su reino ser mayor. Mas todo esto se entiende conforme á las reglas de discreción y prudencia, guardado el decoro que se debe á la dignidad de la persona y á la autoridad del oficio, cumpliendo siempre con todo esto, é inclinándose más á la humildad y bajeza que á la alteza, por ser esto más seguro y más contrario á la vanidad de nuestro corazón. Este postrer grado de la humildad exterior, aunque nasce de la interior (como dijimos) todavía acrescienta esa misma fuente de donde nasce, y así la una cosa se ayuda á la otra. Por lo cual dice S. Bernardo que la humiliación es camino y medio para la humildad, como la paciencia para la paz. Por tanto, si quieres (dice él) alcanzar la humildad, no huyas de los ejercicios de la humiliación, porque si no te quieres abajar y humillar, no alcanzarás la virtud de la humildad. Y aunque este abatimiento sea de gran precio en todo género de

(1) Luc. 14. (2) Joan. 13.

personas, pero mucho más lo es en las altas y generosas. Por lo cual dijo S. Bernardo: Puesto el hombre en lugar alto, no tener pensamientos altos, sino conversar con los humildes, cosa es muy agradable á Dios y á los hombres. Ésta es pues la filosofía y la policía de la escuela y república de Cristo, que es contraria á los nortes y filosofía del mundo.

§ VII

Pues por estos seis grados subiremos al trono del verdadero Salomón, que es la virtud de la humildad, donde está asentado este rey pacífico, como Sant Augustín lo significó por estas palabras: Notad, hermanos, este gran milagro. Alto es Dios, y si te levantas, huye de ti, y si te humillas, viene á ti. Pero muy más claro testimonio es el del profeta Isaías (1), que después de engrandescida la casa de la eternidad, donde mora Dios, le da otra casa muy pequeña, que es el corazón del humilde. Porque el que esta virtud tiene, ya tiene la silla aparejada para Dios y para todas las virtudes. Este tal no será amigo de su proprio parecer, no será porfiado ni intratable: siempre juzgará y condenará á sí mismo, y no los hechos de sus prójimos, porque la verdadera humildad no ve los defectos ajenos, sino los suyos. El verdadero humilde siempre desea ser despreciado, y (como dice Sant Bernardo) no quiere parecer humilde, sino vil. A todos se subjecta, á todos obedesce, á todos honra, á nadie reprehende indebidamente, no se aíra, no usa de palabras ni de movimientos ni de gestos que tengan imagen de hipocrisía, no escudriña con curiosidad los secretos de Dios, no desea ver señales ni pruebas de su bondad, no es doblado ni malicioso, no confía en sí ni en sus obras, por buenas que parescan, sino toda su esperanza pone en Dios. Las palabras, los meneos y el aspecto del verdadero humilde es manso, devoto, dulce, benigno y gracioso. Todas estas virtudes y frutos trae consigo la verdadera humildad, que para todas las cosas aprovecha. ¡Oh poderosa virtud, que así levantas á los caídos, y enriqueces los pobres, curas los enfermos, y alumbras los ciegos! Tú haces que conversando el hombre en la tierra,

(1) Isa. 66.

sea poseedor del cielo, y del abismo de los pecados le pones en las puertas del paraíso. El deseo que el Señor tuvo de que fuésemos sus amadores, le trajo del cielo á la tierra, y del seno del Padre á las entrañas de la Madre, y ponerlo en un estrecho pesebre, y después en una cruz. Entonces pudo hacer de Dios hombre, y agora puede hacer del hombre Dios.

Pues esta tan fructuosa virtud no es menos debida á Dios que la caridad, porque así como la caridad se debe á Dios por razón de su infinita bondad, así también la humildad y reverencia por su infinita majestad. La una de las cuales pide que le amemos con infinito amor (si éste nos fuese posible) y la otra, que le honremos y nos humillemos ante él con infinita reverencia. Mas porque esto no cabe en nosotros, á lo menos conviene que nos derribemos en el más profundo abismo que nos sea posible, ante su divina Majestad.

SÍGUESE UN MUY DEVOTO EJERCICIO DEL CONOSCIMIENTO Y DESPRECIO DE SÍ MISMO

CAPÍTULO XVI

Como la humildad y caridad sean tanta parte en el edificio espiritual de las virtudes (la una de las cuales es como fundamento, y la otra como la cumbre deste edificio) éstas principalmente debe el siervo de Dios procurar. Por dónde así como para alcanzar la virtud de la caridad ponemos adelante sus consideraciones y oraciones que nos enciendan en amor de nuestro Criador, así también será razón usar aquí de los mismos medios para movernos al desprecio de nosotros mismos, en el cual consiste la humildad. Este ejercicio, para que fuese más bien recebido y estimado, tomé del bienaventurado Sant Bernardo (1), gran maestro de la vida espiritual, el cual tratando esta materia, dice así.

Muchas son las sciencias inventadas por los hombres; mas

(1) Bernardo: *De interiori domo.*

ninguna es más fructuosa que el conoscimiento de sí mismo. Porque más cierto camino es para conoscer á Dios el humilde conoscimiento de sí mismo, que el profundo ejercicio de todas las sciencias. Y en otro lugar, prosiguiendo más á la larga esta materia, dice así: Aquél solo está dispuesto para gustar el sabor de la dulcedumbre espiritual, y el silencio de la quietud interior, y la gracia de la dulce contemplación, que mucho tiempo se ha ejercitado en el conoscimiento de sí mismo. Porque en vano levanta los ojos del corazón para ver á Dios el que aún no está dispuesto para ver á sí. Porque primero es necesario que conoscas las cosas invisibles de tu espíritu, que subas á conoscer las invisibles de Dios. Y si no puedes conoscer á ti, no presumas alcanzar lo que está sobre ti. Porque el más conveniente espejo que hay para ver á Dios, es el ánima racional, después de haber halládose á sí. Porque si las cosas invisibles de Dios se conoscen por sus criaturas, ¿cuánto mejor se conoscerán por su propria imagen, si estuviere pura y limpia? Por tanto, hermano, alimpia ese espejo tuyo, si quieres ver al Señor tuyo. Por lo cual el verdadero penitente jamás cesa de mirar y alimpiar, tener y guardar este espejo, como es razón. Primeramente míralo, para ver en sí si hay alguna cosa en él que desagrade á los ojos de Dios, porque ninguna ofensa, por pequeña que sea, le parece tolerable, ora sea en obras, ó en palabras, ó pensamiento: y lo que así halla, luego lo limpia con dolor y compunción. Y después desto trabaja por tenerlo derecho, porque no se le incline hacia la tierra por amor, y se le ensucie con el polvo de los vanos pensamientos. Y esto hecho, guárdalo, para que cuando aquél cuyos deleites son con los hijos de los hombres, llamare á la puerta y quisiere entrar, halle la casa aparejada y limpia.

Y más abajo en el mismo libro dice así: Alimpiado pues y mirado muy bien este espejo, comienza á resplandescer en el ánima una claridad de la divina lumbre, y á descubrírsele un maravilloso rayo de una desacostumbrada luz, con cuya vista inflamado el hombre, comienza con ojos claros á ver las cosas soberanas y eternas, y allegarse á Dios, y á mirar todas las cosas que son como si no fuesen, y á renunciar todas sus afecciones, y emplearse todo en solo el amor de su Criador. Mas á tanta gloria no llega el ánima por sola su industria, sino por la gracia y misericordia de Dios. Mas con todo esto es cierto que tal gracia recibe

el que dejando los cuidados del siglo, toma cuidado de sí mismo, y trabaja muy á menudo por pensar en sí y conoscer lo que es, considerando y examinando diligentemente de dónde viene y á dónde va, cómo vive, qué hace, qué deja de hacer, cuánto cada día aprovecha ó desaprovecha, qué pensamientos le molestan más, qué aficiones más le fatigan, y qué género de tentaciones más fuertemente le combaten. Pues deste conoscimiento de quién eres y quién habías de ser, subirás á la contemplación de Dios. Y cuanto aprovechares más en este conoscimiento, tanto subirás más alto. Hasta aquí son palabras de Sant Bernardo. Y pues por ellas habemos visto ya el fruto deste ejercicio, veamos agora de la manera que se debe hacer, presuponiendo primero este general aviso, que guardándonos de las blasfemias de los herejes, que nos quitan el libre albedrío y dicen que todo cuanto hacemos es pecado (que son grandes blasfemias) todo cuanto sea posible nos humillemos y despreciemos, porque aun con todo eso no llegaremos á lo profundo de nuestra miseria. Porque pues el hombre no tiene de su cosecha más que nada y pecado, ¿quién podrá tanto humillarse, que se abaje tanto cuanto estos dos títulos merecen? Esta manera de examen y ejercicio platica divinamente el mismo S. Bernardo en el mismo lugar, donde dice así (1): ¡Ay de mí, que me turba la ira, que me despedaza la envidia, que me envanece la soberbia! No guardé los mandamientos de mis mayores, sino antes me hice juez dellos, y siendo reprehendido de mis culpas, fuí rebelde, ó murmuré de quien me reprehendía. Deseé desvergonzadamente ser preferido á los mejores que yo, escarnescí de la simplicidad de los espirituales hermanos, y engrandescí mis opiniones y pareceres porfiadamente: no guardé reverencia en mis servicios, ni templanza en mis palabras: tuve pertinacia en mi intención, dureza en mi corazón, jactancia en mi razonamiento. Fuí inconstante en mis determinaciones, liviano en la lengua, mordedor en los donaires, perezoso para lo bueno, duro para el servicio, prompto y lisonjero para hablar, fastidioso para oir, y presumptuoso para enseñar. Si me tocan con una liviana injuria, luego ardo y me desasosiego con pensamientos, peleo con los ausentes, y dentro de mí mismo les digo injurias, y lo que peor es, que aunque nadie me contradiga, yo estoy soñando peleas, y

(1) Bernardo, ubi supra.

pienso que me puede reprehender aquél ó el otro, y busco qué le responda y cómo me vengue dél, y así estoy peleando con las sombras. Muchas veces comí y bebí, no para servir á la necesidad, sino para satisfacer al deleite: y lo que para la necesidad bastaba, no bastaba para el deleite, y so color de necesidad caí en el lazo del apetito. Muchas veces pensé en el comer y en el beber cuando no debía y donde no debía, y así me acaesció que en el día del ayuno comía con el deseo y pensamiento. Más fácilmente pongo los ojos en los vicios de los otros que en sus virtudes, y mirando los defectos ajenos, no veo los míos. Para mis culpas soy piadoso, y para las ajenas severo. Para hacer injurias soy fuerte, y para sufrirlas flaco. Para obedecer perezoso, y para molestar á los otros importuno.

Pues ¿qué diré de mi lengua? Esta parte de mi cuerpo me ha hecho más mal que todas las otras. Casi cada vez que hablo, miento, porque nunca refiero los dichos ó hechos que vi ó oí de la manera que los oí, sino unas cosas digo por otras, y muchas pongo de mi casa: alabo mucho, y vitupero mucho.

Mas sobre todo esto, ¿qué esperanza podré tener de la enmienda, pues ahí peco, donde me llego á buscar el remedio de mis pecados? Porque delante del altar no estoy con reverencia, y en el coro estoy con el cuerpo, y fuera dél con el espíritu, y muchas veces con las buenas obras que hago, me empeoro, porque tomando demasiado contentamiento dellas, vanamente me aseguro.

Pues ¡ay de mí, que cayendo en estas y otras muchas culpas, así como, y bebo, y duermo seguro como si ya hobiese pasado el día de la muerte y escapado del juicio y de los tormentos del infierno, y así juego, y río, y huelgo, como si ya estuviese triunfando en el reino del cielo! Pésame porque así he vivido, porque más quisiera no haber nascido, que ser tal cual veo que soy. Tengo vergüenza de vivir por lo poco que aprovecho, y temo de morir porque no estoy aparejado. Pero más quiero morir y encomendarme á la misericordia de Dios (pues es benigno y misericordioso) que escandalizar á nadie con mi mala conversación. Ciertamente bien pudiera, Señor, desesperar, si tu palabra no se hiciera carne y morara con nosotros: mas ya no oso desesperar, porque este Señor te fué obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, y enclavando allí el proceso de nuestros pecados, crucificó la muerte y el pecado. Hasta aquí son palabras y consideracio-

nes de Sant Bernardo, con las cuales no solamente nos enseña de la manera que nos habemos de conoscer y examinar nuestra vida, sino también nos da ejemplo y motivo para nos humillar. Porque pues un tan grande sancto desta manera se acusaba y reprehendía, ¿qué será razón hagamos nosotros, que tan lejos estamos desta tan gran pureza y sanctidad? Mas no basta nuestra diligencia para alcanzar esta virtud, si no es ayudada con el favor de la divina gracia, la cual debemos siempre pedir al Señor con ardientes deseos, y para esto podrá servir la siguiente oración.

ORACIÓN

PARA PEDIR Á NUESTRO SEÑOR LA VIRTUD DE LA HUMILDAD

CAPÍTULO XVII

SEÑOR mío, ¿quién sois vos, y quién soy yo? Vos sois Dios grande, Señor del cielo y de la tierra, Dios de los dioses, Rey de los reyes y Señor de los señores. Yo soy gusano y no hombre, oprobrio de los hombres y desecho del mundo. Vos sois suma bondad, suma dulzura, suma hermosura: vos gloria de los sanctos, tesoro riquísimo, verdadera luz, clarísimo resplandor, fuente de vida, vida de nuestras ánimas, lumbre del cielo y lumbre del mundo. Mas yo soy abismo tenebroso, tierra miserable, hijo de ira, vaso de injurias, engendrado en pecados y nascido en miserias: yo soy muladar sucio, lleno de hedor y de corrupción, enfermo, ciego, cojo, sordo, mudo, pobre para todas las cosas buenas y lleno de mil miserias. Mi principio fué pecado, y mi fin será muerte, la cual me vino por el pecado. Oh Señor mío, ¿qué soy yo sino sombra de muerte y todo vanidad, pozo de inmundicias, tierra estéril y maldita, cuyo fruto es abrojos y espinas y confusión? Pues, oh Dios de misericordia, ten piedad desta pobre ánima, que cuanto es de su parte, es pura nada, y menos que nada, por razón del pecado, piélago de vanos deseos, fuente de culpas, por las cuales si hobiese de ser justamente castigado según la muchedumbre y grandeza dellas, había de recebir tanta pena, cuanto vos, Señor, tenéis de majestad y grandeza, pues

tan grande es la culpa cuanta es la majestad ofendida. Pecado he, Señor, sobre el número de las arenas de la mar, y no merezco levantar los ojos al cielo, por la muchedumbre de mis maldades, Mas por la mansedumbre que de vos se predica, oh buen Jesú, corremos en pos de vos, oyendo que no despreciáis los pobres, ni extrañáis los pecadores. Acordaos pues, Señor, de vuestras misericordias antiguas, y sanad mi ánima, porque vos sois mi salud. Oh Señor, volved agora los ojos de vuestra misericordia, y socorred á este pobre mendigo y de todas las cosas necesitado. Porque tanta es, Señor, mi pobreza, que yo de mí no puedo querer el verdadero bien sin vuestro querer, y eso que quiero, no puedo dignamente obrar, si vuestra clemencia no me ayuda: y eso que puedo obrar, no puedo llevar al cabo, si vuestra sabiduría no me alumbra, y vuestra potencia no me socorre, y vuestra bondad no me esfuerza.

Oh Señor, ¿quién soy yo, que presumo hablar con vos, siendo vos aquel Dios grande, verdadero, omnipotente, inmenso, eterno, incomprehensible y admirable á los ángeles? Oh Señor, oid mis clamores, mirad mis lágrimas, sentid mis sospiros y socorred á mi ánima. Aquella caridad que os movió á redemirme, os mueva á oirme. No se pierda por mi malicia lo que en mí obró vuestra omnipotencia. Cuando no era, vos me hicistes: cuando erré, vos me guiastes: cuando era ignorante, vos me enseñastes: cuando caí, vos me levantastes: cuando estuve en pie, vos me tuvistes: cuando estuve triste, vos me consolastes: cuando para desesperar, vos me esforzartes: cuando dormía, vos me guardastes: cuando estuve enfermo, vos me curastes: cuando vine á vos, benignamente me recibistes. Pues agora que os llamo, oídme, Dios mío. Oh dulce Señor, no basta que me sanéis y me alimpiéis, si no venís á mí y moráis en mí, para que me guardéis. Por tanto venid á mí, Dios mío: habed piedad de mí, dulce Redemptor mío: tenedme de vuestra mano, dulce esperanza mía: prendedme con vuestro amor, y no me dejéis apartar de vos, fortaleza y salud mía. ¡Oh vida de mi vida, sin la cual muero, por la cual suspiro! Oh vida de los que viven, y vida de los que os aman, la necesidad grande que padesco, me hace clamar á vos. Venid, Dios mío, venid, fortaleza mía, venid, única esperanza mía: abrid, Señor, vuestros oídos á mis clamores, y vuestras manos á mis necesidades. Oh alto y glorioso Señor, no despreciéis lo que criastes á

vuestra semejanza, y gobernáis con vuestra providencia, y redemistes con vuestra sangre. Oh dulce Señor mío, dadme ojos para que os conozca, porque el que bien os conosce, os ama, y el que os ama de sí se olvida, y ama á vos más que á sí. Y ésta es la causa, Señor, porque yo os amo poco, porque os conosco poco. Venid pues á mí, oh mi gran tesoro, venid, deseo de mi ánima, venid, fortaleza de mi vida. Oh fuente de dulzura, manjar del ánima, lumbre del entendimiento, alumbrad, Señor, este ciego, dad de comer á este hambriento, curad este enfermo, vestid este desnudo, visitad este encarcelado, redemid este captivo y siervo de tantos tiranos, cuantas pasiones lo tienen cercado, y cuantos pecados tiene cometidos. Porque pues vos, Señor, mandastes á los hombres, que son abismo de miserias, usar desta misericordia, vos, que sois abismo de misericordia, haced conmigo lo que nos mandastes hacer con los otros. Que vivís y reináis en los siglos de los siglos. Amén.

SEGUNDO AVISO:

DE LA DISCRECIÓN Y TEMPLANZA QUE EN ESTOS EJERCICIOS SANCTOS SE DEBE TENER

CAPÍTULO XVIII

El segundo aviso es acerca de la moderación y templanza que en estos sanctos ejercicios se debe tener, porque hay algunas personas á quien nuestro Señor se comunica con muy larga mano, las cuales de tal manera y tan sin rienda se dan á estos ejercicios, continuando mucho la oración, y entregándose tanto á estos fervores y consolaciones, que vienen á estragar la salud y la complexión, y hacerse inhábiles así para estos mismos ejercicios como para todos los demás. Y esto aún acaesce más veces cuando con ello se junta descuido y maltratamiento del cuerpo y demasiada atención y fuerza en la oración por recoger el corazón y echar fuera las moscas de los vanos pensamientos. Porque esta atención y fuerza, cuando es demasiada, suele hacer notable daño á la salud. La razón desto es, porque la

virtud de nuestra ánima es como el agua de una fuente que se reparte por diversos caños: de donde viene á ser que cuanto más agua envía por los unos, tanto menos tiene que repartir por los otros. Pues desta manera, si nuestra ánima se empleare toda con demasiada atención en la consideración y trato de las cosas divinas, no acudirá á la obra de la digestión y gobierno del cuerpo, y con la continuación desto vendrá á estragarse la complexión. De lo cual S. Bernardo se quejaba de sí mismo, diciendo que con demasiados rigores de abstinencias había inhabilitado su cuerpo para no poder servir tan cumplidamente á los oficios de la Religión, según que en su vida se escribe.

Pues por esta razón debe el hombre tener tiento así en el mal tratamiento de su cuerpo como en la continuación y vehemencia de sus ejercicios, para que de tal manera se entregue á estas visitaciones y consolaciones de nuestro Señor, que tenga respecto al daño que con la demasía desto puede la naturaleza recebir: la cual cuanto más da de sí en un oficio, tanto menos le queda para los otros. Verdad es que en esto unos han menester freno, y otros espuelas, porque unos son muy más amigos de sí mismos, y otros menos, y así cada uno mide esta necesidad conforme á la amistad ó enemistad que se tiene. Por lo cual es aquí menester mucha consideración y tiento, por que nadie se engañe consigo mismo. Y si á alguna parte se hobiere de acostar, más sea contra sí que por sí, porque siempre se ha de tener por sospechosa la naturaleza del amor proprio.

Mas aquí se ofresce una dubda grave acerca de algunas personas á quien nuestro Señor se comunica tan liberalmente y con tanta abundancia de lágrimas y consolaciones, que apenas han levantado el corazón á Dios, cuando sus ojos se hacen fuentes de lágrimas, y su corazón como cera blanda que al fuego deste divino amor se derrite. Porque si éstos del todo se entregan á este ejercicio, corre el peligro que tenemos dicho: y si por otra parte cierran las puertas á la gracia (mayormente cuando ella los previene y los busca sin ser buscada) parece que resisten al Espíritu Sancto y al Esposo celestial que los llama. Pues en este caso ¿qué se hará? Á esto responde S. Buenaventura en un tratado que escribió de la perfección á una hermana suya, con grandes salvas, diciendo que en este caso le parece que el hombre debe con humildad y discreción divertirse algún tanto destas sanctas consi-

deraciones y ejercicios, y comer deste manna celestial por tasa y por medida, por no destruir la naturaleza. Porque más vale gozar de Dios á la larga, aunque sea menos, que gozar agora mucho, y después perderlo todo. Ca muchos (dice él) habemos visto que por no haber tenido esta moderación, vinieron á estragar la complexión de tal manera que ni les quedó cabeza ni estómago para nada. Los cuales vinieron después á amarse mucho, y á procurar con demasiado estudio la salud que mal guardaron: por dónde vinieron después á vivir, no sólo más delicadamente, sino más disolutamente. Esto dice S. Buenaventura, y esto baste para esta materia. Por la cual entenderá el hombre que como hay gula corporal, así hay gula espiritual, y que también puede haber peligro y demasía en la una como en la otra, aunque el peligro sea muy desigual.

TERCER AVISO:

DEL CUIDADO QUE SE DEBE TENER DE TODAS LAS VIRTUDES

CAPÍTULO XIX

Aunque toda la doctrina deste libro principalmente se ordena al amor de Dios, mas con todo esto no debe el hombre poner los ojos de tal manera en sola esta virtud, que se olvide de las otras, mayormente de los oficios que se requieren para servir y proveer á las necesidades de nuestros prójimos, porque el que así no lo hace, ni alcanzará uno ni otro. Porque como la caridad sea reina de todas las virtudes y tenga general señorío y mando sobre ellas (como ya dijimos) conviene que todas estén á punto para obedescer á sus mandados. Porque así como tiene nuestra ánima necesidad de los instrumentos y órganos de los sentidos y miembros para hacer sus operaciones (porque en vano tendría ella estas habilidades, si no tuviese órganos diputados con que las ejercitase) así tampoco morará la caridad en el ánima, si no estuvieren las otras virtudes, para que cuando ella quisiere usar de su imperio y oficio, halle las otras virtudes dispuestas para ejecutar sus mandados. En lo cual se ve

claro cómo trabajan de balde los que quieren alcanzar esta virtud sin la ayuda y compañía de las otras, pues esta señora y reina de las virtudes no se halla sin la casa real y servicio de todas ellas, que son como sus oficiales. Así que, hermano mío, ó lo has de tomar todo, ó dejar todo, porque no se da lo uno sin lo otro.

Y aunque para esto sea necesario trabajar por todas las virtudes, pero más particularmente por algunas que parecen entre sí contrarias, aunque realmente no lo son, pero son muy diferentes. Esto declararé por un ejemplo. Vemos que entre las sciencias humanas, y aun en una misma sciencia, hay una parte especulativa que se ordena á sólo saber y especular, y otra práctica, que se ordena á sólo obrar: las cuales son tan diferentes entre sí, que pocas veces se halla un mismo letrado diestro en ambas estas facultades, sino que los que son eminentes en la una, no lo son todas veces en la otra. Pues así también entre las virtudes unas hay más vecinas á la vida contemplativa, como son leer, orar y meditar, &c. otras más á la vida activa, como son todas las obras de misericordia, las cuales virtudes, aunque no sean entre sí contrarias (porque así como una verdad no puede ser contraria á otra verdad, así tampoco una virtud á otra virtud) mas todavía son tan diferentes entre sí, por ser las unas más espirituales y las otras más corporales, las unas como especulativas y las otras como prácticas, que pocas veces se hallan personas que sean eminentes en las unas y en las otras. Lo cual afirma con otros muchos doctores S. Gregorio, diciendo que pocos son los que se hallan como aquel capitán llamado Ayoth, de quien dice la Escritura que jugaba de ambas las manos igualmente, así de la siniestra como de la diestra: lo cual nos representa que pocas veces se halle un hombre perfecto y diestro en las obras de ambas vidas activa y contemplativa, por la distancia que hay de las unas á las otras. Por dónde los que son muy dados á las unas, no acuden tan bien á las otras. Porque los que siguiendo la vida contemplativa andan siempre como águilas volando por lo alto y tratando con Dios, con pesadumbre descienden á tratar en las bajezas de los hombres: y por el contrario, los que están acostumbrados y habituados á éstas, hallan muy dificultoso el recogimiento del corazón y subida á las otras.

Pues el que desea hacer enteramente lo que debe, y ser perfec-

to siervo de Dios, y tener más cuenta con la divina voluntad que con su propria consolación, para todo esto ha de estar aparejado diciendo con el Psalmista: Aparejado está mi corazón, Señor, aparejado está mi corazón: conviene saber, aparejado á volar por el cielo y aparejado á andar por los agujeros de la tierra, aparejado para reposar con vos y aparejado para trabajar con el prójimo, aparejado á gozar de vuestras consolaciones y aparejado á llorar las miserias de mis hermanos, aparejado finalmente para el ocio de la caridad, y aparejado también para los negocios que pide la necesidad de la caridad. Así pues ha de estar aparejado para todo de tal modo, que aunque esté arrebatado sobre los cielos, debe de bajar de ahí cuando supiere que padescen trabajos sus hermanos, y darles benignamente los oídos, y ayudarlos en todo lo que pudiere, no mirando á ellos en ellos, sino considerando á Dios en ellos, por quien hace lo que hace, conosciendo que aunque pierda en esto sus gustos, no por eso pierde á Dios, sino que deja á Dios por Dios. Y acabada esta obra, torne á donde antes estaba, y prosiga lo que hacía, como si nunca lo hubiera interrumpido. Desta manera he visto yo algunas personas, y especialmente me acuerdo de un Religioso lego, el cual tenía el servicio de todo un monasterio á su cargo, y no paraba un punto dende la mañana hasta la noche, acudiendo á todos los negocios de casa con todo cuidado y silencio: y acabado el trabajo continuo del día, así acudía á prima noche y á la madrugada á su oración tan profunda y tan prolija, como si todo el día estuviera aparejándose para ella. Desta manera pues debe el siervo de Dios ser como un caballo revuelto, que sepa ir y sepa tornar, como se escribe de aquellos sanctos animales de Ezequiel que llevaban el carro de Dios, los cuales iban y volvían tan ligeros como relámpagos. Así pues debe el siervo de Dios acudir á los prójimos y volver con presteza á Dios: esto es, á las obras de la vida activa y á los ejercicios de la contemplativa.

Mas entre todas estas virtudes particularmente debe procurar la prudencia y discreción, como guía y lumbre de las otras virtudes y como hermana y compañera de la perfecta caridad. Porque de la caridad nasce el fervor de espíritu y el celo de la honra de Dios, las cuales virtudes tienen necesidad del freno de la discreción, mayormente el fervor, que sin ella no sería fervor, sino furor: y por eso tiene necesidad esta virtud de tener á su

lado estos ojos y este perpetuo correctivo que la modere y gobierne Porque por eso en la orden de aquella hierarquía celestial, después de los serafines (en quien resplandesce la caridad) están luego los querubines, en quien mora la sabiduría de Dios, para que por aquí se vea cuán vecinas y hermanadas han de estar entre sí estas dos virtudes, por la necesidad que la una tiene de la otra. Préciese pues el amador de Dios mucho desta virtud, y ninguna cosa tenga por conveniente para la caridad, que sea contraria á la discreción. Ésta resplandezca en sus palabras, en sus obras, en sus respuestas, en sus movimientos, en sus propósitos y consejos, y en todo lo demás, para que ella dé luz á todas sus obras: y acuérdese del testimonio que el bienaventurado Padre S. Antonio dió desta virtud, tratando de ella en un ayuntamiento con aquellos Padres del yermo, la cual puso en la cabecera de otras muchas virtudes.

CUARTO AVISO:

DE LA FORTALEZA Y DILIGENCIA QUE SE REQUIERE PARA ALCANZAR EL AMOR DE DIOS

CAPÍTULO XX

DICE el Salvador en el Evangelio que el que ha de edificar una torre, primero mira la calidad del edificio que quiere hacer, para que conforme á eso apareje el caudal y los materiales que para él se requieren. Y el rey otrosí que quiere dar batalla á otro rey, primero procura saber las fuerzas y potencia de su contrario, para ver las que él ha menester para rendirlo. Y generalmente quienquiera que ha de hacer alguna cosa grande, primero mide y tantea la grandeza della, para que conforme á esto se apareje. Así también el caminante que quiere saltar algún grande arroyo, primero mira la grandeza dél, para que conforme á esto tome la corrida y el aliento con que lo ha de saltar. Todas estas comparaciones arman á nuestro propósito. Porque aquí primeramente pretendemos edificar una torre que llegue hasta el cielo, que es el amor puro de Dios, el cual no

busca más que á solo Dios, y en él solo reposa. Aquí también pretendemos dar una batalla campal contra todo el reino del amor proprio, para que vencido él reine el amor de Dios. Aquí también intentamos dar un salto, el mayor de cuantos se pueden dar, que es deste amor proprio hasta el amor divino, que son dos extremos más distantes y contrarios entre sí que los dos polos del mundo. Pues quien tan grande salto ha de dar, bien se ve cuán de lejos ha de tomar la corrida, y con cuánto aliento y fortaleza se ha de aparejar para esta empresa.

Para cuyo entendimiento es de saber que el estado en que el hombre quedó por el pecado, es como el de un reino en que hobiese dos reyes, uno legítimo y natural, el cual estuviese desarmado y arrinconado con solos sus criados, y el otro tirano y usurpador de lo ajeno, el cual estuviese con un gran ejército apoderado del reino y de todas las fuerzas dél. En este caso quien quisiese restituir este rey natural, tiene necesidad de dos trabajos, el uno, de armar y reforzar á éste, que está flaco y desarmado, y el otro de desarmar y enflaquecer al enemigo, para que no prevalezca contra éste. Porque á ser las fuerzas y las lanzas iguales, fácil cosa fuera con pequeño socorro acostarse á la una parte y prevalescer contra la otra. Lo cual no ha lugar aquí por la desigualdad de las partes.

Pues en este estado quedó el hombre miserable por el pecado, porque donde antes el espíritu, que es el legítimo y natural señor, estaba tan poderoso, y el cuerpo con todos sus sentidos muy subjecto y obediente, agora volvióse el negocio al revés. Porque el espíritu está del todo debilitado y tiranizado, y el tirano, que es el cuerpo, está tan poderoso con tan fuertes apetitos y pasiones, que no hay en el mundo cosa que pueda contra él. Lo cual nos representa muy al vivo aquel furioso endemoniado del Evangelio, que atado fuertemente de pies y manos con cadenas, todo lo hacía pedazos, y se soltaba, sin haber cosa que pudiese con él. Porque ¿qué leyes, qué obligaciones, qué vínculos bastan para prender las pasiones y deseos de nuestro apetito, y hacerlo estar á raya? Ni cuantas leyes Dios ordenó, ni cuantas promesas y amenazas les añadió, ni cuantos diluvios y tempestades envió, bastaron para enfrenar este tirano, hasta que el mismo Hijo de Dios lo prendió y enclavó consigo en la cruz.

Mas por el contrario, los deseos y afectos que nuestro espíritu

tiene, ¡cuán flacos y cuán débiles son! Y teniendo estos deseos por materia los bienes espirituales y celestiales, merecedores de ser deseados y procurados con tan grande agonía cuan grandes ellos son, ¡con qué tibieza los deseamos, con qué pereza los procuramos, con qué pesadumbre nos movemos á ellos, y cuán poco es lo que ponemos de nuestra casa por ellos, dando tantas vueltas, y corriendo tantos mundos, y tragando tantos peligros y trabajos por cualquier de los otros bienes temporales!

En lo cual se ve claro cuán desiguales están las lanzas y los poderes destos señores, aunque el uno sea natural y el otro tirano: porque los apetitos y deseos del uno son como de un hombre sano, y muy sano, y los del otro son como de doliente, y tan doliente, que apenas puede sacar la voz del pecho, y que apenas puede dar por sí un paso. Si no, dime, ¿qué mayor flaqueza que no poder dignamente invocar el nombre de Jesús, ni tener un sancto pensamiento, sino con especial ayuda del Espíritu Sancto? Pues en esta tan grande pobreza y necesidad está nuestro espíritu. Y si aun quisieres ver esto más palpablemente, haz que se propongan dos objectos á estos dos apetitos delante, uno de carne, y otro de espíritu. Mira de la manera que arde el apetito sensual, cobdiciando el que es de carne, y cuán helado está el apetito racional, deseando el que es de espíritu, y por aquí verás claramente la desigualdad de ambos. Pues estando el hombre en tal disposición, y habiendo nascido y criádose toda la vida en esta exempción y soltura, ¿qué virtud será menester para volver este negocio al revés, y hacer que el apetito sensual esté como helado y muerto para todas las cosas que antes apetecía, y por el contrario, el apetito racional arda con el deseo de las cosas para que antes estaba muerto y helado? Pues por aquí se ve claro la dificultad grande que hay en este negocio. Porque no basta para restituir al hombre, fortalecer los deseos del espíritu, si no enflaquecemos también los de la carne de tal manera que todos los deseos y movimientos que nuestro espíritu ha de tener para las cosas espirituales, sean vehementísimos, y los que nuestra carne tuviere para las cosas corporales, sean debilísimos y casi ningunos. Pues ¿quién será poderoso para hacer estas dos mudanzas tan grandes? ¿Quién hará deste flaco fuerte, y deste tan fuerte flaco? ¿Quién debilitará la potencia de la carne, siendo ella tan poderosa, y quién esforzará la parte del espíritu, siendo ella tan flaca? ¿Quién

templará los fuegos del estío, y hará como un roscío de frescura las llamas del horno de Babilonia, y dará calor á las nieves del invierno? ¿Quién podrá hacer que el fuego enfríe, y la nieve caliente, ó que el fuego descienda para abajo, y la tierra suba para arriba? Verdaderamente nadie puede hacer esto sino Dios, ni tampoco estas dos mudanzas de que hablamos, puede hacer otro sino él. Él solo puede diminuir la potencia de nuestra carne, y esforzar la flaqueza de nuestro espíritu, y quitar el sceptro de las manos al amor proprio, y entregarlo en poder del amor de Dios, para que así se deshaga la común injuria y tiranía de la naturaleza humana, mandando quien ha de mandar, y sirviendo quien ha de servir.

Mas aunque ésta sea obra de Dios, no deja de ser esta empresa de grande dificultad para el hombre, pues en él se han de hacer estas dos mudanzas de ambas naturalezas tan distinctas entre sí, como son carne y espíritu. La cual acrescienta aún más la antigüedad de nuestra malicia. Porque en cierta manera se puede con verdad decir que es más antigua que el mismo hombre, porque el hombre no es hombre hasta que se le infunde el ánima racional, mas la semilla desta malicia ya está en la misma carne del hombre antes que esta ánima se la infunda, por razón de la cual se contrae el pecado original, que es autor de todos estos males. Porque deste pecado procede nacer el hombre vueltas las espaldas á Dios y convertido á sí mismo, amándose desordenadamente á sí más que á Dios. Pues siendo esto así, ¿quién podrá curar males tan antiguos? ¿Quién podrá echar de su posesión tan antiguos poseedores? ¿Quién podrá despidir de las entrañas del hombre lo que tiene origen primero que la misma naturaleza perfecta del hombre?

Item más. Cierto es que entre las cosas naturales la más natural es amar el hombre á sí mismo, y buscar lo que le cumple, y huir lo contrario, como dice Tulio (1). Pues entre las pasiones naturales del hombre, así como ésta es la primera, así es la fuente de todas las otras. Por lo cual se compara con ellas como el corazón con los otros miembros del cuerpo, que es el que primero vive y á la postre muere, porque todos los otros miembros reciben vida dél: y así el amor proprio es la pasión que primero vive

(1) Tulio, de Officiis.

y la que á la postre muere, porque todas las otras pasiones nascen della y reciben vida della.

Y esto es aún lo que hace más dificultoso este negocio. Porque como este amor tiene tantas raíces, cuantas maneras de bienes desea, ya se ve cuán dificultoso será arrancar un árbol que con tantas raíces está preso, pues es necesario que se corten todas para arrancarlo, porque una sola que quede por cortar, basta para sostenerlo. Y así habemos visto algunas personas que despidido de su corazón el amor de todas las cosas del mundo, sólo el amor demasiado que les quedó de su proprio cuerpo, fué causa que les quedase todavía en casa el amor proprio, y les hiciese mucho daño.

Mas dirás: ¿quién tendrá brazo para arrancar tantas raíces, para cortar tantas cabezas, para pelear con tantos enemigos, para vencer la mayor fuerza de naturaleza, y desterrar del seno de nuestro corazón las aficiones y deseos que nascieron con él, mayormente que éstos son tantos cuantos son los bienes que se suelen desear, que son casi innumerables? Pues ¿quién será poderoso para hacer un tan general divorcio de tantos amores? Porque para esto no basta un solo divorcio, ni una sola muerte, ni una sola cruz, mas antes son menester tantas cruces cuantas son las cosas que deseamos, si desordenadamente las deseamos, porque cada uno destos deseos ha de ser por sí preso y enclavado en su propria cruz. Pues ¿quién podrá hacer tantas justicias, y más contra tan grandes amigos? Porque ¿qué criatura hay que no ame á sí misma? ¿Qué cuidado hay más vivo que el que tienen todas las cosas de su provecho, y qué habilidad é instrumento les dió la naturaleza para ello, sino éste tan grande y tan vehemente amor? Pues ¿quién tendrá brazo para vencer la más poderosa de todas nuestras aficiones, especialmente estando ella tan confirmada y arraigada con el uso de toda la vida? Porque apenas damos paso ni ponemos mano en cosa que no sea obra del amor proprio. Por dónde así como el amor de Dios con ningunas obras cresce más que con las suyas proprias, así también lo hace este amor. Pues según esto, ¿cuánta fuerza será menester para arrancar un clavo hincado en el corazón con tantas martilladas cuantas obras de amor proprio se han hecho en toda la vida?

Todo esto abiertamente nos declara cuán grande sea esta batalla, pues el enemigo por una parte es tan poderoso, y por otra tan querido: y es dura cosa tomar armas contra quien bien que-

réis, y cuyas heridas no menos duelen al que las da que al que las recibe. No es esto vencer al mundo, sino vencer las estrellas del cielo, y enseñorearse y poner debajo de los pies todas las leyes de la naturaleza corrupta. Porque como el mayor poder que ella tiene, y la inclinación más fuerte que puso en todas las criaturas, es amar á sí misma, moderar esta afección es obra de grande dificultad.

Y si vencer una sola pasión dice el Sabio que es mayor victoria que conquistar una ciudad, ¿qué será vencer una pasión de donde nascen todas las otras pasiones? Si tan buen brazo es menester para quebrar una sola rama deste árbol, ¿qué será menester para quebrar el mismo tronco del árbol? Si tanto es vencer un enemigo déstos (que es una destas pasiones) ¿qué será vencer todo el ejército dellas, que dentro deste amor proprio está encerrado? No se puede luego negar sino que ésta es una de las mayores batallas que hay, y por eso tal conviene que sea el ánimo con que habemos de entrar en ella, cual ella es.

§ II

He dicho esto tan por extenso, para desengañar á muchos de los que desean el amor de Dios, que no mirando más que la sonada y dulzura deste nombre, les parece que tal será el camino cual es el término del camino, y que así todo será dulzura y suavidad. Y con esto no se arman ni aperciben con aquel brío y aliento que requiere este salto tan grande. Por dónde vienen después á faltar á medio camino, porque no lo acometieron con el esfuerzo que era razón. Los tales pues deben desengañarse y entender que aunque el puerto es muy agradable, la navegación es trabajosa: quiero decir que aunque el amor de Dios de sí sea muy suave, el camino para él no deja de ser trabajoso, pues hay en él estas dos dificultades que dijimos: la una, debilitar la potencia de la carne, y la otra, fortalecer la flaqueza del espíritu: la una, desterrar la demasía del amor proprio, y la otra, introducir el amor divino. De los cuales como el uno sea tan natural y el otro tan sobrenatural, no sé cuál sea más dificultoso, ó vencer lo que tanto la naturaleza ayuda, ó alcanzar lo que tanto á la naturaleza sobrepuja.

Por tanto, el que desea llegar al cabo con esta empresa tan

gloriosa, debe acometerla por una parte con grande humildad y confianza (como ya dijimos) y por otra con grande diligencia y fortaleza y con determinación de no holgar, ni descansar, ni dar sueño á sus ojos hasta ver el cabo della. Y tenga por cierto que así como no será coronado sino el que legítimamente peleare, así no alcanzará la corona del amor de Dios, si no hubiere destruído el reino del amor proprio. No se dió á los hijos de Israel el manna del cielo hasta que se les acabó la harina de Egipto, ni á nadie se dará la suavidad del amor divino sino al que hubiere despedido de sí los regalos del amor mundano. Lo uno y lo otro significó el profeta Isaías en pocas palabras, cuando hablando de cada una de las ánimas, dice: Sacúdete del polvo, levántate y asiéntate, Hierusalem: quita las prisiones de tu cuello, captiva hija de Sión. En las cuales palabras da á entender el Profeta que primero es menester sacudir de sí el polvo de las cosas terrenas y quitar de encima del cuello las cadenas de las aficiones mundanas, y desta manera nos podremos levantar sin impedimiento á la contemplación de las cosas divinas, y asentarnos en el reposo y holganza dellas. Desta manera pues, hermano mío, se alcanza con los trabajos el descanso, con las batallas la corona, con las lágrimas el alegría, con la victoria la libertad, y con el perfecto amor de Dios el desprecio y odio sancto de sí mismo.

Y puedes tener por cierto que no sólo para este intento principal, mas para todos los medios que para él se requieren, es tan necesaria esta fortaleza y diligencia, que ni un solo paso se puede dar en este camino, para que no sea esto necesario. Porque los medios que para esto sirven, son los ejercicios de las virtudes: y como en todas ellas haya dificultad y trabajo, para todas es necesaria fortaleza, vencedora de los trabajos.

Por tanto haga cuenta el hombre que le dice Dios como á otro Moisén: Toma esta vara en la mano, con la cual has de hacer todas las señales que fueren necesarias para sacar á mi pueblo de Egipto y llevarlo á la tierra de promisión. Pues así también tome él esta vara de virtud y fortaleza en las manos, y nunca la suelte dellas, porque con ésta ha de obrar todo lo que fuere necesario para salir del reino del amor proprio y llegar al reino del amor de Dios. Ésta es una sentencia que á cada paso repite Salomón en sus Proverbios, en los cuales tira siempre saetas al perezoso, y alaba al esforzado y diligente.

Y si preguntares, ¿cómo podré yo vencer tan grandes dificultades como aquí se han propuesto? Á esto te respondo que ese mismo amor de Dios que buscas, te irá poco á poco ayudando, según que arriba lo declaramos y probamos con ejemplos.

Al fin deste capítulo quiero advertir que como sea verdad que la caridad con ningunas obras cresca más que con las suyas proprias (como ya está dicho) porque éstas son las más excelentes y más meritorias, pero con esto se debe notar que entre estas obras de amor aquéllas sirven más para este propósito, que son más fervorosas y más perfectas. En lo cual se verá cuánto hace al caso servir á Dios con fervor de espíritu, como lo hacen los esforzados y diligentes, y no con flojedad y tibieza, como lo hacen los regalados y perezosos. Por lo cual dijo Salomón: El camino de los perezosos es como quien anda sobre espinas, mas el de los justos es llano y sin ningún barranco: dando á entender que los perezosos como son tan enemigos de trabajos cuan amigos de sí mismos, siempre andan hurtándoles el cuerpo, y recelando si les hará daño esto, si lo otro, y así andan como quien va sobre espinas, mirando con atención dónde ponen los pies, por no espinarse: mas los justos, como no tienen tanta cuenta consigo, sino con Dios, pasan ligeramente por estos inconvenientes, por hacer su sancta voluntad. En lo cual parece claro cómo la dificultad de los caminos no la hacen tanto los caminos, cuanto la promptitud ó negligencia de los ánimos.

QUINTO AVISO

DE LA VIRTUD DE LA PERSEVERANCIA

CAPÍTULO XXI

El postrer aviso es de la virtud de la perseverancia, la cual como sea un singular don de Dios que no cae debajo de merescimiento, y sea necesaria para todo lo bueno, señaladamente lo es para conservar y acrescentar en nuestros corazones este divino amor hasta llegar á su debida perfección. Porque así vemos generalmente que todas las cosas á la larga llegan á su deseado fin. Así hinche la hormiga su gra-

nero en el tiempo del verano, llevando grano á grano su provisión. Así acaba el araña la tela que hace para cazar, añadiendo un hilo á otro. Así hinche la abeja su colmena de cera y miel, andando de flor en flor, cogiendo lo uno y lo otro, y así finalmente teje el avecica su nido en lo secreto del árbol, juntando una pajita con otra. De suerte que aunque los materiales sean pequeños, la continuación y perseverancia porfiada hace que se dé cabo á la obra.

Pues desta manera el deseoso del amor de Dios ha de andar siempre trabajando por acrescentarlo, añadiendo á cada paso fuego á fuego, amor á amor, devoción á devoción y virtud á virtud, para que con estos continuos acrescentamientos vaya siempre en crescimiento lo que desea. Por dónde así como los que andan cebados en ajuntar algún tesoro, de todas las cosas toman ocasión para acrescentarlo, y todo cuanto hallan, luego lo llevan á su alcancía, ya el real, ya el medio, ya el ducado (porque todo les sirve para hacer el montón mayor) así también lo debe hacer el amador de Dios, tomando ocasión todas las horas de todas las cosas que hay en el mundo, para levantar su corazón á Dios y acrescentar el tesoro de su amor, el cual así cresce con estos sanctos movimientos como el tesoro con cualquier pieza que le acrescientan. Todas las cosas perfectas y acabadas que en este mundo viere, sírvanle de espejo para ver en ellas la hermosura de Dios, y todas las feas y abominables, para ver la fealdad del pecado. Todos los bienes que hay en el mundo, tome por beneficios de Dios, pues en todos ellos tiene su parte, y no menos todos cuantos males hay en él, pues en todos ellos pudiera él caer, si no fuera por él. Desta manera el sol, la luna, las estrellas, los campos, los montes, los valles, los ríos, las fuentes, la mar, la tierra, las flores, las aves, los árboles, el día claro y la noche serena y sosegada le darán motivo para alabar á Dios y para ver en todas las cosas algún rastro dél. Sobre todo esto podrán despertar su corazón las ceremonias sagradas, los oficios divinos y las dulces voces y cantos de la Iglesia, que suavemente suenan, como S. Augustín escribe que al principio de su conversión le movían grandemente. Todas estas cosas le han de ser estímulos para ir á Dios, espejos en que vea su hermosura, libros en que lea su sabiduría, y predicadores que le enseñen el camino del cielo, y despertadores que le abran los ojos y le hagan acordarse de Dios.

Y aunque muchas veces, levantando el corazón á lo alto, no sienta en su ánima aquel calor y devoción que desea, no por eso piense que caresce de fruto lo que no se siente, porque muchas veces son estos aprovechamientos secretos é invisibles á los ojos de los hombres, aunque no á los de Dios. Mas antes así como el árbol cresce sin que nadie le sienta crescer, así el hombre aprovecha con todos estos sanctos movimientos sin que él sienta su aprovechamiento. Porque ninguno dellos hay con que no se merezca gracia y gloria, y con que no se haga alguna impresión en nuestra voluntad, inclinándola á lo bueno, y hablándola y desponiéndola para el amor de Dios. Por lo cual dicen los doctores que así como los tiros de artillería que baten un muro, aunque no den con él en tierra, todavía lo atormentan y disponen para que los postreros lo derriben, y asimismo cada gota de agua que cae sobre una piedra, aunque no basta para cavarla, basta para que las otras la caven, que caen después della, así también todos estos pensamientos y deseos á lo menos sirven para ablandar nuestro corazón y disponerlo para cosas mayores.

Y si me preguntares en qué género de cosas principalmente se debe tener esta perseverancia, á esto respondo que en todas cuantas hasta aquí habemos dicho en este tratado, porque todas á una sirven á este propósito, pero señaladamente en tres. La primera, en la guarda de sí mismo, que es andar con una perpetua atención y cuidado mirándose á las manos, para no desmandarse en palabras, ni obras, ni pensamientos, ni en cosa que discrepe de la voluntad de Dios. La segunda, en andar en la presencia de Dios, trayéndole siempre ante los ojos presente, y levantando las más veces que pudiere el corazón á él con toda la humildad y reverencia y con breves oraciones y movimientos de amor. La tercera, en tener sus tiempos ordenados para sus ejercicios y oraciones, á la mañana, ó á la noche, ó al medio día, ó en todos estos tiempos, trabajando por no cortar este hilo ni faltar en este ordinario, si no fuere en caso de obediencia ó de alguna otra obligación semejante.

§ I

Y aunque muchas veces en esto no sienta gusto ni devoción, sino guerra de pensamientos, ni por eso debe desistir de su ejercicio, sino hacer eso que buenamente pudiere, batallando con sus pensamientos y llamando húmilmente al Señor. Y crea que esta batalla le será materia de una gran corona, y aunque él no sienta aquí provecho, no por eso deja de aprovechar, y por ventura tanto más seguramente cuanto él menos lo siente. Acuérdese que la porfía de la oración (en la cual con ardentes deseos pedimos mercedes á Dios) es figurada por aquella lucha del patriarca Jacob, para que este vocablo de lucha nos dé á entender la batalla que allí se pasa muchas veces, por una parte perseverando y porfiando con Dios para que nos dé lo que pedimos, y por otra peleando con los vanos pensamientos que allí se ofrescen, para que sea más pura nuestra oración.

Y si algunos días le fuere forzado cortar el hilo de sus ejercicios por necesidades que se ofrescen en la vida (la cual toda dice Séneca que es un perpetuo servicio) no por eso del todo afloje ni desista en su corazón desta intención y propósito, para que así pueda, acabada la ocupación, con mayor facilidad tornarse á Dios, como hace el caminante cuidadoso, que aunque entra en la venta á comer y reposar, todavía está con el bocado en la boca y con el corazón en el camino, pensando en lo que tiene andado y en lo que le queda por andar. De suerte que no todo él come, ni todo está en la posada, pues estando con el cuerpo quedo, con el espíritu anda el camino. Pues así el amador de Dios nunca esté todo en todas las cosas, porque así quede alguna parte de sí desocupada para Dios. Use deste mundo como si no usase, compre como si no poseyese, para que nunca su espíritu se entregue de tal manera á los negocios, que del todo se olvide de su principal negocio.

He dicho esto tan por extenso, porque hay algunos (y pluguiese á Dios no fuesen muchos) que continúan sus ejercicios y propósitos algunos días, y después por cualquier ocasión que se les ofresce, desisten dellos: los cuales, acabados los negocios, tornan á comenzar como de primero, y tornando á cansar, vuelven otra

vez á aflojar, y así se les pasa toda la vida en comienzos. Los que desta manera andan, son como árboles que en muchos lugares se transplantan, los cuales como en ninguno echan hondas raíces, así en ninguno dellos medran, y siempre se están como revejidos y desmedrados casi de una misma manera. Si un hombre tomase á pechos subir una piedra por una ladera arriba á la cumbre de un monte, y después de subida ya un pedazo se cansase, y soltase la piedra, y la dejase rodar hasta abajo, y después tornase otra y otra vez á hacer lo mismo, nunca jamás, por mucho que trabajase, acabaría de poner esta piedra en su lugar. Pues tales son los que cada tres días aflojan, y cada tres días comienzan, y toda la vida se les va en esto, los cuales son como parras de siete veces, que siempre dan fruto y nunca lo maduran. Y si alguna vez hubiere de descansar, sea de tal manera que aunque no pase adelante, á lo menos trabaje por no volver atrás, y torne, no á comenzar de nuevo, sino á proseguir su camino comenzado, y desta manera presto llegará al término que desea.

La gallina que ha de sacar los pollos de los huevos, está sobre ellos con tanta perseverancia, que ni por buscar de comer, ni por muchos gusanicos que la comen viva, los desampara, antes acaesce algunas veces hallarla muerta sobre los huevos, porque más quiere morir que dejarlos enfriar: tan grande es la perseverancia que para esto le dió el autor de la naturaleza. Mas la que muchas veces se levanta y deja los huevos enfriar, nunca los sacará á la luz. Pues esta perseverancia ha de imitar el siervo de Dios en cuanto le sea posible, si desea alcanzar la divina unión y transformación de su ánima en Dios. Porque si tan grande continuación es menester para hacer de los huevos pollos, ¿cuánta será menester para hacer de un hombre Dios? Trabaje pues por perseverar debajo de las alas deste Señor, recibiendo siempre en su ánima las influencias de su divino amor, porque él es el autor desta transformación. La cera amarilla se pára blanca como la nieve, dejándola estar al sol: y así lo hace el ánima del justo cuando persevera en la presencia de los resplandores y rayos del Sol de justicia.

Muchos más avisos había que escrebir en esta segunda parte (porque esta materia es infinita, y así es casi infinito lo que della está escrito) mas lo que aquí falta, queda reservado para la enseñanza del Espíritu Sancto (que no menos tiene oficio de alumbrar

el entendimiento que de encender la voluntad) y asimismo al magisterio de la oración, que también es gran maestra de la vida espiritual. Lo cual fácilmente creerá y entenderá el que se da á este ejercicio con la pureza de intención y diligencia que debe. Ca por experiencia ve que cuando trae la vida concertada, y guardados los sentidos y el corazón de las imágines y aficiones y cuidados del mundo, y el cuerpo reglado y templado en el comer y beber, halla luego y con poco trabajo grandes tesoros y fruto en la oración. Mas cuando en algo de esto falta, ahí lo siente luego y lo viene á pagar: y buscando la causa desto, acuérdase de todas las faltas en que cayó, y por aquí entiende lo que le aprovecha y lo que le daban, para seguir lo uno y desechar lo otro. Y de esta manera la oración (como dije) les es maestra de la vida espiritual.

PREÁMBULO PARA LAS CONSIDERACIONES SIGUIENTES

CAPÍTULO XXII

Hasta aquí habemos tratado de las virtudes y avisos que parescían necesarios para conservar en nuestras ánimas la continua memoria de nuestro Señor y para uñir nuestro espíritu con él por actual consideración y amor, que es lo que pertenescía á la segunda parte deste libro. Agora para ayuda desto mismo pondremos aquí algunas consideraciones que muevan nuestro corazón á su amor. Y porque arriba señalamos cuatro escalones para subir á la cumbre deste amor, entre los cuales el primero y segundo eran lición y consideración de las cosas que nos podrían encender en su amor (como son los beneficios y perfecciones divinas) para este propósito servirán las consideraciones siguientes, en las cuales se trata de lo uno y de lo otro. Porque las primeras siete consideraciones que aquí se ponen, tratan destos beneficios, y las otras siete, de las perfecciones divinas: las cuales podrá el deseoso deste sancto amor repartir por los días de la semana, para tener cada día nuevo pasto y nuevos motivos que lo despierten á este sancto amor.

Mas esta lición ha de ser sosegada, afectuosa y devota y acompañada con la meditación y consideración de lo que hubiere leído, para que considerando profundamente y muy de raíz las causas y motivos grandes que le obligan á amar á nuestro Señor, se encienda su corazón en su amor.

El fruto de esta lición y consideración será concebir en su ánima un conoscimiento claro de los grandes beneficios y perfecciones divinas y de las grandes obligaciones y razones que tenemos para lo amar. De dónde resultará que cuando quisiere despertar y levantar su corazón al amor deste Señor, tendrá con esto grandes motivos con la representación de todas estas obligaciones y razones que tiene para lo amar.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

DEL PRIMER BENEFICIO DE LA CREACIÓN

Entre las cosas que mucho mueven el corazón á amar, una de las más principales es la de los beneficios recebidos. La razón es, porque (como dicen los filósofos) el bien es de suyo amable, mas cada uno se inclina á amar más su proprio bien. Pues por esto el que desea encender su corazón en amor de Dios, debe ejercitarse muchas veces en la consideración de sus beneficios, que son proprios bienes del hombre. Los cuales aunque sean innumerábiles, aquí los reduciremos á cierto número, para mayor facilidad de los que en este piadoso ejercicio se quisieren ocupar. Y aunque desta materia habemos tratado en otros muchos lugares (porque para todos los buenos intentos es ella necesaria) pero ella es tan rica y tan copiosa, que aunque siempre se trate, siempre hay cosas nuevas que della se puedan decir. Porque ¿qué lengua ni qué escrituras habrá que basten para agotar el piélago de las misericordias y beneficios de Dios? Y ¿en qué otro ejercicio podemos y debemos emplear mejor toda la vida, que en la consideración dellos? Pues en este lugar trataremos dellos, para inflamar nuestros corazones en su amor.

Mas para entender mejor la grandeza de estos beneficios, conviene levantar primero los ojos á considerar la alteza del dador,

y nuestra bajeza, porque tanto es de más estimar el beneficio recibido, cuanto es mayor el que lo da, y menor el que lo recibe, mayormente cuando lo da de gracia.

Pues si quieres conoscer algo de la grandeza deste bienhechor, no es menester más de que levantes los ojos al cielo, y mires la grandeza y hermosura desa obra que él crió, que ella te dirá sin palabras cuál sea la grandeza y el poder del autor que la hizo. ¡Grande es el poder de aquel Señor que con sólo querer y mandar sacó esos cielos á la luz del abismo de su infinita fecundidad, y que si agora quisiese, haría otros millares de cielos mayores y mejores que ésos, con mayor facilidad que tú puedes abrir y cerrar los ojos!

Pues la grandeza de su saber no sólo parece claro en el orden y concierto maravilloso de todo el universo, sino también en cada una de las partes y criaturas de que está poblado, dende la mayor hasta la más pequeña. Porque si miras el artificio y la fábrica del cuerpo de un mosquito y de una abeja, ó de algún otro animalico, por pequeño que sea, y los instrumentos y habilidades que cada una destas criaturas tiene para buscar su vida, en cada una dellas verás cosas que te pongan en admiración.

Pues qué tan grande sea su bondad, su majestad, su hermosura, su misericordia, su dulzura, su benignidad y su clemencia, sobrepuja todo lo que se puede decir, y todo lo que los entendimientos criados pueden comprehender.

Pues este Señor tan admirable es el que dende este lugar tan alto tiene puestos los ojos en ti, vil gusanillo, y el que con inestimable caridad te hace tantas mercedes. Si miras bien quién es él, y quién eres tú, no digo yo el hacerte tales mercedes, mas un pedazo de pan que te diese, siendo él el que lo da y tú el que lo recibes, era digno de inestimable agradescimiento, por la excelencia del dador. Con este espíritu y sentimiento se maravillaba el sancto Job de los beneficios de Dios, cuando decía (1): ¿Quién es, Señor, el hombre, que vos tanto engrandecéis, y ponéis en él vuestro corazón? Sólo el acordarse Dios del hombre, y dar lugar en aquel sagrado pecho á cosa tan baja, es de grande admiración para quien siente algo de la grandeza deste Señor. Pues ¿qué será haber hecho por él lo que hizo? Si espanta el querer acor-

(1) Job 7.

darse Dios del hombre, ¿cuánto más espantará hacerse hombre por el hombre, y morir por él en cruz?

Debes pues considerar en cada uno de los beneficios divinos estas tres circunstancias: conviene á saber, quién lo da, y á quién lo da, y por qué causa lo da. ¿Quién? Dios. ¿Á quién? Al hombre. ¿Por qué causa? Por pura gracia y amor. Pues este tan grande y tan admirable Señor, que de nadie tiene necesidad sino de sí solo, sin pretender nada ni esperar nada de ti, por su sola bondad y magnificencia, *ab æterno*, ante todos los siglos, si eres del número de los escogidos, te amó y te quiso bien, como dice Sant Pablo (1), y dende entonces se determinó de criarte en el tiempo que á él le plugo, para hacerte beneficios inestimables, y después hacerte participante de su misma gloria. Y si quieres saber cuáles y cuántos beneficios sean éstos, apareja agora los oídos de tu ánima, y comienza á oir.

§ I

Primeramente considera cómo este tan gran Señor con este amor susodicho te sacó del no ser al ser, y te crió á su imagen y semejanza. Abre los ojos para conoscer esta dignidad, que es ser, no huella y rastro del Criador (como las otras criaturas) sino imagen y semejanza suya: que es ser substancia intelectual como él, y tener libre albedrío y conoscimiento como él, para que teniendo semejanza con él en la manera del ser y del vivir y del obrar, vengas después á ser un hermosísimo retrato y traslado de aquella infinita hermosura.

Y porque esta gloria no fuese transitoria y se acabase con el tiempo, dióte perpetuidad en ese ser, para que así fueses perpetuamente bienaventurado y capaz de aquella inmensa eternidad. De manera que todas las otras criaturas no hacen más que dar una vista al mundo cuando nascen, y de ahí á poco desaparecen: mas tú saliste del no ser al ser, para nunca más volver al no ser, sino gozar siempre aires de vida.

Y si todo esto te parece poco, entiende siquiera por aquí la grandeza de tu dignidad, que eres de tanta capacidad y nobleza,

(1) II Tim. I.

que ninguna cosa criada puede bastar á tu deseo, si no es la grandeza de aquella infinita Majestad. Mira cuán grande es el seno de tu capacidad, y cuán grandes espacios y regiones están dentro de ti encerradas, pues ni los cielos ni la tierra bastan para poblallos, sino sola aquella inmensa eternidad. Esta excelencia te dirá quién eres, y para lo que eres, y lo que debes de buscar, y en lo que debes entender. Solo Dios te puede hartar, todo lo demás embarazarte puede, mas no hartarte. Pues á solo éste busca, que éste solo es el esposo y centro de tu ánima, y el cumplimiento de todos tus deseos, y tu último fin. Éste solo es para ti, y tú eres para él, y pues él quiere á ti, debes tú también querer á él. ¡Oh maravillosa dignidad de nuestras ánimas! El Rey de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan, cuya majestad los cielos y la tierra reverencian, con cuya sabiduría los coros de los ángeles se alumbran, de cuya bondad el colegio de todos los bienaventurados se mantiene, este tal, oh ánima mía, desea morar contigo, y quiere aposentarse en tu palacio. Apareja pues y adorna tu tálamo, hija de Sión, y recibe á tu rey y hacedor en él, con cuya presencia se alegrará y enriquescerá toda tu familia, porque no se irá tal huésped sin dejar á su huéspeda enriquescida y proveída de grandes dones. Por lo cual dice Sant Bernardo: ¡Oh dichosa el ánima que cada día alimpia su corazón para recebir á Dios en él, la cual cierto no terná necesidad de nada, pues tiene en sí al autor de todas las cosas! ¡Oh, bienaventurada el ánima en la cual Dios halló descanso y morada, la cual puede ya decir: El que me crió, descansó en mi morada (1), porque á la tal no se negará el descanso del cielo, pues ella aparejó á Dios en la tierra lugar de descanso!

Mira también, después del ánima, el cuerpo que el Señor te dió proveído y adornado de tantos órganos y sentidos: porque si eres justo apreciador de sus dones, hallarás que tantos beneficios te hizo en este beneficio, cuantos miembros y sentidos te dió. Y si quieres ver lo que vale cada uno, mira la falta que te haría uno dellos, si te faltase, y por ahí verás la merced que te hizo quien de todos te proveyó. Si por caso perdieses un ojo, ¿cuánto amarías á quien te lo restituyese? Y si por algún delicto merescieses que te lo sacasen por justicia, ¿cuánto amarías á quien te lo con-

(1) Eccli. 24.

servase? Pues no meresce ser menos amado quien al principio te lo dió, y después de dado te lo conserva, habiendo tú muchas veces merecido perdello, por haber usado dél contra su servicio.

Y si estas cosas te parescen pequeñas, mira siquiera la grandeza del amor con que te las dió, pues es cierto que no con menos amor te da las cosas pequeñas que las grandes. Porque así como el padre no da con menor amor al hijo un vestido que una rica heredad (porque lo mucho y lo poco da con un mismo amor de padre) así aquel Padre eterno no da con menos amor á sus hijos las dádivas pequeñas que las grandes, por dónde no debe ser menos amado por las unas que por las otras, pues todo lo da con un amor.

Mira pues, oh ánima mía, lo que debes al Señor que con este amor te quiso criar, aunque sabía él muy bien cuán mal se lo habías de agradecer y cuántas cosas habías de hacer contra su voluntad, y dale muchas gracias por este beneficio, reconociendo que en el cielo ni en la tierra no tienes otro que te sea tan verdadero padre como él.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

DEL SEGUNDO BENEFICIO DE LA GOBERNACIÓN Y CONSERVACIÓN DE LA VIDA CORPORAL

Considera también el segundo beneficio, que es de la gobernación y conservación. Un beneficio es haberte dado el ser, y otro es después de dado conservarlo, aunque no es otro el que lo conserva que el que lo dió. Todo es de una misma mano, y todo nasce de un principio. De manera que si un punto cesase deste oficio, luego te volverías en aquella misma nada de que fuiste criado.

Discurre pues por todos los pasos de la vida que has vivido, y verás cuántos beneficios encierra en sí este solo beneficio. Cuando estabas en el vientre de tu madre encerrado en tan estrecho aposento, ¿quién miró por ti allí para que no te ahogases y fueses uno de los abortivos que primero mueren que nascan, sino solo aquél que te guardó hasta agora, y te dió adelantado este beneficio, para que después se lo pagases con agradescimiento, diciendo

con el Profeta (1): Dende el vientre de mi madre tú eres, Señor, mi Dios, no te desvíes de mí?

Al tiempo del parto, cuando ya salías á esta luz, donde tantas criaturas perecen, las cuales más parece que nascieron para penar que para vivir, ¿quién te guardó á ti para que no fueses deste número?

Después acá, dime, ¿de cuántos peligros y casos repentinos te habrá librado, en que caen cada día los hombres así en la mar como en la tierra? ¡Oh si pudieses alcanzar cuántas ocasiones déstas previno el Señor con su piadosa providencia, atajando los males que te pudieran ocurrir, de que tú no puedes tener noticia! Pues ¡de cuántas maneras de enfermedades y lisiones también te habrá librado, en que ves cada día caer otros hombres! No pases agora, ruégote, así de corrida por este beneficio, porque sin dubda es digno de singular agradescimiento. Dime, ¿qué enfermedad ó lisión puede tener un hombre, que no la pueda tener otro hombre? Si por hijo de Adam, todos somos hijos deste padre. Si por el pecado original, todos somos concebidos en él. Si por pecados actuales, todos somos pecadores. Si por ser nuestro cuerpo compuesto de humores contrarios, cuyas contradiciones y guerras vienen á dar sobre nuestra cabeza, todos somos desta masa. Pues ¿por qué aquél es cojo, y éste manco, y otro ciego, y otro tullido, y otro sufre los dolores de la gota, y otro los de la ijada, y otros otras infinitas maneras de dolencias con que pasan los días y las noches con perpetuo gemido, sin una hora de alegría y sin ser señores de beber un jarro de agua, y á ti hizo el Señor tan señalada gracia, que te diese una bula de exempción general de todos esos males, y te hiciese señor de todos tus miembros, y te diese vida con alegría? No se puede casi señalar otra causa desto sino sólo su gracia y misericordia. Pues ¿cuánto debes al Señor por esta causa? Si estuviesen diez malhechores en la cárcel para ser justiciados, y siendo tú uno de ellos, el rey te hiciese á ti solo merced de la vida, dejando á los otros en poder de la justicia, ¿qué tanto le debrías por esta gracia? Pues no es menor gracia que siendo tú pecador como los otros hombres, y meresciendo de justicia el azote de los otros, que te quite Dios de las manos de los verdugos, dejando á los otros en

(1) Psalm. 21.

ellas: cosa es ésta de singular privilegio, y así meresce agradescimiento singular. Si esto sabes considerar, todas cuantas enfermedades y miserias vieres en todo el mundo (que son más que las arenas de la mar) tendrás por beneficios proprios, y todas te serán estímulos de amor, para que ames á aquél que tantos beneficios te hizo, de cuantos males ves que te libró.

Demás desto no será razón que eches en olvido el pasto y mantenimiento cuotidiano que el Señor te da, pues el sancto patriarca Jacob no olvidaba este pequeño beneficio (1) con los otros mayores. Mas ¿qué mucho es que lo agradesca el Patriarca, pues lo agradescía Cristo, Señor de los patriarcas, el cual cada vez que comía daba gracias al Padre por aquella comida que comía, aunque no fuese más que un pan de cebada? Mira por qué se ponía á dar gracias quien tanto mayores gracias había recebido. ¿Cómo creeremos, oh fidelísimo Señor, que agradescíades los otros beneficios mayores, pues así agradescíades este tan pequeño? Mira lo que suele costar el mantenimiento ordinario á muchos hombres, y por aquí verás lo que tú debes á Dios, si por ventura te lo dió á ti sin tanta costa. Unos lo compran con sudor de su rostro, otros con peligros de su ánima, otros con perpetuos cuidados y aflicción de espíritu, y otros aun con peligros de muerte, y muchos hay que apenas por todos estos medios adquieren lo necesario para la vida: y tú por ventura hallarás cada día la mesa puesta y proveída de todo lo necesario con ajenos cuidados y solicitud. Esto pedía á Dios el patriarca Jacob, y por esto se obligaba á servirle toda la vida, pues por esto vemos que unos hombres sirven á otros como esclavos: por donde mucho más era razón servir al Criador, que da todo esto con lo demás.

Discurre también por todas las criaturas del mundo, que si las miras atentamente hallarás por cierto que tú eres el fin de todas ellas y que todas fueron criadas para tu servicio. Todas ellas son como partes de la heredad que Dios te dió, y como diversas vituallas que se proveyeron para tu mantenimiento, y como alhajas del ajuar y casa en que Dios te puso. Mira pues cuán grande sea aquella bondad que de tantas cosas proveyó á quien no se lo había merescido, y después aun habiéndolo con tantas culpas desmerescido, todavía persevera en hacernos bien

(1) Genes. 28.

sin cesar. ¿Cuántas veces estarás tú jugando, jurando y perjurando, y estará él en aquella misma hora lloviendo en tus sembrados y en tu viña y en tu dehesa, para darte todo lo necesario, lo cual si á mano viene, vendrás á gastar en su deservicio? ¿Cuántas veces estarás tú durmiendo, y traerá Dios en esa hora el abejica apresurada por montes y valles, revoleando sobre las flores para allegarte hacienda y criarte los panares de miel con que te regales? ¡Oh bondad infinita, oh bondad invariable, que con tantos pecados y maldades no puede ser de nadie vencida para que se olvide de quién es y deje de hacernos mercedes!

Mas no bastó, Señor, á vuestra piedad emplear en nuestro servicio estas criaturas más bajas que están acá, sino también ocupáis en esto aquellas más altas que están sobre los cielos, que son los ángeles, los cuales también deputastes para nuestra utilidad y remedio. Gran dignidad es por cierto tener tales ayudadores, tales defensores, tales maestros y tales medianeros. ¡Oh, si pudieses ver con cuánta alegría acompañan los que oran, y con cuánto cuidado velan sobre los que pelean, y con cuánta devoción presentan nuestras oraciones á Dios, cómo estimarías en más este beneficio!

Cata aquí pues cómo todo este mundo sirve á tu conservación y cómo todas las criaturas dél son como los pechos del ama á quien Dios encomendó tu crianza. Mira pues no seas tan niño que desconoscas á la madre que te parió, por el ama que te cría, porque esa ama no te criara sino porque esta madre se lo mandó. Los perdigoncillos reconocen en la voz á la verdadera madre que puso los huevos, y en oyéndola dejan á la falsa que los sacó y los criaba, y se van tras la verdadera. Pues ¿cómo tú no dejas al mundo, aunque él te haya sustentado y regalado, por seguir á tu verdadero Hacedor y Criador?

De lo susodicho paresce claro cómo tantos son los beneficios hechos al hombre, cuantas son las criaturas del mundo, pues todas ellas fueron criadas para su servicio. Mas si tú quieres hacer otra cuenta no menos provechosa que verdadera, hallarás por cierto que tantos son los beneficios hechos al hombre solo, cuantos son los hechos á todas las criaturas del mundo: porque todos los beneficios que se hacen á ellas, más de verdad se hacen al hombre que á ellas. Ésta es una de las más dulces y verdaderas consideraciones que se pueden tomar de las criaturas. Dime, la

hermosura y virtud del sol, y de la luna, y de las estrellas, y de las flores, y de los árboles, y de las piedras preciosas, ¿á quién aprovechan más ó deleitan más, á sí ó al hombre? Del olor y de la hermosura y virtud de la rosa, ¿quién se aprovecha más ó se deleita más, el hombre ó ella? De manera que aunque ella tiene la gracia, otro es el que la goza, y así es el que recibió este beneficio y no ella. Si no, dime, cuando un padre manda hacer una vestidura preciosa para su hija, aquel beneficio, ¿á quién se hace, á la vestidura ó á la hija? Por dó parece que una cosa es la que recibe la hermosura, y otra á quien se hace la gracia, pues la hermosura es de la vestidura, y el beneficio es de la hija, y así ella es la obligada al agradescimiento della. Si esto sabes considerar, todas las hermosuras y perfecciones de las criaturas ternás por beneficios tuyos, pues todas no menos se hicieron para tu regalo y provecho que el padre la vestidura rica para la hija. De dónde vendrás á entender que el beneficio ajeno es más tuyo que del mismo que lo posee, y por consiguiente tú eres más obligado á agradescello.

La misma cuenta has de hacer de las habilidades que este Señor dió á todas las criaturas para su provisión y defensión: porque si todas ellas son para tu servicio, está claro que todos los beneficios que se hacen á ellos, se hacen á ti. Si un padre toma á su cargo la casa y familia de su hijo para sustentalla y proveella de todo lo necesario, claro está que este beneficio más se hace al hijo que no á su familia: ó por mejor decir, no se hace á la familia, sino al hijo. Porque, como dijo S. Augustín, lo que no se ama por amor de sí, sino por otro, no se ama.

Mira pues cuánto más debes al Señor de lo que pensabas, pues por aquí se ve que todos los beneficios hechos á todas las criaturas á ti los hace: porque esto es como sustentar la familia que te ha de servir, mantener el ganado que te ha de mantener, y proveer de vestido y de calzado y de armas y medicinas á los criados que te han de servir. Y pues todo esto se hace por ti y para ti, todos éstos son beneficios tuyos, aunque vengan colados por otras manos. Por lo cual entre los beneficios divinos alaba á Dios el Profeta, diciendo que produce en los montes feno y yerba para servicio de los hombres (1), porque este pasto, aunque no sea

(1) Psalm. 146.

del hombre, es de las bestias que sirven al hombre. Pues desta manera entenderás cómo todo lo que sirve á los peces de la mar, y á los animales de la tierra, y á las aves del aire, á ti sirve, pues tú eres el que te has de servir de todo.

De aquí nasce también aquella tan dulce consideración que apuntó el Apóstol, cuando dijo que todo lo que todas las criaturas producen y trabajan, para ti lo trabajan. Para ti enreda y trama el gusano hilador la seda. Para ti lleva hojas y fruto el árbol hermoso. Para ti fructifica la viña, y la huerta, y el olivar, con todas las otras arboledas y frescuras del campo. Para ti corre siempre sin cesar el agua de la fuente clara. Para ti calienta sus huevos la perdiz y la gallina. Para tu recreación hace y deshace su rueda el pavón hermoso. Para ti le dieron habilidad al pollico recién nascido, que aun no estando acabado de formar en el huevo, sepa ya vivir por sí y mantenerse por su pico. Finalmente todas las habilidades y trabajos de todas las criaturas (si bien lo miras) beneficios tuyos son El vellón de lana que cría la oveja, beneficio tuyo es. La leche y los cueros y la carne que cría la vaca, beneficio tuyo es. Las uñas y armas que tiene el azor para cazar, beneficio tuyo es. La música del ruiseñor y de las otras aves que cantan á la primavera, beneficio tuyo es. ¡Oh cuán grande campo tienes aquí para tender los ojos y espaciarte por todas las criaturas, pues todo cuanto hay en ellas es como un sobreescrito que dice á ti: Contigo lo ha Dios, á ti habla, á ti lo dice, á ti quiere enseñar, y despertar, y predicar, y atraer á sí por todos estos medios! Pues ¿cómo entre tantos resplandores y muestras de su bondad no le conosces? ¿Cómo entre tantos beneficios no le amas? ¿Cómo entre tantas voces con que te llama, no le oyes? ¿Cómo nunca preguntas en tu corazón alguna vez: ¿Quién es éste que de tantas mercedes me tiene cercado? ¿Quién es éste que por tantas vías se me descubre? ¿Quién es éste que por tantos caminos me quiere atraer á su amor? ¿Quién es éste que con tantos argumentos y testigos se me quiere dar á conoscer? ¿Quién es éste que en tanto me estima, que todas las cosas crió para mi servicio? ¿Quién es éste que por su sola bondad, sin habérselo yo servido, ha querido hacerse como pastor de mi ganado, y mayordomo de mi hacienda, y defensor de mi familia, médico de mis criados, y procurador de todos mis negocios? Pues ¿cómo entre tantos beneficios no es amado? ¿Cómo entre tantas muestras de

quién es, nos desaparece? ¿Cómo ofresciéndosenos en todas las criaturas, no lo hallamos? ¿Cómo obrando tantas maravillas, no le conoscemos? Mayor maravilla es ésta que todas las otras maravillas, porque éste es el efecto de la corrupción del pecado, hacernos tan ciegos, que entre tantos resplandores no veamos, y tan insensibles y desconoscidos, que entre tantas llamas de beneficios no nos quememos. Maravilla fué de Dios que estando los tres mozos en medio del horno de Babilonia, no se quemasen (1): y maravilla es también, no de Dios sino del demonio, que estando nosotros en medio de tantas llamas de beneficios divinos, cuantas creaturas hay en este mundo, no se abrasen nuestros corazones en amor de quien tanto bien nos hace.

TERCERA CONSIDERACIÓN

DEL BENEFICIO INESTIMABLE DE LA INCARNACIÓN Y NASCIMIENTO DE NUESTRO SALVADOR, Y DE OTROS PASOS DE SU VIDA SANCTÍSIMA

Adóroos, Señor mío Jesucristo, rey de los cielos, lumbre del mundo, señor de los señores, príncipe de paz, virtud de Dios y sabiduría del Eterno Padre. Adóroos, reconciliador de los hombres, abogado de los pecadores, refrigerio de los trabajados, consuelo de los afligidos, y galardón de los justos. Adóroos, pan de vida, medicina del ánima, redemptor del mundo, alegría del cielo, sacrificio agradable, hostia pacífica, que con la suavidad y olor de vuestras virtudes inclinastes los ojos del Eterno Padre á que mirase nuestras miserias, y oyese nuestros gemidos, y nos recibiese en su gracia. Oh piadosísimo Jesú, aquí vengo á confesar esta inestimable piedad de que usastes con nosotros sin habérosla merescido, y á ofreceros sacrificio de alabanza por todos los beneficios que tuvistes por bien hacer á esta mala semilla, vasos de ira, hijos reprobados, siervos sin provecho, y merecedores de muerte. Porque siendo tales cuales éramos, inclinastes vuestros ojos dende lo alto á mirar nuestras miserias, y vistes la aflicción de vuestro pueblo, y descendistes á libertallo. Y

(1) Dan. 3.

siendo verdadero Hijo de Dios, que sustentáis todas las cosas con vuestra virtud, y las regís con vuestra sabiduría, ante cuyo nombre se arrodilla toda la naturaleza criada, con todo eso no os desdeñastes de inclinar la alteza de vuestro poder á la cárcel tenebrosa deste siglo, y haceros participante de nuestras miserias, y vestiros del saco de nuestra mortalidad, para consumir con vuestro poder nuestra flaqueza, y trocar nuestra mortalidad en eternidad, y lavar nuestros pecados con vuestra sangre, y restituir nuestra naturaleza á la inocencia perdida.

Y no quisistes enviar para esto ninguno de los ángeles ó de los querubines ó serafines, sino vos mismo quisistes venir de voluntad del Padre (cuya bondad infinita se nos descubrió en vos, que sois imagen y palabra suya) no mudando el lugar que teníades, sino ofresciendo á nuestros ojos vuestra presencia por medio de vuestra sancta humanidad. Para esto descendistes del seno del Padre en las entrañas de la madre, en las cuales por sola virtud del Espíritu Sancto fuistes concebido con tan grande maravilla, que ni perdistes nada con la humanidad de la gloria del Padre, ni disminuistes nada con el nascimiento de la virginidad de la madre. ¡Oh maravillosa é incomprehensible contratación! El Señor de la gloria juntó su altísima divinidad con la bajeza de nuestra humanidad. El hacedor de las criaturas no se desdeñó de tomar forma de siervo, y no sólo de siervo, sino también de pecador. ¡Oh amantísimo Jesú, qué tan grande fué la caridad que en esta obra nos mostrastes! No os contentastes con ser nuestro señor, criador y protector, sino también os hicistes nuestro compañero, nuestro hermano, nuestra carne y nuestra sangre. Desta manera se humilló el Salvador, y así en cabo de los nueve meses vino á salir del tálamo virginal á este mundo con toda la muchedumbre de sus misericordias. Allí ponen á Dios en un pesebre, tiéndenlo en aquella tan humilde cama, envuélvenlo en pobres pañales, y cuando se desatan las fajas, extiende aquellas dichosas manos y brazos por aquella cama tan estrecha. ¡Oh humildad inefable! ¡Oh pobreza inestimable! ¡Oh amor incomprehensible! Mira cómo está en un pesebre aquel Dios tan grande que hinche cielos y tierra, cómo está envuelto en pañales aquél para quien es angosta la anchura de los cielos, cómo está colgado de los pechos de una doncella aquél de quien depende toda la naturaleza criada, cómo se mantiene con un rayo de leche el que da pasto

á todas las criaturas, cómo llora en la cuna el que truena en los cielos, á cuya voz se humillan y encogen sus alas los poderes angélicos. ¿Para qué tan humilde, para qué tan pobre quisistes nascer, Dios mío, sino para comenzar la primera lección de vuestra doctrina, que es la humildad, la cual es principio y fundamento de todas las virtudes?

Pues ¿qué diré de vuestra pobreza? En tanta manera os hecistes pobre, que aun para este nascimiento no tuvistes un solo rinconcillo proprio en que fuésedes albergado, sino un establo, y aun éste tomó prestado la sanctísima madre vuestra de unos pobres animales. ¿Cuál criatura hubo jamás en el mundo tan pobre, que cuando pariese, viniese á poner su hijo en un pesebre entre las pajas y el feno y entre el vaho de las bestias, por falta de otro refrigerio? Pues tal posada escogió para sí el hacedor del mundo, y tales regalos tuvo aquel sagrado parto. El palacio es un establo, la cuna es el pesebre, la cama es el heno, y la púrpura real unos pobres pañales, y criados no se compadecen con este tan pobre aparato. La madre es la comadre, y la señora, y la criada, y el todo de aquella casa: ella es la que sirve al hijo, la que le da la teta, y lo arrulla, y lo adora, y lo abraza, y lo arrima á sus pechos virginales.

Demás desto, ¿qué corazón habrá, Señor mío, que no se mueva á amor y devoción considerando no sólo esta tan extremada pobreza, sino también el amor inestimable que aquí nos mostrastes, cuando tan pobre os hicistes para vos, y tan rico para nosotros? De los hombres es enriquecer á otros con su pobreza, porque es menester que quiten de sí lo que han de dar á otros. Mas vos, Señor, ¿qué necesidad teníades de empobreceros para enriquecernos? Tomastes mi humanidad para darme vuestra divinidad: hicístesos hijo de hombre para hacerme hijo de Dios, para que yo fuese por gracia lo que vos érades por naturaleza: y allende desto posístesos en un pesebre para haceros manjar de bestias, siendo vos pan de los ángeles. Porque ¿quién son los hombres sino aquellas bestias de quien dijo el Profeta: Pudriéronse las bestias en su estiércol: esto es, en la corrupción de sus pecados? Pues por los hombres hechos bestias os pusistes vos en ese pesebre, y os hicistes heno (pues toda carne es heno) para que allí os hallasen las bestias en su proprio lugar. Vistes á los hombres hechos carne y que no sabían amar sino carne, y por esto os he-

cistes carne, en la cual les pusistes tanta suavidad, que de durísimo corazón será quien no os amare con todas sus entrañas.

Pues ¿quién podrá explicar los trabajos que en esa carne sanctísima padecistes, los caminos que anduvistes, y los ejemplos de virtudes que en todo el discurso de vuestra vida sanctísima nos distes? ¿Qué fué toda vuestra vida sino una luz y un dechado perfectísimo de toda virtud? Por dónde, cuando quiero conoscerme, miro en vuestra sanctísima vida como en un espejo resplandesciente, y ahí veo claro lo que me falta. Ahí hallo verdadera obediencia, profunda humildad, voluntaria pobreza, inefable pureza, maravillosa paciencia, constante perseverancia, longanimidad grande, y sobre todo incomprehensible caridad, y aquella virtud de que mayor necesidad tiene nuestra miseria, que es vuestra gran misericordia, y finalmente todas cuantas virtudes yo puedo desear, aquí las hallo como escritas y debujadas en una tabla muy acabada. Porque verdaderamente vos sois aquel libro que el Profeta vió escrito dentro y fuera (1), pues toda vuestra vida sanctísima en lo que descobría por de fuera y en lo que encerraba de dentro, está llena de maravillosas doctrinas y virtudes: y sin dubda quien estudiare en este libro, y lo comiere como el Profeta, hallará en él bocados de oro. Pues, oh clementísimo y dulcísimo Señor, ¿qué os puedo yo dar por tantos beneficios? Verdaderamente, si yo tuviese todas las vidas de los hijos de Adán, y todos los días y años del siglo, y todos los trabajos de los hombres que son, fueron y serán, todo esto sería nada para pagar el menor destos beneficios. Y pues nada desto puedo, y vos, Señor, hecistes todo esto para que yo dello me aprovechase, suplícoos queráis añadir otra gracia á todas estas gracias, que es, darme conoscimiento y agradescimiento de tales beneficios, y amor ardentísimo á quien tanto bien me hizo, y cuidado y diligencia para saber aprovecharme dellos.

(1) Ezech. 2.

CONSIDERACIÓN CUARTA

DEL BENEFICIO INESTIMABLE DE NUESTRA REDEMPCIÓN

Dicen los sanctos doctores que para entender algo del beneficio inefable de la pasión y muerte de nuestro Redemptor, debemos considerar estas cuatro principales circunstancias que en ella hubo: conviene saber, quién padece, qué es lo que padesce, por quién padesce y por qué causa lo padesce. Porque cuanto más claro conosciéremos la calidad de cada una destas circunstancias, tanto crescerá más en nuestras ánimas la admiración desta obra y el agradescimiento deste incomparable beneficio.

Pues comenzando por la primera, levanta los ojos á considerar quién es este Señor que padesce. Mas ¿quién podrá responder á esta pregunta, pues el que padesce es Dios? ¿Quién es Dios? Él solo lo sabe, y él solo lo dijo en una Palabra Eterna que habló, que fué su unigénito Hijo. De manera que cuan lejos está la criatura de ser Dios, tanto lo está de poder declarar qué cosa es Dios. Pues ¿cómo diré yo, Señor mío, quién sois vos? Diré lo que vos de vos dijistes á un Profeta: Yo soy el que soy (1). Vos sois un ser infinito que de nadie procede, sino de vos mismo, y fuera de vos no hay cosa que tenga ser de sí, sino de vos, que sois el principio y fuente del ser. Todo lo que tiene ser, está colgado como de un hilico de vuestra sola voluntad. De nada lo hecistes todo con vuestra omnipotencia, y sin ayuda de nadie lo conserváis todo por vuestra bondad, y en nada lo volveríades todo, si os pluguiese, con sólo querer. Vos solo sois el que sois, y todo lo que es, comparado con vuestro ser, no tiene ser. Las estrellas no resplandescen en vuestra presencia, los ángeles no son limpios en vuestro acatamiento, toda la hermosura ante vos es fealdad, todo poder es flaqueza, todo saber es ignorancia, toda bondad es defecto, porque no hay nadie bueno sino Dios. Vos solo sois bueno sin defecto, sabio sin error, poderoso sin contradición, dadivoso sin acepción de personas, justo sin movimiento de pasión, mag-

(1) Exod. 3.

nífico sin detrimento, y grande sin comparación. Es tan grande vuestra hermosura, que quien os piensa de alabar cumplidamente, escuresce vuestra gloria, y quien se compara con vos, pierde la suya. Pues ¿qué diré de vuestra grandeza y omnipotencia? Todas las cosas obráis, y no os dividís: siempre obráis, y siempre estáis quieto: dondequiera estáis, y en ninguna parte faltáis. Este tan gran poder declarastes vos, Señor, al sancto Job, representándole la grandeza de vuestras obras por estas palabras (1): ¿Dónde estabas tú, cuando ponía yo sus fundamentos á la tierra, cuando la cargaba sobre sus cimientos perpetuos, cuando me alababan las estrellas de la mañana, y cantaban mis alabanzas todos los hijos de Dios? ¿Quién puso puertas á la mar, cuando sus aguas como de un vientre prorrumpían? ¿Quién es el que derrama la luz por los aires, y reparte los calores sobre la tierra? ¿Quién dió su corrida al torbellino de las aguas, y quién abrió camino para los truenos sonorosos? ¿Quién es el padre del agua lluvia, y quién engendra las gotas del rocío de la mañana? ¿De cúyo vientre salieron las heladas, y quién las hace caer de lo alto? ¿Quién suspende las aguas en las nubes, para que no caigan de lleno sobre la tierra? Por su virtud y fortaleza se ayuntaron los mares, y por su prudencia fué derribado el soberbio. El espíritu suyo hermoseó los cielos, y entreveniendo su mano poderosa, salió á luz la culebra enroscada.

Pues ¿qué diré de la grandeza de vuestra majestad? Miráis la tierra, y hacéisla temblar: tocáis á los montes, y hacéislos arder: mandáis á la mar, y levanta sus ondas: llamáis á las estrellas, y obedecen á vuestro llamado. Los señoríos y poderes angélicos os adoran, los más altos serafines encogen ante vos sus alas, y se tienen por unos viles gusanicos. Pues ¿qué diré, Dios mío? ¿Cómo podré decir quién sois? Confiésenos, Señor, vuestras obras, y vuestros sanctos para siempre os bendigan: prediquen los cielos vuestra grandeza, las estrellas vuestro resplandor, las flores del campo vuestra hermosura, la tierra vuestra providencia, la mar y sus ondas vuestra majestad. Vos criastes todas las cosas sin trabajo, gobernáislas sin fastidio, sustentáislas sin cansancio, y poseéislas sin necesidad.

(1) Job 38.

§ I

Pues, oh Rey mío, déme agora licencia vuestra Majestad para que ose yo decir, mas mejor diré, para que pueda yo sentir lo que vos (siendo tal cual sois) padecistes por mí. Y mientra yo lo estuviere diciendo, estén todos los coros de los ángeles arrodillados ante vos, dándoos gracias por lo que por nosotros hecistes. Vos tan grande y tan admirable abajastes de aquella soberana cumbre de vuestra gloria á este valle de lágrimas en hábito de hombre pecador, donde padescistes hambre, sed, frío, cansancio, persecuciones, dolores y pobreza tan grande, que teniendo las zorras cuevas, y las aves del aire nidos, vos, riqueza del cielo, no tuvistes donde reclinar vuestra cabeza. Nacéis en un establo en compañía de bestias, pónenos en un pesebre por falta de cuna, cauterízanos con señal de pecador al octavo día, levántaos luego persecuciones el mundo, huís á tierras extrañas, buscáis el silencio de la noche escura para esta huída. No os excusa la inocencia de la edad de los trabajos, ni se da reposo á tan delicado cuerpo, ni está ociosa la niñez en tan tiernos años. Cresca el cuerpo, y crescerán los trabajos, y entonces padesceréis cosas mayores. ¿Quién podrá, Señor, explicar aquí los cansancios y fatigas de vuestros caminos, vuestras vigilias, vuestras oraciones, vuestras piadosas lágrimas, vuestros ayunos, vuestra pobreza, vuestra hambre, vuestras persecuciones, y las injurias de todos vuestros adversarios? En contra vos hablaban y urdían traiciones los que estaban como jueces asentados á la puerta, y sobre vos hacían coplas y cantares los que bebían vino. Finalmente, tal fué, y tan acosada vuestra vida, que con mucha razón pudistes decir con el Profeta (1): Pobre soy yo, y ejercitado en muchos trabajos dende el principio de mi mocedad.

Pues ¿qué será si juntamos con los trabajos de la vida los de la muerte y de la cruz? Allí es presa la libertad, acusada la verdad, azotada la inocencia, escupida la hermosura, condenada la justicia, escarnescida la gloria, muerta y crucificada la vida. ¿Qué cosa más espantable? ¡Dios muerto, Dios azotado, el poder de

(1) Psalm. 87.

Dios atado á una columna, la imagen del Padre escupida de los malos, finalmente, Dios puesto en un palo, desnudo, entre dos ladrones, en presencia del mundo! ¿Qué cosa se puede pensar de mayor admiración? ¡Oh alteza de caridad! ¡Oh bajeza de humildad! ¡Oh grandeza de misericordia! ¡Oh abismo de incomprehensible bondad! No pases adelante, ánima mía, que no hay fuerzas para lo demás.

Y si para esto no bastan, ¿qué será si consideramos por quién todo esto se padesce? ¿Por quién se padece? No por ángeles ni por arcángeles, sino por el hombre. ¿Qué cosa es el hombre? Es una criatura, en lo que toca al cuerpo, más flaca y miserable que todos los animales, y en las costumbres muchos hay más brutos y más sucios, más crueles y desconoscidos que ellos. Pues ¿por unas criaturas tan viles muere Dios? ¿Por aquella manada de serpientes y víboras que vió S. Pedro (1) en aquel lienzo que bajaba del cielo? ¿Por unos hijos de Satanás en sus obras, derramadores de sangre, matadores de padres y madres, corrompedores de toda honestidad y justicia, quebrantadores de todas las leyes, inventores de toda maldad? ¿Por unos ingratos y desconoscidos á los beneficios de Dios, rebeldes á su obediencia, atrevidos á su Majestad, blasfemadores de su gloria? ¿Por unas centellas vivas del infierno, cuyos corazones ni pueden ser vencidos con beneficios, ni movidos con amenazas, ni atraídos con promesas, ni domados con castigos para que teman á Dios? ¿Por unos hombres que no contentos con sus maldades domésticas y proprias, rodearon toda la tierra y tomaron todas las propriedades y malicias de las fieras para imitarlas, y en todas los hicieron ventaja, siendo más crueles que tigres, más feroces que leones, más carniceros que lobos, más ponzoñosos que víboras, más astutos que serpientes: y no contentos con haberse hecho depositarios de todos los vicios de la tierra, abajaron al infierno, y de los mismos demonios aprendieron sus blasfemias, sus soberbias, sus envidias y perpetua obstinación en el mal, y aún no contentos con haber metido en su casa tanta muchedumbre de maldades peregrinas, paresciéndoles que era poco todo esto, inventaron ellos de sí otros nuevos géneros de maldades y de lujurias, que ni entre bestias ni demonios nunca jamás se vieron ni verán? ¿Por tales hombres,

(1) Act. 10.

que muchos dellos sin propósito y sin deleite, cansados y quebrantados ya de sus gulas y lujurias, buscan el vicio, no ya por el deleite del vicio, sino por pura maldad y costumbre depravada, aunque les sea penosa, como dijo Hieremías (1): Procuraron de ser malos, aunque fuese con trabajo? Pues, Señor mío, ¿por sanctificar este saco de serpientes y escorpiones morís en cruz? ¿Por tales criaturas tal Dios padescéis tales cosas? La sangre se nos había de helar, y pasmar todos los miembros, y atónitos habíamos de quedar cuando esta bondad considerásemos. Párate á mirar, oh ánima mía, quién es Dios, y después abájate á mirar quién es el hombre, y verás cuánto mayor es esta misericordia de lo que juzgan los hombres. Suele desvanescerse la cabeza cuando dende algún lugar altísimo mira el hombre hacia bajo alguna grande profundidad. Pues ¿qué cosa más alta que Dios? ¿Qué cosa más baja que el pecador? Pues el ánima que con lumbre de Dios conosce lo uno y lo otro, y se pára á considerar qué tanto se abajó aquella alteza por una cosa tan vil, no le queda huelgo ni sentido sino para dar voces con el Profeta, diciendo (2): Desfallescido ha, Señor, mi ánima considerando vuestra salud: conviene saber, el medio que tomastes para salvarme, que fué muerte de cruz.

§ II

Mas suplícoos agora, Rey mío y misericordia mía, me queráis declarar cuál fué la causa que movió vuestro piadoso corazón, y lo venció á que tales cosas padesciésedes por tan viles criaturas. ¿Por ventura pretendíades algún interese, ó alguna mayor gloria ó bienaventuranza de la que teníades? ¿Qué fruto pensábades coger de sementera tan costosa? ¡Oh verdadera gracia! ¡Oh amor desinteresado! ¡Oh pura y sincera bondad! ¿Qué necesidad teníades vos, Dios inmenso, del servicio de las hormigas? ¿Qué provecho os podía acarrear la salud de los hombres? No seríades Dios verdadero, si pudiésedes recebir añadidura. Así lo dijistes vos á un amigo vuestro. ¿Quién me pudo dar á mí alguna cosa primero, para que yo le deba algo? Todas cuantas cosas hay de-

(1) Hierem. 9. (2) Psalm. 118.

bajo del cielo, mías son. Primero (dice el Profeta (1) que se hiciesen los montes, y se fundase la tierra y su redondez, vos érades Dios. ¿Qué quiere decir, érades Dios? Érades un ser infinito, una bienaventuranza cumplida, un abismo de todos los bienes, que ni os venía de los montes, ni de la tierra, ni de nadie, sino de vos. Y así como estuvistes por infinito espacio sin el servicio deste mundo, así pudiérades estar eternalmente sin que os hiciera falta. No lo criastes para recibir algo dél, sino para dalle parte de vos. Es tan grande el mar de vuestra bienaventuranza, y nasce tan dentro de vos mismo, que ni con este mundo ni con otros mil mundos que creásedes, puede crescer. Todos los ríos entran en la mar, y la mar no cresce: todos los cielos y las virtudes de los cielos magnifican vuestra gloria, y con todo esto no se hace mayor. ¡Oh mar Océano de todas las perfecciones! ¡Oh abismo de infinita gloria! ¿Qué á vos con nuestras miserias? ¿Qué á vos con nuestros dolores? ¿Qué á vos con la columna, con los azotes, con las bofetadas, y con la cruz? ¿Por qué tantas injurias? ¿Por qué tanto dolor? Por las entrañas (dice el Profeta) de la misericordia de nuestro Dios, por las cuales tuvo por bien visitarnos, viniendo de lo alto (2). ¡Oh entrañas piadosas! ¡Oh entrañas amorosas! ¡Oh entrañas hechas un piélago de misericordia y amor! Pues por estas tales entrañas, y no por interese ni por necesidad, os condolistes de nuestros errores, y os apiadastes de nuestro captiverio, y vistes la aflicción de vuestro pueblo, y descendistes hasta meteros entre las zarzas y espinas para librallo. No porque os lo merescieron, no porque eran vuestros amigos, sino por solas entrañas de piedad y compasión. No os puso asco vestiros de carne que de tal carne descendía, no la angostura de nuestro corpezuelo, no la bajeza de nuestra naturaleza, no las miserias de nuestra mortalidad, no el horror del establo, no la dureza del pesebre, no los malos tratamientos del mundo, ni la muerte de cruz. Abajastes del cielo, águila noble y real, no á echar las uñas en la caza para manteneros, sino para que echásemos las uñas en vos para mantenernos con vuestra carne. Fuente de amor increado, si tanta fuerza os hacía esa caridad, que queríades salir fuera de vos y desposaros con alguna de vuestras criaturas, no teníades necesidad de abajar á la tierra de los filisteos: allá

(1) Psalm. 89. (2) Luc. 1.

en vuestra tierra teníades criaturas más nobles y más propincuas á vos por naturaleza y gracia para esto. Allá estaban las substancias angélicas, con quien pudiérades desposaros. ¿Para qué quisistes adeudar con los pecadores? ¿Para que quisistes tomar esposa de linaje de los no circuncidados, que después os venga á poner en manos de vuestros enemigos, y os hagan morir? ¿Qué respondéis á esto, Señor mío, qué respondéis? No otra cosa más de lo que aquel Patriarca que os figuraba, respondió: Así quiero que sea, porque así fué agradable á mis ojos (1). Ésta pues fué la causa de tan grande maravilla, que fué la gracia y el beneplácito de vuestra clementísima voluntad.

Pues ¿qué gracias os daremos, Señor, por tan grande beneficio? ¿Con qué amor amaremos á quien nos puso delante una muestra de tan incomprehensible bondad? ¿Cómo es posible haber en el mundo quien no os ame, y quien de tal beneficio se olvide? Antes, Señor, me olvide yo de mí que de tal beneficio. Esos clavos con que vuestras manos inocentísimas fueron atravesadas, traspasen siempre mi corazón. Ese trueque tan piadoso que hecistes tomando sobre vos mis males, y dándome tan largamente vuestros bienes, nunca se caiga de mi memoria. Y pues vos todo el tiempo que vivistes, deseastes la cruz en que por mí habíades de morir, todo el tiempo que yo viviere, la tenga siempre delante, para habérosla de agradescer.

CONSIDERACIÓN QUINTA

DEL BENEFICIO DEL SANCTO BAPTISMO Y DE LOS OTROS SACRAMENTOS, Y SEÑALADAMENTE DE LA CONFESIÓN Y DEL SANCTO SACRAMENTO DEL ALTAR

Muchas gracias os doy, clementísimo y benignísimo Señor y Padre mío, porque tuvistes por bien de adoptarme por hijo mediante el sacramento del sancto Baptismo. ¿Qué me aprovechara haber sido criado y conservado en el ser de naturaleza, si no fuera reengendrado por este Sacramento en el ser de gracia? ¡Cuántas son las criaturas, mas cuántas las

(1) Jud. 14.

ciudades y las provincias y regiones á quien por los altos juicios de vuestra profundísima sabiduría no se comunica este beneficio! Para los cuales podemos decir que no hay redención, pues no gozan de los Sacramentos, por los cuales se duplica el mérito de vuestra sagrada pasión. Porque así como las causas universales (como son los cielos y los planetas) han menester otras causas particulares por quien produzgan particulares efectos, así ordenó también vuestra providencia que la causa universal de nuestro remedio (que es la sagrada pasión) se comunicase por medio de los Sacramentos, que son como causas particulares que obran en virtud desta universal, de la cual proceden las influencias de todo nuestro bien. Pues ¿qué fuera de mí, si no fuera baptizado, sino quedarme sin redempción y sin remedio? Y como sean tantos los ue no gozan deste beneficio, y tan pocos los que lo reciben, quesistes, Padre clementísimo, que fuese yo uno destos pocos á quien cupiese tan dichosa suerte, que pudiese decir con el Profeta: Muy esclarescida es la suerte que me cupo en el repartimiento de la tierra, porque mi heredad es muy esclarescida para mí.

Muchas gracias pues os doy, Señor, por este beneficio tan grande, porque como me alegro mucho de ser cristiano y no moro, ni judío, ni pagano, así os alabo muy de corazón porque por vos soy lo que soy. Si aquel sabio de Grecia daba gracias porque era griego y no bárbaro, siendo también Grecia servidora de ídolos, ¿cuánto mayores gracias os debo yo dar porque soy cristiano y no pagano, y porque adoro al verdadero Dios y no piedras ni demonios?

§ I

Mas no se contentó vuestra piedad con el beneficio deste solo Sacramento: de otros muchos también me proveístes para que así como eran muchas mis necesidades y dolencias, así fuesen muchas vuestras medicinas y remedios. Un sacramento ordenastes para que de nuevo me reengendrase, otro para que después de engendrado me esforzase, otro para que cuando estuviese enfermo, me curase, otro para que después de curado y sano me sustentase, y otro para que refrenase mis deleites sensuales, y otro para que ordenase mi vida, y otro para que me ayudase

en la muerte. En todo me socorrió cumplidamente vuestra providencia, y como quien sabía bien mis necesidades, así proveyó para cada una convenientísimos remedios, aunque fueron tan costosos á quien los daba que cada uno le costó la vida, para que á costa de la vida de Dios humanado se reparase la vida del hombre perdido.

Y dejando agora los otros sacramentos, ¿qué sacramento es aquél tan admirable, á quien distes virtud para perdonar los pecados? ¿Quién puede perdonar pecados sino Dios, pues ellos son injurias del mismo Dios, y él es el juez y la parte que ha de perdonar? Y vos, Señor, pusistes el perdón destos pecados en las manos de otro hombre pecador como yo, que mora par de mi casa, para que si hubiere hecho un pecado contra vos por donde merescía ser desterrado del cielo y raído del libro de la vida, que en yendo á casa de mi vecino, con decírselo y llorarlo y proponer la enmienda dél, vuelva luego á estar en vuestra gracia y á ser escrito en el libro de la vida.

¿Cuántos caminos es menester andar en la tierra, y cuántos rogadores se han de buscar para alcanzar perdón de la culpa que un hombre hace contra otro? Pues ¡cuánto menos que esto basta para alcanzar perdón de Dios! ¡Cuántos martirios de médicos y zurujanos se han de pasar para curar una herida del cuerpo! Mas para curar una llaga tan mortal del ánima no es menester más que tener verdadero dolor, y arrepentimiento de lo hecho, y propósito de emendarlo, y entrar en casa del sacerdote, y confesarle tu pecado. ¡Oh maravillosa clemencia! ¡Oh espantosa largueza! ¡Oh entrañas de infinita misericordia!

Mas ¿de dónde procede todo esto, sino de la satisfación y penitencia que vos primero hecistes por nuestras culpas? Porque vos, Señor, pagastes tan por entero, me piden á mí tan poco, porque tenían ya, primero que yo pecase, recibida la satisfación de mi delicto. Mas ¡oh dureza y desconoscimiento de los hijos de Adán, que aun por este precio no quieren comprar el perdón de sus pecados! ¿Á qué más bajo precio pudiera descender aquella divina justicia, que obligarse á perdonar la culpa solamente por confesarla, y dolerte, y arrepentirte della?

§ II

Pues ¿qué diremos del Sacramento del altar, y de las mercedes que nos hecistes en él? No bastarían para declarar esto lenguas de hombres ni de ángeles. ¿Qué cosa puede ser de tan grande admiración como ver aquel Señor de la majestad, cuya silla es el cielo, cuyo estrado real es la tierra, cuyos criados son los serafines, cuyos mensajeros son los ángeles, cuya familia es todo lo criado, que haya querido morar con nosotros en este valle de lágrimas, y tenernos compañía en este destierro, y estar para esto depositado en las iglesias, para ayudar á nuestra devoción con su presencia, y asistir á nuestras lágrimas, y darnos á entender que tan cerca está para oir nuestras oraciones en el cielo, cuan cerca de nosotros se quiso poner acá en la tierra? Allí está para que cada vez que quisieres puedas hablar con él cara á cara, y darle parte de tus trabajos, y derramar delante dél tu corazón, y tener compañía con él en tu oración, y ver con los ojos de la fe ante ti aquél que no es menos piadoso que poderoso para sacarte de cualquier trabajo.

No era más que una como sombra deste beneficio la que fué dada á los judíos en el arca del Testamento, y desto solo se maravilló en tanta manera aquel tan sabio rey Salomón (1), que dijo: ¿Es posible que de verdad haya Dios de morar con los hombres en la tierra? Si en el cielo de los cielos no puede caber tu grandeza, ¿cómo podrá caber en esta casa que yo te he edificado? ¡Oh misterio de grande veneración! ¡Oh beneficio digno de inestimable agradescimiento! ¡Oh, si supiesen estimar los hombres estas mercedes vuestras, Señor nuestro, para saber dar las gracias por ellas, y también para saber preciarse y aprovecharse dellas!

Mas no sé en qué manera se ciegan nuestros ojos, pues estando en medio de nosotros no os conoscemos. Porque si conosciésemos el don de Dios y supiésemos quién es éste que está entre nosotros, ¡con qué reverencia asistiríamos delante dél, con qué confianza le presentaríamos nuestras oraciones, con qué priesa

(1) II Para. 6.

acudiríamos á los lugares sagrados, y con qué pureza de ánimas nos aparejaríamos para entrar en los templos! Verdaderamente dende muchas leguas que viésemos un lugar sagrado, nos habíamos de humillar á él y hacelle reverencia, pues ya no es de menor dignidad el templo material que el cielo empíreo, pues contiene dentro de sí el mismo tesoro. Ésta es la causa por donde ha habido en el mundo tantos sanctos y sanctas que de día y de noche estaban en los templos acompañando con toda la Corte del cielo este divino misterio con tanta reverencia, que no se osaban ni asentar, ni arrimar á las paredes, aunque estuviesen enfermos y fatigados (como se lee de S. Francisco) por la reverencia que tenían á este lugar sagrado.

¡Quién tuviese agora lágrimas para llorar la descortesía de nuestros tiempos, y la poca reverencia de los que andan al derredor de los altares! ¡Oh Señor, y cómo siempre cupo al mundo en suerte no conosceros! Al mundo venistes, y el mundo no os conosció: y agora también estáis en el mundo, y el mundo apenas os conosce. Culpamos á los judíos porque estábades en medio dellos, y no os conoscían, por veros en forma de hombre, y no culpamos á nosotros, pues que estando con nosotros, no os conoscemos, por estar en forma de pan.

Ruégote pues, oh cristiano lector, abras en este caso los ojos, y no te vayas tras el hilo de la gente, que con tan poca cortesía asiste delante de Dios. Pueda más contigo la fe que la mala costumbre, prevalezca la verdad contra el estilo de los hombres, y venza el temor y reverencia de Dios al abuso y descortesía del mundo. Mira la reverencia con que están los hombres ante los príncipes de la tierra, y en esto verás lo que se debe á la majestad de aquel Emperador que cuando menea los ojos, hace temblar las columnas del cielo.

De un paje de Alejandro Magno se lee que como se le fuese acabando una candela que tenía en la mano, con que estaba alumbrando á su señor, y se le comenzasen ya á quemar los dedos, no la osó soltar ni hacer desdén con el cuerpo, por el temor y reverencia de Alejandro. Pues si tanta cortesía hacen unos gusanillos á otros, ¿cuánto mayor se debía hacer á la majestad de Dios?

§ III

Demás desto considera cómo este mismo Señor, no contento con estar siempre en los templos y lugares sagrados para remedio y compañía de los hombres, quiere también por su inmensa caridad descender cada día del cielo á visitarnos en el sacrificio de la misa, con innumerable muchedumbre de ángeles, para ser ofrescido por nosotros ante los ojos del Padre, y renovarle la memoria de sus servicios antiguos, para que nos haga nuevas mercedes: y no sólo para esto, sino también para despertar en nosotros nueva devoción y alegría con su presencia, y darnos parte de los tesoros de su pasión y de su gracia. Mira pues cuán cargada viene esta celestial abeja de miel, cogida de las flores de sus llagas, para bastecer la colmena de su Iglesia, y proveella de panales de inestimable suavidad. Viene lleno de virtudes y gracias y de todos los méritos de su sagrada pasión, para dar parte de sí á todos aquéllos que celebran y asisten á las misas con ánimas limpias y aparejadas para tales tesoros. Viene con tanta paciencia, que ninguno estará ahí tan malo ni tan grande enemigo suyo, que no esté aparejado para recibirle, si él se quisiere emendar. Viene con tanta liberalidad y largueza, que ninguno habrá ahí tan pobre ni tan miserable, que no esté prompto para darle, no solamente sus riquezas, sino también á sí mismo. Por lo cual, si los hombres tuviesen el sentido y reconoscimiento deste misterio, dende muchas leguas habían de venir sólo por hallarse presentes á una misa, y hacerse participantes de tan grandes riquezas. Porque si por sólo ver el sancto sepulcro (que es lugar donde estuvo el cuerpo deste Señor) se ponen los hombres en un tan largo y tan peligroso camino, y si aquellos sanctos Magos vinieron dende Oriente hasta Betleem por adorar al Señor en el pesebre, ¿qué menos es lo que dentro de sí contiene la hostia consagrada, que lo que contenía el sancto sepulcro y el pesebre?

Y si es tan grande misericordia venir este Señor á donde tú le veas, ¿cuánto mayor es convidarte á que lo recibas? ¡Oh misericordia inmensa! ¡Oh comunicación de inefable bondad! El Señor de los serafines, el piélago de toda la majestad y grandeza, para quien es pequeña casa todo lo criado, tiene por bien, oh

ánima mía, no sólo de visitarte cada día, sino también de entrar en tu pobre choza, y cenar contigo, y tener contigo sus deleites, y darte parte de sus tesoros. Una vez vino al mundo, y muchas veces quiere venir á tu ánima á obrar en ella lo que obró en el mundo cuando vino á él. Porque así como cuando vino al mundo, dió al mundo vida de gracia, así viniendo al ánima, da la misma vida y la misma gracia, con la cual alumbra sus tinieblas, esfuerza su flaqueza, enciende su tibieza, quita sus culpas, repara su vida, enriquesce su pobreza, y honra á todo el hombre con su divina presencia.

Pues ¿qué gracias os podemos dar, Señor, por este beneficio? En los otros beneficios distes vuestras cosas, mas en éste dais á vos mismo (que es la mayor de las dádivas) por donde ya puede mi ánima gloriarse con la esposa en los Cantares, diciendo (1): Comido he el panal juntamente con su miel, que es, darnos este Señor todo junto persona y bienes. Darnos los bienes era obra de Señor liberalísimo, mas darnos persona y bienes todo junto es de amantísimo esposo. Pues ¿cómo no se derriten nuestras entrañas con esta dádiva? ¿Cómo no desfallescen los hombres (como á muchos de los sanctos acaesció) con esta tan inestimable suavidad? ¡Oh amorosísimo y dulcísimo Esposo de las ánimas! ¡Oh clementísimo Señor! ¡Oh benignísimo Padre! ¡Oh fidelísimo pastor! ¡Oh dulcísimo hermano y compañero de nuestra peregrinación! Alábenos los cielos por este beneficio, y todas las criaturas canten siempre vuestras alabanzas y maravillas.

Mas ¿qué diré, Rey mío? ¿Con qué palabras encaresceré el querer pasar por do pasáis, para venir á las ánimas de los vuestros? Ya no nos maravillamos tanto de venir á do venís como de pasar por do pasáis. Otra vez, Señor, otra vez volvéis á otras injurias semejantes á las de vuestra pasión. Porque una de las principales ignominias della (como vos mismo dijistes) fué ser entregado en manos de pecadores, y agora veo que cada día sois puesto en las manos de muchos malos sacerdotes, porque ése es el paso por donde muchas veces habéis de venir á las ánimas de vuestros amigos. Éste es otro tránsito no muy diferente de aquél por donde ya otra vez pasastes. Siempre os costó mucho, Señor, el amarnos, y vos todavía insistís en ello, teniendo en más la dul-

(1) Cant. 5.

zura del amor que la amargura del trabajo que os cuesta. Dende el principio de vuestra eternidad amastes vuestros escogidos, sabiendo que os había de costar la vida, y no por eso dejastes de los amar: y agora queréis entrar en nuestras ánimas y morar en ellas, sabiendo que habéis de ser otra vez entregado en manos de pecadores, y no por eso rehusáis el horror deste paso tan indigno, por venir á este aposento. Vuestro camino es para Galilea, mas es forzado pasar por Samaria, y todavía queréis pasar por la infidelidad de Samaria, por llegar á la deseada Galilea. Oh espejo de limpieza, en quien resplandesce toda la hermosura del Padre, en quien desean mirar los ángeles, ¿cómo no tenéis asco de poneros cada día en manos de muchos indignos sacerdotes, y ser tratado con ellas, siendo tal vuestra pureza, que ni las estrellas del cielo están limpias delante de vuestro acatamiento? Mas todo esto vence la grandeza desa bondad y amor tan admirable, que por todas estas dificultades rompe, por venir al ánima del inocente.

Abre pues, oh ánima, las puertas de tu corazón con presteza. Mira que está dando golpes á la puerta, este dulcísimo Señor te llama, deseando morar en ti y cenar contigo. Pues no seas perezosa en levantarte de la cama de tu negligencia para recibir la visitación de tu remedio, que tan caro le costó á quien lo da.

Gran maldad es, Señor, que por no querernos esforzar y levantar de la cama de nuestros vicios, no nos aparejamos á recibir un tesoro tan precioso y una medicina tan eficaz y tan costosa. No hay misericordia mayor que darnos tal beneficio tan de balde, ni miseria mayor que no querer recebir tan grande bien por tan poco trabajo.

SEXTA CONSIDERACIÓN

DEL SEXTO BENEFICIO DEL LLAMAMIENTO Y JUSTIFICACIÓN

GRANDES son, Señor, todos estos beneficios: mas ¿qué me aprovechará todo esto, si no me despertáredes de mi sueño, y llamáredes á penitencia? Puse tan mal cobro en aquella gracia que se me dió en el baptismo, que como el hijo pródigo destruí toda la hacienda que allí me distes, y profané

aquella casa que vos para vos sanctificastes, poniendo dentro della los ídolos de mis deleites, y ensuciándola con mis maldades. Tiempo hubo, Salvador mío, en que estuve tan ciego y tan perdido como si no tuviera ley, como si creyera que no había Dios, donde ni me acordaba de muerte, ni de juicio, ni de otra vida, donde la ley por donde me regía, eran mis apetitos, haciendo todo cuanto deseaba, y deseando todo lo que alcanzar no podía. Así se pasaron los años de mi vida, viviendo en tan espesas tinieblas que se pudieran (como las de Egipto) palpar con las manos. ¡Oh cuán tarde os conoscí, luz eterna! ¡Oh cuán tarde abrí los ojos á miraros, hermosura tan antigua!

Todo este tiempo me aguardastes, y me sufristes, y me esperastes, no queriendo que la muerte me tomase desapercebido. ¡Oh alteza de vuestros juicios y grandeza de vuestras misericordias! ¡Cuántos otros hubo á quien arrebató la muerte en el fervor de sus pecados, los cuales dende entonces para siempre penarán, y á mí, que era uno dellos, vuestra misericordia me guardó y dejó para esta hora! ¿Qué fuera de mí, si en aquel tiempo me llamáredes á juicio? ¿Qué cuenta pudiera dar en aquel estado? Oh misericordia mía y redención mía, tanto conozco que os debo por esta espera tan larga (por la cual no soy uno de los condenados) como si ya estuviera entre ellos, y de allí me hobiérades sacado. Bendita sea vuestra paciencia, por la cual vivo, y bendita vuestra misericordia, que tanto tiempo me aguardó.

Mas no solamente me aguardábades cuando yo pecaba, mas aun muchas veces (como si yo fuera vuestro amigo) me visitábades y con blandas y secretas inspiraciones me llamábades para vos, poniéndome delante la grandeza de mis culpas, la brevedad desta vida, la eternidad de la otra, el rigor de vuestra justicia y la blandura de vuestra misericordia. En medio de mis maldades me salteaba vuestra presencia de manera que aun cuando yo porfiaba en buscar los deleites mundanos, y quería comer de las cebollas de Egipto, me hacíades vos saltar las lágrimas de los ojos con estos bocados. Mi oficio era ofenderos, y el vuestro era despertarme: mi camino era huir de vos, como si no me fuera nada en perderos, y el vuestro era buscarme, como si os fuera mucho en hallarme. Desta manera porfiamos muchos días, vos con beneficios, yo con maleficios: vos haciendo como quien érades, yo haciendo como quien era. Todas éstas eran voces con que dulcemente me

llamábades y me queríades atraer á vos. Mas cuando éstas no bastaron, distes una grande voz en los oídos de mi ánima, con la cual como con bramido de leona, me quisistes resuscistar y volver de muerte á vida. Ésta es aquella voz llena de poder y magnificencia, que predicaba David en su Psalmo, porque no es menor el poder que la misericordia de que usáis para hacer esta obra. Porque de grandísima misericordia es perdonar los pecados, y de grandísimo poder hacer justos de pecadores.

¿Cuántos son los beneficios que se hacen en este beneficio? Aquí se perdonan los pecados, y se da la gracia y la caridad, con todas las virtudes y dones del Espíritu Sancto. Aquí el pecador es reconciliado con Dios, y de enemigo se hace amigo, y de es clavo del demonio hijo de Dios y heredero de su reino. Aquí es recebido el hijo pródigo en la casa del padre, aquí se da la primera vestidura, y el anillo, y el calzado, con todos los otros atavíos que pertesnecen á hijo.

No puede nadie, Señor. en esta vida tener certidumbre de fe que está justificado, pues nadie sabe si es digno de amor ó de odio. Mas puede tener certidumbre moral, mayor ó menor, según las conjecturas y señales que hay de vuestra gracia. Entre las cuales no es la menor haber desistido el hombre de la mala vida que vivía, y haber perseverado mucho tiempo sin consciencia ni afecto de pecado mortal. Pues el que por esta conjectura ó por otras tales tuviere esta manera de conoscimiento, está obligado á daros infinitas gracias por este beneficio, y decir así: Bendito séais vos, Señor, para siempre, dador liberalísimo de todos los bienes, y más de vos mismo, porque siendo yo quien soy, y viviendo como he vivido, si por vuestra misericordia me distes el espíritu de vuestra gracia, en él me distes maestro, ayo, tutor, gobernador, defensor, consolador, y todos los bienes. Éste es señal de adopción, arras de casamiento, y prenda de la vida perdurable. Éste es el autor de la gracia, con la cual el ánima que vos recibís por esposa, es vestida de fortaleza y hermosura, para que con lo uno sea agradable á vuestros ojos, y con lo otro terrible á los demonios. Bendito sea aquel día que tal huésped entró en mi casa (si por ventura ha entrado en ella) y bendita sea la hora en que se abrieron las puertas de mi voluntad para recebillo. Aquél fué día de mi nascimiento, aquél fué día de mi salida de Egipto. aquel día fué para mí Pascua de Navidad, si en él nasció en mi

ánima el Hijo de Dios. Aquel día fué mi Pascua de Resurrección, si en él resuscité de muerte á vida. Aquel día fué para mí Pascua de Pentecostés, si en él recibí el Espíritu Sancto. Maldiga Job el día de su concepción y nascimiento, porque en él nasció siervo del pecado y hijo de ira: yo alabaré y cantaré por este segundo día, y pediré que siempre viva en mí su memoria, si en él tuvo por bien el Señor sacarme de pecado. Éste es el día en que cantan los ángeles por la conversión del pecador, y se alegra la piadosa mujer con la pieza de oro hallada, y hace fiesta el buen pastor por la oveja cobrada, y lloran los demonios por la presa robada. Éste es el día en que el Padre Eterno recibe al hombre por hijo, y el Hijo por hermano, y el Espíritu Sancto por su templo, y los ángeles por compañero, y toda la Corte del cielo por ciudadano. Pues si los ángeles cantan en este día, ¿cómo callará mi boca, cómo se enmudescerá mi lengua, cómo no se hinchirán mis labios de alabanza? Todos aquellos cantares, todas aquellas fiestas y alegrías, todos aquellos hacimientos de gracias que los Profetas y los Psalmos piden á los hombres por la venida del Hijo de Dios al mundo, ha de ofrescer el verdadero penitente por el beneficio de su conversión, pues entonces venistes al mundo para él, cuando con este llamamiento le aplicastes el misterio de vuestra venida.

¿Con cuál de vuestros beneficios se podrá, Señor, comparar este beneficio? Grande fué el beneficio de la creación, porque en aquél me sacastes del no ser al ser: mas mucho mayor es el de la justificación, porque en él sacáis al hombre del ser de la culpa al ser de la gracia. En el uno le dais ser humano, y en el otro divino, porque en el uno le hacéis hijo de hombre, y en el otro hijo de Dios. No sólo es más justificar al hombre que criallo, sino aún es más que criar cielos y tierra de nuevo, porque todo esto es un bien limitado y finito, mas la gracia de la justificación es infinita, por cuanto se ordena á un bien infinito.

Grande es el beneficio que esperamos de la glorificación (que es hacer al hombre bienaventurado) pero no es menor en su manera el de la justificación, pues no es menos de pecador hacerlo justo que de justo bienaventurado, pues mayor distancia hay del pecado á la gracia que de la gracia á la gloria. También es grandísimo beneficio el de nuestra redención Mas ¿qué aprovecharía al hombre ser redemido, si no fuese justificado? Este benefi-

cio es la llave de todos los otros beneficios, sin el cual todos ellos no solamente no aprovecharían, mas antes vendrían á ser materia de mayor condenación.

Pues si tan grande es este beneficio del llamamiento, si yo por ventura soy desta manera llamado (lo cual puedo piadosamente conjecturar, por verme por vuestra misericordia libre de las maldades pasadas, aunque no lo sepa cierto) suplícoos, Señor, me digáis cuál fué la causa por que os movistes á hacerme tanto bien. ¿Qué vistes en mí, por que así os plugo mirarme con tales ojos? Ninguna cosa había en mí, sino pecados. No os conoscía, no os amaba, no os servía, ni me acordaba de vos: hecho estaba un infierno de tinieblas y de maldades. Pues ¿en qué pudistes poner esos ojos amadores de limpieza, para hacerme tanto bien? No puedo, Señor, dejar de quedar atónito cuando pienso en esto, porque no hallo otra causa sino vuestra sola bondad. Mas cuando junto con esto me acuerdo de otros muchos compañeros que tuve en mis vicios, y cómo siendo todos malos, y yo más que todos, dejastes algunos dellos, y tomastes á mí, y me asentastes á vuestra mesa, y me distes á comer de aquel manna escondido (que nadie conosce sino el que lo ha probado) cuando veo que estando yo y ellos en la cárcel de Egipto, á mí por ventura sacastes de allí para que os sirviese en vuestra mesa real con el cáliz de la compunción, y aquéllos sentenciastes á que fuesen á apacentar con sus carnes á los buitres infernales, cuando esto pienso, quedo tan fuera de mí, que no sé cómo os alabe, ni cómo acabe de daros las gracias por este bien. No querría sino estarme toda la vida preguntándoos: Señor, ¿qué vistes en mí, qué vistes en mí, qué vistes en mí más que en los otros, porque así me llamastes, así me librastes, así me recebistes, así me mirastes (si por ventura soy así mirado) dejando en su pecado á tantos que eran menos malos que yo? No sé qué me diga, ni sé qué me haga, sino daros siempre inmortales gracias por este beneficio, y suplicaros que pueda yo de verdad cantar con el Profeta, diciendo: Rompistes, Señor, mis ataduras: á vos sacrificaré sacrificio de alabanza, y invocaré vuestro sancto nombre.

SÉPTIMA CONSIDERACIÓN

DEL BENEFICIO DE LA CONSERVACIÓN EN EL SER ESPIRITUAL DE LA GRACIA

Así como vos solo, Señor, sois el que nos criastes y hecistes de nada, y vos solo nos conserváis en el ser de naturaleza que nos distes, así vos sois el que con vuestro espíritu nos volvéis á reengendrar en el ser de gracia, y vos solo el que conserváis la gracia que nos dais. Porque (como dice el Profeta) si el Señor no edificare la casa, en vano trabaja el que la edifica, y si él no la guardare después de edificada, en vano vela el que la guarda. Vuestro es el levantarnos de la culpa, y vuestro el no haber vuelto á caer en ella. Si me levanté, vos me distes la mano, y si agora estoy en pie, vos sois el que me tenéis para que no caiga.

Pues ¿cuántos beneficios encierra en sí este beneficio? Todos cuantos buenos propósitos é inspiraciones he tenido, beneficios vuestros son. Todas cuantas veces he vencido al enemigo y á mis malas inclinaciones y apetitos, beneficio vuestro fué. Porque como sea verdad que ninguno pueda ni aun decir dignamente Jesús sin especial favor del Espíritu Sancto, y que nadie es más poderoso para hacer una obra meritoria sin vos, que un sarmiento para dar fruto estando apartado de la vid, clara cosa es que si algún fruto de buenas obras ha nascido deste pobre sarmiento, ha sido por virtud de la vid con quien estaba ayuntado. Si alguna vez ayuné, por vos ayuné, si alguna cosa sufrí, vos me hecistes que lo sufriese, y si alguna vez negué mi propria voluntad, vos me ayudastes á que la negase. Si alguna lágrima derramé, ó alguna oración hice que os fuese agradable, confieso, Señor mío, que por vos la hice, y que todas mis obras vos las habéis obrado en mí, y así por todas ellas os doy gracias, y me conozco por deudor de tantas mercedes, cuantos servicios os he hecho en esta vida, si algunos tengo hechos.

Pues ¿qué diré de los aparejos que me habéis dado para bien vivir? ¡Cuántos predicadores me habéis enviado para que me enseñasen, cuántos buenos confesores, cuántos buenos amigos y compañeros, cuántos buenos ejemplos, cuántos buenos libros y

escrituras, para que me incitasen y despertasen al bien! Porque tal es, y tan maravillosa vuestra prudencia, que con estar el mundo tan perdido, en ninguna parte (por desierta que sea) faltan muchas destas ayudas para quien os quiere servir. Y si os debe mucho quien las ha tenido y se ha dellas aprovechado, mucho más os debe el que ha aprovechado sin ellas, porque esto nasce de haber vos suplido estas faltas, y tomado todos esos oficios á vuestro cargo, para que en vos tuviese todas estas cosas tanto mejoradas, cuanto vos sois mejor ayudador y maestro que todos los otros.

Sobre todo esto, ¿quién podrá explicar los peligros y males de que me habréis librado, en que pudiera yo haber caído? No hay pecado que haga un hombre, que no lo pueda hacer otro hombre. Pues según esta cuenta, los pecados de todos los hombres puedo decir con verdad que son beneficios míos, porque en todos ellos pudiera yo haber caído, si vos, Señor, no me hubiérades por vuestra infinita misericordia librado. Pues ¿cuántas ocasiones de pecar me habréis excusado, que bastaran para derribarme (pues derribaron á David) si vos no las atajárades conosciendo mi flaqueza? Estos beneficios, Señor mío, como son privativos ó preservativos, no se pueden tan claro conoscer, aunque no se deben menos agradescer, pues no es menor beneficio preservar al hombre del mal, que hacerle bien. Pues ¡cuántas veces, oh buen Jesú, habréis vos usado comigo desta misericordia! ¡Cuántas veces habréis atado las manos á mi enemigo para que no me tentase cuanto pudiese, y si me tentase, para que no me venciese! ¡Cuántas veces lo habréis ojeado y arredrado de mí, para que del todo no me tentase! ¡Cuántas veces encantastes aquella antigua serpiente, para que aunque anduviese yo entre víboras y basiliscos, no me empeciesen! ¡Cuántas veces anduvistes comigo en medio de las aguas y del fuego, para que ni las llamas me quemasen, ni me sorbiesen las aguas! ¡Cuántas veces en medio de los fervores del mundo volvistes las llamas de Babilonia en rocío de aire templado, para que no me abrasasen! ¡Cuántas veces podría yo decir con verdad aquellas palabras del Profeta (1): Muchas veces fuí combatido y trastornado para caer, y vos, Señor, me recebistes! Y si por mi flaqueza iba á caer, vos poníades allí

(1) Psalm. 117.

vuestra blanda y poderosa mano, para que no me lastimase (1). Si os decía que mis pies habían resbalado, vuestra misericordia, Señor, me ayudaba, y según la muchedumbre de los dolores de mi corazón, así vuestras consolaciones alegraron mi ánima.

Sobre todo esto, dulcísimo Señor, me da grande alegría y admiración de vuestra bondad, cuando me paro á considerar cuántas veces por mis grandes culpas habré yo merescido que quitásedes vuestra mano de mí, como la habéis por ventura quitado de otros, y no lo hecistes. Porque es cierto que por muchas causas merescen los hombres ser de vos desamparados. Porque el que es soberbio, meresce perder vuestra gracia, porque usa della para su soberbia y vanagloria. El ingrato y desconoscido también meresce perdella, porque no da las gracias que debe por ella. El perezoso también la meresce perder, porque justo es quitar el talento y la hacienda de las manos del que no sabe aprovechalla. Y también el que no se aparta con cuidado de los peligros, meresce caer en ellos, porque no hace lo que es en sí para que el Señor le libre dellos. Éstas son las causas por donde vos, Señor, muchas veces desamparáis á muchos, por do vienen á caer en grandes errores y pecados, de los cuales tenemos cada día recientes ejemplos. Pues ¿cómo podré yo creer de mí que estoy libre destas culpas? Yo muchas veces me he vanamente gloriado en vuestros dones, y hurtado la gloria que á vos solo se debía. Yo he sido ingrato á vuestros beneficios, y perezoso y flojo para aprovecharme dellos, y atrevido y temerario para ponerme en peligros. Por las cuales causas merescía muchas veces ser desamparado, para que mi caída me diera el pago de mi locura. y ha sido tanta y tan admirable vuestra paciencia, que habéis disimulado mis negligencias y cerrado los ojos á mis flaquezas. Hasta agora me habéis sufrido con tan grande piedad, y no habéis querido que por vuestra parte faltasen vuestros socorros, aunque de la mía recibiésedes tantos agravios. Los dolores también y los remordimientos de consciencia que tuviera, si del todo me desamparárades, convierto agora en gracias y voces de alabanza, diciendo con el Profeta: Vuélvete, ánima mía, á tu descanso, pues el Señor ha usado de misericordia contigo, porque libró mi ánima de la muerte, y mis ojos de lágrimas, y mis pies de la caída.

(1) Psalm. 36.

SÍGUENSE
OTRAS SIETE CONSIDERACIONES
DE LAS PERFECCIONES DIVINAS
Y DE OTRAS MUCHAS RAZONES
Y MOTIVOS QUE MUEVEN AL AMOR DE NUESTRO SEÑOR

CONSIDERACIÓN PRIMERA

QUE TRATA DE LA MÁS PRINCIPAL CAUSA DE AMAR Á DIOS, QUE ES SU BONDAD: DONDE SE PONE UN DISCURSO, EN EL CUAL PROCEDIENDO POR LAS OBRAS DE NATURALEZA, DE GRACIA, DE GLORIA Y DE JUSTICIA, SUBE EL HOMBRE AL CONOSCIMIENTO DESTA SOBERANA BONDAD.

Cuando, Señor, por vuestra infinita bondad tuviéredes por bien llevarnos á vuestra casa, donde veremos claramente y sin figuras la hermosura de vuestra gloria, no tendremos necesidad del espejo de las criaturas para conosceros en ellas, porque entonces veremos á vos en vos, y á vuestra infinita bondad en sí misma. Mas agora que andamos peregrinando por este valle de lágrimas, desterrados de vuestra presencia y de vuestra dulce compañía, no podemos conoscer vuestra bondad sino por los efectos y obras della, los cuales nos dan testimonio de la fuente y abismo de donde proceden. Ésta, Señor, nos conviene agora mucho conoscer, porque la primera y más principal causa de amor es la bondad. Porque vos, Señor, que todas las cosas criastes en número, peso y medida, y pusistes á cada una sus leyes y naturalezas, de tal manera criastes nuestra voluntad, que su inclinación y naturaleza fuese amar lo bueno. De manera que así como el objecto de la vista es el color, y de los oídos el sonido, así el blanco de nuestra voluntad es la bondad. Entre esta potencia y ella quisistes que hubiese un tan legítimo casamiento, que nunca ella pudiese extender los brazos de su afección á otra cosa: y si algunas veces hace lo contrario, y

abrazando la maldad comete adulterio contra la bondad, es porque la engañan con algún falso color de bien. Desta inclinación procede que naturalmente amamos á los ausentes y no conoscidos, cuando nos alaban sus virtudes. Pues si el objecto de la voluntad es la bondad, y cuanto la cosa es más buena, naturalmente más meresce ser amada, ¿con qué amor será razón que ame yo á aquél que es infinitamente bueno, y cuya naturaleza es la misma bondad? Vuestra bondad, Señor, es tan grande cuanto es vuestro ser, y porque vuestro ser es infinito, ella también es infinita.

Verdad es que no habemos nosotros visto la grandeza de vuestra bondad como ella es en sí misma, mas todavía vuestras obras nos dan en alguna manera testimonio della, así las de naturaleza como las de gracia y como también las de gloria. Porque ¿qué otra cosa son las obras de la creación, y gobernación, y redención, y justificación, y glorificación del hombre, sino testimonios de vuestra bondad y unas como centellas que saltaron acá fuera della? ¿Qué es el haber criado todas las cosas, y partido con ellas tan liberalmente de vuestras perfecciones (con cada una de su manera) sino argumentos de vuestra bondad y largueza? ¿Qué es el cuidado que tenéis dellas, proveyendo á cada una de todo lo necesario para su mantenimiento, para su defensión, para su medicina y para todo lo necesario de su vida, sino argumentos de vuestra bondad? Y habiendo tanta infinidad de peces en la mar, de aves en el aire, y de animales en la tierra, y de gusanos debajo della, ninguno hay tan pequeño y tan despreciado de quien tengáis olvido, y á quien no proveáis de todo lo necesario para su mantenimiento, y esto con tan grande providencia, que hasta un pajarico no cae en el lazo sin vuestra voluntad.

Pero en lo que más dulcemente resplandesce la grandeza desta bondad, es en la manera de felicidad y contentamiento que distes á las más bajas y viles criaturas del mundo. Veo, Señor, en el campo á los cabriticos y cordericos cómo se apartan de los padres más ancianos, y con un brío y calor como juvenil saltan y corren con maravillosa ligereza y alegría, y repartidos en sus puestos, imitan en su manera las escaramuzas y fiestas de las criaturas racionales. Veo con cuánta ligereza los perricos y gaticos juegan y trepan entre sí unos con otros, y los placeres y alegrías que con esto reciben. Veo cómo se alegran cantando los

ruiseñores y las otras aves, hinchendo los aires de voces, y dando con esto testimonio del contentamiento con que esto hacen. Y entiendo por aquí cuánta sea la nobleza y dulzura de vuestro corazón, pues vos, Señor, sois el que les proveístes de aquella manera de felicidad y contentamiento. Con esta misma alegría discurren y hierven los peces, y juegan los delfines en la mar, y vuelan las aves por el aire, como vemos que lo hacen las golondrinas y aviones sobre las tablas de los ríos, embocándose por las puentes, y encontrándose unas con otras con maravillosa ligereza. Entiendo por aquí, Dios mío, qué tan grande sea vuestra bondad y suavidad, pues no os contentastes con proveer de mantenimiento á todas vuestras criaturas, sino también hinchís su seno de toda aquella manera de felicidad y alegría de que según su naturaleza son capaces. Lo uno y lo otro significó el Profeta, cuando dijo: Los ojos de todas las criaturas esperan en vos, Señor, y vos les dais su mantenimiento en tiempo convenible (1). Extendéis vos la mano de vuestra largueza, y hinchís á todo animal de vuestra bendición: conviene saber, de toda aquella felicidad y alegría de que es capaz según su naturaleza. Pues ¿qué mayor argumento de bondad que ver á un Señor de tan grande majestad, el cual sin pretender interese de nada, por sola bondad y realeza de condición quiera inclinarse á tener providencia y ser como un mayordomo y despensero de los pajaricos, y de los pececillos, y de los gusanos, y que no contento con esto, descienda también á proveerlos de sus pasatiempos y recreaciones, dándoles y criando en ellos inclinaciones para tales alegrías? De manera que así como vos, Señor, tenéis no solamente ser, sino bienaventurado ser, así quisistes que todas vuestras criaturas, por bajas que fuesen, participasen en su manera de vos, y así gozasen de lo uno y de lo otro, teniendo ser, y alegre ser. Pues ¿quién no se espanta de esta maravilla? ¿Quién no conosce por aquí la dulzura infinita, la nobleza, la blandura de aquel corazón divino, que tan dulce se mostró á unas criaturas tan bajas, que el hombre cuando las encuentra, les pone el pie encima y pasa por ellas? Porque ¿qué hombre hay de nosotros, á quien se le diese nada porque la hormiga, ó la mosca, ó el mosquito estuviese contento ó descontento, triste ó alegre? Pues ¿quién no se maravillará de que

(1) Psalm. 144.

aquel Señor de tanta majestad (en cuya comparación todo el mundo apenas es una hormiga) que tuviese tan particular cuidado, no sólo de la vida de los animalicos, sino también de su recreación y de sus placeres, mayormente no esperando conoscimiento ni agradescimiento de las tales criaturas? ¡Oh maravillosa bondad! ¡Oh inestimable suavidad! Oh Dios mío, y ¡qué debéis tener guardado en el seno de vuestra gloria para vuestros fieles amigos, pues tan particular cuidado tuvistes de la felicidad de los gusanos! ¿Cómo podré yo desconfiar que faltará vuestra providencia y misericordia á los hombres redemidos con vuestra sangre, pues no falta á los animales del campo?

Y si todo esto nos declara la grandeza desta bondad (que es hacer mercedes sin esperar agradescimiento) ¿cuánto mayor lo será perseverar en hacer mercedes, recibiendo ofensas? Porque sabiendo vos, Señor, cuántas maneras de naciones hay en el mundo que ninguna cuenta tienen con la gloria y obediencia que os deben, antes desacatan y blasfeman vuestro sancto nombre, y (lo que más es) dejando de adorar á vos (que sois criador de todo) adoran piedras y palos, y con todo eso proveéis las regiones donde esto pasa, abundantemente de frutos de la tierra, de animales del campo, de peces de la mar, de ricas minas de oro y plata y piedras preciosas, y de otras infinitas cosas que sirven para la provisión y regalo y aparato de los que continuamente os ofenden. Ésta es aquella bondad y magnificencia que vos nos declarastes en vuestro Evangelio, diciendo que vuestro Padre comunicaba sus beneficios y el resplandor del sol para buenos y malos, y enviaba rocío y agua del cielo sobre justos y pecadores. Pues ¿quién no conoscerá por aquí la realeza y magnificencia de vuestro corazón, pues sois tan benigno aun para los ingratos y malos? Pues ¿quién no os amará, Señor, con todas sus fuerzas? ¿Quién no pondrá en vos toda su esperanza? ¿Quién no se olvidará de sí por vos? ¿Quién no correrá en pos de vos al olor destos ungüentos?

Y si tanto nos declaran, Señor, de vuestra bondad las obras de naturaleza, ¿cuánto más las obras de gracia? Si tanto nos predica della el cuidado que tenéis de los brutos animales, ¿cuánto más el que tenéis de los hombres? Mas como haya muchas suertes y condiciones de hombres, en aquéllos resplandesce más vuestra bondad y providencia, que son más pobres y miserables.

Porque la verdadera grandeza es ser amparo de los pequeños, y el verdadero poder es ser muro de los que poco pueden, y la perfecta bondad es hacer bien sin esperanza de interese. Pues ¿quién podrá, Señor mío, explicar el cuidado que vos tenéis, y el que nos mandáis tener de los pobres, de los afligidos, de los necesitados y de todas las personas miserables? ¡Qué de veces en la ley, y en los Profetas, y en los Evangelios nos repetís y encarescéis esta encomienda! ¡Qué promesas tan grandes para quien esto hace, y qué castigos tan temerosos para quien desto se olvida! ¿Por qué medios se podía más encomendar el cuidado de los pobres y necesitados y las obras de misericordia, que con hacer dellas un arancel para dar ó negar por ellas en el día del juicio el reino del cielo? ¿Con qué palabras se pudiera esto más encarescer, que con decir vos, Señor mío, lo que á uno destos pequeñuelos hermanos míos hecistes, á mí lo hecistes? ¿De qué pecho pudieron salir palabras de tanta bondad y misericordia, sino de aquél que es piélago de toda bondad y misericordia? Si las palabras y obras son indicios y testigos del corazón, ¿cuál es el corazón de donde tales obras y palabras salieron?

Pues ¿cuál es también el cuidado que tenéis de los huérfanos, de las viudas, de los extranjeros y desamparados? ¡Cuántas veces en las Escrituras sagradas encomendáis el remedio déstos, y con qué rigor mandáis que nadie sea osado de los agraviar! En un solo capítulo del libro del Deuteronomio hallamos siete veces encomendado el cuidado y la provisión de los huérfanos, extranjeros y viudas, donde mandáis que ninguno previerta el juicio dellos, ni los defraude de su jornal, ni les saque las prendas de casa. Y así también mandáis que cuando los labradores segaren sus panes, dejen las espigas que se cayeren, para el huérfano y para el extranjero y para la viuda (1). Y la misma encomienda tornáis á repetir cuando vendimiaren sus viñas, y varearen sus olivares, proveyendo en esto como piadoso padre al pobre, al extranjero y á la viuda. Y como si todo esto fuera poco, vos mismo, Señor, cuyo título es ser Rey de los reyes y Señor de los señores, añadistes á este título otro no menos honroso, que es ser padre de huérfanos y juez de viudas. (2) ¡Oh suma bondad! ¡Oh verdadera grandeza! ¡Oh entrañas de infinita piedad! Y ¡cuánto más amable

(1) Lev. 19. (2) Psalm. 67.

y admirable os hace este título que el otro! Aquél declara la grandeza de vuestra majestad, mas éste la inmensidad de vuestra bondad, de la cual con mucha razón os preciáis más que de todos los otros títulos, por clarísimos que sean. Pues á esta bondad señaladamente pertenesce favorescer á los pequeños, amparar á los flacos, tener cargo de los huérfanos, mirar por los extranjeros y peregrinos, y querer que se les haga justicia, poniendo siempre los ojos, no donde esperéis interese (que no pretendéis) sino donde más uséis de vuestra bondad.

Mas ¿qué mucho es que tal tengáis el corazón para con los hombres afligidos, pues aun tenéis piedad y compasión de las bestias? En aquel tan misericordioso perdón de los Ninivitas, á los cuales estaba ya denunciada sentencia de muerte, respondiendo al Profeta que se quejaba de la salud del pueblo, contra la cual había predicado, dijistes (1): ¿Cómo no perdonaré yo á una ciudad tan grande, donde hay tantos millares de ánimas inocentes y tanta muchedumbre de bestias? Oh clementísimo, oh dulcísimo, oh benignísimo Señor, ¿aun esa nueva manera de piedad nos teníades encubierta, que es, apiadaros de ver morir una bestia, y derramarse sangre de un animal? ¿Hasta ahí llega vuestra misericordia? ¿Hasta ahí se extienden las entrañas de vuestra piedad? ¡Oh mil veces piadoso y misericordioso Señor! Verdaderamente grande y maravillosa es vuestra bondad, y como dice el Profeta, las misericordias vuestras sobrepujan á todas vuestras obras (2).

§ I

Sobre todo esto aun nos declara más, Señor, la grandeza desta bondad la misericordia que usáis con los pecadores, cómo los sufrís con tanta mansedumbre, cómo los aguardáis con tanta paciencia: siendo vos ofendido, los llamáis al perdón, y siendo injuriado, los convidáis con la paz, y les ofrecéis la satisfación, y aun la ponéis de vuestra casa. ¡Cuán presto os dejáis hallar, cuán presto sois en los oir, cuán piadoso en los recibir, y cuán largo en el perdonar! Espántame, Señor, aquella misericordia de que

(1) Jonae 4. (2) Psalm. 144.

usastes con Manasés, rey de Judea (1), á quien después de tantas idolatrías y derramamientos de sangre, y de tantas y de tan horribles maldades, cuando os pidió perdón de sus culpas, no solamente se lo concedistes, mas también lo librastes de su captiverio, y le restituístes en su reino, y no negastes la salud á aquél por cuya maldad tantas ánimas se perdieron, y por cuyos pecados aquella noble Hierusalem con vuestro sagrado templo fué asolada y destruída.

Es tan grande esta bondad y misericordia, que como dice uno de vuestros sanctos, á ninguno desecháis, á ninguno despreciáis, á ninguno aborrescéis, sino solo aquél que por su locura os aborresce. Y por esto no luego como estáis airado, castigáis, sino aguardáis y hacéis mercedes á los que os provocaron á ira, si se convierten á vos. Dios mío y salud mía, yo miserable, yo soy el que os enojé y hice mal delante de vos, yo provoqué vuestra ira, y merezco vuestra saña. Pequé, y sufrísme con paciencia: ofendíos, y aguardáisme á penitencia. Si me arrepiento, perdonáisme: si vuelvo á vos, recibísme, y si dilato la vuelta, esperáisme hasta que vuelva. Encamináis al errado, convidáis al rebelde, esperáis al perezoso, y abrazáisle cuando viene. Enseñáis al ignorante, consoláis al triste, levantáisle de su caída, sustentáisle después de levantado, dáisos al que os pide, dejáisos hallar de quien os busca, abrís la puerta á quien os llama.

Y si tanto, Señor, nos declara vuestra bondad el tratamiento que hacéis á los pecadores, ¿cuánto más el que hacéis á los justos, á quien habéis recebido ya por hijos y por amigos y por herederos de vuestro reino, y en los cuales señaladamente resplandesce la imagen de vuestra bondad? Éste, Señor, es uno de los argumentos que más claramente descubre la grandeza de vuestra bondad. Porque como sea proprio del bueno amar á los buenos y aborrescer los malos, en cuanto malos, necesariamente se sigue que cuanto uno fuere más bueno, tanto mayor amor tendrá á los buenos, y mayor aborrescimiento á los malos, en cuanto tales. Pues como vos, Señor, seáis, no accidentalmente, como nosotros, sino esencialmente y infinitamente bueno, y la misma bondad, ¿qué se puede de aquí inferir sino que tendréis infinito amor al bueno y á su bondad, y infinito aborrescimiento al malo y á su

(1) II Par. 33.

maldad? Pues como el amor sea el primero y el mayor de todos los beneficios, y la raíz y fuente de todos ellos, siendo tan grande este amor que vos, Señor, tenéis á todos los que son verdaderamente buenos, en cuyas ánimas vos moráis, y en cuyas vidas resplandesce la imagen de vuestra bondad y sanctidad, ¿quién podrá en pocas palabras explicar la grandeza de los favores y beneficios y el tratamiento que les hacéis? Cosa es ésta que sin dubda sobrepuja todo lo que se puede decir, y aun todo lo que se puede creer. Creíble será al que lo ha experimentado, mas ni ése ni otro alguno lo podrá significar con palabras.

Y dejados aparte otros beneficios y favores, ¿quién podrá explicar la providencia y cuidado paternal que tenéis de vuestros amigos, cómo los oís en sus oraciones, cómo los consoláis en sus tribulaciones, cómo los sanctificáis y purificáis en sus vidas, cómo los visitáis y alegráis en la casa de vuestra oración, y finalmente con qué linaje de honras en vida y en muerte los honráis? Pues estas seis maneras de favores y beneficios, que declaran el tratamiento que hacéis á las ánimas puras y limpias, es la cosa que más mueve los corazones á desear amar y servir á un Señor que así trata á quien de todo corazón le ama. Porque así como la cosa que más mueve los hombres á desear servir á un gran príncipe, es saber que es humanísimo y liberalísimo y fidelísimo para con todos sus criados, así los que leyendo la vida de los sanctos, y tratando las consciencias de las personas espirituales y devotas, y viendo todas estas maneras de favores y regalos que este Señor les hace, por una parte se confunden, viéndose tan lejos de aquel estado, y por otra se mueven grandemente á desear servir y amar á un Señor de quien recibirán los mismos beneficios, si de todo corazón se llegaren á él, pues ni es aceptador de personas, ni se puede negar á quien lo busca.

Pues comenzando por la providencia y cuidado que tiene de los suyos, quien esto quisiere saber, lea los Psalmos, los Profetas y las historias sagradas, y verá cómo la mayor parte de las Escrituras divinas se emplea en declarar esto. Cual es aquella providencia que el Eclesiástico significó cuando dijo (1): Los ojos del Señor están puestos sobre los que le temen: él es su guarnición poderosa, su lugar de refugio, escudo para su defensión, amparo

(1) Eccli. 34.

contra el calor del estío, sombra en el medio día, socorro en sus peligros y ayuda en sus caídas: él es el que levanta sus ánimas, alumbra sus entendimientos, y el que les da salud, vida y bendición. Hasta aquí son palabras del Eclesiástico, ó por mejor decir, del Espíritu Sancto. Pues ¿qué más había que decir? Y ¿qué más hay que el corazón humano no puede esperar ni desear? ¿Quién no tendrá por ricos y bienaventurados á los que comprehende esta tan general y tan grande bendición? Y ¿quién no deseará ser deste número. porque le quepa parte deste tesoro? Pues ¿qué providencia es aquélla que el mismo Señor declaró y prometió por el profeta Zacarías, cuando hablando de los suyos dijo (1): Quien á vosotros tocare, tocarme ha en la lumbre de los ojos? ¿Había más que prometer? Mucho fuera si dijera: El que á vosotros tocare, tocará á mí, y no parece que había más que desear. Pero á esto halló el Señor que añadir, cuando dijo: Tocarme ha en la lumbre de los ojos Ni es menos dulce aquella promesa del Psalmo, que dice (2): A sus ángeles tiene Dios mandado que te traigan en las palmas de las manos, para que no tropiecen tus pies en una piedra. Ni es menos lo que por una parte dice el mismo Profeta (3), que tiene el Señor contados todos los huesos de los suyos, y que uno solo no será maltratado: y lo que por otra dice en el Evangelio (4), que tiene contados todos los cabellos de sus cabezas, para que ni uno les sea quitado. No sé qué más especial ni más menuda providencia se pueda pintar, que ésta, la cual á cada paso se promete en las Escrituras sanctas. Pues ¿quién no deseará morir por amor de un Señor que tal cuidado tiene de sus amigos, y quién no trabajará por ser uno dellos?

Y aunque todas las historias sagradas estén llenas de ejemplos, en los cuales se ve claro el cumplimiento destas promesas, pero de los más señalados y admirables me parece el de Tobías, de cuya consolación y remedio tuvo el Señor tal providencia, que envió un ángel del cielo (y no de los menos principales) en figura de caminante, para que acompañase su hijo en un camino largo, y anduviese con él todo este tiempo de mesón en mesón y de ciudad en ciudad, por todas las ventas y posadas del camino, comiendo y bebiendo (á lo que parescía por de fuera) con él, y tratándolo y conversándolo familiarmente como un

(1) Zach. 2. (2) Psalm. 90 (3) Psalm. 33. (4) Matth. 10.

caminante con otro: y después de casado por su mano el mozo muy honrada y ricamente, tomase él á cargo los camellos del suegro, y como un arriero fuese con sus bestias á cobrar el dinero que se le debía: y desta manera casado y rico, sano y salvo lo trajese á la casa de su padre, y abriese los ojos al sancto ciego, y le diese perpetua materia de alegría y descanso toda la vida. Pues ¿quién no conoscerá por aquí el amor grande que este Señor tiene á sus siervos, y el cuidado y providencia más que paternal que tiene dellos, pues de tales invenciones usa para consolarlos y proveerlos? Y ¿quién habrá tan ciego y tan enemigo de sí mismo que no trabaje por amar este Señor con todo su corazón, y vivir de tal manera que merezca estar debajo de las alas y amparo de tal providencia?

De las oraciones de los justos.

§ II

Pues ¿qué diré de la presteza que, Señor, tenéis en oir sus oraciones y cumplir sus peticiones, y cuántas veces prometéis esto en las Escrituras sagradas, para vencer con esto nuestra incredulidad y desconfianza? En un lugar decís (1): ¿Qué padre hay tan duro que, pidiéndole su hijo pan, le dé una piedra, y pidiéndole un huevo, le dé un escorpión? Pues si vosotros, siendo malos, soléis hacer bien á vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre, que está en los cielos, dará el espíritu bueno á quien se lo pidiere? Y en otro lugar: Pedid, y recibiréis, buscad, y hallaréis, llamad, y abriros han. Porque todo aquel que pide, recibirá, y el que busca, hallará, y al que llamare, abrirle han. Pues aún mucho más declaran esto aquellas divinas palabras que el Señor dice por S. Juan, en las cuales parece haber abierto de par en par las puertas de su misericordia á todos sus amigos, cuando dijo (2): Si permaneciéredes en mí, y mis palabras permanescieren en vosotros, todo lo que quisiéredes, pediréis, y hacerse ha. ¿Pudiera por ventura el corazón humano (si le dieran á escoger) pedir merced más universal, donde á la voluntad del

(1) Luc. 11. (2) Joan. 15.

hombre se da libertad para que pida lo que quisiere, y Dios interpone la verdad de su palabra para cumplirlo? Todas estas son promesas del Evangelio: y no son diferentes las de los Profetas. En un lugar dice David (1): El Señor hará la voluntad de los que le temen, y oirá sus oraciones, y salvarlos ha. En otro dice (2): El Señor tiene puestos sus ojos sobre los justos, y sus oídos en las oraciones dellos En otro dice (3): Mira el Señor en la oración de los humildes, y no despreció los ruegos dellos. Á este mismo tono canta el profeta Isaías, cuando después de haber declarado con qué género de virtudes se sirve el Señor, promete al que con ellas le sirviere, diciendo (4): Entonces invocarás el nombre del Señor. y oirte ha, llamarle has, y responderte ha, diciendo: Vesme, aquí estoy presente. Y como si esto fuera poco, vos mismo, Señor, añadís otra mayor presteza, tratando de vuestros siervos, cuando por el mismo Profeta decís (5): Antes que me llamen, los oiré, en el mismo tiempo que estuvieren llamándome, les acudiré. Muy duro es por cierto, Señor, y muy ciego el que con tales palabras y promesas no acaba de entender la grandeza de la bondad y misericordia que tenéis para con vuestros siervos, y no trabaja y muere por ser uno dellos.

De la verdad destas promesas dan testimonio las vidas de los sanctos. Y entre muchos ejemplos que para esto se pudieran alegar, traeré algunos que al presente se me ofrecen Nuestro Padre Santo Domingo, como dijese á un familiar suyo que nunca había pedido á nuestro Señor cosa que le negase, oyendo esto el amigo, respondióle: Pide pues á nuestro Señor al Maestro Conrado, que es hombre de grandes letras y vida, porque importará esto mucho para la fundación de tu Orden. El sancto varón tomó esto á cargo, y la noche siguiente pidiólo á nuestro Señor, y otro día por la mañana, comenzándose el himno de Prima, *Jam lucis orto sidere*, entró aquel insigne varón por el coro, y echándose á los pies del Sancto, pidió el hábito de su Orden, en la cual vivió y perseveró sanctísimamente toda la vida. Pues ¿quién no conoscerá por aquí la benignidad y suavidad del Señor para con los buenos, y cuán prompto y aparejado está para oir sus oraciones, y efectuar sus buenos deseos? Pues ¿qué diré de la presteza con que oyó la oración de la virgen Sancta Escolástica,

(1) Ps. 144. (2) Ps. 33. (3) Ps. 101. (4) Isai. 58. (5) Isai. 65.

hermana de S. Benito, la cual estando platicando dulcemente con el sancto hermano de las cosas de Dios, y llegándose ya la hora de la noche, en que el Sancto se despedía para volverse á su monasterio, y rogándole instantemente la virgen que se quedase allí aquella noche para continuar la plática, como no pudiese acabarlo con él, no hizo más que dejar caer el rostro entre las palmas de las manos, y hacer oración á Dios, cuando á deshora se revolvieron los cielos y se levantó tan grande tempestad de torbellinos y relámpagos, que el Sancto fué forzado á perseverar toda aquella noche hasta la mañana en la plática comenzada. No sé cierto de qué primero me haya aquí de maravillar, ó de la presteza con que aquella infinita Bondad acude á hacer la voluntad de los suyos, no sólo en las cosas de necesidad, sino también en las de su gusto y consolación, ó de la confianza desta sancta virgen, que en tan breve espacio y con tan breve oración esperó que el Señor revolviera los cielos y los elementos para darle aquella consolación. ¡Qué prendas tenía aquella ánima sancta desta soberana bondad, y qué señales tan grandes del amor para con ella, pues en tan breve espacio esperó sin alguna dubda alcanzar todo lo que quería! ¿Que más pudiera esperar una esposa de su esposo, ó un buen hijo de un padre muy amado?

Ni arguye menor confianza que ésta la de Sancta Caterina de Sena, á la cual pidiendo su confesor que le alcanzase perdón de sus pecados, y prometiéndoselo ella, y demandando él una bula de eso, y la bula era una grande contrición de ellos, la virgen le prometió lo uno y lo otro. Y el día siguiente fué tanto el dolor que dellos recebió, que el corazón se le partía de dolor.

Pues ¿qué diré de la confianza de Sancta Dorotea? Á la cual dando á escoger el tirano, ó adorar los ídolos, ó morir con crueles tormentos, la virgen respondió que quería morir, para ir á coger rosas y manzanas en el verjel de su esposo. Y dada contra ella sentencia de muerte, un oficial del tirano, llamado Teófilo, escarnesciendo de la virgen, díjole: Dorotea, cuando estuvieres con tu esposo, envíame de esas rosas y fruta que decís que hay en él. Ella le prometió de hacerlo así. Y acabándola de degollar, vino luego un ángel en forma de un niño muy hermoso, y trájole un cestico de rosas y fruta, diciéndole: Esta fruta te envía Dorotea del verjel de su esposo. Esto acaesció por el mes de Hebrero. De lo cual espantado con mucha razón Teó-

filo, luego se hizo cristiano, y vino á morir por la fe de Cristo. Mucho es de maravillar cualquier obra déstas, y mucho nos declara de cuán presta y aparejada está aquella infinita Bondad para hacer todo cuanto le piden los buenos. Pero esta confianza tan grande que ellos tienen en Dios, para prometer luego cuanto les piden, declara más desta bondad de lo que por estas obras se descubre. Porque ¿qué prendas, qué muestras y declaraciones de la bondad y amor de Dios para con ellos deben tener, cuando con tanta facilidad y verdad y seguridad prometen lo que es proprio de Dios? Lo cual en ninguna manera podrían hacer sin haber precedido grandísimos argumentos y testimonios así de aquella inmensa é infinita bondad como de la familiaridad y amor que les ha mostrado. Destos ejemplos podríamos traer otros innumerables, de que están llenas las historias de los sanctos: mas esto basta para la brevedad deste discurso.

Y si esta bondad y providencia no se puede, Señor, dignamente declarar, ¿quién explicará la que tenéis para con ellos, cuando están por vuestro servicio maltratados y atribulados? Porque el servicio que en este tiempo os hacen, es mayor, y la necesidad más urgente. Y como sea proprio del verdadero y fiel amigo acudir al tiempo de la mayor necesidad, aquí es donde vos, fidelísimo Señor, acudís con mayores favores y socorros. Muy á la clara nos enseña esto vuestro Apóstol, cuando después de pasadas grandes tribulaciones, dice (1): Bendito sea Dios y el Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones de tal manera que podamos nosotros consolar á todos los atribulados con las exhortaciones y consolaciones con que él nos consuela. Porque así como crescen las tribulaciones que pasamos por Cristo, así cresce la consolación por el mismo Cristo. Y á este mismo tono dice David que conforme á la muchedumbre de los dolores que padescía su corazón, así también era la de las consolaciones que recebía de vos (2). Y en otro lugar (3): La salud (dice él) de los justos procede del Señor, y él es su defensor en el tiempo de la tribulación, y ayudarlos ha en este tiempo, y librarlos ha, y defenderlos ha, porque pusieron su esperanza en él. Pues quien con tales ejemplos (que son como unos vivos retratos y espejos de la divina bondad y providencia)

(1) II Cor. 1. (2) Psalm. 93. (3) Psalm. 36.

desea entender algo della, después de haber leído los ejemplos de las historias sagradas, lea también las batallas de los mártires, y allí verá las grandezas y maravillas desta divina providencia. Porque no resplandesce tanto en el espejo la figura del que en él se mira, como aquí reluce la bondad, la suavidad, la fidelidad deste Señor, no sólo esforzando á los que padescían con increíble fortaleza y constancia, mas ayudándolos con clarísimos y evidentísimos milagros. Unas veces apagaba las llamas de fuego, otras amansaba los leones y las bestias fieras, otras alumbraba sus cárceles, sanaba sus llagas, restituíales muchas veces los miembros cortados ó despedazados, vestía sus cuerpos desnudos, dábales poder para hacer milagros, enviaba los ángeles para que alimpiasen la sangre que corría de sus heridas, y lo que más es, convertía con estas maravillas á los mismos verdugos que los atormentaban. Y así leemos que habiendo Josías acusado y traído preso al apóstol Sanctiago ante el rey Herodes, y llevándolo ya él mismo á degollar, viendo un milagro que el apóstol hizo en el camino, se convirtió á la fe con tan grande constancia, que juntamente con el apóstol morió por ella. En lo cual maravillosamente resplandesce la bondad y misericordia de nuestro Señor, pues infundió fe y espíritu de martirio á quien tenía merescido un grande infierno. Pues ¿quién leerá el martirio de Sancta Inés, virgen de trece años, y mucho más el de Sancta Catalina, de diez y ocho, que no quede espantado de ver las maravillas que este Señor obró con esta virgen en la batalla de su martirio? Enviábale de comer con una paloma, estando en la cárcel, visitóla el mismo Señor y esposo suyo, esforzándola á padescer, hizo pedazos la rueda de sus navajas, prometió con voz del cielo especial favor á los que honrasen su pasión, hizo que al tiempo que la degollaron, corriese leche en lugar de sangre, para mostrar la blancura de su pureza virginal, mandó á los ángeles que tomasen luego su cuerpo y lo sepultasen en el monte Sinaí, donde él dió la ley á Moisén, y quiso que de su sepultura manase olio medicinal, y lo que más es de maravillar, dióle tanta sabiduría y elocuencia, que convirtió á la Emperatriz, mujer del tirano que la martirizaba, y á Porfirio, capitán general de su ejército, y á doscientos soldados con él: y lo que mucho más es de maravillar, de tal manera convenció con sus palabras y sabiduría á cincuenta filósofos, escogidos de todas partes, que les hizo condenar la secta

de los gentiles, y recebir la fe de Cristo nuestro Señor, y morir por ella muerte tan gloriosa y miraculosa, que echados en una grande hoguera, de tal manera murieron, que así sus cuerpos como sus vestiduras quedaron enteras, sin que ni un solo pelo se quemase. Pues ¿cuánto se declara por este ejemplo el cuidado y providencia que nuestro Señor tiene de los suyos en sus trabajos? Pues desta singular providencia hallará infinitos ejemplos quien leyere las vidas de los mártires.

De la pureza de vida de los sanctos.

§ III

Y no menos se declara esta soberana bondad con la pureza de vida de los sanctos, que es un singular don de Dios, y argumento clarísimo de la providencia que tiene dellos. De los cuales muchos viviendo en carne mortal y mal inclinada, en medio de todos los lazos y peligros del mundo y tentaciones del demonio, perseveraron toda la vida sin cometer un solo pecado mortal, como el sancto Job confiesa de sí mismo. Mas no solo él, sino también otros muchos sanctos, como fué nuestro glorioso Padre Sancto Domingo, y Sancto Tomás de Aquino, y Sancta Catalina de Sena, y otros tales, que dende su niñez se consagraron á Dios. Y hasta en las heces destos tiempos en que vivimos, tiene nuestro Señor muchos siervos y siervas, los cuales viven con tanta pureza é inocencia, que tiemblan de cualquier culpa, por pequeña que sea: porque (como dice S. Bernardo) la lumbre y fuego del Espíritu Sancto hace que ni una pajica muy liviana se deje de ver con esta luz, ni de quemar con este fuego.

Nada desto se puede cumplidamente explicar con palabras como ello es. Pero mucho menos se puede ni declarar ni entender la grandeza de las alegrías espirituales y consolaciones con que el Espíritu Sancto consolador suele visitar, alegrar, esforzar y alumbrar á sus familiares amigos en la casa de su oración. Porque ¿qué palabras bastan para declarar cuál sea el ímpetu de aquel río que alegra la ciudad de Dios, y aquel arroyo de deleites de donde les da de beber, y aquella abundancia de gozo y alegría que atesora en sus corazones, acrescentando cada día delei-

tes á deleites, alegrías á alegrías, y lumbres á lumbres, de los cuales nascen esas mismas alegrías? Porque esto es lo que él promete á los suyos por Isaías, cuando dice que henchirá sus ánimas de resplandores (1), de los cuales proceden aquellas admirables consolaciones que él les promete por el mismo Profeta con las más dulces y amorosas palabras que se pudiera prometer (2). A mis pechos (dice el Señor) seréis llevados, y sobre mis rodillas os halagaré: de la manera que halaga la madre á un hijo chiquito, así yo os consolaré, y en Hierusalem seréis consolados. Pues ¿qué cosa se pudiera decir más blanda ni más dulce que ésta? Y pues vos, Señor, no sois como los hombres, que son largos en palabras y cortos en las obras, sino antes al revés, porque á mucho más se extienden vuestras obras que vuestras palabras, ¿qué se podrá esperar de quien tales palabras nos tiene dadas?

Pues ésta es, Señor mío, una de las cosas que verdaderamente mucho declaran la grandeza de vuestra bondad, ver el tratamiento que hacéis á vuestros familiares amigos aun en este lugar de destierro y valle de lágrimas, siendo muchas veces personas viles y despreciadas, en quien el mundo no pone los ojos. A los cuales os comunicáis muchas veces con tanta largueza, y tratáis con tanta dulzura, y visitáis con tantas consolaciones, que muchas veces no puede sufrir la flaqueza del cuerpo el ímpetu de tanta suavidad. Por dónde son compelidos á decir lo que aquel sancto Efrén, anegado con el mar de vuestras consolaciones, decía: Señor Dios mío, apartaos de mí, porque no puedo sufrir la grandeza de vuestra suavidad. En lo cual se ve cuán dulce, cuán benigno seáis para con los pobres y humildes, pues desta manera tratáis á los que el mundo desprecia. Y por aquí también se ve con cuánta largueza se comunica á los hombres vuestra bondad, pues no se limita esta dádiva por parte de quien la da, sino por la estrechura de quien la recibe, porque mucho más diera, si hallara vaso que hinchir, quien da hasta que más no puede caber. Y habiendo tantos príncipes y monarcas en el mundo, á quien adora el mismo mundo, es cosa mucho para considerar cómo pasáis, Señor, por ellos sin hacer caso dellos (cuando por su soberbia no lo merescen) y venís á parar á una pobre choza, donde está una ánima pura y limpia, para tener allí vuestros delei-

(1) Isai. 58. (2) Isai. 66.

tes con ella. Pues ¡qué tanto se nos declara por aquí vuestra suma bondad! Si viésemos un grande monarca del mundo, el cual estando en su sala real cercado de todos los príncipes de su corte, quitadas las gorras y con mucho acatamiento delante dél, si viese al cabo de la sala un pobrecico labrador que le viniese á pedir justicia ó limosna, luego á la hora, dejados los grandes. fuese á recibir aquel pobre, y puestas las manos sobre sus hombros, y mirándole con un rostro sereno, le diese muy larga audiencia, y le mandase hospedar y proveer de todo lo que pedía, ¿qué diríamos del príncipe que esto hiciese? Diríamos que era el más justo, más humano y más valeroso de todos los príncipes, pues así se hacía temer de los poderosos y se humanaba con los humildes. Pues ¿cuánto es más admirable la bondad y grandeza deste Señor, que pasa tan de claro por los soberbios y altivos, y por otra parte viene á aposentarse en casa de la vejecica, del pobre, del inocente y del humilde, sobre quien el mundo no pone los pies, y allí tiene su habitación, allí sus regalos y deleites con él? ¡Oh nobleza infinita! ¡Oh suavidad inmensa! ¡Oh verdadera grandeza! ¡Oh bondad inefable! Oh Señor, y ¡cuán de verdad se muestra aquí cuán amador sois de los buenos, pues desta manera los tratáis y consoláis!

Pues ¿qué diré de cómo os preciáis dellos, y en vida y en muerte los honráis? ¿Qué mayor honra que decir vos: Yo soy Dios de Abraham, y Dios de Isaac, y Dios de Jacob? Éste es mi nombre para siempre, y éste mi memorial de generación en generación (1). Bien pudiérades, Señor, intitularos Dios de los cielos, y de la tierra, y de la mar, y con todo esto tuvistes por más ilustre título llamaros Dios de tres hombres buenos que Dios de tierras y cielos, porque esto declaraba más la grandeza de vuestra bondad, y porque realmente más vale un hombre bueno que todo este mundo visible, pues á todo él hicistes para servicio y uso de los buenos. Y paresciendo una vez el príncipe deste mundo delante de vos, diciendo que había rodeado toda la tierra, donde tantas grandezas y maravillas había visto, por ninguna dellas preguntastes sino por un hombre simple y recto que había en ella, que se llamaba Job (2). Esto también, Señor, declara vuestra bondad y el paternal cuidado que tenéis de todos los bue-

(1) Exod. 3. (2) Job. 1.

nos, pues entre todas las grandezas del mundo no hay en vuestros ojos otra grandeza por que preguntar, sino ésta

Pues ¿qué lengua explicará las honras con que los honráis aun en este mundo, queriendo que hasta las reliquias de sus cuerpos y aun los pedazuelos de sus pobres vestiduras sean reverenciadas y tenidas en grande veneración? S. Gregorio escribe que la Emperatriz de Constantinopla (que era como señora del mundo) le envió á pedir con grande instancia la cabeza del apóstol S. Pablo, con muy diferente corazón cierto del que tenía Herodías cuando pidió la de S. Juan Baptista. Y el sancto Pontífice le respondió que en ninguna manera podía despojar á Roma de tan gran tesoro, mas que le enviaría en lugar de ella una joya muy preciosa, que era un poquito de la limadura de la cadena con que el sancto Apóstol estuvo preso en poder de Nerón. Pues ¿qué mayor honra puede ser para un hombre que como oficial mecánico vivía por el trabajo de sus manos, que levantarlo Dios á tan grande dignidad, que los monarcas del mundo tuviesen por gran tesoro un poquito de hierro, por haber tocado en sus miembros? Y ¿qué honra también aquélla que escribe S. Lucas del mismo Apóstol, que su sudario y cualquier andrajo de su cuerpo sanaba todas las enfermedades del mundo? De manera que dispensaba Dios en las leyes de naturaleza por amor de un harapo que había tocado en el cuerpo de su Sancto.

Y no sólo honró desta manera las reliquias de sus Apóstoles, mas cada día hace esta misma honra á los polvos y andrajos de sus amigos, de cuyos milagros están llenos todos los libros. Pues quien leyere los cinco libros de la vida de S. Bernardo, escrita por tres insignes autores, los cuales fueron testigos de vista de sus virtudes, hallará que pasan de docientos y sesenta milagros los que en ella se cuentan: y entre ellos se escribe que un Obispo de una ciudad de España hizo saber al sancto varón que padescía continuamente un gravísimo dolor de cabeza. Al cual el Sancto envió un bonete suyo, y poniéndole el Obispo en su cabeza, tuvo tanto respecto el Señor de todo lo criado á que aquel bonete había tocado en la cabeza de su siervo, que en ese instante le dió perfecta salud. Y lo que más es, habiendo una vez cenado el sancto varón en casa de otro Obispo (que tenía bien conoscida la sanctidad deste bienaventurado Padre) mandó guardar el plato en que el Sancto había cenado. Y á cabo de cierto tiem-

po, padesciendo él una recia enfermedad, mandó que le diesen de comer en aquel plato, y luego en ese punto se halló sano. Juzguen pues por este ejemplo los hombres en qué precio tiene aquella suma Bondad á los buenos, pues quiere que hasta las leyes de naturaleza se dispensen y tengan especial acatamiento y respecto, no sólo á sus personas, no sólo á los andrajos de sus cuerpos, sino á las vasijas en que alguna vez comieron. Y conforme á estos ejemplos hallaremos á cada paso otros innumerables en las historias de los sanctos. Los cuales nos han de ser unos vivos retratos y espejos claros en que veamos la inmensidad de la bondad de nuestro Señor, y el amor grande que tiene á los buenos, y las honras con que los honra. Éste es el principal fruto que se ha de sacar desta sancta lección, porque sin dubda mucho más resplandesce la hermosura de la divina bondad en el tratamiento que hace á los buenos, que en la fábrica de los cielos y de todo este mundo criado.

Y como si todo esto fuese poco, acrescentástesles, Señor, otra nueva honra, porque no sólo honráis á ellos, mas también sus descendientes por ellos. Porque vos mismo dijistes (1): Yo soy Dios, celador de las ánimas, que uso de misericordia con los que me aman, hasta la milésima generación. Así, Señor, lo dijistes, y así lo cumplistes con David, con Abraham y con su hermano Lot, y con otros muchos amigos vuestros, á cuyos hijos y descendientes hecistes muy especiales mercedes (aunque algunos dellos eran idólatras y malos) por respecto de sus padres que fueron buenos. Lo cual manifiestamente declaró aquella celestial cantora en su cántico, cuando dijo (2): La misericordia del Señor corre de generación en generación eternalmente sobre aquéllos que le temen.

Pues qué tan grande sea la bondad que se nos descubre por estas obras de gracia, de que hasta aquí habemos tratado, las historias y vidas de los sanctos en grande parte lo declaran. Porque allí se verá cumplido y verificado todo cuanto aquí habemos dicho de la providencia que el Señor tiene de sus amigos, y de la manera que se ha con ellos. Mas entre todos estos ejemplos no apuntaré más que solos dos, de dos mujeres, una pecadora y otra inocente, uno antiguo y otro nuevo, uno de María Magda-

(1) Exod. 20. (2) Luc. 1.

lena, y otro de Sancta Catalina de Sena. Pues ¿qué cosa más admirable que los favores y beneficios que el Señor hizo á esta sancta pecadora del Evangelio después de su gloriosa resurrección? ¿Qué mayor maravilla que estar una mujer en una montaña treinta años, y pasar todo este tan largo espacio de tiempo sin comer y sin beber, y lo que más es, que cada día fuese levantada siete veces en el aire por mano de los ángeles á oir los cantares y melodía dellos, y por ellos mismos fuese restituída en su proprio lugar? Pues ¿á quién no pondrá espanto y admiración esta tan extraña novedad para con esta sancta mujer?

Mas los favores y muestras de amor que descubrió á la virgen Sancta Catalina de Sena, no se pueden explicar en pocas palabras, si no es leyendo toda la historia de su vida, que escribió su confesor, varón religiosísimo, que después fué General de toda nuestra Orden, el cual supo mucho de lo que escribió, de la boca de la misma virgen, y demás desto, él afirma con solemne juramento la verdad de todo lo que escribe. Muchos son los argumentos de la divina bondad, y el mayor de todos es haberse hecho Dios hombre por amor de los hombres, y padecido muerte por ellos: y unos se mueven más con unos, y otros con otros, según la disposición y devoción de cada uno. Mas yo confieso que uno de los que hasta agora más me han espantado, y mayor conoscimiento me han dado desta soberana bondad y del grande amor que este Señor tiene á las ánimas puras y limpias, es ver lo que hizo con esta Sancta, y las invenciones cuotidianas de favores y regalos con que la visitaba y trataba. Porque una vez le sacó el corazón del cuerpo y lo tuvo tres días en su poder, y después se lo puso en su lugar: otra se desposó con ella en presencia de la sacratísima Madre suya y de otros Sanctos: otra, por haber ella bebido un brebaje amarguísimo, sirviendo á una enferma, le aparesció y le dió á beber un licor celestial de la llaga de su sacratísimo lado: otra vez, por haberse ella desnudado de una túnica para dar á un pobre, le trajo el mismo Señor otra túnica con que nunca sintiese frío ni calor, invierno ni verano: otras veces le dió á sentir parte de todos los dolores y tormentos que había padescido en su sacratísimo cuerpo: y lo que excede toda admiración, el mismo Señor rezaba las Horas canónicas con ella, como un clérigo con otro: lo cual es cosa que si la misma virgen no dijera, parece que faltara la fe humana para crear cosa tan nue-

va y tan admirable y de tanta familiaridad con Dios. Pues ¿qué diré de sus grandes revelaciones y de la eficacia de sus oraciones? ¿Qué de los pecadores obstinados que ella convertió? ¿Qué del pasar tanto tiempo sin comer otro manjar que el Sanctísimo Sacramento, como el papa Pío Segundo da testimonio en la bula de su canonización? ¿Qué de los éxtasis y alienaciones de sentidos que padescía todas las veces que comulgaba, donde no faltó una persona malvada que le hincó una aguja por la planta del pie, lo cual ella no sintió más que si fuera de piedra mármol? Pues los milagros que se hicieron los tres días que estuvo su sancto cuerpo sin sepultar, ¿quién los contará? Porque en la bula sobredicha, entre otras cosas, se cuenta que no pudiendo una doliente llegar á su sancto cuerpo, por la mucha gente que allí estaba, tomando una toca della, y llevándola de mano en mano á tocar el cuerpo, y volviéndola á la doliente, fué luego sana. Pues quienquiera que tuviere ojos para saber mirar todas estas maravillas, luego entenderá cuán incomprehensible sea el amor que nuestro Señor tiene á las ánimas puras y limpias, pues así las trata, así las honra, así las abraza y regala, así las purifica y sanctifica, así las levanta sobre los cielos, así oye sus oraciones, así trata tan familiarmente con ellas, y les da parte de sus secretos y les hace en todo la voluntad. Pues quien esto considerare, por una parte se maravillará de ver cómo aquella soberana Majestad se inclina tan familiarmente á una cosa tan baja como el hombre, y por otra parte dejará de maravillarse, considerando que no se podía esperar menos de aquella infinita, inmensa y incomprehensible bondad, sino que tal como éste sea el amor que tiene á los buenos, y tal el trato y comunicación que tiene con ellos. Esta razón bien considerada declara la grandeza del amor que esta suma Bondad tiene á las ánimas puras y limpias, mas ningún género de palabras hay bastantes para declarar esto en el grado que es, porque en las cosas humanas, cuando vemos una persona hacer todos los extremos del mundo por otra, solemos decir que está enhechizada, ó que ha perdido el seso, ó tal que cosa, con que en alguna manera declaramos la grandeza de aquella pasión. Mas como nada desto pueda caber en aquella infinita bondad y pureza, no tenemos vocablos para significar la grandeza deste amor y de los grandes favores y regalos que este Señor hace á sus familiares amigos. Y por eso paramos en decir que no se puede creer me-

nos de infinita bondad sino que ame con infinito amor á los buenos, y que conforme á esto sea el tratamiento que les hace.

Y si estos favores que pertenescen á los bienes de gracia, tanto nos descubren, Señor, vuestra bondad, ¿qué harán los bienes de gloria? Si desta manera tratáis á vuestros amigos en este valle de lágrimas, ¿cómo los trataréis en el paraíso de vuestros deleites? Si así los alegráis en el camino, ¿cómo los alegraréis en su patria? Si así los consoláis en el lugar de su captiverio, ¿qué haréis en el lugar de la libertad? Si así son regalados cuando hacen penitencia, ¿qué será cuando cojan los frutos della? Si así duermen y reposan en vuestro seno cuando andan armados en la guerra, ¿qué será cuando dejen las armas y gocen de los triunfos de la victoria? Pues ¿cuál será, Señor, la bondad que allí les descubriréis, cuando estéis ya seguro que no se alzarán á mayores ni se envanescerán con el favor? Allí les mostraréis vuestro divino rostro, allí llamaréis á cada uno por su nombre, allí los asentaréis á vuestra mesa y les daréis á comer de vuestro plato, allí los haréis una misma cosa con vos, allí les daréis parte de todos vuestros bienes, es á saber, de vuestra gloria, de vuestra hermosura, de vuestra divinidad, de vuestra eternidad, de vuestra bienaventuranza, y así seréis todo en todos ellos. Allí, cuando se vean para siempre seguros y confirmados en gracia, extenderán sus lenguas en vuestras alabanzas, y con el Profeta cantarán (1): Alaba, Hierusalem, al Señor, y alaba, Sión, á tu Dios, porque fortificó las cerraduras de tus puertas, para que goces de perpetua y firme seguridad. Allí es donde claramente se conosce la grandeza de vuestra bondad, y donde sin cesar dan voces aquellos celestiales cantores, diciendo: Sancto, sancto, sancto es el Dios de los ejércitos.

Mucho se nos descubre, Señor, vuestra bondad por la grandeza desta gloria con que galardonáis los buenos, y por el amor y buen tratamiento que les hacéis en esta vida: y no menos se descubre esto mismo por el aborrescimiento que tenéis á los malos, y por la grandeza de la pena que les tenéis aparejada en la otra. Porque del mismo principio de donde nasce el amor inestimable para con los buenos, nasce también el aborrescimiento para con los malos, que es vuestra inmensa y infinita bondad, á la cual

(1) Psalm. 147.

pertenesce amar y favorescer sumamente la bondad, y aborrescer y castigar severísimamente la maldad. Por dónde las grandes amenazas y castigos espantosos que mandáis denunciar á los malos por los Profetas, aunque mueven nuestros corazones á temor, no menos los mueven á amor, pues no solamente nos dan testimonio de vuestra justicia, mas también lo dan de vuestra bondad, pues tan grande indignación y ira como allí mostráis contra la maldad, nos da claro á entender cuán grande sea vuestra bondad, y cuánto deba ser amada.

Mas ¿qué diré? que no sólo este odio contra los malos nos dice esto, mas también la pena eterna del infierno que les tenéis aparejada: porque la cosa más espantosa que hay á juicio humano, es castigar con pena eterna culpa temporal, y que con todo esto no quede suficientemente castigada. Porque como vos, Señor, seáis un abismo de misericordia, como sois copioso en el galardonar, así sois piadoso en el castigar. Porque siempre es mayor vuestro galardón que nuestros servicios, y vuestro castigo menor que nuestros pecados. Pues ¿de dónde nasce que un castigo por un cabo tan terrible, y por otro tan prolijo, como el del infierno, se diga que es no solamente justo, sino también corto y escaso por una culpa temporal, sino porque es tan grande y tan incomprehensible vuestra bondad, que pecar contra ella no se castiga dignamente ni con eterno tormento? Pues ¿qué tal será aquella bondad, cuya ofensa aún no queda suficientemente castigada con pena infinita? ¡Oh suma bondad, oh inefable bondad, que tú sola justificas esta ley, y tu grandeza hace pequeño este castigo, porque ella es tan grande, que no hay pena que baste para castigo de quien la ofendió!

Sobre todo lo dicho no paresce que se podrá añadir más argumentos y testimonios desta soberana bondad. Mas es cierto que todo esto apenas es un punto en comparación de lo que esta bondad se nos declara por el misterio de la encarnación del Hijo de Dios. Porque todo esto fué comunicarnos, Señor, todos los bienes que fuera de vos se nos podían comunicar, que eran bienes de naturaleza, de gracia y de gloria. Confieso, Señor, que por estas tres órdenes de bienes no hay fuera de vos cosa que no nos sea comunicada. Mas dentro de vos está vuestro ser, que es propriamente vuestro, y que no se puede comunicar sino haciendo Dios á quien le comunicáredes. Porque así como es hombre quien tie-

ne ser de hombre, así también será Dios quien tuviere ser de Dios. Pues esta tan incomprehensible gracia teníades *ab æterno* determinada de hacer al hombre, y no al hombre solo, sino á todo el mundo en el hombre, pues él es un mundo abreviado. Pues ¿qué tiene ya el hombre, Dios mío, que decir aquí? ¿Cómo no enmudescerá y pasmará, viendo una tan espantosa muestra de bondad? ¿Qué más era posible hacer? ¿Qué os queda, Señor, más por comunicar? ¿Qué cosa puede más declarar la naturaleza del sumo bien, que esta suma comunicación? ¡Oh sumamente bueno, y digno de ser amado con infinito amor! Porque infinita bondad con infinito amor meresce ser amada, y todo lo que falta para llegar aquí, falta para su perfecta medida. De modo que si yo, Señor, tuviera infinitos corazones, con todos ellos os había de amar: y si tuviera infinitas lenguas, con todas os había de alabar: y si tuviera infinitas vidas, todas las hubiera de emplear en vuestro servicio: y si hubiera infinitos mundos que dejar, todos se habían de despreciar por vuestro amor. Mas pues esto no puedo, dadme vos, Señor, gracia para que os ame yo con todo lo que puedo, y que con la fuerza deste amor resista á todo otro peregino amor.

Todas éstas, oh ánima mía, son obras de aquella suma bondad y unas como centellas que saltaron acá fuera del pecho divino. Pues si tales son las centellas, ¿qué tal será el fuego de donde saltaron? Si tan grande los efectos deste sumo bien, ¿qué tan grande será en sí el mismo bien? Éste es aquel sumo é inconmutable bien que no se estrecha con los lugares, no se muda con novedades, no pasa con el tiempo, no tiene necesidad del socorro de nadie, porque por sí solo basta, por sí solo puede, y por sí solo deleita. Éste es aquel sumo bien que no se alcanza con los sentidos, porque es espiritual y eterno: mas con el entendimiento se conosce, y con la voluntad se gusta, y con el corazón se siente, y con la devoción se busca, y con la esperanza se halla, y con la caridad se abraza, y en la gloria para siempre se posee.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

DE LA SEGUNDA CAUSA DEL AMOR DE DIOS, QUE ES LA GRANDEZA DE SU HERMOSURA

No solamente la bondad, sino también la verdadera hermosura mueve grandemente los corazones al amor. Por dónde algunos sabios vinieron á decir que el objecto de nuestra voluntad era la hermosura, por ver con cuánta fuerza atrae las voluntades á sí. Pues si tan amable es la hermosura, ¿qué tan amable seréis vos, Señor, que sois piélago y fuente de infinita hermosura, de quien proceden todas las hermosuras? Las hermosuras, Señor, de las criaturas son particulares y limitadas, mas la vuestra es universal é infinita, porque en vos solo están encerradas las hermosuras de todo lo que vos criastes. Por dónde así como el sol es más claro, más resplandesciente y más hermoso que todas las estrellas del cielo juntas, y él solo alumbra más que todas ellas, así vos solo sois infinitamente más hermoso que todas vuestras criaturas, y más parte para alegrar y robar los corazones que todas ellas. De vuestra hermosura el sol y la luna se maravillan, de vuestra hermosura manaron todas las otras hermosuras, en esta hermosura no se hartan de mirar los ángeles, porque en ella ven más perfectamente todas estas perfecciones y hermosuras de las criaturas, que en las mismas criaturas.

Mas ¿qué es toda la hermosura deste mundo visible, comparada con la del invisible? ¿Qué es toda la hermosura de los cuerpos, comparada con la de los espíritus angélicos, sino una estrella comparada con el sol? Un ángel dice el evangelista San Juan que vió en aquella su grande revelación con tan grande claridad y hermosura, que lo iba á adorar, si el ángel no se lo estorbara (1). Pues si tan grande es la hermosura que excede todas los hermosuras visibles, ¿cuál será aquélla que contiene también en sí la de las invisibles? Esto se podrá en alguna manera entender, si consideramos la muchedumbre de los ángeles, y los

(1) Apoc. 19.

grados y orden de sus perfecciones. En número son tantos, que sobrepujan la muchedumbre de todas las especies criadas, de manera que aunque no son infinitos, todavía son innumerables, porque nadie puede contarlos sino solo aquél que cuenta la muchedumbre de las estrellas, y llama á cada una por su nombre (1). Mas con ser tantos, están de tal manera ordenados, que el segundo tiene todas las perfecciones del primero, y otra más, con que difiere de él, como vemos en los grados y dignidades de la Iglesia, donde la dignidad superior tiene todo lo de la inferior, y un grado más, con que se diferencia della. Y desta manera procede la hierarquía eclesiástica, comenzando dende las órdenes menores, y procediendo por todos los grados eclesiásticos hasta el postrero, que el es Sumo Pontífice. Pues esta misma orden que hay en la hierarquía de la Iglesia militante, hay también en la triunfante, de manera que el primer coro es de los que comúnmente se llaman ángeles. El segundo es de los arcángeles, los cuales son en mayor número que los ángeles, porque cuanto son más excelentes los coros, tanto es mayor el número dellos. Y por esta misma orden habemos de subir por todos los nueve coros hasta llegar al postrero de los serafines, que más vecino está á Dios, y más distante del primer ángel: el cual tiene en sí solo las perfecciones y virtudes de todos los otros ángeles, como vemos acá que el hombre tiene en sí las virtudes y perfecciones esenciales de todos los otros animales que son inferiores á él.

Pues quiero yo, Señor, agora echar la cuenta y subir por esta escalera de las criaturas á ver como desde una atalaya muy alta algo de la hermosura inestimable que hay en vos. Porque primeramente está claro que tenéis ya la hermosura de todas las criaturas visibles, y después la de todas las invisibles, que sin comparación son muchas más en número y mayores en excelencia: y sobre esto tenéis en vos otras infinitas hermosuras que á ninguna criatura se comunicaron. De manera que así como la mar es grande no sólo porque todas las aguas de los ríos entran en ella, sino también por las que ella tiene de suyo, que son muchas más sin comparación, así decimos que vos, Señor, sois mar de infinita hermosura, porque no sólo tenéis en vos las perfecciones y hermosuras de todas las cosas, sino también otras infinitas, que son

(1) Psalm. 146.

proprias á vuestra gradeza y no se comunicaron á ellas, aunque en vos no sean muchas hermosuras, sino una simplicísima é infinita hermosura.

Pues siendo esto así, ¿cuál podremos entender que será aquella hermosura, aquella imagen tan perfecta, aquel espejo de todas las cosas, aquel abismo de todas las gracias, pues él solo tiene embebidos en sí los mayorazgos de todas las hermosuras, con otras infinitas que son proprias suyas? Aquella imagen de la reina Helena que pintó aquel famoso pintor Apeles, dicen que fué hermosísima, porque el pintor puso delante de sí cinco doncellas de muy perfecta figura cuando la pintaba, para tomar de cada una lo mejor que le paresciese. Pues si aquella imagen salió tan acabada, por tener en sí las perfecciones de solas cinco figuras, ¿qué tal será aquella imagen que en sí contiene las perfecciones de todas las criaturas. y más las suyas? Ni hay lenguas de ángeles ni de hombres que ésta puedan explicar. ¡Oh blancura de la luz eterna! ¡Oh espejo sin mancilla de la majestad de Dios! ¡Oh paraíso de todos los deleites! ¿Qué será, Dios mío, veros cara á cara? ¿Qué será ver esa lumbre con vuestra lumbre? ¡Oh, dichoso aquel día que os viere, que me descubriréis vuestra cara, y me mostraréis en ella todos los bienes! ¡Oh día digno de ser comprado con todos los tormentos y trabajos del mundo!

Finalmente, tal es y tan grande vuestra hermosura, que sólo verla y gozarla basta para hacer bienaventurados aquellos soberanos espíritus del cielo, y hinchir todo el seno de su capacidad, los cuales arden perpetuamente en amor de vuestra infinita hermosura, amándola con todas sus fuerzas, y ocupándose en esto con lo último de su potencia, sin jamás cansar. Porque la hermosura infinita de aquel objecto que tienen delante, de tal manera arrebata y llama á sí todas las fuerzas destos espíritus soberanos, que no pueden dejar de estar siempre y actualmente amándoos con este amor. Y esto es lo que tácitamente significó S. Juan en su revelación, cuando dijo que aquellos sanctos cuatro animales (que estaban ante el trono de Dios) no tenían descanso día y noche diciendo: Sancto, sancto, sancto es el Señor, Dios de los ejércitos, llena está la tierra de su gloria (1). Porque en decir que no tenían descanso, dió á entender que con todas sus fuerzas

(1) Apoc. 4.

y sin cesar amaban y alababan á aquel Señor, en quien estaba todo su descanso.

Mas ¿qué mucho es hacer esto los ángeles en el cielo, pues algo desto hicieron los sanctos aun en este lugar de destierro? Porque de la virgen Sancta Clara leemos que habiendo recebido de Dios una grande visitación y consolación después de la fiesta de la Epifanía, quedó su ánima tan absorta en Dios, y tan presa de aquella divina suavidad y amor que había gustado, que por espacio de muchos días no podía estar atenta á lo que se hablaba, y tenía necesidad de hacerse mucha fuerza para esto, por tener todos los sentidos robados y trasladados en Dios.

Mas ¿qué mucho es que la vista desta hermosura baste para hacer bienaventurados á todos los coros de los ángeles, pues basta para hacer bienaventurado al mismo Señor de los ángeles, el cual no tiene otra bienaventuranza sino ver y gozar de su misma hermosura? Lo cual llegó á conoscer Aristóteles, filósofo gentil, por esta razón. Claro está, dice él, que aquel sumo bien (pues tiene vida) que en alguna cosa ha de entender, porque no ha de dormir, pues está libre de las obras humanas, como son comer y beber y cosas tales. Y según esto, no le queda otra obra en qué entender, sino contemplar. Pues ¿qué contemplará? ¿Por ventura alguna otra cosa fuera de sí, con cuya contemplación sea bienaventurado? Claro está que no, porque si tal cosa hobiese, ésa sería mejor y más noble que él, pues la vista suya bastaba para hacerle bienaventurado, y así ése sería Dios y no él. Queda luego averiguado que si su ejercicio es contemplar, y contemplando es bienaventurado, y no contempla otra cosa fuera de sí, que siempre está contemplando á sí, y con esto es infinitamente bienaventurado. Pues ¿cuál será aquella hermosura que sólo mirarla basta para beatificar á Dios, y para hinchir aquel seno y capacidad infinita de cumplida felicidad? ¿Cuál será aquella hermosura que este Señor *ab æterno* siempre está mirando, y eternalmente mirará, sin jamás enhadarse de miralla, sino antes recibiendo con esto tan incomprehensible alegría, que todo cuanto hay criado y puede criar, es nada en comparación de ella? ¿Cómo nadará en este piélago de tanta grandeza el hombre, pues en él puede nadar la grandeza de Dios?

Hagamos pues agora esta comparación Claro está que todas las hermosuras deste mundo y del otro, comparadas con aquella

infinita hermosura, no son más que una gota de agua comparada con toda la mar, ó una pequeñita estrella comparada con el sol: antes son aún mucho menos, porque todavía éstas son criaturas finitas y limitadas, y así se pueden entre sí comparar. Pero entre dos extremos, uno finito y otro infinito, ¿que proporción puede haber? Pues desta gota de hermosura tan pequeña de las criaturas tomemos una particular, que es la de una sola criatura. Vemos pues los extremos que algunos hombres han hecho y hacen cada día por una sola criatura, los cuales ni comen ni beben ni duermen, pensando en lo que aman, y aun á veces vienen á perder la salud y el juicio y la vida por esta causa. Porque poco menos que esto acaesció á Amón, hijo de David, por la afección de Tamar. Pues si éstos padescen esto por una tan pequeña centella y sombra de hermosura, ¿qué harían si se les ofresciese una hermosura donde estuviesen juntas todas las hermosuras deste mundo visible y todas las del invisible, y con éstas las de aquel supremo é invisible mundo, que es Dios? ¿Hay cuenta de guarismo que baste para tantear esto? ¿Hay entendimiento que pueda comprehenderlo? ¿Hay paciencia que sufra hacerse tantos extremos por esta tan vana sombra de hermosura, y hacer tan poco por aquella infinita y verdadera? Porque si esto se hace por un poco de polvo y ceniza, y por una florecica que hoy es y mañana se marchita, ¿cómo no corremos en pos de vos, Señor? ¿Cómo no os amamos con todas nuestras fuerzas? ¿Cómo no caemos enfermos con aquella sancta esposa de los Cantares (1) por este divino amor? ¿Cómo podemos comer, ni beber, ni dormir, pensando en ella?

Pues siendo esto así, ámeos yo, Señor, con todas mis entrañas, hermosura infinita. Ámeos yo, mar de todas las gracias, campo de todas las flores, retablo de todas las hermosuras, abismo de todas las perfecciones: ábranse mis ojos para ver esa hermosura, y ciérrense para todo lo demás Sean, Señor, todas las criaturas espejo en que os contemple, imagen en que os vea, y escalera por donde á vos suba, y libro por donde lea vuestras grandezas. Abrid, Señor, mis ojos y ungidlos con el colirio de vuestra gracia, para que pueda yo en alguna manera ver una sola centella de vuestro resplandor: encended en mi corazón una sed tan gran-

(1) Cant. 2.

de de vos, que diga yo con el Profeta (1): Como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi ánima á ti, mi Dios. Tuvo sed mi ánima de Dios vivo, ¿cuándo vendré y pareceré ante la cara de mi Dios? Venid, venid pues todos los amadores de Dios, venid á esta fuente, bebed deste divino licor, insistid en esta demanda, porfiad con el Profeta, diciendo (2): A ti dijo mi corazón: tu cara, Señor, buscaré y por ella sospiraré, no apartes tu rostro de mí. Tú que vives y reinas en los siglos de los siglos. Amén.

Síguese una notable sentencia de Platón acerca de lo que está dicho de la divina hermosura.

§ II

Casi todo esto que aquí habemos dicho, dice maravillosamente Platón en persona de Sócrates en el Diálogo que llaman del Convite: donde viene á concluir que la verdadera sabiduría y bienaventuranza del hombre (por la cual se debe de poner á todo género de trabajos) es la contemplación y amor de la verdadera y perfecta hermosura, porque ésta es la que atrae á sí y roba los corazones de quien la mira, y ésta dice que está en solo Dios, que es perfectamente hermoso. Lo cual prueba declarando las condiciones de la perfecta hermosura, las cuales en ninguna parte se hallan, sino en solo Dios. Porque primeramente dice que ha de ser eterna, que ni tenga principio ni fin, ni pueda crescer, ni tampoco menguar. Lo segundo dice que de tal manera ha de ser enteramente hermosa, que no tenga una parte fea y otra hermosa, sino que todo cuanto hay en ella sea hermoso. Lo tercero dice que esta hermosura no se ha de marchitar ni alterar con el tiempo, de tal manera que un tiempo sea hermosa y otro fea, sino que en todo tiempo permanesca en una misma gracia. Ni tampoco quiere que se mude con los lugares, para que en un lugar sea hermosa y en otro fea, sino que en todo lugar conserve su hermosura, y en todo sea amable. Asimismo dice que de tal manera ha de ser hermosa, que no sea por participación de alguna hermosura accidental, como son las hermo-

(1) Psalm. 41. (2) Psalm. 25.

suras de las criaturas, sino que esencialmente sea hermosa, de tal manera que dél participen su hermosura todas las cosas hermosas, y él de nadie la participe. Y como todas las cosas puedan padecer diminución de su hermosura, él no la pueda padecer, por no haber cosa más poderosa que él. Y puestas estas condiciones, concluye Platón que la suma sabiduría y felicidad del hombre consiste en el conoscimiento desta suma, simple y eterna hermosura, de tal manera que el que mirare, amare é imitare, y por amor suyo despreciare todas las cosas que en este mundo parecen hermosas y amables, ése solo será de tal manera sabio y bienaventurado, que ninguna cosa le falte para el cumplimiento de la felicidad que en esta vida se puede alcanzar. Todo esto es sentencia de Platón, dicha en persona de Sócrates. Y lo que más es de maravillar, confiesa el mismo Sócrates haber aprendido esta filosofía (que llama disciplina amatoria) de una mujer prudentísima que se llamaba Diótima. Pues ¿qué cristiano habrá que no se espante de ver en estas palabras de gentiles resumida la principal parte de la filosofía cristiana, pues aquí se declara el fin de nuestra vida, que consiste en la contemplación y amor de la hermosura divina y en los medios por do se alcanza, que es el menosprecio de todas las cosas amables y hermosas del mundo? Y ¿quién no dará gracias á Dios, considerando por otra parte que esta tan alta filosofía que Platón alcanzó (por donde meresció nombre de divino) vemos agora en grande número de personas religiosas y de muchas pobres mujercitas, las cuales despidiendo de sí y dando libelo de repudio á todas las vanidades del mundo y á todos los cuidados terrenos, entienden perpetuamente en allegarse á Dios, y traer siempre su corazón ocupado en la contemplación y amor desta divina hermosura, y en las obras y maravillas que della proceden?

Por aquí también se entenderá lo que en esta consideración pasada dijimos. de la hermosura de nuestro Criador, y de cuán poderosa sea ella para atraer los corazones á sí, pues en ella se hallan cumplidamente todas las condiciones que este filósofo señaló de la perfecta hermosura, y fuera della no. Y el conoscimiento desta hermosura dice que es el fundamento de lo que él llama disciplina amatoria, porque ésta es la que señaladamente lleva todos los corazones en pos de sí.

CONSIDERACIÓN TERCERA

DE OTRA CAUSA DEL AMOR DE DIOS, QUE ES LA GRANDEZA DEL AMOR QUE ÉL NOS TIENE

Dice Sancto Tomás que así como ninguna cosa hay con que más se encienda un fuego que con otro fuego, así ninguna hay con que más se encienda un amor que con otro amor. Porque como la primera de las dádivas sea ésta (de la cual manan todas las otras) así como los beneficios recibidos mueven al amor del bienhechor, así (y mucho más) el amor, que es la causa de ellos. Pues por esto será razón levantemos agora los ojos de nuestra ánima á considerar la grandeza del amor que nuestro Señor tiene á los hombres. Y porque hay dos maneras de hombres, unos buenos y otros malos, no trataremos aquí de unos ni de otros. Porque de la grandeza del amor que tiene á los buenos, y del tratamiento que les hace, y de las consolaciones con que los consuela, y de las honras con que los honra, ya tratamos en las primeras destas consideraciones, y que no tenga amor á los malos en cuanto malos, entendido está de lo que la Escritura dice, que es aborrescible á Dios el malo y su maldad (1). Trataremos pues del amor que tiene á los hombres en común, en cuanto son criaturas suyas, donde entra el deseo que tiene de la salud y bien del género humano.

Pues la grandeza deste amor declaran primeramente todos los beneficios divinos, de que arriba tratamos. Porque como sea proprio del amor querer bien y hacer bien (porque de lo uno nasce lo otro) quien tantos bienes nos tiene hechos como allí está declarado, síguese que ha de amar mucho á quien tantos bienes hizo. Y por esto, cuanto allí se trató de los beneficios divinos, sirve para este fin, y no menos hace para ello lo que se dijo de la grandeza de la divina bondad. Porque como ésta sea la fuente de donde nasce el amor, conoscida la grandeza de la fuente, se conosce también cuál será el río que della procederá. Mas para este efecto trataremos aquí particularmente de tres grandes indicios y

(1) Sap. 14.

obras deste divino amor, que son las obras de la creación, glorificación y redempción.

Pues comenzando por la primera, ésta nos descubre por muchas vías el amor que en aquel divino pecho está encerrado. Porque primeramente, como el hombre sea obra de las manos de Dios, hecha á su imagen y semejanza, y la más principal obra de cuantas en este mundo visible formó, ¿cómo no ha de amar lo que él mismo con esta dignidad y preeminencia tan grande formó? Porque es tan natural cosa amar las personas las obras de sus manos, que hasta un árbol que hayamos plantado ó engerido de nuestra mano, le tenemos un particular amor. Y cuando á cabo de tiempo lo vemos florido ó cargado de fruto entre otros muchos árboles, nos alegramos más con ver aquél que todos los otros, porque los otros miramos como á extraños, mas á éste como á cosa nuestra. Y como ésta sea una natural condición y propriedad de la naturaleza humana, la cual fué por vos, Señor, criada, necesariamente habemos de poner en vos esta perfección. Porque no puede haber perfección en la criatura, que no esté muy más excelentemente en el Criador. Pues según esto, si vos, Señor, amáis á todo lo que criastes como á cosa que salió de vuestras manos, ¿cuánto más amaréis aquél para quien todo lo criastes? Y si así amáis á lo que formastes, de cualquier forma que lo hiciésedes, ¿cuánto más al que criastes á vuestra imagen y semejanza?

Ésta es una de las principales razones que alegaba el profeta Isaías al Señor para pedir misericordia, cuando decía (1): Miradnos, Señor, con ojos de piedad, pues somos obra de vuestras manos. Y por esto mismo tenía David por cierta la misericordia deste Señor, cuando decía (2): Extenderéis, Señor, vuestra diestra á la obra de vuestras manos. Y por esto mismo se maravillaba el sancto Job de cómo el Señor permitía que el demonio le atormentase tan crudamente, siendo él obra de sus manos. Y así prosigue él esta razón muy á la larga, diciendo (3): Vuestras manos, Señor, me hicieron y formaron, ¿pues cómo me soltáis dellas, para que venga á despeñarme? Acordaos, ruégoos, Señor, que vos me hecistes como quien de un poco de barro hace un vaso, ó cuaja un poco de leche. Vos mismo me vestistes de pieles y de car-

(1) Isai. 64. (2) Psalm. 79. (3) Job 10.

ne, y me organizastes con huesos y nervios, y me distes vida y misericordia. Pues siendo esto así, ¿cómo, Señor, desamparáis lo que vos mismo formastes? Todo esto decía el sancto varón, presuponiendo el amor que el Señor tenía á lo que él mismo había formado, como á obra de sus manos.

Mas hay aquí otra consideración en gran manera dulce y de gran suavidad, que es, ver cómo en tanto grado amastes y preciastes este hombre, que todo este tan grande y admirable mundo que vemos con los ojos, criastes para él. Y que esto sea una grande verdad, pruébase por esta evidente razón. Porque claro está que no criastes este mundo visible para los ángeles, que son puros espíritus, y así no tienen necesidad ni de lugares corporales en que estén, ni de cosas corporales con que se sustenten. Mucho menos lo criastes para vos, pues de nada tenéis necesidad sino de vos solo, pues *ab æterno* estuvistes sin mundo, tan glorioso y bienaventurado como agora lo estáis Pues decir que lo criastes para las bestias, sería grande bestialidad, pues las bestias ni conoscen al hacedor, ni son parte para agradescer el beneficio, ni menos merecedoras que tan gran fábrica criase aquel potentísimo y sapientísimo hacedor para brutos animales. Por dónde claramente se sigue que todo este tan grande teatro, poblado de tantas cosas, esclarescido con tantas lumbreras, hermoseado con tanta variedad de cosas, cercado de tan grandes y tan resplandescientes cielos, gobernado con tan ciertas y maravillosas leyes, fué criado sólo para servicio, mantenimiento y uso del hombre, y para que le fuese un espejo en que mirase al Criador, y un libro natural en que leyese y conosciese su sabiduría, su omnipotencia, su providencia y su bondad. Pues ¿no será grande argumento del amor de Dios, y de la estima en que tuvo al hombre, haber criado para solo él una tan grande casa, tan grandes cielos, tan grande tierra, tan grande mar, y tanta provisión de cosas innumerables para solo su cuerpo, que es la menor y más baja parte del hombre? Si es grande muestra del amor que un padre tiene á un hijo, proveerle de gran casa y familia cuando le da estado de vida, ¿cuánto amor mostró aquel Eterno Padre al hombre cuando de tal casa le proveyó, dándole por palacio el mundo, y por familia todas las criaturas, y la mar y la tierra para provisión de su mesa, y las estrellas del cielo por pajes de hacha que esclaresciesen la noche y el día, de las cuales hay al-

gunas que (como dicen los matemáticos) son cien veces mayores que toda la tierra? Pues según esto, ¿qué tan grandes serán los cielos, donde caben tantas estrellas? Y ¿qué tan grande será el mundo, que de tales cielos está cercado? Pues ¿quién no conoce por aquí la liberalidad y amor de tal dador, y quién puede caber en sí de placer, considerando la estima en que este Señor le tuvo, cuando tal casa le aparejó, y quién no conosce por aqui la grandeza de su dignidad, viéndose por Dios hecho rey y señor de todo el mundo, y viendo cuán grande amor le mostró quien le dió este tan grande principado?

Mas no pára aquí, Señor, este argumento y testimonio de vuestro amor, pasa aún más adelante. Porque aún más claramente nos descubre esto la infinidad de cosas que, Señor, criastes, no sólo para provisión y mantenimiento del hombre, sino también para su recreación y regalo. Porque en aquéllas os mostráis ser muy largo, Señor, para con vuestros criados, proveyéndolos abundantemente de todo lo necesario para el uso de la vida: mas en éstas mostráis amor de padre á hijos, y hijos chiquitos y tiernamente amados, á los cuales suelen los padres proveer de cosas alegres para su gusto y recreación. Pues ¿quién podrá explicar aquí la muchedumbre de cosas que para este fin criastes? ¡Qué de colores tan hermosos para la vista! ¡Qué de voces y músicas de hombres y de aves para el oir! ¡Qué de rosas y flores para el sentido del oler! ¡Qué de sabores y diversidades de manjares para el gusto! ¡Qué de objectos tan admirables tiene la vista para tener siempre en que recrearse, y recreándose, aprovechar en el conoscimiento del Criador! ¿Qué retablo hay más hermoso que el cielo estrellado? ¿Qué paños de verdura más graciosos que los campos floridos, y los ríos con sus riberas entoldadas y ceñidas de arboledas? ¿Qué matices más perfectos que el color de los rubíes y esmeraldas? ¿Qué sedas más finas, ni qué brocados más resplandescientes que los colores de algunas flores que hay, unas moradas, y otras amarillas, y de otros muchos colores? Si no fuera esto así, no dijera el Salvador en el Evangelio: Considerad las azucenas del campo cómo crecen. Dígoos de verdad que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno déstos (1).

(1) Matth. 6.

Pues procediendo más adelante por este tan espacioso campo de vuestras obras y maravillas, si es tan grande argumento de amor haber criado este tan grande y tan hermoso mundo, con tanta variedad de cosas que nos declaran vuestro amor, ¿cuánto mayor lo será haber criado á nosotros para vos, conviene saber, para hacernos participantes de vos, esto es, de vuestra misma bienaventuranza y gloria? La cual como á ninguna criatura pueda pertenescer por título de naturaleza, sino á solo vos, que sois Dios, síguese que con esta gracia nos hecistes en su manera dioses, pues nos hecistes particioneros de la gloria de Dios. Pues quitada aparte aquella suma gracia de la unión de nuestra humanidad con el Verbo Divino, ¿qué más nos podíades dar? ¿A qué grado de honra podíamos más subir? Ciertamente, Señor, así como no hay mayor gloria que la vuestra, así ninguna dignidad podíamos recebir mayor que ésta. En la cual ni los más altos serafines que más de cerca ven y gozan de vuestra hermosura, en cuanto toca á la dignidad del fin, no nos hacen ventaja, porque aunque sean sin comparación mayores en la condición de su naturaleza, no lo son en la condición de la bienaventuranza, pues para el mismo fin y gloria que fueron criados ellos en el cielo, fuimos también nosotros criados en la tierra. Aquí, Señor, derramastes sobre nosotros vuestros tesoros, pues nos criastes para un tan alto fin y tan grande gloria, que ningún entendimiento divino ni humano puede comprehender cosa mayor. Por dónde si por las dádivas se juzga el corazón y el amor, ¿cuál fué aquel amor que tal dádiva nos dió, que ni á toda su omnipotencia dejó lugar para poder darla mayor? ¡Oh liberalísimo, oh benignísimo Señor! ¡Oh verdadero amador de los hombres, pues para tanto bien los criastes! Bendíganos, Señor, los ángeles, y los cielos y la tierra prediquen vuestras alabanzas, y los hombres particularmente empleen toda su vida en el amor y servicio de quien tanto amor les descubrió.

Pues sobre esta dádiva no paresce que se sufría añadidura, mas vuestro infinito saber y vuestra infinita bondad y caridad la halló, que fué poner de vuestra casa el precio con que la merescíesemos y comprásemos, que fué la sangre de vuestro unigénito Hijo. La cual dádiva es tan grande, que así como la gloria que por ella se nos da, que es el mismo Dios, no puede ser mayor, así tampoco el precio con que se compra. Sumo es lo uno, y sumo lo

otro, y así ni lo uno ni lo otro puede crescer ni ser más de lo que es. Pues si las dádivas y beneficios son las verdaderas muestras y testimonios del amor, ¿qué mayor dádiva nos pudiérades dar que ésta? Porque en solo este Señor nos distes todas las cosas: en él nos distes padre y madre, hermano, maestro, abogado, rey, sacerdote y sacrificio, ejemplo, doctrina, justicia, sabiduría, sanctificación, redempción, perdón de pecados, gracia, gloria, salud y vida, y todos los bienes. Pues ¿qué mayor muestra de amor se pudiera dar que ésta? El mismo Hijo vuestro, que mora en vuestro seno, secretario de vuestro corazón, nos dió estas nuevas de vos diciendo: Tanto amó Dios al mundo, que le dió á su unigénito Hijo, porque todo aquél que creyere en él (esto es, creyendo, le amare) no perezca, sino alcance la vida eterna. Y si este tal Hijo nos diérades solamente para que lo conociéramos, amáramos y sirviéramos, fuera suma misericordia: mas lo que excede todo encarecimiento es que nos lo distes por hacienda nuestra, para que pudiésemos hacer moneda dél y de su sangre preciosa para nuestro rescate. Pues cuán grande argumento de verdadera caridad sea éste, el mismo Señor nuestro lo declaró, cuando dijo: Nadie puede dar mayor testimonio y muestra de verdadero amor, que el que pone su vida por sus amigos. Pues ¿á quién no concluirá este argumento para creer que nos queréis bien, habernos dado tanto bien, y criado para tanto bien, y derramado sobre nosotros lo más precioso que se halló en vuestros divinos tesoros?

A todos estos argumentos del divino amor se añade otro tan poderoso y tan grande, que ninguna lengua humana basta para explicarlo, que es la institución del Sanctísimo Sacramento que el Señor ordenó para estar en nuestra compañía, y morar en nuestras ánimas, y hacernos una cosa consigo. Porque como el amor esencialmente sea unión de dos ánimas y dos corazones en uno, la cosa más propria del amor es desear esta unión. Pues según esto, ¿qué mayor muestra de amor que haber ordenado este Señor un sacramento, cuyo efecto (entre otros) es juntarse él con nuestra ánima, y hacerse una cosa con ella? ¿Qué cosa puede ser más propria del verdadero y perfecto amor que ésta? De la cual al presente no tratamos en este lugar, por tratarse de ella arriba entre los beneficios divinos, y asimismo en el libro siguiente, donde se escribe de la institución del Sanctísimo Sacramento. Mas

hacemos aquí mención della, para que los que quisieren mover su corazón al amor de nuestro Señor, considerando el amor grande que él nos tiene, ayunten este argumento á todos los demás que están dichos: el cual es tan grande, cuanto es la dádiva que por él se nos da, que es la mayor de las dádivas, pues en ella se nos da Dios. Por dónde, como no hay dádiva que se pueda comparar con esta dádiva, así no hay amor que se pueda comparar con este amor.

Grande es el amor que los padres tienen á sus hijos, mas con todo esto no llegan las entrañas de padres á consentir que parezca más ante sus ojos un hijo que se les casó sin licencia, ó que les hizo algún otro agravio semejante: mas las entrañas de aquel Padre celestial bastan para que aunque un hombre haya cometido todas las ofensas del mundo, si de todo corazón se vuelve á él, sea como el hijo pródigo recibido y perdonado. Bien conoscía esto el Profeta, cuando dijo (1): Agora, Señor, vos sois nuestro padre, y Abraham no nos conosció, ni Israel tuvo cuenta con nosotros. Vos solo sois nuestro padre, y en los siglos permanescerá vuestro nombre. Este amor nasce, Señor, de vuestra bondad, de la cual proceden dos ríos muy caudalosos, que son misericordia y amor, el uno para curar nuestros males, y el otro para nos comunicar vuestros bienes. Pues si la fuente es infinita, ¿qué tal será el río del amor que nasce della? Por eso no desmayo ni desconfío, aunque me conosco por tan indigno de ser amado, porque aunque yo sea malo, el amador es bueno, y tan bueno, que no desecha á los pecadores, sino antes los atrae á sí, y los recibe y come con ellos.

A todos estos argumentos y obras de vuestro amor añado, Señor, otra, que es ser vos el mismo amor. Testigo desto es vuestro Evangelista que dice (2): Dios es amor, y por eso el que ama á Dios, está en Dios, y Dios en él. ¡Oh cosa verdaderamente dulce y maravillosa, tener un tal Dios, que él todo sea amor, y que su misma naturaleza sea amor! Si es cosa hermosa ver el sol en su hermosura, ¿qué será ver un Dios todo encendido y todo hecho un fuego de amor? ¿Qué ha de hacer este fuego sino abrasar y quemar? Según esto, contémploos yo, Señor mío, en medio desa Corte soberana como un fuego infinito, ó como un sol ardentísi-

(1) Isai. 63. (2) I Joan. 4.

mo, que derrama sus llamas por todos los cielos, y abrasa por doquiera que pasa todas las cosas, porque todas viven y se mueven por amor. Y así como este sol tiene más inflamados y quemados á los que moran más cerca dél, así ese divino Sol tiene del todo abrasados y hechos fuego aquellos altísimos serafines, que así como están más cerca deste Sol, así están más abrasados en su amor.

Pues si todas estas cosas tan claramente nos descubren la grandeza de vuestro amor, y el amor tiene tan grande fuerza para sacar amor, ¿cómo no os amaré yo, Dios mío, con todo mi corazón? ¿Cómo puedo resistir á tan grande fuerza de amor? ¿Cómo me hago sordo, cómo insensible á las voces de todas las criaturas, que me llaman á este amor? La piedra fría y dura da fuego, si muchas veces la hieren con un eslabón: y ¿será mi corazón tan duro que con los golpes de todas las criaturas del mundo no salga dél una centella de amor? Si no hay cosa en el mundo más poderosa para engendrar fuego, que otro fuego, ¿por qué ese fuego de tu divino amor (siendo tan grande como lo es) no inflamará mi corazón? Prueban los filósofos que el elemento del fuego no es cuerpo infinito, porque si lo fuera, abrasara los otros elementos, y todo el mundo convertiera en sí. Pues si vos, Señor mío, sois un fuego de amor infinito, ¿cómo no se abrasa mi corazón estando presente á vos? ¿Qué frialdad es ésta, que con tal fuego no se abrasa? Oh Rey de gloria, no consintáis, Señor, tal monstruosidad en el mundo como es no arder quien se llega á este tan grande fuego. Abrasad, Señor, este corazón más frío que la nieve, más helado que el mismo hielo, para que os ame con todas sus fuerzas, de la manera que vos mandáis y merescéis ser amado, y que este amor siempre arda y siempre se continúe en los siglos de los siglos. Amén.

Esto se ha dicho del amor de Dios en común para con los hombres: mas del amor especial que tiene á los buenos, en los cuales resplandesce la imagen de su sanctidad y pureza, no se trata aquí en particular, lo uno, porque ésta es materia que había menester muchos libros para declarar la grandeza deste amor, y lo otro, porque en parte se trató ya algo desto en la primera consideración de la bondad de nuestro Señor, donde se declaró el cuidado y providencia paternal que él tiene de los buenos, la pureza de vida que les da, las consolaciones con que los consuela,

las honras con que los honra, la presteza con que oye sus oraciones: porque todas estas cosas, como son argumentos de la divina bondad, así también lo son del amor que tiene á los buenos, pues tal tratamiento les hace.

CUARTA CONSIDERACIÓN

DE OTRA CAUSA QUE TENEMOS PARA AMAR Á DIOS, QUE ES EL PARENTESCO ESPIRITUAL QUE NUESTRAS ÁNIMAS TIENEN CON ÉL

El parentesco también es muy grande estímulo de amor, porque como el hombre naturalmente ame á sí mismo, también ha de amar á cualquier parte suya. Porque no es otra cosa el pariente sino un pedazo de la persona emparentada. Lo cual significa más claro el vocablo latino, que llama al pariente consanguíneo, que quiere decir particionero de una misma sangre. Pues así como es verdad que todos los amores sanctos nascen de un solo amor sancto, que es el de Dios, por quien el justo ama todo lo que ama, así todos los amores naturales nascen de un amor natural, que es el amor con que el hombre ama á sí mismo, por cuya causa ama sus deudos. Por dónde según los grados del parentesco, así también es este amor mayor ó menor. Pues como haya muchos grados en esta materia, los tres mayores y más conjunctos son el de los hermanos, y el de padres y hijos, y el de los bien casados. El primer amor es grande, el segundo mayor, el tercero mucho mayor que todos, pues por él dice la Escritura divina que se dejan padre y madre (1). Pues si cada uno destos parentescos es grande motivo de amor, ¿cuánto debe ser amado aquél en quien todos estos parentescos concurren en sumo grado de perfección? Porque primeramente, ¿con qué amor ha de ser amado aquel hermano que no siendo hermano por naturaleza, se hizo nuestro hermano por gracia, el cual siendo por aquellos mismos que él escogió por hermanos, vendido, reprobado, desterrado y muerto, no solamente no los despreció, mas antes reprobado los aprobó, y vendido los compró, y

(1) Genes. 2.

muerto los resuscitó, y desterrado los restituyó y volvió á su patria? De los dos primeros hermanos que fundaron á Roma, leemos que el uno mató al otro por no tener compañía en el imperio: y este celestial hermano, siendo él solo Hijo de Dios por naturaleza, procuró que todos lo fuésemos por gracia, y sobre esta demanda puso la vida. De manera que los otros quitaron la vida á sus hermanos por ser singulares en la honra ó en la herencia, mas este hermano entregó la suya propria por tener muchos compañeros en ella. Oh hermano amantísimo, ¡con qué blandura de corazón y de palabras enviastes aquellas sanctas mujeres á dar noticia de vuestra sancta resurrección á los discípulos, diciendo (1): Andá, id y decid á mis hermanos que subo á mi Padre y á vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios! ¿Qué mayor honra para el hombre, y qué mayor humildad para Dios? Porque en lo uno nos levantastes tanto, que nos hecistes tener compañía con vos, procurando que vuestro padre fuese nuestro por gracia, y en lo otro os abajastes tanto, que venistes á tener sobre vos señor, no debiéndoseos por naturaleza.

Mayor parentesco que éste es aún el de los hijos para con sus padres, y por eso es motivo de mayor amor. Pues ¿á quién pertenesce más este nombre de padre que á Dios? ¿Qué otra cosa quiso significar el Salvador, cuando dijo: No llaméis á nadie padre sobre la tierra, porque uno solo es vuestro padre que está en el cielo? Por la cual causa en todo el discurso del sancto Evangelio siempre usa deste nombre de padre. Y así en un lugar dice él (2): Sabe vuestro Padre las cosas de que tenéis necesidad, y á su cargo está proveerlas. Y en otra parte (3): Amad (dice él) á vuestros enemigos, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, el cual hace salir su sol sobre buenos y malos, ỹ llueve sobre justos y pecadores, para que seáis perfectos como vuestro Padre celestial lo es. Y conforme á este título nos manda que hagamos oración diciendo (4): Padre nuestro que estás en los cielos, sanctificado sea tu nombre, &c. Y por Hieremías dice el mismo Señor (5): Yo os llevaré por frescuras y arroyos de agua y por un camino tan llano y tan derecho, que no tropecéis en él. Porque yo me he hecho padre de Israel, y Efraim es mi hijo primogénito. Y más abajo: Como á hijo honrado trataré yo á

(1) Joan. 20. (2) Matth. 6. (3) Matth. 5. (4) Matth. 6. (5) Hier. 31.

Efraim, y como á niño delicado: por tanto mis entrañas se han enternescido sobre él, y con piedad habré misericordia dél. ¿Con qué otras palabras más tiernas pudiera aquí este Padre celestial explicarnos su afecto paternal? Y porque no pensásemos que esta tan grande honra era de solo título, dice el Apóstol que infundió él en las ánimas destos sus espirituales hijos el mismo Espíritu Sancto que moró en el ánima de su unigénito Hijo (1), el cual nos da corazón y amor de hijos para con su padre, y así nos hace clamar y pedir su favor y amparo con toda confianza y devoción como hijos á padre. Pues ¿qué mayor gloria, qué mayor dignidad que ésta? ¡Oh dulce Padre! ¡Oh dulce nombre! ¡Oh dulce título! ¡Oh maravillosa honra que en esto, Señor, nos distes! La cual cuanto es mayor, tanto nos obliga á mayor amor.

Pues aún muy mayor motivo es para esto el vínculo y parentesco del matrimonio, porque los casados no se cuentan ya por dos, sino por una misma cosa, y por eso, como es natural cosa amar á sí, así también lo es amar el uno al otro. Pues ¿quién podrá explicar aquí las ventajas que hace el matrimonio espiritual de Dios con el ánima al matrimonio corporal? El uno es de espíritus, y el otro de cuerpos: el uno es de hombres, y el otro de ángeles: el uno es como sombra, y el otro la verdad, pues (como dice el Apóstol) el uno es señal del otro. Tres son las principales perfecciones y excelencias del matrimonio, conviene saber, lealtad, fecundidad y perpetuidad, por razón del vínculo que entreviene en él. La lealtad en los matrimonios corporales muchas veces se quebranta por el adulterio de la una ó de la otra parte, mas en el espiritual nunca se quebranta por parte de Dios, y cuando por la nuestra se quebranta, es tan piadoso el injuriado, que él mismo convida á la adúltera con la paz, diciendo (2): Tú has fornicado con cuantos amadores has querido, mas con todo esto vuélvete á mí, que yo te recibiré. Los hijos muchas veces faltan en los matrimonios de acá, y cuando los hay, acontesce venir á ser cuchillo y verdugo de sus padres: mas en este otro matrimonio (cuando se trata legítimamente) nascen hijos de bendición, dadores de vida eterna, que son las buenas obras que nascen de la caridad. Estos hijos nascen de la unión de Dios y del ánima, no del ánima sola, sino della como de principio material,

(1) Galat. 4. (2) Hier. 3.

y de Dios como de padre y causa principal (1). Éstos son aquellos hijos varones que aborresce Faraón, y que con todas sus fuerzas procura matar, porque no se le alcen con el reino que él por su soberbia perdió.

Pues el vínculo matrimonial tampoco puede ser perpetuo, porque necesariamente se ha de acabar con la muerte del uno, y (como dice el Apóstol) en muriendo el varón, libre queda la mujer del vínculo del casamiento (2). Mas el matrimonio espiritual es tan perpetuo, que como dice Santo Tomás, en el baptismo se comienza, y con la buena vida se ratifica, y en la muerte se consuma, de tal manera que después de aquella primera unión y compañía del cielo es imposible seguirse divorcio. Pues el amor y los regalos y consolaciones deste matrimonio espiritual, ¿quién los sabrá explicar? Quien desto quisiere algo saber, váyase á aquel suavísimo libro de los Cantares, y allí verá tantos argumentos de amor y tanta suavidad de palabras del Esposo celestial al ánima su esposa, y della á él, que le pondrán grande admiración, viendo de la manera que se inclina aquella soberana Majestad al ánima pura y limpia que él toma por esposa. ¡Cuán admirable es otrosí aquella familiaridad, aquel ímpeto de amor y atrevimiento desta esposa, cuando la primera palabra que echó por la boca, fué ésta (3 : Déme paz con su sanctísima boca! Sobre las cuales palabras dice S. Bernardo: Bien sé que la honra del rey pide juicio, y á ella es atribuída la potestad judiciaria. Mas el amor impetuoso ni mira juicio, ni guarda consejo, ni se enfrena con vergüenza, ni se subjecta con razón. Y por esto ruego, suplico, pido, importuno, diciendo: Déme paz con el beso de su boca. ¿No te paresce luego que el ánima que así trata con Dios, que está embriagada y fuera de sí con el amor? Y por eso, olvidada de la majestad del Esposo, no sabe echar por la boca sino lo que abunda en el corazón. Mas ¡cuánto son más dulces que las palabras de la esposa las que el mismo Esposo celestial dice al ánima religiosa, cuando la llama para sí! Levántate (dice él) y date priesa, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven á mí, porque el invierno es ya pasado, las aguas y turbiones han cesado, y las flores han aparescido en nuestra tierra (4). Levántate pues, amiga mía, hermosa mía y paloma mía, que moras en los agujeros de la piedra

(1) Exod. 1. (2) I Cor. 7. (3) Cant. 1. (4) Cant. 2.

y en las concavidades de la cerca. Muéstrame tu cara, suene tu voz en mis oídos, porque tu voz es dulce, y tu cara es hermosa. Pues ¿qué palabras se pudieron imaginar más dulces que éstas? ¿Cuáles pues serán los deleites que el ánima sentirá, á quien vos, Señor, en lo íntimo de su corazón dijéredes estas palabras? Porque si vos mismo decís que vuestros deleites son estar con los hijos de los hombres, ¿cuáles serán los deleites que comunicaréis al ánima á quien así habláis?

Pues si todos estos títulos de amor concurren en vos, Dios mío, con tantas ventajas, ¿cómo no os amaré yo con todos estos amores? Si vos sois hermano, padre y esposo de las ánimas, ¿cómo puedo contenerme sin amaros con todo mi corazón? La doncella ama con grande amor al que le traen por esposo, porque por él espera tener remedio, compañía, hacienda, contentamiento, amparo, honra y orden de vida. Pues ¿de quién espera mi ánima todos estos bienes sino de vos? Vos sois mi hacienda, mi honra, mi tesoro, mi heredad, mi compañía, mi consejo, mi salud, mi arrimo, mi esperanza y finalmente la suma de todos mis bienes. Pues ¿cómo no seré yo cruel contra mí, si no amare á vos, pues (como dice S. Augustín) solo aquél ama de verdad á sí, que sabe, Señor, amar á ti?

Oh ánima mía (dice el mismo sancto) esposo tienes, y no le conosces. El más hermoso es de todas las cosas, y tú no has visto su hermosura. Él ha visto la tuya, porque si no la viera, no te amara. Pues ¿qué harás? Agora en este tiempo no lo podrás ver, porque está ausente, y por eso no temes enojarle y hacerle injuria, menospreciando su amor tan excelente, y entregándote torpemente á otros amadores extraños. No quieras cometer tan grande mal, y si por agora no puedes saber qué tal sea este esposo, á lo menos considera las arras que te ha dado, para que así entiendas con cuánta afección lo debes amar, y con cuánto cuidado y diligencia te debas guardar para él. Mucho es lo que te dió, mas mucho más lo que ama en ti. ¿Qué es, oh ánima mía, lo que tu esposo te ha dado? Tiende los ojos por todo el universo mundo, y mira si hay algo en él que no sea para tu servicio. Toda la naturaleza criada para este fin se ordenó, que es, para servir á tu provecho, y hacer lo que te cumple. ¿Quién piensas ordenó todo esto? Claro está que Dios. Pues ¿cómo recibes el beneficio, y no conosces al dador? ¡Oh cuán grande locura es no desear el amor de Señor tan

poderoso, y cuán gran desconoscimiento no amar á quien tanto te ama! Ama pues á él por quien él es, y ama á ti por amor dél. Ama á él para ti, y á ti para él, porque éste es puro y casto amor, que ninguna cosa tiene fea, ninguna desabrida, y ninguna transitoria. Hasta aquí son palabras de S. Augustín. Vayan pues, oh ánima mía, vayan todos los que quisieren, y busquen á quien amen y sirvan, porque yo sabido tengo ya que éste es el verdadero padre y esposo de las ánimas, por cuyo amor es muy bien empleado morir, hasta poderlo alcanzar.

Mas por ventura dirás: Verdad es que este Señor es esposo de las ánimas, pero son muchas las esposas que tiene, y así será menor el amor que le cabrá á cada una, repartido entre tantas. Eso podrá caber en los hombres, que así como son defectuosos en la virtud, así lo son en el amor. Mas vos, Señor, así como sois omnipotente en la virtud, así lo sois en el amor de los vuestros, en lo uno infinito, y en lo otro también, y así no puede menoscabarse, siendo por muchos repartido, lo que no tiene término ni cabo. Y como no goza menos cada uno de la lumbre del sol, aunque alumbrá á todos, que si él fuese solo, así no ama este Esposo celestial menos á todas las ánimas religiosas, que si fuesen una sola. Así que no es este amador como Jacob, que amaba menos á Lía, por el amor grande que tenía á Raquel, sino como Dios infinito, cuya virtud no es menor para con cada uno, por dividirse entre muchos.

QUINTA CONSIDERACIÓN

DE OTRA CAUSA DEL AMOR DE DIOS, QUE ES LA DEPENDENCIA Y ORDEN QUE HAY ENTRE LA CRIATURA Y EL CRIADOR: DONDE TAMBIÉN SE TRATA DE CÓMO DIOS ES NUESTRA BIENAVENTURANZA Y ÚLTIMO FIN

Esta consideración pasada, que se funda en este linaje de parentesco espiritual que el ánima tiene con Dios, se declara más por la dependencia y orden que la criatura racional tiene con su Criador, que es también otro linaje de parentesco espiritual. Y por esto estas dos consideraciones se de-

claran una á otra, y cada una por sus términos y en su manera encienden grandemente nuestro corazón en el divino amor.

Para lo cual es de saber que en tres maneras pueden unas cosas depender y estar como necesitadas y colgadas de otras. Porque unas dependen de otras cuanto al principio del ser, mas después de recebido el ser, no tienen ya más necesidad de sus autores para conservarse en él, como la pintura ó la casa después que salió de las manos del maestro. Otras hay que dependen de sus causas, como la vida del cuerpo de la presencia y virtud de su ánima y de su cabeza, por la cual vive y se conserva. Otras hay que dependen de sus causas cuanto á la perfección y cumplimiento de su ser, como el discípulo del maestro que le enseña, ó la mujer del marido, de quien recibe lo necesario para el uso de la vida.

Estas tres causalidades y dependencias, así como ponen grande vínculo y hermandad entre las cosas, así son causa de grande amor. Por dó viene á ser que todos los efectos tienen natural amor y respecto á las causas de donde proceden, y de quien esperan alcanzar su perfección. Por la primera dependencia es grande el amor que los hijos tienen á los padres, y los padres á sus hijos: de lo cual son testigos aun hasta los mismos animales, que se quitan el mantenimiento de la boca para sustentar sus hijos, y se meten á veces por las lanzas y venablos por defenderlos. Por la segunda es muy natural el amor que los miembros tienen á su cabeza, por cuya salud se ponen á recebir el golpe del espada, por la conservación della: lo cual no hacen hijos por padres, ni padres por hijos. Por la tercera razón es también grandísimo el amor que tiene la esposa á su esposo, porque dél espera en muchas cosas la perfección de su ser. Pues como sea verdad que todas estas causalidades y dependencias juntas se hallen en solo Dios, y todas en sumo grado de perfección, ¿con qué amor será razón que sea amado aquél de quien así estamos colgados de todas partes? Si él es el que nos dió el ser, ha de ser amado como el padre de sus hijos: y si nos conserva en el ser, ha de ser amado como la cabeza de sus miembros. Y si él es el que nos ha de dar la perfección y cumplimiento deste ser, ha de ser amado como la buena mujer ama su marido. Y pues todas estas cosas esperamos de solo él, síguese que estamos obligados á amarle con todos estos amores, y mucho más, pues más perfectamente

nos comunica él estos beneficios, que todas las causas susodichas á sus efectos. Reconosce pues, oh ánima mía, todas estas obligaciones, y pues sabes cierto que lo que fuiste, y lo que eres, y lo que esperas, todo es de este Señor, y que por tantas partes estás aliada y adeudada con él, ama á quien tanto bien te ha hecho y te hace, y adelante te ha de hacer.

Ámeos yo pues, Señor, pues soy vuestra hechura, y vos mi hacedor, de quien tengo el ser que tengo. Vuélvanse las aguas al lugar de do salieron, conviértase el efecto á la causa de donde procedió, tórnese la criatura al Criador que la hizo. Tiranía es que uno edifique, y otro more en lo edificado, que uno plante, y otro esquilme lo que otro plantó. No permitáis vos, Dios mío, os haga yo esta traición, ni que entregue las llaves de vuestra hacienda á otro fuera de vos. Vuestro soy, vuestro seré, vuestro deseo ser para siempre: por vuestro me recebid en vuestra casa, y no desechéis de vos lo que hecistes para vos.

Ámeos yo también, Señor Dios mío, pues vos me conserváis y sustentáis en este ser que me distes. Así como las ramas del árbol nascen de la raíz, y ella misma es la que las conserva en el ser que tienen, así vos, Señor mío, sois la raíz y el principio que me distes ser, y vos mismo sois el que me conserváis y sustenéis en él. Pues ¿con quién tengo yo de tener cuenta sino con vos? Aquellas ramas á ninguna cosa criada tienen mayor respecto ni amor natural que á la raíz de do procedieron, y en que se conservan en su ser y hermosura, y de todo el mundo, que viva ó muera, no se les da nada, con tanto que esté viva y fresca su raíz, de quien les viene todo su bien. Pues ¿en quién tengo yo, Señor, de poner los ojos, á quién tengo de amar sino á vos, cuyas manos me criaron, cuya providencia me sustiene, cuyas criaturas me sirven? ¿Por quién soy, por quién vivo, por quién tengo todo lo que tengo, sino por vos? Y pues vos sois la origen y raíz de todo mi bien, y yo una sola rama entre otras muchas que en vos se sustentan, ¿qué tengo yo que ver con el cielo ni con la tierra, sino con vos solo, que sois la fuente de todo mi bien, y el arca de todos mis tesoros? La viña y la heredad sirve no solamente al que la plantó, sino también al que la cava y la riega, y así la conserva en aquel ser que tiene. Y pues vos me plantastes por vuestra mano cuando me criastes, y vos me conserváis en este ser con la labor y riego de vuestra providencia, ¿por qué ha

de esquilmar otro la fruta desta heredad, sino vos? Yo soy vuestra heredad, y vos sois mi heredero y mi Señor: á vos sirvan todas las plantas desta heredad, que son las potencias de mi ánima, á vos las flores, que son todos sus buenos deseos, á vos los frutos, que son todas mis palabras y obras, con lo demás. Mis ojos os bendigan, mi lengua os alabe, mis manos os sirvan, mis pies anden por el camino de vuestros mandamientos, mis entrañas se derritan en vuestro amor, mi memoria nunca os olvide, mi entendimiento siempre os contemple, mi voluntad en vos solo se deleite y se gloríe. Éste es el esquilmo y fruto desta heredad. Cercalda, Dios mío, con un muro de fuego, cerrad todos los portillos della, para que nadie os la pueda entrar. Conjúroos y requiéroos todas las criaturas del mundo, con la virtud y obediencia deste común Señor, que no toquéis en cosa desta heredad. Todo, Señor, sea vuestro, todo se emplee en vuestro servicio. Mueran todas las criaturas á este amor, y yo muera á todas ellas.

Ámeos yo también, Señor, pues vos solo sois el que habéis de acabar esta obra que comenzastes, y el que habéis de dar á mi ánima su cumplida perfección. Á todas las otras criaturas menores de una vez distes todo lo que debían recibir: mas al hombre (como era de tan grande capacidad) dístesle mucho cuando lo criastes, y prometístesle mucho más para delante, para que con esta necesidad anduviese como colgado de vos, y así se moviese á amaros, no sólo por lo que tenía recibido, sino mucho más por lo que esperaba de recebir.

§ I

Y puesto caso que estos tres respectos y consideraciones sean tan grandes incentivos y motivos de amor, mas este postrero es más poderoso que todos, porque por él se entiende que vos solo sois mi felicidad y bienaventuranza y mi último fin, cuyo amor dicen los filósofos que es infinito, en este sentido, que como se desea por sí y no por otro respecto ni fin, no hay regla ni tasa con que se haya de limitar.

Pues ¿quién es, Señor, toda esta bienaventuranza mía y mi último fin, sino vos? Vois sois, Señor, el término de mis caminos, el puerto de mi navegación, el fin de todos mis deseos. Pues ¿por

qué no os amaré yo con este amor? El fuego y el aire rompen los montes, y hacen estremescer la tierra cuando están debajo della, por subirse á su lugar natural. Pues ¿por qué no romperé yo por todas las criaturas, por qué no haré camino por hierro y por fuego, hasta llegar á vos, que sois el lugar de mi reposo? Con ninguna cosa viene bien la vasera sino con el vaso para que fué hecha. Pues ¿cómo siendo mi ánima una como vasera que vos criastes para vos, puede venir bien con otra cosa que con vos? Acordaos pues, Dios mío, que como yo soy para vos, así vos sois para mí. No huyáis pues, Señor, de mí, porque vos pueda yo alcanzar. Muy despacio camino, muchas veces me paro en él, y vuelvo atrás: no os canséis, Señor, de aguardar á quien no os sigue con pasos iguales.

Oh Dios mío y salud mía, ¿cómo me detengo tanto, cómo no corro con suma ligereza al sumo bien, en quien están todos los bienes? ¿Qué se puede desear, que no se halle en ese piélago de bondad, mejor que en los charquillos turbios de las criaturas? Aman los hombres las riquezas, y aman las honras, y la vida larga, y el descanso, y la sabiduría, y la virtud, y los deleites, y otras cosas semejantes, y ámanlas con tan grande amor, que muchas veces se pierden por ellas. ¡Oh locos y rústicos amadores, que amáis la sombra y despreciáis la verdad, andáis á pescar por las lagunas sucias y dejáis la mar! Si cada una destas cosas por sí sola meresce ser amada, ¿cuánto más lo debe ser aquél que vale más que todas las cosas? Si su padre del profeta Samuel pudo con verdad decir á su mujer, que lloraba por no tener hijos, que él solo le valía más que diez hijos (1), ¿con cuánto mayor razón diréis vos, Señor, al ánima del justo que le valéis más que todas las criaturas? Porque ¿qué descanso, qué riquezas, qué deleites se pueden hallar en las criaturas, que no estén con infinita ventaja en el Criador? Los deleites del mundo son carnales, sucios, engañosos, breves y transitorios. Alcánzanse con trabajo, poséense con cuidado, piérdense con dolor, duran poco y dañan mucho: hinchen el ánima y no la hartan, engáñanla y no la mantienen, y no la hacen por eso más bienaventurada sino más miserable, y más sedienta, y más alejada de Dios y de sí misma, y más allegada á la condición de las bestias. Por esto dijo S. Augustín:

(1) I Reg. 1.

Miserable es el ánimo enlazado con la afición de las cosas inferiores, y así es despedazado cuando las pierde. Y entonces viene á conoscer su miseria con la experiencia del mal que por causa desta afición padece, aunque también era miserable antes que lo padesciese. Mas á vos, Señor, ninguno os pierde, sino el que por su voluntad os deja: mas el que os ama, entra en el gozo de su Señor, y no terná por qué temer, sino antes estará muy bien en el que es infinito bien.

Son también los deleites del mundo muy pequeños, porque son particulares y no deleitan más que un solo sentido: mas vos sois deleite universal, que á todos juntos espiritualmente los deleitáis. Por dónde aquel grande amador vuestro Augustino decía: Oh Dios, ¿qué es lo que amo cuando á vos os amo? No figura de cuerpo, ni hermosura de tiempo, ni resplandor de luz amigable á estos ojos, ni dulces músicas y melodías de canciones: no suavidad de flores ni de olores diversos, no manna, ni miel, ni sabores exquisitos, no abrazo de cosas corporales: nada desto es lo que amo cuando á mi Dios amo, sino amo una luz, y una voz, y un olor, y un manjar, y un abrazo, no deste hombre exterior sino del interior, donde resplandesce á mi ánima lo que no cabe en lugar, donde suena lo que no lleva el viento, donde huele lo que no esparce el aire, donde se gusta lo que no se gasta cuando se come, donde se abraza lo que nunca se desvía. Esto es lo que amo, cuando amo á mi Dios.

De manera que todos los deleites juntos y todas las cosas que se pueden amar, están en solo este Señor, y de tal manera están, que dijo el Sabio: Todas las cosas que se desean, no pueden ser comparadas con él. Bien dice por cierto comparadas, porque como dice el Filósofo, no puede haber comparación donde no hay comunicación y semejanza en algo. Pues ¿qué comparación hay entre el que es y el que no es? El puncto y su circunferencia no se comparan entre sí, siendo ambas cosas finitas: pues ¿qué comparación hay de la criatura al Criador y de lo finito á lo infinito? Pues si todas las cosas juntas no se comparan con este bien, ¿cómo se comparará cada una por sí sola? Y si cada cosa déstas se ama porque es buena, así la honra como la riqueza, como el deleite, aquél que es suma honra y suma riqueza y sumo deleite, ¿cómo ha de ser amado, sino con sumo amor?

Ámeos pues yo, Señor, con estrechísimo y ferventísimo amor.

Tienda yo los brazos de todos mis afectos y deseos para abrazaros, esposo dulcísimo de mi ánima, de quien espero todo el bien. La yedra se abraza con el árbol por tantas partes, que toda ella paresce hacerse brazos para afijarse más en él, porque mediante este arrimo sube á lo alto, y consigue lo que es proprio de su perfección. Pues ¿á qué otro árbol me tengo yo de arrimar para crescer y alcanzar lo que me falta, sino á vos? No cresce tanto esta planta, ni extiende tanto la hermosura de sus ramas, abrazada con su árbol, cuanto crece el ánima en virtudes y gracias, abrazada con vos. Pues ¿por qué no me haré yo todo brazos para abrazaros por todas partes? ¿Por qué no os amaré yo con toda mi ánima y con todas mis fuerzas y sentidos? Ayudadme vos, Dios mío y Salvador mío, y subíme á lo alto en pos de vos, pues la carga desta mortalidad pesada me lleva tras sí. Vos, Señor, que subistes en el árbol de la cruz para atraer todas las cosas á vos, vos que con tan inmensa caridad juntastes dos naturalezas tan distinctas en una persona, para haceros una cosa con nosotros, tened por bien de uñir nuestros corazones con vos con tan fuerte vínculo de amor, que vengan á hacerse una cosa con vos, pues para esto os juntastes con nosotros, para juntarnos con vos.

Esta consideración humilla grandemente y subjecta el hombre á Dios, viendo cuán colgado está dél todo su bien y todo su ser, así pasado como presente y venidero, y con esto subjectaba el sancto rey David su ánimo á Dios, diciendo (1): En tus manos, Señor, están mis suertes. Por lo cual otro intérprete dijo: En tus manos, Señor, están mis tiempos: conviene saber, los tres tiempos, pasado, presente y venidero. Porque en el pasado recebí de vos el ser que tengo, y en el presente vos me estáis dando vida y conservando en este ser así como el sol á los rayos de luz que dél proceden, y en el venidero, porque de vuestra mano me ha de venir la perfección y cumplimiento deste ser, hasta llegar á su último fin, donde mi ánima tenga perfecto reposo y descanso y cumplimiento de todos los bienes, estando unida con vos y transformada en vos, participando aquella bienaventuranza para que vos la criastes. Y así como vos mirándome dende lo alto con piadosos y paternales ojos, influís en mi ánima los rayos de vuestra misericordia, así por el contrario mi ánima, levantando con ver-

(1) Psalm. 30.

dadera humildad y reverencia sus ojos á vos, recibe las influencias de vuestra luz, así como las estrellas del cielo mirando al sol reciben dél la claridad, y con ella la virtud que tienen. Pues si estos ojos son las canales por donde vuestra virtud corre y se deriva en las ánimas, ¿qué otro oficio había de ser el mío sino estar siempre suspenso, levantando los ojos á lo alto para participar esa virtud, diciendo con el Profeta (1): Mis ojos tengo siempre puestos en el Señor, porque él librará mis pies de los lazos, y mirando yo á él, inclinaré sus ojos á que él también mire por mí? Y con el mismo espíritu decía (2): A ti, Señor, levanté mis ojos, que moras en los cielos, así como los siervos están mirando á la cara de sus señores, de quien esperan el remedio de su vida.

SEXTA CONSIDERACIÓN

DE OTRA CAUSA DE AMAR Á NUESTRO SEÑOR, QUE ES LA MANERA DE PROPORCIÓN Y SEMEJANZA QUE NUESTRA ÁNIMA TIENE CON ÉL

OH Dios mío y misericordia mía, si todas las razones y causas de amor concurren en vos, y todas en sumo grado de perfección, ¿por qué no os amaré yo con sumo y perfecto amor? Una sola causa déstas nos hace muchas veces amar desatinadamente á una criatura y desear morir por ella. Pues si todas las causas de amor se juntaron, Señor, en vos, y todas en tanta perfección, ¿quién no se abrasa, quién no se derrite, quién no deseará padescer mil muertes por vuestro amor? Si por beneficios va, á nadie debemos más que á vos: si por amor, nadie nos quiere más que vos: si por parentesco, con nadie tiene mayor deudo nuestra ánima que con vos Pues si por perfecciones va, ¿quién más perfecto que vos? ¿Quién más bueno, quién más hermoso, quién más benigno, quién más noble, quién más sabio, quién más poderoso, quién más rico y más comunicativo de sí mismo y de todos los bienes que vos? Pues ¿quién impide, Señor, nuestro corazón para que no corra á vos? ¿Qué cadena puede haber tan fuerte que nos tenga presos para no poder llegar á vos? Si es el amor de las cosas deste mundo, si todo él y cuanto hay

(1) Psalm. 24. (2) Psalm. 122.

en él es como la flor del campo, ¿cómo puede tan frágil materia detener el ímpetu desta corrida para vos? ¿Por ventura será parte una pequeña paja para detener en el aire una piedra, cuando viene corriendo hacia su centro? Pues ¿cómo permitiréis vos, Dios mío, que una tan liviana paja como es todo lo que hay en este mundo, sea bastante para detener el ímpetu de nuestra corrida para vos, que sois nuestro último fin y centro de nuestras ánimas?

Mas por ventura habrá algún ignorante que diga: Verdad es que todas esas razones y causas de amor caben en nuestro Dios, mas no parece que hay proporción ni conveniencia entre una cosa tan baja y otra tan alta. Él es altísimo, el hombre bajísimo: él es todo espíritu inaccesible é incomprehensible, el hombre es carne, y carne miserable. Pues ¿qué proporción podrá haber entre este cieno y aquel oro, para que se pueda hacer una liga de amor entre ambos? Oh admirable Señor, sólo esto faltaba para que ninguna razón faltase á nuestro amor para con vos, que es la proporción y semejanza del que ama con el amado, pues la semejanza es una de las principales causas de amor. Pues ¿con quién puede mi ánima tener mayor semejanza que con vos, pues fué hecha á vuestra imagen y semejanza? ¿Para quién tendrá el corazón más proporcionado que para vos, pues lo criastes para vos? ¿Entre qué dos cosas hay mayor proporción y semejanza que entre el vaso y la vasera que se hizo para él? Y pues mi ánima fué criada para ser vaso de elección, en que vos, Señor, estuviésedes (de donde le viene que ninguna cosa criada baste para hinchir este vaso, sino vos) ¿con quién tendrá mayor proporción y semejanza que con vos?

Verdaderamente, Señor, grandísima es la semejanza que entre vos y nuestra ánima pusistes, así en la substancia como en la manera del ser, y del entender, y del obrar, y de todo lo demás. Vos sois espíritu, y nuestra ánima espíritu: vos invisible, y nuestra ánima invisible: vos inmortal, y nuestra ánima inmortal: vos tenéis entendimiento, voluntad y libre albedrío, y nuestra ánima también lo tiene: vos sois perfectísima bondad y sanctidad y virtud, y nuestra ánima (si el demonio no borrara la semejanza que vos en ella pusistes) llena estaba de virtud y de bondad. Mas aun en estas reliquias que quedaron, permanescen todavía unos como rastros y señales de aquella primera hermosura. De aquí nasce

el deseo natural de lo bueno, y la vergüenza de lo malo, y el agradescimiento de los beneficios, con otros tales afectos. Pues ¿qué diré de la manera del ser y del obrar? Vos, con ser simplicísimo é indivisible, estáis todo en todo el mundo, y todo en cualquier parte dél, y nuestra ánima, siendo desta condición, está toda en todo su cuerpo, y toda en cualquier parte dél. Vos, siendo un espíritu purísimo, obráis todas las obras en todas las criaturas, porque vos dais ser á los elementos, vida á las plantas, sentido á los animales, entendimiento á los hombres, y siendo uno, obráis todas las cosas con una simplicísima virtud: y nuestra ánima, siendo una substancia espiritual, óbra en este nuestro cuerpo tantas y tan diferentes obras, que cierto porná admiración á quien esto considerare, porque ella es la que da ser á su cuerpo como la forma de las piedras, y vida como la de las plantas, y sentido como la de los animales. Ella es la que hace tantos oficios en este cuerpo cuantos órganos y sentidos y miembros tiene, porque ella es la que ve en los ojos, oye en los oídos, huele en las narices, gusta en el paladar, toca con las manos, mueve todo el cuerpo con los miembros. Ella es la que siente en el celebro, mantiene en el hígado, y da calor á todos los miembros por medio del corazón. Ella es finalmente la que por medio del cuerpo engendra como un caballo, y la que por otra parte contempla como los ángeles. Una es, y todos los oficios hace: espíritu es, y en todas las obras corporales y espirituales entiende: en lo cual se ve cuán semejante es á su Criador. Por la cual causa, dado caso que los ángeles sean más semejantes á Dios que nuestra ánima, por ser puramente substancias espirituales, como él es, mas cuanto á la variedad de los oficios que nuestra ánima, siendo una, ejercita en nuestro cuerpo, dice S. Juan Damasceno que representa más la imagen y semejanza de Dios que los mismos ángeles, pues de la manera que se ha Dios en todo el mundo, se ha nuestra ánima en su proprio cuerpo. Por la cual causa todos los sabios llamaron al hombre mundo menor. Por dónde así como los reyes de la tierra, después que han edificado una ciudad, suelen esculpir su imagen y escribir su nombre para memoria de su obra, así aquel Rey soberano, acabando de criar al mundo, crió al hombre como á imagen y representación de quien él era. Por lo cual puso grande pena á quien derramase sangre humana, por haber sido el hombre criado á imagen y semejanza suya.

Finalmente, el Criador es por todas partes infinito, y ella, aunque no es desta manera infinita, á lo menos es infinita en la capacidad, y en la duración, y en el entendimiento y sabiduría. Es infinita en la capacidad, pues ninguna cosa la puede hartar, sino solo Dios. Es infinita en la duración, porque vivirá eternamente, en cuanto Dios fuere Dios. Y es infinita en el entender y en la sabiduría, porque no puede entender ni alcanzar tantas cosas, que no le quede siempre virtud para saber más, y para inventar más cosas, y para descubrir más tierra. Y con haberse ya inventado tantas sciencias y artes por el ingenio humano, no se ha agotado, ni podrá agotarse, sin que le quede virtud para inventar más y descubrir más de lo descubierto. Porque los otros animales, que se gobiernan por el instincto del autor de la naturaleza, no saben más de lo que se requiere para su conservación. Mas el saber del hombre no tiene límite ni término determinado, porque no puede alcanzar tanto, que no se extienda á mucho más. Lo cual sin dubda es cosa de grandísima admiración y que declara bien cómo en nuestro entendimiento hay esta manera de infinidad y de profundidad, en la cual no se puede hallar cabo sino con la muerte.

Pues ¿qué diré de las obras del arte, que tan conformes son á las de la naturaleza? ¿Qué quiere decir esto, sino que las obras que salieron del entendimiento humano son semejantes á las que procedieron del divino? Si tanta semejanza hay en la manera del obrar, también la ha de haber en la manera del ser, pues cada cosa como es, así óbra, y cual es la manera del ser, tal es la del obrar. Sea pues, Señor mío, para siempre mil veces bendito vuestro nombre, que así nos hecistes semejantes á vos, porque nos hecistes para vos. Verdaderamente somos para en uno, verdaderamente podemos decir con aquella sancta esposa en los Cantares: Mi amado es para mí, y yo para él. Y aunque seáis vos tan alto, y nosotros tan bajos, eso no impide, mas antes acrescienta las causas del amor. Porque muy más amable es la semejanza con desigualdad proporcionada, que la que es por todas partes igual. Mayor es el amor del padre al hijo, y el de la mujer al marido, que el amor de los hermanos, que en todo son iguales. Más dulce consonancia hacen dos voces diferentes, cuando son proporcionadas, que cuando son de un sonido y uniformes. Y así habiendo tanta proporción y semejanza entre vos y nuestras áni-

mas, esta desigualdad es causa de mayor amor, porque cuanto la cosa es más imperfecta, tanto más ama la perfecta, para tomar della su perfección. Así que, Señor mío, aunque seáis alto y muy glorioso, no por eso nuestra bajeza os perderá de vista, porque con vuestra lumbre veremos á vos, verdadera lumbre: y aunque seáis muy grande, no sois menos bueno que grande, y como vuestra grandeza os hace altísimo, así vuestra bondad os hace humanísimo para no despreciar los hombres.

Pues siendo esto así, si concurren, Señor mío, en vos todas cuantas causas y razones el entendimiento humano puede comprehender, y todas en sumo grado de perfección, ¿qué es la causa por que nuestra voluntad no os ama tanto cuanto la razón le dice que debéis ser amado? Ésta es, Señor, la dolencia que nos vino por aquel común pecado, por el cual la naturaleza humana quedó tan inclinada á sí misma, que ama á sí más que todas las cosas, y todas las ordena para sí. Por tanto, Señor, si no sanáis vos la naturaleza con la gracia, y si no infundís en nuestras ánimas la virtud de la caridad con la asistencia del Espíritu Sancto (de donde ella mana) no os podremos amar con el amor gratuito y sobrenatural con que merescéis ser amado. Y pues vos, Señor, me mandáis que con este amor os ame (lo cual yo no puedo sin vos) dadme gracia para que pueda yo cumplir con esta obligación. Dadme que os ame, si no tanto cuanto vos merescéis (porque esto nadie puede hacer sino solo vos) á lo menos todo cuanto me sea posible, que es con todas mis fuerzas y con todo mi corazón, de tal manera que todas mis entrañas ardan y se derritan en vuestro amor Dadme que os ame con amor sencillo y desinteresado, que ninguna cosa quiera más que á vos, con amor fuerte, que ningún trabajo rehuse por vos, con amor activo y diligente, que siempre se ocupe en las cosas de vuestro servicio, con amor unitivo, que nunca cese de amaros ni se aparte jamás de vos, con amor incomparable, que todas las cosas desprecie por vos, con amor discreto, para que no exceda vuestras leyes con demasiado celo y fervor, con amor bien ordenado, que todas las cosas ame con proporcionado amor, y á vos sobre todas ellas, con amor puro y casto, que no quiera á vos más que por amor de vos, con amor dulce y suave, que en ninguna cosa tome sabor sino en vos, con amor celoso, que ninguna cosa más desee que vuestra gloria, y ninguna sienta más que los desacatos hechos á vuestro sancto

nombre, y finalmente con amor tan violento, que aparte mi corazón de todo lo temporal y terreno, y lo tenga siempre suspenso en vos, hasta que pase del lugar de destierro á donde viendo claramente la grandeza de vuestra hermosura, os ame eternalmente con aquellos perfectos amadores que nunca cesan de amar y alabar á vos, Rey de los reyes, y Señor de los señores, y Dios de los dioses en Sión.

SÉPTIMA CONSIDERACIÓN

EN LA CUAL SE DECLARA POR CUÁNTOS TÍTULOS EL SALVADOR ES TODO NUESTRO, Y CÓMO ESTO FUÉ FIGURADO DE MUCHAS MANERAS EN EL TESTAMENTO VIEJO

Dicen los filósofos que el bien de suyo es amable, mas que cada uno ama su proprio bien, porque como el hombre naturalmente ame á sí mismo con grande amor, síguese que ha de amar también sus cosas como bienes proprios que le pertenescen. Y por esta razón cada uno ama su casa y su viña y su dinero y su hacienda, y hasta su esclavo y su caballo, y finalmente todo lo que es suyo, porque todo eso sirve para su bien: y por esto con el mismo afecto natural que ama á sí, ama todas estas cosas suyas. Y pues vos, Señor Dios mío, no sólo sois sumo bien, sino también mi proprio bien, quiero yo agora considerar en qué grado sois mío, y por cuántos títulos lo sois, para que por aquí vea yo más claro cuánta razón tengo para os amar.

Veo pues, Dios mío, que vos sois mi criador, mi sanctificador y mi glorificador, porque vos sois dador del ser de naturaleza, del ser de gracia y del ser de gloria, que es el más alto ser de cuantos hay, para el cual fué mi ánima por vuestra infinita bondad criada. Y porque para llegar á tan alto fin eran menester muchas otras ayudas, vos, Señor mío, las ponéis todas de vuestra casa, ayudándome siempre en esta jornada. Porque vois sois mi ayudador, y mi gobernador, y mi defensor, y mi tutor, y mi guardador, y mi sufridor, y mi despertador, y mi conservador, y mi preservador, y vos finalmente sois mi Dios y mi Señor, mi salud, mi esperanza, mi gloria y todas las cosas.

Todo esto me sois, Señor, en cuanto Dios: mas en cuanto hombre tenéis también otros muchos títulos y oficios por donde os tengo otras muchas nuevas obligaciones. Porque como la caída del hombre por el pecado fué tan grande, y tantas las heridas que recibió, y los bienes que perdió (lo cual todo fué por vuestra misericordia reparado) de aquí nascen ser tantos los nombres que os pertenecen, por ser tantos los oficios y beneficios que en esta obra me hecistes. Porque vos sois primeramente mi reparador, pues vos restituístes la naturaleza humana, que por el pecado estaba caída. Sois mi librador, pues con vuestras prisiones me librastes de la tiranía del pecado, de la muerte, del infierno y del demonio, mi capital enemigo. Vos también sois mi redemptor, porque con el precio y rescate que pagastes por mí, me librastes del captiverio en que mis pecados me tenían puesto. Sois también mi rey, porque me regís con vuestro espíritu, y peleastes por mí, y me defendistes de mis enemigos. Sois mi sacerdote, porque rogastes y rogáis siempre como eterno sacerdote por mí ante la cara de vuestro Padre. Sois también mi sacrificio, pues á vos mismo os ofrecistes en el altar de la cruz para satisfacer por mis culpas. Sois mi abogado, porque acusándome el demonio y dando libelo de mis culpas ante vuestro Padre contra mí, vos abogastes en mi causa, poniendo de vuestra casa lo que faltaba á mi justicia. Sois también mi medianero, porque sois Dios y hombre juntamente, amigo de los hombres, como verdadero hombre, y amigo y poderoso para con Dios, como verdadero Hijo de Dios, y así entrevenís perfectamente y sin sospecha entre Dios y los hombres. Sois mi pastor, porque vos apacentáis y guiáis mi ánima como oveja de vuestra manada. Y vos también mi pasto, pues vos mismo sois el que os me dais en mantenimiento en aquel divinísimo Sacramento del altar. Sois mi padre, y padre del siglo advenidero, pues me reengendrastes con grandes dolores en el árbol de la cruz, y me distes otro nuevo ser con vuestro espíritu. Sois mi cabeza, y común cabeza de toda la Iglesia, pues como verdadera cabeza influís en ella y en todos sus miembros virtud y vida y sentido espiritual. Sois también mi verdadero médico, pues sanastes las llagas de mi ánima con la sangre de las vuestras. Sois mi maestro, pues tan perfectamente me enseñastes el camino del cielo con la luz de vuestra doctrina Sois mi ejemplo, pues no sólo con palabras, sino mucho más con obras y con los

ejemplos de vuestra vida sanctísima me guiáis en esta jornada. Sois mi esfuerzo y alegría, pues no hay trabajos ni dolores tan grandes que no basten para pasarlos alegremente la consideración y memoria de los vuestros. Sois mi honra y mi gloria, pues haciéndoos hombre por amor de mí, me hecistes hermano vuestro, deudo vuestro y consorte de vuestra misma naturaleza Sois finalmente mi salvador, y suficientísimo salvador, pues obrastes perfectísimamente todo lo que convenía para mi salud en medio de la tierra. Porque vos alumbrastes mi ignorancia con vuestra doctrina, esforzastes mi flaqueza con vuestros ejemplos, encendistes mi tibieza con vuestros beneficios, informastes mi ánima con vuestros misterios, enriquecistes mi pobreza con vuestros merescimientos, curastes mis llagas con vuestros sacramentos, pagastes por mis culpas con vuestros dolores, y ayudáisme agora en el cielo con vuestra intercesión. Y por concluir, sois (como dice el Apóstol) mi sabiduría, mi justicia, mi sanctificación y redempción, y todo mi bien (1).

Estos oficios y beneficios representaron dende el principio del mundo todos los Patriarcas y Profetas y todos los sacrificios y cerimonias y misterios del viejo Testamento. Y así vos sois aquel árbol de vida que estaba en medio del paraíso (2), pues vos mismo, Señor, testificáis que sois manjar de vida, y que quien comiere de vos, vivirá para siempre. Vos sois el segundo Adán, reengendrador del género humano y padre de todos los vivientes, de cuyo lado se sacó la Iglesia vuestra esposa (3), pues todo el ser espiritual que ella tiene, recibió de vos. Vos sois el verdadero Abraham, que salistes de vuestra tierra y de la casa de vuestro Padre para ser heredero del mundo y Señor de todas gentes, como dice el Psalmo. Vos sois el verdadero Josué, que con la virtud de vuestro brazo introdujistes poderosamente vuestro pueblo en la tierra de promisión, que es en la bienaventuranza de la gloria. Vos sois el verdadero Sansón, que muriendo matastes vuestros enemigos, y con vuestra muerte destruístes al que tenía el imperio de la muerte. Vos sois el verdadero Elías, que tendido sobre el cuerpo del niño muerto, encogiendo y estrechando vuestra grandeza, y haciéndoos semejante á él por medio de vuestra encarnación, le restituístes la vida perdida. Vos sois

---

(1) I Cor. 1. (2) Genes. 2. (3) Ubi supra.

verdadero Eliseo, que después de muerto resucitastes al mundo muerto, cuando con vos se juntó. Vos sois el verdadero Salomón, esposo de la Iglesia y rey pacífico, que con la sangre de vuestra cruz pacificastes cielos y tierra, quebrando las lanzas de la ira divina en vuestro cuerpo, y borrando el proceso de nuestros pecados con vuestra sangre, hecistes paces generales entre el cielo y la tierra y entre Dios y los hombres. Vos sois aquella arca de amistad, y aquel propiciatorio de oro purísimo, y aquel candelero resplandesciente del templo, y aquel altar del sacrificio, pues vos sois nuestro reconciliador, y nuestro aplacador, y nuestra luz, y nuestro verdadero altar, sobre el cual ofrecemos los sacrificios de nuestras oraciones y buenas obras, para que sean agradables á vuestro Eterno Padre. Vos finalmente sois aquel cordero pascual por quien fuimos librados de la servidumbre de Egipto (1) y del captiverio del príncipe deste mundo: cuya muerte mató nuestra muerte, cuyo sacrificio satisfizo por nuestros pecados, cuya sangre nos libró del ángel castigador, cuya mansedumbre amansó la ira del Padre, y cuya inocencia nos mereció la verdadera sanctidad y justicia.

Todo esto y mucho más sois vos, Señor mío, para todos, y así lo sois para cada uno, y así lo sois para mí. Pues ¿cómo será posible no amar yo á un Señor, á quien por tantos títulos y beneficios estoy obligado? Si los hombres por razón del amor que tienen á sí mismos, aman todas sus cosas, ¿cómo no amaré yo á vos, Señor, siquiera por ser vos mío, y por tantos títulos mío, y para tan grandes cosas mío? Y si por cada uno destos títulos os debo todo este corazón que tengo, y muchos más, si más tuviera, ¿qué os deberé por todos ellos juntos? Pues ¿qué maldad será negar un solo corazón que tiene, el que tantos corazones debe? Y si cada uno destos beneficios es un estímulo é incentivo de amor y una saeta que traspasa el corazón, ¿cómo estaré yo entre tantos incentivos tan frío, entre tantos estímulos y saetas tan insensible para este amor? Á vos, Señor, hago queja de mi corazón y presento este libelo ante vuestro juicio contra él, pues lloviendo sobre él tantos títulos y razones para amaros, tan mal cumple con esta obligación. ¡Oh corazón más fiero que las fieras, más insensible que las piedras y más duro que el diamante, si con tales

(1) Exodi 12.

golpes no te ablandas! Ámeos pues yo, Señor, con todo mi corazón, con toda mi ánima, con todas mis fuerzas, con todo mi espíritu y con todo cuanto hay en mí. Porque si todo ello es vuestro, y por tantos títulos vuestro, ¿en cuál otro amor se ha de emplear sino en el vuestro? Y porque amar es querer bien al que se ama, y vos, Señor, estáis tan lleno de bienes, que no puedo yo quereros más bien del que vos tenéis, eso quiero yo, Señor mío, que tengáis, y así os doy gracias por vuestra grande gloria, y juntamente con esto quiero que todas las criaturas os sirvan, os honren, os alaben y glorifiquen, y que el cielo y la tierra se ocupen en vuestras alabanzas. Éste sea siempre mi deseo, éste mi pasto, éstos mis deleites, que os bendiga yo en todo el tiempo, y que estén siempre en mi boca vuestras alabanzas. Mas porque no es hermosa el alabanza en la boca del pecador, ruego yo á todos los sanctos y sanctas y á todos los espíritus desa Corte soberana que ellos siempre os alaben, pues á los tales pertenesce el alabanza.

CÁNTICO

Bendecid, pues, todas las obras del Señor al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos. Angeles y arcángeles, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos. Virtudes y dominaciones, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos. Principados y potestades, bendecid al Señor, alabadlo, &c. Bienaventurados tronos, en que juzga y se asienta el Señor, bendecid al Señor, alabadlo, &c. Querubines y serafines, que ardéis en vivas llamas en el amor de vuestro Criador, bendecid al Señor, alabadlo, &c. Apóstoles y Evangelistas, fundadores de la Iglesia cristiana, bendecid al Señor, alabadlo, &c. Ejército gloriosísimo de los mártires, bendecid al Señor, alabadlo, &c. Vírgines gloriosas y continentes, bendecid al Señor, alabadlo, &c.

Después desto puede proseguir el Cántico de los tres mozos, que comienza: Bendito seáis vos, Señor Dios de nuestros padres, alabado y ensalzado en todos los siglos. Y bendito sea el sancto nombre de vuestra gloria, alabado y ensalzado en todos los siglos. Bendito seáis, Señor, en el sancto templo de vuestra gloria,

alabado y ensalzado en todos los siglos. Bendito seáis en el trono de vuestro reino, alabado y ensalzado en todos los siglos. Bendito seáis vos, que estáis asentado sobre los querubines, y dende ahí veis los abismos, alabado y ensalzado en todos los siglos. Bendito seáis, Señor, en el firmamento del cielo, alabado y ensalzado en todos los siglos. Bendecid todas las obras del Señor al Señor, alabado y ensalzado en todos los siglos.

Desta manera puede proseguir este Cántico hasta el cabo.

SÍGUESE UNA DEVOTÍSIMA ORACIÓN

PARA PEDIR EL AMOR DE NUESTRO SEÑOR

Inclinadas las rodillas de mi corazón, prostrado y sumido en el abismo de mi vileza, con todo el acatamiento y reverencia que á este vilísimo gusano es posible, me presento, Dios mío, ante ti, como una de las más pobres y viles criaturas del mundo. Aquí me pongo ante las corrientes de tu misericordia, ante las influencias de tu gracia, ante los resplandores del verdadero Sol de justicia, que se derraman por toda la tierra, y se comunican liberalmente á todos aquéllos que no cierran las puertas para recibirlos. Aquí se pone en las manos del sapientísimo maestro una masa de barro y un tronco ñudoso recién cortado del árbol con su corteza: haz dél, clementísimo Padre, aquello para que tú lo heciste. Hecísteme para que te amase: dame que pueda yo hacer aquello para que tú me hecistes. Grande atrevimiento es para criatura tan baja pedir amor tan alto, y según es grande mi bajeza, otra cosa más humilde quisiera pedir. Mas ¿qué haré, que tú mandas que te ame, y me criaste para que te amase, y me amenazas si no te amo, y moriste porque yo te amase, y me mandas que no te pida otra cosa más principalmente que amor, y es tanto lo que deseas que te ame, que (viendo mi desamor) ordenaste un sacramento de maravillosa virtud para transformar los corazones en tu amor? Oh Salvador mío, ¿qué soy yo á ti para que me mandes que te ame, y que para esto hayas buscado tales y tan admirables invenciones? ¿Qué soy yo á ti, sino trabajos y tormentos y cruz? Y ¿qué eres tú á mí, sino

salud y descanso y todos los bienes? Pues que tú amas á mí, siendo el que soy para contigo, ¿por qué no amaré yo á ti, siendo el que eres para conmigo?

Pues confiado, Señor, en todas estas prendas de amor y en aquel tan gracioso mandamiento con que al fin de la vida tuviste por bien mandarme tan encarescidamente que te amase, por esta gracia te pido otra gracia, que es, darme lo que me mandas que te dé, pues yo no lo puedo dar sin ti. No meresco yo amarte, mas tú meresces ser amado, y por esto no te oso pedir que tú me ames, sino que me des licencia para que te ose yo amar. No huyas, Señor, no huyas, déjate amar de tus criaturas, amor infinito.

Oh Dios, que esencialmente eres amor, amor increado, amor infinito, amor sin medida, no sólo amador, sino todo amor, de quien proceden los amores de todos los serafines y de todas las criaturas, así como de la lumbre del sol la de todas las estrellas, ¿por qué no te amaré yo? ¿Por qué no me quemaré yo en ese fuego de amor que abrasa todo el universo?

Oh Dios, que esencialmente eres la misma bondad, por quien es bueno todo lo que es bueno, de quien se derivan los bienes de todas las criaturas (así como del mar todas las aguas) ante cuya sobreexcelente bondad no hay cosa en el cielo ni en la tierra que se pueda llamar buena, ¿por qué no te amaré yo, pues el objecto del amor es la bondad?

Oh Dios, que esencialmente eres la misma hermosura, de quien procede toda la hermosura del campo, en quien están embebidos los mayorazgos de todas las hermosuras criadas, ¿por qué no te amaré yo, pues tanto poder tiene la hermosura para robar los corazones?

Y si no te amo por lo que tú eres en ti, ¿por qué no te amaré por lo que eres para mí? El hijo ama á su padre, porque dél recibió el ser que tiene. Los miembros aman á su cabeza y se ponen á morir por ella, porque por ella son conservados en su ser. Todos los efectos aman á sus causas, porque dellas recibieron el ser que tienen, y por ellas esperan recibir lo que les falta. Pues ¿qué título déstos falta á ti, Dios mío, por que no te haya yo de pagar todos estos derechos y tributos de amor? Tú me diste el ser que tengo muy más perfectamente que mis padres me lo dieron. Tú me conservas en este ser que me diste, mucho mejor que la cabeza á sus miembros. Tú has de acabar lo que falta

desta obra comenzada, hasta llegarla al postrer punto de su perfección. Tú eres el padre que me hiciste, y la cabeza que me rige, y el esposo que das á mi ánima cumplido contentamiento. Tú eres el hacedor desta casa, el pintor desta figura, hecha á tu imagen y semejanza, que aún está por acabar. Lo que tiene, de ti lo recibió, y lo que le falta, de ti lo espera recibir. Porque así como nadie le pudo dar lo que tiene sino tú, así nadie puede cumplir lo que le falta, sino tú. De manera que lo que tiene, y lo que es, y lo que espera, tuyo es. Pues ¿á quién otro ha de mirar sino á ti? ¿Con quién ha de tener cuenta sino contigo? ¿De cúyos ojos ha de estar colgada sino de los tuyos? ¿Cúyo ha de ser todo su amor sino de aquél cuyo es todo su bien? ¿Por ventura, dice Hieremías (1), olvidarse ha la doncella del más hermoso de sus atavíos, y de la faja con que se ciñe los pechos? Pues si tú, Dios mío, eres todo el ornamento y hermosura de mi ánima, ¿cómo será posible olvidarme de ti? Pues ¿qué tengo yo que ver con el cielo, ni qué tengo que desear sobre la tierra? Desfallecido ha mi carne y mi corazón, Dios de mi corazón, y mi sola heredad, Dios para siempre. Íos, íos de mi casa todas las criaturas robadoras y adúlteras de mi Dios, arredraos y alejaos de mí, que ni vosotras sois para mí, ni yo soy para vosotras.

¡Oh amor no criado, que siempre ardes, y nunca mueres! ¡Oh amor que siempre vives y siempre hierves en el pecho divino! ¡Oh eterno latido del corazón del Padre, que nunca cesas de herir en la cara del Hijo con latidos de infinito amor! Sea yo herido con ese latido, sea yo encendido con ese fuego, siga yo á ti, mi amado, á lo alto, cante yo á ti canción de amor, y desfallesca mi ánima en tus alabanzas con júbilos de inefable amor.

¡Oh sanctísimo Padre! ¡Oh clementísimo Hijo! ¡Oh amantísimo Espíritu Sancto! ¿Cuándo en lo más íntimo de mi ánima y en lo más secreto della, vos, Padre amantísimo, seréis lo más íntimo, y del todo me poseeréis? ¿Cuándo seré yo todo vuestro, y vos todo mío? ¿Cuándo, Rey mío, será esto? ¿Cuándo vendrá este día? ¡Oh! ¿Cuándo? ¡Oh! ¿Si será? ¿Piensas por ventura que lo veré? ¡Oh qué gran tardanza! ¡Oh qué penosa dilación! Date priesa, oh buen Jesú, date priesa, no te tardes: corre, amado mío, con la ligereza del gamo y de la cabra montés sobre los montes de Betel.

(1) Hierem. 2.

¡Oh Dios mío, descanso de mi vida, lumbre de mis ojos, consuelo de mis trabajos, puerto de mis deseos, paraíso de mi corazón, centro de mi ánima, prenda de mi gloria, compañía de mi peregrinación, alegría de mi destierro, medicina de mis llagas, azote piadoso de mis culpas, maestro de mis ignorancias, guía de mis caminos, nido en que mi ánima reposa, puerto donde se salva, espejo en que se mira, báculo á quien se arrima, piedra sobre que se funda, y tesoro preciosísimo en que se gloría!

Pues si tú, Señor, me eres todas estas cosas, ¿cómo será posible olvidarme de ti? Si me olvidare yo de ti, sea echada en olvido mi diestra. Pégueseme la lengua á los paladares, si no me acordare de ti. No descansaré, oh beatísima Trinidad, no daré sueño á mis ojos, ni reposo á los días de mi vida, hasta que halle yo este amor, hasta que halle yo lugar en mi corazón para el Señor, y morada para el Dios de Jacob: que vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.

OTRA ORACIÓN PARA PEDIR EL AMOR DE NUESTRO SEÑOR

sacada en parte de algunas devotas palabras de S. Augustín.

Ámeos yo, Señor, fortaleza mía, ámeos yo, virtud de mi ánima, ámeos yo siempre, alegría inefable de mi corazón. Viva ya, no para mí, sino para vos toda mi vida, la cual después de perdida por mi gran miseria, fué resuscitada por vuestra gran misericordia. Tarde os temí, Majestad infinita, tarde os conoscí, hermosura tan antigua, tarde os amé, bondad sempiterna.

Buscábaos yo, descanso mío, y no os hallaba, porque no os sabía buscar. Buscábaos en estas cosas exteriores, y vos morábades en las interiores: rodeaba todos los barrios y plazas del mundo, y en ninguna cosa hallaba el descanso que buscaba, porque buscaba fuera de mí lo que estaba dentro de mí. Pregunté á la tierra si por ventura era ella mi Dios, y respondióme: Búscale sobre mí, porque no soy yo tu Dios. Pregunté al aire y al fuego si sois vosotros mi Dios, y respondiéronme: Sube sobre nosotros,

porque no somos tu Dios. Pregunté al sol y á la luna y á las estrellas si sois vosotros mi Dios, y respondiéronme: Levántate sobre nosotros, que no somos tu Dios. Pregunté á todas las criaturas, y respondiéronme á grandes voces: El que á todas nos hizo, ése es tu verdadero Dios y Señor. ¿Dónde está mi Dios, respondedme, dónde lo buscaré? Mostrádmele En todo lugar está tu Dios, búscalo dentro de ti. El cielo hinche, y la tierra, y también hinche tu corazón.

Volviendo pues á mi corazón, comencé á decir á mi Dios: ¿Cómo pudistes entrar aquí, Señor Dios mío? ¿Por qué puerta entrastes, dulce amor mío? Pregunté á los ojos, y respondiéronme: Si no tenía color, no pudo entrar por nosotros. Pregunté á los oídos, y respondiéronme: Si no hizo sonido, no pudo entrar por nosotros. Pregunté á los otros sentidos, y respondiéronme: Si no tuvo alguna cosa que se pudiese sentir, no pudo entrar por nosotros. De manera que vos, Señor, estábades dentro, y los sentidos no lo sabían. Porque aunque entrastes en el ánima, no entrastes por las puertas de los sentidos, porque vuestra luz resplandesce sin recebirse en lugares, y vuestra voz suena sin que el aire se la lleve, y vuestro sabor deleita donde el paladar no óbra, y vuestro olor suavísimo recrea donde los vientos no corren, y vuestros abrazos tocan adonde nadie para siempre los puede quitar.

Pues ¿quién érades vos, Dios mío? ¿Adónde estábades, luz mía? ¿Adónde estábades, esperanza mía? Preguntéle, y respondióme: Sube á lo más alto de tu corazón, y ahí hallarás á Dios. Verdaderamente vos sois grande Dios, que vencistes nuestra sabiduría. Vos solo sois el poderoso y verdaderamente bienaventurado. Vos sois Rey de los reyes y Señor de los señores. Vos solo sois inmortal, y moráis en una luz inaccesible, la cual ningún hombre vió, ni puede ver jamás. Muchas cosas decimos de vos, mas siempre nos faltan palabras, porque excedéis todo lo que se puede decir y todo lo que se puede pensar. Éste es pues mi Dios y mi Criador, el cual por sola su bondad y nobleza crió todas las cosas, y por sola ella las gobierna, sin tener dellas necesidad.

Amástesme, único amor y Señor mío, amástesme antes que yo os amase. Criástesme á vuestra imagen y semejanza, y dístesme señorío sobre todas las vuestras criaturas. A los ángeles del cielo diputastes para mi guarda, y les mandastes que me trajesen en

las palmas de las manos No permitistes que nasciese en tierra de infieles, sino de fieles, donde con espíritu y agua fuese lavado y sanctificado. No me distes riquezas ni pobreza, para que me ensoberbesciese ó os blasfemase, sino dísteme entendimiento y sabiduría para que os conosciese y amase. Llamástesme cuando más perdido estaba, y tocastes á mi puerta, aunque no os respondía. Vivía confiado en mí mismo y en mis proprias fuerzas, que no eran fuerzas, sino flaqueza. Quería correr, y desfallescía, y así, donde pensaba que estaba más seguro, me hallaba más caído. Alejéme de vos como el hijo prodigo, y fuíme á una región muy apartada, donde amando la vanidad, me hice vano. Era ciego, y amaba la ceguedad: era siervo, y amaba la servidumbre: estaba preso, y no hacía caso de mis prisiones: tenía lo amargo por dulce, y lo dulce por amargo, y finalmente siendo en todo miserable, no entendía mi miseria.

Andando desta manera perdido, inclinastes vuestros ojos piadosos sobre mí, y estando yo pecando contra vos, me visitastes: estando caído, me levantastes: estando lleno de tantas ignorancias, me enseñastes: estando vendido y entregado á mis enemigos, inclinastes los cielos y descendistes á remediarme, y tanto deseastes mi remedio, que distes por él vuestra sangre. Amástesme, Señor, más que á vuestra vida, pues quisistes morir por mi ánima. Desta manera y por tan caro precio me librastes del destierro, y me redemistes del tormento, y me llamastes por mi nombre, y me señalastes con vuestra sangre, para que vuestra memoria estuviese siempre en mí, y nunca se apartase de mi corazón el que por mí no se apartó de la cruz.

Conóscaos pues yo, Señor, conocedor mío, conóscaos yo, virtud de mi ánima, ande yo siempre en vuestra presencia, Sol de justicia. Bueno es á mí con el Profeta allegarme á Dios y poner en él mi esperanza, porque cuando á vos no me allego, luego en las cosas transitorias me derramo, y con vanos pensamientos y palabras me destrayo. Pues, oh pobre y miserable de mí, ¿cuándo de tal manera me llegaré á vos, que no me aparte ya más de vos? ¿Cuándo mis aviesos y torcimientos se conformarán con la regla de vuestra igualdad? Vos, Señor, amáis la soledad, yo la compañía: vos el silencio, yo la parlería: vos la verdad, yo la vanidad: vos la limpieza, yo la suciedad.

Ruégoos pues, Señor, por vos mismo, queráis alumbrar mis

ojos con vuestra luz, y herir mi corazón con vuestro amor, y enderezar mis pasos por vuestros caminos de tal manera que nunca me aparte dellos Librad, Señor, al captivo, recoged en vuestras llagas al derramado, levantad del suelo al caído, y volved á rehacer al que por tantas partes está quebrado. Dadme, Señor, corazón que siempre os piense, y memoria que de vos nunca se olvide, y entendimiento que siempre os contemple, y voluntad que siempre os ame. No os apartéis de mi corazón y de mi boca y de mis obras, para que siempre seáis en mi ayuda. Allegaos á mí, porque sin vos muero, allegaos á mí, porque acordándome de vos, resuscite. Vuestro olor suavísimo me recrea, vuestra memoria me sana. Vuestra luz me da vida, y vuestra voz me regala, mas entonces se hartará mi ánima, cuando aparesciere vuestra gloria. Amén.

QUEJA DE NUESTRO SALVADOR CONTRA LOS HOMBRES, PORQUE CONCURRIENDO EN ÉL TODAS LAS CAUSAS Y RAZONES DE AMOR, EMPLEAN SU AMOR EN LAS COSAS PERECEDERAS, DEJÁNDOLO Á ÉL.

Sacada de versos latinos en romance.

Decidme, hijos de Adán, ¿qué locura es la vuestra, pues estando en mí todos los bienes que el cielo y la tierra posee, andáis buscando bienes en los charquillos turbios del mundo, y no en la fuente clara de donde todos ellos proceden?

¿Por qué son tantos los que buscan con tanto desasosiego y trabajo las sombras engañosas de los falsos bienes desta vida, y tan pocos buscan á mí, que soy autor y dador de la verdadera felicidad?

Muchos andan perdidos tras de la hermosura de las criaturas: y pues ninguna cosa hay más hermosa que yo, ¿por qué son tan pocos los que me buscan?

Otros estiman en mucho el linaje y la nobleza: ¿quién más noble que yo, que tengo á Dios Eterno por padre, y una virgen pu-

rísima por madre? Pues ¿por qué son tan pocos los que desean adeudar conmigo y gozar deste parentesco?

Yo soy emperador y monarca del cielo y de la tierra. Pues ¿por qué los hombres se afrentan de ser mis criados y servirme?

Soy también muy rico, dadivoso y liberal para quien me pide, y deseo que todos me pidan, y con todo esto son pocos los que de verdad me piden.

Soy también perfecta sabiduría del Eterno Padre, y con todo esto apenas hay quien se aconseje conmigo.

Soy la misma hermosura y resplandor de su gloria, y nadie della se maravilla.

Soy fiel y verdadero amigo de mis amigos, á los cuales de buena gana doy á mí y todas mis cosas, y son pocos los que procuran esta amistad.

Soy camino derecho que va á parar á la vida, y son pocos los que quieren caminar por él.

Soy verdad eterna que no puede faltar. Pues ¿por qué la gente ruda é ignorante no quiere fiarse de mis palabras? ¿Por qué desconfía de mis promesas, siendo yo tan fiel en cumplir lo que prometo?

Soy la misma vida y el autor della. Pues ¿por qué hacen tan poco caso los mortales de mí?

Soy certísima forma y regla de bien vivir. ¿Por qué buscan otros dechados fuera de mí?

Soy la verdadera salud y el verdadero deleite, sin mezcla de amarguras. Pues ¿por qué tienen tanto hastío de mí los hombres?

Soy única paz y tranquilidad de las ánimas. ¿Por qué pues no arrojáis en mí todos los cuidados que despedazan vuestros corazones?

Si las bestias fieras, y los crueles leones, y los dragones agradescen los beneficios, si las águilas y los delfines aman á quien les ama, si los perros tienen cuenta con quien les hace bien, ¿por qué, hombre más fiero que las fieras, no amas á quien tanto te ama, á quien te ha hecho tantos bienes, á quien te crió, y á quien con su sangre, con su muerte y con perdimiento de su vida libró la tuya de la muerte?

Si el buey conosce á su señor, y el torpe asnillo al que le da de comer, ¿por qué solo el hombre no me reconosce, siendo yo su criador y libertador?

Yo solo soy la suma de todos los bienes: pues ¿qué buscas fuera de mí?

Soy fácil de aplacar, é inclinado á misericordia: pues ¿por qué, miserable, no te acoges á este puerto de salud?

Soy también justo y riguroso castigador de los malos: ¿por qué no temes ofenderme?

Yo puedo echar cuerpo y ánima juntamente en el infierno: ¿por qué no temes este castigo?

Por dónde, hombre perverso y menospreciador de Dios, si por tu maldad fueres entregado á la muerte, á ti, no á mí, has de poner la culpa, pues por mi parte ninguna cosa se ha dejado de hacer para tu remedio. Porque si tan grande caridad, dadora de sí misma, ni tan larga benignidad te ha ablandado, si la esperanza de tan grandes promesas no te ha movido, ni el horror espantoso de las llamas del infierno te ha atemorizado, ni la vergüenza siquiera te ha refrenado, y tienes el corazón más duro que las piedras y que el hierro, ¿qué ha de hacer contigo más la divina piedad? ¿Qué otras invenciones y artes ha de buscar para ablandar tu dureza?

Salvar al que no quiere ser salvo, ni es de entendimiento sano, ni la piedad de mi Padre lo consiente.

SUMARIO DE TODO LO CONTENIDO EN ESTE LIBRO DEL AMOR DE DIOS

Llegado ya al fin deste libro, me paresció añadir aquí un documento que sea como sumario de todo lo que hasta aquí se ha dicho, para que los deseosos deste divino amor lo traigan siempre ante los ojos, para alcanzar lo que desean. Esto declararé aquí por una breve semejanza. El que este deseo tiene, determine firmemente de ofrescerse todo á Dios, no solamente como sacrificio vivo, mas también como holocausto verdadero. Para cuyo entendimiento es de saber que antiguamente en los comunes sacrificios de la ley no se ofrecía ni quemaba todo el animal entero, sino algunas partes señaladas dél. Mas en el holocausto, todo el animal entero se ofrecía con todos sus miembros, hasta la misma piel, sin que hobiese cosa que no se

ofresciese á Dios y ardiese en su altar. Pues esto espiritualmente hace el que renunciando todas las cosas del mundo, se emplea todo con todos sus sentidos y potencias en tratar y conversar con Dios y hacer obras de su servicio. De manera que tiene á sí mismo puesta ley de no dar paso, ni hacer obra, ni hablar palabra, ni tener un pensamiento que no sea conforme á las leyes de Dios, trayéndole siempre ante los ojos presente como á juez y testigo de su vida y como á su último fin, al cual actualmente procura enderezar todos los puntos y momentos della, diciendo con el Profeta: Ponía yo al Señor siempre delante de mis ojos. Lo cual se hace procurando que en todo tiempo y en todo negocio nunca de tal manera entreguemos la atención á los negocios que tratamos, que no quede una partecica del entendimiento libre para mirar al Señor que tenemos delante, con acatamiento, reverencia y amor, como en la segunda parte deste libro se declaró. Este linaje de ocupación y de vida (entre otros muchos doctores) alaba y describe S. Gregorio Nazianzeno en un descargo que da al pueblo por haber huído y escondídose cuando le buscaban para hacer obispo, por estas palabras (1): La causa, hermanos, de mi huída fué el amor de la vida quieta y apartada de la comunicación del mundo, á la cual fuí yo dende mis primeros años grandemente aficionado, y habiéndola ya probado por experiencia, quedé más enamorado della. Por lo cual no pude acabar conmigo salir deste puerto seguro y quieto y ofrecerme á las tempestades y ondas que trae consigo el oficio pastoral. Porque me parecía que ningún hombre había en el mundo más dichoso y bienaventurado que aquél que cerrados los sentidos del cuerpo, y recogido dentro de sí mismo, y puesto ya como fuera de la carne y del mundo, gasta toda la vida consigo y con Dios, hablando y conversando con él, y levantándose sobre todas las cosas que se ven con los ojos, recibe en su ánima los resplandores é imágines de las cosas divinas, puras y limpias, sin mezcla de las imágines y figuras terrenas, haciéndose desta manera un espejo puro y limpio, en el cual resplandescan las cosas del cielo, añadiendo cada día lumbres á lumbres, unas más claras que otras. Y desta manera comienza ya á gozar de los bienes del siglo advenidero, conversando con los ángeles, y viviendo en la tierra, desampara la

(1) Greg. Nazianze. in Apologia.

tierra, y es colocado por el Espíritu Sancto en el cielo. Si alguno de vosotros está tocado deste amor, entenderá lo que digo, y fácilmente perdonará á la afición grande que yo tuve á esta vida, por la cual huí de la carga del oficio pastoral. Digo esto porque hay muchos hombres á quien sé que no harán fe estas mis palabras, los cuales suelen reirse y escarnecer destos ejercicios. Hasta aquí son palabras deste sancto Doctor, en las cuales parece que pintó con sus proprios colores así los oficios de la vida contemplativa como la dignidad y excelencia della, pues por ella se levanta el hombre á participar en su manera la dignidad de aquellos espíritus soberanos, haciendo en la tierra lo que ellos sin cesar hacen en el cielo.

Mas esta manera de vida no es para todo género de personas, sino para aquéllas cuya profesión es dar libelo de repudio á todas las cosas del mundo, y ocupar toda su vida y todos sus pensamientos y cuidados en solo Dios, aunque también fuera de las religiones hay personas que por no tener hijos ni familia, ni tratos y cargos de hacienda, ni cosa que les dé cuidado demasiado, viven en tal estado que si quisieren, pueden entregar toda la vida y todas las horas al amor y servicio de su Criador, y gozar de los frutos y beneficios deste sancto amor. Porque si muchos filósofos, sin tener lumbre de fe, dieron de mano á todas las cosas del mundo, y vivían como extranjeros y peregrinos en él, por darse á la contemplación de las obras de naturaleza, por el grande gusto que en esto recibían, ¿qué mucho es hacer esto el cristiano, ayudado con la lumbre del Espíritu Sancto, contemplando las obras de gracia, que son más excelentes que las de naturaleza? Y porque no paresca increíble esto que digo, trairé aquí un lugar de Platón en el Diálogo llamado Teeteto, que refieren Eusebio Pánfilo y Teodoreto como cosa digna de grande admiración (1). Dice pues Platón así: Los que son dende su mocedad muy dados al estudio de la filosofía, ni saben el camino por dónde van á la plaza, ni dónde está la corte, ni los otros lugares públicos donde se ayuntan los que gobiernan la república. Ni tampoco saben las leyes ni las premáticas della. Asimismo están tan lejos de entender en las parcialidades y aficiones á que el pueblo está inclinado, y de entender en las elecciones de los ma-

(1) Euseb. de Praeparatio. Theod. de Curatio.

gistrados que se han de criar, y de hallarse en los conventículos y ayuntamientos y convites y mesas, donde intervienen músicas y canciones, que ni por entre sueños querían que les pasase esto por la memoria. Ni tampoco saben quién vive mal en la ciudad, ni qué males se hayan cometido en los tiempos pasados por hombres ó por mujeres, y aun apenas saben de sí mismos que ignoran todas estas cosas. Y la causa de estar tan lejos de todo esto no es por ser alabados de los hombres, ni tampoco por agradarles. De manera que con solo el cuerpo están en la ciudad, mas su entendimiento, despreciando todas estas cosas como si nada fuesen, vuela por todas las partes, como dice Píndaro, descendiendo con la consideración hasta las entrañas de la tierra, y después subiendo á lo alto, hasta llegar á las estrellas del cielo, rodeando con los ojos y escudriñando todas las maravillas y obras de naturaleza. De suerte que así como aquella mujer de Tresa, viendo cómo el filósofo Tales, embebido una noche en contemplar las estrellas, no miró dónde ponía los pies, y por esto cayó en un pozo, le reprehendió diciendo que cómo podía saber las cosas del cielo, pues no veía las que tenía delante, esto mismo se puede con verdad decir del verdadero filósofo, que no solamente no sabe quién es el vecino que mora á par dél, mas ni echa de ver si es hombre, si bestia. Pero todo su cuidado emplea en saber qué cosa es el hombre y qué es lo que principalmente le conviene hacer. Por dónde cuando este filósofo parece en juicio, ó es compelido á hablar ó tratar en público con los hombres de las cosas humanas, da materia de reir á todos, y como no experimentado, viene como otro Tales á caer en el pozo, esto es, á errar en cosas que los hombres del mundo tienen por rudeza é ignorancia. Hasta aquí son palabras de Platón, las cuales sin dubda nos habían de ser motivo por una parte de grande admiración, y por otra de vergüenza y confusión, pues no acaba con nosotros la gracia lo que acabó con éstos la filosofía. Verdad es que los Sanctos Padres, esclarescidos con lumbre del Espíritu Sancto é inflamados con el fuego de la caridad, á mucho más que esto llegaron, pues muchas veces de tal manera quedaban absortos en la contemplación y amor de las cosas celestiales, que totalmenta perdían el uso de los sentidos, como se lee de muchos sanctos, y particularmente de Sancto Tomás, de quien entre otras cosas se escribe que estando una vez contemplando en el misterio de la

Sanctísima Trinidad, y teniendo en la mano una candela encendida, acabándose la candela se le quemaron los dedos, sin que él nada sintiese.

Quise pues al fin deste libro poner este ejemplo de filósofos, para que el deseoso del amor de Dios no pierda la esperanza de llegar á lo que desea, ayudado con la divina gracia, pues á tan grande extremo llegó la humana filosofía. Pues para esto traiga siempre ante los ojos esta palabra que dijimos, que es, hacerse holocausto vivo de tal manera que toda la vida, todas las horas y todas las obras emplee en servicio de su Criador. Y cuando alguna vez de aquí se desviare, piense que cometió una manera de hurto de lo que había ofrecido á Dios, y vuelva luego al camino que dejó. Mandaba Dios en la ley á los judíos que trajesen una cierta señal en los vestidos para que todas las veces que la viesen, se acordasen de la ley y de los mandamientos divinos, y recogiesen con esta memoria su corazón, como gente que profesaba aquella ley y estaba dedicada á la guarda della. Providencia era ésta digna de aquel Señor que entendía muy bien cuánto importaba al hombre este negocio. Pues en lugar desta señal traiga el amador de la perfección esta palabra de holocausto que aquí habemos dicho, acordándose por ella que está ofrecido y dedicado á ser un vivo y verdadero holocausto del Señor, que es, á ser un hombre que en nada sea suyo ni de nadie, sino de solo Dios ó por Dios, y que ni ha de dar un paso, ni tener un pensamiento que no sea reglado por su sancta ley, y ordenado para gloria suya. Y con la recordación desta palabra luego recoja y componga su corazón y su cuerpo y sus sentidos, como hombre (si decirse puede) apostado á nunca desmandarse en nada, ni desviarse de la presencia de su Señor. De suerte que así como el Salvador se hizo holocausto vivo por nuestro amor, pues dende el instante que fué concebido, hasta que expiró en la cruz, ni un momento cesó, ni un paso dió que no fuese para nuestro remedio, así también él procure hacerse holocausto vivo en su servicio, de la manera que está declarado, y así corresponderá en su grado á esta tan grande obligación. Y si esto le pareciere mucho, acuérdese que en todo este libro tratamos de la perfección de la vida cristiana, la cual no es otra cosa que hacerse el hombre holocausto vivo de Dios, donde no haya cosa que no se emplee en su servicio.

Mas por que no desmayen los que viven en tal estado que no pueden emplear y ocupar enteramente todo el tiempo y toda la vida en tratar con Dios y servirle (que es ser holocausto perfecto) á lo menos trabajen por ser sacrificio vivo, en el cual la grosura del animal se ofrecía principalmente á Dios, y así procuren ellos que el corazón y todo lo interior de su ánima se ofresca á Dios, y con lo exterior acudan á los negocios necesarios de la vida, mas de tal manera que aquello tenga el primer lugar y esto el segundo, aquello sea lo principal y esto como accesorio, aquello lo voluntario y esto como necesario. De suerte que así como el olio (según que arriba dijimos) sube y náda sobre todos los otros licores, así este amor de Dios y este cuidado y deseo de servirle tenga debajo de sí todos los otros cuidados y deseos.

Y no desmaye ni se desconsuele cuando levantando muchas veces el corazón á Dios, no halla en esto jugo ni gusto, pues vemos que los enfermos, esforzándose á comer sin gusto, vienen poco á poco á reparar la naturaleza quebrada y comer con él. Ni tampoco le espante la muchedumbre de los documentos que aquí habemos dado, que son como escalones para subir á la cumbre del amor de Dios, porque comenzando el hombre con sana y pura intención á hacer lo que es de su parte, acude aquella divina bondad y sabiduría eterna á hacer lo que es de la suya. Lo cual nos promete el Sabio, diciendo que ella previene á los que la desean, y que el que por la mañana velare á ella, no trabajará mucho, porque á sus puertas la hallará asentada. Ca ella (dice) tiene cuidado de buscar á los que son dignos della, mostrándoseles con alegre rostro en este camino. Por dónde el principio desta sabiduría es un grande y muy encendido deseo della, y el que este deseo recibió del Señor, buena parte del camino tiene andado. El cual quiera dar á todos los fieles el que con el Padre Eterno y con el Espíritu Sancto vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.

EN SALAMANCA

En Casa de Matías Gast.

1574

MEDITACIONES MUY DEVOTAS

SOBRE ALGUNOS PASOS Y MISTERIOS PRINCIPALES

DE LA VIDA DE NUESTRO SALVADOR

Y SEÑALADAMENTE

DE SU SANCTA NIÑEZ, PASIÓN, RESURRECCIÓN

Y GLORIOSA ASCENSIÓN

COMPUESTAS POR

EL R. P. FR. LUIS DE GRANADA

de la Orden de Sancto Domingo



EN SALAMANCA
EN CASA DE MATÍAS GAST

1574

DE CUÁNTO FRUTO SEA LA CONSIDERACIÓN DE LA VIDA Y MUERTE DE NUESTRO REDEMPTOR

CAPÍTULO I

Dice S. Buenaventura que entre todos los ejercicios de la vida espiritual uno de los más provechosos y que á más alto grado de perfección puede levantar una ánima, es la consideración de la vida y muerte de nuestro Salvador, porque en ninguna parte hallará el hombre con qué mejor se pueda armar así contra vanidades y halagos lisonjeros deste siglo como contra sus adversidades y encuentros, como en la vida y muerte del Salvador, que es perfectísimo remedio para todo. Y de la frecuente meditación della viene el hombre á cobrar una manera de familiaridad, confianza y amor con este Señor, con que fácilmente se mueve al menosprecio de todas las otras cosas fuera dél.

Y demás desto, ¿dónde se hallan mejor las virtudes de la altísima pobreza, profundísima humildad, perfectísima caridad, obediencia, paciencia, mansedumbre y oración, con todas las demás, que en la vida del Señor de las virtudes? Por dónde (como dice S. Bernardo) en vano trabaja el hombre por las virtudes, si piensa alcanzarlas de otra parte que del Señor de las virtudes, cuya doctrina es regla de prudencia, cuya misericordia es obra de justicia, cuya vida es ejemplo de templanza, y cuya muerte es estandarte de paciencia. Y en otro lugar: ¿De dónde (dice él) nasce la paciencia en el martirio, sino de haber estado el hombre escondido por continua devoción y meditación en las llagas de Cristo? En ellas estaba el mártir alegre y triunfante, aunque tenía todo el cuerpo despedazado y arado con sulcos de hierro. Pues ¿dónde estaba entonces el ánima del mártir que padescía? Sin dubda en las llagas del Salvador, que están abiertas para quien en ellas se quiere esconder. Porque si solamente estuviera en su propria carne, allí la hallara el hierro que la buscaba, y si allí la hallara, claro está que la hiriera y maltratara.

Pues según esto, el que quisiere (como dice un doctor) alcanzar verdadero conoscimiento de Dios, el que desea verdadera sabiduría de las cosas eternas, el que quiere tener riqueza y abundancia de merescimientos, el que quiere venir á la cumbre de todas las virtudes y gracias, el que entre las adversidades y prosperidades desta vida quiere llevar camino derecho y cierto, procure llegarse á estos sagrados misterios, y traerlos siempre en su corazón. Porque en la cruz de Cristo se humilla la soberbia, y se ensancha la caridad, y se alarga la perseverancia, y se ensalza la esperanza, y toda nuestra vida se conforma con aquél que por nuestro amor se quiso conformar con nuestra naturaleza.

Y como sea verdad que una de las cosas más contrarias á los ejercicios de devoción sea el hastío de pensar siempre una misma cosa, para contra esto no hay remedio más conveniente que los misterios de la vida y muerte del Salvador, porque aquí hay un campo muy ancho y espacioso, donde hay tanta variedad de ejemplos, de doctrinas y de misterios, que siempre tendrá el hombre nuevas cosas con que no sólo pueda excusar este hastío, sino también alumbrar su entendimiento y despertar su devoción. Porque ¿qué cosa de mayor variedad que la vida de nuestro Salvador, tomándola dende el principio de su encarnación hasta el fin de su gloriosa ascensión? ¡Qué de pasos, qué de misterios, qué de ejemplos, qué de milagros, qué de consejos y doctrinas están sembrados por toda ella! ¿Qué puede el corazón devoto desear, que aquí no halle? ¿A qué virtud puede uno ser inclinado, para la cual no halle aquí maravillosos ejemplos?

Pues entre los afectos de devoción, unos corazones hay inclinados á compasión, otros á amor, otros á temor, otros á esperanza, otros á dolor de los pecados, otros á admiración de las obras divinas, otros á menosprecio del mundo, otros al aborrescimiento del pecado, y otros á otras maneras de afectos semejantes. Pues ¿para cuál déstos no se hallarán motivos y despertadores en la vida y muerte del Salvador? ¿Á quién faltarán lágrimas de devoción en los misterios de su niñez, y de compasión en los de su muerte, y de amor en los beneficios de su vida sanctísima? ¿Quién no se maravillará del abismo de tan profunda humildad y caridad como resplandesce en todas las obras de la vida deste Señor? ¿Quién no temerá el castigo de la divina justicia, considerando la que fué ejecutada en aquella tan alta persona, y quién por el

contrario no esperará en la divina misericordia, cuando considera los divinos merescimientos y el valor de aquella sangre preciosa? Así que para todas las cosas hallará camino quien en esta heredad labrare. Ésta es una mesa real de todos los manjares, un paraíso de todos los deleites, un jardín de todas las flores, una plaza de todas las cosas, y una como feria espiritual de todos los bienes.

Así que no hay por dónde nadie se deba excusar deste ejercicio, pues en él hallará cada uno lo que conviene para su remedio. Ésta es entre todas las devociones la más provechosa, la más dulce, la más alta para los altos, y la más humilde para los bajos, y la más profunda para los sabios, y la más fácil para los ignorantes y simples, y aunque sea más alta la contemplación de la divinidad de Cristo que la de su sagrada humanidad, pero ésta es como principio y puerta para entrar en aquélla. Y por esto quiso el Salvador que su costado fuese abierto con una lanza, para darnos á entender que por las aberturas de sus llagas habíamos de entrar en el secreto de su corazón y en el sanctuario de su divinidad. Porque en aquellas sagradas llagas resplandecen más altamente que en ninguna otra cosa criada la divina bondad, la misericordia, la sabiduría, la omnipotencia, la providencia, la justicia, la caridad y todos los otros atributos y perfecciones divinas.

Á este sancto ejercicio nos convidan los ejemplos y dichos de los sanctos, los cuales señaladamente aprovecharon por este camino. De la bienaventurada virgen Sancta Cicilia se escribe que traía siempre el Evangelio de Cristo en su pecho. Lo cual (como declara S. Buenaventura) no se ha de entender que lo trajese solamente en el seno, sino que lo traía también en el corazón, meditando y rumiando siempre como animal limpio la doctrina y misterios de la vida del Salvador.

Semejante ejemplo es el de nuestro Padre Sancto Domingo, de quien se escribe que traía siempre el evangelio de San Mateo, de donde el sancto varón como de una mesa celestial comía para sí y comía también para dar pasto á los hijos que criaba. S. Bernardo, devotísimo y sanctísimo doctor, en este mismo ejercicio gastaba su vida, y por aquí llegó á tanta perfección como él mismo lo confiesa á sus Religiosos, diciendo así: Yo, hermanos, dende el principio de mi conversión, en lugar de los merescimientos

que entendí que me faltaban, hice un manojico de mirra, compuesto de todas las amarguras y trabajos de mi Señor, el cual procuré siempre traer dentro de mi corazón: lo cual hacía yo, pensando primeramente en las necesidades y pobrezas de todos aquellos pasos y misterios de su niñez, y después en los trabajos de su predicación, en el cansancio de sus caminos, en las vigilias de su oración, en las fatigas de sus ayunos, en las lágrimas de su compasión, en las asechanzas de sus enemigos, y finalmente en los peligros que le vinieron por aquellos falsos hermanos: conviene saber, en las acusaciones, persecuciones, injurias, bofetadas, deshonras, escarnios, azotes, espinas y clavos, con todo lo demás. Pensar siempre en esto tuve por mi sabiduría, y aquí hallé la suma de todo lo que me convenía saber. Aquí me dan á beber un licor precioso, que á veces es de saludable amargura, á veces de inefable consolación. Esto me levanta en las adversidades, y me abaja en las prosperidades, y entre las tristezas y alegrías de la vida presente me guía por camino real, desechando los peligros que de la una y de la otra banda me quisieren saltear. Esto me reconcilia y hace amigo al juez del mundo, cuando me representa manso y humilde al que me ha de juzgar, y cuando me hace no solamente placable, sino también amable á aquél que es inaccesible á los príncipes del cielo y terrible á los reyes de la tierra. Por tanto, hermanos míos, estos misterios traigo siempre en la boca, predicándolos (como vosotros sabéis) y éstos en mi corazón siempre rumiándolos (como sabe Dios) y déstos escribe siempre mi pluma (como todos ven) y ésta es y será siempre mi altísima y entrañable filosofía, saber á Jesú, y éste crucificado. Hasta aquí son palabras de S. Bernardo.

Y en otro lugar añade el mismo sancto, y dice así: Yo, hermanos, con mucha confianza llego á tomar lo que me falta, de las entrañas de mi Señor, y no faltan agujeros por donde corra lo que mi ánima desea. Sus pies y manos están rasgados, y su corazón abierto con una lanza. Por estas aberturas me llego á chupar miel de la piedra, y olio de la peña durísima. Verdaderamente durísima, porque dura para sufrir tantas injurias, y más dura para sufrir tantas heridas, y durísima para sufrir un tan crudelísimo linaje de muerte.

El mismo S. Bernardo escribe que en su tiempo había una monja muy devota de la sagrada pasión, la cual solía muchas

veces á honra della hacer la señal de la cruz sobre el corazón, para que dentro y fuera dél resplandesciese siempre aquella gloriosa figura. Y para dar el Señor á entender cuánto le agradara esta devoción, quiso que aquel dedo pulgar con que señalaba la cruz, estuviese entero en la sepultura, estando todas las otras partes del cuerpo deshechas y consumidas. Lo cual se vió abriendo después de algunos años su sepultura. Y en esto se ve claramente que no quiso el Señor que tuviese poder la muerte en la carne que había tantas veces figurado el misterio de la vida.

Otra cosa semejante, aunque de mayor admiración, escribe un doctor haber acaescido en Alemania, en la ciudad de Argentina. Dónde dice que estaba un Religioso de la Orden de los Predicadores, prior del monasterio de aquella ciudad, muy devoto de la sagradada pasión, en la cual pensaba muy á menudo. Al cual después de muerto (abriendo su sepultura para trasladar á otra parte su cuerpo) hallaron que en los huesos del pecho que caen sobre el corazón, tenía una cruz entallada en los mismos huesos, y labrada con tanta perfección como si fuera hecha de marfil. Y como la fama deste milagro se extendiese por toda aquella tierra, el autor que esto escribe, dice que caminó cuarenta millas por ver esta gloriosa señal. La cual (dice él) yo vi con mis proprios ojos, y miré mucho la figura que tenía, que no era menos maravillosa, porque el pie della estaba adelgazado hacia bajo, como si estuviera hecho para hincarse en algún lugar, y los tres brazos de arriba se remataban en tres flores de azucenas: en lo cual se daba á entender que por la virtud y misterio de la sagrada pasión había conservado aquel sancto varón en su ánima aquel lirio de la castidad y pureza virginal. Por aquí se ve claro cuánto el Señor se sirve desta sancta devoción, pues así quiso honrar en cuerpo y ánima á los que tuvieron cuidado de honrar sus deshonras y hacer especial servicio á los misterios de su pasión.

Pues ya la honra que hizo al bienaventurado S. Francisco, señalando su cuerpo con las insignias de su gloriosa ignominia, retratando de fuera en el cuerpo las llagas que el sancto traía en su corazón, no se puede encarecer con palabras. Porque por aquí se ve claro cómo la continua meditación deste misterio puede subir á una criatura mortal á tan alto grado de perfección, que venga á ser en su manera semejante al Hijo de Dios, no sólo en

las virtudes del ánima, sino también en las insignias gloriosas de su sacratísimo cuerpo.

Pues á esta sancta consideración (entre los otros doctores) señaladamente nos convida en muchos lugares de sus escrituras el devotísimo S. Buenaventura, el cual en el libro llamado Estímulo de Amor, dice así: No conosco otra mayor gloria, hermanos, que la cruz de nuestro Salvador. Si es preciosa la muerte de los sanctos en los ojos de Dios, porque murieron por él, ¿cuánto más preciosa debe ser la muerte del Señor de los sanctos en los nuestros, pues murió por nos? Pues si tan preciosa y tan amada conviene que sea esta muerte, ¿qué merecen los que siempre viven olvidados della? ¡Oh con cuánta razón se quejó el Salvador entonces, y se queja agora de los tales por su Profeta, diciendo (1): Alejaste, Señor, de mí mis amigos y prójimos, y mis conoscidos se apartaron de mi miseria. Extraño soy hecho á mis hermanos, y peregrino á los hijos de mi madre. Esperé quien conmigo se entristeciese, y no lo hubo, y quien me consolase, y no lo hallé! Pues no queráis, hermanos, huir del Señor, no dejéis esta sancta compañía de la Virgen y del discípulo y de las otras sanctas Marías. Subamos con ellos á la palma de la cruz, y comamos del fruto della, porque della cuelga la carne del Hijo y el corazón de la madre. No se excuse nadie, de cualquier estado que sea, porque aquí hallará cada uno su remedio. Si eres pecador, aquí hallarás cómo aborrescas el pecado, considerando que Dios muere por los pecados. Si eres penitente, aquí te esforzarás á hacer penitencia, mirando la que hace este cordero que no debe nada. Si eres deseoso de bien obrar, aquí hallarás ejemplo perfectísimo de todas las buenas obras y virtudes: y si eres perfecto, aquí hallarás aparejo para transformarte en el Hijo y en la madre, teniéndoles entrañable compasión y amor. Pues, oh hermanos, no se excuse nadie, pues nadie hay que no halle aquí gobierno para su vida, puerto de salud, socorro para sus peligros, morada para su ánima, y camino para la verdadera felicidad, porque todo esto se halla en esta sacratísima pasión.

Ella es la que nos abre las puertas del paraíso, la que guía los ciegos, sustenta los cojos, encamina á los desencaminados, consuela los pobres, enfrena los ricos, humilla los soberbios, y

(1) Psalm. 87.

avergüenza los regalados. Ella es (como dice S. Crisóstomo) guarda de los pequeñuelos, maestra de ignorantes, filosofía de simples, ayo de mozos, leche de niños, manjar de rústicos, oratorio de devotos, retablo de contemplativos, libro de ignorantes, esfuerzo de penitentes, escudo de flacos, medicina de enfermos, remedio de pecadores, consiliario de justos, tesoro de pobres, puerto de perdidos, refugio de todos los atribulados. Pues si quieres, hermano mío, poseer en una cosa todas las cosas, abrázate con esta cruz, entra en este sanctuario, y haz tu nido como paloma casta en los agujeros desta piedra. Vuela (como dice S. Bernardo) por aquellas sanctas manos, vuela por aquellos sagrados pies, y enciérrate volando en aquel precioso costado.

§ I

Pues ¿qué resta agora, sino rogar á todos los que de verdad desean aprovechar en la vida espiritual, y rogar también á todos los maestros y enseñadores desta vida, que trabajen siempre por imponer en estos ejercicios á las personas que tomaren á su cargo? De suerte que después de salidos de pecado, y después de aquellos primeros ejercicios de contrición y penitencia, luego les entreguen los misterios de la vida y pasión de Cristo, para que comiencen á gustar cuán suave es el Señor, y con el gusto de las cosas espirituales vengan á menospreciar todos los gustos y deleites sensuales. Porque aunque éste sea libro de perfectos, también lo es de principiantes, y aquí hallarán leche los unos, y manjar de más substancia los otros. Porque éste es aquel río de Ezequiel, que por un cabo llegaba hasta los tobillos, y por otro no se podía vadear (1): donde (como dicen los sanctos) andan los corderos, y nadan los elefantes. Éste es el libro del mismo Profeta, escrito dentro y fuera (2), para que en lo de fuera lean los principiantes, y en lo interior y más secreto los perfectos. Y por esto así como al que quiere estudiar gramática, luego le ponen un arte en las manos, así al que quiere estudiar esta filosofía del cielo, luego le deben entregar estos misterios de la vida y pasión de Cristo nuestro Señor. Y no se debe de negar este socorro aun

(1) Ezech. 47. (2) Ezech. 2.

á los que hobieren sido muy pecadores, porque éstos tienen necesidad de tanto mayores remedios, cuanto tienen adquiridos más malos hábitos. Pues ¿qué harán éstos cuando se vean acosados de la furia de sus pasiones antiguas, sopladas con el viento del demonio, de la carne, del mundo y de la costumbre depravada? Porque algunos déstos (mayormente en la juventud, como dice S. Hierónimo) arden más que los fuegos del monte Etna con llamas de lujuria, otros con ardores de cobdicia, otros con deseos encendidísimos y rabiosísimos de venganza, otros con apetitos de privanzas, dignidades y honras. Pues ¿qué harán estos miserables, si les falta este esfuerzo, este ejemplo, este refrigerio y socorro, este pasto celestial, esta consolación y esta luz? Si el Salvador dijo á los discípulos al tiempo de la pasión (1): Velad y orad, porque no seáis vencidos de la tentación, ¿qué otro mejor escudo ni remedio puede haber para tales necesidades? Dice S. Augustín que ninguna cosa halló más provechosa para este caso que la memoria de las llagas del Salvador. La piedra (dice David) es refugio para los erizos (2): porque no tienen otra mejor guarida los que están llenos de las espinas de sus pecados, que en los agujeros de aquella sagrada piedra que por nosotros fué herida con la vara de la divina justicia, para que della saliese agua viva que lavase nuestros pecados y apagase la sed de nuestros deseos.

La orden que en esto se puede tener, es la que aconseja S. Buenaventura, y la que ordinariamente tienen todas las personas dadas á la vida espiritual, que es, repartir los principales pasos de la vida del Salvador por los días de la semana, teniendo señalados para cada día dos ó tres misterios déstos, con cuya consideración apasciente su ánima, alumbre su entendimiento, encienda su voluntad, y despierte su devoción, y se mueva á la imitación de las virtudes del Señor cuya vida contempla, y á darle gracias por todos los pasos que en este mundo dió procurando su remedio. Mas acuérdese que antes desta consideración debe preceder una devota preparación, y después seguirse un hacimiento de gracias, juntamente con la petición de todas aquellas cosas que convienen para nuestra salvación, y de las que sintiéremos nuestra ánima más necesitada. Y aun á los principios será bien que

(1) Matth. 26. (2) Psalm. 103.

preceda la lección del paso que quisiéremos meditar, hasta saber los principales puntos y consideraciones que hay en él. Destas cinco partes que pueden entrevenir en este sancto ejercicio, se trató al fin de la primera parte del Libro de la Oración y Meditación, á donde remitimos al que esto desea saber.

Pues para este efecto escribimos en el libro del Memorial de la Vida Cristiana un sumario de los principales misterios de la vida y pasión de nuestro Salvador, y asimismo en el sobredicho Libro de la Oración y Meditación están escritos más extendidamente todos los pasos de su sacratísima pasión y resurrección. Mas porque entre todos estos misterios, los de la infancia y niñez deste Señor parecen más dulces y suaves á los corazones devotos, dellos me pareció escribir un poco más largo en este tratado, para suplimiento de la brevedad que en los otros seguimos como en cosa de Memorial. Y comenzaremos luego del primero destos misterios, que es la encarnación del Hijo de Dios, la cual servirá de preámbulo para todos los demás.

DE LA CONVENIENCIA DEL MISTERIO INEFABLE DE LA ENCARNACIÓN DE NUESTRO SALVADOR

CAPITULO II

Antes que comencemos á tratar de los misterios principales de la vida de nuestro Salvador, será necesario decir algo del misterio inefable de su sancta encarnación, repitiendo aquí en breve lo que en otras partes tratamos difusamente. Y tomando este argumento dende su primer principio, decimos que el origen de este tan grande bien fué la inmensa bondad de nuestro Señor, la cual es principio universal de todas sus obras así de naturaleza como de gracia. Porque por su sola bondad, sin tener alguna necesidad, crió este tan grande mundo, y por sola bondad tantos mil años ha lo gobierna. Por sola bondad sufre la ingratitud y blasfemias de los malos, haciendo salir su sol sobre buenos y malos, y lloviendo sobre justos y pecado-

res (1). Pues por sola esta bondad determinó criar al hombre para hacerlo participante de su misma bondad y gloria. Porque como es propriedad natural del sol alumbrar, y del fuego calentar, así lo es de la bondad comunicar á todos el bien que tiene. De dónde se sigue que será proprio de la suma bondad sumamente comunicarse á sus criaturas, según la capacidad y naturaleza de cada una dellas, como Sant Dionisio dice.

Deseando pues esta suma Bondad comunicar la bienaventuranza y gloria de que él solo *ab æterno* gozaba, crió para esto dos órdenes de criaturas capaces deste tan gran bien, que son ángeles y hombres, las unas puramente espirituales, como son los ángeles, y las otras juntamente espirituales y corporales, como son los hombres. Mas dejemos agora los ángeles, y tratemos de los hombres.

Pues como las obras de Dios sean tan perfectamente ordenadas, así como crió al hombre para un fin tan alto, así le proveyó de todas las virtudes y gracias que para esto eran necesarias: pero esto con tal condición, que si fuese fiel y obediente, conservaría para sí y para sus descendientes el mayorazgo de la justicia y gracia que había recebido, y si fuese desleal y desobediente, lo perdería para sí y para ellos (2). Pues como el hombre fuese desobediente al mandamiento del Señor que para tan alto fin lo había criado, y tantos dones y gracias para esto le había dado, perdió luego por esta deslealtad aquel mayorazgo que había recebido, y todos sus hijos lo perdimos en él (3). Y esta tan grande pérdida nos declara el pecado original en que somos concebidos, que es privación de la justicia y gracia con que hubiéramos de nascer. Y desta privación se sigue la corrupción de nuestro apetito y de sus malas inclinaciones, las cuales estaban enfrenadas con el don de la justicia original y de la gracia: mas quitado este freno que las detenía, luego comenzaron á bullir y desenfrenarse contra el espíritu, así como quitada la sal ó la mirra de una carne muerta (que la tenía sin corrupción) luego se corrompe, y comienzan á hervir gusanos en ella. Lo cual se mostró luego después de cometida la culpa de nuestros primeros padres, porque antes della, estando desnudos, no tenían empacho uno de otro, mas acabada ella, luego lo tuvieron, porque despertó luego la concu-

(1) Matth. 5. (2) Genes. 3. (3) Ephes. 3.

piscencia con las otras pasiones y malas inclinaciones. Y desta corrupción proceden todos los pecados del mundo, con los cuales se hace el hombre siervo y esclavo del demonio, según aquella sentencia del Salvador, que dice (1): Quienquiera que comete pecado, siervo se hace del pecado. Y por esto queda el hombre miserable subjecto al demonio como esclavo suyo, al cual tiene él preso con las cadenas de sus malas aficiones y deseos, y como vasallo de aquél á quien obedeció y se entregó, pertenesce á su reino de tal manera que tomándolo la muerte en este estado, lo llevará consigo á su reino, que es el infierno.

Estando el hombre en este estado tan miserable, plugo á las entrañas de la divina misericordia librarlo desta servidumbre del demonio y del pecado, y habilitarlo para la posesión del reino del cielo, para que fué criado. Y pudiendo hacer esto por muchos medios, escogió uno, el más excelente y más nuevo de cuantos se pudieran escoger, que fué hacerse Dios hombre, y morir por él. Lo cual dice el Apóstol que tuvieron los judíos por escándalo y los gentiles por locura (2). Porque por una parte les parescía indigna cosa de aquella altísima y purísima substancia juntarse con una cosa tan baja como es la naturaleza humana. Por otra les parescía despropósito hacerse Dios hombre para sanctificar al hombre, pues había otros medios que parescían venir más á propósito para este fin.

Mas por ser esta obra tan grande, es necesaria especial lumbre de Dios para entender la dignidad della. Porque para entender las cosas proporcionadas á nuestra capacidad basta la lumbre natural con que Dios nos crió. Mas cuando las cosas son muy altas y sobrenaturales y que presuponen otras muchas para entenderse, es necesaria lumbre sobrenatural de Dios. Y tal es esta obra, la cual si bien se entendiere, basta para poner espanto, no sólo á los hombres, sino también á los ángeles. Y no es esto encarescimiento, sino sentencia del Apóstol (3), el cual dice que después de revelada esta obra de nuestra redempción, y predicada en la Iglesia, los mismos principados y potestades del cielo concibieron nuevo conoscimiento y admiración de la sabiduría de Dios, que en este misterio resplandesce, viendo los grandes bienes y provechos que por esta vía se comunicaban al mundo. Y

(1) Joan. 8. (2) I Cor. 1. (3) Ephes. 2.

por esta razón llama el Apóstol divinamente esta sabiduría multiforme (1), que quiere decir, de muchas formas y maneras, porque por ella socorrió Dios tan perfectamente á todas nuestras necesidades y dolencias, y á cada una dellas en particular, como si para sola ella fuera instituída, que es cosa de grande admiración. Pues quien tuviese algo de esta lumbre del cielo, vería aquí claramente las maravillas y la variedad desta sabiduría. Y porque no todos tienen esta luz, no alcanzan el secreto y razón de este misterio. Tiempo hubo en que Sant Augustín no la alcanzaba, ni entendía qué cosa era haberse ayuntado el Verbo Divino con nuestra carne: mas cuando después de baptizado rescibió esta lumbre, confiesa de sí que no se hartaba estos días de pensar con una maravillosa dulcedumbre la alteza de la divina sabiduría que resplandesce en este singular medio que escogió para la salud del género humano. Porque consideraba este sancto con esta lumbre todas las dolencias y necesidades espirituales en que el hombre quedó por el pecado, porque de pies á cabeza no quedó en su ánima cosa que no fuese llagada. Porque el entendimiento quedó escurescido, la voluntad rebelde, la imaginación derramada, el apetito estragado, la carne flaca y mal inclinada. Pues todo esto veía este sancto con aquella luz, y con ella veía que Dios humanado y puesto en cruz era tan proprio y tan eficaz remedio para todos estos males, y para cada uno dellos en particular, como si para él solo fuera instituído, como lo experimentan todos los que se dan á la virtud. Lo cual es en tanta manera verdad, que si nuestro Señor Dios con toda su sabiduría y omnipotencia (con la cual crió este mundo, y podría en un punto criar otros mil mundos) buscara otro medio más conveniente y más eficaz, así para gloria suya como para remedio del hombre (que son las dos cosas que nuestro Señor pretende en todas sus obras) no lo hallara. Declaremos esto en particular.

§ I

Comenzando pues por la gloria de Dios, era necesario satisfacer primeramente á las ofensas é injurias cometidas contra aquella soberana Majestad, cada una de las cuales es de infinita grave-

(1) Ubi supra.

dad, por ser contra esa infinita Majestad. Pues ¿qué será juntando las de todos los hombres que son, fueron y serán, y pueden ser, que llamamos infinitos? Pues para tan grande y tan universal descargo y satisfación era necesaria virtud infinita, la cual solo Dios tiene: mas él ni puede satisfacer ni merecer, por ser éstas obras de criaturas, y no de Criador. Pues según esto no era posible en rigor de justicia hallarse otro medio más conveniente que juntar Dios consigo la naturaleza humana en una misma persona, para que della tomase el poder satisfacer y merecer, y de sí le diese virtud infinita para perfectamente satisfacer.

Pues este sumo sacrificio fué una tan perfecta satisfación de todas las ofensas cometidas contra la divina Majestad, que mucho más quedó ella por solo él honrada, que por todos los pecados ofendida, y mucho más le agradó esta perfectísima obediencia de su Hijo, que le desagradaron todas las desobediencias del mundo. En lo cual paresce cuánto sirvió esta obra á la gloria de Dios, pues ésta fué la mayor gloria que jamás se le había dado y pudiera dar, por ser obra, no de puro hombre, sino de Dios y hombre, y Hijo natural de Dios, é infinitamente amado de su Padre.

Mas aquí es de notar que como este Señor venía al mundo á obrar nuestra salud, no bastaba para esto alcanzarnos perdón de los pecados pasados, si quedábamos flacos y sin fuerzas para caer en otros. Y para esto era necesario que demás del perdón de las culpas pasadas nos mereciese gracia para excusar otras nuevas, lo cual nadie podía merecer, sino solo él. Porque merecer gracia para todo el género humano, que es para hombres, que cuanto es de parte de la especie (como ya dijimos) se pueden multiplicar en infinito, no es posible á criatura alguna, sino á quien tuviese virtud infinita, cual es la del Hijo de Dios humanado. De suerte que solo aquél que tuvo caudal para satisfacer por todos los pecados, nos pudo merecer la gracia para no cometer otros. Lo cual todo redunda en gloria de Dios, pues nuestra inocencia y justicia viene á redundar en gloria suya.

Mas no sólo por esta vía fué Dios en esta obra glorificado, sino también porque en ella más que en otra alguna se nos descubren más claro las principales perfecciones de nuestro Dios, y las que más sirven para inducirnos al amor y temor de su sancto nombre. Porque los filósofos, que conoscían á Dios estudiando

por el libro de las criaturas, principalmente conoscieron la grandeza de su omnipotencia y sabiduría, las cuales perfecciones manifiestamente resplandescen en las obras criadas. Mas de la bondad y caridad y misericordia y justicia conoscieron muy poco, pues muchos dellos le negaron la providencia de las cosas huma nas, que de estas perfecciones se infiere y concluye. Pero estas perfecciones que ellos no alcanzaron, resplandescen tan claramente en el misterio de la encarnación y pasión de nuestro Redemptor, que no solamente los sabios, mas los rudos y simples ven claramente cuán grande sea la bondad y caridad y misericordia de Dios para con los hombres, pues llegó á hacerse hombre y morir en cruz por ellos Ven otrosí cuán grande sea el cuidado y providencia que tiene dellos, pues vino del cielo á la tierra á tratar de su remedio, y ven también cuán grande sea su sabiduría, pues por tan convenientes y admirables medios trazó el negocio de su salvación: y junto con esto por aquí también conoscen cuán grande sea el rigor de la justicia divina, pues tan grande satisfación quiso que se le ofresciese por los pecados del mundo con la sangre y muerte acerbísima y deshonradísima de su mismo Hijo. Pues todas estas perfecciones divinas resplandescen clarísimamente en este misterio. En lo cual se ve cómo esto que á los ojos carnales de los gentiles paresció cosa indigna de la majestad y gloria de Dios, es la mayor gloria de cuántas se le pueden dar. Porque cuanto más en esta obra se abajó y encubrió la gloria de la majestad (entendida la causa deste abatimiento) tanto más se descubre la gloria de la bondad, que es la perfección de que él más se precia, y por la cual quiere ser más conoscido y alabado.

§ II

Pero cuanto pertenece á lo segundo que propusimos, que son los provechos que deste misterio se siguieron al hombre, no hay lengua ni palabras que esto puedan explicar. Porque como las obras deste Señor sean perfectas, y él quiso ser suficientísimo salvador y redemptor del mundo, no hay en el hombre necesidad espiritual ni dolencia tan incurable para que no se halle remedio

suficiente en este misterio: y porque destos provechos tratamos algo en el misterio de la Anunciación á nuestra Señora, no diré aquí más. Pero el que más quisiere, lea la tercera parte de nuestra Introducción del Símbolo (que trata de los fructos del árbol de la cruz) donde esta materia se trata de propósito, y ahí verá cuán grandes fructos y provechos se siguieron al hombre deste misterio.

Concluyendo ya este discurso, digo que pues entre las obras de nuestro Señor aquélla es más excelente, que más redunda en gloria suya y provecho del hombre, y lo uno y lo otro resplandesce más en esta obra de nuestra redempción que en todas las otras suyas, síguese que ésta sea la más excelente de todas ellas.

Esta misma excelencia se muestra brevemente por otra razón, y ésta es que nuestro Señor (cuyas obras son perfectísimas, como él lo es) quiere que en todas ellas se hallen juntas dos grandes perfecciones suyas, que son misericordia y justicia, como todos los Psalmos á cada paso predican y cantan (1). De lo cual se infiere que aquélla será entre sus obras perfectísima, donde estas dos perfecciones más perfecta y altamente se hallaren. Pues ¿dónde se hallan ellas mejor que en el misterio de nuestra Redempción? Porque ¿qué mayor justicia que la que se ejecutó en la pasión y muerte del Hijo, y qué mayor misericordia que la que por ella se concedió al siervo, porque ni la justicia pudo ser mayor, ni tampoco la misericordia?

Añado á esta consideración otra, que más á la clara nos descubre la conveniencia deste misterio y las grandes gracias y mercedes que nuestro Dios nos hizo en él. Pues para esto se debe notar que como Dios sea el autor de las obras de naturaleza y de la gracia, por la misma orden que traza las obras de naturaleza, ordena también las de la gracia. Pues la orden que guarda en las obras de naturaleza es que en cada género de cosas hace una nobilísima, que es causa de todo lo que se halla en todo lo que está debajo de aquel género. Pongamos ejemplo. En el género de los cuerpos resplandescientes, que son todas las estrellas, la más resplandesciente es el sol, y éste es causa de toda la luz que hay en las estrellas, las cuales no tienen otra luz sino la

(1) Psalm. 100.

que del sol resciben. Asimismo en el linaje de los cuerpos que se mueven, el más perfecto es el primer cielo, cuyo movimiento es perfectísimo, y así él es causa de todos los movimientos de cuerpos que hay en el cielo y en la tierra. De tal manera que si él parase, todos los otros pararían, porque todos penden dél. Esta misma orden que se ve en las obras de naturaleza, también se halla en la orden de las cosas humanas. Porque en un reino el rey tiene suprema autoridad y jurisdición en todas las cosas, y de él se deriva ella en todas las justicias y oficiales de su reino. Pues desta manera aquella suma Sabiduría, que todas las cosas dispone en número, peso y medida (1), quiso que en el linaje de los sanctos hubiese uno que fuese sumamente sancto, y que éste fuese causa de la sanctidad de todos los otros. Por lo cual se llama por excelencia el Sancto de los sanctos, no sólo porque es el mayor de todos, sino porque es el sanctificador dellos, y el que los provee perfectísimamente de todas las cosas que se requieren para su sanctificación, que son muchas, y todas han de proceder dél.

Y porque va mucho en la inteligencia desto, añadiré aquí otro ejemplo más palpable. Porque esta misma orden hallaremos en todas las religiones de la Iglesia cristiana, como es la de Sant Francisco, Sancto Domingo, Sant Benito, &c. Porque poniendo ejemplo en la Orden del glorioso Padre Sant Francisco, él es en su manera la causa de la sanctidad y perfección de toda su Orden, mediante la regla que él instituyó, y el ejemplo de las virtudes heroicas que les dejó, y mediante los ejemplos de los sanctos compañeros que él crió á sus pechos con la leche de su doctrina, y los empuso en aquella manera de vida de tanta pobreza, aspereza y continua oración, ayudando también á lo mismo con las continuas oraciones con que encomendaba á nuestro Señor aquella nueva institución y manera de vida evangélica. Pues por este ejemplo tan palpable se podrá entender lo que decimos de Cristo nuestro Salvador. Porque lo que es S. Francisco en su Orden, y Sancto Domingo en la suya, eso es nuestro Salvador, no en una orden sola, sino en todo el mundo, aunque diferentemente, porque estos Padres son causa de la sanctidad de sus hijos de la manera que habemos dicho, mas Cristo demás desto es causa meri-

(1) Sap. 11.

toria y eficiente de la sanctidad y gracia y justicia que hay en todos los que lo son, y de todas las cosas que son necesarias para esta misma sanctificación.

Declaremos más en particular agora esto, y veamos cómo este suficientísimo reparador proveyó perfectamente de remedio á todas nuestras necesidades. Pues según esto, la primera cosa que se requería para nuestra sanctificación, era reconciliarnos con Dios, el cual estaba justamente airado por los pecados del mundo, y así era necesario ofrecerle satisfación, y alcanzarnos perdón dellos, y demás desto merecernos gracia para no volver á caer en ellos. Y lo uno y lo otro acabó este Sancto de los sanctos, como arriba queda declarado. Y allende desto, como gente ciega, teníamos necesidad de lumbre de doctrina que nos enseñase el camino del cielo, y como flaca, habíamos menester quien nos esforzase á andar por él, y como enferma, nos eran necesarias espirituales medicinas para curar nuestras dolencias, y como pobres, teníamos necesidad de merescimientos que alegar en nuestras peticiones, y finalmente, como gente cercada de mil peligros, éranos necesario un fiel abogado y medianero ante el Padre eterno. Estas y otras muchas necesidades padesce nuestra naturaleza, y á todas ellas proveyó de suficientísimo remedio este Sancto de los sanctos, ca él satisfizo por nuestras culpas con su sangre, él nos meresció la gracia con el sacrificio de su pasión (como está dicho) él alumbró nuestra ceguedad con su doctrina, y esforzó nuestra flaqueza con los ejemplos de su vida, y ordenó los Sacramentos para la cura de nuestras enfermedades. El enriquece nuestra pobreza con sus merescimientos, él aboga siempre ante la cara del Padre por nuestras necesidades, y él finalmente nos dejó en todos los pasos y misterios de su vida sanctísima materia de meditación, doctrina de edificación, estímulos de amor, despertadores de devoción, ejemplos de humildad, obediencia, paciencia, mansedumbre y de todas las virtudes.

En lo cual se ve cómo por todas las vías posibles socorrió este clementísimo Salvador á todas las dolencias y necesidades de nuestra vida, aunque fué á costa de la suya, por el grande amor y deseo que tenía de nuestra salvación, como si de la nuestra pendiera la suya.

Ésta es pues la invención admirable que Dios descubrió para la sanctificación del género humano, y la justicia que él quiso que

se predicase por todo el mundo (1): la cual justicia es su unigénito Hijo, justificador y sanctificador del mundo, el cual por todos estos medios susodichos óbra y ayuda á nuestra sanctificación y justicia. En lo cual también se ve que estando en rigor de justicia, no podía ser otro nuestro sanctificador sino quien tuviese virtud infinita, que fuese bastante para todas estas cosas susodichas, la cual ninguna criatura tiene ni puede tener, sino solo el Criador y Señor de todo. Por lo cual debemos todos dar continuas gracias al que es Padre de misericordias. Porque pudiéndonos remediar (aunque no en rigor de justicia) por medio de algún ángel ó de algún hombre sancto, no quiso que lo fuésemos sino por su unigénito Hijo vestido de carne humana, y esto no sólo para gloria suya, sino también de la naturaleza humana: porque si hombre fué el que nos destruyó, hombre también fué el que nos reparó.

DE LA HERMOSURA Y EXCELENCIA DE LA SACRATÍSIMA HUMANIDAD DE NUESTRO REDEMPTOR, SEGÚN SE DECLARA EN LA TERCERA PARTE DE NUESTRA INTRODUCCIÓN DEL SÍMBOLO, EN EL DIÁLOGO SEGUNDO

CAPÍTULO III

Mas porque á los gentiles parecía cosa indigna de aquella soberana Majestad vestirse de una cosa tan baja como era nuestra humanidad, declararé aquí cuán ensalzada y enriquescida fué esta sagrada humanidad, y por consiguiente cómo no fué cosa ignominiosa, sino muy gloriosa, juntarla Dios consigo en una misma persona. En lo cual resplandesce singularmente la sabiduría de Dios, que así sabe levantar las cosas bajas, y engrandescer las pequeñas, y honrar las humildes. Porque ya que por su inmensa bondad determinó abajarse y hacerse hombre, tal hombre se hizo, que no fuese deshonra suya sino grandísima gloria hacerse tal hombre cual se hizo, pues estaba en su mano hacerse cual él quisiese, sin costarle más que sólo querer.

(1) Marc. 16.

Porque primeramente, en la naturaleza común de los hombres hay una cosa que Dios hizo, que fué la naturaleza, y otra que el demonio acarreó, que fué el pecado: mas este Señor tomó en sí lo que Dios hizo, y dejó lo que el demonio había tramado, porque tomó nuestra naturaleza sin pecado. Mas ¿qué lengua podrá explicar la abundancia de riquezas y gracias y dones del Espíritu Sancto que á esta sagrada humanidad fueron concedidas? La primera y suma gracia fué la unión con el Verbo Divino, que es la mayor cosa que toda la omnipotencia de Dios puede dar. Con la cual dignidad aquella sancta humanidad fué ensalzada sobre todo lo que Dios tiene criado y puede criar. Y conforme á esta soberana dignidad le fueron concedidas todas las gracias, que fueron la gracia de universal cabeza de todo el género humano, para que por él se diese gracia á toda la posteridad y linaje de Adán, y con ésta le fueron dadas todas las gracias que llaman gratis datas, que fueron gracia de profecía, de sabiduría, de hacer milagros, de sanar enfermos, de enseñorear espíritus malos, y de todas las riquezas y dones del Espíritu Sancto, que en aquella ánima sanctísima se aposentó.

Mas no pára aquí la excelencia y gloria desta sagrada humanidad, porque todo lo demás que en ella sucedió, fué conforme á aquella primera y suma dignidad de la unión con el Verbo Divino. Porque tal es la consecuencia y correspondencia de las obras trazadas por el consejo de Dios, y así demás de lo dicho (porque ningún linaje de dignidad y gloria faltase en este misterio) antes que este Señor nasciese, luego al principio del mundo, y por todas las edades que después sucedieron, fué prometido á los Patriarcas, denunciado por los Profetas, predicado por las Sibilas, y figurado en todas las ceremonias, sacrificios y sacramentos de la ley. Y cuando ya hubo de venir al mundo, ¿de qué manera vino? Vino como convenía á tan alta Majestad. Fué denunciado por un ángel, concebido por virtud del Espíritu Sancto (1), nascido de madre virgen, cantado y celebrado su nascimiento por los ángeles, visitado de los pastores (2), publicado por las estrellas, adorado de los Reyes, conoscido de los justos Simeón, Ana, Zacarías, Elisabet, y sobre todo del niño Sant Juan, que estando encerrado en las entrañas de su madre, le adoró y reconos-

(1) Luc. 1 & 2. (2) Matth. 2

ció, que fué la más nueva manera de reverencia que jamás se vió, porque así convenía para la gloria y honra del Señor que de nuevo venía al mundo. Mas después de ya crescido, juntamente cresció con él su gloria. Porque en su baptismo se abrieron los cielos, y sobre él descendió el Espíritu Sancto en especie visible de paloma, y sonó aquella voz magnífica del Padre: Éste es mi Hijo muy amado, en quien yo me agradé (1). Después de esto, andando por el mundo y conversando con los hombres, tales obras hacía cuales convenía á la dignidad de quien él era. Porque bajando Dios del cielo á la tierra, ¿qué obras había de hacer, sino obras de Dios? Pues tales las hizo este Señor, sanando los enfermos, alumbrando los ciegos, limpiando los leprosos, lanzando los demonios, curando los paralíticos, resuscitando los muertos, mudando la naturaleza de las cosas, multiplicando los panes, andando sobre las aguas, mandando á los vientos, sosegando los mares, revelando los secretos de los corazones, denunciando las cosas advenideras, viviendo vida sanctísima, predicando doctrina maravillosa, perdonando los pecados, alumbrando y sanctificando los hombres, y lo que más es, no sólo hacía estas maravillas por sí, mas otras como éstas hacían los que en él creían, como él mismo lo dijo. Y no sólo obraba esto con la virtud de su palabra, sino con solo el tocamiento de su vestidura, la cual daba entera salud á quienquiera que la tocaba. Pues ¿qué cosa más digna de Dios que esta manera de vida? ¿Cómo era razón que anduviese Dios entre los hombres, sino obrando estas grandezas y maravillas?

Síguese después la muerte, que aunque muerte al parecer deshonrada, no fué menos gloriosa que la vida. Porque por su muerte hicieron general sentimiento todas las criaturas: el sol se escuresció, la tierra tembló, las piedras se partieron, los sepulcros se abrieron, y el velo del templo se rasgó. Y allende desto, si murió, resuscitó luego al tercer día como señor y vencedor de la muerte, y resuscitó consigo muchos otros muertos, y saqueó al infierno, y prendió al príncipe deste mundo, y hecho esto con aquella presa tan gloriosa, por su propria virtud subió en cuerpo y ánima por los aires al cielo, y de ahí envió al Espíritu Sancto, con cuya virtud por medio de unos pobres pescadores

(1) Luc. 3

reformó al mundo, derribó los altares de los ídolos, venció los emperadores, confortó los mártires, pobló los desiertos de monjes y los poblados de vírgines, hinchió el mundo de sabiduría, de religión y del conoscimiento del verdadero Dios, triunfando de sus enemigos y de toda la potencia del mundo, y lo que más es, del pecado: y los que trataron su muerte hubieron el pago que merecían. El que lo vendió, se ahorcó: el que lo sentenció, se mató, y los que lo entregaron á la muerte, fueron asolados y destruídos, y acabado su reino con la mayor matanza y cautiverio que después del diluvio se vió: porque tal castigo merecía tal pecado.

Pues volviendo al propósito, ¿quién tendrá por indigna cosa de la majestad de Dios hacerse hombre, estando todo el proceso de su vida y muerte esclarescido y adornado con tantas maravillas y con tan grande orden y consecuencia de cosas?

Lo dicho basta para que se vea claro cómo no fué cosa indigna de aquella soberana Majestad hacerse tal hombre cual aquí habemos representado, ni menos lo es haber padescido muerte de cruz. Porque (como en otra parte dijimos) no estimamos la dignidad ó indignidad de la muerte por la pena, sino por la causa. Porque si el hombre muere por la fe, ó por la castidad, ó por la virtud, ó por la defensión de la patria y salud pública, cuanto la muerte fuere más cruel y más ignominiosa, tanto será más gloriosa: antes no hay en el mundo cosa más gloriosa que padescer muerte por cualquiera destas causas. Y tal fué la muerte de nuestro Redemptor, que fué por la redempción del género humano y por desterrar la idolatría del mundo y traer los hombres al conoscimiento de su verdadero Dios y Señor, y por otros infinitos bienes que della se siguieron.

Ni tampoco hay por qué ofenderse nadie de la humildad y pobreza y aspereza de la vida de Cristo. Porque si él venía á ser maestro de los hombres y á enseñarlos por palabra y por obra el camino de la humildad y del menosprecio de las vanidades y cobdicias y deleites del mundo, y hacernos abrazar la cruz de la penitencia y la mortificación de todos los gustos y apetitos de nuestra carne, ¿de qué otra manera había de vivir sino humilde contra nuestra soberbia, y pobre contra nuestra cobdicia, y con vida áspera y trabajosa contra los regalos y gustos de nuestra carne?

Presupuesto pues agora este pequeño preámbulo, comenzaremos á tratar en particular de los misterios y pasos de la vida de de nuestro Salvador.

De la Anunciación del Ángel á la Virgen Nuestra Señora.

Acerca deste altísimo misterio de la encarnación del Verbo Divino, considera primeramente aquella inmensa caridad y amor que tuvo Dios para con los hombres, pues sin haber de su parte ninguna necesidad, ni de parte dellos algún merescimiento, por solas las entrañas de su infinita caridad envió su unigénito Hijo para su remedio: esto es, para ennoblescerlos con su nascimiento, sanctificarlos con su justicia, enriquecerlos con su gracia, enseñarlos con su doctrina, esforzarlos con su ejemplo, resuscitarlos con su muerte, y redimirlos de su captiverio con su sangre preciosa. Éste es aquel grande beneficio que el mismo Salvador encaresció, diciendo (1): En tanta manera amó Dios al mundo, que dió su unigénito Hijo por él, para que quien creyere en él (esto es, creyendo le amare y obedesciere) no peresca, sino alcance la vida eterna. Y habiendo otros muchos medios para este negocio, quiso que fuese remediado por éste que á él era tan costoso, porque para el hombre era más provechoso, no teniendo cuenta con su descanso, sino con la honra y provecho del que era su enemigo.

Lo segundo, considera la conveniencia deste misterio, que es, cuán conveniente medio haya sido éste que escogió la divina Sabiduría para nuestra salud. Porque así como por un hombre había entrado la perdición al mundo, así ordenó que por otro nos entrase el remedio, y así como por la soberbia de un hombre, que siendo hombre deseó ser como Dios, fuímos todos condenados, así por la humildad de otro nuevo hombre, que siendo verdadero Dios se hizo verdadero hombre, fuésemos reparados.

Y demás desto, ¿con qué se podían pagar mejor nuestras deudas que con la sangre del Hijo de Dios? ¿Con qué se podía ennoblescer más nuestra naturaleza que con su humanidad? ¿Quién podía mejor negociar nuestros negocios, que el que todo lo podía?

(3) Joan. 3

¿Quién podía abogar mejor por nuestra parte, que el Sumo Sacerdote del Padre? ¿Quién podía más fiel y piadosamente entrevenir entre Dios y los hombres, que el que juntamente era Dios y hombre, guardando fielmente la justicia como juez, y procurando la misericordia como parte, encargándose de nuestras deudas como hombre, y dando virtud á su humanidad para pagar por ellas como Dios, aprovechándose del título de hombre para deber, y del de Dios para pagar? Sin dubda no se podía inventar otro más conveniente medio que éste, donde así se juntase en uno todo lo que se requería para nuestra salud. Porque (como dice S. León Papa) si no fuera verdadero Dios, no pudiera dar remedio, y si no fuera verdadero hombre, no nos pudiera dar ejemplo.

Pues para curar las llagas de nuestra ánima, que eran tantas y tan grandes, ¿qué otra medicina más eficaz que ésta se pudiera hallar? ¿Qué ejemplos más eficaces se podían hallar para esforzarnos y confundirnos, que los de aquel Señor que juntamente era Dios y hombre? ¿Con qué se podía curar mejor nuestra soberbia que con su humildad, y nuestra avaricia que con su pobreza, y nuestra ira que con su paciencia, y nuestra desobediencia que con su obediencia, y los regalos y deleites de nuestra carne que con los dolores y asperezas de la suya? Item, ¿con qué se podía vencer mejor nuestro desamor que con tal amor, y nuestro desagradescimiento que con tales beneficios, y nuestro olvido que con tal providencia, y los desmayos de nuestra desconfianza que con tales merescimientos y tales prendas de amor?

También es de considerar en este paso la orden y consejo de la Sabiduría divina en la traza y manera que escogió para nuestro remedio. Porque dado caso (como dice S. Bernardo y todos los sanctos) que pudiera la inmensa bondad y misericordia de nuestro Señor remediarnos por otras muchas maneras, mas quiso él levantarnos de la caída por la misma orden y manera que habíamos caído. Porque así como el principio de nuestra caída fué una mujer, así quiso él que el principio de nuestro remedio fuese por otra. Dijo Adán á Dios después del pecado: La mujer que me diste por compañera, me dió del fruto del árbol, y comí. Éstas fueron palabras de malicia para dar excusas de los pecados, con las cuales más acrescientas la culpa que la alivias. Mas para remedio deste mal la sabiduría venció la malicia, proveyéndonos de otra mujer por esa mujer, de una humilde por ésa so-

berbia, la cual en lugar del fruto de muerte nos dé manjar de vida. Por tanto muda ya, hombre, las palabras de esa excusa en palabras de alabanza y hacimiento de gracias, y di: Señor, la mujer que agora me diste llena de gracia, me dió un bendito fruto de vida, y comí dél: el cual me fué más dulce que la miel, porque por él me diste vida. El fruto del árbol nos engañó, y el fruto de María nos redimió, y así la maldición que nos vino por Eva, se mudó en bendición por María. Hasta aquí son palabras de S. Bernardo. A las cuales añade Anselmo haber sido cosa convenientísima que como el pecado y la muerte comenzaron de una mujer, así la justicia y la vida comenzasen por otra, y el demonio, que se gloriaba y triunfaba de que por medio de una mujer destruyó el mundo, agora quedase confundido, viendo que por otra se reparaba el mundo, y por aquí cobrase esperanza el linaje de las mujeres que tendría compañía entre los coros de los ángeles y de los sanctos, pues por medio de una mujer vino tanto bien al mundo.

Pues esta nueva mujer escogió Dios *ab æterno*, y la adornó con todas las virtudes y gracias, para que fuese digna madre de su unigénito Hijo. Mas qué tan grande haya sido esta gracia y estas virtudes, no hay lengua humana que lo sepa declarar. La razón es, porque Dios hace todas las cosas conforme á los fines para que las escoge, y así las provee perfectísimamente de lo que para ellos es necesario. Escogió á S. Juan Baptista para testigo de su venida, escogió á S. Pablo y á todos los otros Apóstoles para maestros de su Iglesia: pues conforme á esto los proveyó perfectísimamente de todas aquellas virtudes y gracias que para esto se requerían. Y porque á esta sacratísima Virgen escogió para la mayor dignidad que puede caber en una pura criatura, por esto la adornó y engrandesció con la mayor gracia, con mayores dones y virtudes que jamás á nadie fueron concedidas. Y así una de las cosas en que Dios más ha declarado la grandeza de su bondad y sabiduría y de su omnipotencia, es en la sanctidad desta Virgen. Por dónde, si tuviésemos ojos para saber mirar y penetrar la alteza de sus virtudes, en ninguna de cuantas cosas hay criadas se nos representaría tan claro el artificio y sabiduría de Dios como es en ésta. De suerte que ni el sol, ni la luna, ni las estrellas, ni aun el cielo con todos sus labores, nos declararían tanto la hermosura y perfecciones del Criador como la alteza y

perfección desta Virgen. Porque si el Profeta dice que es Dios admirable en sus sanctos (1), ¿cuánto más lo será en aquélla que es madre del Sancto de los sanctos, y en la cual sola están ayuntadas las prerrogativas de todos los otros sanctos? Y tanto es esto más de maravillar, cuanto la condición de la naturaleza humana es más baja que la angélica. Porque no es maravilla que un maestro haga más perfectas obras de oro y plata que de una masa de barro, porque la materia sufre toda esta ventaja y primor. Mas hacer lo mismo en una masa de barro es de mayor admiración. Y por eso no nos espanta tanto la pureza de un ángel, que caresce de cuerpo, cuanto la de un ánima encerrada y cercada de cuerpo. Y no es menos de maravillar ver con cuán pocos ejercicios exteriores llegó esta Virgen á tan alta perfección. El apóstol S. Pablo discurría por el mundo, predicaba á los gentiles, disputaba con los judíos, confundía los herejes, escribía epístolas de gran doctrina, hacía milagros y otras cosas semejantes. Mas la sacratísima Virgen no entendía en estas obras, porque la condición y estado de mujer no lo daba. Sus principales ejercicios (después del servicio y crianza de su Hijo) eran espirituales, eran obras de vida contemplativa, aunque no faltaban, cuando eran necesarias, las de la vida activa. Pues ¿no es cosa de admiración que con lo que pasaba en silencio dentro de aquel sagrado pecho, dentro de aquel corazón virginal, meresciese tanto, agradase tanto á Dios y ganase tanta tierra, ó por mejor decir, tanto cielo, que pasase de vuelo sobre todos los coros de los ángeles? Pues ¿qué sería esto? ¿Qué pasaría en aquel sagrario virginal de noche y de día? ¿Qué Maitines, qué Laudes y qué Oficios allí se celebrarían? ¡Quién tuviera ojos para poder penetrar los movimientos, los sentimientos y ardores, los resplandores y todo lo que pasaba dentro de aquel sagrado templo! Teníalos el Esposo en los Cantares, cuando enamorado de tan grandes virtudes y de tan grande perfección y hermosura, decía (2): Hermosa eres, amiga mía, hermosa eres, tus ojos son de paloma, demás de lo que dentro está escondido: porque esto solamente podían ver los ojos de Dios, no los de los hombres. Por este ejemplo se ve que no tienen razón de quejarse los que dicen que son pobres y enfermos, diciendo que no tienen de qué hacer bienes, ni con

(1) Psalm. 67. (2) Cant. 4.

qué padescer trabajos por amor de Dios. Basta que tengan corazón para poder amar á Dios y vacar á Dios: porque si de ése saben aprovecharse, con él alcanzarán grandes virtudes, y con él harán grandes servicios á Dios. ¿En qué entendían aquellos Padres antiguos, aquellos moradores de los desiertos, sino en ocuparse en la contemplación de las cosas celestiales noche y día? Aquel ocio es el mayor de los negocios, aquel no hacer nada es sobre todo lo que se puede hacer. Porque allí el ánima religiosa dentro de su retraimiento alaba á Dios, allí ora, allí adora, allí ama, allí teme, allí cree, allí espera, allí reverencia, allí llora, allí se humilla delante la Majestad de Dios, allí canta y predica sus alabanzas, y allí hace todas las cosas tanto más puramente, cuanto más ocultamente y sin testigos humanos.

Pues tornando á nuestro propósito, éste es el paraíso que Dios aparejaba para poner en él al segundo Adán. Y porque Dios dispone todas las cosas suavemente, encaminándolas por medios proporcionados para sus fines, porque en todas las cosas que sirven para la gracia, una de las principales es la buena criación, demás de la gracia que dió á esta Virgen, quiso que dende niña se criase en lugar sancto y en compañía saancta. Y para esto ordenó que fuese presentada en el templo de Salomón, donde comenzó dende luego á resplandescer con admirables virtudes, de las cuales hablando S. Hierónimo, dice así: Procuraba la Virgen de ser en las vigilias de la noche la primera, en la ley de Dios la más enseñada, en la humildad la más humilde, en los cantares de David la más elegante, en la caridad la más ferviente, en la pureza la más pura, y en toda virtud la más perfecta. Todas las palabras eran llenas de gracia, porque siempre en su boca estaba Dios. Continuamente oraba, y como dice el Profeta (1), meditaba en la ley del Señor día y noche. Tenía también cuidado de sus compañeras que ninguna hablase palabra mal hablada, que no levantase su voz en la risa, que no dijese palabra injuriosa ni soberbia á su compañera. Continuamente bendicía á Dios, y porque cuando la saludaban, no cesase deste oficio, en pago de la salutación respondía: Gracias á Dios. Hasta aquí son palabras de S. Hierónimo.

(1) Psalm. I.

§ II

Mas en este paso, cuando el Ángel la saludó, debemos contemplar á la Virgen en su oratorio retraída: porque aunque la casa fuese pobre, no faltaría en ella lugar de oración, donde es cosa verisímil que tendría sus libros devotos, sus Psalmos, sus Profetas y sus oraciones, y por ventura (como la sancta Judit) su cilicio y sus disciplinas para castigar aquel sacratísimo cuerpo, que no se lo merescía: y señaladamente es de creer que en este paso estaría su espíritu elevado en alguna altísima contemplación (como dicen los sanctos) cuando el Ángel la visitó.

Lo cuarto considera, después de aquella tan dulce y graciosa salutación del Ángel, las virtudes altísimas desta Virgen, que en todo este diálogo que pasó entre ella y el Ángel, maravillosamente resplandescen, y señaladamente su silencio, su humildad, su virginidad y su fe.

El silencio se mostró en que hablando tantas cosas y tantas veces el Ángel, la Virgen habló tan pocas veces y tan pocas palabras, para enseñar á las vírgines el principal decoro y ornamento de la virginidad, que es el silencio y la vergüenza.

Mas la humildad se nos descubre en aquella turbación y temor que tuvo de las palabras tan honrosas del Ángel: porque no hay cosa más nueva ni más extraña para el verdadero humilde, que oir sus alabanzas, y asimismo no hay cosa para él de mayor temor, porque así como teme el rico avariento los ladrones porque no le hurten su tesoro, así teme el verdadero humilde las alabanzas de los hombres, que son ladrones de la humildad.

La virginidad y amor inestimable que tenía á esta virtud, se nos descubre en aquellas palabras que dijo: ¿Cómo se hará esto, porque no conosco varón? En lo cual manifiestamente da á entender el propósito y voto de su pureza virginal, que paresce ser el primero que en aquel tiempo se hizo. Por dónde la Iglesia en la Letanía la llama Virgen de las vírgines, como á reina y capitana, patrona y fiel ayudadora de todas las profesoras é imitadoras deste sancto propósito y ejemplo.

Y no será fuera de propósito para alabanza desta virtud y para los que indebidamente la quieren impedir, contar aquí lo que San

Hierónimo escribe en una de sus epístolas por estas palabras (1): Una señora muy noble llamada Pretexta, por mandado de su marido Hiemecio, que era tío de la virgen Eustoquio, procuraba mucho de vestir y ataviar esta virgen profanamente, y de peinar y enrubiarle los cabellos, queriendo por este medio mudar el sancto propósito de la virgen y el deseo de Paula su madre. Una cosa diré aquí muy verdadera y de gran temor y espanto. Una noche le aparesció en visión una persona terrible, y con rostro feroz y airado díjole estas palabras: ¿Cómo tuviste atrevimiento de tocar con esas manos sacrílegas los cabellos de la virgen? Las cuales por este pecado luego se te secarán, y si perseverares en esa maldad, de aquí á cinco meses serás llevada al infierno y perderás el marido juntamente con los hijos. Todo esto se cumplió así por su orden, y la muerte apresurada que luego se seguió, claramente descubrió la falta de la penitencia. Desta manera toma Cristo venganza de los profanadores de su templo, y así defiende sus perlas preciosas. Lo cual he dicho, no para escarnescer de las calamidades ajenas, sino para que veas con cuánto cuidado debes guardar lo que á Dios prometiste. Hasta aquí son palabras de S. Hierónimo.

Y porque estas dos virtudes susodichas, virginidad y humildad, resplandescieron en la sacratísima Virgen, y sería razón que lo mismo hiciesen en nosotros, oye lo que de ambas dice el devotísimo Bernardo por estas palabras: Hermosa mezcla es la de la virginidad y humildad, y no poco agrada aquella ánima en quien la humildad engrandesce á la virginidad, y la virginidad adorna la humildad. Mas ¿de cuánta veneración te paresce que será digna aquélla cuya humildad engrandesce la fecundidad, y cuyo parto consagra la virginidad? Oyes virgen, y oyes humilde: si no puedes imitar la virginidad de la humilde, imita la humildad de la virgen. Loable virtud es la virginidad, pero mas necesaria es la humildad. Aquélla nos aconsejan, á ésta nos obligan: á aquélla nos convidan, á ésta nos fuerzan. De aquélla se dice: El que la pudiere guardar, guárdela: de ésta se dice (2): Si no os volviéredes como los niños pequeñuelos, no entraréis en el reino de los cielos. De manera que aquélla es galardonada como sacrificio voluntario, ésta pedida como servicio obligatorio. Fi-

(1) Hier. ad Laetam. (2) Matth. 19.

nalmente, puedes salvarte sin virginidad, mas no sin humildad. Puede luego agradar la humildad que llora la virginidad perdida: mas sin humildad oso decir que ni aun la virginidad de María fuera agradable. Porque ¿sobre quién reposará mi espíritu (dice el Señor) sino sobre el humilde y manso? (1) Luego si María no fuera humilde, no reposara sobre ella el Espíritu Sancto: y si no reposara sobre ella, no concibiera por virtud dél, porque ¿cómo pudiera concebir dél sin él? Queda luego entendido que para que dél hubiese de concebir (como ella dice) miró el Señor á la humildad de su sierva (3) mucho más que á la virginidad. Por dónde consta que la humildad fué la que hizo agradable su virginidad. ¿Qué dices pues aquí, virgen soberbia? María, olvidada de la virginidad, se gloría de la humildad, y ¿tú, menospreciando la humildad, te glorías en tu virginidad? Dice ella: Miró el Señor la humildad de su sierva. ¿Quién es ella? Una virgen sancta, virgen pura, virgen devota. ¿Por ventura eres tú más casta que ella, ó más devota, ó será tu castidad más agradable que la de María, para que puedas tú sin humildad agradar con la tuya, no habiendo ella sin esta virtud agradado con la suya? Finalmente, cuanto eres más gloriosa por el singular don de castidad, tanto haces tú á ti mayor injuria afeando la hermosura de tu vida con mancilla de soberbia. Hasta aquí son palabras de S. Bernardo.

Á estas dos virtudes añade este sancto Doctor la tercera, que es la caridad, y de todas ellas tres en una epístola da una muy provechosa y saludable doctrina, la cual me pareció añadir á la pasada para mayor edificación de los lectores, que dice así: La castidad y la humildad y la caridad no son de algún cierto color, mas no por eso dejan de ser de muy grande hermosura, pues bastan para deleitar los ojos de Dios. Porque ¿qué cosa más hermosa que la castidad, que hace limpio lo que es concebido de masa sucia, y que hace del enemigo amigo, y del hombre ángel? Difieren entre sí el ángel y el hombre casto, mas difieren en la felicidad, no en la virtud: y si la castidad de aquél es más feliz, la de éste es más esforzada. Sola es la castidad la que en este lugar y tiempo de mortalidad representa aquel dichoso estado de la inmortalidad. Sola en este lugar, donde se solemnizan las bodas matrimoniales, imita las bodas de aquella bienaventurada re-

(1) Isai. 66. (2) Luc. 1.

gión, donde no hay trato de casados ni de casadas, dándonos ya en esto una manera de experiencia de aquella celestial conversación. Y en el entretanto guarda la castidad este vaso frágil de nuestro cuerpo con sanctidad y honra, como un oloroso bálsamo que conserva los cuerpos de los muertos sin corrupción, y así aprieta los miembros y los sentidos por que no se relajen con ociosidad, por que no se corrompan con apetitos, por que no se pudran con carnales deleites.

Mas con todo esto, aunque resplandesca tanto esta virtud entre las otras, mas si le falta la caridad, ni tiene precio ni merescimiento. Y no es esto de maravillar, porque sin ella ni es preciada la virtud de la fe, aunque traspase los montes, ni el don de la sciencia, aunque hable con lenguas de hombres y de ángeles, ni el martirio, aunque entregue el hombre su cuerpo á vivas llamas. Y por el contrario, con ella no hay cosa tan pequeña que no sea de precio muy grande. La castidad sin la caridad es lámpara sin olio: si quitas el olio, no arderá la lámpara, y si quitas la caridad, no agradará la castidad.

Mas agora entre las tres cosas que propusimos, queda sola la humildad de quien tratar: la cual es tan necesaria á las dos virtudes susodichas, que sin ella no merescen nombre de virtudes cristianas. Porque por medio de la humildad se alcanzan la caridad y la castidad, pues consta que Dios á los humildes da su gracia (1). Y así la humildad conserva las virtudes recebidas (porque el Espíritu Sancto (2) no descansa sino sobre el humilde) y conservadas las perficiona, porque la virtud se hace perfecta en la enfermedad, esto es, en la humildad, y sobre todo esto despide del ánima á la enemiga de toda gracia y principio de todo pecado, que es la soberbia, y desecha de sí y de todas las otras virtudes su cruel tiranía. La cual soberbia, aunque de las otras buenas obras suele muchas veces tomar ocasión de mayores fuerzas, sola ésta, como un fortísimo baluarte y torre de las otras virtudes, resiste á su malicia y se opone á su presumpción. Hasta aquí son palabras de S. Bernardo.

Pues tornando al propósito, demás destas tres virtudes resplandesce también aquí singularmente la fe desta sagrada Virgen, porque ni dudó de tan grandes maravillas como el Ángel

(1) Jacob. 4. (2) Isai. 66.

le decía, ni pidió señal como Zacarías, siendo mayor cosa parir virgen que parir estéril, y parir á Dios que parir á un hombre, sino como verdadera hija de Abraham, imitadora de su fe, así como él creyó que el mozo Isaac después de muerto tendría hijos, resuscitándolo Dios, así ella creyó que siendo virgen sería madre, obrándolo el mismo Dios. Por dónde dicen los sanctos que cuando la sagrada Virgen preguntó: ¿Cómo se hará esto? que no dudó del hecho, sino preguntó por el modo: porque bien creyó que se podía hacer lo que Dios prometía, mas preguntó en qué manera se haría, pues ella tenía hecho voto de virginidad. Mas á lo uno y á lo otro satisfizo el Angel diciéndole que pariría un hijo y que sería virgen, y así gozaría del fruto de madre, y no perdería la corona de virgen. Sobre todas estas palabras escribiendo el devotísimo Bernardo, dice así.]

§ III

Oíste, Virgen, el hecho, y también oíste la manera dél: lo uno y lo otro es cosa de grande admiración y alegría. Alégrate pues, hija de Sión, gózate, hija de Hierusalem, y pues á tus oídos ha dado el Señor gozo y alegría, oyamos también nosotros la respuesta de alegría que esperamos, para que así se alegren los huesos afligidos y humillados. Oíste que concibirás y parirás, oíste cómo no era éste negocio de hombres, sino del Espíritu Sancto: el Ángel está esperando tu respuesta, porque ya es tiempo que se vuelva á quien lo envió. Esperamos también nosotros, Señora, esta palabra de misericordia, á los cuales tiene condenados á muerte la divina sentencia, de la cual seremos librados por tu palabra. Por la palabra de Dios eterna fuimos todos criados, y con todo esto morimos, mas por tu palabra seremos agora remediados para que eternalmente no muramos. Esto te suplica, oh piadosa Virgen, el lloroso Adán desterrado del paraíso con toda su posteridad, esto Abraham, esto David, con todos los otros sanctos Padres tuyos, los cuales moran en tinieblas y sombra de muerte, y esto mismo te pide todo el universo mundo prostrado á tus pies. Y no por cierto sin causa, porque de tu palabra pende la consolación de los miserables, la redempción de los captivos, la liberación de los condenados y la salud

de todos los hijos de Adán. Responde, Virgen, muy apriesa, responde una palabra, la cual esperan los cielos, y la tierra, y los infiernos: y el mismo Rey y Señor de todos, cuanto cobdició tu hermosura, tanto desea agora tu respuesta, con la cual determina reparar la naturaleza humana. De manera que aquél á quien agradaste callando, agora le agradarás hablando, pues él te habla del cielo, diciendo: Oh hermosa entre las mujeres, hazme que oiga tu voz. Si tú le hicieres oir tu voz, él te hará ver el misterio de nuestra salud. ¿Por ventura no es esto lo que buscabas, y lo que gemías, y por lo que días y noches sospirabas? Pues ¿eres tú aquélla para quien se guardan estas promesas, ó esperamos á otra? Tú eres por cierto, y no otra. Tú eres aquella prometida, aquella esperada, aquella deseada, de quien tu sancto padre Jacob, estando para morir, esperaba la salud, diciendo (1): Tu salud esperaré, Señor. Pues ¿para qué esperas de otra lo que á ti se te ofresce, y lo que por ti se cumplirá, si das consentimiento y respondes una palabra? Responde, Señora, presto al Angel, ó por mejor decir, al Señor por el Angel. Responde una palabra, y recibe otra palabra: da la tuya, y recibe la divina: da la transitoria, y recibe la eterna. ¿Por qué tardas? ¿Porqué temes? Cree, confiesa y recibe. Cobre agora tu profunda humildad una sancta osadía, y tu vergüenza confianza. No conviene que la simplicidad virginal se olvide aquí de la prudencia. En solo este negocio no tema la prudente Virgen presumpción. Porque aunque es agradable en el silencio la vergüenza, pero más necesaria es agora la piedad en las palabras. Abre, oh bienaventurada Virgen, el corazón á la fe, y la boca á la confesión, y las entrañas al Criador. Mira que el deseado de todas las gentes está llamando á tu puerta. Levántate, corre y abre: levántate por la fe, corre por la devoción, abre por la confesión.

He aquí (dice ella) la sierva del Señor, sea hecho en mí según tu palabra. Siempre suele ser familiar á la divina gracia la virtud de la humildad, porque Dios resiste á los soberbios, y á los humildes da su gracia. Y por esto húmilmente responde, para que así se apareje silla conveniente á la divina gracia. He aquí (dice) la sierva del Señor. ¿Qué humildad es ésta tan alta, que no se deja vencer de las honras, ni se engrandesce con la gloria?

(1) Gen. 49.

Escógela Dios por madre, y ella pónese nombre de sierva. No es por cierto pequeña muestra de humildad, en medio de tanta gloria, no olvidarse de la humildad. No es grande cosa ser humilde en las bajezas, mas muy grande y muy rara ser humilde en las grandezas Responde pues la Virgen gloriosa: Sea hecho en mí según tu palabra. Esta palabra, Sea hecho, es palabra significativa del deseo que la Virgen tenía deste misterio, ó es palabra de oración, que pide lo que le prometen, porque Dios quiere que le pidan lo que él promete. Y por ventura por esta causa promete muchas cosas de las que quiere dar, porque con la promesa se despierte la devoción, y así meresca la devota oración lo que él quería dar de gracia. Todo lo susodicho es de S. Bernardo.

Lo último considera cómo en el punto que la Virgen dijo aquellas palabras: He aquí la sierva del Señor, sea hecho en mí según tu palabra, en ése mismo encarnó Dios en sus entrañas, obrándolo el Espíritu Sancto, á quien señaladamente se atribuye esta obra, porque fué obra de inestimable bondad y amor, que son los atributos del Espíritu Sancto. Mas ¿quién podrá aquí explicar las grandezas y maravillas que en este punto fueron obradas en aquellas entrañas virginales? Y ¿quién podrá declarar los sentimientos, los afectos y resplandores que sintió aquel purísimo corazón con aquella nueva entrada del Hijo y del Espíritu Sancto, del Hijo para encarnar, y del Espíritu Sancto para obrar en ella este tan grande misterio? Esto se quede agora en silencio para la devota inquisición y consideración del ánima religiosa.

Ni es menos de considerar la humildad inefable de aquel Señor, que siendo para él angosto lugar el cielo y la tierra, se quiso estrechar, no sólo en tan pequeño lugar como eran las entrañas de una doncella, sino también en tan pequeña materia como sería la de aquel cuerpo sanctísimo en el instante que fué formado. Desta tan grande humildad dice un sancto doctor así (1): Entre todas las flaquezas é injurias á que se quiso subjectar por nosotros aquella divina grandeza, así como fué la primera en tiempo, así pienso que fué muy grande en humildad haber querido aquella divina grandeza estrecharse en un vientre y sufrir aquella clausura y encerramiento por espacio de nueve meses. Tanto tiempo no habla nada aquella divina sabiduría, tanto tiempo con

(1) Guerrico Abad.

ninguna señal visible se descubre aquella soberana Majestad. No parece haberse humillado tanto en la cruz, pues la flaqueza que entonces se descubrió, fué más poderosa que todas las cosas, cuando muriendo glorificó al ladrón, y expirando inspiró vida al Centurión, cuando el dolor de pocas horas de su pasión no sólo hizo compadescerse dél á todas las criaturas, sino también condenó á los príncipes de las tinieblas á la pasión de los eternos tormentos. Mas en el vientre de la madre así está como si no estuviese, y así la omnipotente virtud está ociosa como si nada pudiese hacer. Mas á vosotros, hermanos míos, habla el silencio desta palabra, á vosotros clama, y á vosotros encomienda la disciplina y regla del silencio. Porque en silencio y esperanza dice Isaías que estará nuestra fortaleza (1), y que el culto de la justicia será silencio. Porque así como aquel niño poco á poco llegó á maduro parto debajo de aquel profundo silencio, así el espíritu del hombre se cría, forma y esfuerza con la disciplina del silencio, y cresce cada día de virtud en virtud tanto más seguramente cuanto más secretamente. Hasta aquí son palabras de Guerrico Abad.

Aquí se declara cómo el ánima devota espiritualmente concibe dentro de sí al Hijo de Dios.

§ IV

DECLARADA la historia de la concepción del Hijo de Dios, será bien tratar de cómo el ánima espiritualmente concibe dentro de sí este mismo Señor, y después en sus lugares diremos cómo lo pare con la Virgen, y adora con los Magos, y lo ofrece en el templo con María, y después con ella lo pierde y halla en el mismo templo. Lo cual todo trata devotísimamente el devotísimo doctor S. Buenaventura en un tratado que de esto escribió (2), de quien tomé todo lo que acerca destos cinco puntos en sus lugares se dirá. Y porque no extrañe nadie estos vocablos, sepa que de ellos usó el mismo Señor en el Evangelio. Porque diciéndole un hombre: Aquí está tu madre y tus hermanos que te quieren hablar, respon-

(1) Isai. 30. (2) De quinque festivit. pueri Jesu.

dió él: ¿Quién es mi madre y quién mis hermanos? Y extendiendo la mano hacia sus díscípulos, dijo: Veis aquí mi madre y mis hermanos. Porque quien hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre (1). Palabras son éstas cierto dignas de ser adoradas y traídas siempre escritas en el corazón, para que vea el que trabaja de hacer la voluntad de Dios, qué títulos y qué riquezas le están aparejadas, pues nos consta que la condición de Dios es no dar títulos sin riquezas y gracias proporcionadas á ellos. Pues sobre estas palabras dice S. Ambrosio que dado caso que según la carne sola una sea la madre del Salvador, mas según el espíritu es el fruto de todas las ánimas religiosas.

Pues agora veamos de qué manera el ánima devota concibe dentro de sí este divino fruto. Esto declara S. Buenaventura por estas palabras. Cuando el ánima fiel, movida con la esperanza del galardón del cielo, ó con el temor de las penas del infierno, ó con el hastío y cansancio de vivir en este valle de lágrimas, comienza á ser visitada con divinas inspiraciones, é inflamada con sanctas aficiones, y congojada con diversos pensamientos y consideraciones, por las cuales viene finalmente á desistir y dar de mano á todos los pecados y vanos deseos de la vida pasada, y se determina hacer de ahí adelante libro nuevo y vida nueva, entonces concibe del Espíritu Sancto esta nueva determinación y sancto propósito como nuevo hijo espiritual. Pues en este tiempo asiste el Espíritu Sancto, y la virtud del muy Alto cubre la tal ánima con su sombra, con la cual mitiga los ardores naturales de la carne y esclaresce los ojos interiores del ánima para que vea lo que antes no veía.

Aquí luego suceden espiritualmente todos los accidentes que suelen acompañar la preñez corporal, que son amarillez del rostro, hastío del comer, apetitos de diversas cosas, y enfermedades del cuerpo. La amarillez es la humildad en la conversación, el hastío del manjar es el menosprecio del mundo. Los apetitos y deseos diversos son la muchedumbre de los buenos propósitos que propone, y la enfermedad espiritual es el quebrantamiento y caimiento de la propria voluntad. De suerte que luego la tal ánima comienza á andar triste y congojada por los pecados que

(1) Matth. 8.

cometió, y por el tiempo que perdió, y por verse en este mundo en compañía de tantos malos. Luego comienza á serle molesto todo lo que ve de fuera, en comparación de lo que ve y goza de dentro. ¡Oh dichosa concepción, de la cual procede el menosprecio del mundo y el deseo de las cosas del cielo! Porque en comenzándose á gustar la suavidad espiritual, luego toda carne pierde su sabor. Luego también trabaja por subir con María á las montañas con el amor de las cosas celestiales, y hastío de las terrenas. Luego se aparta de la compañía de aquéllos que todo su gusto tienen puesto en las cosas desta vida, y á procurar la compañía de los que buscan las cosas del cielo. Luego quiere con María ir á servir á Elisabet, esto es, á aquéllos que han concebido dentro de sí á Juan, que quiere decir gracia. Lo cual cierto es muy proprio y muy necesario á los tales. Porque cuanto ellos más se apartan del mundo, tanto más se hacen amigos y familiares de los buenos, y tanto menos gusto toman en la compañía de los malos, cuanto más los aficiona y enciende la honesta conversación de los buenos. Porque (como dice S. Gregorio) esto suele acaescer á los que tratan con sanctos, que de la vista dellos, y de oir sus palabras y mirar sus obras, vienen á encenderse en el amor de la verdad, y huir las tinieblas de los pecados, y crescer más en el amor de la divina luz. Y S. Isidro dice: Procura la compañía de los buenos, porque siéndoles familiar en la conversación, vendrás á ser imitador de su virtud. Para lo cual debes considerar cuáles serían las pláticas de la Virgen nuestra Señora con Sancta Elisabet, y cuáles los ejemplos de virtudes que se darían una á otra. Pues esto mismo te conviene hacer, ánima devota, si sintieres haber en ti concebido nuevos deseos del Espíritu Sancto. Busca los consejos de los buenos, sigue las pisadas de los perfectos, huye los consejos ponzoñosos de los malos, que trabajan por impedir los buenos propósitos y deseos que el ánima concibió, y so color de piedad y discreción procuran inspirar en las tales ánimas el veneno de la tibieza y negligencia, diciendo: Cosa es muy ardua y nueva ésta que has comenzado, é intolerable lo que propones: no tienes fuerza para tanto, estragarás la cabeza y los ojos y el estómago, y vendrás á caer enfermo y á destruir la salud. Estas cosas no pertenescen á tu estado, perderás con esto autoridad y reputación. Desta manera se hacen maestros de bien vivir y médicos del cuerpo los que nunca supieron ordenar

su vida ni emendar sus costumbres. ¡Oh, á cuántos desmayaron estos malditos consejos, y en cuántos apagaron la luz del Espíritu Sancto que en sus ánimas había, y mataron al Hijo de Dios que en ellas se había concebido! Otros hay que movidos con una compasión humana, retraen á los hombres de los ejercicios de la perfección y de todo lo que excede el estado de la vida común, no considerando que no está abreviada la mano del Señor, ni está disminuída la virtud y piedad del muy Alto para dar la mano á los que del todo se quieren dar á él. Otros también movidos con mal espíritu, dicen que los tales ejercicios son proprios de personas espirituales y perfectas, que están del todo dedicadas á Dios, y que no pertenescen á los que emplearon toda la vida en servicio del mundo, no mirando de cuántos grandes pecadores tiene Dios hechos en su Iglesia tan grandes sanctos. Mas tú, ánima, que has ya recebido dentro de ti la semilla del cielo, huye todos estos dañados consejos. Y si no pudieres llegar á tener ojos de lince, á lo menos tenerlos has de criatura racional, porque mejor es alcanzar una parte del todo que carescer del todo. Mal consejo es querer perder por haber perdido, y locura es no querer aprovechar por haber desaprovechado. Si no puedes salvarte por la inocencia, procura salvarte por la penitencia. Si no puedes ser Catalina ó Cecilia, trabaja por ser María Magdalena ó Egipciaca. Si perdiste la juventud, no quieras perder la vejez, y si hasta agora viviste en el golfo de la mar, trabaja por morir en el puerto. Así que si concibiste ya el dulcísimo Hijo de Dios en tu ánima con la penitencia y propósito de la nueva vida, huye destos consejos ponzoñosos, y date priesa por llegar al dichoso parto de la buena vida.

Mas no caresce de misterio que la sancta Virgen no luego, sino después de nueve meses parió: para que por aquí entiendas que aunque la mudanza de la mala vida á la buena haya de ser luego y muy apriesa (lo cual nos representa aquella priesa con que los hijos de Israel salieron de Egipto, pues no hubo espacio para leudarse el pan que habían amasado para el camino) mas si hubiere de haber mudanza de estado, ó algunos otros propósitos extraordinarios, prudencia es dilatarse el parto dellos, y no creer luego á todo espíritu, sino examinar los espíritus y propósitos que son de Dios, con el consejo de sanctos y sabios, y con pedir lumbre á nuestro Señor con oraciones continuas.

De la revelación de la virginidad y parto de Nuestra Señora al sancto Josef.

Después de la sagrada concepción del Hijo de Dios en las entrañas virginales de nuestra Señora, dice S. Mateo Evangelista que Josef, entendida la preñez de la sacratísima Virgen, no sabiendo el misterio della, como fuese varón justo, y no quisiese infamarla, quiso secretamente irse y desampararla. Aquí primeramente se nos ofrece que considerar la sanctidad deste glorioso Patriarca, la cual habemos de medir y estimar por el oficio para que Dios lo escogió, que fué para ser esposo de la sagrada Virgen y para amo y padre putativo de su Hijo, que son dos grandísimas dignidades: y conforme á éstas le fué dada la gracia y la sanctidad. Y por razón de la primera es de creer que le fué dada una pureza y castidad angélica, para que así tratase á la Virgen con aquella pureza y reverencia que merescía ser tratada aquella Señora, en cuya comparación las estrellas del cielo no eran limpias.

Dice pues el sancto Evangelista que porque era justo, no quiso infamar la Virgen, sino tomar él sobre sí la pena, y irse y desampararla. Ésta es una de las pruebas y argumentos de la verdadera justicia, que para ser verdadera ha de ser acompañada de misericordia, como es la de Dios. Porque la misma ley de Dios le ponía el cuchillo en la mano, pero como esto era en favor del agraviado, renuncia él en Dios el derecho que tiene, y como le quiere hallar en su casa misericordioso más que riguroso, tal procura que le halle su prójimo, cual él quería hallar á Dios.

Donde también es mucho de notar é imitar hasta dónde debe llegar un hombre primero que ponga su boca en la fama de otro. Porque pudiendo el sancto varón usar aquí del derecho que le parescía tener en su propria causa, quiso antes perder la tierra y la casa que poner boca en la fama de una persona que él á su parecer tenía por culpada. ¿Qué dirán aquí los deslenguados y los maldicientes, que sin irles nada en ello, y aun sin saber lo cierto de las cosas, ponen boca en las famas ajenas, y dejan tiznada y destruída la fama ajena, que algunos estiman en más que

la vida? ¡Oh lenguas de escorpiones y de basiliscos! Los cuales mirando emponzoñan el aire, y matan á los que miran: mas vosotros emponzoñáis los oídos de quien os oye, y matáis á los presentes y á los ausentes, que cuando vienen á saber sus infamias, muchas veces pierden también con la paciencia las ánimas.

Mas ¿quién podrá explicar lo que pasaba en el corazón de la sacratísima Virgen en este tiempo? Porque no ignoraba la prudentísima Virgen lo que en el corazón del esposo pasaba, pues no ignoraba la ocasión que para eso había: al cual miraba con aquellos ojos y con aquel amor y reverencia que merescía ser mirado un esposo tan sancto, dado por mano de Dios. Pues ¿cuál sería la compasión, y la pena, y la lástima que la sancta Virgen en todo este tiempo padescería, viendo siempre ante sus ojos, en los ojos y en el rostro del esposo la saeta que él traía hincada en el corazón? Porque si es tan propria la virtud de la misericordia y compasión en todos los buenos, y tanto más en esta reina de misericordia, ¿cuál sería la compasión que tendría de quien tanto amaba y tan lastimado veía, y con tanta ocasión para ello?

Y no es menos de considerar en este mismo tiempo la mansedumbre, la paciencia y discreción de la Virgen, y la obediencia y conformidad con la divina voluntad así en este trabajo como en todos los demás que le pudiesen venir, en el cual ofrescía á Dios su corazón y su cruz con tanta humildad y obediencia, presentando ante él su inocencia y la llaga del esposo lastimado, suplicándole por el remedio, mas poniéndole en sus manos y ofreciéndosele otra vez por esclava no sólo para recebirle en sus entrañas, mas también para padescer por esta obediencia todo cuanto fuese su voluntad.

Ni es menos de considerar la confianza que ella tendría en este trance tan riguroso, fiándose de aquella infinita Bondad, y esperando que él miraría por su inocencia y por la del esposo, y proveería á entrambos de competente remedio. Porque si la sancta Susana, estando ya sentenciada á apedrear por lo que no merescía, tenía su corazón en medio de las piedras lleno de confianza, y esperaba el remedio del defensor de la inocencia, ¿cuánto mayor confianza tendría la Virgen, que tanto mayores prendas tenía de la divina misericordia?

Desta confianza procedía en su ánima una paz tan grande y una tranquilidad y serenidad de consciencia, que no está tan quie-

to el mar cuando duermen todos los vientos, ni tan sereno el cielo cuando el cierzo ha desterrado todas las nubes, cuanto lo estaba aquella ánima bendita en medio de una tan grande tempestad. Porque si la paz es fruto de la justicia, y es hija legítima de la confianza, ¿qué tan grande paz tendría quien tenía tanta justicia y tan grande confianza?

Mas dejando agora la Virgen, volvamos al sancto Josef, al cual aparesció un ángel de Dios en sueños, y díjole: Josef, hijo de David, no temas la compañía de María tu esposa, porque lo que en sus entrañas está, es del Espíritu Sancto. Y parirá un hijo, y ponerle has por nombre Jesús (que quiere decir Salvador) porque él hará salvo á su pueblo de sus pecados. ¡Oh cuántos misterios comprehendió el Ángel en estas tan breves palabras! Pues consideremos agora primeramente el corazón del sancto Josef, y después el de la Virgen, sobre esta revelación. Porque los Evangelistas, después que han relatado brevemente las historias sagradas, comúnmente callan el sentimiento de los corazones, parte por ser esto las más veces cosa inefable, y parte porque esto dejan para la consideración de las ánimas devotas, que entendida la historia y las causas de las cosas y las circunstancias de las personas, podrán entender algo de lo que pasaría en los corazones. Trabajemos pues agora por esta vía entender qué tal quedaría el corazón deste sancto Patriarca, habiéndole revelado el Ángel este tan grande misterio, y mudado su entendimiento de un extremo á otro tan distante como era de la opinión que tenía de la Virgen y del fruto de su vientre, á la que tuvo después: porque ni aquella primera opinión pudo ser más baja, ni ésta más admirable ni más alta. Para esto pues debemos considerar todos los misterios que el Ángel en estas palabras le reveló. Porque primeramente aquí le reveló que el Mesías era ya venido al mundo, y que ya eran cumplidas todas las promesas de Dios, y las esperanzas de todos los sanctos, y las voces de todas las Escrituras, y las profecías de todos los Profetas, y los deseos y remedio de todos los siglos. Revelóle también qué manera de salud se había de esperar deste Salvador, que no era carnal sino espiritual, no temporal sino eterna, no de cuerpos solamente sino de cuerpos y ánimas juntamente. Porque en decir que había de ser Salvador de pecados (que son la causa de todos los males así de cuerpo como de ánima) y que había de librar á su pueblo

dellos, todo esto le reveló. Revelóle también la dignidad y excelencia deste Salvador, porque diciéndole cuán admirable era su concepción y nascimiento (pues era por obra de Espíritu Sancto, y de madre virgen) por esta tan nueva y nunca vista dignidad mucho pudo conoscer de la dignidad de la persona que así nascía, porque bien entendería el sancto varón que aquella manera de nacimiento no se debía á pura criatura. Entendió también cuán grande era el beneficio que Dios á él le hacía, siendo un pobre carpintero, pues de su casa y compañía había Dios ordenado que saliese la luz y la esperanza y la salud y remedio de todos los siglos, y que él tuviese tanta parte en este tan gran negocio como era ser amo y padre putativo de aquel tan gran Señor, y esposo de su sanctísima madre. Sobre todo esto aquí le reveló la grandeza de la sanctidad y excelencia de la Virgen, y le mudó el corazón de tal manera que tuviese en grandísima reputación y reverencia la persona de quien antes había tenido tan diferente opinión. Y sobre todo, que estos misterios y maravillas le diese Dios á conoscer, no por medio de algún hombre, sino de ángel.

Pues cuando un corazón tan puro y sancto se viese cercado, ó por mejor decir, anegado entre tantos misterios, ¿qué sentiría? ¿Qué haría? ¿Cuál estaría? ¿Cuán pasmado, cuán arrebatado y atónito entre tantas grandezas y maravillas, especialmente siendo estilo del Espíritu Sancto dar á los justos el sentimiento de los misterios conforme al conoscimiento que les da dellos? Porque como él sea esencialmente amor que procede del Padre y del Hijo, no menos cuenta tiene con la voluntad que con el entendimiento, moviéndola é inflamándola conforme á la luz que da al entendimiento. De suerte que así como la naturaleza no hace los miembros desiguales, sino proporcionados unos con otros, así aquel Espíritu Divino (comúnmente hablando) tales hace los ardores y movimientos de la voluntad, cuales fueron los resplandores del entendimiento. Pues siendo esto así, ¿cuál estaría aquella sancta voluntad, cuando tal estaba el entendimiento?

Pero hay aún aquí más que considerar, que es la grandeza del arrepentimiento y dolor que tendría en su corazón, acordándose cuán diferente opinión había él tenido de la Virgen, estando tan lejos de merecerla, y siendo tal su vida que ni este argumento ni otro alguno hubiera de bastar para poner mácula en ella. Y juntamente con esto es de considerar cuán lloroso, cuán devoto y

cuán alegre se iría á prostrar á los pies de la Virgen, y pedirle mil perdones del yerro pasado, dándole cuenta del desengaño que el Ángel le había dado, y del misterio que le había declarado.

Pues cuando la sacratísima Virgen viese esta manera de providencia y socorro de Dios, y viese al esposo que tanto amaba, y cuya pena tanto sentía, tan despenado, tan consolado y tan alegre, y juntamente con esto viese de la manera que la divina Providencia había mirado por su inocencia, oído su oración, pacificado su casa, sosegado su esposo por tan alto medio como éste, ¿qué haría ella también? ¿Qué sentiría? ¿Qué diría? ¿Qué alabanzas y qué gracias daría á Dios, considerando la fidelidad y providencia paternal que este soberano Señor tiene para con todos los que le sirven, como ella misma lo había cantado, cuando dijo: Su misericordia corre de generación en generación sobre todos los que le temen? Pues según esto, ¿qué alegría, qué lágrimas, qué devoción sería la desta sacratísima Virgen, cuando así se viese proveída y socorrida en esta tan grande tribulación? Allí, después de las alabanzas divinas, daría familiar cuenta al esposo de todo aquel misterio y de lo que había pasado con el Ángel, y con la bienaventurada Elisabet, y con el niño que estaba en sus entrañas: con la cual historia crescerían de nuevo las lágrimas del sancto Patriarca, y así se acrescentaría un gozo á otro gozo y una admiración á otra admiración. El preguntaría, y la Virgen le respondería como secretaria de los misterios y obras del Espíritu Sancto, y ambos juntamente con muchas lágrimas alabarían y glorificarían á Dios, gastando muchas horas en este diálogo tan suave, ó por mejor decir, en estos maitines celebrados con tantas lágrimas y con tanto espíritu y devoción.

Mas entre estas maravillas no tienen el postrer lugar las postreras palabras del Ángel, en que dijo: Ponerle has por nombre Jesús, porque él hará salvo á su pueblo de sus pecados. ¡Oh nuevo Salvador, nueva manera de salud, nunca hasta entonces vista en el mundo! ¡Oh, qué nuevo rayo de luz traen consigo estas palabras! Aquí se acaba la noche, aquí comienza el día, aquí desaparece el viejo Testamento, aquí resplandesce el nuevo, aquí expira la gloria de la carne, aquí resuscita la gloria del espíritu, y dende aquí comienza á descubrirse la hermosura y pureza del Evangelio. Porque hasta aquí casi todo eran sombras y bienes de tierra lo que la ley prometía, mas agora se ha mudado todo en espíritu y ver-

dad. Ponerle has, dice, por nombre Jesús, porque él hará salvo á su pueblo de sus pecados, ¿Qué es esto que oyen mis oidos? ¿Qué lenguaje nuevo es éste? ¿Qué nueva luz es ésta? ¿Pareceros ha que es pequeña cosa la que está encerrada en estas tan breves palabras? Habíamos todos de prostrarnos por tierra, y besarla mil veces, para dar gracias á Dios por el misterio y beneficio que aquí está encerrado. Porque por estas palabras como por un resquicio pequeño descubrió Dios al mundo las riquezas de su gracia y misericordia, y declaró cuanto por figuras y sombras tenía dicho y figurado dende el principio del mundo. Porque en todas las edades prometió esta salud y este Salvador debajo de diversas semejanzas, llamándolo ya redemptor, ya rey, ya capitán, ya pastor, ya libertador, ya vencedor, ya edificador, y así de otras muchas maneras y con otros vocablos que parecen significar prosperidades y glorias temporales. De dónde los judíos hasta hoy día no entienden que esta salud era espiritual. Mas agora este ángel con esta palabra como con un rayo de luz descubrió todas las imágines y sombras del Testamento viejo, dando á entender que esta salud no era principalmente de cuerpos, sino de ánimas. Si estuviese un hermoso retablo en un lugar escuro, de manera que no se pudiesen ver claramente las imágines que en él están, si cuando estáis mirando, abriesen una ventana, y entrase por ella un rayo de luz, luego súbitamente se verían mil maneras de colores y figuras hermosísimas que allí estaban cubiertas con las tinieblas. Pues así parece que lo hizo este ángel con sola esta palabra, porque con ella descubrió todas aquellas figuras y sombras del Testamento viejo, y dió á entender que todas ellas significaban esta manera de salud. Mas ¿quién habrá que sienta de verdad la suavidad y consolación desta palabra? Esto sin dubda sentirá muy bien el verdadero siervo de Dios que alguna vez vencido de alguna pasión, ó murmuró de su prójimo, ó le habló una palabra airada, ó hizo algún otro pecado grave (ya que no sea mortal) el cual viene despues á tener tan grande arrepentimiento por haberse dejado vencer de una pasión (habiendo tantas veces y con tantas lágrimas pedido al Señor lo contrario) que todo aquel día y noche no entra en sí con aquel escocimiento y espina que trae hincada en el corazón, y quisiera antes haberse cortado la lengua que haber dicho aquella palabra: y si á mano viene, aquella noche se echa una mordaza en la len-

gua por eso (como sé yo que algunos han hecho) y se abre las espaldas con una disciplina, por tomar venganza de sí mismo, y no le entra en provecho la cena ni la comida todo el tiempo que así anda, y aun despierta muchas veces de noche con temblores y sobresaltos del corazón por lo que hizo: este tal sabrá muy bien entender la riqueza destas palabras, y sabrá muy bien agradescer y estimar estas nuevas que le dan, que es nascido un Señor en el mundo, que viene á librar de pecados, así de los hechos (alcanzándoles perdón) como de los por hacer, dando nuevo espíritu, nuevas fuerzas y nueva gracia para no hacerlos. Si tal médico y tal señor es venido al mundo, digo que en hora buena venga, en hora buena nasca, y que sea él muy bien venido al mundo, y sea mil veces bendito el que viene, y el que lo envía, pues lo envía para tanto bien: porque de ninguna cosa tenía mayor necesidad el mundo que désta, y ninguna cosa se podía enviar al mundo mejor. Resusciten otros los muertos, alancen los demonios, y huellen las ondas del mar: mas yo no quiera más gloria que hollar mis pasiones, vencer mis apetitos para no ser vencido de mis pecados: y teniendo ésta riqueza, tenga cada uno lo que quisiere. Obra es ésta tan grande, que no tuvo Dios por cosa indigna de su majestad bajar del cielo á la tierra y hacer tan grandes extremos por dar cabo á una tan grande cosa como ésta, y esto solo debría bastar para que entendiesen los hombres qué tan grande cosa es victoria y perdón del pecado, pues por dar cabo á esta obra hizo Dios cosas tan admirables.

Del Nascimiento glorioso de Nuestro Salvador.

La historia del nascimiento de nuestro Salvador cuenta el evangelista S. Lucas por estas palabras (1): Mandó publicar en aquellos días el emperador César Augusto un edicto, en el cual mandaba que se encabezase todo el mundo. Este primer encabezamiento fué hecho por Cirino, presidente de Siria. Y iban todos, cada uno á su tierra, para escribirse y protestar en ella obediencia al Imperio Romano. Pues conforme á esta ley subió Josef de la provincia de Galilea y de la ciudad de Nazaret á

(1) Luc. 2.

la provincia de Judea y á la ciudad de David, que se llama Betleem (porque era de la casa y familia de David) para protestar allí con María, esposa suya, que iba preñada. Y acaesció que estando allí se cumplieron los días de su parto, y parió su hijo primogénito, y envolvióle en pañales, y acostóle en un pesebre, porque no había otro lugar en aquel mesón.

Y había en aquella región unos pastores que á la sazón estaban velando y guardaban las vigilias de la noche sobre su ganado. Y el Ángel del Señor vino á ellos, y la claridad de Dios resplandesció alderredor dellos, y temieron con gran temor. Y díjoles el Ángel: No queráis temer: mirad que os denuncio unas nuevas de grande alegría que será para todo el pueblo, que os es nascido hoy un salvador, que es Cristo nuestro Señor, en la ciudad de David. Y esto os doy por señal, que hallaréis al niño envuelto en pañales y puesto en un pesebre. Y luego á deshora se juntó con el Ángel una muchedumbre del ejército celestial, que alababan á Dios y decían: Gloria sea á Dios en las alturas, y paz á los hombres de buena voluntad.

Y como los ángeles se apartaron dellos y se fueron al cielo, los pastores hablaban entre sí diciendo: Pasemos hasta Betleem, y veamos este misterio que el Señor ha obrado y nos ha revelado. Y vinieron á grande priesa, y hallaron á María, y á Josef, y al niño puesto en el pesebre. Y viéndolo, conoscieron lo que les había sido revelado acerca deste niño. Y todos los que lo oyeron, se maravillaron, y de las cosas que les habían sido dichas por los pastores. Hasta aquí son palabras del Evangelista.

§ I

Agora vengamos al misterio glorioso del nascimiento del Salvador. Porque sin dubda entre todos los pasos y misterios de su vida sanctísima, uno de los más dulces y más devotos y más llenos de maravillas y doctrinas es éste de su nascimiento. En este día dice la Iglesia que los cielos están distilando gotas de miel por todo el mundo, y en éste nos amanesció el día de la redempción nueva, de la reparación antigua y de la felicidad eterna. Pues ¿qué fiesta, dice Gregorio Niseno (1), más ilustre y más res-

(1) Serm. de Nativi. Domini.

plandesciente que ésta, en la cual el Sol de justicia, desterradas las tinieblas de la noche escura del demonio, alumbró la naturaleza humana, vistiéndose della? En el cual día resuscitó lo que estaba caído, y reconcilió con Dios lo que estaba enemigo, y restituyó lo que estaba alienado, y volvió á la vida lo que carescía de vida, y levantó á la dignidad del reino lo que vivía en servidumbre y captiverio, y desató y volvió á la región de los vivos lo que estaba preso con ataduras de muerte. Porque este día (como el Profeta dice) las puertas de acero y los cerrojos de hierro (donde el linaje humano estaba encerrado) fueron quebrados, y las puertas de la justicia (como el mismo dice) fueron abiertas. Este día en toda la redondez de la tierra se celebra esta fiesta, y se oye esta común voz: Por un hombre entró la muerte, y por otro la vida: el primero nos derribó por el pecado, el segundo nos levantó después de caídos. En este día queda compurgada y defendida una mujer por otra mujer, porque la primera dió entrada y puerta al pecado, mas la segunda sirvió á la justicia que entraba en el mundo: aquélla siguió el consejo de la serpiente, ésta parió al autor de la luz y al que mató la serpiente: aquélla, mediante el madero, introdujo el pecado, ésta por otro madero acarreó la justicia. Y no es razón que atribuyamos este beneficio á solo el misterio de la Pascua, porque dado caso que aquí se dió fin á nuestro remedio, mas no hubiera fin si no precediera el principio, que es primero que el fin. Por dónde los gracias y alabanzas que se deben al Señor por el misterio de la Pascua, no menos se le deben este día por el beneficio de su nascimiento.

Pues en este día tan glorioso y de tanta virtud dice el sancto Evangelista que se cumplieron los días del parto de la Virgen, y llegó aquella hora tan deseada de todas las gentes, tan esperada en todos los siglos, tan prometida en todos los tiempos, tan cantada y celebrada en todas las Escripturas divinas. Llegó aquella hora, de la cual pendía la salud del mundo, el reparo del cielo, la victoria del demonio, el triunfo de la muerte y del pecado, por la cual lloraban y sospiraban los gemidos y destierro de todos los sanctos. Era la media noche, muy más clara que el medio día, cuando todas las cosas estaban en silencio y gozaban del sosiego y reposo de la noche quieta, y en esta hora tan dichosa sale de las entrañas virginales á este nuevo mundo el unigénito Hijo de Dios como esposo que sale del tálamo virginal de su purísima

madre. Pues en esta tan dichosa hora aquella omnipotente Palabra de Dios, habiendo descendido de las sillas reales del cielo á este lugar de nuestras miserias, apareció vestido de nuestra carne y acompañado de todas aquellas flaquezas y bajezas (excepto las de ignorancia y malicia) con que nascen los otros hombres. De suerte que ya puede él por sí decir aquellas palabras del Sabio (1): Soy yo también hombre mortal como los otros, del linaje terreno de aquél que primero que yo fué formado, y en el vientre de mi madre tomé substancia de carne, y después de nascido recibí este aire común á todos, y caí en la misma tierra que todos, y la primera voz que di, fué llorando como todos los otros niños, porque ninguno de los reyes tuvo otro origen en su nascimiento, ca todos tienen una misma manera de entrar en la vida, y una manera de salir de ella. Considero yo en estas palabras que si por grande humildad y maravilla confesaba éste que hablaba en persona de rey, todas estas bajezas que tenía comunes con los otros hombres, ¿cuánto mayor maravilla será que pueda ya confesar de sí todas estas mismas bajezas el Señor de todo el mundo? ¿Cuánto mayor maravilla será que se pueda ya con verdad decir del segundo Adán lo que por ironía y manera de escarnio se dijo del primero (2): Veis aquí á Adán como uno de nosotros, que sabe de bien y de mal? Veis aquí al Salvador del mundo, á la gloria del cielo, al Señor de los ángeles, á la bienaventuranza de los hombres, y aquella Sabiduría eterna, engendrada antes del lucero de la mañana, que por boca de Salomón tan magníficamente se gloría, diciendo (3): No estaban aún criados los abismos, y ya yo era concebida, aún no habían brotado las fuentes de las aguas, aún no se habían asentado los montes en sus lugares, ante todos los collados ya yo era engendrada. Véisla aquí pues con principio á la que era sin principio. Veis hecha á la que era hacedora de todas las cosas, que sabe ya de bien y de mal, sabe de llorar, sabe de penas, sabe de lágrimas, sabe de trabajos, de dolores y gemidos. De todo sabe, y no poco, sino mucho, pues como dice Isaías (4), él es varón de dolores y que sabe de enfermedades. Y si todas estas cosas son dignas de admiración, no menos lo es lo que añade luego el sancto Evangelista, diciendo que salido el sancto niño á esta luz, la Virgen lo acostó en un pesebre, por-

(1) Sap. 7. (2) Genes. 3. (3) Prov. 8. (4) Isai. 53.

que no había otro lugar en aquel mesón (1). Pues ¿quién no se espantará de ver al Señor de todo lo criado acostado en un pesebre de bestias? El Señor (dice el Profeta) está en su sancto templo, el Señor tiene en el cielo su silla (2). Pues ¿cómo se trocó el templo por el establo? ¿Cómo se mudó el cielo en el pesebre? Creo cierto que cuando los sanctos algunas veces en la contemplación salían de sí y quedaban enajenados y transportados en Dios, era considerando esta tan grande maravilla y esta tan grande muestra de la divina bondad y caridad.

Y no solamente los hombres, mas si fuera posible salir Dios de sí, dijéramos que había salido de sí cuando llegó á este tan grande extremo de humildad. A lo menos los filósofos deste mundo así lo sentían, cuando decían que la predicación del Evangelio era locura (3), paresciéndoles que no era posible que aquella altísima y simplicísima substancia quisiese inficionarse (como ellos hablan) y subjectarse á tan grandes injurias. Pues hasta aquí llegó la bondad y la misericordia y el amor de Dios para con los hombres, á hacer tales cosas por ellos, que aquéllos mismos por quien las hacía, las tuviesen por locura. Elegantemente dijo un sabio que amar y tener seso apenas se concede á Dios. Porque así vemos aquí á Dios (ya que no era posible caer este desfallescimiento en él) como salido de sí y transformado en el hombre, tomando lo que no era, sin dejar de ser lo que era, por la grandeza del amor. Plantó Noé una viña después del diluvio, y bebió tanto vino della, que vino á salir de sí y quedar desnudo y hecho escarnio de su mismo hijo. Pues así tú, Dios mío, plantaste los hombres en este mundo como vides de una viña, y fué tan grande el amor que les tuviste, que por ellos veniste como á salir de ti, vistiéndote de naturaleza extraña y peregrina.

Perseverando más en la consideración deste sagrado pesebre, hallarás en él motivos no sólo para el conoscimiento de aquella soberana bondad y amor de Dios, sino también para toda virtud. Aquí aprenderás humildad de corazón, aquí menosprecio del mundo, aquí aspereza de cuerpo, y aquí aquella desnudez y pobreza de espíritu tan celebrada en el Evangelio. Sabía muy bien este médico y maestro del cielo cuánta paz é inocencia mora en la casa del pobre de espíritu, y cuántas guerras y desasosiegos y

(1) Luc. 2. (2) Psalm. 10. (3) I Cor. 1.

cuidados trae consigo el desordenado amor de las riquezas, y por esto luego dende la cuna y del pesebre (como de una cátedra celestial) la primera lección que leyó, y la primera voz que dió, fué condenando la cobdicia, raíz de todos los males, y engrandesciendo la pobreza de espíritu y la humildad, fuente de todos los bienes. Esto (dice un doctor) nos predica aquel pesebre, aquellos pañales, aquella pobre casa y aquel establo. ¡Oh dichosa casa! ¡Oh establo más glorioso que todos los palacios de reyes, donde Dios asentó la cátedra de la filosofía del cielo, donde la palabra de Dios enmudescida tanto más claramente habla, cuanto más calladamente nos avisa! Mira pues, hermano, si quieres ser verdadero filósofo, no te apartes deste establo, donde la palabra de Dios callando llora: mas este lloro es más dulce que toda la elocuencia de Tulio, y aún que la música de todos los ángeles del cielo. Aquel resplandor de la gloria del Padre es envuelto en pañales, mas con que se haya de alimpiar las manchas de nuestros pecados. Aquí la hartura de los ángeles es sustentada con un rayo de leche, mas con que se cría la simplicidad de los humildes, hasta llegar á su madura perfección. Aquí se nos vuelve en cebada el pan de los ángeles, mas con que se sustenten los piadosos jumentos, y se esfuercen á llevar la carga de los mandamientos divinos. Todos estos bienes con otros innumerables nos representa y comunica este glorioso misterio. Por lo cual con mucha razón exclama un religioso doctor diciendo así (1): ¡Oh cuán glorioso y cuán amable es tu nascimiento, niño Jesú, que sanctifica el nascimiento de todos, reforma la naturaleza dañada, deshace los agravios del enemigo, rompe la escritura de nuestra condenación, para que si alguno tiene dolor por haber nascido condenado, pueda ya, si quisiere, volver á renascer salvo! Verdaderamente tú eres niño misericordioso, á quien la misericordia sola hizo niño, aunque la misericordia y la verdad juntamente se encontraron en ti. Verdaderamente tú, niño misericordioso, nasciste, no para ti, sino para nosotros, pues nasciendo buscaste nuestro remedio, y no tu acrescentamiento. Y por esto dulce cosa es por cierto contemplar á Dios niño, y no sólo dulce, sino poderosa y eficaz para curar nuestras llagas. Mas con todo esto siempre vuelvo á aquello que más dulcemente sabe: convie-

(1) Guerrico Abad.

ne saber, que por eso se quiso hacer semejante á los hombres, por ser más amable á los hombres, porque la semejanza es causa de amor. Y por esto no puedo caber en mí de alegría, cuando veo que aquella soberana Majestad vistió la naturaleza divina de mi carne, y me admitió, no por una hora sino para siempre, á las riquezas de su gloria. Hízose hermano mío el Señor mío, y ya el temor que le tenía como á Señor, se vence con el afecto de hermano. Y por esto, Señor mío, de buena gana oyo decir que reinas en el cielo, mas de mejor, que nasces en la tierra. Porque esta consideración arrebata mi afición, y la memoria deste beneficio enamora y enciende mi corazón. Estábase mi Señor entre los coros de los ángeles oyendo la música y los cantares de su gloria, haciendo maravillas en el cielo y en la tierra y en todos los abismos. Yo estaba atollado en el cieno, lleno de trabajos y miserias, y perdida la esperanza de salir dellas. Él en la gloria, yo en la miseria: él admirable, y yo miserable. Pues aquél que era admirable á los ángeles, inclinó los cielos y descendió, y hízose consiliario de los hombres. El nombre de majestad se volvió en nombre de piedad, y el que era admirable en el cielo, viene á ser consiliario en la tierra. Escondió su púrpura real debajo del saco de mi miseria, é inclinóse al lodo donde yo estaba, sin ensuciarse en él. Yo estaba atollado en el profundo del cieno, y él extendió su diestra á la obra de sus manos, y sacóme del profundo de las aguas, y sacado, lavóme, y lavado, vestióme, y vestido, reparóme, y reparado, confirmóme, y así del todo me dejó remediado. Dióme la mano cuando nasció, sacóme cuando predicó, lavóme cuando murió, vistióme cuando resuscitó, reparóme cuando subió al cielo, y confirmóme cuando envió al Espíritu Sancto, y así del todo me remedió. Hasta aquí son palabras de Guerrico.

§ II

Después de la vista devota del pesebre abramos los oídos para oir el cantar de los ángeles, de los cuales dice el Evangelista que acabando uno dellos de dar estas tan alegres nuevas á los pastores, se juntó con él una muchedumbre del ejército celestial, y que todos á una voz por aquellos aires cantaban alabanzas á Dios diciendo: Gloria sea á Dios en las alturas, y en la tie-

rra paz á los hombres de buena voluntad. ¿Quién jamás vió juntarse en uno, por un cabo tanta humildad, y por otro tanta gloria? ¿Cómo dicen entre sí estar entre bestias y ser alabado de ángeles, morar en un establo y resplandescer en el cielo? ¿Quién es éste tan alto y tan bajo, tan grande y tan pequeño? Pequeño en la carne, pequeño en el pesebre, pequeño en el establo, mas grande en el cielo, á quien las estrellas servían, grande en los aires, donde los ángeles cantaban, grande en la tierra, donde Herodes y Hierusalem tremía. Pues ¿qué quiere decir en un mismo misterio, por un cabo tanta humildad, y por otro tanta gloria? ¿Qué altibajos son éstos que juntó en uno la sabiduría de Dios?

Oye agora, hermano, la causa deste misterio. Dos cosas has de considerar siempre en la persona de Cristo: conviene saber, quién era, y á lo que venía. Si miras quién él era, á él convenía toda gloria y toda honra, porque era Hijo de Dios: mas si miras á lo que venía, á él convenía toda humildad y toda pobreza, porque venía á curar nuestra soberbia. Por esto, si miras atentamente, hallarás en todos los pasos de su vida sanctísima juntas en uno siempre, por una parte grande humildad, y por otra grande gloria. Grande humildad es ser Dios concebido, mas grande gloria es ser concebido del Espíritu Sancto. Grande humildad es nascer de mujer, pero grande gloria es parir una virgen. Grande humildad es nascer en un establo, pero grande gloria es resplandescer en el cielo. Grande humildad es estar entre bestias, pero grande gloria es ser cantado y alabado de ángeles. Grande humildad es ser circuncidado, pero grande gloria es el nombre que allí le ponen de Salvador. Grande humildad es ser baptizado entre publicanos y pecadores, mas grande gloria es abrirse los cielos, sonar la voz del Padre, y descender sobre él el Espíritu Sancto. Finalmente, grandísima humildad fué padescer y morir en una cruz, pero grandísima gloria fué temblar la tierra, escurescerse el cielo, despedazarse las piedras, y hacer sentimiento todos los elementos cuando él moría en esa cruz.

Todo esto era razón que así fuese, porque lo uno convenía para curar la grandeza de nuestra soberbia, y lo otro para la dignidad de la persona que la curaba: lo uno para quien él era, y lo otro para el negocio á que venía. Por lo uno dijo S. Juan (1): Vi-

(1) Joan. 1.

mos la gloria desde Señor (que fué la grandeza de sus maravillas) la cual era conforme á quien él era, que era Hijo único de Dios, y así hacía obras de Dios. Y por lo otro dijo Isaías (1): Vímosle, y no tenía figura de quien él era, y deseamos verle el más despreciado de los hombres, varón de dolores y que sabe de trabajos.

Y puesto caso que lo uno parece que pertenescía para su gloria, y lo otro para nuestro provecho, mas si bien miras, así lo uno como lo otro era para nuestro bien, porque en lo uno se edifican nuestras costumbres, y en lo otro se confirma nuestra fe. Y por esto, si te escandaliza la humildad de Cristo para no creer que es Dios el que ves tan humillado, mira la gloria que acompaña esa humildad, y verás que no es indigna cosa de la majestad de Dios humillarse con tanta gloria. Indigna cosa paresce el nascer Dios de mujer, mas no lo es si miras la gloria con que nace. Indigna cosa paresce morir, mas no morir de la manera que él murió. El morir descubre la grandeza de su bondad, y el morir de aquella manera la gloria de su poder. Con lo uno (según dijimos) edifica nuestras costumbres y nos enciende en su amor, y con lo otro alumbra nuestros entendimientos y nos confirma en la fe. Y por esto no es menos hermoso este Señor á los ojos de quien lo sabe mirar en su bajeza, que en su gloria. Hermosísimo es en el cielo y hermosísimo en el establo, hermosísimo en el trono de su Iglesia y hermosísimo en el pesebre de Betleem, hermosísimo entre los coros de los ángeles y hermosísimo entre los brutos animales.

De los pensamientos y consideraciones de Nuestra Señora.

§ III

ACABA el Evangelista la historia dulcísima deste misterio con una cosa en gran manera suave, que es, representarnos el corazón de la sacratísima Virgen, diciendo: María guardaba todas estas palabras y misterios tratándolos y confiriéndolos en su corazón. Toda la historia deste Evangelio es un banquete real y una mesa que pone Dios á todos sus escogidos,

(1) Isai. 53.

llena de mil diferencias de manjares: el niño, la madre, el parto, el nascimiento, el pesebre, los ángeles, los pastores, todo está lleno de milagros, todo está distilando gotas de miel. Cada uno tome la parte que le cupiere, y coma de lo que le supiere mejor. Mas yo confieso que esta fruta de postre (quiero decir, esta postrera cláusula del Evangelio, donde se nos pone delante el cora zón de la Virgen y lo que pasaría dentro de aquel pecho celestial) es una cosa de inestimable suavidad. ¡Oh quién fuese tan dichoso que con alguna experiencia y gusto deste misterio pudiese dar nuevas desto, rastreando por algo de lo que sintiese, lo mucho que allí se sintiría!

Preguntó una vez un hombre noble á un filósofo qué provecho sacaría su hijo si aprendiese filosofía. Respondió el filósofo: Entre otras cosas á lo menos sacará ésta, que cuando estuviere asentado en el teatro, no estará asentada una piedra sobre otra. Dando á entender que la filosofía le abriría los ojos y le haría discreto y avisado para que cuando se hallase en la plaza de los negocios del mundo, supiese mirar y sentir las cosas, y sacar dellas para sí el fruto que le conveniese. Pues si estos ojos da la filosofía al filósofo, ¿qué ojos habría dado el Espíritu Sancto á esta Virgen, que tan llena estaba de su gracia y de sus dones, en los cuales entra el don del entendimiento, que sirve para penetrar los secretos y maravillas de las obras de Dios? Pues habiendo él dado por una parte tales ojos á esta Señora, y por otra habiéndola puesto en medio deste maravilloso teatro (quiero decir, en medio de tantas grandezas y maravillas) y sabiendo ella tan profundamente penetrar y considerar cada cosa déstas, ¿cuáles serían los pensamientos y sentimientos de su corazón? Un solo milagro que vean los hombres, basta para dejarlos atónitos y asombrados, ca por eso se llama milagro, porque arrebata los corazones y los suspende en una grande admiración, como acaesció á aquéllos que vieron en la sinagoga un enfermo miraculosamente curado, que como dice un Evangelista (1), fueron llenos de estupor y éxtasi: quiere decir que quedaron como atónitos y fuera de sí cuando vieron aquel tan claro y tan evidente milagro. Pues si esta admiración y espanto causó la vista de un solo milagro (y tan bajo milagro como es la cura de un enfermo)

(1) Luc. 5.

¿qué causaría en el ánimo desta sacratísima Virgen la vista y la memoria y la conferencia de tantos y tan espantosos milagros? Porque un milagro era la anunciación del Ángel, otro la visitación de Sancta Isabel, otro el gozo del niño en el vientre de su madre, otro la profecía de Zacarías su padre, otro el haber enmudescido y después cobrado la habla cuando nasció, otro la revelación hecha al sancto Josef, otro su concepción del Espíritu Sancto, otro su parto sin dolor y sin corrupción, otro el cantar de los ángeles, otro la venida de los pastores. Todos éstos eran milagros, y grandísimos milagros, y todos los comparaba la Virgen entre sí, y entendía la consonancia y la correspondencia maravillosa de ellos. Pues ¿qué sentirían los oídos de su ánima bendita con la música y consonancia de todas estas voces celestiales? ¿Qué sentiría andando nadando en un piélago de tantas grandezas, saliendo de unas y entrando en otras, sin acabar de hallar suelo á tan grandes maravillas? ¿Qué sentiría entre tantas lámparas y resplandores con que el Espíritu Sancto alumbraba y esclarescía aquel templo virginal? Porque claro está que cuales eran los resplandores de su entendimiento, tales eran los ardores de su voluntad, porque lo contrario sería poner imperfección en aquella ánima bendita, si no se correspondiesen estas dos tan principales potencias del ánima entre sí, sintiendo tanto la voluntad, cuanto alcanzaba el entendimiento.

Pues siendo esto así, ¿qué lengua podrá explicar los gozos, las alegrías, los ardores de aquella sacratísima Virgen, viéndose por todas partes cercada de tantas maravillas, viéndose en un piélago de tan profundos misterios, viéndose anegada debajo de las olas de tantos y tan grandes sentimientos como allí la cercaban? Porque doquiera que pusiese los ojos, todo era resplandores y beneficios, todo misterios sobre misterios y maravillas sobre maravillas. Lo pasado, lo presente y lo venidero, todo alegraba su corazón, y sobre todo la presencia del niño y la asistencia del Espíritu Sancto, que le traía todas estas cosas á la memoría, y se las declaraba y encarescía y daba el sentimiento dellas, para que dando ella leche al niño, estuviese gustando la dulcedumbre de los misterios del cielo. El cual gusto era tan grande, que si el mismo que se lo daba, no la confortara, no fuera mucho rompérsele el corazón en el cuerpo, no pudiendo sufrir tan grandes alegrías. Porque si muchas veces acaesce morir una mujer

de alegría después de haber parido, si tuvo algún próspero y dichoso parto, ¿cómo pudiera vivir esta sacratísima Virgen habiendo tenido tanto más próspero parto, cuanto era aquél mejor hijo que toda otra criatura?

Pues, oh reina del cielo, puerta del paraíso, señora del mundo, sagrario del Espíritu Sancto, silla de la sabiduría, templo de Dios vivo, secretaria de Cristo y testigo de todas sus obras, ¿qué sentía tu piadoso corazón entre todos estos misterios y sacramentos? ¿Qué sentías viendo colgado de tus brazos al que sustiene los cielos, viendo mamar á tus pechos al que mantiene los ángeles, viendo llorar y temblar de frío al que truena y relampaguea en el cielo? ¿Qué sentías cuando considerabas aquella singular gracia que hallaste en los ojos de Dios, pues entre todas las mujeres criadas y por criar tú sola fuiste escogida para madre suya y señora de todo? ¿Con cuánta humildad reconoscías esta grandeza? ¿Con qué ojos mirabas al que así te miró? ¿Qué gracias le dabas? ¿Qué cantares le cantabas? ¿Con qué amor le respondías? ¿Qué palabras le decías, y con cuánta devoción te ofrecías y resignabas en sus manos y le hacías sacrificio de ti? Dicen (y es verdad) que los humildes son muy agradescidos, porque como ellos se tengan por tan pequeños, cualquier bien que se les haga, tienen por grande. Pues díganme agora todas las criaturas, si esta Virgen era la más humilde de los humildes, y este beneficio el mayor de los beneficios, ¿quién podrá estimar hasta dónde llegaría el agradescimiento de tan grande beneficio en corazón tan humilde? Creo cierto que no hay entendimiento humano que esto sepa tantear.

Pues ¿quién podrá explicar qué tal estaría el corazón de la Virgen entre todas estas grandezas y maravillas? Maravillábase de ver la palabra de Dios enmudescida, y de ver al todo poderoso liado de ver estrechado en un pesebre al que no cabe en todo el mundo. Maravillábase de ver en Dios tanta bondad, tanta misericordia, tanta largueza, tanta humildad y tan extraña piedad. Maravillábase de ver que tanto amase los hombres, tanto los preciase, tanto los honrase, tanto desease su salud, y tanto los ennoblesciese y honrase con el misterio de su sagrada humanidad.

Conosce pues, oh cristiano, tu dignidad (dice S. León Papa) y hecho ya particionero de la naturaleza divina, no quieras volver á las viejas costumbres de la villanía pasada. Mira de cúya

cabeza y de cúyo cuerpo eres miembro, y mira que el precio de tu rescate es la sangre de Cristo, el cual te juzgará con verdad, así como te redimió con justicia. Mira de la manera que viviría y se trataría una mujer de baja suerte, si el rey la tomase por mujer, y la hiciese reina de todo lo que él es, cuán lejos estaría del traje viejo y del estilo y bajezas pasadas, si tuviese discreción y seso para entender lo que tenía. Y pues el Rey del cielo (mediante el misterio de su sacratísima encarnación) desposó tu ánima consigo, y se hizo participante de tu misma naturaleza, deja ya el traje viejo de las vilezas y bajezas pasadas, y vive como esposa de tan alto Rey, como hija de tan noble Padre. Olvida ya las costumbres del viejo Adán, y imita las del nuevo, pues para esto tomó él nuestra carne, y nos dió su espíritu, para que teniendo en nuestras ánimas el espíritu de Dios, viviésemos no ya como hombres de carne, sino como hijos de Dios.

De cómo Cristo Jesú nasce espiritualmente en el ánima devota.

§ IV

Declarada ya la historia del sancto nascimiento, quédanos por ver (conforme á la doctrina de S. Buenaventura, que en el fin del capítulo precedente alegamos) de qué manera nasce el Hijo de Dios en el ánima que espiritualmente le concibió. Nasce pues este Señor, cuando después del buen consejo y del negocio muy examinado, y pedido el socorro y favor del Espíritu Sancto, viene el hombre á poner por obra el buen propósito concebido, cuando ya comienza á obrar diligentemente lo que poco antes proponía de hacer, aunque temía de comenzar, porque temía de desfallescer. Pues en este bienaventurado nascimiento los ángeles cantan y glorifican á Dios, y predican paz, porque cuando se viene á efectuar el buen deseo que el ánima había concebido, luego se confirma y reforma la paz interior del ánima. Ca no ha lugar esta paz cuando la carne contradice al espíritu, y el espíritu á la carne, cuando el espíritu busca la soledad, y la carne la compañía, cuando el espíritu quiere á Cristo, y la carne al mundo, cuando aquél procura la quietud de la contemplación de Dios, y

ésta las honras y cargos del mundo. Mas por el contrario, después que la carne se subjecta al espíritu, y el buen propósito que ella impedía, se pone por obra, luego la paz y alegría espiritual reina en el ánima. En este nascimiento no se oyen clamores, ni se sienten dolores ni tormentos de parto, sino admiración desta mudanza, y alegría de la novedad de la vida, y hacimiento de gracias por la vocación divina. ¡Oh bienaventurado nascimiento, de que tanta alegría cabe á los ángeles y á los hombres! ¡Oh cuán dulce y deleitable sería á la naturaleza el bien vivir, si la dolencia del común pecado no lo estorbara! Mas después de sanada la naturaleza, luego se conforma con la gracia, y luego experimenta ser verdad aquello que el Salvador dice: Tomad mi yugo sobre vosotros, y hallaréis descanso para vuestras ánimas, porque mi yugo es suave, y mi carga liviana. Mas has de notar, oh ánima devota, que si deseas este nascimiento, has de ser espiritualmente María, y María quiere decir mar amargo, y estrella que alumbra, y señora. Has de ser pues tú mar amargo mediante el dolor de la contrición, llorando amargamente los pecados que cometiste, y el tiempo que perdiste, y los bienes que dejaste de hacer. Has de ser también estrella que alumbra con el ejemplo de la buena vida, y con las obras virtuosas, y con las palabras sanctas. Has de ser también señora de tus sentidos, y de tus apetitos, y de todas tus obras, subjectándolas al juicio de la razón, buscando en todas ellas la gloria de Dios, y la salud de tu ánima, y la edificación de los prójimos. Pues en esta espiritual María que llora los pecados, y resplandesce con virtudes, y subjecta á la razón todos sus apetitos, nasce espiritualmente Cristo Jesú con alegría y sin trabajo y sin dolor, ca después deste dichoso nascimiento viene á gustar cuán suave es el Señor. El cual verdaderamente es suave, cuando lo criamos y mantenemos con sanctas meditaciones, y cuando lo lavamos con fuentes de lágrimas, cuando lo envolvemos en los pañales de los castos y limpios deseos, cuando lo traemos en los brazos amorosos de la caridad, cuando lo besamos con los continuos afectos y sentimientos de devoción, y lo apretamos en el seno de nuestro corazón: porque no nasce él en nosotros para que lo desechemos, sino para que de la manera que se tratan los hijos de los reyes, con suma diligencia lo sirvamos y agrademos. Y mira aquí, oh ánima religiosa, si espiritualmente se verifican y cumplen en ti aquellas mara-

villas y señales que acaescieron en el nascimiento deste Señor: que fueron, aparescer la estrella, adorar los animales, buscar los reyes, cantar los ángeles y visitar los pastores. Mira pues si la estrella de nueva claridad (que es el nuevo conoscimiento de las cosas de Dios) ha resplandescido en tu ánima, y si los animales brutos adoran, esto es, si la parte bestial y sensitiva de tu ánima está subjecta y obesdece á la razón, si le buscan los reyes, esto es, si las virtudes intelectuales, que tienen el principado en nuestra ánima, se mueven con sanctos deseos y aficiones á buscar al Señor, si los ángeles, esto es, si todas las otras virtudes le cantan y alaban con alegría espiritual, y anuncian la paz, habiendo tranquilidad y serenidad en el corazón. Y finalmente mira si los pastores, que son las sanctas meditaciones y pensamientos con que el ánima devota se apascienta, hallan al niño Jesús en el pesebre. Este pesebre es la buena consciencia, descubierta por la parte alta, y cerrada por la baja, esto es, descubierta á las cosas del cielo, y cerrada á las del mundo, ca éste es el lugar proprio donde reposa este pobre Rey, y aquí lo pone su madre después de nascido, y ahí es hallado de los pastores ¡Oh dichoso pesebre, que encierras en ti al Rey de la gloria, donde hallan los espirituales jumentos el pan de los ángeles! En ti se apascientan los piadosos animales, y de ti se mantiene el ánima devota. Dichoso por cierto aquel pesebre material, pero más dichoso el de la buena consciencia, porque tiene dentro de sí espiritualmente al que tú corporalmente tenías.

Del misterio de la Circuncisión, y del glorioso nombre que fué puesto al Salvador.

Después de pasados los ocho días para el haberse de circuncidar el niño, dice el Evangelista que le fué puesto por nombre Jesús, el cual nombre fué pronunciado por el ángel primero que en el vientre fuese concebido (1). Acerca de este sagrado misterio podemos considerar cómo luego al octavo día quiso el Salvador comenzar á hacer oficio de redemptor, que es padescer trabajos y derramar sangre por nuestro remedio. Dónde prime-

(1) Luc. 2.

ramente debemos pensar qué dolor sentirían las entrañas de la sacratísima Virgen, viendo aquel sancto niño en tan tierna edad comenzar á perder ya de su carne y de su sangre. Considera también al niño Jesús (ó por mejor decir, á la eterna Sabiduría de Dios en aquel niño) llorando y derramando lágrimas por la grandeza del dolor de la herida, el cual era tan grande, que algunas veces acaescía morir dél: y es de creer que en este niño sería mayor, pues era el más delicado de todos los niños. Pues siendo esto así, ¿qué dolor padescería la Virgen cuando viese aquel cuchillo correr por las carnes del hijo tan querido y tan delicado, y con cuánto dolor de sus entrañas y con cuántas lágrimas de sus ojos se esforzaría á halagar y acallar al niño, tomándolo en sus brazos, y arrullándolo en sus virginales pechos, y dándole á mamar? Y ¿qué sentiría otrosí el sancto Josef, que por ventura fué el ministro desta circuncisión? ¿Con qué compasión ejercitaría este oficio, y con qué entrañas sentiría este dolor, y vería correr por un cabo la sangre del niño, y por otro las lágrimas de la madre, á los cuales él amaba con tan grande amor? Oh Esposo de sangre y Rey de gloria, desposado con la naturaleza humana, ¡qué tan grande fué el amor que tuvistes para con los hombres y el rigor para contigo, pues tan presto quisiste por ellos ensangrentar tu carne y experimentar los filos del cuchillo que después había de acabar tu vida! ¡Oh Sol de justicia, arrebolado por la mañana y por la tarde, esto es, en el nascer y en el morir teñido y colorado de sangre! Dicen que los arreboles de la mañana son señales de agua en la tarde: pues luego, ¿qué significan esos arreboles de la mañana (esto es, esa sangre de la circuncisión) sino la grande lluvia de sangre que había de haber en la tarde, cuando rasgadas todas las venas y fuentes de tu sacratísimo cuerpo, por todas partes lloviese sangre? Mas los arreboles de la tarde nos son ya señales de lluvia (como los de la mañana) sino de serenidad: y verdaderamente así lo fueron, pues acabado el martirio de tu pasión, con tu muerte destruíste nuestra muerte, y con los arreboles de tu sangre desheciste todos los nublados de nuestros males.

Lo segundo considera el ejemplo de aquella inestimable caridad y humildad del Hijo de Dios, que tan presto quiso comenzar á padescer por nosotros y recebir en sí la sangría y medicina de nuestras enfermedades. Sobre este misterio dice S. Bernardo

así: En la circuncisión del Señor tenemos qué amar, y qué imitar, y de qué nos maravillar. Porque vino el Salvador al mundo no sólo para redemirnos con su sangre, sino también para enseñarnos con su doctrina y instruirnos con su ejemplo. Porque así como no nos aprovechara saber el camino si estuviéramos presos en la cárcel, así no aprovechara sacarnos de la cárcel, si ignorando el camino, el que primero nos hallara, nos volviera á la cárcel. Y por esto en la edad más crescida nos dió manifiestos ejemplos de paciencia y humildad y caridad, y de todas las virtudes, mas en la niñez dió estos mismos ejemplos, aunque disimulados y encubiertos con figuras. Porque tomando en su encarnación forma de hombre, fué hecho menor que los ángeles: mas circuncidándose al octavo día, vino á parescer mucho menor que los hombres, pues no sólo tomó aquí forma de hombre, sino también de pecador. Porque ¿qué otra cosa es la circuncisión, sino indicio de superfluidad y de pecado? ¿Qué hacéis circuncidando este niño? ¿Pensáis por ventura que podrá caer sobre él aquella maldición que dice: El varón que no fuere circuncidado, perescerá su ánima de su pueblo? ¿Podrá el padre olvidarse del hijo de sus entrañas, ó no le conoscerá, si no le viere señalado con esta señal? Mas ¿qué maravilla es que la cabeza, estando sana, reciba en sí la medicina de los miembros enfermos? ¿Cuántas veces acaesce recebir un miembro la cura y la medicina de otro? Está enfermo el hígado, y sangran al enfermo de la mano: están torcidas las cuerdas de los pies, y ponen la medicina en el celebro. Pues desta manera es cauterizada hoy la cabeza, para curar la corrupción de todo el cuerpo. Finalmente, ¿qué maravilla es haber querido ser circuncidado por nosotros el que quiso morir por nosotros? Porque todo él enteramente se nos dió, y así todo él enteramente se empleó en nuestro provecho.

Lo tercero considera no solamente la caridad (como dicho es) sino también la humildad del Hijo de Dios: la cual señaladamente quiso él que resplandesciese en el comienzo de su vida, como raíz y fundamento de todas las virtudes. Pues ¿qué mayor humildad que tomar imagen de pecador el que era remedio de pecadores, y querer parecer culpado el que era espejo de inocencia y destierro de toda culpa? El cordero sin mancilla (dice S. Bernardo) sin tener necesidad de circuncisión, quiso ser circuncidado, y el que no tenía rascuño ni señal de herida, quiso ser curado

con la medicina de los heridos. No lo hace así la perversidad de la soberbia humana, sino antes por el contrario quiere gloriarse en los delictos, y tiene vergüenza de los remedios. De manera que siendo tan desvergonzados para la torpeza de la culpa, somos muy vergonzosos para la medicina de la penitencia: malos en lo uno, y peores en lo otro: malos en ser tan inclinados á las heridas, y peores en ser tan vergonzosos para la cura dellas. Mas el que no supo qué cosa era pecado, no se desdeñó de parecer pecador: nosotros queremos serlo, y no queremos parescerlo.

Del nombre de Jesú.

DESPUÉS de circuncidado el niño, dice el Evangelista que le pusieron por nombre Jesús, que quiere decir Salvador (1). Este glorioso nombre fué primero pronunciado por boca de los ángeles, porque el Ángel que trajo la embajada á la Virgen, dijo que le llamarían por nombre Jesús (2), y el que aparesció á Joseph en sueños, le dijo lo mismo, y añadió la razón del nombre diciendo (3): Porque él hará salvo á su pueblo de sus pecados. Bendito sea tal nombre, y bendita tal salud, y bendito el día que tales nuevas fueron dadas al mundo. Hasta aquí, Señor, todos los otros salvadores que enviastes al mundo, eran salvadores de cuerpos, y eran salvadores de carne, que ponían en salvo las haciendas y las casas y las viñas, y dejaban perdidas las almas, hechas tributarias del pecado y por él subjectas al enemigo. Pues ¿qué le aprovecha al hombre conquistar y señorear al mundo, si él queda esclavo del pecado, por donde venga después á perderlo todo? Pues para remedio deste mal es agora enviado este nuevo Salvador, para que sea cumplida salud de todo el hombre, que salvando las ánimas, remedie los cuerpos, y librando de los males de culpa, libre también de los males de penas, y así deje á todo el hombre salvo. Ésta es la salud que desearon los Patriarcas, ésta la que con tantos clamores y deseos pidieron los Profetas, ésta la que tantas veces cantan y prometen los Psalmos, y ésta finalmente con la que acabó el postrer huelgo de la vida, y alivió los trabajos de la muerte el patriarca Jacob, diciendo (4):

(1) Luc. 2. (2) Luc. 1. (3) Matth. 1. (4) Genes. 49.

Tu salud esperaré, Señor. Sobre las cuales palabras dice el intérprete caldeo: Tu salud esperaré, Señor: como si más claramente dijera: No espero la salud de Gedeón, hijo de Joás, porque es salud temporal, ni la de Sansón, hijo de Manué, porque es salud transitoria, sino la redempción del ungido hijo de David, la cual espera mi ánima Este sentido dió á estas palabras del sancto Patriarca el intérprete caldeo, que era judío de nación y de grande autoridad entre los hebreos, y escribió antes de la venida del Salvador al mundo. Las cuales ciertamente debrían bastar para que se viese claro cómo la salud que el Mesías venía á dar al mundo, no era corporal ni temporal (como los judíos imaginan) sino espiritual y eterna. Lo cual manifiestamente vió el que estas palabras interpretó. Porque considerando que el sancto Patriarca en el agonía y tránsito de la muerte, despidiéndose de sus hijos, dijo estas palabras: Tu salud esperaré, Señor, claramente vió que no esperaba salud temporal, sino eterna, pues despedido ya de la vida, no tenía que esperar esta salud, la cual fenecía con la vida. Y pues esperaba salud, y no corporal ni temporal, claro está que esperaba la eterna, la cual no estaba aún dada, porque se guardaba esta dádiva para el Salvador del mundo, de quien estaba prometido que por él todas las gentes habían de ser benditas, esto es, redemidas y salvas. ¡Oh bienaventurada salud, digna de tal Salvador y de tal Señor! Desee cada uno la salud y los bienes que quisiere, anteponga las cosas de la tierra á las del cielo, tenga en más la muerte del cuerpo que la del ánima: mas yo desearé con el sancto Patriarca esta salud, y desfallescerá mi ánima deseándola con el profeta David (1). Sálvame, Señor, de mis pecados, líbrame de mis malas inclinaciones, sácame de poder destos tiranos, no me dejes seguir el ímpeto bestial de mis pasiones, defiende la dignidad y gloria de mi ánima, no permitas que yo sea esclavo del mundo y tenga por ley de mi vida el juicio de tantos locos, líbrame de los apetitos de mi propria carne (que es el mayor y más sucio de todos los tiranos), líbrame de los vanos deseos y de los vanos temores y vanas esperanzas del mundo, y sobre todo esto líbrame de tu enemistad, de tu ira y de la muerte perdurable, que se sigue della: y concedida esta libertad y esta salud, reine quien quisiere en el mundo, y gloríese en el seño-

(1) Psalm. 118.

río de la tierra y de la mar, porque yo con el Profeta solamente me gloriaré en el Señor, y alegrarme he en Dios mi Salvador (1).

Pues ésta es la salud que vino el Señor á dar al mundo, y ésta es la que se significa por este nuevo nombre que hoy le ponen de Jesús. De manera que cuando el cristiano oye este nombre, ha de representar en su corazón un Señor tan misericordioso, tan hermoso, tan poderoso, que disipa todo el ejército del demonio, que despoja de sus fuerzas á la muerte, que pone silencio al pecado, que quita la jurisdición al infierno, que saca los que están captivos en manos destos tiranos, y los limpia de la fealdad de sus cárceles, y los restituye en tanta hermosura, que los ojos de Dios se aficionan á ellos, y los abraza su bondad, y los hace reinar eternalmente consigo. Porque tres males principales (entre otros muchos) nos vinieron del pecado, que son, muerte, infierno y servidumbre del demonio: y por esto quien nos libró del pecado, junto con él nos libró de todos estos enemigos, y nos dió prenda y certidumbre de vida perpetua, de compañía con la vida de Dios, de gracia y amistad con él, de favores de su poder, de dones de su liberalidad, y de segura posesión de todos los bienes. Porque todo esto se pierde por el pecado, y todo se gana por Jesucristo, y por esto con mucha razón le fué puesto tan divino nombre ¡Oh nombre glorioso, nombre dulce, nombre suave, nombre de inestimable virtud y reverencia, inventado por Dios, traído del cielo, pronunciado por los ángeles, y deseado en todos los siglos! Deste nombre huyen los demonios, con él se espantan los poderes infernales, por él se vencen las batallas, por él callan las tentaciones, con él se consuelan los tristes, á él se acogen los atribulados, y en él tienen su esperanza todos los pecadores.

Éste es el nombre de que la esposa hablando con el esposo en los Cantares, dice: Olio derramado es tu nombre (2). Sobre las cuales palabras exclama S. Bernardo diciendo: ¡Oh nombre bendito, oh nombre por todos los lugares derramado! Porque del cielo caíste en Judea, y de Judea en toda la tierra, cuya es esta voz: Olio derramado es tu nombre. Por cierto derramado, pues no sólo roció el cielo y la tierra, mas también llegó hasta los infiernos, y por esto en el nombre de Jesú se hincan las rodillas en el cielo y en la tierra y en los infiernos, y toda lengua confiese y

(1) Habac. 3. (2) Cant 1.

diga: Olio derramado es, Señor, tu nombre. ¡Cuán precioso, cuán vil y cuán saludable! Porque como si fuera vil, así se derramó: mas como saludable, dió salud. Mas ¿qué maravilla es que el nombre del Esposo se haya derramado, pues él también se derramó cuando se abatió tomando forma de siervo, y diciendo (1): Así como agua soy derramado? Derramóse la plenitud, para que todos della recibiésemos la vida. Este nombre glorioso alumbra las ánimas cuando se predica, y apacienta los corazones cuando se piensa, y cúralos cuando se invoca. ¿Por ventura no se esfuerza tu corazón cuando te acuerdas deste nombre? ¿Qué cosa hay que más repare los sentidos, esfuerze las virtudes, confirme las buenas costumbres, y sustente los sanctos deseos y aficiones, que este dulcísimo nombre? Seco es para mi ánima todo manjar, si no fuere guisado con este olio, y desabrido, si no fuere rociado con esta sal. Si escribes algo, no tomo gusto en ello, si no leo ahí á Jesús. Si disputas ó platicas, no gusto desa plática, si no sonare ahí el nombre de Jesús. Jesús es miel en la boca, y melodía en el oído, y alegría en el corazón. Es también este nombre medicina de las ánimas. Si alguno está triste, éntre Jesús en su corazón, y de ahí salga á la boca, y á la salida desta luz se desharán los nublados, y volverá la serenidad. Y á esto nos convida él cuando dice (2): Llámame en el día de la tribulación, y oirte he, y honrarme has. No hay cosa que así refrene el ímpeto de la ira, que así deshaga la hinchazón de la soberbia, y sane la llaga de la envidia, y apague la llama de la lujuria, y tiemple la sed de la avaricia, como la devota invocación y memoria deste dulcísimo nombre. Porque nombrando yo á Jesús, se me representa un hombre manso y humilde de corazón, benigno, templado, casto, misericordioso y extremado en toda honestidad y sanctidad, y así también se me representa que el mismo hombre es Dios todo poderoso, el cual por una parte me ayuda con su ejemplo, y por otra esfuerza con su virtud. Y así del hombre tomo ejemplo, y de Dios la virtud, y destas dos cosas hago una tan saludable confección para curar mis llagas, cual ningún médico del mundo puede hacer. Pues este precioso lectuario tienes, ánima mía, encerrado en el vaso deste nombre Jesús, el cual es medicina común de todas las enfermedades. Por tanto, tráelo siempre en el

(1) Psalm. 21. (2) Psalm. 49.

corazón y en las manos, para que por él se gobiernen tus pensamientos y tus obras. Lo cual el mismo Señor te pide en los Cantares, diciendo (1): Ponme así como sello sobre tu corazón y sobre tu brazo. Hasta aquí son palabras de S. Bernardo.

A la misma devoción deste glorioso nombre nos convida también el devotísimo doctor S. Buenaventura (2), presuponiendo primero cómo todos los nombres de este Señor se reducen á dos órdenes, porque unos pertenescen á su gloria, y otros á nuestro remedio: y en la orden destos segundos el principal es el nombre de Jesús, que quiere decir Salvador. Pues con éste dice el sancto que nos debemos de abrazar para nuestro remedio, y los otros remitillos á su gloria. Tenga pues este Señor para sí (dice él) llamarse Hijo de Dios, resplandor de la gloria, imagen de la divina substancia, palabra del Padre, virtud del Omnipotente, heredero de todas las cosas, Rey de los reyes y Señor de los señores. Tenga para sí llamarse Cristo, que quiere decir ungido, pues él fué ungido como gran profeta, como rey y como sacerdote. Porque como profeta nos enseñó con su doctrina, y como sacerdote nos reconcilió con su Padre, y como rey nos ha de coronar con eterno galardón. Tenga pues él para sí todos estos títulos y excelencias, mas para ti sea Jesús, que quiere decir Salvador, para que él te salve y libre de la vanidad del mundo, de los engaños del demonio, y de las malas inclinaciones de la carne. Y pues estás cercado de tantas miserias, llama á este Señor, y dile: Sálvanos, Señor, Salvador del mundo, pues con tu sangre y con tu cruz nos redemiste, esfuerza al flaco, consuela al triste, y ayuda al enfermo, y levanta al caído. Éste es el nombre que vence los demonios, alumbra los ciegos, resuscita los muertos y sana todo género de enfermedades ¡Oh cuánta alegría sintió la verdadera madre deste Señor, cuando entendió la virtud deste nombre! Y así también se alegra la madre espiritual, cuando considera de la manera que estas maravillas se obran espiritualmente en las ánimas. Porque de ahí se lanzan los demonios, cuando se perdonan los pecados, y se alumbran los ciegos, cuando se da verdadero conoscimiento de las cosas divinas, y se resuscitan los muertos, cuando se da la gracia del Espíritu Sancto, y se curan los flacos y enfermos, cuando son armados con fortaleza del cielo, para que así sean

(1) Cant. 8. (2) De quinque fest. pueri Jesu.

fuertes y poderosos por la gracia los que eran flacos y enfermos por la culpa. ¡Oh dichoso y bienaventurado nombre de tanta virtud y eficacia, el cual unas veces alegra las ánimas, mas otras llega á embriagarlas y hacerlas salir de sí con la grandeza de su dulzura!

La Adoración de los Reyes.

Acerca de la adoración y ofrenda de los sanctos Magos considera primeramente qué tan grande fué la devoción destos sanctos varones, pues por ella salieron de sus tierras, y se pusieron á un tan largo y tan peligroso camino y á tantos trabajos como en él pasarían, sólo por ver con los ojos corporales al que ya habían visto con los ojos de la fe, porque sabían cuán bienaventurados habían de ser los ojos que lo viesen.

Lo segundo consideremos la fe destos sanctos Reyes, la cual de tal manera convenció y captivó sus entendimientos, que les hizo adorar por verdadero Dios y Señor del mundo al que vieron en lo de fuera el más pobre y despreciado del mundo. No los ofendió la bajeza del establo, no la vileza del pesebre, no la pobreza de los pañales, no las lágrimas y la flaqueza del niño, para dejar de creer que aquél que lloraba en la cuna, tronaba en el cielo. ¿Qué hacéis, sabios (dice S. Bernardo), qué hacéis? ¿A un niño adoráis, aposentado en una choza y envuelto en viles pañales? ¿Es ése por ventura Dios? Dios está en su sancto templo, y vosotros buscáislo en un establo, y ofrecéisle tesoros? Si ése es rey, ¿dónde está el palacio real? ¿Dónde la silla de rey? ¿Dónde la compañía de los cortesanos? ¿Es por ventura palacio el establo, y la silla el pesebre, y la compañía de cortesanos Josef y María? ¿Cómo unos hombres tan sabios se han hecho tan ignorantes, que adoren por Dios á un niño tan despreciado así en la edad como en la pobreza suya y de los suyos? Todas estas dificultades que aquí hallaba la prudencia del mundo, venció la lumbre del cielo, subjectando con la fe á la razón, y reverenciando el seso del hombre á la sabiduría de Dios. Porque más razón había para creer á lo que la guía del cielo les decía, que á lo que la razón humana juzgaba, pues en ésta puede haber muchos engaños, en la otra no. Lo cual entendieron hasta los mismos filóso-

fos gentiles, pues uno dellos (1) dijo que á los que se regían por instincto y lumbre de Dios, no convenía deliberar y tantear las cosas con prudencia humana, sino seguir en todo la lumbre divina. De dónde tenemos eficacísimo ejemplo para no hacer caso de razones y prudencias de mundo, cuando se encontraren con la palabra de Dios y con la lumbre de su Evangelio (2). Por dónde, si ésta nos dijere que son bienaventurados los pobres, y los humildes, y los mansos, y los que lloran, y los que son perseguidos por Dios, y los que aborrescen y crucifican sus vidas por Dios, no dudemos que ésta sea la verdadera bienaventuranza, aunque lo contradiga y lo desdiga toda la humana prudencia. No te pares á tantear y decir: ¿Cómo es posible que en la pobreza de espíritu esté el descanso, en las lágrimas el alegría, en la subjección la libertad, en la humildad la gloria, en la cruz el reino, en la mortificación la paz, y en la resignación de todas las cosas el señorío de todas ellas? No te pares á hacer estas cuentas con la razón, porque á todo esto basta contraponer la lumbre del cielo. Y así como estos sanctos no hicieron caso de todas estas razones y argumentos de carne, cuando vieron en contrario el testimonio del cielo, así tú no debes hacer caso de todos los parésceres y juicios del mundo, cuando vieres en contrario la palabra de Dios y la lumbre de su Evangelio. Dé voces el mundo, reclame cuanto quisiere contra la palabra de Dios, ladren todos los prudentes del siglo, aleguen costumbres inmemoriales, defiéndanse con ejemplos de príncipes y emperadores: todo esto es humo contra la palabra de Dios y contra la sabiduría del cielo.

Lo tercero, considera el alegría inestimable que estos sanctos varones recibieron, cuando acabado tan prósperamente el curso de su peregrinación, y siguiendo la guía que les era dada del cielo, llegaron al lugar tan deseado, y hallaron aquellas dos lumbreras del mundo, aquel hijo y aquella madre, aquel doncel y doncella, que tanto habían deseado. Y si tan grande alegría fué para éstos, cuando acabado el curso de su camino, te hallaron, Señor mío, en aquel establo, y con tanta soledad y pobreza, ¿cuál será el alegría del justo, cuando acabado el curso de la peregrinación desta tan larga y tan peligrosa mortalidad, te vea, no en este mundo sino en tu reino, no en vil establo sino en tu

(1) Aristóteles. (2) Matth. 5.

sacro palacio, no en el pesebre del heno sino en el trono de tu gloria, no en los brazos de la madre sino en el seno del Padre, no en la bajeza de la humildad que tomaste para salvar los hombres, sino en la gloria de la majestad que tienes para beatificar los ángeles?

Y si tan grande fué el alegría de los Reyes, ¿cuánto sería mayor la de la sacratísima Virgen, viendo las lágrimas, los presentes, la devoción y la fe de aquellos sanctos varones, y viendo ya comenzar á extenderse el reino de Dios que el Ángel le había denunciado, y prenosticarse con aquellos tan prósperos principios la gloria de Dios y la salud de los hombres, que ella tanto deseaba? ¿Qué lágrimas correrían por aquellos ojos? ¿Qué colores se irían y vendrían por aquel divino rostro? ¿Qué ardores y sentimientos serían los de aquel sagrado pecho con estas y otras consideraciones? Porque tres cosas juntas se le representaron aquí, las cuales le dieron materia de grande devoción y alegría: la gloria del Hijo, la dignidad de la madre, y la conversión del mundo. Porque ¿cómo no se había de alegrar con aquella nueva gloria del Hijo que tanto amaba, y con ver que ella había sido escogida para madre de tal Hijo? ¿Cómo no se había de alegrar la que tanta caridad tenía, con la conversión del mundo que allí se le representaba? Porque si el Apóstol tanto se alegraba por la conversión de los de Corinto, que puesto en medio de mil trabajos, decía: Lleno estoy de consolación, y sóbrame el contentamiento en medio de mis trabajos, ¿qué gozo recibiría aquella Señora, que tanto mayor caridad tenía que el apóstol S. Pablo?

Y si tanta sería el alegría de la madre, ¿cuánto mayor sería la de aquel amador de los hombres, la de aquél que bajó del cielo á la tierra por ellos, de aquél que adelante había de decir (1): Mi manjar es hacer la voluntad de mi Padre (que es la conversión de los pecadores) cuando en las primicias destos tres Reyes viese la conversión del mundo, la salud de los hombres, la gloria de Dios, la confusión del demonio, el triunfo del pecado y las victorias de tantos mártires y confesores y vírgines, y de tantos millares de monjes, que tan gloriosamente habían de triunfar del mundo por él? Alégrate pues, oh sancto niño, alégrate con tan

(1) Joan. 4.

prósperos y tan dichosos principios, y recibe estos dones que ya te comienzan á ofrescer los que has de redemir. Y tú, oh sanctísima Virgen, esfuérzate y cobra ánimo, que ya los pueblos y príncipes del mundo dende los últimos términos de la tierra te comienzan á honrar, para que después te llamen bienaventurada todas las generaciones, y así como fuiste la más humilde de las humildes, seas la más venerada y honrada de todas las criaturas (1).

§ I

Llégate pues, ánima mía, con estos sanctos Reyes, y húmilmente prostrada ante este sagrado pesebre, adora y ofresce también con ellos tus presentes al Salvador. Ellos ofrescieron oro, que es el más precioso de los metales: tú ofresce caridad, que es la más excelente de todas las virtudes. Ellos ofrescieron encienso, que vale contra todos los malos olores: tú ofresce oración y devoción, que vale para reprimir los apetitos y deseos desordenados y sucios de nuestra carne. Por dónde no sin gran misterio los sanctos doctores entienden por el encienso y por el ungüento oloroso la oración y devoción, para dar á entender la naturaleza y propriedad que estas dos virtudes tienen contra todos los malos olores que proceden deste sucio albañar de nuestro corazón. Por dónde, así como en los aposentos de los purgados y enfermos suelen quemar encienso y otros perfumes olorosos para que no se sienta el mal olor de aquel lugar, así el que quisiere no sentir el mal olor de los apetitos y pasiones de su carne, procure que esté vivo siempre este suavísimo olor de devoción en su espíritu, porque contra los malos deseos de nuestro corazón son los buenos, que nascen de la oración y devoción. Mas cómo sea esto verdad, en ninguna manera lo entenderá sino quien se ha visto con devoción, y á tiempos sin ella.

Ellos finalmente ofrescieron mirra, que aunque es amarga al gusto, es saludable al cuerpo y de suavísimo olor: tú ofresce lágrimas de penitencia, que aunque sean amarguísimas al cuerpo, son saludables al espíritu y de suavísimo olor en presencia de Dios. Porque ¿qué cosa más saludable al espíritu que la que lo

(1) Luc. 1.

defiende de la corrupción de los deleites y de los gusanos de los vicios? Pues ésta es la virtud y condición desta mirra celestial. Porque así como el estómago dañado con el desordenado uso de manjares dulces, con ninguna cosa es mejor curado que con purgas amargas, así la consciencia de aquéllos que vivieron en deleites, con ninguna cosa es mejor curada que con las lágrimas de la penitencia y con los trabajos de la vida austera, porque de otra manera luego hervirían nuestros cuerpos con gusanos de vicios, si no corriese cada día de nuestras manos esta mirra espiritual para secarlos. Si no, dime, ¿por ventura no es gusano la lujuria? Por cierto no sé si hay otro más prejudicial. Entra halagando, muerde riendo, emponzoña deleitando y mata consintiendo. Pues bienaventurado aquél, cuyas manos están siempre distilando esta mirra escogida, para ungir su carne con ella, porque así sea libre desta corrupción.

Éstos pues son los dones que habemos de ofrescer al Señor con estos sanctos varones: de los cuales (como dice un doctor) la mirra pertenesce á los que comienzan, el encienso á los que aprovechan, y el oro (que es la perfección de la caridad) á los perfectos. Y por tanto, si no llegan tus manos á ofrescer á Dios el oro de la perfecta caridad, ó el encienso de la devoción, á lo menos ofresce la mirra de contrición, que es un corazón contrito y un cuerpo castigado, para que subiendo por ese grado al segundo, puedas después cantar con el Profeta, diciendo (1): Volviste, Señor, mi llanto en alegría, y rompiste mi saco (que es el espíritu de tristeza) y cercásteme de alegría, dándome espíritu de devoción y amor.

Acabada esta ofrenda con los sanctos Reyes, síguese que también los imitemos en caminar con ellos á nuestra región por otro camino. Sobre las cuales palabras dice Eusebio Emiseno: La mudanza del camino significa la mudanza de nuestra vida: mas entonces mudamos el camino, cuando negamos á nuestro viejo hombre, cuando abrazando la humildad desechamos la soberbia, cuando inclinamos nuestro corazón de la ira á la paciencia, cuando despedimos los antiguos deleites y las viejas costumbres de la vida pasada. Y no sé por cierto por qué nos han de agradar más los caminos ásperos y dificultosos de los vicios y de la sober-

(1) Psalm. 29.

bia, siendo los de la humildad tan blandos, tan llanos y tan derechos. Porque donde está la humildad, ahí está el descanso, ahí la tranquilidad y la paz. Porque como la humildad de suyo sea pacífica y llana, aunque se levanten contra ella los vientos y tempestades del mundo, no hallan dónde puedan quebrantar las olas de su ímpetu furioso. Y por eso cualquier encuentro que venga á dar sobre ella, abajando la cabeza, fácilmente lo despide de sí y lo vence. De manera que cualquier tribulación así es vencida de la humildad como en las riberas llanas y arenosas blandamente se consumen y deshacen las olas de la mar, como quiera que en las rocas y montes altos se embravesca la furia de los vientos, de la cual están guardados y seguros los valles humildes. Y así los caminos de los soberbios están llenos de barrancos, llenos de rocas y despeñaderos, porque donde está la soberbia, ahí está la indignación, ahí la animosidad, ahí el trabajo, ahí la tribulación, para que aun antes del día del juicio padescan los soberbios esta justa condenación, y las ánimas de los malos traigan siempre consigo su tormento, como por el contrario las de los buenos tengan aquí su descanso y consolación.

De cómo espiritualmente el ánima devota busca con los Magos al niño Jesús.

§ II

Pero veamos agora más en particular (según la doctrina arriba alegada de Sant Buenaventura) de qué manera habemos de buscar al niño Jesús con estos sanctos Reyes. Pues para esto es de saber que cuando ya el ánima religiosa, mediante la divina gracia, ha espiritualmente concebido, y parido, y puesto nombre á este dulcísimo niño, luego los tres Reyes (que son las tres principales virtudes del ánima, que tienen señorío sobre la carne y sobre sus sentidos, y como reyes y gente noble se ocupan en solos los ejercicios de las cosas divinas) comienzan á buscar al niño que les ha sido revelado en la ciudad real, que es, en la universidad de todas las criaturas, donde él singularmente resplandesce y se conoce por las maravillas de sus obras. Y búscanlo con sanctas meditaciones, con puras aficiones y con devo-

tos pensamientos, y con esto preguntan por él, diciendo: ¿Dónde está el que es ya nascido? Porque vimos su estrella en Oriente, conviene saber, el resplandor de su claridad y los rayos de su luz en lo íntimo de nuestras ánimas. Oímos su voz, que es dulcísima, y gustamos su dulzura, que es suavísima, y recibimos su olor, que es muy agradable, y experimentamos sus abrazos, que son muy deleitables. Por tanto, Herodes, danos respuesta, muéstranos el amado, dinos dónde está el infante deseado. No venimos por ver tu gloria, ni por alcanzar tu gracia, ni por reverenciar tu majestad, porque tu gracia es su hechura, y tu majestad es su criatura, y tu riqueza es su sombra, y tu nobleza y magnificencia es una pequeña centella de su infinita grandeza. Dinos pues dónde está el que es nascido, no te tardes. Dinos dónde está la longura abreviada, y la grandeza aliviada, y la alteza abajada, y la anchura estrechada: dónde está la luz escurescida, dónde el agua que tiene sed, y el manjar que padesce hambre. Dinos dónde está el poder que es regido, y el saber que es enseñado, y la virtud que es sustentada. Dinos dónde está el Eterno hecho niño, y el resplandor de la gloria del Padre envuelto en pañales: dónde oiremos llorar en la cuna al que es consuelo de los miserables, dónde veremos traer en los brazos al que sostiene los ángeles y los hombres. A éste deseamos, á éste queremos. Oh dulcísimo y amantísimo niño eterno, niño y antiguo, ¿cuándo te veremos? ¿Cuándo te hallaremos? ¿Cuándo pareceremos delante de ti? Enojosa cosa es para mí alegrarme sin ti, y alegría es para mí gozar contigo y llorar contigo. Todo lo que á ti es contrario, me es penoso, y tu sancta voluntad es toda mi alegría y deseo. Y si tan dulce cosa es llorar por ti, ¡cuán dulce será gozar contigo! ¿Dónde pues estás, Señor, á quien buscamos, y á quien en todas las cosas y sobre todas las cosas deseamos? ¿Dónde estás el que eres nascido rey de los judíos, ley de los devotos, guía de los miserables, lumbre de los ciegos, vida de los muertos, y salud eterna de los que para siempre viven?

A esta pregunta responde el Evangelista que en Betleem de Judá se halla este Señor. Betleem quiere decir casa de pan, y Judá confesión, para que entendamos que después de la confesión de las culpas se halla el pan de los ángeles. Pues en este lugar se halla el niño Jesús con su sanctísima madre: en el cual después de la llorosa contrición y fructuosa confesión, muchas

veces entre las abundantes lágrimas se gusta la dulzura del pan de los ángeles, donde la devota oración, que tomó al hombre casi desconfiado por sus pecados, le deja alegre y confiado del perdón dellos. ¡Oh, dichosa esta espiritual María, en la cual Jesús se concibe, y de la cual nasce, y en la cual tan dulce y alegremente se halla!

Mas aquí es de notar que estos sanctos Reyes le buscaron para adorarlo con toda reverencia: así vosotros los espirituales reyes (que son las fuerzas principales del ánima devota) buscad á este Señor con los Reyes, para adorarle y ofrendarle. Adoradle con reverencia, porque él es vuestro criador, redemptor y glorificador: criador en la formación de la vida natural, y redemptor en la reformación de la vida espiritual, y glorificador en la remuneración de la vida eterna. Por tanto, Reyes, adorad este Señor con reverencia, porque es rey potentísimo, y con la decencia debida, porque es maestro sapientísimo, y con alegría espiritual, porque es príncipe liberalísimo. Y no os contentéis con sola la adoración, sino acompañalda con vuestras ofrendas. Oferecelde oro de caridad encendidísima, y encienso de consolación devotísima, y mirra de contrición amarguísima: el oro de amor, por los bienes recebidos, y el encienso de la devoción, por los bienes que os tiene aparejados, y la mirra de la contrición, por los pecados que tenéis cometidos. El oro ofreced á la eternidad de su divinidad, y el encienso á la sanctidad de su ánima, y la mirra á la pasibilidad de su cuerpo.

La Purificación de Nuestra Señora, y la Presentación del niño Jesús en el templo.

La purificación de la sacratísima Virgen nuestra Señora cuenta S. Lucas por estas palabras (1).

Después de cumplidos los días de la purificación de María según la ley de Moisén, llevaron al niño Jesús al templo para presentarlo al Señor, según que estaba escrito en la ley, la cual mandaba que todo hijo varón que abriese el vientre de la madre, fuese sanctificado y ofrescido al Señor. Y asimismo para ofres-

(1) Luc. 2.

cer la ofrenda que mandaba la ley, que era un par de tórtolas ó de palominos. Y había un hombre en Hierusalem, que tenía por nombre Simeón, el cual era justo y temeroso de Dios, y vivía esperando la consolación de Israel: y el Espíritu Sancto moraba en él. Y había recebido respuesta del Espíritu Sancto que no vería la muerte hasta que viese al ungido del Señor. Y á la sazón movido por el Espíritu Sancto vino al templo. Y como trajesen al niño Jesús sus padres para hacer lo que era costumbre según la ley, él le tomó en sus brazos, y alabó á Dios, y dijo: Agora, Señor, dejas á tu siervo en paz según la promesa de tu palabra. Porque ya han visto mis ojos tu salud, la cual aparejaste ante la cara de todos los pueblos. La cual será luz para que sean alumbradas las gentes, y para gloria de tu pueblo Israel.

Y estaban el padre y la madre de Jesús maravillándose de las cosas que dél se decían. Y bendíjolos Simeón, y dijo á María su madre: Mira que este niño está puesto aquí para caída y para levantamiento de muchos en Israel, y por una señal á quien ha de contradecir el mundo. Y tu ánima será atravesada con un cuchillo, para que sean descubiertos los pensamientos de muchos.

Y había una mujer profetisa llamada Anna, hija de Fanuel, del tribu de Aser. Ésta era mujer de muchos días, y había vivido con su marido siete años dende su virginidad, y era ya viuda hasta los ochenta y cuatro años de su edad, la cual nunca se apartaba del templo, sirviendo con ayunos y oraciones día y noche. La cual sobrevino á esta misma hora, y alababa á Dios, y hablaba dél á todos los que esperaban la redempción de Israel. Y después que acabaron todo lo que habían de hacer según la ley, volviéronse á la provincia de Galilea, á su ciudad Nazaret. Y el niño crescía y era confortado, lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en él. Hasta aquí son palabras del Evangelista.

§ I

Acerca deste sagrado misterio considera primeramente cómo cumplido ya el número de los días que señalaba la ley, despidiéndose la Virgen de aquel sancto pesebre, y dejándolo lleno de lágrimas y de gracias para la devoción de los fieles, pártese

para Hierusalem á cumplir el mandamiento de la ley. Entra pues la Virgen con el niño en los brazos por las puertas de la ciudad. Oh sancto niño, ésta es la ciudad donde según está de vos profetizado, habéis de obrar grandes maravillas (1). Porque aquí habéis de hacer una hazaña mayor que fué criar al mundo, pues mayor cosa es redemir el mundo que criarlo de nuevo. Éste es el campo donde habéis de pelear con aquel famoso gigante Golías (2) con cinco llagas mortales recibidas en vuestro cuerpo, y con el báculo de la cruz, donde le venceréis y cortaréis la cabeza con sus mismas armas, destruyendo la muerte con vuestra muerte, y el pecado con la pena del pecado. Ésta es la tela donde habéis de justar: paseadla agora, Señor, muy de espacio, para que tengáis muy bien reconoscidos los pasos della. Agora la pasearéis á caballo, después á pie, agora llevándoos la Virgen en sus brazos, después llevando vos la cruz en vuestros hombros. Aquel monte que véis en lo alto, ¡oh qué encuentro, Señor mío, daréis y recibiréis en él! Porque vos allí perderéis la vida, mas destruiréis el reino del pecado, y derribaréis por tierra al príncipe deste mundo. ¡Oh cuán diferente ofrescimiento será aquél déste de hoy! Hoy seréis ofrescido y redemido, allí seréis ofrescido y redemptor. Hoy seréis redemido en cinco siclos que darán por vos, allí será el mundo redemido con cinco llagas que recibiréis por él. Hoy seréis ofrescido con los brazos de Simeón, allí en los brazos de la cruz. Éste es agora el sacrificio de la mañana, aquél será el de la tarde.

Síguese luego en el sancto Evangelio que había en Hierusalem un sancto varón llamado Simeón, el cual había recebido palabra del Espíritu Sancto que no vería la muerte hasta ver nascido el Salvador del mundo. En lo cual parece verificarse lo que dice S. Ambrosio, que no solamente los ángeles y los profetas y los pastores y los padres, mas también los sanctos viejos dan testimonio del nascimiento del Señor. Todas las edades y todos los linajes de personas testifican la verdad de los misterios advenideros, y los milagros acaescidos. La Virgen engendra, la estéril pare, el mudo habla, Elisabet profetiza, los Magos adoran, el niño Juan encerrado en las entrañas de su madre se alegra, la sancta viuda Anna alaba, y el justo Simeón espera. Y con razón

(1) Psalm. 86. (2) I Reg. 17.

se llama justo, porque no tanto procuraba su salud, cuanto la común de todos, deseando por una parte salir de la cárcel del cuerpo, mas por otra cobdiciando ver al Señor prometido, porque sabía él bien cuán dichosos habían de ser los ojos que lo viesen. Hasta aquí son palabras de Sancto Ambrosio, sobre las cuales podemos muy bien exclamar con Augustino, diciendo: Éstas son, Señor Jesú, las maravillas que dan agora testimonio de tu grandeza antes que las olas de la mar obedesciesen á tu imperio, antes que la furia de los vientos por tu mandato cesase, antes que los muertos por tu llamamiento resuscitasen, y el sol, muriendo tú, se escuresciese, y la tierra, resuscitando tú, se estremesciese, y los cielos, subiendo tú á ellos, se abriesen. De manera que aun andando como niño en los brazos de la madre, ya eras conoscido por Señor de todo el universo.

Mas tornando á la sagrada Virgen, viene este día á ofrescer al templo su primogénito y unigénito con la ofrenda que la ley mandaba á los pobres, que era un par de tórtolas ó de palominos (1). Dónde es mucho para considerar la pobreza de la sancta Virgen, pues no ofresció cordero, que era ofrenda de los ricos, sino un par de tórtolas ó de palominos, que era ofrenda de pobres. Y habiendo recibido pocos días antes tan grandes presentes y tesoros de aquellos sanctos Reyes, ya los había repartido por pobres, quedándose en el mismo estado de pobreza que estaba antes, como la que llena del Espíritu Sancto entendía que la voluntad del Hijo era de rico hacerse pobre, para enriquecernos con su pobreza. Entra pues la sancta Virgen en el templo material para ofrescer el templo vivo y espiritual que llevaba en sus brazos. ¡Oh maravillosa novedad! Ofréscese el templo en el templo, ofréscese Dios á Dios, preséntase ante Dios el que nunca se apartó de Dios, es redemido por cinco siclos el que es redempción de todos los hombres, es ofrescido por manos de la Virgen el que es ofrenda de todo el mundo. Vuelve la Virgen su depósito al mismo Señor que se lo había encomendado, y corren los ríos al lugar de do salieron, para que vuelvan á correr (2).

Mas aquí es mucho de considerar que no sólo se ofresce aquí esta ofrenda al Padre Eterno, sino también se entrega hoy por manos de la Virgen en los brazos de la Iglesia y de todas las áni-

(1) Levit. 12. (2) Eccle. 1.

mas fieles, cuyo agente era el sancto Simeón, que representa la persona de la Iglesia. De suerte que aquel Señor, por cuyo deseo sospiraba el mundo con todos los escogidos, y por cuya esperanza y penosa dilación estaba suspensa la naturaleza humana, hoy lo da la sacratísima Virgen á todos los fieles, y ellos lo reciben en sus brazos por manos de Simeón. Porque ¿qué había de hacer sino dar lo que tenía, la que tales ejemplos de liberalidad y misericordia veía en su mismo Hijo? Veía cómo él se había dado á los hombres en precio de su redempción, en ejemplo de su conversación, en compañía de su destierro, y en premio de su bienaventuranza: pues ¿qué había de hacer la que tales ejemplos tenía de largueza, sino darnos todo cuanto bien tenía, que era este celestial tesoro? Esta donación fué ratificada por autoridad de toda la Sanctísima Trinidad. Porque por autoridad del Padre, dada en la ley, y por voluntad del Hijo, que se ofresció para nuestro remedio, y por inspiración del Espíritu Sancto, que trajo á Simeón al templo, y por manos de la sacratísima Virgen, que como verdadera madre poseía este tesoro, se nos hace hoy esta firme y verdadera donación. Porque en los otros misterios pasados aún no lo había recebido la Iglesia con esta manera de solemnidad. Mas hoy por manos de la Virgen, que era persona común, en el templo de Dios, que era lugar común, siendo procurador de la Iglesia el sancto Simeón, amador del bien común, recibe la Iglesia este don en sus brazos, y es introducida por él y amparada en su posesión, y así canta y se gloría este día, diciendo (1): Recebido habemos, Señor, vuestra misericordia en medio de vuestro templo, y así como vuestro nombre es grande, así es grande la gloria y alabanza de vuestra Majestad en toda la tierra. Corred pues agora todos los fieles á este templo, para que os quepa parte desta ofrenda tan gloriosa. Todos los que tenéis sed, venid á las aguas, y los que no tenéis oro ni plata, venid á recibir este don celestial. Corred, viejos, y cantad con Simeón. Corred, viudas, y predicad con Anna. Corred, vírgines, y alegraos con María. Corred, varones, y ceñíos de fortaleza con Josef. Corred, niños, y juntaos con el niño Jesús. Corred, justos, y recebid gracia. Corred, pecadores, y recebid perdón. Corred, ángeles, y maravillaos de ver á Dios redemido, y á la Virgen purificada, y al Se-

(1) Psalm 47.

ñor de todas las cosas humillado y subjecto á la ley, y aprended en la escuela deste niño cómo siendo Dios tan alto, le agradan los corazones humildes en el cielo y en la tierra.

§ II

Después desto considera más en particular el alegría y consolación que este sancto viejo recibió en este día. Los Evangelistas ordinariamente no escriben más que la historia de los misterios, dejando todo lo interior (que son los afectos y sentimientos de las personas) á la devota inquisición del piadoso lector. Pues cuáles hayan sido los sentimientos y alegrías deste sancto varón, viendo con sus ojos y recibiendo en sus brazos al Salvador del mundo, ¿quién lo podrá explicar? Veía el sancto hombre el mundo lleno de maldades y pecados, veía millares de ánimas descendir cada día á los infiernos, dolíanle entrañablemente (como á verdadero justo) las ofensas de Dios y el perdimiento de tantas ánimas, deseaba tanto el remedio destos males, cuanto era el dolor que padescía por verlos. Sabía que este remedio estaba librado en la venida deste Señor: daba voces día y noche clamando y sospirando por ella, acordándose que estaba escrito por Isaías (1): Los que tenéis memoria del Señor, no calléis ni ceséis de imporportunarle, hasta que haga á Hierusalem materia de alabanza en toda la tierra. Pues cuando viese ya el sancto varón cumplidos tan largos y tan ansiosos deseos, cuando viese ya oídas sus oraciones y recibidas sus lágrimas, cuando viese ante sí nacido el remedio del mundo, cuando viese al Hijo en los brazos de la madre como una preciosa margarita engastada en oro precioso, y no solamente lo viese con sus ojos, sino también lo tomase en sus brazos, y en ellos lo adorase y reverenciase (como quien tan bien conoscía por espíritu de Dios lo que en ellos tenía) cuando todo esto viese y contemplase, ¿qué haría? ¿Qué diría? ¿Qué sentiría? ¿Qué lágrimas derramaría? ¿Qué gracias y alabanzas daría á quien para tanto bien lo había guardado? ¿Con qué devoción, con qué amor, con qué temor extendería sus brazos para recibir en ellos aquel tesoro? ¿Qué ríos de lágrimas correrían por aque-

(1) Isai. 62.

lla cara y por aquellas venerables canas, con las cuales regaría el rostro del niño que entre sus pechos tenía? ¿Qué de besos le daría? ¿Cómo lo apretaría sus brazos, diciendo con la esposa en los Cantares (1): Hallado he al que ama mi ánima, téngole, no le dejaré?

Y ¿qué gozo juntamente recibiría la Virgen, viendo las lágrimas y devoción de este sancto viejo, y considerando por cuántas partes comenzaba ya á resplandescer la gloria de su Hijo, y cómo cada día crescían más los testimonios de quién él era? Mas esta alegría no fué del todo pura como las pasadas, sino mezclada con un amarguísimo cáliz de dolor, que se comenzó en este día, y se acabó juntamente con la vida. Porque cuando aquel varón lleno del espíritu de Dios, entre la confesión y alabanzas del niño, comenzó á profetizar los grandes trabajos y contradiciones que el mundo le había de hacer, y el cuchillo de dolor que había de traspasar el ánima de su inocentísima madre, allí se echó acíbar en los placeres de su vida, porque apenas tuvo gozo tan puro, que no fuese aguado con el sobresalto y con los temores deste día. Cuyos trabajos, cuanto menos distinctamente conoscía, tanto el amor se los hacía sospechar mayores. ¿Qué haces, sancto varón? ¿Para qué quieres dar perpetua materia de dolor á esta Virgen? Dejárasla agora en su sancta simplicidad, y no le dijeras cosa cuya noticia le sea perpetuo martirio toda la vida. ¡Oh si supieses qué vena de dolores le has descubierto con esa palabra, y qué materia de trabajos le has dado con esa tan dolorosa profecía! Si nada deso le fuera revelado, viviera en una perpetua paz y alegría, viviera en continuo gozo con la presencia de su Hijo: mas de aquí adelante su vida será una cruz y una muerte prolija. ¡Oh cuántas lágrimas, oh cuántos gemidos pudieras redimir con el silencio desa palabra! Pues ¿qué consejo fué el tuyo, en querer decir lo que tanto la había de lastimar? No fué cierto consejo tuyo, sino del Espíritu Sancto, porque el mismo que te enseñó lo que estaba por venir, te lo mandó revelar. No enseña Dios lo que se ha de decir, y calla el tiempo en que se ha de decir, porque el que es maestro de lo uno, es también maestro de lo otro. Pues ¿por qué, Señor, quisistes lastimar así el corazón desta Virgen? ¿Por qué quisistes que viviese siempre con tormento la que nunca cometió pecado?

(1) Cant. 3.

Sin dubda la causa fué porque en todo quisistes que fuesen conformes la madre y el hijo, y que pues esta Virgen era la más perfecta de las perfectas, no dejase de participar de la mayor gloria del Sancto de los sanctos. Y porque la mayor gloria deste Señor fué haber padescido tantos dolores por obediencia del Padre, no era razón que faltase parte desta gloria á su sanctísima madre, y así como el Hijo siempre tuvo la cruz delante de sus ojos padesciendo con la memoria della, así la Virgen tuviese ante los suyos esta misma cruz, y padesciese con esa misma memoria. Pues ¿dónde están agora los que infaman los trabajos, los que tanto huyen las asperezas de la vida, los que con todas sus fuerzas buscan el regalo y el descanso, y en él ponen su felicidad? Si éstos fueran verdaderos bienes, no carescieran dellos las dos mejores personas del mundo, y si los contrarios fueran verdaderos males, no estuvieran tan llenos dellos. Pues ¿de qué te quejas, enfermo, pobre y atribulado, porque Dios te trate de la manera que trató á su Hijo y á su madre? Por muy buena medicina tiene el esclavo la que el padre da á un hijo suyo muy amado: pues ¿por qué nos agraviamos de la medicina de las tribulaciones, de que tanta parte dió el Padre Eterno á las dos más amadas personas del mundo? Quien con este ejemplo no tiene las tribulaciones por favores y beneficios de Dios, no sé yo cuál otro le pueda bastar.

Después desto considera los ejercicios y la vida de aquella bienaventurada viuda, ejemplo de todas las viudas, y aun de todas las vírgines y casadas, de la cual dice el Evangelista que nunca salía del templo, sirviendo al Señor con ayunos y oraciones día y noche. ¡Qué convenientes ejercicios para viuda, ayuno y oración! El ayuno mortifica la carne, la oración levanta el espíritu: el ayuno sanctifica el cuerpo, la oración purifica el ánima: el ayuno mortifica las pasiones, la oración hinche el corazón de buenos deseos: el ayuno tiempla la vihuela, la oración hace la música: el ayuno meresce las consolaciones, la oración las recibe: el ayuno alimpia el ánima de los vicios, la oración la hermosea con las virtudes: con el ayuno vence el hombre al demonio, con la oración triunfa de Dios. Y son tan connexas estas virtudes entre si, que apenas se pueden hallar la una sin la otra, porque ni en el trabajo del ayuno y asperezas podría el hombre perseverar sin el regalo de la oración, ni la oración se podría cumplidamente ejercitar sin la templanza del ayuno.

Y en estos dos ejercicios perseveraba esta sancta mujer hasta los ochenta y cuatro años de su vida, donde tan poca necesidad habría de ayunos para domar la carne, así por la mucha edad como por tan largo hábito de castidad. Mas todavía en esta edad ayunaba la sancta vieja (como ayunaban aquellos sanctos Padres del yermo) no ya para domar la carne, sino para levantar el espíritu, y para hacer guerra perpetua al amor proprio, y para despedir de sí todos los cuidados de las cosas corporales, para poder del todo emplearse en el cuidado de las espirituales. Pues á los tales revela Dios sus misterios, y les da parte de sus secretos, y les descubre la buena nueva de su Evangelio, como lo significó el Profeta cuando dijo (1): ¿A quién enseñará Dios su sabiduría, y á quién dará oídos y entendimiento para entender sus misterios? A los destetados de la leche y á los apartados de los pechos: esto es, á los que por su amor se apartaron y destetaron de todos los regalos y placeres del mundo, para que los que por él renunciaron todos los deleites del cuerpo, sean siempre llenos de las consolaciones del Espíritu Sancto.

De cómo el ánima devota presenta con la Virgen al niño Jesús en el templo.

§ III

Después que el ánima religiosa espiritualmente concibió dentro de sí al niño Jesús, y le parió, poniendo por obra el buen propósito concebido, y gustó la dulzura y suavidad del nombre de Jesús, y hallado y adorado con los Reyes este Señor, ¿qué le falta sino que caminando á la celestial Hierusalem, y entrando en el templo, presente al Padre el Hijo de la Virgen? Sube pues, oh espiritual María, no ya á las montañas sino á las moradas de la celestial Hierusalem, y hincadas húmilmente las rodillas en el sacro palacio de aquella ciudad soberana delante del trono de la Beatísima Trinidad, ofresce y presenta al Eterno Padre su unigénito Hijo. Y alaba primeramente á Dios Padre, por

(1) Isai. 28.

cuya inspiración concibiste el propósito de la buena vida. Glorifica á Dios Hijo, por cuya información pusiste el buen propósito por obra. Bendice y sanctifica al Espíritu Sancto, con cuya consolación hasta agora perseveraste en los buenos ejercicios. Oh ánima devota, glorifica á Dios Padre en todos los dones suyos y bienes tuyos, porque él es el que con secretas inspiraciones te sacó del mundo, diciendo: Vuélvete, vuélvete, Sunamitis, vuélvete, vuélvete á mí. Glorifica también en todas tus obras á Dios Hijo, porque él es el que con su secreta información te libró del poder del demonio, diciéndote que tomases su yugo sobre ti, y sacudieses el yugo del demonio de tus hombros, enseñándote que este yugo era amarguísimo y el suyo suavísimo, y que aquél iba á parar en los eternos tormentos y éste al puerto de la salud perdurable. Aquel yugo, si tiene suavidad, es engañosa y de un momento, mas la dulzura que éste trae consigo, da verdadera y eterna gloria. Aquel yugo levanta un poco á los que lo traen, para confundirlos eternalmente, mas el que éste trajere, por un poco de tiempo se humillará, mas después para siempre reinará. Ésta es pues la doctrina con que el Hijo de Dios por sí y por sus ministros te reformó y libró de los engaños del demonio y de los halagos de la carne y del mundo. Glorifica también al Espíritu Sancto, porque él con la dulzura de sus consolaciones te esforzó en el bien, diciendo: Venid á mí todos los que trabajáis y estáis cargados, que yo os daré refrigerio. Porque desta manera un ánima delicada, flaca y enferma, acostumbrada á los deleites del mundo y á los gozos del siglo, y embriagada con el vino del cáliz de Babilonia, ¿cómo pudiera perseverar y aprovechar en el bien comenzado, estando presa y atada con los lazos de los pecados y entre tantas redes del enemigo antiguo, entre tantos malos consejos, entre tantos impedimientos de la virtud y entre tanta muchedumbre de saetas de amigos y parientes y conocidos que te querían apartar del camino del cielo, si no fueras misericordiosamente ayudada y dulcemente recreada con la gracia y consolación del Espíritu Sancto? A él pues atribuye todos estos bienes y no á ti, y dile con pura y devota intención: Todas mis obras habéis obrado, Señor, en mí: delante de vuestros ojos nada soy y nada puedo, y de vuestra misericordia es todo lo que soy, sin la cual ninguna cosa puedo hacer que os sea agradable. Pues á vos, clementísimo Padre de misericordia, ofresco lo que es vuestro, y á vos lo enco-

miendo todo, y á vos húmilmente reconosco por dador de todos los bienes. Á vos, oh beatísimo Padre, sea alabanza, á vos gloria, á vos hacimiento de gracias, porque con vuestro infinito poder de nada me criastes. Á vos alabo y glorifico, beatísimo Hijo, porque con vuestra eterna sabiduría me librastes de la muerte eterna Á vos bendigo, adoro y sanctifico, beatísimo Espíritu Sancto, que por vuestra piedad y clemencia me llamastes del pecado á la gracia, del destierro á la patria, del trabajo al descanso, y de la tristeza del mundo á los deleites y alegría y consolación de vuestro espíritu.

De la Huida á Egipto.

DESPUÉS de idos á su región los Magos, dice S. Mateo Evangelista que el Angel del Señor aparesció á Josef, diciéndole: Levántate, y toma al niño y á su madre, y huye á tierra de Egipto, porque Herodes ha de buscar el niño para le matar. El cual levantándose tomó al niño y á su madre, y fuése á Egipto, y estábase allí hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliese lo que dijo el Señor por el Profeta (1): De Egipto llamé á mi Hijo. Entonces Herodes, viendo que había sido burlado de los Magos, airóse mucho. Y enviando sus ministros, mató todos cuantos niños había en Betleem y en toda su tierra, de dos años abajo, según el tiempo que él había preguntado á los Magos. Entonces se cumplió lo que había dicho el Profeta (2): En la tierra de Rama fué oída voz de mucho llanto y aullido, con que Raquel lloraba sus hijos, y no quiso recibir consolación, por verlos muertos.

Pues muerto ya Herodes, el Ángel del Señor aparesció en sueños á Josef, diciendo: Levántate, y toma al niño y á su madre, y vuélvete á la tierra de Israel, porque ya son muertos los que querían matar al niño. El cual como se levantase, tomó al niño y á su madre, y vino á tierra de Israel. Y oyendo que Arquelao reinaba en Judea por Herodes su padre. temió ir á ella. Y amonestado en sueños, fuése á la provincia de Galilea, y moró

(1) Osee 11. (2) Hier. 31.

en Nazaret, para que se cumpliese lo que estaba dicho por los Profetas, que el Salvador sería llamado Nazareo. Lo susodicho es del evangelista S. Mateo (1).

§ I

Hasta aquí, sacratísima Virgen, todo ha sido alegrías, todo favores del cielo, todo maravillas sobre maravillas. Tiempo es ya que comencéis á beber del cáliz de vuestro Hijo, y á saber qué cosa son los trabajos deste mundo. Tiempo hay, dice el Sabio (2), de abrazar, y tiempo de alejarse de los abrazos. Hasta aquí fué tiempo de gozar de los abrazos de vuestro Hijo: ya es tiempo que comencéis á beber del cáliz que él bebió. No esperéis, Señora, otra fruta deste mundo. En valle de lágrimas estamos, en lugar de destierro, en tierra de condenados, junto á los ríos de Babilonia, donde están enmudescidos los órganos de Sion, y donde tan pocas veces se oyen cantares de alegría. Por tanto aparejaos, Virgen, para las lágrimas, pues el tiempo y el lugar no os convidan á otra cosa. Hoy se cierra vuestra aleluya, hoy se da fin á vuestros placeres, y se os da á comer de la amarguísima fruta deste siglo.

Consideremos pues con qué priesa se levantaría la sacratísima Virgen en esta hora, y tomaría en sus brazos al niño, y dejaría su pobre casa, y sin despedirse de nadie (porque la priesa del negocio no daba lugar á más) comenzaría á andar á gran priesa su camino. Porque la que tan bien sabía estimar el tesoro que tenía, no haría caso de perder todas las cosas por asegurar tan grande bien. ¡Oh noche escura! ¡Oh noche tenebrosa! ¡Oh noche de lágrimas y de dolor! ¡Oh, si desta manera supiesen los hombres estimar á Cristo, si supiesen poner el cobro que convenía en este tesoro, que cuando corriese riesgo de perder á él, ó de perder todo lo demás, supiesen perder para ganar, y aun tuviesen con el Apóstol todas las pérdidas por ganancias (3), cuando con ellas conservasen este bien! Porque si la astuta serpiente sabe poner todo el cuerpo á peligro por asegurar la cabeza (en la cual consiste su vida) ¿cuánto más debíamos nosotros poner á riesgo todo

(1) Matth. 2. (2) Eccle. 3. (3) Philip. 3.

lo al por asegurar á Cristo, nuestra cabeza, en quien está nuestra vida?

Pues tornando á vos, Virgen sanctísima, ¿qué tan grandes fueron los trabajos que pasastes en esta jornada, desamparando vuestra tierra, vuestra casa y vuestros dulces conoscidos y parientes, y caminando á tierras extrañas, y tierras de idólatras é infieles, con ese tan delicado niño en vuestros brazos, donde ni teníades casa, ni abrigo, ni hacienda para servirlo? Si entre vuestros naturales no hallastes más que un establo y un pesebre para el nascimiento del niño, ¿qué hallaríades entre infieles, bárbaros y extraños? ¿Dónde aportaríades? ¿Quién os acogería? ¿Quién usaría con vos de caridad, donde reinaba la infidelidad? Y sobre todo esto, ¿qué sentiría vuestro piadoso corazón morando en tierra de infieles, viendo allí tan desterrado y muerto el conoscimiento de Dios, y tan vivo el culto y servicio de los demonios? Si del sancto Lot se dice que moraba entre aquéllos que atormentaban el ánima del justo con sus malas obras (1), y si del apóstol S. Pablo se lee (2) que se afligía su espíritu viendo la ciudad de Atenas dada al culto de los ídolos, ¿qué sentiríades vos, que cuanto mayor gracia teníades, tanto más sentíades la deshonra de Dios y el perdimiento de tantas almas? Y tú, oh sanctísimo niño, ¿por qué tan presto quieres comenzar á padescer trabajos? ¿Por qué no quieres perdonar los tiernos años de esa edad?

Mas no sólo este argumento, sino también la crueldad de Herodes nos declara la perversidad y malicia del mundo: de la cual trata copiosamente Gregorio Niseno, hermano de S. Basilio, por estas palabras (3): Esta sentencia de Herodes no sólo nos descubre la extremada y nunca vista crueldad deste tirano, sino también su grandísima ceguedad y locura. Porque ¿qué era lo que le movió á la matanza de tantos niños? Responderá él que por la estrella del cielo que los Magos le dijeron, que era señal de ser nascido un nuevo rey. Pues dime, loco, si ese nuevo rey es tan poderoso que puede alterar los cielos, luego fuera está de tu jurisdicción Pues ¿por qué mandaste publicar tan cruel edicto contra estos niños? ¿Qué maleficio cometieron? ¿Qué causa te dieron para tan cruel sentencia, pues no vemos en ellos otra culpa más que haber nascido? Y por sola esta causa hinches la ciudad

(1) Genes. 13. (2) Act. 17. (3) Greg. Nisse. serm de Nativ. Dom.

de verdugos, y mandas juntar las madres con sus hijos: y es de creer que también los padres y los parientes se hallarían presentes á este tan doloroso espectáculo. Mas ¿qué palabras bastarán para escribir y poner ante los ojos aquella tan grande calamidad y aquellas lágrimas y música tan confusa y lamentable de los niños, de las madres, de los padres y de los parientes, que todos lastimosamente daban voces y clamaban contra las amenazas de aquellos crueles carniceros? ¿Quién podrá con palabras representar de la manera que estaba el verdugo par del niño con la espada desvainada en la mano, con los ojos sangrientos y encarnizados y con palabras furiosas, tirando con la una mano el niño hacia sí, y con la otra levantando el espada para herirle, y por otra parte cómo la triste madre tiraba el niño para sí, poniendo sus cervices al golpe del espada por no ver con sus ojos despedazar sus entrañas? ¿Quién declarará el sentimiento de los padres, los ruegos, las exclamaciones, los gemidos, los postreros abrazos de sus hijos, pues todas estas cosas juntas concurrían en un mismo tiempo? ¿Quién tendrá lágrimas para llorar tantas figuras y maneras de calamidades y los dolores de las madres, considerando cómo el miserable niño por una parte estaba mamando á los pechos, y por otra recebía el golpe del espada que lo atravesaba de parte á parte, y cómo la miserable madre por un cabo daba la teta al niño, y por otra recebía en su seno la sangre de él? Y muchas veces acaescería que el cruel verdugo, errando el golpe, traspasase juntamente la madre y el hijo con la misma estocada, y así se juntase en uno la sangre de ambos. Y porque la cruel sentencia del tirano mandaba matar todos los niños de dos años abajo, acaescería también en este tiempo tener una madre dos hijos: en lo cual se me representa otro espectáculo más triste que el pasado, que es ver dos carniceros par de una sola madre, el uno tirando por el hijo mayor, y el otro por el menor que estaba mamando. Pues ¿cuál sería el sentimiento de la miserable madre que en esto se viese, partiéndole el corazón por medio, y poniéndola en dubda á cuál de los dos verdugos acudiría, pues ambos tiraban los niños, uno por la una parte, y otro por otra, oyendo al uno dar voces y llorar, y al otro tartamudeando llamar con lágrimas á su madre y pedirle socorro? Pues la pobre madre ¿qué haría, á dónde iría, á dónde se volvería, á cuál de los clamores respondería, y cuál de las muertes primero lloraría,

pues igualmente la apretaban los estímulos y amor de naturaleza? Hasta aquí son palabras de Gregorio Niseno, las cuales quise referir aquí tan por extenso para que por aquí se vea hasta dónde llega la malicia del corazón humano, y señaladamente hasta dónde llega el desordenado apetito de la honra y de la propria excelencia. Pon los ojos en este hecho, y mira lo que este malvado rey intentó por conservarse en la honra y estado que tenía. ¿Qué mayor crueldad, qué mayor fiereza que derramar tanta sangre, despedazar tantos niños, lastimar tantas madres, dejar tantos padres sin hijos, y tantas casas sin herederos, por asegurar siete años de reinado? ¡Oh ciega maldad, oh invidia loca (dice S. León Papa) que piensas de perturbar con tu furor el consejo divino! Mira que el Señor del mundo no busca el reino temporal, pues viene á dar el eterno. ¿Para qué pues intentas pervertir la orden inconmutable de las cosas que tiene Dios asentadas? ¿Para qué quieres tú tomar la mano y anticipar la maldad de otro? La muerte de Cristo no es para este tiempo. Primero se ha de ordenar el Evangelio, primero se ha de predicar el reino de Dios, primero se han de curar los enfermos, primero se han de hacer los milagros.

Mira pues en qué extremo de males despeñó la soberbia y el amor del señorío á este malaventurado, pues no sólo le hizo más cruel que todas las fieras, sino también el más loco de todos los locos. Ésta es pues, hermano mío, la miseria del corazón humano, ésta es la naturaleza del amor desordenado de sí mismo, hasta aquí llega el amor de la propria excelencia, y hasta aquí has de creer tú también de ti que llegarías, si tuvieras la misma causa, ó si no fueses prevenido con la divina gracia.

Mas sobre todo esto es mucho de considerar la grandeza de la divina bondad, que en la gloria destos niños resplandece. ¿Qué mayor bondad y largueza que aceptar Dios no sólo por sacrificio, sino por martirio, una muerte padescida no por voluntad, sino por necesidad, donde no hubo querer sino fuerza, donde no hubo merescimiento sino acaescimiento, donde no hubo corazón de mártir, aunque había cuerpo de mártir, donde no hubo devoción en el que moría, sino crueldad en el que mataba, y donde finalmente había cuchillo de tirano, y no había espíritu de mártir? Mas todo esto que faltaba, suplió la divina gracia, la cual mudó los desastres en coronas, y los acaescimientos en meresci-

mientos. Porque no es mayor la malicia de Herodes que la bondad de Dios, y si aquella maldad se extendió á dar pena sin culpa, no es mucho que esta bondad se extienda á dar corona sin merescimiento. Mira pues, desconfiado, mira, pusilánime y escrupuloso, que por cada niñería piensas ser condenado, cuánto mejor Dios tienes de lo que pensabas, cuán amador de los hombres, cuán deseoso de su salud, cuán amigo de dar su gloria, pues tales ocasiones busca para darla, y con tales servicios se contenta. Si (como dijo un filósofo) el liberal á veces busca achaques para hacer mercedes, ¿cuánto más hará esto aquél que sobre todas sus virtudes es alabado de misericordioso y liberal? No es lo que á este Señor agrada el cuerpo solo de las obras, sino el espíritu con que se hacen (que es la buena voluntad) mas el que tanta hambre tiene de nuestro bien, contentóse en estos niños con lo que halló, supliendo con su gracia lo que faltaba, y añadiendo con su bondad lo que no había en la edad. ¡Oh bienaventurados niños, dichosamente nascidos, pero más dichosamente muertos! Mueren (dice Eusebio Emiseno) por Cristo los niños, por la justicia muere la inocencia. ¡Cuán dichosa edad, que aún no puede hallar á Cristo, y ya meresce morir por Cristo, y no teniendo cuerpo para las heridas, ya lo tiene para la pasión! ¡Cuán dichosamente nascieron, pues á la primera entrada del nascimiento les salió á recebir la vida eterna! Hallaron luego al principio de la vida el fin de la vida, mas con el mismo fin de la vida compraron el principio de la eternidad. No parescen aún maduros para la muerte, mas dichosamente mueren para la vida: apenas habían probado la presente, y ya reciben la venidera: apenas los habían puesto en las cunas, y ya reciben las coronas: son arrebatados de los brazos de sus madres, y de ahí son llevados á los coros de los ángeles.

De cómo se perdió el niño Jesús de edad de doce años.

Entre los misterios de la infancia y niñez del Salvador es muy dulce de contemplar cómo se perdió el niño Jesús en el templo: donde muchas veces acaescerá que buscando con la madre el Hijo perdido, se cobren y hallen los perdidos. Pues para esto es de saber que mandaba Dios en la ley que tres veces

en el año paresciesen delante dél todos los hijos varones (1). Y por esto la sacratísima Virgen, como persona de tanta obediencia, llevaba aquel sancto niño á Hierusalem á presentarlo delante Dios en el templo y cumplir aquella ley. Pues siendo el niño de doce años (que es el más florido y más gracioso tercio de la vida) subió con él á Hierusalem, y como el sancto niño les desaparesciese, y después de buscado entre los parientes y conoscidos no se hallase, volviéronse otra vez á Hierusalem, y rodearon toda la ciudad y todas las plazas y lugares della, preguntando á todos los que encontraban por el niño. Nadie les sabía dar razón de lo que preguntaban. Pasáronse en esto tres días y tres noches, en que la sacratísima Virgen ni dormiría ni reposaría, viendo que le había faltado su tesoro, y temiendo aún mayores peligros. Porque como tanta parte de la vida se le hobiese pasado en huídas y sobresaltos, y agora viese que el niño que tan doméstico y obediente era, le había desaparescido, eran tan grandes los temores y dolores desta ausencia, que no hay lengua que los pueda explicar. Y está muy clara la razón. Porque el dolor y todos los otros sentimientos fúndanse en amor, y así, cuanto el amor es mayor, tanto es mayor el temor y el dolor, con todos los otros afectos y accidentes del amor. Pues ¿quién podrá explicar la grandeza del amor que la sacratísima Virgen tenía á su Hijo? Porque éste fué el mayor de cuantos amores ninguna pura criatura ha tenido en el mundo, ni tendrá jamás Y este amor cada día crescía con los continuos actos de virtudes, merecedores de mayor gracia y amor. Pues si los ríos cuando llegan á la mar (por muy pequeños que sean) entran muy poderosos, por las muchas acogidas de agua que toman, ¿cuál estaría entonces este amor, que al principio era tan grande, á cabo de tantos años de crescimientos, con tan grandes avenidas y crescientes de amor? Pues si tan grande era el amor deste tesoro, ¿cuál sería el dolor de haberlo perdido, pues tan grande es el dolor como el amor? No hay palabras que esto puedan explicar. Mas porque de la grandeza del amor y el dolor desta Virgen tratamos bastantemente en el Vita Christi del Memorial, no diremos más en este lugar.

Pues queriendo el Espíritu Sancto dar fin á este martirio de la Virgen, ordenó que fuese á buscar al Hijo en su proprio lugar,

(1) Deuter. 16.

que es el templo y casa de Dios. Porque común cosa es hallarse lo que se busca en su proprio lugar. Y pues el templo es lugar de Dios, en él es razón que se busque, y ahí se hallará. El templo es casa de oración, y ahí es cierto que se halla á Dios. Y por esto cuando tú, hermano, te hallares triste, desconsolado, distraído, tibio, seco y sin una centella de devoción, entra en este templo, persevera en la oración, que si fielmente y húmilmente perseverares en ella, sin dubda hallarás á Dios, y el indicio de lo haber hallado será la devoción y la suavidad y el esfuerzo y alegría que allí recibirás.

Pues cuando la sacratísima Virgen alzó los ojos y vió aquella luz que tanto deseaba, cuando la piadosa mujer, trastornada toda la ciudad, halló la pieza de oro que había perdido, ¿quién podrá explicar el alegría que recibió? Si tan grande fué la tristeza de perderla, ¿cuál sería el alegría de hallarla? Quedáronse las mismas lágrimas en sus ojos, mas mudóse la causa dellas, porque antes eran lágrimas de tristeza, agora lágrimas de alegría. Hermosa es la misericordia de Dios en el tiempo de la tribulación, dice el Sabio (1), como la sombra en el estío, como el agua fría en la sed, como la serenidad después de los nublados escuros. Pues ¿qué tal sería aquella misericordia y aquella luz después de las tinieblas de tanta tristeza? Llegóse la madre donde estaba el Hijo: no aguardó á que se acabase la disputa, no se empachó de tanta gente como allí estaba, entra por medio de todos, y no pára hasta llegar á su amado. Mas ¿de qué manera le halló? Asentado en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándolos. No era todo hablar, ni todo oir, sino á veces oía con paciencia, y á veces preguntaba con discreción: y era tan grande la cordura que tenía en lo uno y en lo otro, mayormente en las respuestas, que todos estaban suspensos y atónitos de ver en aquella tan tierna edad tan grande seso, tan grande sabiduría, tanta elocuencia, tanto reposo, tanta gravedad, tanta prudencia y tantas maravillas como en aquel divino rostro, en aquellos ojos y en aquellas palabras resplandescían. Porque aunque allí no veían por defuera más que figura de hombre, todavía parescía haber allí otra cosa más que humana. Porque así como muchas veces la agudeza de los ingenios y la mansedumbre de los corazones

(1) Eccli. 26.

resplandesce en los rostros y en los ojos (que son como intérpretes y testigos del ánimo) así aquella Divinidad soberana que en aquel pequeño cuerpo estaba encerrada, echaba sus rayos afuera, y descubría algo de lo que dentro se escondía, como vemos en el sol, que aunque esté cubierto con alguna nube, todavía descubre algo de su resplandor. Por esto con mucha razón se maravillaban los que presentes estaban, y entre sí decían: ¿Qué es esto? ¿Qué niño es éste? ¿Qué novedad es ésta? ¿Qué sabiduría es ésta en tales años? ¿Cúyo hijo es este niño? ¿Dónde pudo saber tanto en tan poco tiempo? ¿De qué tierra es? ¿Dónde ha estado hasta agora encerrado este tesoro? Estas y otras cosas semejantes dirían aquellos hombres.

Pues como la sanctísima Virgen hallase al Hijo en esta disposición, dice el Evangelista que se llegó á él y le dijo: Hijo, ¿por qué lo habéis hecho así? Mirad que vuestro padre y yo con dolor os andábamos buscando. Respóndele el Hijo: ¿Para qué me buscábades? ¿No sabíades que en estos negocios que son de mi Padre, me convenía á mí estar? Áspera respuesta paresce ésta de hijo á madre: mas en esto se nos da ejemplo de la gravedad y entereza que debemos tener para con nuestros padres cuando nos fueren impedimento para las cosas de Dios, aunque en lo demás deban ser acatados y obedescidos. Y el mismo Señor que nos enseñó lo uno, nos enseñó lo otro. Porque luego dice el Evangelista que se fué con ellos, y que les era obediente en todo lo que le mandaban. ¡Oh palabra de gran admiración! Era (dice) súbdito á ellos. ¿Quién á quién? dice S. Bernardo. Dios á los hombres. Dios (digo) cuyos súbditos son los ángeles, á quien obedescen los principados y potestades, obedesce á María, y no sólo á María, sino también á Josef por amor de María. Maravíllate de ambas cosas, y escoge de qué más te debas maravillar, ó de la grandísima humildad del Hijo, ó de la grandísima dignidad de la madre, porque lo uno y lo otro es cosa de grande admiración. Que Dios se subjecte á una mujer, humildad es sin ejemplo, y que una mujer tenga mando sobre Dios, dignidad es sin comparación. Entre las alabanzas de las vírgines señaladamente se canta que siguen al Cordero por doquiera que va. Pues si tan grande gloria es seguir al Cordero, ¿cuánto mayor será ir delante dél? Aprende, hombre, á obedescer, aprende, tierra, á subjectarte, aprende, polvo, á hacer lo que te mandan. Dios se humilla,

y ¿tú te ensalzas? Dios se subjecta á los hombres, y tú, deseando señorear, ¿te antepones á tu hacedor? Porque ciertamente cuantas veces deseo mandar á los otros, tantas procuro anteponerme á Dios. Si por ser hombre te desdeñas de imitar el ejemplo de otro hombre, no te desdeñes de imitar siquiera el de tu hacedor. Si no lo puedes seguir por doquiera que va, á lo menos síguele á donde por ti descendió. Esto es, si no puedes subir á la alta senda de la virginidad, á lo menos sigue á Dios por el segurísimo camino de la humildad, del cual, si se apartaren las vírgines, sin dubda ya no siguen al Cordero por doquiera que va. Hasta aquí son palabras de S. Bernardo.

Mas no sólo de humildad, mas también de obediencia tenemos aquí maravilloso ejemplo. Porque ¿quién á quién se desdeñará ya de obedescer, pues el Señor de los ángeles vino á obedescer á los hombres? Si todo el saber de Dios y todo el poder y toda la majestad así se subjecta, y así obedesce, y así acude á donde le mandan una mujer y un pobre oficial, ¿cómo no se confunden los presumptuosos, y los puntosos, y los que andan midiendo como con un compás las cortesías y reverencias? Si aquí el cielo se pone debajo de la tierra, ¿cómo la tierra se quiere subir sobre los cielos, y se desdeña de hacer lo que hace Dios?

§ I

Mas entre otras muchas cosas que hay que considerar en este paso, una de las principales es saber por qué el Señor permitió que esta inocentísima Virgen padesciese un tan grave dolor como fué el que por espacio destos tres días y noches padesció. ¿Por qué, Señor, consentistes que una virgen tan pura y tan ajena de culpa padesciese tan grande pena, pues la pena se hizo para castigo de la culpa? Bastara, Señor, aquel cuchillo que atravesó su ánima con las palabras de Simeón, las cuales quisistes que tan temprano oyesen sus oídos, para que toda la vida le fuese un martirio de temor y de dolor, y para que nunca tuviese gozo tan puro, que no se aguase con el sobresalto y memoria de aquellas palabras. Bastaba el sobresalto de aquella temerosa noche en que huyó á Egipto, y los siete años de destierro que allí padesció entre idólatras é infieles. ¿Por qué queréis agora renovar todos

los dolores pasados, quitando al Hijo de la presencia de la madre en tiempo que reinaba el hijo de Herodes Arquelao, heredero de la ambición y tiranía de su padre, por cuya causa huyó otra vez de Judea á Galilea por revelación del Angel? ¿Qué esto, Señor? ¿Toda la vida se le ha de pasar á esta inocente Virgen en lágrimas y en gemidos? ¿Por qué usáis de tan gran severidad con persona que tanto amáis?

Muchas causas habría cierto para esto, porque si Dios tanta cuenta tiene con todos los cabellos de los suyos, ¿cuánta tendría con los trabajos desta Virgen, que fué más suya que ninguna otra pura criatura, pues no fué sola sierva suya como todos, sino madre suya como nadie? Mas todas estas causas se reducen á dos, conviene saber, gloria de la Virgen y provecho del hombre.

Porque (cuanto á lo primero) sabida cosa es que no hay mayor gloria ni mayor merescimiento en este mundo que padescer trabajos y dolores por amor de Dios. Porque ninguna cosa hay que más agrade á Dios entre todas las virtudes, que el amor: y como haya muchos grados y pruebas deste amor, aquél es el más fino, más probado y más excelente, que llega á padescer de buena voluntad trabajos por el amado. Y por esto el apóstol Sant Pablo se gloriaba tanto en las tribulaciones (1), y por esto el apóstol Sanctiago quiere que tengamos toda alegría y contentamiento en ellas, porque por ellas se ejercita la paciencia, que es la obra más perfecta y que más perfectamente descubre la fineza del amor de Dios (2). Por dónde S. Pablo, queriendo probar á los de Corinto que era apóstol de Cristo, trae por argumento los milagros que hacía en su nombre, y la paciencia que tenía en los trabajos que padescía por él (3). Pues si tanta gloria es padescer trabajos por Dios, no era razón que esta Virgen, que fué la más sancta de las sanctas y la más perfecta de las perfectas, caresciese desta gloria, sino que antes así como fué la mayor de todos en perfección, así se aventajase sobre todos en la cruz y paciencia de los trabajos. Ésta pues fué la primera causa deste dolor, que sirve para gloria y honra de la Virgen.

Hay otras dos también, que sirven para consolación y provecho nuestro. Porque quiso el Padre Eterno que esta Virgen fuese también en su manera como el Hijo, medianera y abogada de

(1) II Cor. 12. (2) Jacob. 1. (3) II Cor. 12.

los hombres. Por dónde así como el Hijo, según dice el Apóstol (1), convenía que fuese participante de nuestras fatigas y dolores, para que fuese fiel y misericordioso pontífice y abogado de los hombres, y que supiese no sólo por teórica, como Dios, sino por experiencia, como hombre pasible, qué cosa eran trabajos y dolores, para que así estuviésemos más ciertos de su compasión y misericordia (como de consorte y compañero de nuestras miserias) así también convenía que la Virgen (pues la encaminaba Dios para este efecto) supiese también por experiencia de todas estas angustias y miserias, para que estuviésemos más ciertos que como mujer de dolores y madre de misericordia sabría compadescerse de los miserables, y hacer oficio de fiel medianera y abogada por ellos. En lo cual paresce cuán grande fué la piedad y misericordia de Dios para con los hombres, pues para consolar á ellos consintió que fuese lastimada esta tan amada esposa suya con este cuchillo de dolor.

Esta consideración sirve también para consuelo de aquéllos á quien Dios muchas veces espiritualmente desaparesce, privándolos de las consolaciones espirituales y del alegría de su presencia, y destetándolos á tiempos de aquella dulce leche que beben de sus pechos. Porque muchos, cuando esto les falta, piensan que todo está ya perdido y que los tiene Dios despedidos de su amistad y gracia, y con esto caen en tentaciones de pusilanimidad, tristeza y desconfianza, con que pierden aquella fortaleza y vigor de ánimo que es necesaria para andar por el camino de Dios. Pues para consuelo de éstos apenas hay cosa que más ayude que considerar la inocencia desta Virgen y la ausencia deste niño. Porque si con tan grande inocencia se compadesció ausencia de tanto dolor, no es mucho que se haga con los siervos lo que se hizo con la Señora. Y aunque esto muchas veces proceda de nuestra negligencia (por no poner tanto recaudo en conservar la gracia de la devoción con la memoria continua de nuestro Señor) pero muchas veces acaesce sin culpa, por sola voluntad y dispensación divina, como á esta Virgen acaesció.

Y dado caso que muchas veces acaezca esto sin culpa, mas nunca jamás acaesce sin causa. Y la causa no es otra que gloria de Dios y provecho del hombre. Porque por aquí se ve claro que

(1) Hebr. 4.

pues el hombre no tiene en su mano esta alegría espiritual, ni la alcanza cuando la procura, entienda que no es aquélla tanto obra suya, cuanto misericordia divina. De dónde procede que por mucho que Dios le consuele y le regale y levante sobre las nubes, se quede en su propria estimación tan bajo y tan sin presumpción como si nada tuviera, pues aquello que tiene, no es proprio sino ajeno, como una vestidura prestada á cierto tiempo, hasta que su dueño se la pida.

También esto sirve (como dice S. Buenaventura) de un agua fuerte y como de un recio purgatorio para limpiar y purificar las ánimas de los justos. Porque cuanto éstos han gustado y conoscido más por experiencia la dignidad y suavidad desta visitación celestial, tanto más sienten la falta della. La cual, llevada con humildad y paciencia y hacimiento de gracias, es uno de los agradables sacrificios que se ofrescen á Dios, porque esto es en espíritu sacrificar á Isaac, que quiere decir alegría, cuando el hombre huelga por amor y obediencia de Dios carescer deste fruto del Espíritu Sancto. Por dónde así como la lima hace el hierro muy hermoso, limando y gastando todo el orín que tiene por defuera, así la lima espiritual desta tribulación gasta todo el orín de nuestros pecados, y deja el ánima pura y limpia de toda fealdad. Éstas pues son las causas por donde el Señor permite este trago de su ausencia en sus escogidos, para que por él gocen de todos estos provechos: y por esto lo permitió en su inocentísima madre, para que con el ejemplo della se consolasen en este trabajo, teniéndola por compañera de su dolor.

Otras causas hay también deste desamparo de Dios, de las cuales se trata copiosamente en la segunda parte del Libro de la Oración y Meditación.

Aquí se trata de la manera que el ánima devota ha de buscar al niño Jesús después de perdido.

§ II

Mas porque después de perdido espiritualmente el niño Jesús, conviene buscarlo con la sancta Virgen y no descansar hasta hallarlo, cómo esto se haya de hacer, y con cuánto fervor y diligencia se deba buscar, la Esposa nos lo enseña en el li-

bro de los Cantares (1). La cual viéndose ausente del Esposo, le da voces y pide que vuelva á gran priesa, diciendo: Vuélvete, amado mío, con la ligereza del gamo y de la cabra montés, cuando corren por los montes de Betel. Esta voz (dice S. Bernardo sobre este paso) es un continuo deseo que el ánima religiosa tiene de la vuelta del Esposo. Y cuál sea el ánima que merece este nombre de esposa, decláralo el mismo Sancto por estas palabras: Dame un ánima á quien este esposo muchas veces espiritualmente visite, á quien la familiaridad de la conversación haya dado atrevimiento, y el gusto de la suavidad hambre, y el menosprecio de todas las cosas quietud y ocio para emplearse toda en Dios, y á ésta tal pondré yo luego esta voz y este nombre de esposa, y ésta es la que le llama y da priesa por que vuelva. Mas como el esposo no luego acudió á esta voz, cresciendo con esta dilación el deseo, aparéjase á buscarle con toda diligencia. Y buscóle primero en su camilla (que es en el lugar acostumbrado del recogimiento) y como no le halló, levántase de ahí, y cerca toda la ciudad, y corre por todas las plazas y lugares, y no le halla (2). Pregunta otrosí á todos los que por el camino encuentra, y ninguno le da nuevas dél. Pues ¿qué deseo, qué ardor es éste que hace á la esposa levantarse de noche, y no tener empacho de parecer en público, y correr por toda la ciudad, y preguntar públicamente y cada paso por el amado, y no desistir desta demanda por ninguna vía, ni por la dificultad del trabajo, ni por perder el tiempo del sueño, ni por la vergüenza de esposa, ni por los temores de la noche? Pues ¿qué nos representa este tan grande ardor y diligencia, sino el fervor y cuidado con que el ánima que meresce nombre de esposa de Cristo, le busca, cuando siente que está ausente? Porque ve que esta ausencia (como dice el mismo Sancto) es criadora de tristeza y hastío espiritual, causadora de sospechas, estímulo de impaciencia, madrastra de la caridad, y madre de la desconfianza. Por lo cual no sin causa la Esposa trabaja, porfía, busca, persevera y sospira por la presencia del amado.

Mas es agora de ver adónde lo ha de buscar para que lo halle. Tres lugares señala S. Buenaventura (3) donde el ánima devota y religiosa halla este Señor, y en éstos quiere él que lo busque-

(1) Cant. 3. (2) Cant. 3. (3) Ubi supra.

mos, y así dice él: Buscad á este Señor con la Esposa en el huerto de sus deleites (1), donde anda y pasea con las doncellas (que son las ánimas devotas) donde coge lirios con las vírgines, donde come el fruto de sus manzanas (que son las buenas obras) con las ánimas aprovechadas (2). Buscaldo también en la casa de los vinos preciosos que embriagan las ánimas, donde tiene aparejada la cena, á la cual solamente convida las ánimas puras y limpias que siguen al Cordero por doquiera que va. En la cual cena él se ciñe, y las hace asentar á la mesa, y personalmente asistiendo, les administra diversos manjares así de su altísima y sacratísima divinidad como de su dulcísima y sanctísima humanidad. Porque en este convite beben los amigos (3), y son embriagados los muy familiares amigos. Buscaldo también en la recámara de su palacio sagrado, donde reposa con la Esposa celestial (4), donde duerme al medio día, cuando con el resplandor de la luz eterna alumbra las ánimas, y con el ardor de la caridad las inflama en su amor. En este lugar inspira en los oídos de la Esposa los secretos de su profunda sabiduría, y en éste le hace mercedes conformes á su inestimable magnificencia. Aquí la regala, y la consuela, y le dice: Pídeme lo que quisieres, y dársete ha. Aquí se oyen tales y tan grandes maravillas, que se entienden, mas no se hablan, ó porque no se pueden explicar, ó porque los hombres que aún viven como hombres, no las pueden entender. ¡Oh, dichosos los que hallan á Jesús en esta recámara secreta, y los que tienen ya licencia para entrar en este retrete! ¡Oh cuán pocos son los que le hallan en el huerto de sus deleites, y menos los que le hallan en la casa de los vinos preciosos, y mucho menos los que pueden entrar en esta secreta recámara! Mas el reposo y sueño espiritual del ánima que por aquí ha entrado, defiende y guarda el Esposo, diciendo (5): Conjúroos, hijas de Hierusalem, que no despertéis ni hagáis velar el amada, hasta que ella quiera despertar. Y por tanto, los que aun tomáis gusto en las cosas de la tierra, y tratáis negocios temporales, contentaos con que después de haber buscado diligentemente á Jesús, le halléis con los Reyes en el pesebre, porque vuestra consciencia por ventura no está aún hecha verjel de deleites, donde flore-

(1) Cant. 5. (2) Cant. 2. (3) Cant. 3. (4) Cant. 1. (5) Cant. 3.

cen las devotas meditaciones, donde dan olor de sí las obras virtuosas, y donde se gustan las sanctas afecciones.

Mas si por la piedad y misericordia grande deste Señor, después de muchas lágrimas y gemidos, y después de arredrados de los tratos y negocios del siglo, vistes al Esposo por un breve espacio en el huerto de sus deleites, ó por mejor decir, llegando hasta las puertas de la casa de los vinos, vistes por entre los resquicios de la puerta al Esposo adornado y ceñido, pasando y ministrando y ofresciendo á sus amigos diversos vinos y manjares de deleites, y despedidos por los porteros deste lugar, volvistes á los acostumbrados negocios del mundo, mas compungidos después, y acordándoos de aquella alegría espiritual que experimentastes en el huerto de los deleites, y de aquella gloriosa fiesta y convite que como dende lejos por los agujeros de la puerta vistes en la casa de los vinos (donde por un breve espacio gozastes de una tan grande alegría, que sobrepuja todas las alegrías del mundo) en tal caso buscad con la sacratísima Virgen al niño Jesús perdido en el templo, y buscaldo como ella lo buscó, con dolor, con tristeza, con gemidos y llanto. Y andando en busca dél, decid en vuestro corazón: ¡Oh! ¿Cuándo te hallaremos, consolador, á quien esperamos? ¿Cuándo te hallaremos, alegría nuestra, que deseamos? ¡Oh, si nuestra ánima pudiese agora volver siquiera una vez, si no á los abrazos y consolaciones del Esposo, á lo menos á las puertas del verjel de los deleites y de la casa de los vinos, donde se siente el olor suavísimo dellos! ¡Miserable de mí, que dejé en el templo al amantísimo Jesús, cuando saliendo de ahí, me volví á los tratos y negocios del mundo! ¡Oh miserable de mí, desamparada y llena de desconsolación y vergüenza! ¿Por qué no obedecí á sus consejos? ¿Por qué no perseveré en la obediencia de sus palabras, pues en el tiempo que yo gocé de su presencia y de su alegría todas las cosas me sucedían bien, y cuando yo á él tenía, todas las cosas me sobraban? Mas ¡oh miserable de mí, que por la pobreza de las cosas del mundo perdí las verdaderas riquezas, por la aspereza de sus trabajos perdí los deleites del cielo, por los cuidados y congojas desta vida perdí el reposo de mi ánima y la dulzura del espíritu, por los negocios ajenos olvidé á mí mismo, y por regir á los hombres olvidé á mi Dios, mi amado, mi consolador y mi dulcísimo Jesús! Pues ¿qué haré, á dónde iré, dónde lo buscaré, para que otra vez le halle?

Algunas veces me ha acontecido perder por estos cuidados á mi Señor (1): mas luego, ayudándome el clementísimo Padre de misericordia, en cuya viña trabajo, á cuya voluntad por consejo de mis mayores obedezco, por cuya gloria muchas veces me privo de sus consolaciones, por ocupar el corazón en sus negocios, y por cuya honra me pongo á diversos trabajos, mas todavía ayudándome (como dije) su acostumbrada piedad, después de perdido, buscándolo con grandes gemidos y lágrimas, entre ellas mismas lo hallé con grande alegría de mi corazón. ¡Oh, si agora otra vez lo hallase desta manera, paréceme que nunca lo dejaría, sino que con todas mis fuerzas lo tendría! Pues ¿qué haré? Levantarme he, y buscaré al que ama mi ánima, y después de acabados los negocios y cuidados, llegarme he al lugar de la oración. Y si esto no me bastare, buscarlo he con la Virgen entre los parientes y conocidos, esto es, entre las personas espirituales y devotas, ca en éstos mora él, y en éstos hace su habitación, cuando los otros lo pierden. Éstos son con quien él mora en la soledad, cuando el estruendo de las ondas y cuidados de mis pensamientos lo hacen huir de mí. ¡Pobre de mí, que cuando yo estuve en la soledad como aquéllos, le tuve, y le poseí, y le abracé, al que agora, distraído con cuidados y ocupado en negocios, miserablemente perdí! Decidme pues agora, oh vosotras ánimas religiosas, vosotras que apartadas del mundo estáis entregadas á la consideración de las cosas divinas, si vistes por allá al que ama mi ánima. Ciertamente sé que le tenéis y poseéis, y que le sentís y le gozáis. Dadme agora pues por caridad lo que dando no perdéis, y comunicando no dejáis. Porque si agora por la distracción de los cuidados se entibió el fervor de la caridad, espero en la bondad del Señor que no se perdió el hábito de la caridad. Y si por las ocupaciones dejé de estar conversando familiarmente con el amado, mas confío en él que no me aparté de su amor. Y si por entender un poco en la edificación de los prójimos no me allegué á él con todas las fuerzas de mi ánima, pero tuve deseo de volver á él. Y para confesar la verdad, no para gloria mía, sino para mover mi Señor á piedad, húmilmente alego que no por mi provecho sino por su consejo, no por mi ambición sino por su gloria, no por el alabanza de la prelacía sino por la salud de

(1) Aquí habla en su persona S. Buenaventura.

los prójimos, me entregué á los cuidados y negocios. Pues ¿por qué tengo de carecer de la presencia del amado, por lo que con piadosa intención y casi gemiendo hice? Muchas veces por servir al amigo se aparta el hombre del alegría de su presencia, mas esto se repara después con el alegría común de ambos. Desta manera yo algunas veces dejé á él por amor dél. Pues si por amplificar su gloria padecí tantos trabajos, persecuciones y contradiciones y murmuraciones de malos, y agora vuelvo á él gemiendo y llorando, ¿por ventura tengo de carecer de su consolación, siquiera para respirar entre tantos trabajos? Y si él en su Evangelio nos llama á sí diciendo: Venid á mí todos los que trabajáis y estáis cargados, que yo os daré refrigerio, ¿por ventura yo que por honra suya sufro el peso del día y del calor, siquiera después del trabajo no comeré de las migajas que caen de la mesa de mis señores? Nunca Dios quiera que con solos vosotros los contemplativos more el amado, y que el labrador que trabaja, sea despreciado y desechado, pues como dice la Escritura (1), conviene que el labrador algunas veces guste del fruto de la patria celestial, por que no desfallesca en el trabajo. Por dónde no sólo la sacratísima Virgen gozó deste Señor, mas también Marta la ocupada lo tuvo muchas veces por huésped en su casa (2). Por tanto, yo confiando en la divina clemencia, que por tantos ejemplos de misericordia se nos descubre, unas veces buscaré con la sacratísima Virgen á Jesús en el templo, y otras veces con la Esposa en su palacio, y otras con los discípulos en el consistorio, y otras con los sanctos Reyes en el diversorio. Todo lo susodicho es de S. Buenaventura. Y así muchas destas sentencias sirven para consolación é instrucción de las personas espirituales que ó por la necesidad de la caridad, ó por la obediencia de sus mayores, dejan por un breve espacio los ejercicios del recogimiento por acudir á las necesidades de los prójimos ó á los negocios encomendados por sus mayores: los cuales, acabados los negocios, deben volver con aquellos sanctos animales de Ezequiel como relámpagos á lo interior de sus ejercicios, alegando húmilmente ante el Señor estas causas de su distraimiento, para alcanzar la gracia de su consolación. Verdad es que nunca el siervo de Dios de tal manera se ha de entregar á los negocios que trata (por

(1) II Tim. 2. (2) Luc. 10.

justificados que sean) que del todo pierda de vista la guía: antes siempre debe trabajar por traer el horno de su corazón caliente, por que pueda después fácilmente con poca leña y poco trabajo cocer su pan.

Del sancto baptismo y del proceso, ejemplos, trabajos y doctrina del Salvador.

Hasta aquí, Redemptor y Señor del mundo, habemos tratado de los principios de vuestra vida sanctísima hasta los doce años de vuestra edad. Y pues habemos contemplado las obras y trabajos del niño, justo es que también contemplemos los de grande, porque en éstos tenemos más que considerar. Pues cuando se llegó ya el tiempo en que habíades de comenzar á poner la mano en obras grandes, levantástesos á obrar la salud de vuestro pueblo, y alegrástesos como gigante para correr el camino de nuestra mortalidad y pobreza (1). Y por enseñarnos primeramente la virtud de la humildad, de la cual habíades comenzado antes el principio de vuestra doctrina, quesistes que la primera obra de grande fuese también de humilde. Porque siendo vos cordero de inocencia, fuistes á vuestro siervo Sant Juan, que á la sazón estaba baptizando publicanos y pecadores, y puesto en medio dellos, húmilmente le pedistes que os baptizase (2).

Mas después que en el baptismo sonó aquella voz del Padre, que decía: Éste es mi amado Hijo, en quien yo me agradé, luego sois llevado por el Espíritu Sancto al desierto á pelear con el enemigo. Allí ayunastes y orastes cuarenta días, antes que comenzásedes la predicación del Evangelio, para enseñarnos también con qué género de aparejo nos habemos de apercibir cuando quisiéremos comenzar alguna obra señalada. Alli peleastes con nuestro adversario, y vencistes á nuestro vencedor, y á él quitastes las fuerzas, y á nosotros las añadistes, para que así lo pudiésemos vencer. Á todos estos encuentros vos ofrecistes por nuestro amor, y ninguna cosa tuvistes por dificultosa para vos, que fuese para nosotros provechosa. No os apartó deste trabajo ni la soledad del desierto, ni la fatiga del ayuno, ni los combates

(1) Psalm. 18. (2) Matth. 3.

del demonio, ni la aspereza de la penitencia, ni el trabajo del orar y del velar. Siempre teníades ante los ojos las necesidades y flaquezas de vuestros miembros, y por eso, como fidelísima cabeza, trabajábades por sanallos y proveellos de todos los bienes con el tesoro de vuestros merecimientos, para que todo lo que faltaba á nosotros, lo tuviésemos en vos. Vos sois aquél que dijistes por vuestra boca sanctísima (1): Yo, Padre, sanctifico á mí por ellos, para que ellos de verdad sean sanctos, para que así como todos habíamos sido destruídos por la culpa de uno, así fuésemos sanctificados y reparados por la sanctidad y merecimiento de otro.

Después desto, porque la lumbre divina que estaba encubierta debajo del velo de vuestra humildad, era razón que se descubriese para alumbrar los que estaban en tinieblas y sombra de muerte, comenzastes á conversar con los hombres y á predicarles la doctrina del Evangelio. Mas ¿quién podra agora explicar cuán maravillosamente os hobistes en esta obra? ¡Cuán piadosamente llamábades los pecadores á penitencia, cuán liberalmente los convidábades con vuestra gracia, y con cuántas promesas y amenazas procurábades de vencer su dureza! ¡Cuántos caminos anduvistes por toda aquella tierra buscando ánimas! ¡Con cuánta benignidad recebíades á los que á vos venían! ¡Con cuánta misericordia perdonábades sus culpas, y sanábades sus llagas! ¡Cuán dulcemente acudíades á donde os llamaban, y cuán mansamente respondíades á los que os contradecían! ¡Cuán blandamente tratábades vuestros discípulos, cuán amorosamente reprehendíades su rudeza y poco saber, y cuán sin cesar día y noche los amonestábades y encaminábades á todo bien! No huíades de los pecadores, no teníades asco de los leprosos, no desechábades los publicanos y pecadores. A todos os dábades el que venistes para todos, sabiendo que no tienen necesidad los sanos del médico, sino los enfermos. No os cansábades ni de caminar, ni de predicar, ni de sufrir tantas contradiciones. El día dábades á los prójimos, la noche os íbades á los montes y velábades en oración por ellos. Éstos eran vuestros maitines y fiestas, buscar en todo la salud de los hombres y la gloria de Dios. Éste decíades que era vuestro comer y vuestro beber, hacer la voluntad de vuestro

(1) Joan. 17.

Padre, y acabar la obra de nuestra redempción, que él os había encomendado. No os apartó desto la dificultad del negocio, no la grandeza de la deuda, no la contradición de los hombres, no la ingratitud de los malos, no la aspereza de los caminos, de la hambre, de la sed, del frío y del calor, con todos los otros males, antes como á otro Jacob (1) os parecía poco esto, por la grandeza del amor que teníades á vuestra esposa la Iglesia. ¡Oh fidelísimo pastor, y cuán bien mirastes por la hacienda del Padre, y cuántos trabajos padecistes en guardalla! Día y noche velábades sobre ella, y huía el sueño de vuestros ojos, y todo lo que el lobo había llevado, pagastes vos con las setenas.

De la doctrina y predicación del Salvador.

§ I

Esto se ha dicho generalmente de la vida de nuestro Salvador. Mas para mayor luz y conocimiento della será bien tratar más en particular de la excelencia de su doctrina, de los ejemplos admirables de sus virtudes, y de los trabajos de su vida sanctísima.

Cuanto á lo primero, una de las consideraciones más cuotidianas del verdadero cristiano había de ser la ley de Dios y la doctrina de sus sanctos mandamientos. Por dónde entre las alabanzas del varón justo una de las principales es que pensará en la ley del Señor día y noche. Y el profeta David en sus Psalmos á cada paso se gloría del amor que tenía á esta sancta ley, y cómo todo el día tenía su pensamiento en ella, y cómo esta consideración le era más dulce que el panal y la miel (2). Pues si tan dulce cosa era á este sancto considerar las palabras y mandamientos de aquella antigua ley, ¿cuánto más dulce será considerar los del Evangelio? Aquellos mandamientos en mucha parte eran corporales, éstos por la mayor parte son espirituales: aquéllos temporales, éstos eternos: aquélla era ley de siervos, ésta de hijos: aquélla fué dada por manos de los hombres, aunque sanctos hombres, ésta por mano del mismo Verbo Eterno y Sabiduría

(1) Gen. 29. (2) Psalm. 118.

de Dios. Por dónde, por la excelencia del dador de la ley, se puede conocer la excelencia de la ley. Porque para este Señor se guardaba el mejor vino del convite, el cual había de convertir el agua fría de la ley en el dulce y precioso vino del Evangelio.

De suerte que como un solo Dios sea el autor de la gracia y de la naturaleza, por el mismo orden que procede en las obras de naturaleza, procede comúnmente en las de gracia, que es, levantando siempre las cosas de menos á más, esto es, de menos perfecto á más perfecto. El pintor primero debuja la imagen groseramente con un carbón, y después la perficiona con todos sus matices y colores. La naturaleza primero informa el cuerpo del niño en el vientre de su madre con una forma de planta, y después le infunde la forma de hombre. Pues por estos mismos términos procedió el autor de la gracia, que primero dió al mundo, cuando estaba grosero y rudo, una ley por la mayor parte corporal, y después de informado ya con ésta, le dió ley espiritual. Primero le debujó como con un perfil una inperfecta imagen de justicia en la ley, y después añadió en el Evangelio todos los colores y matices que faltaban para la perfección desta imagen Cuando un hombre tiene muy enmarañados los cabellos, por haber mucho tiempo que no entró peine en ellos, no luego se peina con los dientes agudos del peine, sino con los más gruesos, y esto hecho, luego puede fácilmente usar de los agudos, con que queda mejor peinado. Pues como el mundo estaba tan desgreñado, por haber tantos mil años que no había entrado el peine de la ley en él (porque no la había) no convenía que luego de primera instancia quisiese Dios meter en aquella melena tan crespa el peine menudo y delicado del Evangelio, hasta que primero entrase el más grosero de la ley.

Y por tanto, el que ha pasado por la ley al Evangelio, el que desea y sospira por la perfección de la vida cristiana, el que quiere ser grande en el reino de los cielos, el que desea ser verdadero discípulo de Cristo, y el que quiere ser perfecto como su Padre que está en los cielos lo es, ponga los ojos en este espejo del Evangelio y en todos los consejos y palabras de Cristo, porque aquí hallará toda la perfección que se puede desear. Y no es menester para esto gastar mucho tiempo ni revolver muchos libros, porque en solas ocho palabras de S. Mateo está sumada muy gran parte desta perfección. Si no, párate á considerar atenta-

mente aquellas ocho bienaventuranzas de Cristo (1), aquella pobreza voluntaria que de un golpe corta la raíz de todos los pecados y cuidados y trabajos y negocios del mundo, que es la cobdicia, aquella mansedumbre de corderos que excusa todos los odios y iras y contiendas de los hombres, aquellas piadosas lágrimas con que el ánima es otra vez baptizada, refrigerada y regada, para que dé fruto de vida eterna, aquella hambre y sed de justicia, que son las primicias de la gracia y las flores que preceden al fruto de las virtudes, aquella misericordia que proveyendo á las necesidades ajenas, remedia las suyas y asegura para el tiempo del menester la divina misericordia, aquella limpieza de corazón, donde resplandecen los rayos de la divina luz como en un espejo muy claro, aquella paz y concordia con todos, que hace al hombre hijo de Dios é imitador de aquella infinita bondad y caridad para con los hombres, y sobre todo aquella paciencia y alegría en las tribulaciones y persecuciones, la cual levanta al hombre sobre las estrellas del cielo, y lo constituye en aquella región de paz y tranquilidad, á donde no llegan las peregrinas impresiones y nublados deste siglo tempestuoso, y de donde ve como debajo de sus pies todas las nieblas y torbellinos del mundo. Pues quienquiera que todas estas virtudes atentamente considerare, verá en estas ocho bienaventuranzas resumida la mayor parte de la perfección evangélica.

Entre las cuales la primera y la postrera son tan hermanas, que á ambas se promete un mismo galardón, y á ambas luego de presente, como quiera que á todas las otras se prometa en el tiempo venidero. Por dónde dice S. Bernardo que son grandes las alas de la pobreza, pues tan presto suben al hombre de la tierra al cielo, y lo hacen señor y poseedor de aquella tan esclarecida heredad: aunque no llama este Sancto pobreza la que lo es de solo nombre, sino aquélla que voluntariamente huelga de padecer necesidades por amor de Dios, y la que de tal manera abre las puertas á esta virtud, que también las abre á todos sus allegados y compañeros, que son hambre, sed, calor, frío y desnudez, con todos los demás.

Mira después desto la alteza de los consejos que están repartidos por todo el cuerpo del Evangelio, en los cuales verás claramente con cuánta razón el profeta Isaías (2) puso al Salvador

(1) Matth. 5 (2) Isai. 9.

por excelencia nombre de Consiliario, por la alteza destos admirables consejos que dió al mundo. Tal es el consejo de vender todas las cosas y darlas por amor de Dios, para tenerlas seguras en el cielo: el consejo de la castidad, que es imitadora de la pureza de los ángeles y de aquellos bienaventurados moradores del cielo: el consejo de no pleitear ni defender la capa por términos de justicia, por no perder la caridad con el prójimo y la paz de la consciencia: el consejo de no resistir á los malos y perseguidores, sino estar aparejado para dar el un carrillo á quien os hiriere en el otro: el consejo de hacer bien á los que mal nos hacen, y decir bien de los que dicen mal, y rogar por ellos, que es como un traslado de aquella infinita bondad y largueza de Dios, el cual hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores: el consejo de la continua y perpetua oración, del nunca jurar ni por un cabello de la cabeza, y del negar á sí mismo y su propria voluntad, y tomar su cruz cada día, y seguir á Cristo, y dejar padre y madre y todas las cosas y á sí mismo por su amor. Pues ¿qué cosa más alta, ni más perfecta, ni más divina que esta manera de consejos? ¿Dónde pudo venir esta perfección al mundo, sino de la policía del cielo? Y ¿quién podía tener osadía para aconsejar estas cosas á los hombres, sino quien tenía también poder para dar el Espíritu Sancto y hacer de los hombres ángeles? ¿Por ventura, dice Dios á Job (1), sabrás tú como yo la orden del cielo, y podrás poner la razón della en la tierra? Solo aquel Señor de los cielos pudo saber esto, y solo él fué poderoso para abajar el cielo á la tierra y subir la tierra al cielo, haciendo que los hombres pudiesen en su manera imitar la pureza y perfección de los ángeles. Ésta es pues la perfección de la vida evangélica, que trajo al mundo el Hijo de Dios de la tierra de donde vino, que era el cielo.

(1) Job 38.

De las virtudes y ejemplos del Salvador.

§ II

Y porque no pienses que esto es sólo decir y no hacer, considera luego cuánto más resplandecen estas mismas virtudes en los ejemplos que en las palabras del Salvador. Si no, dime, ¿qué tan pobre fué aquél que nació en un establo, y fué reclinado en un pesebre, y pudo con verdad decir aquellas palabras (1): Las raposas tienen cuevas, y las aves del aire nidos, y el hijo del hombre no tiene sobre qué reclinar su cabeza? Pues ¿qué mayor pobreza que ser más pobre que los pájaros y que los animales del campo? Y si por esta pobreza de espíritu se entiende la humildad (como algunos doctores entienden) ¿quién más humilde que aquél que siendo Dios y Señor de los ángeles, vino á decir aquellas palabras(2): Yo soy gusano y no hombre, oprobrio de los hombres y desecho del mundo? ¿Quién más manso que aquél que por eso es llamado en las Escrituras cordero, y testificado con figura de paloma, por la incomprehensible mansedumbre de su vida? ¿Quién derramó más lágrimas que aquél que se obligó á llorar y entristecerse por todos los pecados del mundo? ¿Quién tuvo mayor hambre y sed de justicia que aquél que por poner esta justicia en la tierra, echó tantos caminos, padeció tantos trabajos, sufrió tantas contradiciones, y derramó toda su sangre en una cruz? ¿Quién tuvo mayor hambre y sed de justicia que aquél que ni con todas las aguas de la pasión pudo apagar esta sed, cuyas entrañas estaban abrasadas con el deseo y celo de la honra de Dios y de la hermosura de su casa? ¿Quién más misericordioso que aquél á quien la misericordia hizo tomar sobre sí todas las miserias de los hombres, para que por este medio fuesen todos libres dellas? ¿Quién más misericordioso que aquél que corrió toda aquella tierra de Judea, sanando todos los atormentados del demonio, alumbrando los ciegos, sanando los cojos, alimpiando los leprosos, curando los paralíticos, resuscitando los muertos, y ejercitando todas las obras de misericordia con tanto

(1) Matth. 8. (2) Psalm. 21.

trabajo suyo y con tan poco agradecimiento del mundo? ¿Qué tan limpio fué aquél que recibiendo en sí las deudas y máculas de todos los pecados del mundo, quedó tan limpio y tan hermoso como estaba de antes? ¿Qué tan pacífico fué aquél que solo hizo paz entre cielos y tierra (1), entre Dios y los hombres, entre judíos y gentiles, quebrando todas las iras y furias de todas estas enemistades en su propria carne? ¿Qué tanto padesció por la justicia aquél cuya muerte y cuya vida fué toda una perpetua cruz por la obediencia, y por la gloria del Padre, y por la predicación de su doctrina?

Pues entrando por los otros consejos, ¿quién así dejó de litigar como aquél que acusado ante el juez con tantos falsos testimonios, no abrió su boca ni respondió palabra, tanto, que el mismo juez estaba espantado de tan gran silencio entre tantas acusaciones? ¿Quién así dejó de resistir á los malos como aquél de quien dice el Profeta que así como oveja sería llevado á la muerte, y así como cordero delante de quien le tresquila, enmudecería y no abriría su boca? ¿Quién tan fielmente cumplió el consejo de amar los enemigos como aquél que la primera palabra que habló en la cruz, fué rogar al Padre por ellos, y quien la misma sangre que allí derramó, derramó también por ellos? ¿Qué tan ocupado andaba en oración el que gastaba los días con los prójimos, y pasaba las noches de claro por los montes en oración? Pues ¿qué diré de aquella su ardentísima caridad, de aquella perfectísima obediencia hasta la muerte, de aquella fidelidad para con el Padre, de aquel amor para con los prójimos, y de aquella paciencia inexpugnable en los trabajos, y de aquella tan encendida sed y deseo de la gloria de Dios y de la salud de los hombres?

De los trabajos del Salvador.

§ III

MAS ¡cuán mal supo, Señor, conocer el mundo el resplandor destos ejemplos y doctrina tan admirable! No hay cosa más alegre ni más visible que la luz: mas si la luz es muy cla-

(1) Coloss. 1.

ra, y los ojos están enfermos, no hay cosa para ellos menos visible y más aborrecible. Pues así acaesció á estos malaventurados, que como enfermaron con la medicina, así se cegaron con la luz. Hacíades maravillas, y decían que érades hechicero: alanzábades los demonios, y decían que érades endemoniado: reprehendíades los vicios, y teníanos por alborotador de pueblos: recebíades á los pecadores, y teníanos por uno dellos: comíades con los publicanos por sanarlos, y teníanos por comedor y bebedor de vino: predicábades con espíritu y fervor maravilloso, y decían que érades sandio. Vos hacíades como quien érades, y ellos hacían como quien eran. Por eso no os indignábades, prudentísimo Señor, antes mucho más os compadescíades dellos, porque sabíades muy bien cuánta sea la ceguedad del mundo, y cuán dañada quedó la naturaleza humana por el pecado.

Pues demás destas infamias y títulos ignominiosos, ¿quién podrá explicar los trabajos que este Señor padesció buscando como buen pastor la oveja perdida por montes y valles, para traerla al aprisco sobre sus hombros? ¡Qué de caminos echó para esto, qué de ayunos, qué de peregrinaciones, caminando de castillo en castillo, de ciudad en ciudad, de provincia en provincia! ¿Qué aldea hubo tan pobre que no quedase honrada y esclarescida con su presencia, y donde no amanesciese este nuevo Sol de justicia, y donde no dejase rastro y memoria de sus virtudes? Pues ¡cuántas necesidades padescería en estos caminos, cuánta pobreza, cuántas contradiciones, cuántas injurias, cuánta hambre, sed, frío y calor, con todo lo demás que en los caminos suelen los pobres caminantes padecer! Testigos son desto los discípulos, que de pura hambre estrujaban las espigas aun en día de sábado para comer (1). Testigos los de Cafarnaum, que una vez lo quisieron despeñar, y los de Judea, que tantas veces le quisieron prender y apedrear. Testigos los Genesarenos y también los Samaritanos, que en su tierra no le quisieron recebir ni hospedar. Donde, como los discípulos con celo sin discreción le preguntasen: Señor, ¿queréis que mandemos que venga fuego del cielo que los queme? el Señor de los ángeles con inestimable suavidad y mansedumbre respondió (2): No sabéis cuál sea el espíritu que mora en vuestras ánimas, pues eso decís. El hijo del hombre no

(1) Matth 12. (2) Luc. 9.

vino á destruir ánimas, sino á salvarlas. Desta manera pues anduvo el Salvador en este mundo, peregrinando en su propria morada. De cuya peregrinación se maravillaba el Profeta, cuando decía: ¿Por qué, Señor, has de ser como peregrino en la tierra, y como caminante que anda á buscar posada donde repose?

Y siendo tantos los caminos, no leemos que jamás el Salvador caminase á caballo, excepto aquella vez que entró en Hierusalem, sino siempre á pie, y no sólo á pie, sino también descalzo, como muchos piadosos autores lo dicen. Porque mandando él á sus discípulos que fuesen descalzos á predicar, no es de creer que él anduviese calzado. Y que esto se deba entender á la letra, parece claro por lo que al tiempo de la pasión les preguntó diciendo (1): Cuando os envié sin alforjas y sin zapatos, ¿por ventura faltóos algo? Y ellos respondieron que no. De dónde parece que no preguntaba aquí por alforjas ni por zapatos espirituales, sino materiales. Asimismo cuando la sancta Magdalena lavó sus pies con lágrimas, y los enjugó con sus cabellos, y ungió con ungüento, de creer es que no halló allí zapatos que desatase y descalzase. Pues ¿qué padecería un tan delicado cuerpo en tantos y tan trabajosos caminos, y con tan pobre aparejo y provisión para caminar? Encarece el Apóstol los trabajos de sus caminos en una epístola (2), muchos de los cuales padecería el Salvador en los caminos, como los padecían sus discípulos, porque quien quiso padecer más trabajosa muerte que ellos, no había de buscar vida más regalada que ellos.

Pues de las deshonras y persecuciones que padesció, ¿qué diré? En unas partes (como ya dijimos) lo querían prender, en otras apedrear, en otras despeñar, en otras atar como á furioso, y en otras lo echaron de su sinagoga y público ayuntamiento Pues ¿de qué te quejas tú, hermano, si el mundo usa contigo de su acostumbrado oficio, y te hace malos tratamientos, pues así los hizo al mismo Hijo de Dios? ¿Cómo quieres que tenga ley con los siervos, pues no la tuvo con su Señor? Si al padre de la familia llamaron Belcebub, ¿cuánto más, dice él (3), lo llamarán á sus criados? Como si dijera: Si todavía pusieron boca en una persona que con tanta sabiduría y providencia ordenaba todas las cosas, y que con tanta prudencia y medida pesaba todas sus pa-

(1) Luc. 22. (2) II Cor. 11. (3) Joan. 15.

labras y obras, ¿qué harán con vosotros, que no tenéis tanta gracia y sabiduría para todo esto? Antes se había de confundir el perfecto cristiano, viendo á su Señor tan maltratado del mundo, si se viese bien tratado dél. Porque si es verdad que los perros no ladran á los de casa, sino á los extraños, ¿cómo se tiene por extraño del mundo aquél contra quien no ladra el mundo? ¿Cómo se tiene por discípulo de Cristo, y por hijo deste Padre, y por miembro desta cabeza, si no le paresce en una cosa tan propria y tan continua de su vida?

Cata aquí pues, oh ánima mía, un espejo en que te puedes mirar, y una medicina eficacísima con que puedas curar tus llagas, que es la vida y ejemplos del Salvador. ¡Oh medicina (dice S. Augustín) que curas todos los males, que humillas las cosas altas, que esfuerzas las flacas, que cortas las superfluas, y enderezas todas las aviesas y torcidas! ¿Qué soberbia se puede curar, si con la humildad del Hijo de Dios no se cura? ¿Qué avaricia se puede sanar, si con la pobreza del Hijo de Dios no se sana? ¿Qué ira se puede amansar, si con la mansedumbre del Hijo de Dios no se amansa? Y sobre todo esto, ¿qué corazón puede haber tan desamorado, que con tantos y tales beneficios no se encienda en caridad y amor? Para todo pues tenemos aparejo en este tan hermoso retablo. Aquí tenemos qué mirar, y qué imitar, y qué llorar, y con qué nos alegrar, y de qué nos maravillar, y con qué nos consolar, y con qué curar nuestras llagas, y con qué provocarnos á amar aquél que tanto nos amó, y tantas maneras de trabajos por nuestra causa padesció.

De cómo se hubo el Salvador con cuatro mujeres pecadoras, Samaritana, Adúltera, Cananea y María Magdalena.

Mas porque entre todas las virtudes del Salvador principalmente resplandesce la grandeza de su misericordia, la cual señaladamente se nos descubrió en esta primera venida al mundo, añadiremos aquí tres señalados ejemplos desta virtud, de la cual usó con cuatro mujeres pecadoras, una de las cuales fué la Samaritana. Mira pues cómo aquel Señor de todo lo criado, aquél que es Palabra y Sabiduría eterna del Padre, se pone

á hablar tan familiarmente con una mujer de cántaro, y mujer samaritana, y mujer de cinco maridos, y tan ignorante y grosera para las cosas espirituales, que apenas entendía cosa que le dijesen. Mira pues con todo esto cuán benignamente le habla, cuán discretamente le enseña, cuán piadosamente la desengaña, y cuán maravillosa y claramente se le descubre y dice quién era. Porque apenas se hallará paso en el Evangelio donde tan clara y distinctamente el Salvador dijese que él era el Mesías, como aquí, donde tan abiertamente dijo: Yo soy, que hablo contigo (1). De manera que aquel sacrosancto misterio que tantos tiempos estuvo encubierto á la mayor parte del mundo, aquí es revelado sin alguna manera de figura ni de velo á una mujer, en quien tantas bajezas concurrían. Pues ¿qué mayor gracia, qué mayor misericordia, qué mayor largueza que ésta, de que el Señor usa tan de gracia con quien tan lejos estaba de pedirla ni merecerla? ¡Oh maravillosa piedad y clemencia del Salvador, que así se comunica á los hombres, y así llama y trae á sí los pecadores! ¿Cómo te negarás, Señor, á los que con todo su corazón te buscan, pues tan benignamente te ofreces y descubres á quien no te buscaba? ¿Qué méritos tenía una mujer de cinco maridos, y samaritana? ¿Qué tenía que ver con tu gracia la que no salió de su casa á buscar gracia, sino á coger agua? Y no viniendo más que á llevar agua del pozo, encontró con la fuente de vida, y bebió tan copiosamente della, que de samaritana quedó hecha evangelista.

Y no es menos de considerar en este Evangelio aquel cansancio de Cristo, de quien dice el Evangelista que fatigado del camino, estaba asentado así sobre el brocal del pozo, porque ya era cerca del mediodía. Estaba (dice) asentado así. ¿Cómo así? Así como si fuera él quienquiera de por ahí, así como estuviera cualquier de los otros comunes caminantes y peregrinos, así como si no fuera él el descanso de los ángeles, y la hartura del mundo, y la gloria de todos los bienaventurados. Como si nada desto fuera, así estaba allí solo, cansado, asoleado, despeado, fatigado del trabajo del camino, y de la hambre, y de la sed, como cualquiera de los otros hombres pobres y flacos. ¡Quién fuera tan dichoso que acertara en esta coyuntura á pasar por

(1) Joan. 4.

aquel lugar, y considerados los caminos y cansancios deste Señor, se llegara húmilmente á él, y le preguntara: Señor, ¿qué vida es ésta que vivís? ¿En qué andáis? ¿Qué buscáis por tantos caminos y carreras? ¿Qué manera de vida es ésta tan trabajosa que tenéis, caminando de lugar en lugar, de provincia en provincia, ya de Judea á Galilea, ya de Galilea á Judea, sin que ni los cansancios de los caminos ni las contradiciones del mundo os aparten deste propósito? Nunca reposáis, nunca tomáis una hora de descanso: de día andáis por los lugares, de noche por los montes orando. Pues ¿qué tesoro es éste que buscáis con tanto trabajo? Lo que á esto se podía responder, es que como buen pastor andaba en busca de su ganado descarriado. Dolíale mucho su descarriamiento y perdimiento, y por esto no había camino ni trabajo á que no se pusiese, por reducirlas á su majada. Cata aquí pues, oh ánima mía, por qué caminos y con qué trabajo te buscó este piadoso Señor, y lo que hizo para volverte á su Padre. Mira pues con qué priesa, con qué celo y con qué amor te buscaba aquél en cuya persona se dijo: ¿Si daré yo sueño á mis ojos, y consentiré plegarse mis párpados, hasta que halle lugar para el Señor y morada para el Dios de Jacob? Y en su misma persona también se dijeron aquellas palabras de Isaías (1): Hecísteme servir en tus pecados, y dísteme bien en qué entender en tus maldades.

Ésta era su vida, ésta su ganancia, éste su descanso y su tesoro, buscar por todas vías la salud de nuestras ánimas y la gloria de su Padre. De aquí nasció que cuando los discípulos después de ida la Samaritana vinieron y le pusieron la comida delante, respondió el benignísimo Señor: Ya yo tengo otro manjar que comer, que vosotros no sabéis. Y como los discípulos no entendiesen este lenguaje, porque no tenían el mismo espíritu, díjoles el Señor: Mi manjar es hacer la voluntad del Padre que me envió, y dar cabo á la obra que me encomendó, que es la salud de los hombres. Como si dijera: Éstas son mis fiestas, ésta mi hartura, hacer la voluntad de mi Padre, y procurar por todas vías la amplificación de su gloria. ¡Dichoso aquél que puede decir estas palabras de corazón, que de tal manera tiene hambre y sed de justicia, de tal manera desea la honra de Dios y el bien de los prójimos, que ninguna cuenta tiene consigo ni con su proprio

(1) Isa. 43.

provecho, y aunque esté en suma necesidad y pobreza, todo lo tiene por bien empleado con tanto que sus bajezas y miserias sirvan para la gloria de Dios y bien de sus hermanos!

De la mujer tomada en adulterio.

§ I

Si fué grande la misericordia de que el Señor usó con la Samaritana, también fué grande la que usó con la mujer adúltera. Porque poniéndosela delante los fariseos, y diciéndole que la ley la mandaba apedrear, el Señor se inclinó, y comenzó á escribir tales cosas en el suelo, que cada uno determinó de volver las espaldas y desistir de su acusación (1). Y como la mujer quedase sola, preguntóle el Salvador: Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te condenó? Respondió ella: Ninguno, Señor. Pues ni yo (dijo él) te condenaré: vete en paz, y no vuelvas más á pecar. ¡Oh palabras dulces! ¡Oh boca de oro! ¡Oh entrañas más que de cera! Verdaderamente, Señor, panal de miel son vuestros labios, y miel y leche está corriendo de vuestra lengua. ¡Oh verdaderamente cordero, que ni tenéis ira ni armas para hacer mal á nadie! Con razón por cierto os llamó S. Juan Baptista cordero (2), y con razón os llama así el Evangelista en todo su Apocalipsi (3). Ambos testigos de un mismo nombre, os llaman también por un mismo nombre, porque les había dado el Espíritu Sancto á entender la grandeza de vuestra mansedumbre. Y no es de otra condición vuestro Padre celestial que vos, pues en esto y en todo lo demás sois Hijo de Padre, y quien ve á vos, ve á vuestro Padre. Cuya mansedumbre y misericordia había experimentado el Profeta, cuando decía: Dulce y recto es el Señor, y por esto dará ley á los que tropiezan en el camino. Enderezará á los mansos en juicio, enseñará á los que fueren mansos, sus caminos. Y en otro lugar, maravillado desta suma bondad y suavidad, comienza un Psalmo diciendo: ¡Cuán bueno es el Dios de Israel á los que son de recto corazón!

Y para mayor confirmación desta doctrina es mucho de con-

(1) Joan. 8. (2) Joan. 1. (3) Apoc. 5.

siderar lo que Sant Augustín nota sobre las palabras deste Evangelio donde se dice que los fariseos le pusieron esta mujer delante para acusarle. ¿A qué propósito? ¿Por qué razón? ¿Qué merecía el Señor por los pecados ajenos? A esto responde S. Augustín diciendo que era tan grande la misericordia y mansedumbre que resplandescía en la persona de nuestro Salvador y en todas sus palabras y obras y manera de vida, y era tal la fama de mansedumbre y misericordia que por toda aquella tierra tenía, por las continuas obras de misericordia que hacía, que paresció á aquellos maliciosos y serpentinos corazones que no era posible que hombre que tanto se preciaba de piadoso y manso, sacase por su boca palabras sangrientas, ni diese contra nadie sentencia de muerte, aunque la diese la misma ley, y que así por esta causa le podrían acusar como á quebrantador de la ley. De suerte que la grandeza de la mansedumbre del Señor dió lugar á esta nueva invención de aquellos malsines. Mas la sabiduría de Dios venció la malicia, y la serpiente de Moisén tragó las serpientes de los encantadores, porque de tal manera trazó el Señor este negocio, que la mujer quedó absuelta, y ellos se fueron condenados y confusos.

Aquí tienen un grande motivo de confianza todos los escrupulosos y desconfiados, no para descuidarse en el servicio deste Señor (que cuanto es más bueno, tanto merece ser más servido y amado) sino para fiarse dél y presentarle sus gemidos y peticiones confiadamente, y no ahogarse y congojarse y dejarse vencer del espíritu de la tristeza, cuando caen en algunos defectos livianos que no se excusan en esta vida, considerando que el remedio de todo esto se ha de tratar con un Señor de tan grande misericordia, pues está cierto que la misma piedad y misericordia que tuvo en la tierra, no la ha perdido en el cielo, y pues esta mujer adúltera salió tan bien librada de sus manos, no menos lo saldrán los que se llegaren á él, si lloraren su mala vida y de todo corazón propusieren la emienda.

Aquí también tienen todos los deseosos de la imitación de Cristo en qué señaladamente le deban imitar. Porque pues él fué tan extremado en estas virtudes, en ellas también lo debe ser el que desea parecerse con él. Y no es pequeña gloria del siervo imitar á su Señor en aquello de que él más se precia y que más en él resplandece, especialmente considerando que la virtud de la

mansedumbre principalmente resplandece en los justos, así como el vicio contrario en los que no lo son. En figura de lo cual leemos aquella notable diferencia que había entre los dos hermanos de un vientre, Jacob y Esaú, el uno de los cuales representa la persona de los justos, y el otro de los pecadores. Y del uno se decía que era velloso y cresposo, y del otro que era de muy blandas carnes, para que por lo uno entiendas la aspereza y bronquedad de los malos, y por lo otro la blandura y mansedumbre de los buenos.

De la mujer Cananea.

La historia de la mujer Cananea escribe S. Mateo Evangelista por estas palabras. Saliendo Jesús de la tierra de Judea, vino á las partes de Tiro y de Sidón. Salió pues de allí una mujer cananea dando voces al Señor y diciéndole: Ten misericordia, Señor, de mí, hijo de David, porque mi hija es malamente atormentada del demonio. Mas el Señor no le respondió palabra. Y allegándose sus discípulos, rogábanle diciendo que la despidiese, porque venía clamando en pos de ellos. A los cuales él respondió: No soy enviado sino á las ovejas que perecieron de la casa de Israel. Mas ella vino, y adorándole dijo: Señor, ayudadme. Á la cual él respondió: No es bien tomar el pan de los hijos y darlo á los perros. Mas ella dijo: Sí, Señor, porque los cachorrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores. Entonces le respondió Jesús: Oh mujer, grande es tu fe, hágase como tú lo quieres. Y luego fué sana su hija dende aquella hora. Hasta aquí son palabras del Evangelista. En las cuales se nos descubre otra nueva manera de misericordia del Salvador, no menor que las pasadas, aunque en lo de fuera parezca otra cosa. Porque si miramos atentamente esta historia, hallaremos cuatro gracias señaladas que el Salvador hizo á esta mujer, y á todos nosotros en ella. La primera fué oir su oración y hacer lo que le pidió, que fué sanar su hija. La segunda, que la alabó y engrandesció su fe, diciendo: Oh mujer, grande es tu fe, hágase lo que tú quisieres. La tercera, que el mismo Señor que exteriormente la despedía, interiormente la atraía é inspiraba en su ánima aquella grande fe y perseverancia con que le importunaba. Porque si la fe es el primero de los dones de Dios, ¿cuánto más

lo será la grande fe, de que esta mujer es alabada? La cuarta fué, que no sólo usó aquí de misericordia con ella, sino también con todos nosotros, porque por este ejemplo nos convidó á la perseverancia de la oración, y nos dió aviso que no desconfiásemos cuando luego no fuésemos oídos, sino que perseverásemos con esta mujer en nuestra demanda, porque así finalmente seríamos oídos y remediados como ella. En lo cual parece cuánto haya sido esta misericordia mayor que la pasada, pues aquélla fué para sola una mujer adúltera, mas ésta fué para toda la Iglesia, la cual por este ejemplo entiende la condición y estilo de nuestro Señor, y se anima á perseverar en la oración, aunque al principio sienta disfavor.

Mas pues esta mujer se nos propone aquí por ejemplo de oración, será bien tratar de qué manera la hayamos de imitar. Porque apenas hay cosa en esta materia que por este ejemplo no nos sea enseñada.

Porque primeramente aquí nos enseñan á recurrir á Dios en todas nuestras tribulaciones y necesidades, según que ella lo hizo, la cual (como nota Orígenes) siendo infiel y sirviendo á los demonios, no recurrió á ellos ni á los hombres que tenían trato con ellos, sino al verdadero Salvador y remediador del mundo. Porque esto es proprio de la oración, ser universal remedio de todos los males. Y por este título alababa esta virtud uno de aquellos Padres antiguos (como refiere Teodoreto en la Historia Religiosa) diciendo que los médicos usaban de diversas medicinas para diversas maneras de enfermedades, unas para unas y otras para otras, mas el cristiano para todos los males tiene una general y eficacísima medicina, que es la devota y perseverante oración, la cual nunca jamás vuelve vacía.

Mas de las condiciones y virtudes con que ha de ir acompañada nuestra oración para que sea eficaz, aunque habemos tratado en otros lugares, todavía no dejaré de apuntar aquí tres muy principales condiciones de la perfecta oración, que S. Buenaventura notó en la oración desta mujer (1). La primera de las cuales es la fe (de que esta mujer fué alabada) á la cual señaladamente se atribuye el impetrar mercedes de Dios, según aquellas palabras del mismo Señor, que dice: Cualquier cosa que pidiéredes

(1) S. Buenaventura, in meditat. vitae Christi.

en la oración, creed que la recibiréis, y dárseos ha (1). La razón desto entre otras muchas es, porque este linaje de fe que trae consigo una firme confianza en la bondad y misericordia de Dios, es una de las cosas que más glorifica y honra á Dios, el cual tiene por oficio honrar á quien le honra, y glorificar á quien le glorifica. Para cuyo entendimiento es de saber que hay dos maneras de alabar las cosas, una por palabras, y otra por obras. Por palabras puede alabar un médico la triaca que tiene compuesta, diciendo que vale contra toda ponzoña. Mas por obra la alaba el que callando se deja picar de una víbora, y después tomando la triaca, sana. Esta segunda manera de alabanza ya se ve cuánto es más cierta y verdadera que la otra, pues la una alaba debajo de buenas prendas, y la otra no, y la una es de palabras y la otra de obras: por dónde, cuanto va de decir á hacer, tanto va de la una alabanza á la otra. Pues desta segunda manera la fe alaba y glorifica la bondad y misericordia de Dios, cuando en medio de los peligros y batallas está segura y alegre con esta confianza, y sobre esta prenda acomete cosas arduas, y parte lo que tiene con los pobres, estando segura y confiada en la bondad deste Señor, que nunca faltará á quien espera en él y se pone en trabajos y necesidades por su amor. Muy pocos son (aunque sean virtuosos) los que llegan á este grado de confianza: mas dichoso y bienaventurado el que aquí llegó, como parece haber llegado esta mujer Cananea, pues entre tantos disfavores y desvíos del Señor siempre confió que su bondad y misericordia no le había de faltar. Por lo cual no sin causa alabó el Señor su fe, diciendo: Oh mujer, grande es tu fe, hágase como tú lo quieres. Dónde es mucho de notar que solas dos exclamaciones desta figura hallamos en todo el sancto Evangelio, y ambas casi á un propósito: la una fué con las palabras susodichas, y la otra, cuando hablando con un hombre desconfiado, dijo: Oh generación incrédula y perversa, ¿cuánto tiempo tengo de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os tengo de sufrir? Pues estas dos exclamaciones bastantemente declaran cuánto agrada al Señor esta manera de fe acompañada con la confianza, y cuánto le desagrada la incredulidad y desconfianza.

La segunda virtud que ha de acompañar nuestra oración

(1) Marc. 11.

(como ya en otros lugares dijimos) es la humildad: la cual tuvo esta mujer, pues mostrándole el Señor (á lo que parecía de fuera) tantos disfavores, y llamando á los cananeos perros, diciendo que no era bien quitar el pan de la boca de los hijos y darlo á los perros, ella reconoció este nombre por suyo, y como tal pidió no le negase lo que se suele dar á los perros, que son las migajas que caen de la mesa de sus señores: con la cual humildad agradó tanto al Salvador, que (como refiere S. Marcos Evangelista) le respondió (1): Por esa palabra que dijiste, vete, que tu hija es ya sana.

La tercera virtud que nos ayuda mucho á alcanzar lo que pedimos, es la perseverancia: la cual señaladamente resplandece en esta mujer, pues ni por estas respuestas, al parecer ásperas, dejó de pedir y importunar hasta que alcanzó lo que deseaba. Esta virtud es grandemente necesaria para alcanzar lo que pedimos, porque el Señor muchas veces dilata las mercedes por que crezcan los deseos y por que no se tengan en poco, y así se guarden mejor y se agradezcan más: y asimismo por ejercitar en este tiempo nuestra fe, nuestra humildad, nuestra paciencia, nuestra esperanza y nuestra perseverancia, como lo vemos claramente verificado en esta mujer. Porque á no estar estos provechos de por medio, ¿qué le costaba á aquel abismo de bondad (que ninguguna cosa pierde dando) dar luego lo que se le pide? Mas quiere él sacar estos provechos nuestros con la dilación, y quiere también que siempre padezcamos necesidades, por tomarnos por hambre: esto es, porque siempre tengamos ocasiones y estímulos que nos muevan á pedir, tratar y conversar siempre con él, por el gran fruto que desta comunicación nos viene, pues (como dice el Apóstol) el que se llega á Dios, se hace un espíritu con él (2). Por tanto, no desmaye el ánima devota cuando no luego fuere oída ó consolada, sino espere con paciencia la visitación del Señor, porque en fin vendrá, y no tardará. Y pluguiese á su misericordia que tan presto acudiese el hombre á su llamado como él acude al nuestro, pues es cierto que mucho más tardamos nosotros en acudir á él, que él á nosotros. Por dónde, cuando él llama á la Esposa en los Cantares (3), cuatro veces repite esta palabra, diciendo: Vuélvete, vuélvete, Sunamitis, vuélvete, vuél-

(1) Marc. 7. (2) I Cor. 6. (3) Cant. 6.

vete, para que te veamos. Mas cuando ella llama á él, una sola vez pronuncia esta misma palabra, diciendo (1): Vuélvete, amado mío, con la ligereza que corre el gamo y la cabra montés por los montes de Betel. Pues en estas maneras de llamarnos quiso el Espíritu Sancto significar cuánto mas á punto está él para responder á nuestro llamado, que nosotros al suyo.

§ I

Hasta aquí nos ha enseñado esta Cananea de la manera que habemos de pedir, y las virtudes con que habemos de acompañar nuestra oración: mas allende desto nos enseña qué es lo que habemos de pedir. Porque ella pidió que su hija fuese librada de la vejación y tormentos del demonio, y nosotros señaladamente habemos de pedir victoria y mortificación de nuestros apetitos y pasiones, con las cuales el demonio malamente veja y atormenta nuestras ánimas. Las cuales no tienen otros verdugos mayores que sus proprios apetitos y pasiones, deseando mil maneras de cosas que no pueden alcanzar, y pudriéndose y congojándose porque no las alcanzan. Y por tanto debe el siervo de Dios acompañar su oración con el ejercicio de la mortificación, procurando siempre por enfrenar sus apetitos, pidiendo favor y gracia para esto, y clamando con la Cananea: Ten misericordia de mí, Señor, porque mi hija, que es mi ánima, es malamente atormentada del demonio, el cual me hace guerra, inquieta y desasosiega con la desorden de las pasiones y apetitos que él causó. Desta manera juntará el hombre el encienso con la mirra, que es, la oración con la mortificación, y será libre del engaño en que muchas personas caen el día de hoy, las cuales teniendo particular cuidado del ejercicio de la oración, tienen poco ó ninguno de contradecir y mortificar sus apetitos y proprias voluntades, sin lo cual será de poco fruto su ejercicio, pues nadie puede llegar á hacer la voluntad divina, si no renuncia primero la suya propria.

¡Oh, dichosa y bienaventurada el ánima que con estas cuatro virtudes acompaña su oración, que son, confianza, humildad, perseverancia y mortificación de sus apetitos, porque siempre al-

(1) Cant. 2.

canzará del Señor lo que le pidiere, y le hallará todas las veces que le buscare! Y como los Apóstoles rogaron por la Cananea, así el Ángel de la guarda rogará por ella, y acabará con el Señor que le otorgue su petición. Deste primer fruto y efecto de la oración dice S. Bernardo así (1): Cada vez que hablo de la oración, me parece que oigo dentro de mi corazón estos pensamientos. ¿Qué quiere decir que nunca cesando de la oración, hay muchos que no experimentan el fruto della? Porque cuales llegamos á la oración, tales salimos della. Nadie nos responde palabra, nadie parece que nos da algo. Mas tú, hermano, sigue el juicio de la fe y no el de la experiencia, porque la fe es verdadera, y la experiencia engañosa. Pues ¿qué es lo que dice la fe, sino lo que nos prometió el Hijo de Dios, cuando dijo (2): Cualquier cosa que pidiéredes en la oración, creed que la recibiréis, y dárseos ha? Por tanto, ninguno de vosotros tenga en poco su oración, porque os certifico que aquél á quien rogamos, no la tiene en poco, y antes que salga de nuestro pecho, él la tiene ya escrita en su libro. Y una de dos cosas podemos esperar sin falta, que ó nos dará lo que pedimos, ó lo que nos fuere más saludable. Ca nosotros no sabemos lo que nos cumple, mas el Señor, compadesciéndose de nuestra ignorancia, danos lo que más nos conviene. Mas cuando pedimos lo contrario, no nos oye, pero danos otra cosa mejor, así como lo hace el padre carnal, que cuando el niño le pide el pan y el cuchillo, dale el pan partido, y no le da el cuchillo.

Éste es el primer fruto de la oración, que es ser impetratoria, para lo cual nos ayuda (como dije) nuestro Ángel. Tiene también otro fruto, que es alegrar y esforzar nuestro espíritu con la devoción y con el fervor de la caridad y consolación del Espíritu Sancto. Lo cual dice S. Bernardo por estas palabras(3): Los que tienen por estudio darse á la oración, experimentan lo que agora dije. Muchas veces nos llegamos al altar, y comenzamos á orar con un corazón tibio y seco, y perseverando en este sancto ejercicio, súpitamente se infunde la gracia de la devoción, y se enciende el corazón, y se hinchen las entrañas con las avenidas y crescientes de la divina piedad: y si no faltare quien exprima la leche suavísima de la dulzura espiritual, los pechos divinos nunca cesarán de correr. Éste es el segundo y muy principal fruto de la

(1) Bernard. serm. 5 in quadrag. (2) Marc. 11. (3) Bern. serm. 9 super Cant.

oración, para el cual no menos ayuda nuestro sancto Angel que para el pasado. Y pudiendo yo alegar para esto muchos ejemplos, no traeré más que uno solo del devotísimo Bernardo, que hablando de sí mismo, dice estas palabras (1): Muchas veces me acaesce que estando mi ánima sospirando y haciendo oración sin cesar, y afligiéndose con grandes deseos, aquel deseado que así se busca, habiendo piedad del ánima que le desea, le sale al camino: la cual, con la experiencia desta visitación y consolación, dice con el Profeta (2): Bueno eres, Señor, para los que esperan en ti, y para el ánima que te busca. Mas el Ángel, que es uno de los compañeros del Esposo, y está diputado por ministro y testigo desta secreta visitación y salutación de ambos, ¡cómo se alegra, cómo se deleita con la tal ánima, y cómo volviéndose al Señor, le dice: Gracias te doy, Señor de la majestad, porque le cumpliste el deseo de su corazón! Y volviéndose al ánima, nunca cesa de solicitarla con secretos movimientos, diciéndole (3): Alégrate en el Señor, y él cumplirá las peticiones de tu corazón. Item: Espera en el Señor, y guarda sus caminos (4), y si se tardare, espérale, porque viniendo vendrá, y no tardará (5). Y volviéndose otra vez al Señor, te ruega por el ánima, diciéndole (6): Así como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así ésta desea á ti, Señor. Esta ánima te deseó en la noche, y su espíritu con todas sus entrañas veló por la mañana á ti. Mira, Señor, que todo el día tiene sus manos extendidas á ti (7). Despídela, Señor, misericordiosamente, porque clama en pos de ti (8). Fiel intercesor por cierto, que sabiendo el amor de ambas las partes, sin tener celo desto, no busca su gloria sino la de su Señor, entreviniendo fielmente entre el amado y el amada, ofreciendo deseos y trayendo dones, despertando á ella y aplacando á él. Y algunas veces (aunque pocas) los viene á carear y representar uno á otro, ó recibiendo á ella, ó trayendo á él, porque como es doméstico y conoscido en el palacio, no teme que le cierren la puerta, y cada día ve la cara del Padre. Hasta aquí son palabras de S. Bernardo.

---

(1) Serm. 71 super Cant. (2) Thren. 3. (3) Psalm. 36. (4) Ibid. (5) Habac. 2. (6) Psalm. 41. (7) Isai. 65. (8) Matth. 15.

De la conversión de la Magdalena.

Aunque haya muchos y diversos caminos para ir al cielo, todos ellos finalmente se reducen á dos: uno es el de la inocencia, y otro el de la penitencia, uno es de aquéllos que nunca pecaron, y otro de aquéllos que después de haber pecado hicieron penitencia de sus pecados. Por aquel camino fué la sacratísima Virgen nuestra Señora, y S. Juan Baptista, y otros tales que nunca pecaron mortalmente, y por éste van todos los demás. Fuera de estos dos caminos no hay otro, porque todos los que se han de salvar, ó han de ser inocentes, ó han de ser penitentes.

Pues porque en los caminos son menester guías, para estos dos caminos proveyó la divina Sabiduría de dos guías muy principales que fuesen delante. Éstas dice la Iglesia que son dos Marías: María, madre del Salvador, para que fuese espejo de inocencia, y María Magdalena, para que lo fuese de penitencia. Pues según esto, todos los que caminan por el camino de la inocencia (si algunos hay que por aquí caminen) pongan los ojos en la primera María para ver si van bien encaminados: mas los que caminan por el de la penitencia, pónganlos en esta segunda: miren si tienen algo de aquel espíritu vehemente, de aquel dolor tan grande, de aquella fe tan viva, de aquel amor tan encendido, de aquel menosprecio del mundo, y por ahí juzgarán de su penitencia qué tal es. Porque si nada desto hay en ellos, no és su penitencia verdadera. Y tales parece que son las penitencias de aquéllos que apenas han acabado de confesarse, cuando luego vuelven á todas las maldades pasadas. Pues por esto, quien quisiere examinar su penitencia, vaya á este contraste, y examínela por él, y no por su vana estimación. Mas para mejor entender este negocio, en que tanto nos va, será necesario tratar de la manera que nuestro Señor infunde en las ánimas el espíritu de la verdadera penitencia, y de qué manera óbra esta mudanza tan grande como es de la mala vida á la buena: y entendido esto, veremos claro de la manera que en esta sancta pecadora la obró.

Pues para esto es de saber que (como los filósofos dicen) del maravillarse los hombres vinieron á filosofar, queriendo decir

que de ver las maravillas de las cosas criadas, y espantarse dellas, vinieron á inquirir las causas dellas, y halladas las causas, hallaron luego la sciencia. Porque no es otra cosa sciencia sino conocimiento de los efectos y de las causas de do proceden. Desta manera viendo los eclipses del sol y las crescientes y menguantes de la luna, y otras cosas desta cualidad, y maravillándose dellas, alcanzaron la sciencia de la filosofía. Pues en esta conversión de la bienaventurada Magdalena se nos ofrece ocasión para hacer otro tanto, porque aquí se nos representa una obra de grande admiración, que es una conversión de las mayores que ha habido, por haber pasado esta mujer de un tan grande extremo de maldad á otro extremo de bondad. Porque tres cosas trae consigo el vicio sensual, en que esta mujer era culpada. La primera (como dice Santo Tomás) es ceguedad de entendimiento, porque con la fuerza desta pasión absorbe y escurece el juicio de la razón. La segunda, trae también dureza de corazón, que es hacer el hombre insensible para las cosas espirituales. Porque como la blandura del corazón nasca de la consideración y lumbre del entendimiento, escurecido el entendimiento, luego queda endurecido como piedra el corazón. Y sobre todo esto, es éste un vicio que pone fuego á todo lo bueno que hay en el ánima, porque no sólo abrasa y quema todos los bienes de gracia, mas también los de naturaleza, como lo vemos por experiencia en una mujer pública, que no sólo está desamparada de la divina gracia, mas no tiene vergüenza, ni honra, ni temor de las gentes. Pues si éstas son las propriedades deste vicio, ¿cómo no será cosa de grande admiración ver una penitencia tan admirable en una persona tan perdida? ¿De dónde tanta luz y conocimiento de Dios en quien tan ciego tenía el entendimiento? ¿De dónde tanta abundancia de lágrimas en quien tan endurecido tenía el corazón? ¿De dónde tantas virtudes, tanta fe, tanta caridad, tanta humildad, tanta confianza, tanta devoción y tanto menosprecio del mundo en el corazón donde tanto estrago había hecho este vicio, que es (como dijimos) un fuego abrasador que todo lo quema? Y si estas lágrimas y penitencia fueran de S. Pedro después que negó al Salvador, no nos maravilláramos mucho, porque quien tanto conocimiento tenía de este Señor, quien tantos milagros había visto, no nos maravilláramos de que sintiera mucho la grandeza de su culpa, sabiendo también lo que perdía

por ella. Mas una mujer tan ignorante de todo esto, tan insensible y hecha piedra para todas las cosas de Dios, venir á derramar tantas lágrimas por sus culpas, cosa es por cierto de grande admiración. Maravíllanse los hombres de haber hecho Dios salir un río de agua de una piedra dura (1): yo me maravillo más que deste corazón, más duro y más insensible que piedra, haya salido tan grande abundancia de agua, que bastase para lavar los pies del Salvador. Pues siendo esta obra tan admirable, razón será que esta admiración nos mueva á filosofar sobre ella, que es querer saber la causa y el principio della: esto es, de qué manera, por qué medios y con qué instrumentos obró Dios esta tan súpita y tan grande mudanza en esta ánima: y no sólo en ésta, sino en otras muchas que muy poderosamente ha convertido y convierte cada día. ¿Qué darían los hombres por saber de qué manera se podía hacer de cobre oro, que es lo que llaman alquimia, si la hay? Pues ¿cuánto más es para desear saber de qué manera hace Dios de la tierra cielo, de la carne espíritu, y del hombre ángel?

Pues para esto es de saber que aunque haya habido algunas conversiones de pecadores miraculosas, como fué la de Sant Pablo, S. Mateo, y otras tales, en que los hombres súbitamente mudaron las voluntades del mal al bien, y se convertieron á Dios, pero regularmente hablando, siempre suelen preceder diversos movimientos y alteraciones en el corazón antes que el hombre perfectamente se convierta y vuelva á su Criador. Porque así como el arte y la naturaleza no hacen sus obras en un instante, sino van poco á poco disponiendo la materia, y después de ya dispuesta, en un instante se introduce la forma, así aquí primero dispone y molifica Dios el corazón del hombre con algunas inspiraciones, con que secretamente le dice dentro de su ánima: Mira cuánto tiempo ha que vives mal, mira cuántos millares de pecados tienes hechos contra Dios, mira cuánto te ha sufrido y esperado, y con todo esto cuántos beneficios te ha hecho, y de cuántos males te ha librado. Acuérdate que hulano murió súpitamente, y hulano sin confesión, y hulano sin testamento, y hulano estando en medio de los fuegos del mundo, y que tú también pudieras haber muerto como todos éstos. Mira no se canse Dios de

(1) Psalm. 113.

esperarte, como lo hizo con esótros, pues no tienes tú más seguro que ellos. Mira que así como Dios es misericordioso para perdonar al penitente, así es justo para castigar al rebelde, y desos tales están los infiernos llenos. Mira que la pena del infierno no es así como quiera, porque es pena eterna, y pena de carecer de Dios para siempre, y pena de arder en aquellas vivas y vengadoras llamas. Pues si se ternía por intolerable tormento tener la mano una hora sobre unas brasas de fuego, ¿cómo no miras lo que será estar en cuerpo y en ánima ardiendo en aquel fuego, no por una hora, sino por espacio de una eternidad, que no tiene cabo? Si tendrías por intolerable trabajo estar acostado en una cama por espacio de veinte ó treinta años, aunque fuese de rosas y flores, ¿cómo no miras lo que será estar acostado en aquella calera de fuego, en aquel horno de Babilonia (cuyas llamas subían cuarenta y nueve cobdos en alto) no por espacio de veinte ó treinta años, sino de treinta mil cuentos de millones de años? Éstas son las aldabadas y representaciones con que nuestro Señor comienza á alterar el ánima, y sacarla de aquel abismo y de aquellas tinieblas en que está. Siente el hombre estos movimientos por una parte, y por otra ve lo que esto le importa: mas por otra parte se pone en armas toda la malicia de la carne, representándole las dificultades desta mudanza y del divorcio que ha de hacer de todos los gustos y contentamientos del mundo, á los cuales ha de dar libelo de repudio, que es cosa muy dura. Desta manera anda el ánima batallando y fluctuando con estas ondas: una la trae, y otra la lleva, hasta que finalmente en medio desta batalla acude Dios con un particular socorro, que es con un poderosísimo movimiento, el cual de tal manera alumbra el entendimiento del hombre y mueve su voluntad, que le hace decir un quiero muy de veras y muy determinado. Esto es, quiero volver á Dios, quiero emendar mi vida, quiero romper con el mundo, quiero dejar no solamente los pecados, mas también las ocasiones de ellos: finalmente, quiero tratar de mi salvación, que es el mayor de todos los negocios, ca todo lo demás es vanidad. Pues en este instante, obrando Dios juntamente con el hombre, es él justificado, y recibido de Dios por hijo, y ungido con su gracia. Por dónde se ve lo que dijimos, cómo poco á poco lleva Dios hasta el cabo este negocio. Y así parece que es como cuando uno quiere encender fuego en leña verde, que primero sopla una vez

y otra, y se cansa, y llora con el humo, hasta que después finalmente viene á dar un grande soplo, y luego súpitamente levántase una llama con que se enciende el fuego. Pues esa misma orden, regularmente hablando, guarda Dios en esta obra. Porque primero os envía una inspiración. y después otra y otra, y como con éstas no se acaba el negocio, acude con otra poderosísima, la cual levanta una clarísima llama en el entendimiento, que es principio de toda esta obra tan admirable, porque de esta luz, como de una raíz, nasce todo lo demás que se requiere para esta obra de la justificación.

Y si alguno preguntare qué cosa sea esta luz, digo que es un conocimiento sobrenatural que Dios de nuevo infunde en el entendimiento del hombre, el cual por una manera maravillosa le da á conocer la bondad de Dios, la hermosura de la virtud, la fealdad del pecado, la vanidad del mundo, el peligro y engaño en que hasta entonces vivió: el cual lleva en pos de sí la voluntad, y le hace dar de mano á las vanidades y engaños del mundo, amar á su Criador, y aborrescer sobre todas las cosas el pecado.

Pues esta luz es el primer principio y como raíz de toda la justificación, y así es la primera cosa que Dios para esto óbra en nuestra ánima. De dónde, así como cuando Dios crió el mundo, la primera cosa corporal que hizo, y la primera palabra que habló, fué ésta: Hágase luz, y luego fué hecha luz, así en la regeneración del hombre (que es, en su justificación) la primera cosa que hace, y la primera palabra que dice, es: Hágase luz. Como si dijese: Esta ánima está envuelta en las tinieblas de Egipto, las cuales hacen que no vea el despeñadero y peligro en que está: pues amanezca aquí un nuevo rayo de luz, para que vea cómo está.

Todo esto se ve á la letra cumplido en la conversión de esta sancta penitente, la cual cuenta S. Lucas por estas palabras. Dice que un fariseo de aquellos tiempos rogó á Cristo que quisiese un día ser su huésped. Aceptó el Salvador este convite, y asentóse con él á la mesa. Había en aquella ciudad una mujer pecadora, que era esta bienaventurada penitente, hermana de Lázaro y de Marta. Y llámala pecadora, porque era mujer de mal vivir, y por tal conocida en toda la tierra. ¡Oh sabiduría de Dios! Una de las cosas más viles y bajas que hay en el mundo, es una mala mujer, la cual dice el Eclesiástico que es hollada y

despreciada de todos como el estiércol que está en el camino. Y con ser esto así, puso Dios los ojos en ésta, sin haber qué mirar en ella, para hacerla ejemplo de penitencia y una de las principales estrellas de su Iglesia. ¿Por qué razón? No hay por qué, sino solo aquello que dijo el Profeta (1): Hízome salvo, porque quiso salvarme. El por qué es, para gloria de su gracia, para ejemplo de su misericordia, para muestra de su bondad, para que entendamos que nuestro bien procede originalmente de su sancta voluntad, y por consiguiente que todo nuestro bien procede de sus manos, y que á él lo atribuyamos, y á él lo pidamos, y dél estemos colgados, y así seamos más humildes, más solícitos, más agradecidos y más temerosos. Más humildes, por nuestra pobreza: más solícitos, por nuestro peligro: más agradescidos, por su gracia: y temerosos, por nuestra flaqueza.

Pues esta dichosa mujer, despertada primero por la opinión y doctrina de Cristo, alumbrada por su gracia y movida con un muy grande espíritu de penitencia, como supo que el Salvador estaba en casa del fariseo, sin más aguardar lugar ni sazón (porque la fuerza del dolor y del amor no le daban lugar para más) cúbrese su manto, y toma un bote de ungüento precioso en las manos, no procurado antes de aquel tiempo para redemir pecados sino para multiplicar pecados, y no para ungir á Cristo sino para sacrificar al demonio. Pues con estas armas é instrumentos del pecado va á hacer guerra al mismo pecado. Entra en la casa donde estaba comiendo el Salvador, y no osó parecer ante sus ojos, porque la vergüenza y la confusión de sus pecados no le dieron atrevimiento para esto, sino rodeando por las espaldas, vino á derribarse á sus pies, sobre los cuales derramó tantas lágrimas, que bastaron para lavarlos. Y así como el agua de pies fué extraña y de nueva manera, así también lo fué la toalla con que los limpió, que fueron sus cabellos. Y no contenta con esto, comienza á besar aquellos sacratísimos pies, y ungirlos con aquel precioso ungüento. De manera que todas aquellas cosas con que servía al mundo, consagró al servicio de Cristo, y de todas aquellas armas é instrumentos del pecado hizo remedios contra el pecado. De los ojos hizo fuentes para lavar las mancillas de su ánima, de los cabellos hizo lienzo para limpiarlas,

(1) Psalm. 17.

de la boca hizo portapaz para recebirla de Cristo, y del ungüento hizo bálsamo para curar las llagas de su ánima y encubrir el hedor de su mala vida. Y es mucho para considerar que lo que ella obraba por defuera, obraba el Señor interiormente en su ánima por otra más excelente manera. Ella venía, y él la traía: ella le ungía los pies con ungüento, y él ungía el ánima con su gracia: ella lavaba sus pies con lágrimas, él lavaba sus pecados con su sangre: ella le enjugaba los pies con sus cabellos, él adornaba su ánima con virtudes: ella le besaba los pies con grande amor, y él le daba aquel beso de paz que se dió al hijo pródigo en su conversión.

Entre todos estos oficios no se cuentan ningunas palabras que hablase, porque bastaban por palabras las lágrimas, bastaban los gemidos, bastaban los deseos, como dice el Profeta (1): Señor, delante de vos está mi deseo, y mi gemido no está de vos escondido. ¡Oh qué palabras éstas tan eficaces! Oh lágrima humilde, dice S. Hierónimo, tuya es la potencia, tuyo es el reino, no has miedo al tribunal del juez, á los acusadores pones silencio, no hay quien te impida la entrada, vences al invencible, atas las manos al Omnipotente.

Estas lágrimas llama S. Bernardo vino de ángeles, porque en ellas hay olor de vida, sabor de gracia y gusto de indulgencia. Tiene por cierto él mucha razón de llamarlas vino de ángeles: mas yo las llamo también agua de ángeles. Suelen los hombres distilar una manera de agua olorosa, no de una sola yerba olorosa, sino de muchas y diversas: y ésta llaman agua de ángeles, que tiene muchos y suaves olores, conforme á las yerbas de que se distila. Pues tales eran estas lágrimas, las cuales no procedían de una sola causa ó de un afecto, sino de muchos y diversos, porque ellas eran lágrimas de fe, lágrimas de esperanza, lágrimas de amor, lágrimas de dolor y lágrimas de devoción. Todos estos afectos y movimientos había en aquel piadoso corazón, y todos éstos se resolvían en lágrimas con el fuego de la caridad, y se distilaban por los ojos, y así salía esta agua de ángeles más olorosa que la que acá distilan los hombres.

Pues desta conversión y penitencia tan admirable fué el origen y primer principio aquel nuevo rayo de luz con que el Salva-

(1) Psalm. 37.

dor alumbró las tinieblas desta sancta pecadora, de la cual procedieron todos estos sanctos movimientos y afectos. Porque esta luz le abrió los ojos, y con ella vió la horrible figura de aquellos monstruos infernales de que estaba cercada, y espantada de tan extraño peligro, corrió luego á buscar el remedio. Y así parte luego en medio del día, sin aguardar más consejo ni tiempo ni sazón, y métese por medio del convite y de los convidados á buscar á Cristo. ¿Qué haces, mujer? Mira que no es ése tiempo ni lugar aparejado para lo que quieres. Nadie para este negocio busca testigos ni lugares públicos, sino tinieblas y soledad. Porque así lo hizo aquel príncipe de los fariseos Nicodemus, que vino de noche á buscar al Salvador (1). No se pierde nada que aguardes siquiera una hora más para ese negocio. No oye ninguna destas razones, porque la vehemencia y la priesa del dolor y del temor y del espanto de sí misma de tal manera ocupaban su entendimiento, que no podía entender sino sola la grandeza de su peligro. Todo esto obraba aquella luz y aquella candela que Dios había metido en su ánima. Ella obraba dentro della este tan grande sobresalto y temor, y no sólo temor, sino también amor, y amor tan grande, que dijo el Señor: Fuéronle perdonados muchos pecados, porque amó mucho. Y no sólo obró amor, sino también dolor, y tan gran dolor, que le hizo derramar tanta abundancia de lágrimas, y no sólo dolor, sino vergüenza y confusión, y no sólo vergüenza de Cristo, sino también menosprecio del mundo, pues tan poco caso hizo del decir de las gentes y de los juicios del fariseo para dejar por eso de hacer lo que cumplía á su salvación. Y no sólo obró esto, mas juntamente con ello un tan gran deseo de satisfacer á Dios por las ofensas que tenía hechas, que después de subido el Salvador al cielo (aunque había ya alcanzado *vivae vocis oraculo* jubileo é indulgencia plenísima de sus pecados) estuvo treinta años en una peña haciendo penitencia. Donde cada día era maravillosamente arrebatada en lo alto entre los coros de los ángeles, para mostrar Dios en esto la virtud y eficacia de la verdadera penitencia, que suele hacer á los buenos penitentes iguales á los ángeles.

Y para mayor confirmación desto leemos en los Evangelios hallarse la Magdalena al lado de la Virgen gloriosa, que es,

(1) Joan. 3.

María la pecadora par de la inocente, para que por aquí entendamos cómo algunas veces los buenos penitentes se igualan con los inocentes, y aun á veces los pasan adelante, como lo significó aquel sancto penitente que dijo: Rociarme has, Señor, con un hisopo, y seré limpio: lavarme has, y pararme he más blanco que la nieve. Decir que será más blanco que la nieve, es decir que el penitente llegará á quedar más blanco que el inocente, como es de creer que esta sancta pecadora tiene hoy más gloria en el cielo que muchos de los que nunca mortalmente pecaron. Imitemos pues todos esta manera de penitencia, para que así vengamos á ser merecedores de su gloria.

De la entrada del Salvador en Hierusalem, y de la fiesta de los Ramos.

Así como la entrada del Salvador en este mundo fué con grandísima gloria, con cantares de ángeles, con resplandor de estrellas, adoración de Magos y de pastores, así la salida dél, ó por mejor decir, la entrada en Hierusalem para ofrecerse en sacrificio por la salud del mundo, fué también con grande gloria, pues toda aquella ciudad se trastornó y lo salió á recebir con ramos de olivas y palmas y con tender muchos sus vestiduras por tierra, y repetir todos casi las mismas voces y alabanzas que los ángeles cantaron, diciendo: Paz sea en el cielo, y gloria en las alturas, como escribe S. Lucas. Y no es cosa menos admirable considerar con cuán humilde caballería quiso el Salvador recebir esta honra, porque no fué otra que una asna y un pollino enjaezados con los pobres mantos de los discípulos. Y desta manera entró aquel Cordero pascual á sacrificarse por nosotros en la ciudad de Hierusalem. Y porque todo lo que en esta entrada acaesció, está lleno de misterios, á nosotros pertenece escudriñar húmilmente en todas estas cosas la sabiduría y consejo divino, en cuanto nos fuere concedido.

Pues una de las causas (entre otras) que señalan los sanctos doctores desta tan solemne entrada y recibimiento, fué haber querido representar el Padre Eterno en ella, como en una pintura, el fruto que hizo la venida de su Hijo al mundo, y iba agora á ejecutar con el sacrificio de su pasión. Porque para este tiempo y

para este trabajo no había cosa que más á propósito viniese para quien lo había de pasar, que ponerle delante el fruto dél. Y así confiesa el Apóstol que fué, cuando hablando de la pasión del Salvador, dijo que poniendo él ante sus ojos el gozo de nuestra redempción, sufrió la cruz, y no hizo caso de la confusión y abatimiento del mundo. Considera pues en esta entrada por una parte la humildad con que el Señor entra, y por otra la solemnidad con que el pueblo le recibe. Él entra (como lo representa la profecía de Zacarías) pobre, humilde y manso, asentado sobre una asnilla, como un pobre caminante, acompañado de doce pescadores no menos pobres: y con no traer más estruendo ni más aparato, el recibimiento que toda la ciudad le hizo, fué tan solemne como está declarado. Pues ¿qué es esto, sino un perfectísimo retrato de la mudanza que el mundo hizo, y de la fe que recibió, cuando este Señor vino á él, y esto no con otros instrumentos que con la humildad de la encarnación, y con la ignominia de su pasión, y con la predicación de unos pobres y rudos pescadores?

Estaba todo el mundo hecho un templo de idolatría, un castillo de ladrones, una cueva de basiliscos y serpientes, una plaza de engaños, una casa de confusión, un abismo de tinieblas y muy poco menos que un infierno de demonios encarnados. De donde el sol sale hasta donde se pone, por todas las islas y mares y tierras eran adorados por Dios los demonios, y para honra de tales monstruos se edificaban solemnísimos templos, humeaban los altares, y se quemaba encienso, y se ofrecían sacrificios. Y porque la idolatría es madre de todos los vicios, juntamente con ella reinaban todas las torpezas, todas las abominaciones, todas las maldades y vicios del mundo. De suerte que estaba el demonio (que es aquel fuerte armado del Evangelio) poseyendo pacíficamente el principado de la tierra, sacándolo del servicio y obediencia de su legítimo y verdadero Señor.

Estando pues las cosas en este estado, sobrevino otro más fuerte que él, que fué este Señor, el cual le quitó las armas de las manos, y tomóle todos los despojos, que son las ánimas y las criaturas de Dios, que él tenía tiranizadas, y derribó sus altares por tierra, y la silla de su idolatría, que él tenía usurpada en el mundo. Mas ¿con qué armas hizo esto? No con las armas de Saúl doradas, sino con un cayado y una honda quebrantó las fuerzas

de aquel poderoso gigante: quiero decir, no peleando con la gloria de su majestad ni con la potencia de su divinidad, sino con la flaqueza de su humanidad: esto es, con la humildad de su encarnación y con la ignominia de su pasión y con la humilde predicación de unos pobres pescadores derribó la monarquía y potencia deste tan grande tirano. Con una quijada de una bestia desbarató Sansón el ejército de los filisteos armados, y Cristo con la flaqueza de sus discípulos quebrantó las fuerzas y potencia del mundo. Porque tanto es más gloriosa la victoria, cuanto las armas son más flacas, y tal convenía que fuese la victoria con que Dios triunfase del demonio, no peleando con él con las armas de su poder, sino con las de su flaqueza. Esta manera de victoria tan gloriosa representó en una palabra muy al proprio el profeta Isaías, cuando dijo que el Salvador nos había librado del captiverio y yugo del demonio de la manera que él libró á los hijos de Israel de la subjección y vasallaje de Madián por mano de Gedeón. Gedeón venció este rey potentísimo con solos trecientos hombres, los cuales en la una mano tenía cada uno una trompeta, y en la otra un cántaro, dentro del cual traían una lumbre encendida, la cual después de quebrados los cántaros, comenzó á resplandecer y á alumbrar aquella noche escura. Pues con este sonido de trompetas y con estas lumbres encendidas fué desbaratado aquel grande ejército de Madián. Pues ¿qué necesidad tenía aquel poder infinito de Dios de usar deste ardid de guerra para desbaratar sus enemigos, si no nos quisiera representar aquí algún misterio? Y ¿qué cosa se puede representar más al proprio que el triunfo del mundo y del príncipe deste mundo, que nos tenía captivos? Porque Gedeón venció con solos trecientos soldados, Cristo con muy pequeño número de discípulos: aquél con el sonido de las trompetas, Cristo con el de la predicación evangélica: aquél quebrando los cántaros y resplandesciendo la luz que estaba dentro dellos, Cristo con la muerte de los sanctos mártires y predicadores y con la luz y resplandor de sus virtudes, que señaladamente resplandesció en la batalla de sus martirios. De manera que la voz de la doctrina, y el resplandor de la vida, y la paciencia del martirio y de los trabajos, fueron los instrumentos con que nuestro Gedeón venció toda la potencia de los reyes y emperadores del mundo y todas las fuerzas del infierno, y nos libró del captiverio del pecado. Gracias pues sean dadas á

vos, Señor, porque tan maravillosa y costosamente nos librastes, pues no sólo con vuestra sangre y con la humildad de vuestra pasión, mas también con la sangre y muerte de tantos mártires fundastes vuestra Iglesia y nos sacastes del captiverio de aquel dragón infernal.

Pues ésta es la manera de victoria que aquí describe no sólo el profeta Isaías, sino también Zacarías, alegado á este propósito por los Evangelistas, diciendo: Alégrate, hija de Sión, gózate, hija de Hierusalem, porque tu Rey viene para ti pobre y manso, asentado sobre una asna y un pollino. Y añade luego la victoria que con este tan humilde aparato alcanzará, diciendo: Él destruirá los carros de Efraim y los caballos de Hierusalem, y hará pedazos los arcos de la batalla, y predicará paz á las gentes, y su poder se extenderá de mar á mar y dende el río hasta los términos de la tierra. En las cuales palabras nos es significada esta general victoria de los príncipes del mundo y de los ídolos que por ellos eran adorados y defendidos, en lugar de los cuales el Imperio Romano (que tenía la monarquía del mundo) y los príncipes de la tierra recibieron y adoraron este Señor por su verdadero Dios, y gozaron de aquella paz que sobrepuja todo sentido, que él trajo consigo al mundo, reconciliándolo con su Criador y Señor. Esto es pues lo que nos representa el recibimiento de toda aquella ciudad, que con tanta solemnidad recibió á este Señor, confesándolo por verdadero Rey y Salvador del mundo, y pidiéndole salud en las alturas como á verdadero Dios y Señor dellas.

Mas no fué solo éste el beneficio que recibió el mundo con la venida deste Señor, mediante la fe, mas también fué renovado con la hermosura de la justicia y de las virtudes que en aquella gloriosa edad florecieron. Porque entonces se cumplió lo que el profeta Isaías había profetizado diciendo: En las cuevas donde primero moraban los dragones, nacerán verduras de juncos y cañaverales: para significar que donde antes reinaba la ponzoña y la fiereza de los hombres, que vivían como dragones y como miembros de aquel dragón infernal que en ellos inspiraba su misma ponzoña, y así los hacía tales cual él era, ahí abundó tanto la virtud y la gracia, que las cuevas destos dragones se hicieron jardines de flores eternas, que es, de perfectísimos varones, los cuales despreciadas todas las cosas del mundo, y su misma car-

ne, no trataban más que de las cosas del cielo: lo cual nos representan aquéllos que en este recibimiento echaban sus vestiduras por tierra para ser pisadas de todos. Esto pusieron por obra señaladamente los sanctos mártires, los cuales con grande alegría se dejaron despedazar, y arrastrar, y padecer todas las maneras de tormentos que la ingeniosa crueldad de los tiranos y de los demonios pudo inventar, antes que perder un punto de la fe y amor que tenían con este Señor. En persona de los cuales dice el Apóstol: Hasta la hora presente andamos hambrientos, y sedientos, y desnudos, y abofeteados, sin tener un rincón en que meternos, y sin tener un pedazo de pan que comer, si no lo ganamos por nuestras manos. Maldícennos, y bendicimos, persíguennos, y sufrímoslo, blasfeman de nosotros, y rogamos á Dios por quien nos blasfema, y finalmente hemos venido á ser como unos estropajos y desechos del mundo, y como unos hombres á quien todo el mundo tiene por tan abominables y sacrílegos, que con ninguna cosa piensan más aplacar á Dios, que con nuestra muerte. Éstos pues son figurados por aquéllos que tendían sus vestiduras por tierra para que fuesen pisadas y despreciadas, por servir con esto á la gloria de aquel Señor, diciendo con el mismo Apóstol: Será glorificado Cristo en mi cuerpo así con la muerte como con la vida, porque mi vida es Cristo, y mi muerte es ganancia.

Otros hubo que ya que no perdieron las vidas, porque no hubo ocasión para eso, dejaron por él las haciendas, renunciando todo cuanto poseían, para que se repartiese por pobres, como lo hacían los primeros cristianos, que vendían sus haciendas y ponían el precio dellas á los pies de los Apóstoles. Y éstos son los que recibieron al Señor con ramos de olivas, por las cuales se entiende la misericordia, que es una de las obras más principales y proprias de la vida cristiana, que así como consiste en caridad, así tiene por principalísimo ejercicio las obras de misericordia, que son efectos desa misma caridad. Por lo cual dijo S. Ambrosio que la suma de toda la disciplina cristiana consistía en obras de misericordia y piedad. Otros hubo que no teniendo qué dar por amor de Dios, se dieron á sí mismos, haciendo de sí sacrificio, entrando en los claustros y monesterios, y castigando sus cuerpos, y crucificando sus apetitos en la cruz de la obediencia por amor de Dios. Y otros que aún pasaron más adelante, por-

que no contentos con la cruz de la vida monástica, pasaron á los trabajos de la soledad, morando en los desiertos, alejados no sólo de la compañía, sino también de todos los regalos y gustos de la vida humana, haciendo vida de ángeles en la tierra, y conversando en el cielo, y ocupándose continuamente en las alabanzas divinas y en la contemplación de las cosas celestiales, como hicieron los Paulos, Antonios, Pafnucios, Macarios, Arsenios y Hilariones, y otros innumerables, que hicieron vida de ángeles en los desiertos de Egipto y del monte Sinaí, y en otros muchos lugares. Y éstos son figurados por los que recibían al Señor con cantares de alabanza, confesando su reino y pidiéndole salud en las alturas.

§ I

Después desto tenemos en este sagrado Evangelio un maravilloso ejemplo y medicina para curar una común dolencia de la naturaleza humana, que es el apetito de la gloria del mundo, el cual procura siempre de atizar y encender nuestro común adversario, porque sabe él muy bien que después de ciegos con este amor, en lo demás no le queda que hacer, porque por aquí tiene la puerta abierta para todo lo que quiere. Y es cosa maravillosa ver en este caso el artificio deste embaidor, porque con ser esta gloria una cosa tan breve, tan frágil, tan engañosa y de tan poco ser, él la pinta con tales colores, que hace á los hombres hacer tan grandes extremos por ella. En lo cual me parece que se ha como unos grandes matemáticos, los cuales por arte de perspectiva figuran ciertas líneas en unas tablas con tal proporción y artificio, que no siendo á la verdad más que esto, si las miráis por un cierto agujerico que ellos saben ordenar, parece que están allí las más hermosas figuras del mundo, como quiera que á la verdad no estén más que unas rayas desnudas Tal pues me parece el artificio deste grande engañador, pues siendo las honras deste mundo una cosa tan sin ser, él nos las pinta y representa de tal manera que por ellas despreciamos vida, y alma, y todo lo que Dios promete.

Pues ¿quieres tú agora ver la grandeza deste engaño? No vamos más lejos: pon los ojos en esta honra que aquí el mundo hizo á

este Señor, y en ella verás lo que es la gloria del mundo. Lo cual declara S. Bernardo por estas palabras: El mismo pueblo, en el mismo tiempo y en el mismo lugar donde le recibió con tan gran triunfo, de ahí á pocos días le pidió la muerte y le puso en cruz. ¡Oh, cuán diferentes voces eran por una parte: Crucifícalo, crucifícalo, y por otra: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor, sálvanos en las alturas! ¡Cuán diferentes voces son, llamarlo agora Rey de Israel, y de ahí á pocos días decir: No tenemos rey sino á César! ¡Cuán diferente cosa son agora ramos verdes y floridos, y poco después espinas, azotes y cruz! Y á quien primero sirvieron con sus proprias vestiduras, de ahí á poco le desnudaron de las suyas, y echaron suertes sobre ellas. Y finalmente al que hoy predicaban por hijo de David, que es, por el más sancto de los sanctos, mañana le tienen por el peor de los hombres y por más indigno de la vida que Barrabás. Pues ¿qué ejemplo más claro para ver lo que es la gloria del mundo, y en lo que se deben estimar los testimonios y abonos dél?

Pues según esto, ¿cómo no se corren los hombres de hacer tanto caso deste monstruo, de estimar en tanto su gloria, de hacer tanto caso de sus juicios, y dar tantos pasos por su servicio? ¿Cómo no se afrentan de hacer tantas expensas para agradar á sus ojos, para quedar en su memoria, pues está claro que su memoria es como la del huésped de un día que va de camino? Cosa es por cierto de gran lástima, después del beneficio de la redempción de Cristo, ver los hombres tan captivos y tan esclavos del mundo, y ver lo que hacen por tenerle propicio. Muchos hay que no son señores de sí mismos, ni tienen libertad para hacer mil cosas que para sus cuerpos y ánimas eran necesarias, si temen que no las aprobará el mundo, aunque las apruebe y mande Dios, haciendo más caso del qué dirán las gentes, que de lo que en fin de la vida les dirá Dios. Otros hay que por ser más honrados en el mundo, por tener con qué apascentar ojos ajenos, por dejar de sí memoria en el mundo con títulos, con mayorazgos y edificios soberbios, ayunan toda la vida, y hacen ayunar su familia, robando el mundo, y agraviando á los suyos, para que así crescan los instrumentos desta gloria á costa ajena. Y no acaban los miserables de entender siquiera por este ejemplo cuán caro compran la memoria de un mundo tan olvidadizo y tan ingrato. Pues, oh ciegos, oh mendigos y miserables, ¿en qué andáis? ¿Qué

buscáis? ¿Qué pretendéis desa bestia de muchas cabezas? ¿Por qué después de redemidos y libertados por Cristo, os queréis volver á ser esclavos dese mismo tirano? El cual como es falso y engañoso, así también lo son todas sus cosas, porque también ellas prometen lo que no cumplen, y parece que tienen lo que no dan. No son más (como decía Platón) que unas sombras y imágines contrahechas de los bienes verdaderos, y nosotros como animales brutos no sabemos hacer diferencia de lo que es, á lo que parece. Y así nos acaesce como á los perrillos y cabritillos, que si les ponéis el dedo en la boca, comienzan á mamar en él, pensando que es la teta de la madre, porque algún tanto se parece con ella. Pues ¿qué mayor miseria que venir el hombre á no tener más discreción que las bestias, y á no saber hacer diferencia entre la aparencia de las cosas y la existencia dellas, y á estar tomando placer con las figuras de los bienes, como si fuesen verdaderos? Dime, hombre miserable, que andas por todas las criaturas buscando deleites, ¿qué leche, qué hartura, qué paz has hallado en todos esos pechos que has mamado? ¡Cuántas veces, donde buscabas leche, hallaste acíbar, y donde miel hallaste hiel! ¡Cuántas veces en la hacienda, ó estado, ó casamiento, donde pensabas hallar descanso, hallaste tormento y ocasión de trabajos y cuidados! Ésa es la leche que se halla en los pechos del mundo, á los cuales tiene Dios echada su maldición por su Profeta, diciendo: Señor, ¿qué darás tú á los malos? Dales, Señor, vientre estéril y pechos secos, para que ni nasca dellos fruto de bendición, por falta de sus buenas obras, ni tengan leche de consolación, por la muchedumbre de sus miserias.

Mas aunque nada desto fuese así, y que el mundo en todo fuese fiel, ¿qué nos aprovecharán todas sus cosas al tiempo del mayor necesidad? A la hora de la cuenta, ¿qué nos aprovecharán todos esos ídolos que adoramos, que son todas aquellas cosas en que pusimos nuestra felicidad y esperanza? Allí es donde claramente se conosce la vanidad y engaño de todas estas cosas, y allí es donde hasta los malos caen en la cuenta de sus yerros, y dicen aquellas palabras del libro de la Sabiduría: ¿Qué nos aprovecha nuestra soberbia, y qué fruto nos acarreó la jactancia en nuestras riquezas? Pasaron todas estas cosas como sombra que vuela, y como correo que va por la posta. En lo cual también se ve cuán grande sea nuestraceguedad y locura, que siendo las

cosas del mundo lo que son, y huyendo siempre de nosotros, corremos á rienda suelta tras dellas, y por el contrario, siendo las cosas de Dios lo que son, y ofresciéndosenos tan de gracia, no hacemos caso dellas. Aprovechemos pues, hermanos, con este desengaño que se nos da en esta entrada de Cristo, para que conocidos y despreciados los halagos deste mundo lisonjero y mentiroso, estimemos y procuremos los verdaderos bienes, que nos hagan en esta vida verdaderamente ricos por gracia, y después bienaventurados en la gloria.

Preámbulo para entender el espíritu y intento de esta Oración que se pone antes del misterio de la sagrada pasión.

Sabida cosa es que todas las obras que nuestro Señor tiene hechas, así de naturaleza como de gracia, son para manifestación de su gloria. Y aunque todas ellas sean altísimas y divinísimas, y tales que dan bien testimonio de la excelencia de su hacedor, mas el misterio de su sagrada pasión descubre tanto esta gloria, que todas ellas quedan escurecidas con el resplandor y hermosura de ella: en la cual por una manera admirable se nos descubrió la grandeza de la bondad, de la caridad, de la misericordia, de la justicia, de la sanctidad y providencia deste Señor. Y así la consideración deste misterio es más poderosa para mover nuestros corazones á amor, temor, imitación de las virtudes del Salvador, y agradescimiento deste tan grande beneficio. Mas para esto es necesaria una especial lumbre del Espíritu Sancto, para entender algo de la excelencia deste misterio. La cual tenía S. Buenaventura, y conforme al sentimiento y fruto que sacaba desta consideración, ordenó esta siguiente oración en un libro que hizo, llamado Estímulo de Amor de Dios, la cual da claro testimonio de lo dicho. Y con este presupuesto se entenderá mejor el intento y espíritu desta oración.

Síguese una muy devota Oración de S. Buenaventura, para pedir al Señor sentimiento del misterio de su sagrada pasión.

SALVADOR y Señor mío Jesucristo, Rey de los reyes y Señor de los señores, haced, Señor, lodo con vuestra saliva, y untad los ojos deste ciego dende su nascimiento, para que pueda ver la hermosura de vuestras sacratísimas llagas. Hacedme entrar en el arca mística y en el verdadero templo (que es, en vos mismo) para que puedan mis ojos ver lo que en vuestro cuerpo y en vuestra ánima padecistes por mí, y la voluntad y amor con que lo padecistes. Recibidme, Señor, como aquel hijo pródigo á comer con vos el becerro grueso, asado con fuego de amor en la cruz. Oh verdadero Maestro, enseñadme los tesoros de la beatísima sabiduría de vuestra muy dolorosa muerte. Otra vez, Señor, otra vez tened por bien abrir vuestro costado á mí, vuestro siervo muy malo, porque estos ojos que robaron mi ánima, hallen en vuestro costado sus despojos.

Oh buen Jesú, mirad que mi corazón es endurecido como piedra, si no fuere ablandado con vuestra sangre bendita. Mucho de vos, y muy mucho de vos está alejado mi corazón, si no fuere recogido en el abertura de vuestro sagrado pecho.

Oh buen pastor, mirad que yo soy aquella oveja errada que pereció, por la cual pusistes la vida en la cruz: veisla aquí, Señor, yo soy, recebilda, Señor, y acogedla en vuestras entrañas y en el pasto de vuestras sacratísimas llagas. Guardadme, Señor, y encerradme en ellas, porque sin vuestras llagas yo soy llagado, y sin vuestra muerte soy muerto, y sin vuestras deshonras soy deshonrado, y sin vuestros azotes soy azotado, no con azote de igualdad, sino con azote de maldad. Porque yo no supe perseverar en vuestra beatísima pasión, soy como nada, y porque me olvidé de la flaqueza de vuestra pasión, soy enflaquecido, y porque me aparté de los dolores de vuestras espinas y heridas, ha sido malamente herida mi ánima con las espinas de sus pasiones y cobdicias. ¿Qué diré? Que si mi corazón no se abre á sentir vuestros dolores, luego se abre á todas las vanidades, y si no se sabe esconder en vuestras llagas sagradas, luego cae en manos de los ladrones. Ca vuestra pasión es medicina eficacísima contra

todos los vicios. Contra la soberbia es su humildad, contra la vanagloria su abatimiento, contra el avaricia su largueza, y contra la envidia su caridad, y así contra todos los otros vicios. Ella es la que cierra los oídos para que no oigan cosas vanas, cubre los ojos para que no vean cosas peligrosas, guarda la boca para que no se desmande en palabras desordenadas, ata las manos y abrázalas con aquel sancto madero para que no se extiendan á cosas ilícitas, y los pies enclava en la cruz por que no anden por caminos de vanidad. Ésta es la que enciende el amor de consuno, acrecienta la devoción, y levanta el espíritu á la contemplación divina.

Pues, Señor, esta muy cruel y deshonrada pasión os pido me deis por esposa. Juntadla comigo con atadura que no se pueda soltar, porque sobre toda hermosura y sobre todos los deleites y bienes del mundo la ame. Pésame de corazón porque muchas veces por mi maldad la deseché de mí, llegándome á otras cosas: mas agora vengo ya, y la busco y la quiero. No hagáis, Señor, comigo según rigor de justicia, sino según la muchedumbre de vuestra misericordia. Pues, Señor mío, ésta os suplico me deis, pues yo la quiero con todas mis entrañas. Ésta sola me basta, sola dulcemente me cría y me recrea en esta vida. Ésta es mi vida, ésta mi consolación, ésta mis deleites, y mi ley, y mi sabiduría. Ésta atrae dulcemente mi corazón, y lo lleva en pos de sí, y lo guía por su camino, y sin ella voy perdido y descaminado, Oh buen Jesú, otra cosa no cobdicio en esta vida, sino ser del todo crucificado con vos. Pues, Señor, ó vos me dad la muerte corporal, ó imprimid vuestra muerte en mi corazón. Miserable de mí, ¿para qué nascí sino para abrazaros en la cruz, y para descansar en vuestras llagas? Más quiero subir en esta vida con vos al monte de la cruz, que con los tres escogidos apóstoles al monte de la transfiguración, y más dulce es para mí veros con los ojos del ánima escupido, que transfigurado. Señor, esta beatísima pasión quiero, ésta pido, ésta cobdicio de lo íntimo de mis entrañas. Por ésta renuncio todas las cosas, y á mí mismo también con ellas. Ésta sea mi refugio, y mi morada, y toda mi consolación, porque vuestra sangre preciosa me embriaga, y vuestros dolores parten mi corazón.

Señor, por mí hecistes el cielo y la tierra, el sol y la luna y las estrellas, el fuego y el aire y el agua, y todo lo que en ellos es. Mas ¿quién os pidió alguna destas cosas? Sin que os las pidiésemos v

sin que las mereciésemos, nos las distes por sola vuestra gracia. Y agora insisto continuamente pidiendo la deshonra de vuestra pasión, y no puedo alcanzar una muy pequeña parte della. Pues mirad, Señor, que todas estas cosas visibles tengo despedidas por ésta, y á vos os vuelvo húmilmente todo lo que por mí criastes, y solamente me dad vuestras sacratísimas llagas. Éstas ensalzan mi corazón sobre el cielo, alumbran mi entendimiento más que el sol y la luna, encienden mi voluntad más que el fuego, avivan mis palabras más que el aire, ablandan mi corazón más que el agua, sostienen y hacen fructificar mi ánima más que la tierra. Ésta es más deleitable que los árboles y flores, más dulce que todos los manjares, más preciosa que el oro y piedras preciosas. Y aun ciertamente todas estas cosas no son sino vanidad, comparadas con ella. Ésta os pido, Señor, ésta me dad por esposa. No os pido la hermosura del cielo, sino la deshonra de la cruz, no los deleites del mundo, sino las angustias de vuestra muerte. Presto, Señor mío, presto dádmela, ca no quiero ni puedo vivir sin ella. No quiero desposarme con ella, sino casarme y consumar luego este sancto matrimonio para que sea sancto y firme. Mas ¿quién soy yo, Señor, para que ose pedir por esposa la que vos dais á vuestros grandes amigos en prendas de vuestra amistad? Mas, Señor, aunque yo sea vanidad y corrupción, siempre confío y espero en vuestra gran misericordia. Y aunque yo no tenga la pureza y sanctidad de vuestra madre para estar al pie de la cruz habiendo compasión de vos, mas tengo la maldad del ladrón, por donde pueda ser justiciado y crucificado con vos. Y si no soy como aquel sagrado velo del templo, para que haya de ser rasgado con vuestra muerte, á lo menos soy sepultura hedionda, que debo ser abierta por el abertura de vuestro precioso costado. ¿Qué queréis, dulcísimo Señor, que haya en mi corazón, para que no sienta vuestros dolores? Si las piedras se hacen pedazos cuando vos padecéis, yo soy duro como piedra, y si la tierra hace su sentimiento, yo también soy formado de tierra. Pues ¿qué falta en mí, ó de maldad, ó de bajeza, ó de dureza, por que no haya de hacer sentimiento en vuestra sagrada muerte? Y si no soy celestial, para que habiendo de vos compasión, haya de ser escurecido, soy de conversación infernal, para que en estos tres días de muerte deba ser de vos visitado. Pues, Señor, no sea impedimiento mi maldad para que ayuntéis con mi ánima

esta esposa tan noble, porque sin duda ella es más hermosa que todas las cosas hermosas, y en ella resplandecen todas las gracias. En ella fué Dios muy honrado, y en ella resplandesció la grandeza de su bondad y de su misericordia y de su justicia. La sabiduría della hirió al soberbio, y la virtud della trasladó las ánimas del infierno al paraíso, y por el merecimiento della fué reconciliado y redimido el mundo. El color violado della cría los humildes, el azucena blanca de su pureza los inocentes, y la púrpura de su preciosa sangre á los fervientes en caridad. En ésta resplandeció la humildad perfecta, y la virginidad pura, y la caridad cumplida, y la paciencia consumada. Con ésta resuscitan los muertos, con ésta se justifican los pecadores, con ésta se glorían los justos, y con ésta se vencen los enemigos. Con su dulce tocamiento son curados los enfermos, y con su gusto suavísimo son recreados y fortalecidos los perfectos. Oh hijas de Hierusalem, ésta es mi esposa, y mi querida, y todo el deseo de mi ánima. Ésta vence al demonio mi enemigo, castiga mi carne, mortifica mis pasiones, enfrena mis cobdicias, y aparta de mi corazón el amor del mundo.

Pnes lejos sea de mí gloriarme en otra cosa sino en la cruz de mi Señor Jesucristo, por la cual el mundo es crucificado á mí, y yo al mundo. Por cierto, Señor, gran gloria es para mí que por mí hecistes los tiempos, y criastes todas las cosas: pero mayor gloria es para mí que vos, Dios eterno, tuvistes por bien de haceros temporal, y nacer en este mundo por mí. Mucho os debo porque me hecistes á vuestra imagen y semejanza, pero mucho más os debo porque tomastes forma de siervo, y os hecistes semejante á mí. Gran beneficio es haber sido el hombre hecho á imagen de Dios, pero mayor es sin comparación haberse hecho Dios á imagen del hombre. Mucho os debo porque con tantos beneficios cuantas criaturas hay en el mundo, me sustentáis y gobernáis: pero mucho más os debo porque vos, fuente de todos los bienes, quisistes padecer hambre, y sed, y frío, y cansancio por mí. Gran gloria es para mí que me distes señorío sobre todos los animales que criastes, pero mayor gloria es para mí que vos por mi amor os subjectastes á una mujer y á un oficial por mí. Gran gloria es para mí que si yo fuere vuestro amigo, me honrarán los ángeles en el cielo: pero mayor gloria es para mí que siendo yo vuestro enemigo, quisistes ser deshonrado y escupido en la tierra.

Gran gloria es para mí que si fuere justo, seré rico y bienaventurado con vos: pero mayor gloria es para mí que siendo pecador y malo, quisistes sufrir extrema necesidad y pobreza por mí, pues al tiempo del nascer no tuvistes otra cosa sino un establo, y al tiempo del morir no otra cama sino la cruz, ni otra almohada sino una corona de espinas, ni otra ropa sino desnudez, ni otra mesa sino hiel y vinagre. Muchas gracias os debo por los deleites que me daréis en vuestra gloria, si bien viviere, pero muchas más porque siendo yo un vaso de corrupción, vos, que sois río de deleites, fuistes lleno de amarguras por mí. Gran misericordia es para mí que si viviere como ángel en la tierra, estaré asentado entre los ángeles en el cielo: pero mucho mayor misericordia es que habiendo vivido como un demonio, vos, Señor de los ángeles, estáis puesto entre los ladrones por mí. Pues lejos sea de mí gloriarme en otra cosa que en la cruz de mi Señor Jesucristo, pues en ella y por ella tanta gloria y tanto bien se me concede. ¿En qué me debo yo gloriar sino en la honra de Dios y en la salud del hombre? Pues ¿dónde se halla lo uno y lo otro perfectamente, sino en la cruz? Allí fué Dios honrado como él merecía, con tan grande sacrificio y obediencia, y allí fué el hombre amado más de lo que merecía, con tan grande beneficio y redempción.

Del lavatorio de los pies de los discípulos.

Costumbre era de algunos sanctos, cuando estaban ya para morir, como quien estaba al cabo de la jornada, un pie en esta vida y otro en la otra, decir algunas sentencias notables para edificación y doctrina de sus discípulos, entendiendo que lo que en aquella hora se decía (demás de ser cosa notable) les quedaba más impreso en la memoria. Y así unos encomendaban la virtud de la caridad, otros la humildad, otros la pobreza de espíritu, otros la mortificación de la propria voluntad, y otros otras virtudes, según la devoción y parecer que cada uno tenía. Y pues este día el Sancto de los sanctos y el Maestro de los maestros está para partir desta vida, razón será que todos los que nos preciamos del nombre de cristianos y discípulos suyos, estemos agora más atentos á todo lo que hace y dice en este paso, porque todo ello ha de ser materia de grande edificación y provecho. El me-

jor vino guardó el Salvador para el fin del convite (1). El cisne dicen que cuando quiere morir, canta más dulcemente, y la candela cuando está ya para acabarse, da mayores llamaradas: y así este Señor, que vino á ser lumbre del mundo, agora que está para acabar, ha de resplandecer con mayor claridad de ejemplos y doctrinas. Por dónde conviene agora más que otro tiempo asistir con mayor atención á todo lo que en esta hora nos declara.

Júntase con esto otra razón, que es comenzar este Señor á hacer hoy su testamento: el cual acabará mañana expirando en la cruz, donde encomendará su ánima al Padre, á su discípulo la madre, el cuerpo á la sepultura, el paraíso al ladrón, y su vida al mundo (2), y hasta sus vestiduras á los que le han de desnudar y poner en cruz (3). Pero hoy nos deja en su testamento dos piezas, las más ricas que en el mundo se pudieran dejar, que son su preciosísima carne y sangre, las cuales ordenó para mantenimiento de nuestra vida, para provisión de nuestro camino, para medicina de nuestras llagas, para socorro de nuestros trabajos, para memoria de su caridad, y para prenda segura de la heredad eterna, pues tanto vale esta prenda como la hacienda sobre que está empeñada. Y esta manda quedó confirmada con la muerte del testador, porque por eso el testamento viejo pudo ser revocado, por quedar vivo el testador: mas aquí, como después de hecha la manda y otorgado el testamento, muere, queda para siempre fija y irrevocable. Y por esto también, como por lo pasado, nos conviene tener atención para ver la parte que nos cabe en este testamento.

Pues comenzando el Evangelista á tratar destos misterios, primero declara el tiempo en que fueron obrados, que fué la Pascua. Y esta Pascua era una solemnísima fiesta que los judíos celebraban en memoria de aquel grande beneficio que Dios les había hecho librándolos del captiverio de Egipto, y encaminándolos á la tierra de promisión, ahogando sus enemigos en el Mar Bermejo, y obrando todo esto por medio del sacrificio de un cordero que les era mandado. Pues como todo esto era figura de nuestra redempción, ordenó la Sabiduría divina que en el mismo tiempo que se celebraba la figura, se celebrase la verdad. De manera que en el mismo día que fueron librados los hijos de

(1) Joan. 2. (2) Luc. 23. (3) Joan. 19.

Israel del captiverio de Egipto, fuímos nosotros librados de la servidumbre y captiverio del demonio: aquéllos en aquel día fueron encaminados á la tierra de promisión, y á nosotros en éste se abrieron las puertas del cielo, que es la verdadera tierra de promisión. En aquel día fueron anegados los carros de Faraón y los enemigos del pueblo de Israel en el Mar Bermejo, y en éste fueron ahogados nuestros pecados en el mar de la sangre de Cristo. Todo aquello se obró por el sacrificio de un cordero, y todo estotro obró el Hijo de Dios por el sacrificio de sí mismo, que es verdadero Cordero que quita los pecados del mundo (1). Y pues lo uno era figura de lo otro, convenientísima cosa era que en el mismo día que se celebraba la figura, se obrase la verdad, para que no sólo hubiese concordia entre los misterios con la semejanza de la historia, sino también con el mismo tiempo en que se celebraba. Y así vinieron á carearse y juntarse en uno la figura y la verdad, el cuerpo y la sombra dese mismo cuerpo, el Testamento viejo y el nuevo, las promesas divinas y el cumplimiento dellas, el cordero figurativo y el verdadero. Y es cierto cosa muy dulce y admirable para considerar, ver cómo en el primer día de los panes ázimos, según refiere S. Lucas que se sacrificaba el cordero material (2), por cuyo sacrificio fueron librados los hijos de Israel del captiverio de Egipto, en ese mismo se sacrificase el verdadero Cordero, por cuyos merecimientos había de ser el mundo redemido y librado del captiverio del demonio. Y digo en el mismo día, porque los judíos cuentan los días no de la mañana á la noche, sino de la víspera de un día hasta la de otro. Pues así se ve claro cuán proporcionado viene lo uno con lo otro, y cuán perfectamente se obró en Cristo lo que tenía trazado el Espíritu Sancto. Desta manera se están mirando los dos querubines el uno al otro, teniendo el arca del Testamento en medio, porque ambos los dos Testamentos nuevo y viejo miran á Cristo, y el uno cumple lo que el otro promete, no sólo en el mismo modo, sino en el mismo tiempo. Por lo cual convenientísimamente el Salvador quiso celebrar la Pascua nueva cuando se celebraba la vieja. Donde los antiguos sacramentos se encontraron con los nuevos, y con ellos se acabaron. Y desta manera se verifica aquí aquella promesa de la ley, que dice: Comeréis los

(1) Joan. 1. (2) Luc. 22.

manjares añejos, y veniendo los nuevos, desecharéis los viejos. Porque así como con la presencia del sol desaparecen las estrellas, así con la presencia deste nobilísimo sacrificio cesaron todos los otros sacrificios, porque éste solo sin comparación vale más que todos ellos.

Después desto comienza luego el Evangelista á tratar de la causa de todos estos misterios y beneficios, que es la grandeza de la caridad de Cristo, de la cual dice que habiendo él amado á los suyos que tenía en este mundo, en el fin de la vida señaladamente los amó (1). Lo cual dice, no porque con la vida cresciese la caridad de Cristo, como tampoco crescía su gracia, sino porque entonces aguardó él á darnos mayores muestras de su amor. Dicen los filósofos que el movimiento natural es más ligero al fin que al principio: y con éste podemos comparar el amor de Cristo, á lo menos cuanto á las señales y muestras dél. Los otros amores, aunque sean de los muy bien casados, no son desta calidad. Veréis una mujer en pasamiento, que tiene hijos y marido, la cual en este tiempo tiene muy poca cuenta con ellos, porque los accidentes de la enfermedad, y la presencia de la muerte, y el temor de la cuenta, y el horror de la sepultura, de tal manera ocupan su corazón, que no la dejan acordarse de otra cosa. Y así no podemos decir aquí que el amor es mayor que el dolor, sino antes el dolor es mayor, pues ahoga y sume al amor: ni tampoco que este amor sea más fuerte que la muerte, pues la memoria sola della basta para entibiarlo. Mas el amor de Cristo no fué desta manera, porque no pudo tanto la memoria y presencia de la muerte, que fuese causa de entibiarse ó encubrirse algún tanto la llama desta caridad. Porque éste es aquel amor de quien se dice en el libro de los Cantares que las muchas aguas de las tribulaciones no pudieron apagar la llama desta caridad, ni los grandes ríos la pudieron cubrir (2). Porque entonces trató este Señor á sus discípulos con más dulces palabras, y les hizo mayores beneficios, y ordenó más divinos sacramentos, y nos dejó más admirables ejemplos Entre los cuales uno fué de profundísima humildad y perfectísima caridad, prostrándose á los pies de los discípulos, y lavándolos con sus divinas manos.

(1) Joan. 13. (2) Cant. 8.

§ I

Pues queriendo el Evangelista contar este ejemplo de tan grande humildad, trata primero de la grandeza de la majestad deste Señor, para que (como hacen los pintores) se descubra mejor lo prieto par de lo blanco, que es, la grandeza desta humildad en presencia desta majestad. Dice pues que siendo este Señor aquél en cuyas manos había puesto el Padre todas las cosas, los cielos, la tierra, el infierno, los ángeles y los hombres, con todo lo demás, determinó de poner aquellas manos en que estaba todo lo criado, debajo de los pies de unos pobres pescadores. Y así dice que se levantó de la mesa, y se quitó las vestiduras, y echó agua en un bacín, y comenzó á lavar los pies de sus discípulos (1). Estas vestiduras que aquí el Salvador se quitó no sólo sirven para el lavatorio de los pies, sino también para representar el misterio de nuestra redempción, porque así para lo uno como para lo otro se desnudó este Señor de sus vestiduras. ¿Cuáles son las vestiduras de Dios? Dice David que está cubierto de claridad y de lumbre así como de vestidura (2). Y S. Juan dice que trae escrito y broslado en esta vestidura, Rey de los reyes y Señor de los señores (3). Pues según esto las ropas de que este Señor está vestido, son su claridad, su hermosura, su gloria, su sabiduría, su omnipotencia, su inmortalidad y bienaventuranza. Pues de todas estas vestiduras se despojó él cuanto á nuestra vista, para lavar los pecados del mundo. Porque entonces señaladamente los lavó, cuando en la cruz derramó toda su sangre. Pues ¿qué cosa más desnuda que el Hijo de Dios en la cruz? ¿Dónde está, Señor, ahí vuestra fortaleza, dónde vuestra sabiduría, vuestra omnipotencia, vuestra hermosura, vuestra gloria y vuestra figura, pues el Profeta dice que la perdistes (4), y que no fuistes conocido por ella? Y si estas cosas son divinas, ¿dónde está vuestra fama, vuestra honra, vuestros discípulos, vuestra compañía, y dónde finalmente aquella vuestra manada y aquel ganado hermoso que tan diligentemente apascentábades? ¿Qué

(1) Joan. 13. (2) Psalm. 103. (3) Apoc. 17. (4) Isai. 53.

se hizo todo eso? ¿En qué se resolvió? No veo en vos un solo hilo desas ricas vestiduras. Vuestro poder es tenido por flaqueza, la sabiduría por locura, la bondad por maleficio, y la hermosura por fealdad. Oh verdadero Sansón, ¿quién trasquiló los cabellos de vuestra fortaleza (1), y os ató de pies y manos, y os entregó en poder de los filisteos? Claro está, Señor, que esto hizo el amor de vuestra esposa la Iglesia, y el deseo que tuvistes de sanctificarla y lavarla con vuestra sangre: y para este lavatorio os levantastes de la mesa del cielo, y bajastes á este mundo, donde disimulando la hermosura de vuestra gloria, lavastes las mancillas de nuestras ánimas.

Desnudo pues ya y ceñido el Salvador, dice el Evangelista que echó agua en una bacía, y comenzó á lavar los pies de sus discípulos, entre los cuales estaba Judas: y no hay que dudar sino que no le exceptaría de aquel común beneficio, sino que también le lavaría los pies como á todos los otros. ¿Qué espectáculo pudo ser de mayor admiración? Admirable cosa es ver á Dios entre dos ladrones (2), y admirable es verle prostrado á los pies de Judas. ¿Qué sintiera aquí aquel fariseo que convidó á comer el Salvador, si esto viera? El cual murmuraba porque se dejara tocar y lavar de una mujer pecadora, pareciéndole esto cosa indigna de un tan sancto profeta. Oh fariseo, si tanto te maravillas, teniendo á ese Señor no más que por profeta, por dejar lavar sus pies de una pecadora, ¿cuánto más te maravillaras si creyeras que era Dios, como lo era? Porque si eso venía bajo para profeta, ¿cuánto más viniera para Dios? Pues pasa agora más adelante, y vuelve el negocio al revés, y mira cuánto mayor cosa será que ése que es verdadero Dios y Señor de los profetas, no sea lavado, sino lave los pies de los pescadores, y (lo que más es) del mayor de los pecadores, cual era Judas. ¿Qué cosa más admirable que ésta? Señor, oí tus palabras, y temí, consideré tus obras, y quedé pasmado (3). Y sobre todo esto, no contento con haberle lavado los pies, dice San Crisóstomo que también le hizo participante del Sacramento de su cuerpo y de su sangre: de suerte que la misma sangre que el perverso había vendido, le dió él para remedio de su pecado, si quisiera recibirlo. Y todo esto no bastó para vencer un corazón de quien estaba apoderado

(1) Judic. 16. (2) Luc. 23. (3) Habac. 3.

Satanás: tan grande es la fuerza con que este fuerte armado defiende lo que posee.

¡Qué proprio lugar éste para los que no quieren humillarse á pedir perdón de las injurias, ni perdonarlas, para los que dicen que ni pueden hablar, ni aun ver de los ojos, á quien les hizo una sinrazón! Veis aquí á Díos vendido por dinero, y derribado á los pies de quien le vendió. Y ¡qué proprio también esto para los que andan tasando las honras y mediendo las cortesías, á fulano ésta y á fulano la otra, estando el Señor de los ángeles derribado á los pies de Judas!

Mas dejemos agora á Judas, y vengamos á Pedro. Pues como él vió prostrado ante sus pies al Salvador: ¿Tú (dice) Señor, lavas á mí los pies? Tú, á quien sirve toda la naturaleza criada, á quien alaban los ángeles, adoran las dominaciones, tremen las potestades, ante cuyo acatamiento tiemblan las columnas del cielo, á quien alaban las estrellas de la mañana, ¿tú quieres lavar á mí los pies? ¿Tú á mí? ¿Quién eres tú, y quién soy yo? Tú eres el que eres, y yo soy el que no soy: tú eres un Señor de tanta majestad y gloria, que toda la universidad de las criaturas, los cielos, la tierra, la mar, los ángeles y los hombres, y finalmente toda esta máquina tan grande y tan admirable, con todo lo que en ella es, puesta delante de ti no es más que una pequeña estrella delante del sol, porque todo lo escuresce tu gloria, todo lo afea tu hermosura, todo lo deshace tu grandeza. Todas las gentes así son delante de ti como si no fuesen, y como nada son reputadas en tu presencia. Tal es tu ser, tal tu grandeza, que todo esto delante de ti no es más (como dice el Sabio) que un grano de peso que se carga sobre la balanza, ó una gota del rocío de la mañana que cae sobre la tierra. Pues, oh Dios mío y gloria mía, si todo el universo (que es tan grande) puesto delante de ti no es más que esto, yo, que tan pequeña parte soy del universo, ¿qué pareceré delante de ti? ¿Cómo me llamaré? ¿Qué nombre me pondré? ¿Gusano? ¿Mosquito? ¿Hormiga? No sé por cierto cómo me llame, porque á esta cuenta aun todos estos nombres me vienen largos. Pues siendo tú cual eres, y yo tal cual soy, ¿cómo me quieres lavar los pies? Todo esto y mucho más sentía y decía S. Pedro en su corazón, como quien por revelación del Padre conocía la dignidad y gloria del Hijo. Mas el Salvador, aunque aceptó su humildad y reverencia, no dejó de proseguir la obra

comenzada, poniendo silencio á S. Pedro y mandándole so pena de privación de su amistad y gracia que aceptase aquel beneficio

Acabado pues el lavatorio, dice el Evangelista que tomó el Salvador sus vestiduras, y asentado en aquella cátedra de la filosofía celestial, comenzó á declarar lo que aquella obra significaba (1). ¿Entendéis (dice él) lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque de verdad lo soy. Pues si yo siendo vuestro maestro y señor os lavé los pies, razón será que vosotros también los lavéis unos á otros. Ejemplo os he dado, para que como yo lo hice, así vosotros lo hagáis. De suerte que toda esta cerimonia tiraba principalmente á este fin, que es, á dejarnos un muy palpable y manifiesto ejemplo de humildad, y dejarlo al fin de la vida entre las postreras mandas y encomiendas della, para que quedase más encargado y más impreso en nuestra memoria. Pues, Señor, si esto principalmente pretendíades en esta obra, ¿no bastaban los ejemplos de la vida pasada, que toda ella fué un perfectísimo dechado de humildad? ¿Qué habéis enseñado hasta aquí sino humildad? ¿Qué nos representa el haber bajado del cielo á la tierra, el haber nascido en un establo, y ser inclinado en un pesebre, y circuncidado como pecador, y presentado y redemido en el templo como siervo, y huir á Egipto como flaco, y ser baptizado como publicano, y perseguido y murmurado como malhechor? ¿Qué nos representa pues todo esto sino humildad? ¿Qué otra cosa significa el haber escogido la madre humilde, y la patria humilde, y la compañía humilde, y el hábito y la vida y el tratamiento de vuestra persona tan humilde, sino darnos en todo esto ejemplos de humildad?

Y si estos ejemplos os parecían pequeños, ¿no bastaran los de vuestra pasión, que tan cercana estaba, donde habíades de parecer, como dice Isaías (2), el postrero de todos los hombres, y como dice David (3), oprobrio de los hombres y desecho del mundo, donde habíades de ser preso como ladrón, atado como esclavo, escupido como blasfemo, escarnecido como loco, azotado como malhechor, y crucificado entre ladrones como uno dellos, y finalmente tenido en menos que Barrabás? Pues si tantos ejemplos de humildad estaban dados, y tantos estaban á la mano

(1) Joan. 13. (2) Isai. 53. (3) Psalm. 21.

para darse, ¿qué necesidad había de añadir este nuevo á todos los otros?

Nadie puede entender este misterio, sino solo aquél que con lumbre del cielo tuviere conocida por una parte la excelencia desta virtud, y por otra la dificultad grande que hay en alcanzarla. Y por esto aquel Señor que tan bien tenía tomados los pulsos á nuestro corazón, cargó tanto la mano en esta parte, porque sabía cuánto nos importaba este negocio. Es tanta parte esta virtud para enseñarnos el camino de la verdad (que es camino del cielo) que dijo S. Augustín estas palabras: Si me preguntares cuál es el camino para venir en conocimiento de la verdad, responderte he que la humildad: y si la segunda vez me preguntares cuál sea el camino para venir en conocimiento de la verdad, responderte he que la humildad: y si la tercera vez y mil veces me preguntares esta pregunta, siempre te volveré á dar la misma respuesta. Manera de hablar fué ésta, en que este Sancto encareció todo lo que podía esta virtud, y cierto con mucha razón. Porque si tratamos de la utilidad y fruto della, ¿qué cosa hay para que no aproveche? Si quieres alcanzar misericordia delante de Dios, para esto ayuda la humildad, porque por aquí la alcanzó no sólo el Publicano del Evangelio, sino también Acab, rey idólatra y perverso (1). Si quieres tener parte en la gracia del Evangelio, para esto sirve la humildad, pues el mismo Salvador dice que fué enviado á evangelizar á los pobres (2), que son los humildes, y á éstos dice él que predica y ofresce la gracia y la buena nueva del Evangelio. Si quieres alcanzar espíritu de sabiduría, y conocimiento de Dios, éste dice el mismo Señor que está escondido á los sabios y prudentes del mundo, y se revela á los pequeñuelos (3), que son los humildes. Si quieres que sea oída tu oración, para eso también ayuda esta virtud, pues está escrito que la oración del que se humilla, penetra los cielos y no descansa hasta alcanzar lo que pide (4). Si quieres vivir debajo de la protección y sombra de Dios, eso también se alcanza por medio de la humildad, y así dice David (5): El Señor es guarda de los pequeñuelos, híceme yo uno dellos, y hízose él mi guarda. Si quieres disponer y aparejar tu ánima para la divina gracia, la humildad señaladamente nos dispone y apareja para eso, porque así como

(1) III Reg. 21. (2) Luc. 4. (3) Matth. 11. (4) Eccli. 35. (5) Psalm. 68.

todas las aguas naturalmente corren para bajo, así todas las gracias para el corazón del humilde. Por lo cual se dice que en la venida de Cristo los montes se abajarían, y los valles se levantarían (1), que es lo que más claramente profetizó la sacratísima Virgen en su Cántico, cuando dijo: Á los poderosos derribó el Señor de su silla, y levantó los humildes, á los hambrientos hinchió de bienes, y á los ricos dejó vacíos (2). Y ricos llama aquí á los que se tienen por tales, que son los soberbios, que presumen de sus virtudes y merecimientos, como presumía aquel fariseo del Evangelio. Si deseas otrosí conservarte en esa misma gracia, y defenderte de los lazos del enemigo, esa misma virtud te conservará, pues es cierto que no son otras las artes y medios con que se conserva la gracia que aquéllos con que se alcanza. Lo cual dice S. Bernardo por estas palabras: Verdaderamente he conocido que ninguna cosa hay tan poderosa para conservar y alcanzar la gracia, como no tener pensamientos altos, ni presumir de de sí, sino antes vivir siempre con temor. Y si señaladamente quieres conservar en tu ánima la virtud de la caridad (en la cual consiste la suma de toda la vida cristiana) ten por cierto que no hay cosa que más ayude á conservarla que la humildad. Porque así como el fuego se conserva envuelto en la ceniza, así se conserva el fuego de la caridad con la ceniza de la humildad. Y demás desto, si mucho deseas honrar y glorificar á Dios, cuanto más te humillares delante dél, más lo honrarás, pues como dice el Eclesiástico (3), grande es la potencia de Dios, y de los humildes señaladamente es honrado. Y el profeta Baruch (4): No los muertos (dice él) que están en el infierno, cuyo espíritu es recebido en las entrañas de la tierra, sino el ánima que está triste por la grandeza de sus pecados, y la que anda inclinada hacia la tierra, y debilitada, y los ojos escurescidos de llorar, ésa es, Señor, la que de verdad os glorifica. Finalmente, si deseas que tu ánima sea templo vivo de Cristo, donde él repose, donde duerma, donde more y donde tenga sus deleites, abraza con todo estudio esta virtud, porque ésta hace á los hombres templos vivos de Dios, como lo dice S. Augustín por estas palabras: ¡Oh cuán alto sois, Señor! Mas los humildes de corazón son las casas donde vos moráis. Y por esta causa el Salvador se llama en los Canta-

(1) Luc. 3. (2) Luc. 1. (3) Eccli. 3. (4) Baruch 2.

res lirio de los valles, para dar á entender que él es aquella flor hermosísima sobre que se asentó el Espíritu Sancto, la cual nasce y se conserva, no en los montes altos, sino en los valles humildes.

Y para concluir en pocas palabras, es tanta parte esta virtud para alcanzar toda sanctidad y justicia, que dice un doctor: ¿Quién es sancto? El humilde. Y ¿quién más sancto? El más humilde. Y ¿quién sanctísimo? El humilísimo. Lo cual dice así, no porque propriamente hablando, la medida de la sanctidad se tome de la humildad (porque ésta se toma de la caridad) sino porque de tal manera ayuda y dispone esta virtud para esa misma caridad, que donde hay grande humildad, hay también grande caridad.

§ II

Pues si tan grandes son las prerrogativas y excelencias desta virtud, ¿qué maravilla es que aquel tan sabio Maestro y Señor de las virtudes nos la encomendase y engrandesciese tanto, para que así como la grandeza del amor que los hombres tienen al dinero, les hizo descender á las entrañas de la tierra á buscarlo, así el amor que cobrasen á esta virtud con estas nuevas que el Señor les daba della, los inclinase á humillarse y á descender al más bajo lugar del mundo, donde se hallan no minas de oro y plata, sino este tan precioso tesoro?

Especialmente que no sólo la utilidad, sino también la dificultad desta virtud pedía esta misma encomienda y encarescimiento: la cual es tan grande, cuan grande es la ambición y apetito de honra que los hombres tienen, que es mayor de lo que se puede explicar con palabras. El cual apetito es el mayor contrario y enemigo que tiene esta virtud, ayudado para esto de las fuerzas del demonio, padre de la soberbia, que sopla este deseo y levanta las llamas deste horno de Babilonia cuarenta y nueve cobdos en alto.

Pues si esta virtud por una parte es tan provechosa, y por otra tan dificultosa de alcanzar, no es maravilla que aquel tan sabio Médico cargase tanto la mano en esta parte, pues tan bien tenía entendida la malicia del humor de que pecaba nuestra dolencia, y sabía que todos estos granos de acíbar eran necesarios para evacuarlo: y aun pluguiese á Dios que todo esto bastase.

Por dónde, así como los médicos curan unos contrarios con otros, así entendiendo muy bien este Médico del cielo cuán grande era nuestra vanidad, la quiso curar con ejemplos de profundísima humildad.

Y si estas nuevas bastaren para inclinar tu corazón al amor desta virtud, avísote que no te contentes con sola la imagen y aparencia della, como hacen algunos que en lo de fuera son humildes, y en lo de dentro soberbios, á los cuales reprehende S. Hierónimo en una epístola por estas palabras: Huye la humildad fingida, y abraza la verdadera que Cristo nos enseñó, en la cual no hay soberbia disimulada. Porque muchos siguen la sombra desta virtud, y pocos la verdad. Fácil cosa es traer la vestidura vil, saludar blandamente, besar las manos y las rodillas, y prometer humildad con la cabeza inclinada y con los ojos bajos, hablar con voz humilde, sospirar muchas veces, y á cada palabra llamarse miserable y pecador. Y si al que esto hace tocáredes con una palabra liviana, luego veréis cómo levanta las sobrecejas, hincha la garganta, y muda aquel blando sonido de voz en clamores. Y en otra carta, hablando al mismo propósito, dice así: Ninguna cosa hay que nos haga más gratos á Dios y á los hombres, que siendo grandes en el mérito de la vida, seamos pequeños en nuestra reputación. Por tanto, procura alcanzar la verdadera humildad, no aquélla que se muestra con la figura del cuerpo, con palabras blandas, sino la que sale del corazón. Porque una cosa es tener la virtud, y otra la figura della, y muy más fea es la soberbia que se esconde entre las señales de humildad, porque no sé cómo suelen ser más torpes los vicios que se cubren con capa de virtud.

También conviene aquí advertir que entre todas cuantas tentaciones hay, apenas se hallará alguna ni más subtil, ni más peligrosa, ni más dificultosa de conocer que es la de la soberbia. Porque las tentaciones de los otros vicios, como son las de la carne, de odio, de envidia, de ira y deseos de venganza, ¿quién no ve claro ser tentaciones de pecados manifiestos y conocidos? Mas la de la soberbia muchas veces entra con pies de lana lisonjeando al hombre y dándole á entender que es discreto, que es para mucho, que es merecedor de oficios y cargos honrosos, ó que es mejor y para más que los otros, y más merecedor de honras que ellos, y otras cosas desta calidad. Las cuales fácilmente cree el

hombre de sí, por el demasiado amor que se tiene, con que se ciega y engaña. Éste es uno de los grandes peligros desta vida, y de que mayores males se suelen seguir. Por lo cual el amador de la humildad ha de velar siempre sobre la guarda de sí mismo. Y cuando algún pensamiento desta calidad llamare á las puertas de su corazón, debe acudir con gran presteza á sacudirlo de sí, presuponiendo que el tal pensamiento es inspirado por aquel dragón infernal, que es Lucifer, rey de todos los hijos de soberbia, el cual debajo de aquella lisonja halagüeña le quiere emponzoñar é infundir el espíritu con que él de ángel se hizo demonio, Y asimismo no debe sentir de sí más que de un cuerpo muerto y hediondo y lleno de gusanos, cuyo hedor él mismo no pueda sufrir. Y para esto traiga á la memoria aquellas palabras del Apóstol (1): El que piensa de sí que es algo, siendo nada, él mismo se engaña. Y las otras que dicen (2): ¿Qué tienes que no hayas recebido? Y si lo recibiste, ¿de qué te glorías como si nada recibieras? Y en otro lugar (3): No somos, dice él, suficientes para tener un sancto pensamiento de nosotros como de nosotros, mas toda nuestra suficiencia viene de Dios. Y en otro lugar (4): Obrad, hermanos, dice él, lo que toca á vuestra salvación con temor y temblor, porque del Señor viene así el desear el bien como el ponerlo por obra. Así que pues todo lo bueno es de Dios, quien atribuye algo á sí mismo, ó se gloría vanamente en ello, es ladrón de la gloria de Dios.

De la institución del Sanctísimo Sacramento.

Después del lavatorio de los pies se sigue aquel beneficio admirable, que fué la institución del Sanctísimo Sacramento, la cual está llena de inestimable caridad y providencia. Porque viendo el Salvador cómo partiéndose desta vida, quedábamos solos y desamparados en medio de tantos enemigos, para remedio de todos estos males instituyó este divino Sacramento, en el cual él mismo se quedase con nosotros para compañía de nuestra soledad, para mantenimiento de nuestras ánimas, para medicina de nuestras llagas, para esfuerzo de nuestra flaqueza, para escudo de nuestros enemigos, y para gusto de los deleites eternos. ¡Oh

(1) Galat. 6. (2) I Cor. 4. (3) II Cor. 3. (4) Philip. 2.

maravilloso convite! ¡Oh pan del cielo! ¡Oh manjar de vida! ¡Oh banquete Real! ¡Oh Sacramento de maravillosa virtud, por el cual se pueblan los cielos, y se vencen los demonios, y se reparan los hombres! Por ti vencieron los mártires, contigo se armaron los confesores, á ti deben su pureza las vírgines, por ti los justos triunfaron del mundo, y por ti los verdaderos penitentes son llevados al cielo.

Maravilloso es Dios en todas sus obras, mas mucho más lo es en ésta. Por dónde entre los nombres que puso el profeta Isaías al Salvador, uno dellos es admirable (1), porque todos los pasos y misterios de su vida sanctísima son de grande admiración. Mas entre todos verdaderamente lo es este Sanctísimo Sacramento, por lo cual no sin causa es figurado por el manna, el cual no sólo con las propriedades, sino también con el nombre nos representa la grandeza deste misterio. Porque manna es palabra de admiración, que en lengua hebrea quiere decir (2): ¿Qué es esto? Lo cual muy al proprio conviene á este misterio, porque él es tal, que quien atentamente lo considerare, no podrá dejar de maravillarse y preguntar muchas veces en su corazón: ¿Qué es esto? Conviene saber: ¿Qué es esto, que aquella Majestad infinita que no cabe en cielos ni tierra, quiera estrecharse en una hostia consagrada? ¿Qué es esto, que aquél que mora en los cielos entre los coros de los ángeles, quiera morar en la tierra con los hijos de los hombres? ¿Qué es esto, que otra vez quiera el Señor de la majestad venir al mundo y ser entregado en manos de pecadores? ¿Qué es esto, que aquél que es una misma substancia con el Padre y con el Espíritu Sancto, se quiera hacer una misma cosa con el hombre? ¿Qué manjar es éste, que tanto esfuerza los corazones, que tanto alumbra los entendimientos, que tanto enciende las voluntades, que tanto purifica las ánimas? ¿Qué convite es éste? ¿Qué piedad es ésta? ¿Qué amor es éste? ¿Qué entrañas de misericordia fueron éstas? Ciertamente ésta es dádiva digna de tal dador, obra de su bondad, muestra de su caridad y testimonio de su misericordia. ¡Oh pan de ángeles, manjar de vida, esfuerzo de nuestra flaqueza, compañía de nuestra peregrinación, alegría de nuestro destierro, participación de los merecimientos de Cristo, y unión suavísima de nuestro espíritu con Dios!

(1) Isai. 9. (2) Exod. 16.

Pues como aquí haya muchas cosas de qué maravillarnos, maravíllate, ánima mía, sobre todas de la grandeza del beneficio que el Señor aquí te hace mediante los efectos deste Sanctísimo Sacramento. Entre los cuales (como sean innumerables) el primero y más principal es hacer al hombre divino, que es hacerlo semejante á Dios en la sanctidad y pureza de la vida, y después en la bienaventuranza de la gloria. Y porque ésta es una dignidad tan grande, que podría parecer increíble, mira cómo lo dice así el mismo Salvador por estas palabras (1). Mi carne verdaderamente es manjar, y mi sangre verdaderamente es beber. El que come mi carne y bebe mi sangre, él está en mí, y yo en él. De dónde nasce que estando Dios en el hombre y el hombre en Dios, venga á hacerse (como dice el Apóstol) un espíritu y una cosa con él, que es la mayor gloria y dignidad que en esta vida se puede alcanzar.

Pues hinquemos agora todos las rodillas, y convoquemos á todas las criaturas para que nos ayuden á dar gracias por tan grande gracia. Mirastes, Señor, con ojos piadosos la bajeza de nuestra condición, y determinastes por solas las entrañas de vuestra misericordia levantarnos de ella por una tan alta manera como era hacernos una cosa con vos. ¡Oh maravillosa dispensación de vuestra gracia! ¿Qué cosa más admirable que ver una criatura tan baja por naturaleza, y tanto más baja por culpa, que sea por gracia levantada á lo más alto del cielo, y no pare hasta llegar á Dios? Pues ¿qué se le podrá, Señor, pegar al que se juntare con vos, sino hacerse semejante á vos? ¿Qué se le pega al algodón de juntarse con el almizcle, sino su misma suavidad y fragrancia? ¿Qué se le comunica al hierro de juntarse con el fuego, sino hacerse todo fuego? Pues ¿qué se puede pegar al que se allegare á Dios, sino hacerse divino?

Oh clementísimo Señor, ¿qué más habíades de hacer para nuestro remedio de lo que hecistes? ¡Oh maravillosa gracia! ¡Oh maravilloso trueque de la divina bondad! Tomastes, Señor, nuestra mortal y flaca humanidad, y dístesnos vuestra excelentísima divinidad. Verdaderamente los tesoros de vuestra gracia derramastes sobre nosotros, y abierto el corazón que teníades de

(1) Joan. 6.

padre, rompistes las venas de vuestra excelentísima caridad, y dejásteslas correr sobre vuestros hijos. Aquí ya declarastes por obra cuán encendido estaba vuestro corazón en nuestro amor: porque ese divino fuego no se podía más ya encubrir, salió afuera la llama de su resplandor, haciéndonos esta tan grande merced, de que gozamos no una sola vez, ni solo un día, sino todo el tiempo de nuestra vida. ¡Oh maravillosa bondad! ¡Oh inefable caridad! ¡Oh largueza nunca oída, donde el mismo dador es la dádiva, y el siervo recibe á su Señor, y el hombre come del pan de los ángeles, y al ministro sirve su Señor, y se le ofresce en manjar de vida eterna!

¡Oh, cuánto resplandesce en este misterio, Salvador mío, vuestra bondad, vuestro poder y vuestra sabiduría! ¿Qué mayor bondad que comunicarse tan estrechamente tan grande Dios á tan bajas criaturas? ¿Qué mayor poder que encerrarse debajo de una especie de pan Dios y hombre todo junto, y partirse en tantas partes sin diminuirse? ¿Qué mayor sabiduría que hallar tan conveniente y tan saludable remedio para la cura de nuestras enfermedades? Convenía sin duda que los que por una comida habíamos perdido la vida, por otra la recobrásemos, y que así como el fruto de un árbol nos destruyó, así el fruto de otro árbol nos reparase. Del fruto de aquel árbol se dijo: En cualquier día que comieres dél, morirás. Mas deste por el contrario se dice: Quien comiere deste pan, vivirá para siempre (1). De suerte que recibiendo y conservando en sí la virtud y gracia que este pan del cielo da, vivirá el hombre en este mundo vida celestial y divina, y esa misma vida se continuará en toda la eternidad, pues acá y allá viven los justos la misma vida, que es vida espiritual y divina. Y así este manjar se diferencia de los otros manjares, y del mismo manna que se dió á los padres, porque éstos no dan más que vida temporal, mas éste da vida eterna, la cual se comienza en esta vida, y con la muerte no sólo no se acaba, mas antes se confirma y perpetúa.

Convenía también que pues que todos habíamos sido mordidos de aquella ponzoñosa serpiente, que tuviésemos alguna triaca con que sanásemos de aquella dolencia: y ésta fué la que ordenó este médico del cielo en este manjar, porque no es otra cosa

(1) Joan. 6.

este divino Sacramento sino una espiritual triaca contra aquella antigua ponzoña.

Convenía también que así como había en el mundo una carne dañada que corrompía todas las ánimas que con ella se juntaban, así hobiese otra carne purísima que purificase todas las ánimas que con ella se juntasen. No hay más que dos carnes en el mundo, una de Adam, inficionada con el pecado, y otra de Cristo, concebida de Espíritu Sancto. Pues así como en juntándose nuestra ánima con aquella carne en el vientre de nuestras madres, contrae la mácula del pecado original y todos los males que se siguen de él, así en juntándose con estotra carne purísima por medio deste Sacramento, es llena de gracia y de todos los bienes que se siguen della. Allí es el hombre uñido con Adam, y así se hace participante de todos los males de Adam, aquí es uñido con Cristo, y así se hace participante de todos los beneficios de Cristo.

Venid pues agora todas las ánimas amadoras de Cristo, y asentaos á esta mesa, y comed deste manjar, y haceos una cosa con vuestro Criador. No os contentéis con abrazarlo espiritualmente en vuestro espíritu, sino abrazadlo también corporalmente por medio deste Sanctísimo Sacramento. Porque así como aquel eterno amador no se contentó con amar espiritualmente á la naturaleza humana, sino también se juntó con ella corporalmente por medio de su encarnación, así no nos habemos de contentar con amarlo espiritualmente, hasta juntarnos con él por medio desta sagrada comunión, mayormente considerando que no tenemos otro mayor socorro para cumplir con todas nuestras obligaciones y proveer á todas nuestras necesidades, que este divino Sacramento. Porque tres cosas (entre otras muchas) tienen cercado al hombre por todas partes: conviene saber, la muchedumbre de los beneficios divinos, por los cuales ha de dar gracias, y la de sus pecados, para los cuales ha de pedir perdón, y la de sus necesidades y flaquezas, para quien ha de pedir remedio. Para esto había antiguamente en la ley tres cosas, que eran, ofrendas que los hombres ofrescían á Dios por los beneficios recebidos, y sacrificios que ofrescían por los pecados cometidos, y otro género de sacrificios que llamaban víctimas, que ofrescían para impetrar salud y remedio para sus necesidades. Pues en lugar destas tres cosas nos proveyó divinamente el Sal-

vador de mayores y mejores remedios, instituyendo este Sanctísimo Sacramento. Porque él es la más preciosa ofrenda que podemos ofrescer al Padre por sus beneficios, y él es sacrificio aceptísimo para alcanzar perdón de nuestros pecados, y él es la víctima gloriosa por quien conseguimos remedio para todas nuestras necesidades. Así que, hombre, que por tantos beneficios estás obligado, y de tantos pecados cargado, y de tantas necesidades cercado, allégate á este divino misterio, para que por él pagues los beneficios, redimas las deudas de los pecados, y proveas á todas tus necesidades. Y cuando el temor te dijere que es atrevimiento osar llegarte á este Señor, respóndele que estas tres obligaciones te han puesto en esta necesidad, y que éste es uno de los principales medios que él te dejó para cumplir con ellas.

Y pues ésta fué tan grande misericordia y obra de su divina providencia, acuérdate de dar perpetuas gracias por ella: la cual así como encierra en sí aquél que es todas las cosas, así comprehende en sí todas las virtudes y gracias. Pues si el sancto rey David exhortaba á Hierusalem á que alabase al Señor porque le daba hartura y abundancia deste pan de trigo material (1), que no hace más que matar la hambre del cuerpo, ¿cuántas gracias y alabanzas debemos dar por este pan que apaga la hambre de las ánimas, que es pan de ángeles y pan de vida, amasado de aquel grano de trigo que cayendo en la tierra, dió fruto de vida perdurable?

SÍGUESE LA HISTORIA DE LA SAGRADA PASIÓN

sacada en parte de un sermón devotísimo del bienaventurado S. Bernardo,
aunque otros lo atribuyen á S. Anselmo.

Acabado el lavatorio de los pies y la institución del Sanctísimo Sacramento, y predicado aquel divino sermón, en el cual encomendastes, Señor, á vuestros discípulos muy encarescidamente el mandamiento de la caridad y la virtud de la paciencia, y ofresciéndoles el reino de vuestro Padre, fuistes con ellos al lugar donde os había de hallar el discípulo traidor, y allí

(1) Psalm. 147.

descubristes á vuestros discípulos la grandeza de la tristeza de vuestra ánima, diciendo: Triste está mi ánima hasta la muerte. Y apartado un poco dellos, y puestas las rodillas en tierra, y prostrado sobre vuestro rostro, hecistes oración al Padre, diciendo: Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz. Y la grandeza de la angustia que en este tiempo padescistes, claramente se conocía por aquel sudor de sangre que gota á gota corría hasta caer en tierra. Señor mío Jesú, ¿de dónde procedió esta oración acompañada con tanta angustia y tristeza? ¿Por ventura no os ofrescistes vos voluntariamente al sacrificio de la pasión? Sí por cierto. Mas parece, Señor, haber vos querido padecer esto para consolación de los miembros flacos de vuestro cuerpo místico, para que no desmaye nadie cuando la carne flaca rehusare los trabajos, estando el espíritu prompto para ellos. Y también quisistes mostrar claramente por estos indicios la flaqueza de la carne que tomastes por nuestro amor, y los dolores que en ella padecistes, para que claramente viésemos que verdaderamente tomastes sobre vos nuestros dolores, porque así tuviésemos mayores motivos para os amar. Porque claramente se ve que aquellas palabras de vuestra oración procedieron de la carne flaca, pues luego dijistes: El espíritu está prompto, mas la carne es enferma.

Sobre este paso exclama un religioso doctor, y dice así: No creo yo, Salvador mío, que algún hombre sintiese jamás tan grande agonía ni tan fuerte turbación dentro de sí. Testigo es este tan extraño sudor de sangre que exprimió de vuestras venas la grandeza del dolor. Porque ¿de quién jamás se lee que puesto en angustia, por grande que fuese, sudase sangre, sino de vos, oh suavísimo Esposo de sangre? Porque con la representación tan viva de los tormentos que os estaban aparejados, era tan fuertemente combatida la parte sensitiva de vuestra ánima (á quien es natural aborrecer las cosas contrarias al cuerpo) que os hacía naturalmente haber miedo, angustiar y entristesceros. Oh buen Jesú, ¡cuán pesada fué para vos, Señor, la carga de nuestros pecados! En otro tiempo había dicho vuestro Padre por sus Profetas: Trabajé sufriendo, conviene saber, las maldades de los hombres: pero vos agora más al proprio lo podéis decir, y con más justa razón. Porque de veras trabajábades sufriendo cuando tanto pesaban sobre vos nuestras maldades, que como el racimo de uvas en el lagar se resuelve todo en mosto con el peso que le

cargan, así vuestra bendita carne, apesgada con la grande carga del dolor, derramaba licor de sangre. De manera que habiendo vos puesto sobre nuestros hombros yugo suave y carga liviana, nosotros la pusimos sobre el vuestro tan pesada, que ningún otro hombre la pudiera llevar sino vos. Éste fué el primer lagar que pisastes, de donde sacastes el vino para la virgen hija de Judá, esto es, para vuestra esposa la Iglesia. Dende aquí comenzáis á teñir vuestra ropa de sangre, y á llamaros esposo de sangre, aunque ya en vuestra circuncisión distes principio á esto mismo. Pero aquélla era ley común de los niños, mas agora (cosa nunca jamás vista ni oída) por sudor derramáis sangre. Pues, oh buen Jesú, ¿cuál estaba vuestro piadoso corazón, puesto en artículo de tanta necesidad? Oh Padre celestial, ¿qué hacéis, cuando vuestro unigénito Hijo está caído en tierra delante de vos con tanta fatiga? ¿Por ventura no consideráis que es engendrado de vuestra substancia el que veis así cubierto de sudor de sangre? En vos esperaron aquellos antiguos Padres, Patriarcas y Profetas, y vos los librastes, á vos dieron voces, y no fueron confundidos. Pues ¿cómo vuestro unigénito Hijo (que ningún pecado hizo, ni en su boca se halló engaño) es por vos desamparado? ¿Cómo puede ser que padre se muestre tan severo contra hijo, y padre tan bueno contra hijo tan bueno, tan inocente y tan amado? ¿Por ventura, Padre sancto, no está ya del todo aplacada vuestra ira con este espectáculo tan doloroso? Mirad que ya ha sufrido lo que no meresció, ya os ha satisfecho por nuestras maldades, ya ha pagado por nuestro rescate sobrado precio, pues una sola gota deste sudor vale más que todo lo que se puede apreciar. Y con todo esto, oh maravillosa justicia, no os dais por satisfecho, antes todo este trabajo tenéis por ensaye de la pasión venidera. En el madero de la cruz pusistes vuestros ojos, y hasta que en él veáis puesto vuestro Hijo, no os dais por satisfecho, porque aquella muerte ordenastes que fuese castigo del delicto que en el árbol se cometió, para que el demonio, que por el árbol venció al hombre, en el árbol fuese vencido.

Por tanto, queriendo el Padre celestial esforzar su unigénito Hijo para más dura batalla, envió un ángel del cielo que le confortase, tratando con él (como lo hicieron Moisén y Elías en la transfiguración) el fruto inestimable que de su sagrada pasión había de resultar á la gloria del Padre y á la salud del mundo.

¡Oh misterio de grande admiración! ¿Cómo es esto? Vos, fortaleza y gloria de los ángeles, ¿consentís ser animado y consolado de un ángel? Verdaderamente, Padre celestial, abajado habéis vuestro Hijo y subjectado á los ángeles, pues le enviáis ángel que le consuele y esfuerce. Oh buen Jesú, ¡cuánto, Señor, os humilláis, y en cuán bajo lugar os ponéis! Por cierto, si no fuera así vuestra voluntad y la de vuestro Padre, más tolerable fuera que todos los hombres perescieran, que venir vos, Hijo unigénito de Dios, á tan grande extremo de aflicción. Mas pues así lo quisistes y asentastes, y la caridad con que nos amastes antes que el mundo se hiciese, nos mostrastes en esta obra, conviene á nosotros recebir este beneficio con ánimo agradescido, con temor y temblor, y daros gracias de todo corazón, y con todas nuestras fuerzas recompensar vuestro amor con el nuestro, pues vos así nos amastes primero.

Del ejemplo de orar que se nos da en esta oración del Salvador.

§ I

En esta oración del Salvador, no sólo se nos da ejemplo de orar en todas nuestras necesidades y tribulaciones, sino también se nos propone una perfectísima forma de oración, con todas las cualidades y condiciones que ha de tener. Porque seis cosas paresce que se requieren para la perfecta oración, que son, soledad, humildad, atención, perseverancia, resignación y compañía de buenas obras, las cuales todas se hallan perfectísimamente en esta oración del Salvador. Porque primeramente aquí vemos cómo escogió el lugar conveniente y solitario para su oración, cuando se fué al monte Olivete, y se apartó de sus discípulos para esto, no porque él tuviese necesidad deste aparejo, sino para declararnos con su ejemplo lo que antes nos había enseñado por palabra, cuando dijo: Cuando orares, entra en tu retraimiento, y cerradas las puertas, ora á tu padre en escondido (1). El cual retraimiento no sólo se entiende del espíritu, sino también del cuerpo, cuando se puede haber, para que desembarazado el

(1) Matth. 6.

hombre de todas las cosas, pueda con todo su corazón vacar á Dios. Ésta es aquella soledad á donde huyó la mujer del Apocalipsi, cuando el furioso dragón abiertas sus gargantas acometió á tragarla (1), para darnos á entender que uno de los mayores remedios que tenemos contra las tentaciones del enemigo, es recorrer en este tiempo á la soledad y silencio de la oración, como el mismo Señor lo significó aquí á sus discípulos, cuando después de haberles dicho que Satanás andaba muy solícito por aventarlos como á trigo en la era, les proveyó deste linaje de remedio, diciendo: Velad y orad, porque no entréis en tentación.

La segunda cosa que para esto se requiere, es la humildad, según aquello del Eclesiástico, que dice (2): La oración del que se humilla penetrará las nubes, y no descansará hasta que alcance de Dios todo lo que desea. Pues esta humildad nos enseñó aquí el Salvador, cuando se prostró en tierra para hacer oración, porque aquella prostración exterior era señal de la profundísima humildad con que aquella ánima sanctísima se prostraba ante la majestad de Dios cuando le hablaba: y así conviene que hable con el Señor de la gloria el que de suyo no es más que polvo y ceniza.

La tercera cosa que se requiere, es atención, porque como en la oración hable el hombre con Dios, gran desacato sería si no tuviese atención á lo que le dice, si la boca sola hablase con él, y el corazón anduviese de propósito derramado por las plazas. Pues qué tan grande haya sido la atención con que el Señor aquí oró, pregúntalo á aquella agonía mortal de corazón, y á aquel sudor de sangre que della procedía, y por ahí verás cuán bien cumplía aquello del Psalmo que dice: Clamé con todo mi corazón, óyeme, Señor (3), porque ésta es la manera de orar que él suele siempre oir.

La cuarta cosa que se requiere, es perseverancia, porque no luego da el Señor lo que le pedimos, sino antes quiere que con mucha instancia y por muchos días lo procuremos y importunemos, para que mejor entendamos cúyos son los dones que tenemos, y los sepamos preciar y guardar y agradescer á cúyos son. Por lo cual no debe el hombre desistir de su demanda cuando no es luego despachado á su gusto, sino persevere, importune y

(1) Apoc. 12. (2) Eccli. 25. (3) Psalm. 118.

llame con la Cananea, hasta que el Señor, que nos da la perseverancia del pedir, nos dé también lo que pedimos, porque es cierto que si nos diere lo uno, no nos negará lo otro, como lo significó el Profeta, cuando dijo (1): Bendito sea el Señor, que no apartó mi oración ni su misericordia de mí. Sobre las cuales palabras dice S. Augustín: Ten por cierto que si Dios no aparta tu oración de ti, tampoco apartará su misericordia de ti, porque nunca él da gracia de perseverancia en la oración, sin dar aquello por que se ora. Pues para esta perseverancia ¿qué más eficaz ejemplo que el desta oración del Señor, que siendo Hijo de Dios, é infinitamente amado de su Padre, no contento con la primera oración que hizo, añadió la segunda y la tercera, repitiendo las mismas palabras, y haciendo, como dice el Evangelista (2), más prolija y larga su oración? Pues si el mismo Hijo de Dios no desiste de su demanda la primera vez, sino añade una vez á otra, ¿cómo desiste el gusanillo cargado de pecados, si luego de primera instancia no es despachado á su voluntad? Si persevera el Hijo de Dios orando, ¿cómo no persevera el hombre? Si ora el médico, ¿cómo no ora el enfermo? Si persevera clamando aquél que es fuente de todos los bienes, ¿cómo no perseverará aquél que es abismo de todos los males?

La quinta cosa que se requiere, es resignación de la propria voluntad: esto es, que ponga el hombre todos sus deseos y peticiones en las manos de Dios, y todo lo remita al beneplácito de su divina voluntad, porque si esto hizo el mismo Hijo de Dios, pidiendo que no se hiciese la voluntad suya, sino la del Padre, ¿cuánto más lo debe pedir aquél que ni sabe lo que se pide, ni entiende lo que le cumple? Dichosos aquéllos que así lo hacen de todo corazón, los que de tal manera están resignados en las manos de Dios, que no tienen otra voluntad sino la suya. Porque un querer y no querer es la más perfecta amistad que hay.

La última cosa que se requiere, es que el que ora de tal manera haga su oración, que no por eso deje de acudir á las necesidades de los prójimos, mayormente si fuesen obligatorias, porque por ventura, si se está mucho tiempo con Moisén en el monte hablando con Dios, no vengan los súbditos en el entretanto á fundir algún becerro de metal y adorarlo por Dios. Y por esto

(1) Psalm. 65. (2) Luc. 22.

el Salvador con maravillosa providencia de tal manera se apartaba á hacer oración, que no dejaba de acudir á los discípulos, despertándolos y exhortándolos á esa misma oración, ejercitándo juntamente el oficiò de la vida activa y contemplativa, sin que lo uno impidiese á lo otro. Este ejemplo debían mirar mucho todos los que se dan á ejercicios de oración y devoción, por que no se entreguen de tal manera á ellos, que del todo desamparen la vida de aquéllos por quien Dios derramó su sangre. Las cortinas del Tabernáculo mandó Dios que fuesen de grana dos veces teñida (1), para significar por aquí las dos maneras de amor que han de tener todos los fieles, figurados en estas cortinas, que son, amor de Dios y amor del prójimo. Y pues en el hombre ha de haber estos dos amores, conviene también que haya sus dos maneras de ejercicios para ellos, que son, por una parte los de la oración y contemplación, con los cuales cresce el amor de Dios, y por otra los de las obras de piedad y misericordia con que servimos al amor del prójimo. Y por esto (como dice S. Gregorio) de tal manera nos habemos de dar á la oración, que no nos olvidemos de los prójimos, y de tal manera habemos de acudir á los prójimos, que no desamparemos el estudio de la oración, sin el cual vendremos á enflaquescernos y enfriarnos y á faltar en lo uno y en lo otro.

Oración á Cristo en el huerto para pedir buena muerte.

§ II

SEÑOR Jesucristo, Hijo de Dios vivo, por aquella amarguísima angustia que en tanto estrecho te puso en el monte Olivete, y por aquel grande espanto y temblor que tan vehementemente apretaron tu carne sanctísima, cuando te hicieron decir que tu ánima estaba triste hasta la muerte, te rogamos con ánima humilde y con el cuerpo derribado por tierra, que en la última hora de nuestra partida, cuando en aquella postrera angustia el temor y temblor ocupare nuestro corazón y entendimiento, tengas por bien socorrernos, dándonos en aquella triste agonía fortaleza y

(1) Exod. 26

confianza de tu misericordia. Oh suavísimo Maestro, no nos desampares en aquel tan terrible aprieto, mas como á ti envió tu Padre un ángel del cielo que te consolase, así tú, Señor, manda venir y acompañarnos en aquella hora tu sancto ángel que nos fortalezca contra todos los combates del enemigo, y en todas las cosas nos ayude, y no consienta que el ejército de los malignos prevalezca contra nosotros con sus tentaciones, ó nos engañe con sus persuasiones mentirosas. Arma también y confirma nuestro corazón con la virtud de tu sufrimiento, para que ninguna adversidad ni dolencia, por larga y recia que sea, nos traiga á impaciencia ó fastidio ó murmuración, mas en todo y por todo esté nuestra ánima subjecta y ofrescida á tu voluntad así para la enfermedad como para la sanidad, así para la adversidad como para la prosperidad, así para la muerte como para la vida, de la manera que tú, Señor, posponías tu natural voluntad á la de tu Padre, diciendo: No se haga mi voluntad, sino la tuya. No te suplicamos, Señor, nos des dulce muerte, ni pequeños dolores, ni fáciles enfermedades: todo esto dejamos á tu piedad, para que lo disponga, no según nuestro deseo, mas según nuestra necesidad y provecho. La merced que te pedimos, es que en cualquier acaescimiento nos des fortaleza tal, que con ningún peso se doble, mas estemos fuertes é inmovibles hasta el último momento de nuestra vida, para que de la compañía que en esta vida tenemos contigo por gracia, merezcamos, partiendo de aquí, pasar á la que contigo tienen los sanctos por gloria.

Prosigue la historia de la sagrada Pasión, con las palabras del sermón de S. Bernardo.

§ III

Bien se vió, Señor y Salvador nuestro, el cumplimiento de aquellas palabras que en vuestra oración dijistes: El espíritu está prompto, mas la carne flaca, pues acabada la oración, con tan grande esfuerzo y voluntad os ofrecistes á aquellos crueles carniceros que juntamente con el discípulo traidor vinieron á prenderos con lanternas y hachas y armas. Y llegando aquella bestia fiera á daros paz en el rostro, no la arredrastes de vos,

mas antes dulcemente aplicastes aquella boca sanctísima, en que nunca se halló engaño, á aquélla que estaba llena de malicia. Oh inocente Cordero de Dios, ¿qué tenéis vos que ver con ese lobo? ¿Qué concordia hay entre vos y ese hijo de Satanás? Mas ésta, Señor, fué obra de inestimable bondad, querer hacer de vuestra parte todo lo que podía ablandar la pertinacia de aquel malvado corazón, y así, no olvidándoos de la amistad pasada, lo amonestastes della diciendo: Amigo, ¿á qué veniste? Y juntamente quesistes herir su corazón poniéndole delante el horror de su maldad, cuando le dijistes: Oh Judas, ¿besando vendes al hijo del hombre?

Después desto llegaron luego los filisteos á prender á nuestro fuerte Sansón. No los espantó ver que en aquella hora de la prisión los derribastes en tierra con vuestro poderoso brazo, no para defenderos, sino para mostrar que ninguna cosa podía la presumpción humana contra vos, sino cuanto le permitiésedes vos. Mas ¿quién podrá oir sin gemidos de qué manera pusieron sus manos en vos, y con cuánta crueldad ataron las vuestras, y de qué manera os prendieron, Cordero mansísimo, que ninguna palabra contra ellos hablastes, y así os llevaron atado injuriosamente como á ladrón? Y ni aun en este tiempo no dejastes de usar de vuestra acostumbrada misericordia y dulzura con vuestros enemigos, pues sanastes la herida de uno dellos, y refrenastes la osadía y celo indiscreto del discípulo que se quería poner en armas para defenderos. Maldito sea el furor y pertinacia de tales enemigos, pues ni la grandeza deste milagro los convenció, ni la piedad deste singular beneficio los ablandó.

Después desto fuistes presentado ante el consejo de los perversos Pontífices, y por haber confesado, como convenía, la verdad, fuistes como blasfemo sentenciado por merecedor de muerte. Amantísimo Señor, ¡cuán grandes injurias padecistes allí de vuestra propria gente! Allí escupieron con sus bocas sucias y cubrieron con un velo aquel divino rostro, en quien desean mirar los ángeles, el cual hinche de alegría los cielos, y con sus sacrílegas manos lo abofetearon, y dieron de pescozones como á un esclavo despreciado al que era Señor de todo lo criado. Y no contentos con esto, así atado os presentaron ante la presencia de Pilato, procurando la muerte á quien no había cometido pecado, y pidiendo perdón para un homicida, teniendo en más precio al

lobo que al cordero inocente. ¡Oh mala contratación! No ignoraba aquel perverso juez que toda esta tempestad había levantado la envidia de vuestros adversarios, mas con todo esto no apartó sus manos sacrílegas de vos, antes hinchió vuestra ánima sanctísima de amargura sin causa, porque mandó herir vuestra purísima y virginal carne con crueles azotes, añadiendo llagas á llagas y heridas á heridas. Escogido Hijo de Dios, ¿qué pecados habíades cometido, merecedores de tanta amargura y confusión? Por cierto, Señor, ningunos. Yo, yo, hombre perdido, fuí la causa de vuestra perdición, yo fuí el que comí la fruta aceda, y vuestros dientes padecieron la dentera, pues pagastes lo que no debíades.

Mas con todo esto no quedó satisfecha la crueldad de vuestros enemigos, porque después desto fuistes entregado en las manos de los soldados: de manera que no se contentaron con veros sentenciado á muerte, sino quisieron también afligir vuestra ánima sanctísima con crueles escarnios. Y así hallamos escrito que se juntó una compañía de soldados contra vos, y desnudándoos vuestras ropas, os vistieron una ropa colorada, y tejiendo una corona de espinas, la pusieron sobre vuestra cabeza, y una caña por sceptro real en la mano derecha, y hincadas las rodillas en tierra escarnecían de vos, diciendo: Dios te salve, Rey de los judíos: y dábanos bofetadas, y escupían vuestro rostro, y tomándoos la caña de la mano, heríanos con ella en la cabeza.

Mira pues agora, ánima mía, quién sea este Señor que teniendo imagen de rey, está como siervo despreciado, lleno de confusión. Está coronado con corona, mas esa corona traspasa su cabeza con agudas espinas. Está vestido de púrpura real, mas en ella no es honrado, sino despreciado. Tiene por sceptro real una caña en la mano, mas con ella le hieren en la cabeza. Adóranlo hincadas las rodillas, y llámanlo rey, mas escupen su rostro, y danle de bofetadas y pescozones.

De cómo el Salvador llevó la cruz á cuestas, y del pregón de su muerte.

§ IV

Después destos crueles escarnios, cargaron la cruz sobre aquellos hombros molidos y quebrantados con los azotes y trabajos pasados, y desta manera llevaron al Cordero mansísimo al lugar del sacrificio, donde fué despojado de sus vestiduras, y afijado con clavos en el sancto madero, y puesto entre dos ladrones, y atravesado con una lanza, derramando por cinco llagas copiosos ríos de sangre para lavatorio y rescate del mundo. Y no es de creer que en este auto faltase la voz pública del pregonero que á grandes voces fuese diciendo cómo aquella justicia se hacía por mandado del presidente Pilato contra aquel hombre por malhechor y revolvedor de pueblos, y que así era razón que moriese quien tales culpas había cometido. ¡Oh mal pregonero! ¡Oh falso y mentiroso pregón! Lo que el presidente Pilato hace, no es justicia, sino muy gran sinjusticia, pues condena á muerte al que tres veces confesó que no tenía culpa. Mas quien hace esta justicia, es el Presidente del cielo, delante de cuyos ojos se cometen todos los pecados del mundo, el cual es tan justo, que ni uno solo quiere que quede sin castigo. Y porque todo el mundo no tiene valor para satisfacer por un solo pecado, levantó la espada de su justicia, y hirió con ella á este inocente Cordero, que solo entre los hombres era poderoso para pagar por todos los pecados. Y hácese esta justicia en él, no pregonada por este mal pregonero, sino por muchos sanctos profetas, que muchos siglos antes pregonaron y dijeron que por la maldad de su pueblo había de ser este Señor herido, y que por nuestras culpas había de ser atormentado.

Mas, oh Padre justísimo, que tan rigurosos ojos ponéis contra los pecados, ¿por qué no miráis que también es contra justicia castigar al inocente, como dejar de castigar al culpado? ¿Cómo se puede llamar justicia, y hecha por vos, que sois la misma justicia, que el más inocente y libre de pecado sea más disciplinado y cargado de tormentos que ningún culpado fué? ¿Cómo es posi-

ble que sea justicia caber tanto castigo donde hay tanta inocencia? Oh lumbre que tal ordenaste en tu alto y profundo consejo, alumbra los ojos de nuestro corazón para que consideremos las maravillas desta tu obra, tan llena de amor y tan conforme á justicia, para que sintiendo della como debemos, te cantemos en ella misericordia y justicia con mayor razón que en otra alguna.

No se hace pues sinjusticia ni agravio al que por sí no debe nada, si él se quiere obligar á deberlo Ni tiene menos derecho el juez para mandar hacer ejecución en el fiador que de voluntad se obliga, que en el principal deudor, en quien está la raíz de la obligación. Porque si su inocencia lo hace libre, el amor con que se puso á fiar, lo hace obligado. Y aquella justicia, que sería injusticia si mirando á él lo castigasen, es muy justa cuando mirando que representa la persona del culpado, lo castigan y tratan como si él mismo pecara. Y desta manera es vuestro castigo, Señor, pues cuan libre os hizo vuestra inocencia, tan obligado os hace vuestra caridad. Apartado de pecadores y muy más alto y limpio que el cielo sois (como dice el Apóstol) mas muy junto os veo agora con los pecadores, y muy abatido, hasta ser puesto en lugar dellos, padesciendo lo que ellos deben. Pues por esto, Salvador mio, descendistes hasta el profundo de las aguas sin hallar sobre qué estribar, por esto quesistes ser desamparado del Padre, y tratado con inestimable rigor, para que gustando vos los tormentos sin algún consuelo á semejanza de siervo, fuésemos los merecedores del infierno llevados al cielo.

La causa pues de vuestra muerte es, que vuestro amor os hace morir, y no vuestra culpa. Y por eso, aunque Pilato mirando vuestra inocencia, dijo que no hallaba en vos causa para que moriésedes, pero nosotros mirando vuestro corazón, hallamos tantas causas de vuestros trabajos, cuantas culpas hay en nosotros. ¡Ay de nos, que tales fuimos, que así afeamos con nuestras culpas al hermosísimo en su inocencia, y metimos por lanzas y fuegos al merecedor de todo descanso! Pregónese pues, Señor, á honra de vuestro amor, y deshonra de nuestra maldad, que vos justamente padescéis: mas la culpa de lo que padescéis, nuestra es Y por esto, quien en una palabra quisiere oir vuestro pregón, sepa que es éste: Quien tanto ama y á tales ama, justo es que tales cosas padezca.

¡Oh ánima mía, y cuán grande motivo tienes aquí no sólo

para amar, sino también para esperar en este Señor! Dime, ¿cómo será posible no amar á quien tanto te amó, que por puro amor se puso á padescer los azotes y sentencia de muerte que tú merescías? ¿Cuál hermano por hermano, cuál padre por hijo, cuál mujer por marido se puso jamás á padescer los tormentos que á otro se debían? Haz pues agora cuenta que estuviese algún hombre preso en la cárcel y sentenciado á muerte, y que estando ya para salir al degolladero con sus insignias de muerte, entrase un amigo suyo en la cárcel, y se vestiese de aquellas mismas vestiduras, y echando fuera al culpado, se quedase en su lugar, y viniese á padescer la pena del otro. Dime, si esto así pasase, ¿qué tanto diríamos que amaba al culpado quien así pusiese la vida por él? ¿Qué amor puede ser comparado con éste? Pues ¡oh Rey de gloria, que viéndome estar ya sentenciado á arder en las llamas eternas, movido con entrañas de compasión, descendistes del cielo á la cárcel deste siglo, y tomando imagen de pecador, os pusistes en mi lugar, y fuistes sentenciado á muerte por lo que yo debía! Pues quien á tal extremo llegó por mí, ¿qué tan grande es el amor que me tenía? ¿Qué llama de caridad era la que hasta aquí llegó, y llegara á mucho más, si más fuera necesario? Oh Jesú, redempción nuestra, amor nuestro, y todo nuestro deseo, ¿qué piedad fué la que os movió á tomar tal carga sobre vos? Pues ¿cómo no amaré yo á quien con tan claros testimonios me descubrió la grandeza de su amor? Más insensible sería que las bestias, más cruel que los tigres, y más duro que las piedras y el hierro, el que de tal amor no se dejase vencer.

Y no sólo el amor, sino también la confianza se confirma con este beneficio. Porque ¿cómo no esperaré yo la gracia, y la gloria, y el perdón de mis pecados, teniendo tal paga y tal pagador, que salió delante de Dios por ellos? Si fué justicia que el inocente fuese tan castigado, y el precioso tan despreciado, porque quiso pagar por los pecadores, ¿no será también justicia que los culpados por quien pagó, sean libres de sus culpas, y justificados delante de Dios? Halló la justicia razón para entrar en casa del sancto, que nada debía, y ejercitar en él un tan espantoso rigor de justicia, y ¿no la hallará la misericordia para entrar en casa del culpado, y quitarle sus culpas, y soltarle sus penas? Mayor maravilla es que Dios sea sentenciado, condenado, pregonado y

muerto en cruz, que no ser recebido el enemigo por amigo, y tratado como hijo el que había hecho obras de traidor, cuando se arrepiente y vuelve á Dios. Y pues ya lo más se hizo, no se debe de dudar de lo que es menos.

Levántese pues agora, Señor, vuestra misericordia, y ejercite sus blanduras y halagos en los culpados, pues ya se levantó la justicia y ejercitó su rigor en el inocente. Porque aunque á ellos por ellos no se deba la blandura, débeseles por vuestro amado Hijo, pues tan á su costa se la ganó. Misericordia es ser ellos salvos, si á ellos se mira, mas justicia es, mirando á él, y justicia tienen, teniendo á él.

Y pues tanta fué la caridad con que este Señor se quiso poner en tales deshonras, porque la honra de su Padre fuese satisfecha y las ánimas de los hombres remediadas, en ninguna manera es razón ni justicia que obra tan agradable ante los ojos del Padre quede sin galardón y sin ser agradescida y pregonada en el mundo. Mándase pregonar la justicia que se hace contra él, y dicen que vos lo herís por nuestros pecados: mandad, Señor, pregonar lo que su obediencia, paciencia, humildad y caridad os agradó, y lo que vale ante vos. Digan, Señor, vuestros profetas, digan vuestros apóstoles y evangelistas, y diga el cielo y la tierra que vos mismo que justamente condenáis, piadosamente absolvéis, que vos mortificáis y dais vida, abatís hasta los abismos y sacáis dellos. Por éste pues que va condenado al monte Calvario, son absueltos los pecados del mundo, y siendo este Hijo mortificado y deshonrado, somos resuscitados y preciados delante vuestros ojos los que éramos hijos de muerte. Bendita sea pues la inocencia condenada que á tantos condenados absuelve, y bendita la justicia blasfemada que á tantos pecadores justifica.

Y pues sus merescimientos no tienen cuento, y lo que por ellos pide, es salvación de ánimas, sin duda no le será negada esta petición. Porque no es razón que quien fué tan harto de oprobrios, quede hambriento de lo que tanto deseó, ni que el piadoso Padre aflija otra vez con no darle ánimas, al que ya afligió con darle tormentos. Heridas recibió en su cuerpo, obren en nuestras ánimas la salud que por ellas se meresció. Tratado fué como pecador el que era justo, seamos los pecadores tratados delante de Dios como justos. Él padeció la muerte y las penas que nosotros debíamos, y descendió al profundo de las aguas con los dolores

que sufrió: justo es que no castigue el Padre una culpa dos veces, sino que dé por libre al deudor, si fuere penitente, pues el piadoso fiador tan á su costa le pagó por él.

Cayósele á un hijo de un profeta el hierro de una hacha con que cortaba leña, en el río Jordán, y mandóle el profeta Eliseo que echase el astil de palo en el mismo río: y como esto hiciese, tornó á subir el hierro que estaba en lo bajo, y juntóse con su astil como de antes. ¡Oh precioso madero, oh árbol de vida, que por las culpas del mundo quesistes descender al piélago de todas las penas del mundo, aunque nadastes sobre las aguas de los trabajos, porque nunca ellos pudieron ahogar ni vencer vuestra paciencia ni vuestro amor! Y pues vos ya fuistes arrojado en las aguas de las amarguras debidas á nuestras culpas, justo es que los culpados, que estábamos como hierro pesado sumidos en el abismo con la carga de nuestros males, subamos hacia arriba y nademos sobre las aguas, hasta juntarnos con vos como miembros con su cabeza, para que así lo que fuere de vos, sea también de nosotros.

Pues siendo esto así, ¿quién acusará al que estuviere á una con vos? ¿Quién condenará al que se juntare con tal condenado? Cuando David salió á los montes huyendo del rey Saúl, dice la Escritura que se hizo capitán de deudores y atribulados: y no menos lo es nuestro verdadero David, después que descendió del seno del Padre al desierto deste mundo. Pues por él manda el Padre Eterno pregonar con mucha razón que sepan todos que por la muerte de su Hijo rigurosa se concede á los culpados gracioso perdón, y no sólo perdón, mas adopción de hijos y herencia del cielo. Éste es el concierto que con nuestro Noé hizo Dios, que pasado el diluvio de las muchas aguas que sobre él cayeron, hace nuevos capítulos y asientos de paz, diciendo que antes se moverán los montes y temblarán los collados, que deje de otorgar su misericordia á los que por este Hijo la pidieren como deben.

CONSIDERACIÓN DE S. BERNARDO

de la gloria de la pasión de Cristo nuestro Señor, y de la imitación de su cruz.

§ V

Hasta aquí viste, ánima mía, las flaquezas deste Señor para compadescerte dél: agora es razón que pongas los ojos en la grandeza de su majestad, para maravillarte dél, porque luego dice el sancto Evangelio que dende la hora de sexta hasta la hora de nona se cubrió de tinieblas todo el mundo, el sol se escuresció, el velo del templo se rasgó de alto á bajo, la tierra tembló, las piedras se hicieron pedazos, las sepulturas de los muertos se abrieron, y muchos cuerpos de los sanctos, que dormían en el polvo de la tierra, resuscitaron. ¿Quién es éste, de quien el cielo y la tierra se compadesce, y cuya muerte resuscita los muertos? Entiende, ánima mía, que éste es tu Señor Dios, tu salvador y redemptor, verdadero Dios y verdadero hombre, el cual solo se halló sin mácula de pecado entre todos los hombres, y con todo eso es tenido por malo, reputado por leproso y por el más bajo de los hombres, y desechado como hijo abortivo del vientre de su malaventurada madre la Sinagoga. ¡Oh cuán feo parece aquí el más hermoso de los hijos de los hombres, el cual fué herido por nuestros pecados, y maltratado por nuestras maldades, y así fué hecho un perfectísimo sacrificio y holocausto suavísimo ante el acatamiento del Padre Eterno, para aplacar la indignación que tenía contra nosotros, y merecernos con su abatimiento las sillas del cielo! Mirad pues, oh Padre clementísimo, dende vuestro sanctuario y de esa alta morada del cielo, y contemplad esta sagrada hostia que nos ofrece este Sumo Sacerdote y Hijo vuestro por los pecados de sus hermanos, y aplàquese la ira que merece nuestra malicia. Mirad, Señor, que la voz de la sangre de nuestro hermano Abel está clamando á vos dende la tierra. Conosced, Padre Eterno, esa vestidura sangrienta de vuestro hijo Josef, á quien la bestia fiera de la Sinagoga mató, y tiñió su vestidura con sangre, y la rasgó por cinco partes. Ésta es, Señor, la vestidura que este inocente Josef dejó en las manos

de la mala mujer de Egipto, queriendo más perder la vestidura que faltar al mandamiento de vuestra obediencia. Mas agora nosotros, Padre Eterno, conocemos que vuestro hijo Josef vive, y que tiene el señorío y principado de toda la tierra de Egipto y de todos los lugares de vuestro imperio. Porque salido por vuestra voluntad de la cárcel de la muerte y del infierno, tresquilados ya los cabellos de nuestra mortalidad y flaqueza, y vestido de ropas de inmortalidad, fué gloriosamente recibido y ensalzado por vos, y coronado de gloria y honra está asentado á vuestra diestra, donde se presenta ante vuestro acatamiento por nosotros, como quien es nuestro verdadero hermano, nuestra carne y nuestra sangre. Mirad pues, oh clementísimo Padre, en la cara de vuestro Cristo, que os fué obediente hasta la muerte, y nunca se aparten de vuestros ojos esas preciosas señales de sus llagas, para que siempre os acordéis de la satisfación y descargo que ya tenéis recebido por nuestras maldades. ¡Oh, si quisiésedes pesar en esa balanza de la cruz nuestros pecados, por los cuales merecimos vuestra ira, sin duda mucho más pesaría esa pasión de vuestro Hijo, y más merecedora es de que por ella uséis con nosotros de misericordia, que la carga de nuestros pecados, para que por ellos nos castiguéis con vuestra ira! Gracias os den, Señor, todas las lenguas criadas por esa tan abundante gracia, por la cual nos distes á vuestro único Hijo, y lo entregastes á la muerte para que en él tuviésemos un muy fiel y poderoso abogado delante de vos. Y ¿qué gracias otrosí daré yo, vil hombrecillo, polvo y ceniza, á vos, benigno Jesú, fortísimo celador y amador de nuestra salud, por este tan grande beneficio? Porque ¿qué más habíades de hacer de lo que hecistes, pues vos todo entero dende la planta del pie hasta la cabeza os quisistes sumir en las aguas de la pasión por sacar á mí dellas, y entraron estas aguas en vuestra ánima por que no entrasen en la mía, y quisistes perder vuestra vida por que no se perdiese la mía? Por lo cual me veo muy obligado y cargado con dos grandes deudas. Ca porque me distes vuestra vida, os soy deudor de la mía, y por la mía os tengo dos obligaciones, la una porque me la distes cuando la criastes, y la otra porque después de perdida, con vuestra muerte me la restituístes. Pues por esta deuda no tengo cosa que más justamente os pueda ofrecer, que esa misma vida que vos me distes y restituístes. Mas qué pueda yo ofreceros por esa vida divi-

na que pusistes por la mía, no lo sé, ni hay cosa en mí con que esta deuda se pueda recompensar. Porque si yo pudiese ofreceros el cielo y la tierra y todo cuanto está debajo del cielo por ella, no podría igualar con esta deuda. Y aun para que pueda yo ofreceros eso poco que en mí hay y me es posible, tengo de ser ayudado y prevenido con vuestra gracia: de manera que esto también es beneficio vuestro y deuda mía. Porque debiéndoos yo de amar y de imitar con todas mis fuerzas, con toda mi ánima y con todo mi corazón, ¿cómo podré hacer esto sin vos? Lléguese pues mi ánima á vos, pues toda su virtud pende de vos.

Pues agora, Redemptor y Salvador mío, á vos adoro, en vos confío, en vos espero, y con todos los deseos que puedo, sospiro por vos. A las preciosas señales de vuestra pasión (con las cuales obrastes nuestra salud) me inclino, y la bandera real de vuestra cruz vencedora en vuestro nombre adoro, y vuestra corona de espinas, vuestros clavos teñidos con sangre, y la lanza escondida en vuestro lado, vuestras llagas, vuestra sangre, vuestra muerte, vuestra sepultura, vuestra gloriosa y victoriosa resurrección húmilmente glorifico y adoro. Todas estas cosas me dan olores de vida, y con la suavidad deste olor resuscitad, Señor, mi ánima de muerte á vida.

De cómo habemos de imitar espiritualmente el misterio de la cruz.

§ VI

Dadme pues, Señor, gracia para que pueda yo en alguna manera representar en mi vida el misterio de vuestra sagrada pasión. Y para esto poned primeramente sobre los hombros de vuestro siervo aquella suave cruz, que es árbol de vida á todos los que la llevan, aquella cruz, cuya anchura es la caridad, y cuya altura es la omnipotencia, y cuya profundidad es el abismo de la sabiduría, por que así corra yo alegremente en pos de vos, y lleve la carga de la cruz que mis enemigos pusieron sobre mí. En aquella cruz (que es, en vos mismo) enclavad, Señor, mis pies y manos, y conformadme todo con el misterio de vuestra pasión. Dadme que me aparte de todos los deseos carnales que vos aborrescéis, y abrace todas las virtudes que vos

amáis, y que en lo uno y en lo otro no busque mi gloria, sino la vuestra. Enclavad, Señor, en aquella soberana cruz mi mano esquierda con el clavo de la templanza, y la derecha con el de la justicia. Dadme, Señor, que siempre piense en vuestros mandamientos, y que todos mis cuidados ponga en vos. Y enclavad mi pie derecho en esa cruz con el clavo de la prudencia, y que el pie esquierdo, que es mi sensualidad, esté también enclavado con el clavo de la fortaleza, para que la miserable felicidad desta vida resbaladiza no enflaquezca y debilite la virtud de mi espíritu.

Y porque en alguna manera se represente en mi ánima la corona de vuestras espinas, dadme que yo sea herido con la compunción y memoria de mis pecados, y con la compasión de los trabajos de mis prójimos, y con el celo de la gloria y honra de vuestro sancto nombre. También deseo participar de la esponja llena de vinagre, para que de tal manera sea alumbrado mi entendimiento, que vea claro cómo toda la gloria del mundo es más vana que una esponja, y todos sus deleites y apetitos más acedos que el vinagre. Tal, Señor, me parezca el cáliz dorado de Babilonia, que emponzoña toda la tierra, para que no me embriague con su falsa y engañosa dulzura, como suele engañar á aquéllos que llaman á la luz tinieblas y á las tinieblas luz, y tienen lo dulce por amargo y lo amargo por dulce. Mas el vino mezclado con hiel tenga yo siempre por sospechoso, pues vos no lo quisistes beber: el cual vino figuraba la amargura de la envidia y malicia de aquéllos que os crucificaban, la cual esté siempre lejos de mí. Dadme, Señor, que pueda yo imitar esa vuestra muerte dadora de vida, muriendo á los apetitos de mi carne y viviendo según la ley del espíritu.

Y por que pueda yo en alguna manera gloriarme que traigo plenariamente representada toda vuestra pasión en mi ánima, así como la insaciable malicia de vuestros enemigos atravesó vuestro cuerpo después de muerto con una lanza, así hiera y traspase mi corazón con la virtud de vuestra palabra, que es más penetradora que una lanza muy aguda, para que de mi lado derecho, en lugar de sangre y agua, salga siempre vuestro amor y el de los prójimos. Y después desto, envolved, Señor, mi ánima en una sábana limpia, y escondedme en vuestro sepulcro hasta que pase vuestro furor, y al tercero día resuscitalda: esto es,

después del primer día del trabajo, y del segundo, que es del castigo, en el tercero del sábado, que es el día del descanso, tened por bien resuscitarme en compañía de todos vuestros hijos, para que vea yo vuestra cara, y sea lleno del alegría de vuestro rostro. Oh Salvador mío y Dios mío, venga, ruégoos, venga aquel día, en el cual vea con los ojos lo que confieso con la boca, y finalmente alcance lo que agora espero y lo que como dende lejos saludo, y abrace con los brazos de mi ánima lo que agora deseo con todas mis fuerzas, y así me vea sumido y anegado en el mar de vuestra gloria. Oh buen Jesú, redemptor de los perdidos, salvador de los redimidos, esperanza de los desterrados, esfuerzo de los que trabajan, anchura del espíritu congojado, dulce socorro y suave refrigerio del ánima llorosa que corre en pos de vos, única alegría y galardón de todos los ciudadanos del cielo, fuente abundantísima de todas las gracias, generoso Hijo del sumo Dios, y sumo Dios, bendíganos, Señor, todas las cosas en lo alto del cielo y en lo bajo de la tierra. Grande sois vos, y grande vuestro nombre. ¡Oh hermosura clarísima, que nunca se marchita! !Oh claridad y resplandor de la luz eterna, vida que da vida á todo lo que vive, luz que alumbra á todo lo que tiene lumbre, ante cuyo trono están millares de relámpagos resplandescientes! Oh eterno, substancial, inaccesible, clarísimo y dulcísimo río, que mana de aquella fuente escondida á los ojos de los mortales, cuyo nacimiento es sin principio, cuya profundidad es sin suelo, cuya altura es sin término, cuya anchura no se puede escudriñar, y cuya pureza no se puede enturbiar, vos salistes del corazón altísimo de Dios, y de aquel abismo impenetrable de su eternidad, vida de vida, lumbre de lumbre, eterno de eterno, inmenso de inmenso, y en todo igual á él, de cuya plenitud y abundancia participamos todos. Vos, que sois fuente copiosa de gracia, tened por bien de mitigar el amargura de las aguas salobres del mar grande deste mundo con la dulzura de vuestra gracia, pues vos sois río de olio de alegría, río de vino purísimo, y arroyo de caridad. De vos y de vuestro Padre procede el Espíritu Sancto consolador, igual entre ambos, y unión de ambos, que á ambos une con unión de caridad indivisible, el cual enviado á la tierra todo lo hinche, todo lo conserva y todo lo sustenta. Éste es, Señor, aquel arroyo abundoso de deleites, de donde bebe aquella gloriosa y delicada ciudad de Hierusalem, y em-

briagados los moradores della con esta maravillosa suavidad y alegría, os cantan siempre himnos y cantares de alabanzas, con cuyas gotas os piden, Señor, que sean refociladas las gargantas secas deste vuestro pueblo desterrado. Habed por bien, piadoso Padre, que los perrillos coman de las migajas que caen de la mesa de su Señor. Rociad, cielos, dende lo alto, y las nubes lluevan sobre nosotros ese Justo que nos ha de salvar. Estas primicias de vuestro pueblo purgad, Señor, renovad, alumbrad, alegrad, y confirmad, é inflamad con ese fuego del cielo, y juntad los corazones de los fieles con vos, para que todos sean uno, y una cosa sepan, una busquen, una alcancen, y así bendigan á vos, Dios de los dioses, en Sión, que vivís y reináis en los siglos de los siglos. Amén.

SÍGUESE UNA DEVOTA MEDITACIÓN

sobre las siete palabras que el Salvador habló en la cruz.

Apareja agora tus oídos, ánima mía, y oye la dulce música de aquellas siete palabras que tu rey David cantó en la arpa de la cruz, porque ésta es la música que verdaderamente lanza el espíritu malo del corazón. Mira pues con cuánta piedad y mansedumbre pronunció este Señor la primera palabra diciendo: Padre, perdona á éstos, que no saben lo que hacen. Primero que consuele á su madre, primero que provea á sus amigos, primero que encomiende al Padre su espí itu, provee á sus perseguidores de remedio. Y entre tantas cosas como se habían de proveer con sus palabras, la primera provisión es para ellos ¡Oh bondad sin medida! ¡Oh inestimable caridad! En el tiempo que estaban los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo (que fueron los autores de la muerte del Salvador) acrescentando los dolores de su sanctísimo cuerpo con palabras sangrientas que tiraban como saetas á su piadoso corazón, entonces levanta él la voz al Padre, diciendo: Perdona, Padre, á éstos, que no saben lo que hacen. No había ya más dolores con que atormentar al cuerpo azotado, descoyuntado y crucificado, y no contenta su ira y rabia con tan extraños tormentos, añadieron estos nuevos escarnios. Porque unos meneando las cabezas, de-

cían: Ah, que destruyes el templo de Dios, y en tres días lo vuelves á reedificar, haz agora salvo á ti mismo. Otros decían: Á otros hizo salvos, y á sí no puede salvar. Si es rey de Israel, descienda de la cruz, y creeremos en él. Tiene su confianza puesta en Dios: líbrelo, si quisiere, pues él dijo que era Hijo de Dios. Pues en el tiempo que aquellos miembros de Satanás, después de haber crucificado el cuerpo del Señor con clavos, crucifican su piadoso corazón con sus lenguas, el mansísimo Cordero, teniendo más compasión de la perdición de sus ánimas que dolor de sus proprias injurias, hace esta oración al Padre por ellos. Nosotros, cuando somos injuriados, aguardamos á que el tiempo cure nuestras pasiones, y queremos que entretanto esté ociosa la virtud y la razón. Aguardamos también á que la humildad y reconoscimiento de nuestros malhechores nos aplaque, y así venga á ser el perdón más virtud ajena que nuestra. Nada desto mira el Salvador, no aguarda que se cierren las llagas, ni que el tiempo cure las injurias, sino en medio de las heridas de su cuerpo y de las palabras que tiraban como saetas á su corazón, saca él palabras de corazón, no herido con yerba, sino herido de amor y compasión. Todos sus miembros y sentidos tenía impedidos y atormentados, cada uno con su proprio tormento, los pies y manos enclavados, y todos los otros miembros descoyuntados y estirados en la cruz. Sola la lengua estaba libre (aunque amargada con la hiel que le habían dado) y ésta, que sola quedaba suelta, emplea agora en hacer oración por quien le hacía tanto mal.

Pues, oh Cordero de infinita piedad y mansedumbre, no seáis para con los enemigos piadoso, y para con los vuestros severo, ni sea medio para medrar con vos ser cruel y duro contra vos. Aquí, Señor, me presento derribado á vuestros pies, no escandalizándome con vuestra muerte, sino predicando vuestra gloria, no haciendo burla de vuestra pasión, sino compadesciéndome de vuestro dolor. Pues levantad, Señor, la voz, y encomendadme á vuestro dulce Padre, y decidle: Padre, perdona á este pecador, que no supo lo que se hizo.

Ésta fué la primera palabra, llena de caridad y misericordia, que el Salvador habló. La segunda fué al ladrón que le confesaba por rey, y le pedía se acordase dél, diciendo: Acuérdate, Señor, de mí, cuando estuvieres en tu reino. Sobre este paso Eusebio Emiseno dice así: En este mismo tiempo, cuando preguntado

el apóstol S. Pedro por la criada del Pontífice, respondió que no conoció tal hombre, este ladrón que no le había conocido, le confesó por rey. ¡Cuán singular y cuán maravillosa devoción fué ésta! En aquel tiempo confesó el ladrón, cuando el discípulo escogido negó. ¿Cuánto más gloriosa cosa fué confesar el ladrón por rey al Salvador lleno de tormentos, que si lo viera haciendo milagros? Y por eso no sin causa mereció tanto. Mas veamos las palabras que dijo. Acuérdate de mí, Señor, cuando estuvieres en tu reino. No dijo: Si eres Dios, líbrame deste presente tormento, sino, pues eres Dios, líbrame del juicio advenidero. ¡Cuán presto el magisterio del Espíritu Sancto le alumbró, por el cual representándosele el rigor deste juicio, fué su espíritu lleno de temor! Aquí confesó al Señor por juez del mundo y por rey de los siglos. No había sido discípulo, y ya es maestro, y de ladrón se hace confesor. Acuérdate, dice, Señor, de mí. Con esta palabra alivió el dolor de sus tormentos. Y digo alivió, porque aunque la pena comenzó en ladrón, después por nueva manera se vino á acabar en mártir. Hasta aquí son palabras de Eusebio. Maravíllase también sobre este paso Sant Ambrosio de la oración deste sancto ladrón, y de ver cómo llamó á Cristo rey, viéndole padescer pena de ladrón. Porque ¿qué insignias de rey veía en él para llamarle por este nombre? Entendió pues este ladrón que aquellas heridas que el Señor padescía, no eran suyas, sino del ladrón, y por esto le comenzó á amar mucho, porque en él reconoció sus proprias llagas. Porque si él creyera que aquellas heridas eran proprias de Cristo, nunca le llamara rey. Mas porque entendió ser ajenas, le confesó por verdadero rey. Ca ningunas insignias son más proprias de rey, que padecer por el bien de sus vasallos.

Pues ¿quién, viendo esta confesión, no se maravillará del abismo de las obras de Dios? Estaba el Salvador en aquella hora el más afligido y despreciado de todos los hombres, desamparado de sus discípulos, negado de Pedro, vendido de Judas, blasfemado de los judíos, escarnescido de los gentiles, y casi descreído de todos. Y al tiempo que los otros le descreyeron y negaron, este ladrón le adora, y le confiesa, y le llama rey, diciendo Acuérdate, Señor, de mí, cuando estuvieres en tu reino. Velo condenado, y reconóscelo por Dios: tiénelo por compañero en los tormentos, y pídele el reino de los cielos. Y los discípulos habían conversado con Cristo, y oído su maravillosa doctrina, y

visto la inocencia de su vida, la alteza de sus virtudes, la grandeza de sus milagros, y con todo esto perdieron la fe en aquella sazón: y este ignorante ladrón, que nada desto había oído ni visto, ni sabía otra cosa sino robar, agora sobrepuja á los Apóstoles en la constancia, y en la fortaleza, y en la confesión de la fe. ¡Oh, cuánto puede el más bajo de los hombres con la gracia divina, y cuán poco puede el mayor de todos sin ella! Por aquí verán lo que deben á Dios todos los escogidos (cuya persona representa este ladrón) los cuales son salvos por la infinita bondad y misericordia de Dios, como éste lo fué. Porque ¿quién no ve que la fe y conoscimiento deste ladrón fué gracia singular y misericordia de Dios? Mira lo que pidió, y verás claro lo que creyó No pidió nada para este siglo (pues ya él estaba casi fuera del siglo) sino pidió mercedes para el siglo advenidero, confesando que aquél que estaba allí con él crucificado, era poderoso para dárselas, y esto no como rogador ó tercero, sino como Rey y Señor del cielo, cuando por tal lo confesó. Pues ¿cómo podía un ladrón alcanzar en tal tiempo tan maravillosa luz, y creer cosa al parecer tan increíble, si no fuera por especial privilegio de Dios?

Y no sólo resplandesce aquí la fe, sino también la humildad, compañera de la fe en esta oración. Acuérdate (dice) Señor, de mí, cuando estuvieres en tu reino. No te pido silla á la diestra ni á la siniestra, ni tampoco pido cosa para este mundo, pues tu reino no es deste mundo, sino que cuando estuvieres en el reino de los cielos, te quieras acordar de mí. No de mis pecados, no de mis errores ni de los hurtos que tengo hecho, sino de que soy hombre flaco y enfermo, y criatura tuya, hecha á tu imagen y semejanza. Acuérdate que por mí criaste todas las cosas, y por mí tomaste carne humana, y por mí predicaste, ayunaste, oraste, caminaste, sudaste, y por mí has trabajado toda la vida, y agora mueres en cruz. Acuérdate que pues soy hombre (aunque pecador) soy hermano tuyo, y redemido por tu sangre. No te demando grandes cosas, porque me tengo por indigno dellas. No oso pedirte el reino de los cielos, porque no es razón que tal ribaldo como yo sea recebido en tal lugar. Ni te pido que me lleves allá siquiera para servir á aquellos celestiales ciudadanos, porque tampoco meresco esto. Solamente pido me tengas en tu memoria, y no te quieras olvidar de quien quisiste tener por compañero en

el tormento. No mires á mi malicia, sino á tu bondad, la cual te ha hecho abrir esas puertas de misericordia por todo ese sagrado cuerpo, á las cuales llamo y doy voces como necesitado y mendigo. Por éstas deseo entrar, y (si me fuese posible) por ellas quería robar agora los tesoros de tu gracia, y ser ladrón en la muerte, como lo he sido en la vida. He visto cómo ruegas al Padre por los mismos que te crucifican, con tanta clemencia, y cómo los excusas en tu oración diciendo que no saben lo que hacen. Esto me da atrevimiento (aunque sea ladrón) para que ose encomendarme á ti. Pues sabes de dolores, y sientes qué cosa es estar colgado en una cruz, apiádate deste pobre que así ves padescer. No es sola esta cruz la que me atormenta, otras tres padezco sin ésta. La una es de dolor que tengo de mi compañero, viendo que muere en su pecado, blasfemando de ti: la otra es de temor grande que tengo de las penas del infierno debidas á mis pecados: la tercera es de compasión, viendo á ti y á tu inocentísima madre padescer tan gran dolor. Mas con todo eso, si yo supiese que te habías de acordar de mí, todas estas cruces me serían dulces, y en medio de mis dolores me ternía por consolado.

Respóndele Cristo: En verdad te digo, hoy serás conmigo en el paraíso. ¡Oh maravillosa magnificencia y largueza de Dios! Mira cuánto más le dieron de lo que él pedía. Él pedía estar en la memoria de Cristo, y Cristo le promete el reino del cielo. Y ¿cuándo, si piensas? Hoy, dice: esto es, en el mismo día. Y ¿en cúya compañía? En la del mismo Cristo. Hoy, dice, serás conmigo. Y ¿á quien se promete esto? A un vilísimo ladrón, que por sus hurtos padescía, y poco antes con su compañero blasfemaba. Mas ¿por qué causa se le promete tan grande bien? Porque húmilmente lo pidió. ¡Oh virtud inestimable de la sangre de Cristo, que es la que óbra todas estas maravillas, y la que hace nuestras oraciones valerosas ante Dios! Mas ¿qué mucho era que en aquel día del Viernes Sancto, cuando se abrieron las puertas de todos los divinos tesoros, cuando Cristo con tanta largueza vertía su sangre, y rasgados sus pies y manos derramaba por aquellas aberturas tanta abundancia de misericordias, que le alcanzase una sola gota á este ladrón? Al primer ladrón del mundo dijo Dios: Tierra eres y en tierra te volverás, y al postrer ladrón del viejo Testamento dice Cristo: Hoy serás conmigo en el paraíso.

Mira cuán grande es la virtud de la sagrada pasión, y cuán provechosa cosa es hablar con Cristo crucificado.

Mas no tome nadie ocasión por este ejemplo de aguardar á convertirse á la hora de la muerte, porque éste, así como fué el postrer de los milagros de Cristo, así en este género fué el mayor. Éste fué un particular privilegio que convenía para la gloria de aquel día y para declarar la virtud y eficacia de aquella celestial triaca que Dios había ordenado para remedio de los pecados. Y pues éste fué privilegio particular, y no ley universal, nadie debe tomar por regla universal de todos lo que fué particular privilegio de uno.

§ I

A este espectáculo tan doloroso se halló presente la sacratísima Virgen, y no de lejos (como se escribe de los otros amigos y conoscidos) sino junto al pie de la cruz. Estaba (dice el Evangelista) par de la cruz la madre de Jesú (1). No solamente estaba par de la cruz, viendo con sus piadosos ojos las heridas del Hijo, mas aun estaba en pie. ¡Oh fortaleza de ánimo! ¡Oh maravillosa constancia! El mundo se trastornaba, la tierra se estremecía, las columnas del cielo temblaban, y los miembros virginales están quedos en su lugar. Las piedras se hacían pedazos, y está entero el corazón de la madre. Su corazón estaba hecho un mar de amargura, y las olas deste mar subían hasta los cielos, mas el marinero era tan diestro, y llevaba en sus manos el gobernalle con tan maravillosa prudencia, que no bastó para desatinarlo una tan espantosa tormenta, ni apartallo un punto de la voluntad de Dios.

Mas con esta conformidad de voluntad no se podía excusar en su ánima un espantoso dolor, viendo con sus ojos lo que el amantísimo Hijo padescía. Conforme á lo cual dice Sant Bernardo: ¿Qué pecho puede ser tan de hierro, qué entrañas tan duras que no se muevan á compasión, oh dulcísima madre, considerando las lágrimas y dolores que padesciste al pie de la cruz, cuando viste á tu dulcísimo Hijo sufrir tan grandes, tan largos y tan

(1) Joan. 19.

vergonzosos tormentos? ¿Qué corazón puede pensar, qué lengua puede explicar tu dolor, tus llantos y suspiros, y el quebrantamiento de tu corazón, cuando estando en este lugar, viste á tu amado Hijo tan maltratado, y no lo pudiste socorrer, vístelo desnudo, y no lo pudiste vestir, vístelo transido de sed, y no lo pudiste dar á beber, vístelo injuriado, y no lo pudiste defender, vístelo infamado de malhechor, y no pudiste responder por él, viste escupido su rostro, y no lo podías alimpiar, finalmente viste sus ojos corriendo lágrimas, y no se las podías enjugar, ni recoger aquel postrer huelgo que de su sagrado pecho salía, ni juntar en uno los rostros tan conoscidos y tan amados, y morir así abrazada con él? Bien sentiste en aquella hora el cumplimiento de la profecía que aquel sancto viejo te pronosticó antes que moriese, diciendo que un cuchillo de dolor traspasaría tu corazón.

Pues, oh piadosísima Virgen, ¿por qué, Señora, quesistes acrescentar este dolor con la vista de vuestros ojos? ¿Por qué quisistes hallaros hoy presente en este lugar? No es de vuestro recogimiento parescer en lugares públicos, no es de corazón de madre ver á los hijos morir, aunque sea con su honra y en su cama: y ¿vos venís á ver el Hijo morir por justicia y entre ladrones en una cruz? Ya que determináis de vencer el corazón de madre, y queréis honrar el misterio de la cruz, ¿para qué os ponéis tan cerca della, que hayáis de llevar en vuestro manto perpetua memoria deste dolor? Remedio no se lo podéis dar, sino antes con vuestra presencia acrescentarle su tormento. Porque solo esto le faltaba para acrescentamiento de sus dolores, que en el tiempo de su agonía, en el último trance y contienda de la muerte, cuando ya los postreros gemidos levantaban su pecho atormentado, bajase sus ojos sangrientos y desmayados, y os viese al pie de la cruz. Y porque estando al fin de la vida, enflaquescidos los sentidos y escurescidos los ojos con la sombra de la muerte, no podía devisar de lejos, os pusistes tan cerca para que clara y distinctamente os conosciese, y viese esos brazos en que fué recibido y llevado á Egipto, tan quebrantados, y esos pechos virginales (con cuya leche fué criado) hechos un piélago de dolor. Mirad, ángeles bienaventurados, estas dos figuras, si por ventura las conoscéis. Mirad, cielos, esta crueldad, y dad muestras de dolor. Cubríos de luto por la muerte de vuestro Señor. Escuresced el aire claro, por que el mundo no vea las carnes desnudas de vuestro Criador.

Echad con vuestras tinieblas un manto sobre su cuerpo, por que no vean los ojos profanos el arca del Testamento desnuda. Oh cielos, que tan serenos fuistes criados, oh tierra de tanta variedad y hermosura vestida, si vosotros escurescistes vuestra gloria en esta pena, si vosotros, que érades insensibles, la sentistes á vuestro modo, ¿qué harían las entrañas y los pechos virginales de la madre? Oh vosotros (dice ella) que pasáis por el camino, parad mientes y mirad si hay dolor semejante á mi dolor. Verdaderamente no hay dolor semejante á tu dolor, porque no hay en todas las criaturas amor semejante á tu amor.

Pues, oh Redemptor y Salvador del mundo, si los ladrones desean que os acordéis y tengáis memoria dellos, ¿cuánto más lo deseará vuestra benditísima madre? Y si vos tenéis memoria de los robadores, ¿cómo no la tendréis de los robados? Bien veo, Redemptor mío, que no la tenéis olvidada, porque el dolor con que su presencia aflige vuestro corazón, no os la deja olvidar: antes creo que allá dentro de vuestra ánima le hablábades muchas veces y le decíades: Oh inocente y afligida Virgen, ¿qué consuelo te daré? Tu consuelo sería mío: mas porque no lo hay hoy para mí, tampoco lo hay para ti. Si consuelo es condolerme de ti, más siento los dolores de tu corazón que los de mi cuerpo, y más siento ver correr esas lágrimas por tus ojos, que esta sangre por mi cuerpo. Oh madre dulcísima, ¿dónde están agora los gozos que conmigo tuviste? Llegada es ya la hora en que te tengo de ser corporalmente quitado, y en que se ha de partir esta tan amada y tan antigua compañía. Pues ¿con qué palabras me despidiré de ti al tiempo de la partida? Si te llamo madre al tiempo que pierdes al hijo, atormentarse han tus entrañas con esta voz. Si del todo no te hablo ni me despido de ti en tan largo camino, añadirse ha otro dolor á tu dolor. Llamarte he pues, no madre, sino mujer, diciendo: Mujer, cata ahí á tu hijo.

Oh Virgen sanctísima, si deseábades oir alguna palabra, ésta es la más conveniente que se os podía decir, pues en ella se provee de compañía para vuestra soledad, y se os da otro hijo por el que perdéis. Consolaos pues con este consuelo. Antes con él se renueva mi dolor, porque con la comparación de lo que me dan, veo más claro lo que me quitan. Tal es y tan nuevo mi dolor, que cresce con los remedios. Quiero contemplar (dice S. Augustín) oh benditísima madre, hija y ama deste Señor, qué tal

haya sido este dolor. Ves á tu único Hijo crucificado, mudas el Maestro en el discípulo. el Señor en el criado, el que todo lo puede, en el que todo desfallesce. Verdaderamente atraviesa tu ánima un cuchillo de dolor, y penetra tu corazón la lanza, y rompen tus entrañas los clavos, y despedaza tu espíritu entristecido la vista del Hijo crucificado. Desfallecido han tus fuerzas, enmudecido ha tu lengua, agotado se han las fuentes de tus ojos, y marchitado se ha la flor de tu hermosura. Las heridas del Hijo son heridas tuyas, la cruz suya es también tuya, y la muerte suya tuya es. Dime, madre, ¿dónde dejas al Hijo? Hija, ¿dónde dejas al Padre? Ama, ¿cómo desamparas al que criaste? ¡Cuán de mejor gana perdieras la vida que tan dulce compañía! Mártir eres, y más que mártir, pues sacrificas más que la vida. Dos martirios y dos altares hallarás, ánima mía, en este día: uno en el cuerpo de Cristo, y otro en el corazón de la Virgen, en el uno se sacrifica la carne del Hijo, y en el otro el ánima de la madre.

Después desta tercera palabra, dicha á la bendita madre, síguese la cuarta, enderezada al Eterno Padre. Al cual con dolorosa voz clamó diciendo (1): Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste? Esta palabra nos descubre una de las principales circunstancias que intervinieron en la sagrada pasión, por la cual entendemos la grandeza de los dolores que el Salvador en ella padesció. Porque dado caso que muchos de los sanctos mártires padescieron horribles y nunca vistos tormentos, pero la divina bondad y misericordia acudíales al mejor tiempo con nuevos socorros y milagros, unas veces quitando su virtud al fuego que los cercaba, otras amansando las fieras á quien los arrojaban, otras curando de noche las llagas que recibían de día, y otras veces de otras muchas maneras. Y demás desto, el fervor de la caridad y amor de Dios, por cuya gloria padescían, y la esperanza tan cierta y segura que tenían de que acabando de correr los filos del cuchillo por la garganta, habían sus ánimas de volar á la gloria, y ver y gozar eternalmente de la hermosura del Señor que tanto amaban, de tal manera los alegraba, que disminuía gran parte de sus dolores. Porque así vemos que la mujer muy deseosa de hijos no siente tanto los dolores del parto, considerando ser ellos camino para alcanzar lo que desea. Mas en Cristo

(1) Matth. 27.

nuestro salvador no hubo esto lugar. Porque dado caso que el menor de sus trabajos bastaba para redimir mil mundos, por la dignidad infinita de aquella divina persona que los padescía, mas quiso él por la grandeza de su bondad padescer los mayores que jamás se padescieron, para que fuese más copiosa nuestra redempción, y para consuelo y esfuerzo de los sanctos mártires que habían de morir por él, y para que también nosotros tuviésemos con esto mayores incentivos de amor y mayores motivos de esperanza, más ilustres ejemplos de humildad y paciencia, y más claras muestras de la grandeza de su bondad y caridad. Y por esto él mismo cerró las puertas á todas las maneras de consolaciones que le podían venir del cielo y de la tierra, de su Padre soberano y de sí mismo. Y esto es lo que él significó cuando en el Psalmo dijo que estaba sumido en el profundo de las aguas, y que no hallaba sobre qué hacer pie, porque no había en el cielo ni en la tierra ningún linaje de alivio que mitigase la fuerza de sus dolores. El desamparo de los hombres significó en el mismo Psalmo, cuando dijo: Extraño soy hecho á mis hermanos, y peregrino á los hijos de mi madre. Esperé si había alguno que juntamente conmigo se entristeciese, y no lo hubo, busqué quién me consolase, y no lo hallé. Lo cual dijo el Salvador para significar el desamparo de los Apóstoles y de todos los otros discípulos y amigos, que miraban su pasión de lejos. Porque la sancta madre que presente tenía, no aliviaba, sino agravaba su dolor. Pues así como en este Psalmo declaró el desamparo de los hombres, así agora con esta dolorosa palabra declaró el de su Eterno Padre, diciendo: Dios mío, ¿por qué me desamparaste? Éste fué el más triste canto y la más dolorosa voz que se oyó jamás en todas las generaciones. Canten los profetas los dolores que sintieron por los males del mundo, levante la voz Hieremías en sus lamentaciones, suenen por todas partes cantares de dolor, que ésta es la voz que más deben nuestras ánimas de sentir.

Mas porque en estas palabras, Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste? pregunta el Hijo al Padre por la causa de su desamparo, todos podemos responder á esto con verdad que por nuestro amparo fué él desamparado, porque por remediar el mundo desamparó el Padre á su amantísimo Hijo, por amparar el siervo desamparó al Señor. Por dónde con mucha razón exclama la Iglesia: ¡Oh inefable amor y caridad de Dios, que por re-

demir al siervo entregaste á la muerte al Hijo! Pues ¿cuánto nos obliga esto á amar á quien así nos amó? ¿Cuánto es lo que esta tan lamentable y dolorosa voz pide al hombre? Dice Salomón que el que cierra las orejas al clamor del pobre, él clamará, y no será oído. Pues si tan gran culpa es no oir la voz de un pobre mendigo, ¿cuál será no oir la de tal pobre, que así clama dende la cruz, representándonos nuestra obligación?

La quinta palabra fué: *Sitio*, que quiere decir: He sed (1). ¿Qué es esto, Salvador mío? dice S. Bernardo. ¿Más pena os da la sed que la cruz, pues no quejándoos de la cruz, os quejáis de la sed? ¿Qué sed es ésta que tanto os fatiga? Ciertamente no otra que el deseo de nuestra salud, de nuestra fe y de nuestro remedio, porque esto es como si dijera: Más me duelen vuestros males que los míos, y más siento vuestras culpas que los tormentos de mi cruz. Pues si ésta es, Señor, vuestra sed, las lágrimas de mi conversión y penitencia la apagarían, y yo, más crudo que vuestros mismos enemigos, no os doy este refrigerio. Oh Virgen sanctísima, ¿qué sintió vuestro piadoso corazón con esta palabra, cuando vistes el refrigerio que sus enemigos le dieron, y no fuistes poderosa para dar un jarro de agua al Hijo que la pidía muriendo? ¿Dónde están agora, oh Magdalena, aquellas lágrimas que derramaste sobre los pies del Salvador? ¿Dónde están las vuestras, oh serenísima Virgen? Pues ¿cómo no subís á aquella cruz, y siquiera con esas lágrimas de vuestros ojos no refrescáis aquellos labios cárdenos y desequidos, y refrigeráis los ardores de aquella sed?

Las sexta palabra fué, cuando estando ya el Salvador para expirar, dijo (2): *Consummatum est*, que quiere decir: Acabado es. Levantaría entonces sus honestísimos ojos la Virgen á ver si con esta palabra se acababa la vida del Hijo. ¿Cuál destas cosas deseáis, Virgen? ¿Deseáis por ventura que se acaben sus dolores? Si se acaban sus dolores, también se ha de acabar su vida. Pues ¿deseáis que se acabe la vida? No es de madre tal deseo. Pues ¿qué deseáis? Nueva manera de dolor es ésta, pues no sabéis qué desear.

Pues ¿qué sentiría el corazón de la Virgen, cuando levantase sus ojos á mirar la cara del Hijo, y en la amarillez y mudanzas

(1) Joan. 19. (2) Joan. 19.

della conosciese la presencia de la muerte que ya se acercaba? ¿Qué sentiría, cuando viese perderse la color del rostro, teñirse los labios de color de muerte, afilarse las narices, escurescerse la hermosura de sus ojos, inclinarse la cabeza, y levantarse el sagrado pecho? ¿Conoscéis vos, Señora mía, esta figura? ¿Conosceis cúya es esa tan enronquecida voz? ¿Cómo se ha descolorido el rubí en que se miraban vuestros ojos? ¿Cómo se ha marchitado la flor de la mañana? ¿Cómo es eclipsado el sol del medio día? Oh castísimos ojos, guardados para verdugos deste día, ¿á dónde miraréis que no sea con intolerable dolor? Si miráis á lo alto, veis las insignias y los mensajeros de la muerte en la cara del Hijo. Si miráis á lo bajo, veis la tierra toda arroyada y encharcada de su sangre. Pues ¿á dónde, Virgen, miraréis, cuando el cielo y la tierra parece que han hoy conjurado contra vos? ¿Cómo pueden esos piadosísimos ojos ver los hilos de la sangre viva correr junto á vuestros pies, y no morir?

Mas agora descansará ya el ánima sanctísima de vuestro Hijo. Oíd la postrera de sus palabras, que dice (1): Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y diciendo esto, inclinada la cabeza, dió el espíritu. ¡Oh dulce dejo! ¡Oh dulce muerte! ¡Oh dulce sangre! ¡Oh dulces llagas! ¡Oh dulce madero! ¡Oh dulce peso! ¡Oh inestimable caridad, que por llevar los miserables desterrados al cielo, mueres tú, Señor de los cielos, en un madero!

Suplícote, Señor mío, por el dolor deste apartamiento, que al tiempo que esta pobre ánima se apartare deste cuerpo (pues nadie puede carescer deste doloroso apartamiento) sea yo favorecido con la virtud deste misterio, y acabe con las palabras que tú acabaste, encomendando mi espíritu en tus manos, y recibiéndolo tú en ellas. En medio desas llagas preciosas se acabe el postrer punto de mi vida, y en medio desa preciosa sangre sea el postrero de mis gemidos. Amén.

(1) Luc. 23.

De la grandeza de los dolores de la pasión de nuestro Salvador, donde se pone un sumario de todas las circunstancias que agravaron esta sagrada pasión.

Aunque debemos mucho á nuestro Salvador por los grandes bienes que por su sagrada pasión nos mereció, pero mucho más sin comparación le debemos por el medio que para esto escogió, que fueron los dolores que en ella padesció. Perque no es cosa nueva, sino muy natural y muy usada en nuestro Dios, comunicarnos sus bienes: mas es muy nueva y muy extraña padescer nuestros males, esto es, nuestros dolores: y cuanto éstos fueron mayores, tanto es mayor la obligación al amor y servicio que por esto le debemos.

Mas aquí es de notar que aunque fueron grandes los dolores de su pasión, no fueron menores las injurias y vituperios que en ella sufrió, como lo verá claro quien discurriere por todos los pasos della, en los cuales hallará juntos sumo dolor y suma ignominia: y será bien declarar la causa desto.

Para lo cual es de notar que en cada pecado mortal hay dos deformidades. La una es el desordenado amor y gusto de la criatura que nos mueve á pecar, y la otra es el menosprecio de la majestad de Dios y de sus mandamientos, los cuales despreciamos, cuando pecamos. Y esta deformidad es mayor que la pasada, como nos lo da á entender el rey David, cuando acusándose en el Psalmo del pecado que había cometido contra su vasallo y contra la mujer dél, dice hablando con Dios: Contra ti solo pequé (1), dando á entender que no hacía tanto caso de la ofensa de los prójimos cuanto de la de Dios, por haber despreciado sus mandamientos, que esto prohibían. Es pues agora de saber que por cuanto el Salvador pretendía en su pasión satisfacer á la divina justicia por nuestros pecados (en los cuales hay estas dos deformidades susodichas) así quiso que su sagrada pasión fuese llena de dolores, para satisfacer por nuestros malos gustos, y también de vituperios, para satisfacer por los menosprecios é injurias cometidas contra la divina Majestad. Y por esto, cuando

(1) Psalm. 50.

el hombre procediendo por la historia de la sagrada pasión, se espantare de ver al Señor de la majestad escupido, abofeteado, escarnescido, y vestido ya de blanco, ya de colorado, y tenido en menos que Barrabás, y crucificado entre ladrones, cesará este espanto, cuando considerare que todas estas injurias padesce por satisfacer por las que nosotros cometimos contra esa soberana Majestad. Porque tales injurias tal satisfacción habían menester.

Mas tratando agora de la grandeza de sus dolores, es cosa de grandísima consideración lo que todos los doctores sobre esto dicen: esto es, que los dolores que el Salvador padesció, sobrepujan á cuantos se han padescido en esta vida, no haciendo aquí comparación de los de la otra, por ser de otra condición. Para lo cual traen por argumento aquella agonía que su ánima sanctísima padesció en la oración del huerto, y aquel sudor de sangre, el cual como nunca fué visto en el mundo, así fué indicio del mayor de los dolores del mundo. Esto coligen así del linaje de muerte que padesció, como de todas las circunstancias que en ella intervinieron. Las cuales apuntaremos aquí sumariamente, remitiendo el sentimiento y la explicación dellas á la devoción del piadoso lector.

I.ª Entre estas circunstancias la primera es haber el Salvador cerrado la puerta á todas las consolaciones que del cielo y de la tierra, de su Padre y de sí mismo, y de cualquiera otra parte, le pudieran venir. Lo cual se colige claro de la grandeza del deseo que él tenía de padescer por las causas susodichas. Y por esto no había él de admitir cosa que diminuyese la grandeza de los dolores que él mismo deseaba padescer. El cual desamparo declaró él mismo en la cruz, cuando dijo: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste? Desta consolación no carescieron los mártires, por dónde el Apóstol por su parte decía que le sobraba el alegría en todas sus tribulaciones, y pedía á sus discípulos que se alegrasen con él (1).

II. Otra circunstancia fué la delicadeza de la complexión de su cuerpo, que era perfectísima y muy sentible, como de cuerpo formado por el Espíritu Sancto. Asimismo su carne era toda virginal y muy tierna, como tomada de solas las entrañas virginales de nuestra Señora: y por lo uno y por lo otro era muy sentible.

(1) Coloss. I.

III. Mas comenzando agora por la historia de la sagrada pasión, y corriendo por todos los pasos y circunstancias della, la primera que se nos ofresce es la oración del huerto, y aquella agonía y sudor de sangre de que ya hecimos mención, y aquellas dolorosas palabras que entonces el Salvador dijo á sus discípulos: Triste está mi ánima hasta la muerte: esto es, tal es la tristeza que padezco, que bastaría para causarme la muerte, si yo no lo impidiese. Lo mucho que esto se debe sentir, quede para la devoción de los que aman á este Señor.

IV. Otra circunstancia fué la venta de Judas y la perdición del ánima de aquel discípulo que él había escogido y hecho del número de sus doce Apóstoles, y dado poder para hacer milagros como ellos, y sobre todo, había lavado aquellos malvados pies con sus sagradas manos. Lo cual el Salvador sintió tanto, que cenando con los discípulos, mostró una grande turbación, diciendo: En verdad os digo que uno de vosotros me ha de vender. Sintió también aquí aquellas horribles palabras del discípulo, que dijo á los príncipes de los sacerdotes: ¿Qué me queréis dar, y yo lo pondré en vuestras manos? Y no menos sintió las que dijo á los alguaciles que con él venían: Á quien yo diere paz en el rostro, ése es el que buscáis, echad manos dél y llevaldo á buen recaudo. Pues ¿qué cosa más horrible que vender el discípulo por tan bajo precio al Señor de la majestad, de quien tantos beneficios había recebido, y venderlo á tan crueles enemigos, que le deseaban beber la sangre? ¡Oh admirables juicios de Dios! Cuando la mujer pecadora salió del pecado, entonces el discípulo entró en el infierno.

V. Otra circunstancia allende désta fué la manera de la prisión con tanto estruendo de armas, la cual mostró el Salvador que sintía cuando dijo: Como á ladrón me venistes á prender con espadas y lanzas, habiendo yo tantas veces predicado en el templo sin que tocásedes en mí: mas ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas, que son los demonios.

VI. Otra fué atarle los brazos con cordeles tan apretadamente, que se los desollaban: y no contentos con esto, para mayor seguridad le echaron una soga á la garganta. Lo cual representa el sacerdote revestido con el manípulo que trae en un brazo, y con la estola que se pone al cuello.

VII. Otra fué el desamparo de los discípulos que él había

doctrinado y confirmado en la fe con tantos milagros, y sin embargo desto todos le desampararon y huyeron, dejando aquel mansísimo Cordero solo en poder de tantos lobos. Que es lo que el Salvador declaró en el Psalmo cuando dijo (1): Busqué quién me consolase, y no lo hallé. Lo cual dice, no porque él buscase consolación de nadie (como arriba dijimos) sino porque le faltaron y desampararon los que le habían de consolar.

VIII. Otra fué la bofetada que el Salvador recibió en casa de Anás. Porque respondiendo él mansamente á lo que el falso Pontífice le preguntaba, uno de los ministros que allí asistían, le dió una bofetada, al cual el Salvador con toda humildad y mansedumbre dijo: Si mal hablé, muéstrame en qué, y si no, ¿por qué me hieres?

IX. Ésta fué una sola bofetada, mas ¿quién podrá sin dolor y admiración considerar, no una, sino muchas bofetadas y pescozones que este inocentísimo Cordero recibió en casa del pontífice Caifás, donde escupieron su divino rostro, y le cubrieron los ojos, y dándole pescozones, unos y otros decían: Profetízanos, Cristo, quién es el que te hirió? Pues ¿qué cosa de mayor admiración que jugar con el Señor de la majestad al juego de los mochachos que juegan: Adevina quién te dió? Tal vituperio y tal injuria como ésta se requería para satisfacer á las injurias con que nosotros injuriamos á la divina Majestad, cuando pecamos.

X. Otra circunstancia, que grandemente lastimó el corazón del Salvador, fué la negación de Sant Pedro, cuando en presencia dél con tantos juramentos le negó. Por lo cual el mismo Señor volvió su rostro hacia él, para darle noticia de su pecado, é infundir en su ánima el dolor y arrepentimiento dél.

XI. Otra fué la presentación delante del rey Herodes, donde el Salvador siendo muchas veces preguntado por el Rey, no le respondió palabra, porque su vana curiosidad y maldad no la merescía. Por dónde así él como todos sus cortesanos le tuvieron por loco, y como á tal le vistieron una ropa blanca. Y vestido así, lo llevaron por las calles públicas á la audiencia de Pilato.

XII. Otra fué la injuria de los azotes, que no es castigo de gente noble, sino de ladrones y de esclavos y gente vil y baja. Dónde es cosa lastimera ver desnudar al Salvador, y azotarle

(1) Psalm. 68.

con crueles azotes, con los cuales rasgaban sus purísimas y delicadísimas carnes. Y no eran solos cuarenta azotes los que le daban, conforme á la ley de Moisén, sino los que quiso la furia y crueldad de sus enemigos. Lo cual sufrió el Salvador pacientísimamente, por esforzar con este ejemplo á mártires y vírgines innumerables que desta manera habían de ser por él azotados.

XIII. Otra circunstancia, no menos dolorosa que ésta, fué la coronación de espinas, que gravemente le lastimaban. Ésta fué formalmente una cruelísima farsa que aquellos malvados quisieron hacer de Cristo como de un rey fingido, para fiesta de los otros soldados, y así le pusieron insignias de rey, que fué esta cruel corona, y una vestidura colorada, que era vestidura de reyes, y una caña por sceptro en la mano. Y esto hecho, las cerimonias eran hincarse de rodillas, y saludarlo como á rey, y darle bofetadas, y escupirle en la cara, y herirle con la caña en la cabeza. Pues ¿qué cosa más cruel, más ignominiosa y más para sentir? Y porque la ignominia desta farsa fuese más pública y más festejada, convocaron todos los soldados de la guarda del Presidente, para que todos gozasen de la fiesta, y todos los que quisiesen, diesen bofetadas y escupiesen aquel divino rostro en que desean mirar los ángeles. Pues con tales ensayes como éste quiso el Salvador satisfacer por las injurias con que ofendimos aquella soberana Majestad, y por las galas y tocados de las mujeres, que son redes para enlazar las ánimas de los hombres livianos.

XIV. Otra fué el *Ecce homo*, cuando Pilato sacó á vista del pueblo furioso al Salvador azotado y coronado de espinas, y vestido de aquella púrpura, con el rostro afeado con los hilos de sangre que de las espinas por su rostro corrían, y con las salivas de aquellas infernales bocas, que había recebido la noche pasada en casa de Caifás, y con las que de presente en la coronación de espinas había recebido de los soldados, y ni las unas ni las otras había el Señor alimpiado, pues él quería voluntariamente padescer aquella fealdad, por hermosear con ella nuestras ánimas. Finalmente tan afeado salió el Salvador á vista del pueblo, que le paresció al juez bastaría esto para mover á compasión aquellos corazones de hierro.

XV. Otra fué un abatimiento tan grande, que preguntando el juez al pueblo á cuál de los dos quería que perdonase la vida

por razón de la fiesta de la Pascua, fué tan espantosa la ceguedad de aquel malaventurado y miserable pueblo, que todos á una voz dijeron que viviese Barrabás y muriese Cristo. Pues ¿á qué mayor extremo de humildad pudo abajar el Hijo de Dios, que á ser tenido en menos que Barrabás, y por menos digno de la vida? Aquí tienen los hombres altivos y presumptuosos un grande ejemplo para confundir su vanidad y soberbia.

XVI. Otra fué cargar sobre sus delicados hombros, molidos con los azotes y vigilias de la noche pasada, el peso de la cruz, y que él mismo llevase el instrumento en que había de padescer.

XVII. Otra fué una crueldad jamás vista, la cual fué mezclar en el vino mirrado que daban á los padescientes, amarguísima hiel. Pues ¿cómo pudo caber en corazones humanos tal invención de crueldad?

XVIII. Otra fué que al tiempo que desnudaron al Salvador para tenderle en la cruz, estiraron la túnica interior, que estaba pegada á las llagas y sangre de los azotes, con tanta inhumanidad, que reventó la sangre dellas, no sin mucho dolor.

XIX. Síguese después desto el tormento de la cruz. En la cual contemplemos primeramente el mismo tormento, que es gravísimo. Porque no es muerte acelerada, como la de los que degüellan ó ahogan, sino prolija, que dura más tiempo: y las heridas son en pies y manos, que son las partes más sentibles de nuestros cuerpos, por estar más llenas de niervos, que son los órganos y instrumentos del sentir, y así el dolor que causan, es mucho mayor. Y demás desto el peso del cuerpo, que siempre carga para bajo, está continuamente desgarrando estas cuatro llagas, las cuales son como cuatro puñaladas hincadas por el corazón, que todos juntas en un mismo tiempo atormentan al que padesce.

XX. Otra fué querer el Salvador para mayor dolor é ignominia ser puesto en la cruz desnudo, con lo cual crescían los dolores de las llagas, porque si Sant Pedro la noche antes, estando vestido y calzado, padescía frío, ¿qué haría el Salvador estando desnudo de pies á cabeza, no sólo de sus ropas, sino también de la piel que habían rasgado los azotes, y viendo á los soldados repartir entre sí, y echar suertes sobre sus vestiduras?

XXI. Otra fué haber querido él que el lugar de la ignominia

de su pasión fuese aquella populosa ciudad de Hierusalem, habiendo él ordenado que la gloria de su nascimiento, celebrado y cantado por los ángeles, fuese en el aldea de Betlén, dándonos en esto ejemplo de encubrir las honras y de aceptar por la honra de Dios cualquier ignominia y deshonra.

XXII. Otra fué el tiempo que él escogió para la pasión, que fué cuando todo el reino había acudido á celebrar la Pascua del cordero en esta ciudad de Hierusalem, porque no se podía celebrar fuera della: donde era infinita la gente que allí se ajuntaba, para que así fuese más pública la vergüenza é ignominia de su pasión, mayormente habiendo precedido aquel solemne recebimiento del domingo pasado con los ramos, porque materia es de gran sentimiento caer súbitamente de tan grande gloria en tan grande ignominia, y que los que en un lugar daban voces diciendo: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor, en otro dijesen: Muera, muera, como grande engañador.

XXIII. Otra fué crucificarlo en compañía de ladrones infames, y él en medio, como príncipe y capitán dellos.

XXIV. Otra fué que estando el Salvador penando con el tormento de la cruz y de los azotes pasados, no quedasen aún contentos sus enemigos, sino que demás desto le acrescentasen los dolores con vituperios y escarnios, porque unos decían: Ah, que destruyes el templo de Dios, y en tres días lo vuelves á reedificar. Otros decían: Á otros hizo salvos, y á sí no puede salvar. Si es rey de Israel, descienda de la cruz, y creeremos en él.

XXV. Otra crueldad fué que estando el Salvador con grandísima sed, por estar desequido con la mucha sangre que había derramado, y quejándose de la sed, no hubiese quién diese una gota de agua á quien la pedía muriendo, ni su bendita madre se la pudiese dar, sino que en lugar de agua le diesen vinagre.

XXVI. Otra fué no menos dolorosa que todas las pasadas, que fué ver él á su inocentísima madre presente, la cual sabía él que su ánima estaba consigo crucificada y traspasada con sus clavos y espinas, mayormente oyendo con sus oídos las martilladas con que le hincaban los clavos en pies y manos, y viendo con sus ojos los arroyos de sangre que dellas corrían. Porque si no es de corazón de madre ver un hijo morir con su honra y en su cama, ¿cuál sería el corazón desta inocente madre, ver morir al hijo, y tal hijo, en una cruz con tan grande grita é ignominia?

Esto, que con palabras no se puede explicar, quede para la devota consideración del que este misterio contempla.

XXVII. Sobre todos estos dolores de su cuerpo hay otros sin comparación mayores, que fueron los de su ánima: entre los cuales el primero era un intensísimo dolor por los pecados cometidos contra Dios en todos los tiempos pasados, presentes y venideros, por cuya satisfacción padescía. Porque como él conoscía tan claramente la alteza de la Majestad ofendida, así tenía un incomprehensible dolor por la indignidad destas ofensas, la cual no conosce sino quien conosce la alteza desta Majestad.

XXVIII. Otro dolor era el desconoscimiento de los hombres, muchos de los cuales por su negligencia no habían de querer aprovecharse deste tan grande y tan costoso remedio, que él les había ganado con su sangre.

XXIX. Otro dolor era la ceguedad y perdición de aquel miserable pueblo, y el pecado, que tan caro les había de costar así en esta vida como en la otra. Lo cual sintió en tanto grado, que la primera palabra que habló en la cruz, antes aún que consolase á su bendita madre, fué hacer oración por él, diciendo: Padre, perdona á éstos, que no entienden lo que hacen.

XXX. Asimismo sentía el desagradescimiento de aquel pueblo, que habiendo recebido tan grandes beneficios en la cura de los enfermos y endemoniados, y visto tantos milagros, y oído tan excelente doctrina, acompañada con tan maravillosos ejemplos de su vida sanctísima, le pagaron todo esto con procurarle la muerte, que es aquello de que el mismo Señor se queja en el Psalmo diciendo (1): Diéronme males por bienes, y odio por el amor que yo les tenía.

Pues por todas estas cosas juntas, que aquí habemos referido, concluyen los doctores lo que al principio propusimos: esto es, que los dolores de la pasión del Salvador sobrepujan á cuantos se han padescido en este mundo después que Dios lo crió.

Y la causa desto fué la grandeza de la caridad del Salvador, el cual pretendía con los dolores de su pasión satisfacer á las ofensas cometidas contra la divina Majestad, y remediar al hombre. Por esto quiso que fuesen gravísimos los dolores de su pa-

(1) Psalm. 108.

sión, porque así fuese más perfecta esta satisfacción, y más copiosa nuestra redempción.

Tiene pues aquí el deseoso de meditar este soberano misterio de la sagrada pasión treinta pasos dolorosos, que son como otras tantas estaciones que andar, procediendo por esta orden, y deteniéndose en cada uno destos lugares cuanto su devoción le sirviere, no para que sea necesario correr por todos, sino por solos aquéllos que bastaren para cebar y sustentar su devoción, deteniéndose en aquél en que más miel y devoción ó compasión hallare. Y la comodidad que se sigue de ser tantos estos pasos, y tan dolorosos, es que si no hallare devoción en uno, hallarla ha en otro ó en otros. Porque harto duro será el corazón que entre tantos pasos dolorosos en ninguno sienta compunción ó devoción.

Mas acerca desto es de notar que en esta piadosa meditación no sólo habemos de procurar compasión de los dolores del Salvador, sino también habemos de despertarnos á amar á quien tanto nos amó, y dar gracias á quien tan grande beneficio nos hizo, y por tan caro precio nos compró, y trabajar por imitar algo de las virtudes que en este misterio más que en otra parte resplandescen, como luego declararemos. Y sobre todo, aviso que tener cualquiera de estos afectos y sentimientos es un especialísimo don de nuestro Señor. Y por tanto, le habemos de suplicar que por reverencia de aquella grande bondad y caridad que á padescer todo esto le movió, nos haga otra merced, que es, darnos el sentimiento dello, sin el cual el remedio suyo se convertiría en daño nuestro. Y así reconoscamos lo que el Apóstol dice, que no somos suficientes para pensar una cosa buena con nuestras habilidades y suficiencia, sino que toda ella nos ha de venir de Dios (1). Y al cabo de nuestro ejercicio habemos de pedir al Padre Eterno por todos los dolores de su bendito Hijo todas las virtudes de que tenemos mayor deseo ó mayor necesidad, fundando nuestra oración y confianza en aquellas dulcísimas palabras del Salvador, que dicen (2): En verdad, en verdad os digo que cualquiera cosa que pidiéredes al Padre en mi nombre, os será otorgada. Como si dijera: Es tan grande el amor y respecto que mi Padre me tiene, y el deseo de honrarme, que ninguna cosa

(1) II Cor. 3. (2) Joan. 14.

le pediréis por amor de mí, que no os la conceda. Y por esto este aviso habemos de tener en todas nuestras peticiones, que siempre pidamos lo que pedimos, por él.

Aviso para este sancto ejercicio.

Uno de los principales avisos que han de tener los que tienen por ejercicio meditar los pasos dolorosos de la sagrada pasión, es que juntamente con la consideración de lo que el Señor padesce, levanten los ojos á considerar estas dos circunstancias, conviene saber, la alteza de aquella soberana Majestad que lo padesce, y la causa por qué lo padece. Porque cuando el ánima religiosa se levanta á considerar esta alteza del soberano Hijo de Dios y Señor de todo lo criado, ante cuyo acatamiento tiemblan los poderes y columnas del cielo, cuando de aquí se abate á considerar estas bajezas tan extrañas, acaéscele lo que á un hombre que está en una torre altísima, y se pone dende allí á mirar una gran profundidad que está debajo, porque con esto viene á estremecerse todo y desfallecer. Y esto mismo acaesce al ánima devota en este paso, quedando atónita y espantada de este tan extraño abatimiento del Señor de la majestad.

Mas cuando después desto considera la causa que á toda esta tempestad de trabajos movió al Salvador, y ve que no fué algún interese nuevo que de aquí se le siguiese (pues *ab æterno* estuvo tan glorioso y tan rico como agora está) sino sola su bondad y un deseo encendidísimo de remediarnos por este medio, de que tantos bienes se nos seguían, suele, cuando esto considera, totalmente desfallescer el espíritu, y queda como alienado y fuera de sí con el espanto de una tan extraña bondad y caridad.

Mas no se ha de contentar el hombre con el fructo desta admiración, sino entremeta también aquí el de la imitación de las virtudes del Salvador (como arriba dijimos) cuales fueron su caridad encendidísima, su humildad profundísima, su altísima obediencia, y su perfectísima paciencia y mansedumbre, y la aspereza y pobreza de su vida, pues cuando padesció, no tuvo otra cama sino el madero de la cruz, ni otra almohada sino la corona de espinas, ni otra ropa sino desnudez, ni otra mesa sino hiel y vinagre. Estas y otras semejantes virtudes nos propone el Salva-

dor en su sagrada pasión, para que nos esforcemos á imitar algo de lo que según nuestra flaqueza pudiéremos, porque éste es el principal fructo que se ha de sacar de este ejercicio. En lo cual se engañan muchos, que todo su intento es derramar algunas lágrimas de compasión, viendo lo que el Señor padesce, y si después les tocan en alguna cosa que duela, ó los obligan á alguna obra dificultosa ó trabajosa, están tan flacos en esta parte como si nada hubiesen pensado.

Sepan pues éstos, y sepan todos, que una de las principales causas que movió al Salvador á redemirnos por este medio de trabajos (pudiendo con una sola gota de sangre, y aun sin ella, remediarnos) fué por animarnos con su ejemplo á abrazar los trabajos por su amor. Porque vió él que la vida cristiana, guardada conforme á la doctrina del Evangelio, es una perpetua cruz, y vió que todas las virtudes están vestidas y cercadas de dificultades y trabajos, y vió también que ninguna cosa nos podía más mover al amor dellos, que su ejemplo: y viendo cómo él en su propria naturaleza no los podía padescer, llegó este su deseo y caridad á tan grande extremo, que juntó consigo una naturaleza pasible, y esto con tan grande unión y liga, que todo lo que según aquella naturaleza padesce, se diga que lo padesce él. Pues de este ejemplo procedió aquella incomparable fortaleza y constancia de los mártires, y la soledad y abstinencia de los monjes, y la pobreza y aspereza de vida de todas las religiones y religiosos, y la pureza de todos aquéllos que en todo género de estados sirven á Dios con la mortificación de sus pasiones y proprias voluntades, para que como el Apóstol dice (1), padesciendo con Cristo, reinemos juntamente con él en todos los siglos de los siglos. Amén.

Mas esta misma orden con mucha mayor razón convenía que se guardase en la obra de nuestra reparación, para que por la vía que entró el pecado en el mundo, entrase también el remedio, y así como un hombre fué causa de todos nuestros males, así otro lo fuese de todos nuestros bienes, para que el mal que entró en el mundo por la desobediencia y soberbia de uno, se remediase por la obediencia y humildad de otro, como en otras partes está ya declarado. Esta tan esencial conveniencia nos declara el Após-

(1) Rom. 8.

tol en la Epístola escrita á los Romanos (1), por la cual veremos cómo aquel Señor, que es autor de las obras de naturaleza y de la gracia, guarda la misma orden y proporción en las unas que en las otras, como dijimos.

Síguense seis preguntas que contienen la suma de cuanto en este postrer capítulo está dicho.

CONCLUÍDA esta materia, me paresció añadir aquí brevemente seis preguntas, que comprehenden la suma de todo lo que que hasta aquí está dicho, y prueban eficacísimamente la verdad de nuestros misterios.

Pues ante todas las cosas pregunto agora que si este soberano Señor (que todas sus obras ordena para manifestación de sus perfecciones y de su gloria) quisiese hacer una obra en la cual nos manifestase la grandeza destas sus perfecciones, conviene saber, la grandeza de su bondad, de su caridad, de su benignidad, de su providencia, de su misericordia y de su justicia, ¿qué obra pudiera hacer en que más estas perfecciones suyas se declararan, que en hacerse hombre, y morir en cruz por remedio de los hombres: esto es, por los grandes bienes que de aquí se siguieron para la sanctificación y redempción de los hombres, como arriba queda declarado?

Cónstanos también que la suma de toda la vida cristiana consiste en apartarnos del mal y hacer bien, que es, aborrecer los vicios y abrazar las virtudes (2). Pregunto pues: ¿Qué pudiera nuestro Señor hacer con toda su sabiduría para declarar el aborrecimiento que tiene á los vicios y amor á las virtudes, que bajar del cielo á la tierra, y hacerse hombre, y morir en cruz, para inducirnos al aborrescimiento de lo uno y amor á lo otro?

Cónstanos también que el fin y la suma de toda la ley cristiana y de todos los mandamientos y consejos evangélicos es el amor de Dios. Pregunto pues: ¿Qué pudiera hacer nuestro Señor con toda su sabiduría para encender en nuestros corazones su amor, que hacerse hombre y morir por nuestro amor? Por-

(1) Rom. 5. (2) Ad Tit. 2.

que por esto dijo él que venía á poner fuego en la tierra, porque tales obras hizo, y tales muestras de su amor nos dió, que basten para abrasar todós los corazones de los hombres en su amor.

Cónstanos también que la raíz y fundamento de todas las virtudes (después de la fe) es la humildad. Pregunto pues: ¿Qué más pudiera hacer este Señor para inducirnos al amor de esta virtud, que hacerse hombre, y nascer en un establo, y morir en cruz? Lo cual hizo por dejarnos un eficacísimo ejemplo y motivo de esta virtud, como la Iglesia lo canta en la oración del Domingo de Ramos.

Cónstanos también que el instrumento general para alcanzar todas las virtudes es la paciencia y el amor de los trabajos, por estar todas las virtudes vestidas de dificultad y trabajo, el cual se vence con la paciencia y amor de esos trabajos. Por lo cual dice el Salvador que los justos dan su fructo en paciencia Y Prudencio dice que todas las virtudes están como viudas, si les falta el esfuerzo y el socorro de la paciencia. Siendo esto así, ¿qué pudiera hacer nuestro Señor para hacernos amadores de esta virtud, sino padescer él los mayores trabajos y dolores que jamás en el mundo se padescieron? Y pudiéndonos redemir con una sola gota de su sangre, quiso derramar cuanta tenía, por esta causa.

Cónstanos también que como el Profeta dice (1), falta de consideración es causa de todos nuestros males, y por consiguiente el ejercicio y uso de ella lo será de nuestros bienes. Pregunto pues: ¿Qué materia de consideración nos pudiera proponer el Salvador más alta para los sabios, y más fácil para los simples, y más eficaz para movernos á devoción y compunción é imitación de sus virtudes, que la sagrada pasión? Y sobre todo esto, ¿qué cosa había que más nos pudiese levantar, y que más nos abriera camino para el conoscimiento de las perfecciones divinas (que aquí y en todas las obras criadas resplandescen) que ella?

(1) Hier. 12.

MEDITACIÓN PRIMERA

de la triunfante resurrección del Salvador, en la cual se trata de la alegría de los sanctos padres del limbo, y de cómo el demonio fué este día vencido y saqueado.

Después del día de la resurrección general de los justos (en el cual recibirán cumplido galardón de sus trabajos) ningún día ha habido en el mundo de mayor y más general alegría que éste de la resurrección de Cristo. Porque ninguna persona hay en el mundo á quien no cupiese parte desta alegría. Hoy se alegran los ángeles y los hombres, los vivos y los muertos, los cielos y la tierra, y hasta al mismo infierno cupo parte desta alegría. Porque este día por virtud de la resurrección de Cristo se abre el infierno, y se renueva el mundo, y se nos descubre camino para el cielo, y el infierno abierto suelta los muertos, y el mundo renovado recibe los vivos, y el cielo descubierto aposenta los resuscitados. Ninguno pues se tenga por extraño desta fiesta, ninguno por pecador que sea, se tenga por excluído desta general alegría. Porque como dice Máximo, la resurrección de Cristo á los muertos es vida, á los sanctos gloria, y á los pecadores perdón y misericordia. Porque si por virtud deste misterio entra hoy el ladrón en el paraíso, ¿por qué desconfiará del perdón el cristiano? Y si de aquél tuvo el Señor misericordia, cuando moría, ¿por qué no la tendrá déste, cuando resuscita? Y si la humildad de la pasión tanto dió al que la confesaba, ¿cuánto dará la gloria de la resurrección á quien la honra? Porque más aparejada suele estar para hacer mercedes la alegre victoria que la triste captividad.

Por aquí pues parece que este día resuscitando Cristo, no sólo resuscitó con él nuestra justicia y nuestra vida, sino también nuestra esperanza y alegría. Y así podemos ya muy bien decir todos con el Profeta: Mi corazón y mi carne se alegraron en Dios vivo. Antes se habían entrestecido en Dios muerto, mas agora se alegraron contemplándolo resuscitado. Y siendo esto así, muy triste y muy escuro ha de estar el corazón (si ya no estuviere muerto)

si no resuscitare este día, sintiendo dentro de sí nuevos rayos y resplandores de alegría.

Pues como en este día haya muchas estaciones que andar en compañía de Cristo, señaladamente se nos ofrece aquí la primera jornada que este Señor hizo al limbo á visitar y rescatar aquellos sanctos padres que en aquel lugar tanto tiempo estaban detenidos esperando este día. Por dónde, acabando el Salvador de expirar en la cruz, su ánima sanctísima uñida al Verbo Divino descendió á aquellas cuevas del limbo á visitar los sanctos que vivieron en su temor, y morieron con su esperanza, los cuales no podían entrar en la gloria hasta que por la muerte de Cristo fuese pagada la común deuda del género humano. Esto nos figuraba aquella misteriosa orden que Dios tenía dada en el Testamento viejo para remedio de los delincuentes, señalando lugares á donde huyesen: en los cuales los mandaba estar hasta que moriese el Sumo Sacerdote que por tiempo fuese, por cuya muerte quedaban ellos absueltos y libres de aquel destierro, y restituídos en su antigua patria y libertad. Pues ¿con qué imagen se pudiera más al vivo representar el remedio y la libertad que nos vino por la muerte de Cristo, sumo pontífice y eterno sacerdote del mundo? Todos pecamos en Adam, porque todos estábamos en él como miembros en su cabeza y como ramas en su raíz, y así, por natural consecuencia y orden de la divina justicia, la dolencia del padre pasó á los hijos, y el vicio de la raíz se extendió por las ramas, y el mal de la cabeza alcanzó á los miembros. Pues por esta causa fuimos todos desterrados del paraíso, que es la común patria para que todos fuimos criados. Mas este destierro se había de acabar con la muerte del sumo sacerdote Cristo, el cual ofreció á sí mismo en sacrificio por la deuda común del género humano, y así con la muerte que él no debía, pagó la que todos debíamos, pues no era razón que él moriese de balde. Y satisfecha desta manera la deuda, acabóse nuestro destierro, y así fuimos por él restituídos á nuestra patria. Ésta es pues la muerte del Sumo Sacerdote, por la cual esperaban todos los padres que en el limbo estaban detenidos, con la cual fueron libertados, aunque quiso el mismo libertador por la grandeza de su caridad ir en persona á darles estas buenas nuevas, alegrándolos con su presencia y sacándolos de aquel captiverio por su persona. Dónde se nos representan grandes ejemplos de virtudes en

esta obra. Porque por aquí primeramente se ve cuán hasta al cabo llevó el Señor este negocio de nuestra salvación, de que se había encargado, pues no contento con haber echado tantos caminos por él, como fué del cielo á la tierra, y de la tierra á la cruz, y de la cruz al sepulcro, y pagado con esto tan perfectamente todas nuestras deudas, no paró hasta descendir al más bajo lugar del mundo, que es el infierno, á saquear allí el demonio y triunfar de nuestro adversario, y á visitar los suyos y sacarlos de allí con su poderosa mano, y no parar hasta subirlos consigo al cielo, llevando todas las cosas de cabo á cabo con tanta fortaleza, y disponiéndolas con tanta suavidad.

Dónde también nos enseñó que los negocios de la honra de Dios y de la salvación de las ánimas debemos estimar en tanto, que por bajos que sean, no los habemos de fiar de nadie, ni hacerlos por manos de terceros y vicarios, sino ejecutarlos por nosotros mismos, aunque seamos príncipes y reyes de la tierra, pues en hecho de verdad servir á Dios es reinar.

Aquí también nos dió ejemplo de inestimable humildad, pues siendo él verdadero Dios y Señor de todo lo criado, siendo él la honra, la riqueza, y la hermosura, y el resplandor de la gloria del Padre, estando él asentado sobre los querubines, y teniendo debajo de sus pies toda esta tan grande máquina del mundo, no se desdeñó de bajar al más profundo, más escuro y más bajo lugar del mundo por amor de sus escogidos. Porque aunque él no descendió allí como pecador, sino como triunfador, todavía fué obra de inestimable humildad querer descendir en su propria ánima á lugar tan feo y tan desterrado del cielo, á visitar él por sí á los suyos, y darles él mismo la nueva de su rescate.

Aquí también nos dió evidente muestra de aquella tan encendida sed y amor que tiene de la salud de las ánimas, pues de tan alto á tan bajo lugar se abatió aquella águila real, donde vió que había ánimas en qué poder cebarse. Porque así como el amor excesivo del dinero hizo á los hombres cavar hasta las entrañas de la tierra (como dice el Poeta) para sacar de allí las riquezas que la naturaleza había soterrado y puesto par de las sombras del infierno, así el amor encendidísimo que este dulcísimo Señor tiene á las ánimas, le hizo descendir hasta las más bajas partes de la tierra á buscar este tan precioso tesoro que el príncipe de las tinieblas le había usurpado.

Del alegría de los sanctos padres del limbo.

§ I

Mas entre otras cosas muy dulces que se pueden considerar en esta descendida del Señor, una de las principales es el alegría que aquellos sanctos padres recibieron con su presencia: para que por aquí vean los hombres cuán dichosa sea la suerte de los que sirven á Dios, puesto caso que esto no se pueda explicar con palabras ni comprehender con nuestros groseros entendimientos. Mas todavía por algunas conjecturas podremos barruntar algo de la grandeza desta alegría. Entre las cuales la primera es considerar la distancia de los extremos y estados destos sanctos, que es, de dónde á dónde fueron traspasados en un momento, de cuán grandes miserias á cuán grande felicidad, de cuán tristes tinieblas á cuán grande luz, de cuán miserable destierro á cuán dulce patria, de qué captiverio á qué libertad, de cuán escura noche á cuán claro día de la eternidad. Porque si sólo salir de aquellas tinieblas fuera grandísima alegría, ¿que sería salir dellas, y salir para tan grande luz, tan grande gloria y tan grande felicidad? No se ofrescen acá en la tierra ejemplos de cosas semejantes con que poderlas explicar, porque como todo lo desta vida es poco, no viene á propósito de compararse con las cosas de la otra, que son sin comparación mayores. Todavía leemos en las Vidas de los Emperadores que fueron una vez los romanos á hacer emperador á un hombre de baja suerte, aunque valeroso por su persona. Y teniendo él por cierto que lo iban á matar, por razones y conjecturas que para eso tenía, y teniendo ya tragada la muerte, y pidiendo que se la diesen y acabasen ya, ellos le certificaron que le venían á hacer emperador: y así lo hicieron. Pues en este caso ¿qué tan grande sería el alegría deste hombre con esta tan extraña mudanza como era pasar de la muerte (que es lo último de las cosas terribles) á la monarquía del Imperio Romano, que era la última fortuna á que un hombre en este mundo puede llegar? Pues siendo esto así, ¿qué tan grande sería la alegría que recibirían estos bienaventurados padres, pasando de un estado tan bajo á otro tan alto,

que comparadas con él todas las monarquías del mundo, es comparar un punto con todo el cerco del cielo?

Otra conjectura aun tenemos desta alegría, que es la grandeza del deseo con que estos sanctos desearon este día. Porque cuanto el deseo es más antiguo y de cosa más excelente, tanto suele ser mayor, porque éstas son como dos espuelas que avivan los deseos. De lo uno dice el Sabio que la esperanza que se dilata, aflige el ánima, y de lo otro dice S. Gregorio que los sanctos deseos crecen con la dilación. Pues siendo esto así, ¿qué tanto habrían crecido estos tan sanctos deseos con la dilación de tantos años? Porque si un río de agua, por pequeño que sea, si le hacéis una gran represa y detenéis el agua por muchos días, cuando después se suelta la represa, sale con tan grande ímpetu, ¿qué harían los deseos represados y detenidos por espacio de tantos mil años? Porque ánimas había allí que habían esperado dos mil años por este día, y otras tres mil, y otras cuatro y cinco mil, dende el principio del mundo. Pues ¿cuál sería el deseo represado y la esperanza dilatada por tantos años? Porque si á un enfermo que está una noche de invierno con un dolor agudo, ó con una recia calentura, dando vuelcos en la cama sin reposar, se le hace la noche un año, deseando que amanezca el día y que éntre un rayo de luz por la ventana, que tan poca parte ha de ser para curar su dolencia, si tan breve espacio paresce tan largo, y tan pequeño remedio se desea tanto, ¿qué sentirían los que á cabo de tantos años padecían las tinieblas de aquella noche tan prolija, y deseaban un tan gran remedio como era la venida de Cristo? No se puede esto explicar con palabras. Pues si el deseo por todas estas razones era tan grande, ¿cuál sería el gozo de ver este deseo ya cumplido, pues no es otra cosa gozo sino cumplimiento del deseo, ni es otra cosa deseo sino un movimiento de nuestro corazón, que tiene por término el bien deseado, en el cual reposa y descansa? Con esto se junta el alegría que estos sanctos recibirían de ver el cumplimiento de las palabras de Dios y la fidelidad de sus promesas, considerando cómo á cabo de tantos mil años en fin cumple Dios fielmente lo que á sus siervos tenía prometido, y cómo era verdad lo que el Profeta dijo (1): El aparecerá en el fin, y no mentirá, y si tardare, espérale, porque él vendrá, y no tardará. Lue-

(1) Habac. 2.

go al principio del mundo, apenas era acabado el pecado, cuando este Señor prometió el remedio. Y aunque se dilató por tantos años, todavía cumplió él fidelísimamente lo que había prometido, y envió remedio á aquéllos que con entera fe y confianza habían esperado, y con esta virtud partieron deste siglo, como lo muestra el sancto patriarca Jacob, que acabó la vida con estas palabras: Tu salud esperaré, Señor (1). Estaba Daniel en Babilonia dentro del lago de los leones, adonde la envidia de los malos le tenía puesto, y con estar los leones hambrientos (porque no les daban de comer, por que despachasen más presto el sancto Profeta) con todo esto las bestias hambrientas, teniendo el manjar delante, estuvieron ayunas, y contra su natural fiereza usaron de misericordia, y tuvieron mayor acatamiento al cuerpo sancto las bestias brutas que las criaturas racionales, dando en esto á entender que no hizo al hombre subjecto á las bestias la naturaleza, sino la culpa. Pues estando así el sancto Profeta ayuno entre las bestias ayunas (á las cuales dice S. Basilio que con el ejemplo de su ayuno enseñaba ayunar) acordóse Dios de su fiel siervo, que entre las gargantas de los leones no había perdido su esperanza, y envió un ángel á que trajese á Habacuc por un cabello de su cabeza dende Judea hasta Caldea, con la comida que llevaba á unos segadores. El cual, puesto sobre el lago de los leones, dijo: Daniel, siervo de Dios, toma la comida que te envía Dios (2). Entonces el sancto Profeta, enternecido y regalado su corazón con este maravilloso cuidado y providencia paternal de Dios, dijo estas palabras: Acordástete de mí, Señor Dios mío, y no desamparaste á los que esperan en ti. Nadie podrá aquí explicar con qué lágrimas, con qué afecto, con qué devoción y regalo de corazón diría el Profeta estas palabras, viendo en esta obra como en un clarísimo espejo las entrañas de misericordia y bondad de Dios para con los suyos, y la providencia y paternal cuidado que tiene dellos. Pues si tal estaría con esta visitación el ánima de este Profeta, ¿cuáles estarían las de estos bienaventurados, viéndose tan maravillosamente visitados, no por ángeles sino por el mismo Señor de los ángeles, y librados, no del lago de los leones sino del lago del infierno, trayéndoles de comer, no manjar de segadores, sino pan de ángeles? Pues lo que va aquí de

(1) Genes. 49. (2) Dan. 20.

beneficio á beneficio, eso va de alegría á alegría y de devoción é devoción.

Y aun creció mucho más esta alegría considerando el medio tan piadoso y tan admirable por donde aquel Señor los quiso remediar, que fué subjectándose á una tan cruel y deshonrada muerte por dar á ellos una tan gloriosa y bienaventurada vida, y bebiendo el cáliz de la pasión por dar á beber á ellos el cáliz de los deleites eternos, pudiendo él remediarlos con mucho menor trabajo. Y reconociendo en esto las entrañas de la infinita bondad y caridad de Dios, ¡cuán de verdad dirían aquellas palabras que canta la Iglesia: ¡Oh inefable caridad y amor de Dios, que por redemir al siervo entregaste á la muerte el Hijo! Dónde se les ofrecería luego el misterio de aquella ley de Dios que ordenando las ceremonias con que se había de comer el cordero pascual, una dellas fué que no le quebrasen los huesos (1). Porque ¿qué cordero pascual es éste, sino aquel inocentísimo y mansísimo Señor, por cuyo sacrificio fuimos todos librados de las tinieblas y captiverio del verdadero Egipto, que es, del mundo, del demonio y del pecado? Y ¿cuáles son los huesos ó miembros místicos deste Cordero, sino todos los fieles, por quien él padeció? Pues ¿qué mayor piedad que dar el Señor licencia para que matasen y despedazasen y comiesen este cordero, y hiciesen dél lo que quisiesen, con tal que perdonasen á los huesos y no tocasen en ellos? Como si más claramente dijera: Al Hijo sí, al siervo no, al Hijo sacrificad, crucificad y despedazad, mas á los siervos no toquéis ni les hagáis mal alguno, pues él paga por ellos: que es lo mismo que el Señor dijo la noche de su pasión á los que le venían á prender (2): Yo soy á quien buscáis: si á mí queréis, dejad á éstos ir. Pues cuando estos sanctos, llenos de Espíritu Sancto, penetrasen con la luz que tenían, la grandeza desta caridad y misericordia, y viesen cuánto bien les había venido á costa de aquel Señor, ¿qué sentirían sus ánimas? ¿Qué gracias, qué alabanzas darían á Dios?

Sobre todos estos motivos de alegría, que sobraban para cualquier materia de gozo, hubo aún otro sin comparación mayor, que fué la visión clara de la esencia divina, que luego en aquel lugar les fué mostrada en su misma hermosura, donde en el mis-

(1) Num. 9. (2) Joan. 18.

mo infierno tuvieron el paraíso, y en él todos cuantos bienes la voluntad humana puede desear. Porque así como no hay en el cielo ni en la tierra mayor bien que Dios, así no hay mayor gozo que poseer y ver á Dios. Pues dime agora, si se puede decir, concurriendo aquí tantas y tan grandes causas de alegría como eran la mudanza de un extremo á otro tan distante, la antigüedad y grandeza deste deseo, la consideración de la fidelidad y providencia de Dios para con los suyos, y del medio tan misericordioso que buscó para salvarlos, y junto con esto la visión clara del mismo Dios, que es el puerto y fin de todos nuestros deseos, ¿qué tan grande sería el alegría que de tantas y tan poderosas causas procedería? ¿Qué dirían? ¿Qué harían? ¿Con qué amor, con qué suavidad abrazarían aquel soberano Señor, que así los había librado? No hay entendimiento acá en la tierra que pueda llegar á tantear esto como es, y ponerlo en su lugar. La razón es, porque las cosas espirituales y divinas están muy lejos de nosotros, que somos muy groseros y materiales, y junto con esto, nuestra vista es muy corta para este género de cosas, tanto que hasta los mismos filósofos dijeron que los ojos de nuestro entendimiento eran tan ciegos para ver las cosas espirituales y divinas como los ojos de la lechuza para ver la claridad del sol. Pues si estas cosas distan tanto de nuestra vista, y la vista es tan corta, ¿qué se puede seguir de aquí sino parecernos mucho menores de lo que son? Ca por esta causa las estrellas del cielo nos parecen tan pequeñas, porque ellas están muy lejos, y nuestra vista es muy corta: por dónde siendo algunas dellas setenta y ochenta veces mayores que toda la tierra, dende acá nos parecen tan pequeñas como la lumbre de una candela. Pues no menos distan las cosas espirituales y divinas de nosotros, y no es menos corta la vista de nuestro entendimiento: de dónde nace que siendo ellas en su género grandísimas, á nosotros parezcan pequeñas. Y aun ésta es la causa de ser tales cuales somos, porque no sabemos estimar lo que nos va en ser los que debíamos, porque si los hombres entendiesen, no como de lejos sino como de cerca, qué tan grande sea la gloria que Dios tiene aparejada para los suyos, cuán grandes sean las riquezas y la hermosura de Dios, de que los buenos han de gozar, y cuán grandes las obligaciones que le tenemos por razón de sus beneficios, especialmente por el de la redempción, ¿quién habría que tuviese corazón ó manos para ofender á tal Se-

ñor? El remedio deste mal sería (para no engañarnos en el juicio y estima destas cosas) que cuando nos ponemos á tantearlas, desengañásemos al entendimiento con la fe, así como corregimos á los ojos con la razón, cuando ellos juzgan que una estrella es poco mayor que una candela. Pues así conviene que desengañe la fe al entendimiento, y cuando él juzgare las cosas divinas por pequeñas, dígale: Engáñaste, razón, porque sin ninguna comparación son mayores, sino que la distancia dellas y tu muy corta vista te ciega, y por tanto no son tales cuales tú juzgas, sino cuales la fe y las palabras de Dios te dicen que son. Por lo cual esta alegría de los sanctos, de que aquí habemos tratado, sin comparación fué mucho mayor de lo que nuestro entendimiento puede por lo dicho comprehender.

§ II

Y si esto no alcanzamos, mucho menos alcanzaremos lo que pasaría en aquellas ánimas bienaventuradas, y las palabras que dirían á su Redemptor. A lo menos es cierto que no dejarían de tener por bien empleados todos los trabajos pasados y tan largas esperanzas, por sólo gozar una hora de aquella tan grande alegría. Y así parece que dirían: Redemptor y Señor nuestro, aquí habemos estado muchas ánimas esperando por vuestra venida por tantos millares de años como vos sabéis, detenidas en esta carcelería. Y demás desto en el mundo pasamos muchas persecuciones y contradiciones de los malos por vuestro servicio. Aquí hallaréis muchas ánimas, cuyos cuerpos fueron unos apedreados, otros aserrados, otros atravesados con barras de hierro, otros por muchos años encarcelados, y otros que anduvieron desterrados por las soledades y desiertos, pobres, angustiados, y afligidos, y perseguidos del mundo. Mas todo cuanto en el otro mundo padecimos, y cuanto aquí habemos esperado, damos por muy bien empleado por sola esta hora y alegría de vuestra presencia. Y si vos, Señor, fuérades contento que tornemos á estar aqui hasta el día del juicio, todo lo tendremos por bien empleado por esta sola hora. Bendito seáis vos, Señor, que asi nos visitastes, y benditos todos los trabajos, dolores y persecuciones que en el mundo padecimos por vos, pues tanto bien nos acarrearon, y

benditos todos aquéllos que os aman y hacen vuestra voluntad, pues tanto bien les está guardado.

Es cierto que todo esto y mucho más sentirían y dirían aquellas bienaventuradas ánimas, para que por aquí veas, cristiano, qué bienes te están aparejados, y qué pierdes por no ponerte á un pequeño y momentáneo trabajo por tan grande galardón. Los trabajos destos sanctos, cualesquiera que fuesen, ya pasaron, mas no pasará su descanso, sino para siempre durará. Pues ¿quién no tendrá por dichosa esta suerte? ¿Quién no se tuviera por bienaventurado en ser desta compañía? Mas no desmayes tú agora, si fueres el que debes, porque mucho más aventajada es la suerte que te cabe, porque tu trabajo será menor, por ser mayor la gracia que agora se nos da, y el galardón más cercano, pues ya están abiertas las puertas del paraíso, de manera que saliendo dese cuerpo, luego en ese punto puedes ser bienaventurado, si no tuvieres que satisfacer en el purgatorio. Porque ya se rasgó el velo del templo (1), y se descubrió la gloria del santuario, y se quitó el querubín que guardaba las puertas del paraíso con la espada que tenía en la mano, porque los filos del espada se embotaron en el cuerpo de Cristo, y el fuego se apagó con el agua de su precioso costado,

Sale pues el noble triunfador del infierno con aquella presa gloriosa. Mas aquí es de notar que este tan rico despojo no lo alcanzó el Salvador por sola fuerza de armas, sino también por título de justicia. Porque por haber el príncipe del infierno injustamente procurado la muerte del Salvador (sobre quien él no tenía poder, porque no tenía pecado) justamente mereció perder lo que injustamente había tiranizado. De suerte que la misma orden de justicia que hubo en desposeer al primer hombre del paraíso, hubo en desposeer al demonio de lo que tenía usurpado. Porque al primer hombre fué concedido que comiese de todos los árboles del paraíso, excepto uno que le fué vedado (2). Mas él no contento con tan larga licencia, puso también las manos en éste que le era prohibido, por lo cual perdió todos los demás que le eran dados. Pues desta manera permitió Dios al demonio como á su verdugo y carcelero que prendiese á todos los hijos de Adán por el tributo del pecado: mas si alguno caresciese dél, no

(1) Marc. 15. (2) Gen. 2.

tenía el demonio jurisdicción sobre él. Y porque él urdió la muerte al Salvador, que estaba libre de pecado, justamente fué desposeído de todo lo que tenía en su reino tiranizado.

Y no sólo lo despojó, mas también lo desarmó y enflaquesció por la misma culpa. Porque como elegantemente dice Eusebio Emiseno, esta bestia fiera llegó á tragar el ánima de Cristo, cuando expiró en la cruz, para llevarle á su reino, como llevaba á las otras. Mas dió el bocado en tal parte, que le quedaron los dientes hincados en él, y así ya no tiene dientes ni armas con que pelear, porque en Cristo y por Cristo las perdió. Y así no pelea agora sino con los labios desarmados y con el silbo de sus palabras, solicitándonos á pecar con sus malos consejos y sugestiones: á las cuales fácilmente puede el hombre resistir con la gracia de Cristo. Por aquí pues parece cuán mal librado quedó el demonio desta cabalgada, porque por una parte fué despojado y saqueado de todos los tesoros que en su reino tenía dende el principio del mundo ayuntados (que eran las ánimas de todos aquellos sanctos) y por otra quedó enflaquecido y desarmado, y por el contrario el Salvador después de la humildad de la cruz fué glorificado y ensalzado. Esto nos representa muy al vivo la caída de Amán y la gloria de Mardoqueo, á quien el perverso Amán, privado del rey Asuero y la segunda persona en todo su reino, tenía aparejada una horca para ponerlo en ella, y después destruir á toda su generación. Y estando las cosas en este estado, rodeó Dios los negocios de tal manera que la maldad que tenía tramada Amán, cayese sobre su cabeza, y la suerte y caída de Mardoqueo se mudase en nueva gloria (1). Porque el Amán fué puesto en aquella horca, y Mardoqueo sucedió en la privanza y gloria de Amán. Esto mismo pues obró el Salvador del mundo en este día, pues el príncipe de las tinieblas, que le procuró la muerte, fué por él aquí vencido y despojado de sus tesoros, y el Salvador fué glorificado y ensalzado, y los prisioneros que el tirano tenía, le fueron tomados y colocados en el reino del cielo, que él por su soberbia había perdido. Éstas son las obras y las maravillas y consejos de la justicia y providencia divina.

Desta manera pues sale este Señor victorioso de la muerte, saqueado el infierno y debilitado nuestro adversario, y de ahí

(1) Esther. 7.

hace otro camino para el sepulcro, donde su sacratísimo cuerpo le estaba esperando, y donde triunfando de la muerte, resuscitó vivo como estaba de antes. Cuya resurrección nos representa la vara de Moisén, que cayendo en la tierra, se hizo serpiente (1), mas no perseveró en aquella figura, porque luego tornó á la que tenía de antes. Así Cristo, que es la vara real de la virtud de Dios, caído en tierra, tomó imagen de serpiente (que es animal infame y maldito de Dios, cuya imagen tomó por nuestra causa, moriendo con ignominioso título de malhechor) mas no duró mucho en esa imagen, porque al tercer día resuscitó de la muerte, y volvió la vara al ser que tenía antes (2). Y lo que nos representó la vara de Moisén, nos representó también su mano, la cual encerrada en su seno, salió leprosa, y tornándola otra vez al seno, salió sana como estaba de antes. Pues así este Señor, teniendo imagen de leproso, esto es, de pecador (como dice Isaías (3) después salió del sepulcro vivo y limpio como estaba de antes, y con gloria y privilegios de inmortalidad.

MEDITACIÓN SEGUNDA

del mismo misterio de la resurrección del Salvador: en la cual principalmente se trata (entre otros aparescimientos) de cómo apareció á la bienaventurada María Magdalena, según lo refiere el evangelista S. Joan.

Así como todas las criaturas del mundo se entristescieron en el día de la pasión del Salvador, porque el sol se escuresció, y la tierra tembló, y las piedras se partieron, y los sepulcros se abrieron, y el velo del templo se rasgó (4), por ver á su común Señor padescer tan cruel muerte, así por el contrario este día de su resurrección todas las cosas se alegran, por verle resuscitado y glorioso. El cielo se alegra y abre sus puertas de par en par (que hasta allí habían estado cerradas) para recibir dentro de sí hasta los ladrones. El infierno se alegra, porque dél salen hoy libres los prisioneros que el príncipe de aquel lugar tenía captivos en pena del común pecado. La tierra se alegra, porque hoy sale della el fruto alto y precioso de que habla Isaías (5), cuando

(1) Exod. 4. (2) Exod. 2. (3) Isa. 53. (4) Matth. 27. (5) Isai. 4.

della se levanta y resuscita el primogénito de los muertos y el Príncipe de los reyes de la tierra. Pues ¿qué diré de la escuela de Cristo, y de su sacratísima madre, y del Colegio Apostólico, y de todos aquellos sanctos discípulos y piadosas mujeres, á quien tanto lastimó la muerte de Cristo? Porque juntamente con su amado Maestro resuscitó también su esperanza, su vida, su gloria, su apostolado, su justicia y todos los otros bienes y promesas de Cristo. Por dónde así como en el día de la pasión hubo muchas estaciones que andar, siguiendo al Señor en todos sus pasos dolorosos, así en este día hay también muchas que andar, acompañándole en todos sus caminos alegres y gloriosos, como se dijo en la meditación pasada. Porque un camino fué de la cruz al limbo, de que ya tratamos. Otro camino fué al sancto sepulcro, donde aquella ánima sanctísima recibió el sacratísimo cuerpo que allí la esperaba, y del más afeado de todos los cuerpos hizo el más hermoso y resplandeciente de todos ellos. Porque justo era que quien tanto había servido y padecido en aquella jornada, gozase enteramente de los frutos y despojos de la victoria. Otro camino fué del sepulcro á ofrecerse á aquellas sanctas mujeres que venían á buscarle con preciosos ungüentos para ungir su sacratísimo cuerpo, no esperando su resurrección: á las cuales gratificó su devoción con mostrárseles resuscitado, y saludallas dulcemente, y hacerlas predicadoras de la gloria de su resurrección, enviándolas á los discípulos á que les diesen testimonio della. Otro fué á los discípulos que iban al castillo de Emaús, con los cuales se juntó en figura y hábito de peregrino, caminando con ellos todo aquel camino, preguntándoles por la causa de su tristeza, é informándolos con su doctrina, y declarándoles por todas las Escrituras divinas cómo convenía que Cristo padeciese y que así entrase en su gloria. En la cual jornada maravillosamente los enseñó, y alumbró, y consoló, y encendió sus corazones en caridad y amor, y al cabo los confirmó en la fe de su resurrección, abriéndoles los ojos y dándoseles á conocer en el partir del pan. Otro camino fué á visitar á los discípulos que estaban todos, excepto Sancto Tomé, ayuntados y encerrados en una casa por temor de los judíos: adonde entró cerradas las puertas (porque esto es proprio de los cuerpos gloriosos) y mostrándoles las preciosas llagas de sus manos y costado, y entregándoles á palpar su cuerpo, y comiendo en presencia dellos para mayor testimonio de la

verdad, acabó de vencer su incredulidad, y los confirmó en la fe de su resurrección. Otro camino fué á S. Pedro, como refieren los Evangelistas, aunque no declaran cómo. En lo cual nos quiso este Señor dar á entender el respecto y cuidado que tiene de los verdaderos penitentes que con amargura de corazón lavan las máculas de sus pecados, pues no contento con esta general visitación de todos los discípulos, quiso particularmente visitar á éste, y mudar sus lágrimas en alegría con la vista de su presencia y con el perdón de su culpa. Y el mismo cuidado que tuvo el Señor resuscitado, tuvo el ángel que á las sanctas mujeres denunció su resurrección, diciendo: Id, decid á sus discípulos y á Pedro que el Señor irá á Galilea, y que allá lo verán resuscitado.

Entre estas visitaciones la más dulce y devota de contemplar es la que creemos con mucha razón haberse hecho á la sacratísima Virgen nuestra Señora, á quien después del Hijo cupo más parte del cáliz de su pasión. Porque aunque esto no refieran los Evangelistas, mas no hay en ello que dudar. Porque si á todos los otros discípulos y discípulas visitó y apareció este Señor, ¿cómo había de olvidar á su sanctísima madre, que más merecía, que más lo amaba, que más lo deseaba, y que más había sentido los dolores de su pasión y la soledad de su ausencia, mayormente siendo el estilo deste Señor que según la muchedumbre de los dolores que por él padecen los suyos, así sea la de las consolaciones con que los consuela? Y si este Señor, aun estando en la cruz sumido en aquel piélago de tantos dolores, no perdió el cuidado y providencia desta Señora, antes allí la proveyó del mayor consuelo que le podía quedar, encomendándola al mayor amigo que entonces tenía en este mundo, ¿cómo agora, estando triunfante y glorioso, le había de negar esta alegría, con que había su espíritu de resuscitar después de tantas tinieblas? Lo que aquí pasaría entre tal madre y tal hijo, los abrazos y deleites de aquellos bienaventurados corazones, ¿qué pluma los podrá escribir? Porque cuanto las cosas son más altas, tanto más las perdemos de vista y tanto más salen de la jurisdicción y comprehensión de nuestros entendimientos. Ni tampoco es de dudar que muchos de aquellos sanctos Patriarcas que con el Señor resuscitaron, juntamente con él visitasen también la Virgen, y le diesen por una parte el parabién de la resurrección de su Hijo, y por otra las gracias de ser ella la medianera por quien tanto bien les

había venido. Porque pues dicen los Evangelistas que estos sanctos vinieron á la ciudad de Hierusalem, y aparecieron y visitaron á muchos, ¿cómo habían de dejar de visitar y presentarse á esta Señora, que tanta parte fué de su liberación? Cuenta la Escritura divina (1) que después que aquella sancta Judith acabó aquella hazaña tan memorable de cortar la cabeza á Holofernes, y desbaratar con esto todo el poder de los asirios, y libertar su patria, que vino el Sumo Sacerdote de Hierusalem con todos los ancianos de la ciudad á visitar á Judith, y él con todos á una voz le dijeron estas palabras: Tú gloria de Hierusalem, tú alegría de Israel, tú honra de nuestro pueblo, pues tuviste tan esforzado corazón, y heciste una obra tan varonil. Por lo cual serás eternamente bendita. A lo cual todo el pueblo respondió: Amén, amén. Pues si estas alabanzas merece la que cortó la cabeza á Holofernes, ¿qué merecerá aquella famosa mujer de quien al principio del mundo pronunció Dios que quebrantaría la cabeza de la serpiente maldita, porque de sus entrañas saldría quien destruyese la tiranía y potencia del demonio? Y si aquéllos con tanto fervor vinieron de Hierusalem á Betulia por ver una mujer que tal hazaña había obrado, ¿con qué alegría vendrían los sanctos Patriarcas y Profetas á ver aquella estrella de Jacob y aquella vara de Jesé, de quien tantas cosas estaban profetizadas?

Pues todas estas tan alegres estaciones y caminos tiene el ánima religiosa que andar en este día, siguiendo los pasos deste Señor, contemplando la hermosura de su cuerpo glorioso, y viendo la caridad y diligencia con que el buen pastor andaba recogiendo el ganado descarriado, confirmándole en la fe y esperanza de la resurrección con el ejemplo de la suya. Mas porque entre estos aparecimientos el primero, según la historia de los Evangelistas, fué á María Magdalena, de quien el Señor había sacado siete demonios, y con haber sido tan grande pecadora, por su gran fervor y devoción mereció ser la primera que vió al Salvador resuscitado, désta señaladamente trataremos aquí para edificación y doctrina de los verdaderos penitentes y de todos aquéllos que buscan este Señor de todo corazón.

---

(1) Judith 15.

De cómo el Salvador apareció á María Magdalena.

§ I

Mas para entender y gustar más esta sagrada historia, conviene declarar primero la grandeza de la caridad con que esta bienaventurada mujer amaba al Salvador, de la cual hallamos grandes argumentos y motivos en el sancto Evangelio. El primero de los cuales es el testimonio que dió el mismo Salvador defendiéndola del fariseo que la acusaba por pecadora, declarando la grandeza de su caridad, la cual no sólo no impedían los pecados pasados, mas antes ocasionalmente la habían acrescentado. Y esto manifiestamente prueba él diciendo que así como un deudor á quien su acreedor perdonó mayor deuda, suele más amar que aquél á quien le perdonó la menor, así esta sancta pecadora, cuanto más lo había sido, y mayor deuda se le había perdonado, tanto mayor beneficio había recebido y tanto más amaba á su bienhechor. En lo cual se ve cuán gran verdad sea lo que el Apóstol dice, que todas las cosas sirvan para mayor bien á los escogidos de Dios (1), pues aun de los mismos pecados que hicieron, toman motivo para más amar á quien los perdonó. Esto nos representa el temor de los hijos de Israel, cuando vieron á los egipcios entrar armados por el Mar Bermejo en su seguimiento, y así dieron voces á Moisén, quejándose porque los había engañado en sacarlos de Egipto (2): mas después que los vieron ahogados en la mar, el temor se mudó en alegría y en voces de alabanza, y así comenzaron á cantar diciendo: Cantemos al Señor, que magníficamente ha triunfado, pues al caballo y al caballero ahogó en la mar (3). Pues estos egipcios, enemigos del pueblo de Dios, figuras son de nuestros pecados, que son nuestros verdaderos enemigos. Los cuales así como estando vivos, nos persiguen y hacen desmayar, así después de muertos y perdonados, dan á los justos mayor motivo de alabar y amar á quien tanto les perdonó y de tan grandes males los libró. Y cuanto más crecido fué el perdón, tanto es mayor el motivo del amor. Y así dice el

(1) Rom. 8. (2) Exod. 14. (3) Exod. 15.

Salvador que acaesció á esta sancta pecadora, la cual amó mucho, porque le perdonaron mucho (1). Y los indicios deste amor fué aquel tan nuevo servicio y cerimonia nunca vista en el mundo, que fué lavarle los pies con lágrimas, y enjugarlos con sus cabellos, y ungirlos con preciosísimo ungüento, y besarlos tantas veces con tanta reverencia y devoción, y todo eso sin buscar el silencio de la noche secreta, como hizo Nicodemus, para este servicio, sino en presencia de tantos juicios y convidados que en este auto se hallaron, como persona que tenía su corazón tan ocupado de amor y de dolor, que no le quedaba sentido para ver otra cosa. Pues ¿cuándo nunca se vió tal cerimonia, tal servicio, tal manera de honra, tal agua de pies distilada por los ojos y calentada con el fuego de la caridad, y tal tovalla para enjugarlos. como eran sus proprios cabellos? Pues este servicio tan extraordinario, demás del testimonio del Señor, da bien á entender cuán extraordinario era el amor de donde procedía, pues por los efectos se juzgan las causas, y por las obras el corazón.

Cresció aún más este amor con la familiaridad de Cristo, que después deste perdón se siguió: donde oyendo tantas veces su doctrina, siguiendo sus pasos, contemplando sus virtudes, y hospedándolo en su propria casa, con cada cosa déstas se encendía de cada vez más en su sancto corazón la llama deste divino amor, Y así leemos que entrando el Salvador una vez en su casa, y andando Marta su hermana muy solícita en aderezar lo necesario para tal huésped y tal compañía, ella ni tenía manos ni corazón para entender en nada, sino asentada á los pies del Salvador, estaba tan colgada de sus divinas palabras y tan trasportada en él, que olvidada de todas las cosas, pudiera decir como S. Pedro en el monte, cuando vió al Salvador transfigurado: Señor, bueno es que estemos aquí, y que no haya más mundo, ni más comer ni beber, ni más mudanza deste estado felicísimo en que agora estamos. Y acusando Marta este olvido de su hermana, el Salvador la defendió diciendo que había escogido la mejor parte, la cual no le sería quitada (2). En lo cual manifiestamente dió á entender la grande devoción y amor con que oía sus palabras, pues esta obra de tanto descanso antepuso el mismo Salvador á la más alta obra de hospitalidad que nunca se hizo en el mundo.

(1) Luc. 7. (2) Luc. 10.

Y no menos crescía esta misma caridad con la vista de tantas maravillas y señales como á cada paso veía obrar á aquel Señor, alumbrando los ciegos, sanando los cojos, lanzando los demonios, alimpiando los leprosos, abriendo las bocas de los mudos, y curando con su palabra todas las enfermedades del mundo. Porque cada milagro déstos, como era nueva confirmación de la fe, así era nuevo incentivo de la caridad, que es forma y vida de esa fe. Pero mucho más cresció con la resurrección de Lázaro su hermano, de cuatro días muerto y hediondo: el cual, demás de ser grandísimo milagro, fué también grandísimo beneficio, porque fué restituirle un hermano muy amado, que para el linaje flaco de las mujeres le era hermano, y padre, y marido. Porque si con la resurrección deste muerto resuscitó la fe y la caridad de muchos que presentes estaban, que convencidos con este milagro creyeron en Cristo, ¿qué haría la fe y la caridad de aquella ánima sancta con tan extraño milagro y con tan grande beneficio? Creo cierto que quedó con la vista desta maravilla tan atónita, tan traspasada y tan absorta en el amor y reverencia y estima de aquel Señor, cuanto ninguna lengua del mundo podría declarar. Pero cada uno por sí mismo podrá barruntar algo desto, si se pusiere á pensar lo que sentiera, si presente se hallara, y viera á un hombre mortal mandar á un muerto puesto en un sepulcro, que saliese fuera, y lo viese salir vivo y andar entre los hombres con la virtud de sola esta palabra. Y de aquí nació aquel tan grande y tan nuevo servicio que esta sancta mujer volvió á hacer al Señor, porque estando él pocos días después deste milagro cenando en casa de Simón leproso con el mismo Lázaro y con otros huéspedes, y sirviendo Marta en aquella cena, María tomó una libra de ungüento preciosísimo, hecho de las espigas de una yerba muy olorosa que se llama nardo (porque otro se hace de las hojas de la misma yerba, no tan precioso) y deseando declarar con alguna obra exterior la grandeza del amor y devoción que ardía en sus entrañas, quebró el bote de alabastro, y derramóle encima de la cabeza del Salvador en presencia de todos los convidados (1). Y no contenta con esto, derríbase á sus pies, y allí torna á ungirlos con aquel mismo ungüento precioso, y enjugarlos con sus cabellos. Y si así como aquel ungüento valía tre-

(1) Marc. 14.

cientos dineros, valiera trecientos mundos, tal era la caridad de María, y tal el deseo de honrar y servir aquel Señor, que tuviera por bien empleado gastarlos todos en su servicio. Y esta tan grande caridad fué la causa por donde el Señor aprobó tanto esta obra, y la defendió de los murmuradores, y quiso que fuese galardonada aun en este mundo con fama y gloria perpetua desta mujer. Porque por lo demás, poca gana tenía el Señor desta unción de los pies y de la cabeza, pues tenía sus pies ofrecidos á los clavos de la cruz, y la cabeza á la corona de espinas. Y por aquí se ve cuánto más adelante pasaba el fervor de la caridad de María que el de los discípulos, pues ellos tuvieron por desperdiciado aquel gasto, teniéndolo aquella mujer por tan bien empleado, por lo mucho que entendía merecer aquel Señor.

Desta misma caridad también nació el acompañar al Señor en todos los pasos de su pasión (cuando de los Apóstoles unos le negaron, y otros le desampararon) y esto no de lejos, como le seguían todos los otros sus devotos y conocidos, sino pegada al pie de la cruz junto con la sanctísima madre. Y de aquí también nació, después de la cruz, buscarle con tantas lágrimas en el sepulcro, y traer ungüentos para ungirlo, sin que bastase ni la muerte tan ignominiosa de la cruz entre dos ladrones, ni la condenación de todo aquel senado de pontífices y sacerdotes, para entibiar ni menoscabar la devoción y la reverencia debida á este Señor. Y así le amaba, y estimaba, y llamaba su Señor, como lo llamó cuando los ángeles le preguntaron por qué lloraba, á los cuales ella respondió: Porque me han tomado mi Señor, y no sé dónde le pusieron.

Todas estas cosas bien consideradas asaz declaran la grandeza del amor que esta sancta pecadora tenía al Salvador: y entendida ésta, se podrá mejor entender la historia deste tan dulce y devoto aparescimiento, cuya declaración pondremos aquí recopilada de diversos doctores, y señaladamente de Orígenes, que la escribió más devotamente.

§ II

Dice pues el evangelista S. Juan que después que esta sancta mujer fué á los discípulos, y señaladamente á S. Pedro y S. Juan, á darles nuevas de cómo el cuerpo del Salvador no estaba en el

sepulcro, y ellos vinieron, y hallaron ser así, y se tornaron para su casa, donde estaban encerrados por temor de los judíos (1), esta mujer se quedó allí llorando, y sin esperanza esperaba, y esperando perseveraba, porque la grandeza del amor la hacía esperar y perseverar. Y si S. Pedro y S. Juan temieron, y por eso se fueron, María no temía, porque no le quedaba qué temer, porque había perdido su Maestro, al cual amaba con tan grande amor, que perdido él, ni tenía qué amar, ni qué esperar, ni qué temer, ni qué perder: por lo cual tenía por mejor el morir que el vivir, porque por ventura moriendo hallara á quien no podía hallar viviendo.

Estaba pues allí, dice el Evangelista, par del monumento llorando. El amor la hacía estar, y el dolor la forzaba á llorar, y lloraba por creer que le habían tomado á quien ella buscaba. Este dolor era nuevo, porque antes lloraba porque le habían muerto su Maestro, y agora porque se lo habían quitado. El cual en parte era mayor que el pasado, porque carecía de toda consolación. Ca el primer dolor de haber perdido al Maestro vivo, aunque era grande, todavía tenía alguna manera de consuelo, porque le quedaba el cuerpo muerto: y desta consolación es agora privada, por no hallarle. Venía ella al monumento, trayendo consigo ungüentos que había aparejado, para que así como antes había ungido sus pies, agora ungiese su sacratísimo cuerpo, y como antes había regado los pies de su Maestro por la muerte de su ánima, agora regase también con ellas el monumento por la muerte dél. Y no hallando el cuerpo, cesó el trabajo de ungirle, y creció la causa de llorarle. Faltóle el Maestro para su servicio, mas no para su dolor: faltó á quien ungiese, mas no á quien llorase.

Estando pues así María, inclinóse y tornó á mirar otra vez el monumento. No se contentaba con haberle ya visto una vez por sí, y otra con los dos discípulos, sino tornó otra vez á mirar, porque la grandeza del deseo le hacía no fiarse de sus ojos ni tener ninguna diligencia por demasiada en busca de lo que tanto amaba. Así lo hacen los que buscan alguna piedra preciosa ó otra cosa de gran valor que perdieron, que muchas veces vuelven y revuelven el mismo lugar que ya vieron, para ver si por ventura

(1) Joan. 20.

hallarán las postreras veces lo que en las primeras no hallaron. Y no fué del todo ociosa esta diligencia, porque ya que no vió al Señor que buscaba, vió sus criados, que eran dos ángeles vestidos de blanco, asentados uno á los pies y otro á la cabecera donde estaba el cuerpo de Jesús. Aquí vemos el fruto de las ánimas que buscan á Dios. Porque ya que no hallen luego lo que desean, mas en el camino de lo que buscan, les depara Dios cosas con que se enciendan y acrecienten sus deseos, porque como dice S. Augustín, el que de todo corazón busca á Dios, ya tiene parte de lo que desea cuando lo busca, porque no lo buscara con tan grande fervor, si no tuviese alguna prenda ó rastro dél. Los discípulos vinieron al monumento, y volviéronse luego, y por eso no vieron los ángeles: mas esta sancta mujer que fielmente perseveró, los vió, y no sólo á los ángeles, mas también al mismo Señor de los ángeles, para que veas cuánto vale la paciencia y perseverancia para hallar á Dios.

Dícenle pues los ángeles: Mujer, ¿por qué lloras? No ignoraban los sanctos ángeles la causa de las lágrimas de María, que tan conocida era: mas pregúntanle por qué llora, porque huelgan con esta pregunta de renovarle la memoria y la causa de sus lágrimas, por el gusto que tomaban en ellas. Porque si como dice S. Bernardo, las lágrimas de los penitentes son vino de los ángeles, las cuales proceden de dolor, ¿cuánto más lo serían éstas, que procedían de amor?

Pues á esta pregunta, ¿por qué lloras? responde María: Porque me han tomado mi Señor, y no sé dónde le han puesto. Esto lloro, esto siento, ésta es la causa de mis lágrimas. Cuando era vivo, en él estaba toda mi felicidad y gloria y todo mi descanso, y entonces servíale con lo que tenía, hospedábale en mi casa, seguía sus pisadas, oía su doctrina, ungía sus sagrados pies, y con esto descansaba el amor que ardía en mi corazón, teniendo estos respiraderos y ejercicios en que emplearse. Agora todo esto ha cesado, y no me quedaba otro servicio que le poder hacer, sino ungir su precioso cuerpo y acompañarle en este monumento. Y como veo que este solo consuelo y ejercicio que me quedaba, me han quitado, lloro, y lloraré mientras no hallare este bien. Cosa es ésta, que declara grandemente la caridad desta sancta mujer. Los padres no ven la hora de echar al hijo muerto de casa, la mujer hace otro tanto con su marido, y esta mujer no tiene otro

refrigerio sino estar siempre en compañía deste sancto cuerpo. En lo cual se ve bien la diferencia del amor de Dios á todos los otros amores, porque los otros aman por su provecho, y por esto cesa el amor cuando falta el provecho, mas el amor puro de Dios, como no mira á sí sino á la gloria y servicio de Dios, no tiene cuenta consigo, sino con Dios. Y entonces solamente se entristece, cuando le quitan la materia de servirle, como acaesció á esta sancta mujer. Pues por eso (dice ella) lloro, porque me han llevado mi Señor, y no sé dónde le han puesto (1). ¿Dónde estás, Maestro mío? ¿Dónde te llevaron, alegría mía? ¿Dónde te escondieron, dulcedumbre mía? ¿Pues tan poco pareció á tus enemigos lo que habían hecho en tu cuerpo vivo, que no lo quieren perdonar aun después de muerto? ¿Qué es esto, Salvador mío, que ni en vida ni en muerte has de tener descanso? ¿Dónde, Señor, iré? ¿Adónde te buscaré? ¿A quién preguntaré por ti? Angustias me cercan por todas partes, y no sé qué consejo tome. Si estoy par del sepulcro, no hallo lo que deseo: si me fuere, no sé dónde vaya. Apartarme deste monumento es muerte para mí, estar aquí es dolor irremediable. Pero mejor me es guardar el sepulcro de mi Señor, que apartarme dél. Aquí pues estaré, y aquí moriré, siquiera para que me entierren aquí par de mi Señor. Viviendo estaré par dél, y moriendo me llegaré á él, y así ni muerta ni viva dél me apartaré. Mas, oh miserable de mí, ¿por qué no miré yo todo esto cuando vi sepultar á mi Señor? ¿Por qué me fuí deste lugar? ¿Por qué no perseveré aquí siempre par dél? Ca no llorara yo agora por habérmelo llevado, porque ó no lo dejara llevar, ó me fuera tras de los que lo llevaron. Mas yo miserable quise guardar la ley, y perdí al Señor de la ley: obedescí á la ley, y no guardé aquél á quien obedesce la ley. Pues ¿qué haré? ¿Con quién me aconsejaré? ¡Oh todo amable! ¡Oh todo digno de ser deseado! Vuélveme, Señor, el alegría saludable de tu presencia. Oh esperanza mía, no sea yo confundida, por esperar en ti. Pues ¿por qué, oh buen Jesú, por qué, Señor, no miráis á las piadosas lágrimas y deseos desta mujer? ¿Por qué la dejáis tanto tiempo llorar y buscaros de balde? ¿Dónde están aquellas palabras que dijistes (2): Yo amo á quien me ama, y quien por la mañana velare á mí, hallarme ha? ¿Dónde está aquella palabra que

(1) Joan. 20. (2) Prov. 8.

distes á esta mujer, cuando le dijistes (1): María escogió la mejor parte, la cual nunca le será quitada? Pues ¿cuál otra es la parte que ella escogió, sino á vos? A vos escogió, á vos amó, en vos puso toda su esperanza, todo lo al trocó y renunció por vos. Pues si dejado todo lo otro, no halla á vos, ¿qué le quedará? ¿Cómo se cumplirá aquella palabra que le distes, cuando dijistes que nunca le sería quitada?

No se pudieron contener más aquellas entrañas de piedad y misericordia, que no acudiesen á las lágrimas de tanta fidelidad y amor. Por las cuales el Salvador, con haberle enviado los ángeles, vino también él mismo, señor de los ángeles, á enjugarlas, y por mejor decir, á trocar las lágrimas de su tristeza en lágrimas de alegría. Dichosas lágrimas, que tantas cosas acabaron con Dios. Con lágrimas alcanzó perdón de sus pecados, con lágrimas alcanzó la resurrección de su hermano defuncto, por sus lágrimas mereció tener á los ángeles por consoladores, y al mismo Señor de los ángeles, y ser ella la primera á quien el Salvador resuscitado apareciese y hiciese apóstola de sus Apóstoles. Grande es la virtud y potencia de las lágrimas, las cuales atan las manos del Omnipotente, y vencen al Invencible, aplacan la ira del Juez, y la mudan en misericordia.

§ III

Volviendo pues el rostro María, vió al Señor, y no le conoció, antes le parecía ser hortelano de aquel huerto. Y no erró mucho en este juicio, porque sin duda hortelano es este Señor, y este oficio venía á hacer en el ánima de María, arrancando della las espinas de su infidelidad é ignorancia. Hortelano es también en el ánima donde mora, porque ahí siembra simientes de sanctas inspiraciones y buenos deseos, ahí planta las plantas fructuosas de las virtudes, y riégalas con las lágrimas de nuestra devoción. Porque no crecen tanto los sembrados con el riego del cielo, cuanto crecen las virtudes con este riego espiritual. Finalmente como hortelano guarda con muy gran recaudo su huerta, para que no entren los ladrones (que son los demonios) por tantos pos-

(1) Luc. 10.

tigos y entraderos como hay en esta huerta (que son todos los sentidos interiores y exteriores de nuestra ánima) á robar el fruto de la buena consciencia. Porque ¿de dónde nace estar un ánima por muchos años sin cometer un pecado mortal, viviendo entre tantos ladrones como son los demonios, sino por la guarda deste hortelano que no duerme, mirando por su huerta?

Así que no erraba mucho María en este juicio, aunque verdaderamente no conocía al Señor, teniéndole delante. Porque como ella juntamente amaba y dudaba, porque no esperaba la resurrección, por esto veía al Señor, y no le conocía, porque el amor merecía que le viese, y la duda y desconfianza que no le conociese. Cosa es ésta que por especial dispensación de Dios acaece muchas veces á los justos, que tengan al Señor dentro de sí, y que les parezca estar muy lejos dél, porque así conviene para su ejercicio y merecimiento. Así acaeció al bienaventurado S. Antonio, que apareciéndole una vez el Salvador después de quedar él muy maltratado de los demonios, díjole el sancto varón: ¿Dónde estabas, oh buen Jesú, dónde estabas? ¿Por qué no te hallaste aquí al principio, para que me ayudaras y sanaras mis llagas? Al cual el Salvador respondió: Antonio, aquí estuve mirando cómo peleabas, y porque tan bien peleaste, haré que en todo el mundo seas nombrado. Desta manera también Sancta Catalina de Sena, siendo fuertemente combatida de los demonios con feísimas imaginaciones, apareciéndole el Salvador, y querellándose ella porque la había desamparado, respondió él que no la había desamparado, antes que él estaba en medio de su corazón, y que él era el que hacía que aquellas imaginaciones no la venciesen. Lo mismo hizo con el sancto Job, dándole paciencia en tan extraños trabajos, aunque él tantas veces se quejaba que el Señor le había desamparado y que no lo quería oir ni ver, antes se le había mudado de piadoso en riguroso, y que con su mano poderosa le sacudía de sí (1). Pues desta manera se ha el Señor muchas veces con los suyos, mayormente con los atribulados y con los que andan muy fervorosos en busca dél. Porque á los unos y á los otros parece que está muy lejos, y no está sino muy cerca, porque ni los unos tendrían paciencia, si él no se la diese, ni los otros perseveraran en su demanda, si él no los esforzase. Esto es

(1) Job 30.

pues lo que aquí se nos representa así en este aparecimiento como en el de los discípulos que iban á Emaús (1), á quien el Señor parecía peregrino, como aquí á María hortelano, porque en el un lugar y en el otro, teniendo al Señor presente, no le conocían.

Dice pues el Señor á María: Mujer, ¿por qué lloras? ¿Á quién buscas? Oh Rey de gloria, oh consolador de tristes, ¿venís á consolar, y habláis palabras de tanta desconsolación? Porque ninguna cosa hay que más renueve las llagas y más avive el dolor de la persona desconsolada, que preguntarle por quién llora y á quién busca, porque eso es refrescarle la memoria de lo que ama, y la ausencia de lo que siente, y las causas de su dolor. Por lo cual dijo el Profeta: Fuéronme mis lágrimas pan de noche y de día, cuando preguntaron á mi ánima dónde está tu Dios (2). Porque renovándole al sancto Profeta la memoria de quien tanto amaba, y la ausencia de tan grande bien, no se podía contener sin deshacerse en lágrimas noche y día. Pues siendo esto así, ¿por qué, Señor, usáis deste lenguaje tan lastimero con persona que tanto amáis? Creo sin duda que la causa desto fué el gusto grande que el Señor en estas lágrimas tomaba, porque aunque eran lágrimas de dolor, no miraba al dolor, sino á la causa, que era el amor. El cual agradó tanto á este Señor, que en el cielo ni en la tierra no hay cosa que le agrade sino su amor, y si otra cosa alguna le agrada, es porque va vestida y adornada desta virtud, sin la cual ni la fe, ni la esperanza, ni el martirio, ni lenguas de ángeles ni de hombres le agradan.

Mujer, dice, ¿por qué lloras? ¿Á quién buscas? Oh deseo de su corazón (dice Orígenes) ¿por qué, Señor, le preguntáis, por qué lloras y á quién buscas? Ella, muy poco ha, con sus proprios ojos y con gran dolor de su corazón vió crucificada su esperanza, y ¿vos le preguntáis agora, por qué lloras? Ella vió tres días ha vuestras manos, con las cuales muchas veces había sido bendita, y vuestros pies, los cuales ella había besado y regado con lágrimas, enclavados con hierro en una cruz, y ¿vos le preguntáis por qué llora? Ella vió este día expirar su espíritu cuando vos expirastes, y ¿vos preguntáisle por qué llora? Y agora sobre todo esto cree ella que han hurtado vuestro sacratísimo cuerpo, el cual venía á ungir, por recebir en esto alguna consolación, y ¿vos de-

(1) Luc. 24. (2) Psalm. 41.

cís, por qué lloras, y á quién buscas? Vos sabéis que á vos solo busca, á vos solo ama, y por vos desprecia todas las cosas: y ¿vos preguntáisle á quién busca? Dulce Maestro, ¿para qué provocáis el espíritu desta mujer? ¿Para qué enternecéis sus entrañas? Toda está suspensa en vos, toda mora en vos, y de tal manera os busca, que buscándoos, ninguna otra cosa piensa sino en vos, y por esto por ventura no os conoce, porque no está en sí, sino fuera de sí, por amor de vos. Pues ¿por qué le preguntáis, por qué lloras, y á quién buscas? Lo susodicho es de Orígenes.

Mas ella pensando que era hortelano, díjole: Señor, si tú lo tomaste, dime dónde lo pusiste, porque yo lo llevaré (1). Bien parece estar fuera de sí esta sancta mujer, pues cuantas palabras pronuncia, tantas ignorancias dice. Porque lo primero, no responde á propósito ni entiende lo que le preguntan, porque no entiende más de lo que ama, ni tiene sentido para otra cosa. Y demás desto llama Señor al hortelano, que era demasiada cortesía para quien tan bajo oficio tenía. Y junto con esto no habla por nombres, sino por pronombres, diciendo: Si tú lo tomaste, dime dónde lo pusiste, porque yo lo llevaré. Parecíale que todos estaban en lo que ella estaba, y que así no había necesidad de más declaración. También parece disparate presuponer que el hortelano andaba tomando los cuerpos de los muertos, y mucho mayor, ya que por algún misterio lo hubiese tomado, que luego por una palabra le diese á quien no conocía. Todo esto obraba el amor, el cual tan sanctamente la hacía errar, aunque mayor yerro era tener al Señor delante, y no conocerlo: porque como estaba enferma de amor, de tal manera se le habían escurecido los ojos con esta enfermedad, que no veía á quien veía, porque veía á Jesús, y no sabía que era Jesús. Oh María, si buscas á Jesús, ahí tienes á Jesús. Mas por ventura por esto no le conoces, hallándole vivo, porque le buscabas muerto. Sin duda ésta es la causa por que él no te aparescía, porque ¿cómo te había de aparecer, si tú no le buscabas? Porque tú buscabas lo que no era, y no buscabas lo que era: buscabas á Jesús, y no buscabas á Jesús, y por eso viéndole no le conoces. Oh piadoso y dulce Maestro, no puedo del todo excusar esta discípula tuya, no puedo defender este su error, porque tal te buscaba, cual te había visto y cual

(1) Joan. 20.

te había dejado en el monumento. Había visto quitar de la cruz el cuerpo defuncto, y poner en el monumento, y tan grande era el dolor que había recebido de tu muerte y de tu sepultura, que no le quedaba esperanza de tu resurrección y de tu vida. Finalmente Josef puso tu cuerpo en el monumento, y María sepultó con él juntamente su espíritu, y de tal manera lo juntó con tu sacratísimo cuerpo, que más fácil cosa fuera apartar el ánima del cuerpo á quien daba vida, que apartarla del tuyo, á quien ella amaba. Porque el espíritu de María más estaba en tu cuerpo que en el suyo, y por eso cuando buscaba tu cuerpo, buscaba también su espíritu: y después que perdió el cuerpo tuyo, perdió el espíritu suyo, y por eso ¿qué maravilla es que no te conosca, pues no tiene espíritu con que te haya de conocer? Por tanto, vuélvele, Señor, su espíritu, y luego recobrará su sentido, y dejará el error en que está. Mas ¿cómo podía errar la que así te amaba y así se dolía? Sin duda, si erraba, no conocía que erraba, y así este error no procedía de error, sino de amor. Por tanto, misericordioso y justo Juez, el amor que tiene para contigo, y el dolor que tiene de ti, la excusa delante de ti para que no mires el error de la mujer, sino el amor de la discípula, la cual no por error sino por dolor y amor lloraba, y por eso te dice: Señor, si tú lo tomaste, dime dónde lo pusiste, que yo lo llevaré (1). ¿Qué es esto, mujer, que dices? Josef temió y no osó tomar el cuerpo de la cruz sino de noche y con licencia de Pilato, y María no espera por la noche, ni hace caso de Pilato, sino osadamente promete diciendo: Yo lo llevaré. Oh María, y si por ventura el cuerpo de Jesú estuviere en casa del príncipe de los sacerdotes, donde el Príncipe de los Apóstoles, estando calentándose con los otros al fuego, le negó, ¿qué harás? Yo, dice, lo llevaré. ¡Oh maravillosa fortaleza de mujer! Oh mujer, oh mujer, y si la sierva, portera desa casa, te preguntare algo, ¿qué dirás? Yo le llevaré. ¡Oh inefable amor! ¡Oh maravillosa constancia! Ningún lugar excepta, ninguno señala, sin temor dice, absolutamente promete. Dime dónde le pusiste, que yo le llevaré. Oh mujer, grande es tu fe, grande tu fortaleza. Pues tú, oh buen Maestro, ¿por qué dejas de decir lo que se sigue: Hágase como tú quieres? ¿Por ventura haste olvidado de tu acostumbrada misericordia? No quieras, oh

(1) Supra.

buen Maestro, dilatar más el consuelo desta mujer, pues ha tres días que espera por ti, y no tiene qué comer, ni tiene con qué mate la hambre de su ánima, si no manifestándote tú, le das el pan de tu cuerpo, con cuyos pedazos apague la hambre de su corazón. Pues si tú no quieres que desfallezca en el camino, remedia la hambre de su ánima con la dulcedumbre deste manjar, pues tú eres pan vivo, que en ti encierras toda suavidad. Porque no podrá durar mucho la vida de su cuerpo, si tú no te le descubrieres presto que eres la vida de su ánima.

§ IV

No se dilató pues mucho la misericordia del Señor, ni duró mucho esta disimulación, sino de la manera que el patriarca Josef se disimuló un poco con sus hermanos, cuando fueron á Egipto, pero en cabo, vencido de su nobleza y del amor fraternal, dulcemente se les descubrió (1), así este nobilísimo Señor después desta breve disimulación luego muy dulcemente se descubrió á la discípula, llamándola por su acostumbrado nombre, María. ¿Qué palabras podrán aquí explicar á dónde llegó el alegría, la devoción, el amor, la admiración y el espanto que de tan grande maravilla concibió, hallando tanto más de lo que deseaba, pues buscando el cuerpo muerto, halló á su Señor vivo y vencedor de la muerte? Maravilla fué cierto cómo no expiró aquí el ánima de María con tan grande materia de admiración y alegría. ¡Oh Señor, cuán grande es vuestro poder, pues con una sola palabra podéis enriquecer y alegrar tanto un ánima! Mas no es mucho que quien con una palabra crió el mundo, con una resuscite un corazón. No huyen tan presto las tinieblas de la presencia del sol, cuanto desaparecieron todas sus tristezas con la virtud desta palabra. Las tristezas se fueron, mas las lágrimas se quedaron, aunque trocadas las causas, porque las unas eran de dolor, y las otras de alegría, aunque unas y otras procedían de su amor. Mucha familiaridad y amor le mostró el Salvador con esta palabra, pero mucho más mostraría con el tono y aire de la voz, el cual el Evangelista no escribe, porque la palabra puédese escribir, mas no la figura de la voz.

(1) Genes. 45.

A una palabra respondió María otra palabra, y no menos significativa. Porque diciendo el Salvador, María, respondió ella: Maestro: conviene saber, Maestro del cielo, Maestro del mundo, Maestro de mi ánima, Maestro de los mansos y humildes de corazón. No dijo más que esta palabra, porque con la fuerza del afecto estaba tan atada y envarada la lengua, que no podía decir más, habiendo tanto qué decir y qué preguntar sobre tan grande mudanza y tan inefable misterio. Mas el afecto que no se declaró con palabras, comenzó á declarar por obras, arrojándose á los pies del Señor, á los cuales tenía derecho por antigua posesión, y en los cuales había hallado todo su tesoro. Lavándolos con lágrimas, halló el perdón de sus pecados, asentada par destos pies, oía la doctrina de su boca, derribada á estos pies, pidió la resurrección de su hermano, estos pies tornó á ungir en casa de Simón leproso, y agora los quiere adorar, y besar las sacratísimas señales de las llagas que veía en ellos (1). Asentábase María como humilde (según el consejo del Salvador) en el lugar más bajo del convite, y por esto no es mucho que la subiesen al más alto, pues tomando ella los pies siempre, le daba el Señor la mano con los nuevos favores que le hacía.

Respóndele el Salvador: No quieras tocarme, porque aún no he subido á mi Padre. No rehusaba el Salvador que esta sancta mujer adorase y besase sus sacratísimos pies, pues no negó esto de ahí á poco espacio á las sanctas mujeres que volvían del monumento, en cuya compañía venía la misma María. Y esto se entiende por lo que luego dice: Aún no he subido á mi Padre. Pensaba esta sancta mujer que el Salvador era ya subido al cielo y vuelto á su Padre, como él tantas veces había repetido esta palabra, consolando á sus discípulos y dándoles cuenta de su partida. Y porque presuponía que el Salvador estaba en el cielo y que no lo había de ver más que aquella vez en este mundo, quiso lograrla más enteramente, y así se derribó á sus pies, para que no se le fuese tan presto. A la cual respondió el Señor las palabras susodichas, como si dijera: No me detengas, no pienses que me voy, ni que será ésta la postrera vez que me verás, porque aún acá estoy en el mundo, y estaré por algunos días, porque no he subido á mi Padre, como tú imaginas.

(1) Luc. 14.

Y acabadas estas palabras, despídela el Salvador, diciendo: Corre, ve á mis hermanos, y diles: Subo á mi Padre y á vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios. ¿Qué más dulce lenguaje? ¿Qué mayor significación de humildad y amor que ésta? Con mucha razón encarece el Apóstol esta tan grande humildad del altísimo Hijo de Dios, que no se despreció de llamar hermanos suyos y hijos de un mismo Padre á unos pobres pescadores (1), que eran como estropajos del mundo y que poco antes desleal y cobardemente huyeron y le desampararon en medio de sus enemigos, sin embargo de haberle visto tantas veces obrar tantos milagros. Bien parece, Señor, que no mudastes la condición que mostrastes en este mundo, después que lo dejastes, sino que aquella misma suavidad y blandura que teníades antes, tenéis agora, y que el tratamiento que hacíades á los vuestros estando con ellos, les hacéis agora después que los dejastes, porque no se muda vuestro corazón con los lugares, ni se diferencia con los tiempos, ni se altera con la nueva dignidad y gloria de vuestro cuerpo y de vuestro nombre, que agora tenéis. Y por esto con mucha razón se deben consolar, animar y gloriar los vuestros en vos, como hermanos de tal hermano y como hijos de tal padre, pues así los llamáis vos. Y no es menor la suavidad y dignación de las palabras que se siguen: Subo á mi Padre y á vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios. Porque ¿qué mayor gloria y dignidad para el hombre que tener á Dios por padre, y qué mayor humildad para el Hijo de Dios, que tener á nuestro Dios por suyo? ¿Por cuál os debemos más, Señor, ó porque á vuestro Padre hecistes nuestro, ó porque á nuestro Dios hecistes vuestro? Ni puede ser mayor honra que la primera, ni mayor humildad que la segunda, la cual nos mereció la gloria de la primera. Porque por el mérito de aquella tan grande humildad como fué abajarse el Hijo de Dios á hacerse hijo del hombre, nos levantó á esta tan grande gloria, que el hijo del hombre se hiciese hijo de Dios.

De toda esta dulce y tan devota historia, entre otras muchas cosas, la principal que sacamos es entender el fervor con que se ha de buscar á Dios, y el fruto que alcanzan los que desta manera le buscan. Porque sin duda, así como Dios puso esta mujer en la Iglesia por ejemplo de penitencia á los pecadores, así la propone

(1) Hebr. 2.

por ejemplo de buscar á Dios para los justos. Porque los unos verán en ella cómo han de hacer penitencia, y el fruto que por ella se alcanza, y los otros la diligencia con que han de buscar á Dios, y lo que alcanzarán, si así le buscaren. Oh pues tú, que herido ya con el amor de Dios, aspiras á la perfección dese amor y de la divina sabiduría, en la cual se halla Dios, búscalo de la manera que esta mujer lo buscó, búscalo con amor, con dolor, con diligencia, con lágrimas, con instancia y sobre todo con perseverancia, y no dudes sino que lo hallarás. Y no te parezca mucho buscarlo con tanto cuidado, porque como Dios disponga todas las cosas suavemente, quiere que los medios tengan proporción con el fin, y así quiere que un tan gran tesoro con tan grande ansia sea buscado. No te espanten los trabajos desta jornada, no los temores de la noche, no el miedo de los soldados, que son los demonios, no la memoria de los pecados pasados, pues nada desto desmayó ni acobardó á esta sancta pecadora para insistir en su demanda, y por esto mereció primero que todos ver aquel resplandesciente Sol de justicia glorioso y resuscitado. ¡Oh consuelo de pecadores! ¡Oh esfuerzo de los que buscan á Dios! Una mujer de quien el Salvador había lanzado siete demonios (que es como declara S. Gregorio, la universidad de todos los pecados en que esta mujer estaba sumida, que sería dificultosa y fea cosa contarlos agora por sus nombres) sin embargo desto, porque buscó con tantas ansias, con tantas lágrimas y con tanta perseverancia el cuerpo de su Señor, mereció esta visitación primero que los Apóstoles, y primero que el Príncipe de los Apóstoles, y primero que el discípulo singularmente amado entre los otros Apóstoles ¡Oh, cuánto resplandesce aquí la bondad y nobleza de Dios, y el deseo de atraer los pecadores á sí, y consolar á los que con todo su corazón le buscan, pues tales favores, tal acogimiento y tal tratamiento hace á los que se vuelven á él! En lo cual parece cuán verdadera sea aquella palabra de Dios que por un profeta promete, diciendo: Si buscares á Dios, hallarle has cuando le buscares con todo tu corazón y con todo el quebrantamiento de tu ánima, como vemos que esta mujer lo buscaba. Mas con esta ansia se ha de juntar la perseverancia, cual ella también tuvo, la cual por eso halló, porque perseveró. Por esto hacía Dios tan grande caso en los sacrificios de la ley que no se le ofreciese animal sin cola y sin oreja, para dar á enten-

der que lo que principalmente nos pide, es obediencia y perseverancia. Porque destas dos piezas se hace la ropa de justicia, que cubre al hombre de pies á cabeza, figurada en aquélla que su padre hizo á Josef, que era de muchos colores, y llegaba hasta los tobillos (1), para significar la vestidura de justicia, que se compone de diversas virtudes, y llega con el don de la perseverancia hasta el fin de la vida.

Y no desmaye el que así busca á Dios, cuando viere que se dilata el cumplimiento de su deseo, porque por eso se dilata, porque con la dilación crezca, y el crecimiento del deseo sea motivo de mayores diligencias y de mayores merecimientos, porque el tal deseo es don de Dios, y por tal se cuenta en el libro de la Sabiduría, cuando el Sabio dice que da Dios á los justos codicia entrañable de la sabiduría. Aprende pues, oh hombre pecador, desta mujer pecadora, aprende á llorar el ausencia de Dios y á desear su presencia, aprende á amar á Jesú, esperar en Jesú, buscar á Jesú, y no temer ninguna adversidad ni recebir ninguna consolación fuera de Jesú. Búscale en el monumento de tu corazón, y revuelve la piedra de la dureza dél, y mira si está Jesús en él: y si no le hallares, busca, persevera, y llora, é inclina tu cerviz, abajándote y humillándote hasta el polvo de la tierra, y torna á mirar otra vez, y ten por cierto que si con esta fe le buscares en este monumento, y perseverares buscándole, y te inclinares humillándote, y desechares de ti por ejemplo de María toda otra consolación fuera de Jesús, finalmente le hallarás, y en él hallarás, aun en este valle de lágrimas, riquezas y consolaciones que no se pueden explicar.

De la subida de nuestro Salvador á los cielos.

Después del misterio de la resurrección del Salvador se sigue el postrero de su gloriosa ascensión, el cual (como dice S. Bernardo) es fin de todas las otras fiestas de Cristo y dichoso término de todos sus caminos y trabajos. Porque él es el que descendió, y el que subió sobre todos los cielos, por que diese

(1) Genes. 37.

cabo á todas las cosas que para nuestra salvación eran necesarias. La historia deste misterio escribe S. Lucas diciendo que pasados cuarenta días después de la resurrección, habiendo el Señor aparecido á los discípulos muchas veces en este tiempo, como se llegase la hora de su gloriosa subida, llamó á todos, y llevólos al monte Olivete, que es junto de Betania. ¿Quién dudará que se hallase presente á esta fiesta la sacratísima Virgen nuestra Señora? No era cierto razón que se partiese el Salvador un tan largo camino sin despedirse de su sanctísima madre. ¿Habíale de ver subir en la cruz, y no le había de ver subir á los cielos? ¿Había de padecer los trabajos del monte Calvario, y no había de gozar del alegría del monte Olivete? No es ésta la condición de nuestro Señor, sino que si padesciéremos con él, reinaremos con él, y si fuéremos compañeros de sus dolores, también lo seremos de sus alegrías. Pues si los Apóstoles, á quien tan pequeña parte cupo de los dolores de Cristo en comparación de la Virgen (porque dellos huyeron, dellos le negaron) fueron convidados á esta fiesta, la bienaventurada madre, á quien tanta parte cupo deste cáliz, ¿había de ser excluída della? No por cierto. Allí estuvo, allí se halló, allí vió con sus ojos levantarse el fruto de su vientre sobre las estrellas del cielo.

Pues junta toda esta gloriosa compañía, comenzó el Salvador á dar orden en lo que después de su ida los discípulos habían de hacer, y díceles así: Vosotros, discípulos míos, recibiréis en vuestras ánimas la virtud del Espíritu Sancto, que vendrá sobre vosotros, y esforzados con ella, seréis testigos míos en Hierusalem, y en Judea y Samaria, y en toda la tierra. Como si dijera: Vosotros, hijos míos y ovejas de mi manada, fuistes testigos de toda mi vida, vistes la doctrina que he predicado, los ejemplos que os he dado, las obras que he hecho, las contradiciones que he sufrido, los tormentos é injurias y la muerte que por el remedio del mundo he padecido. Vistes mi resurrección, y veréis agora mi ascensión, después de la cual recibiréis el Espíritu Sancto para que eternalmente more con vosotros y con todos los que por vosotros creyeren. Pues id con la bendición de mi Padre por todo el mundo, y predicad mi Evangelio á toda criatura. Predicad estas buenas nuevas al mundo, que yo, siendo natural Hijo de Dios, me hice hombre para hacer á los hombres dioses, que morí para matar su muerte, que resuscité para reparar su vida, y que yo

subo á los cielos á aparejar su gloria. Yo os envío de la manera que me envió mi Padre. Desengañad los hombres, perdonad los pecados, y haceldos participantes de mis merecimientos y trabajos. Decildes que no amen la vanidad, las riquezas caducas, los bienes perecederos, que teman á Dios, que se les acuerde que hay juicio, que hay otra vida, que hay paraíso y infierno para buenos y malos, y que es Dios testigo y juez de las obras humanas.

Dichas estas palabras, como ya se llegase el tiempo de la partida, viendo los hijos la soledad que les quedaba de todo su bien, y la orfandad de tal padre, ¿qué sentirían? ¿Qué harían? ¿Qué dirían? ¿Cuán gran dolor (dice Sant Bernardo) y cuán gran temor, si pensáis, hermanos, entró en aquellos pechos apostólicos, cuando viesen al Señor que tanto amaban, levantarse en el aire, y apartarse de su compañía? Grande sin duda era este dolor, viendo que los dejaba aquél por quien ellos habían dejado todas las cosas. Por lo cual no podían los hijos del Esposo dejar de llorar, viendo que se les iba el Esposo. Y no era menor el temor que el dolor, viendo que quedaban en medio de tantos y tan poderosos enemigos, no estando aún armados con virtud y fortaleza del cielo. Pues viéndose desta manera, ¿qué sentirían? ¿Qué harían? Unos se derribarían á sus pies, otros le besarían aquellas sacratísimas manos, otros se colgarían de sus hombros, y todos á una voz le dirían: ¿Cómo, Señor, nos dejáis solos y huérfanos entre tantos enemigos? ¿Qué harán los hijos sin padre, los discípulos sin maestro, las ovejas sin pastor y los soldados flacos sin su capitán? ¿Dónde vais, Señor, sin nosotros? ¿Dónde quedaremos sin vos? ¿Qué vida será la nuestra faltándonos tal arrimo, tal guía y tal compañía? A todas estas querellas les respondió benignamente el Salvador, prometiéndoles la venida y favor del Espíritu Sancto y su perpetua asistencia y providencia, que nunca jamás les faltaría.

Entre estas y otras palabras, llegándose ya la hora de la subida, comienzan los ángeles á decir aquellas palabras del Profeta: Levantaos, Señor, para ir al lugar de vuestro descanso, vos y el arca de vuestra sanctificación, esa arca de donde se pagó la deuda de todo el mundo, esa arca en la cual están todos los tesoros de Dios escondidos, esa arca de sanctificación y de amistad, por la cual fueron los hombres sanctificados y reconciliados con Dios. Llevad pues con vos esa arca gloriosa de vuestra humani-

dad, para que la que fué compañera en los trabajos, lo sea en la gloria, y la que estuvo afijada en el sancto madero, reine para siempre con vos en el cielo. Levántase pues esta arca, y comienza á subir aquel cuerpo glorioso á lo alto en una nube resplandeciente. Él iba subiendo, y los discípulos suspensos y atónitos de ver ir por el aire á su Elías volando, y ya que no podían seguirle con los cuerpos, seguíanle con los ojos y con los corazones. ¡Qué vista! ¡Qué atención! ¡Qué impresión de ojos en ojos y de corazón en corazones! Levantadas las manos en alto (dice S. Lucas) subía al cielo, y les daba su bendición. ¡Oh quién se hallara allí presente, para que le alcanzara parte desta bendición, y se despidiera deste Señor! ¡Oh cuán dichosa procesión ésta (dice S. Bernardo) en la cual ni aun los mismos Apóstoles fueron dignos de ser admitidos! ¡Oh quién fuera tan dichoso, ya que en esta procesión no se hallara, que á lo menos estuviera presente al tiempo desta partida, y se despediera deste Señor! Sentía muy bien esta soledad y ausencia el bienaventurado S. Augustín, cuando dulcemente se quejaba, diciendo: Fuístete, consolador mío, y no te despediste de mí, subiendo á lo alto, diste la bendición á los tuyos, y no lo vi. Los ángeles prometieron que volverías otra vez al mundo, y no lo oí. Con estas y otras semejantes palabras significaba este sancto la soledad que sentía su ánima con la partida deste Señor. Y no menos sentía esto el devotísimo Bernardo, diciendo así: ¿Qué tengo yo que ver con estas solemnidades? ¿Quién me consolará, Señor Jesú, pues no te vi yo colgado en la cruz, afeado con llagas, amarillo con la presencia de la muerte, pues no me compadecí del crucificado, ni serví al muerto, para que lavara yo siquiera la sangre de tus heridas con mis lágrimas? ¿Cómo te fuiste sin saludarme, cuando vestido de ropas de gloria te subiste al cielo? Sin duda no admitiera consolación mi ánima, si los ángeles con alegre voz no me prevenieran diciendo: Varones de Galilea, ¿qué estáis aquí mirando al cielo? Este Señor que veis subir al cielo, desta manera tornará cuando vuelva á juzgar al mundo. Así vendrá por cierto, de la manera que subió, y no de la manera que descendió, porque descendió primero con grande humildad á salvar las ánimas, mas descendirá después con grande gloria á resuscitar los cuerpos y dar á cada uno según su merecido. Verlo he yo, aunque no agora, y mirarlo he, aunque no tan de cerca. Este manojo de las primicias de

nuestra humanidad está ya ofrecido al Padre y puesto á su mano derecha, después se ofrecerá todo lo que falta.

Mas ¿qué lengua podrá explicar con cuánta fiesta y alegría fué recebida aquella sacratísima humanidad en el cielo? Costumbre era de los romanos, cuando algún señalado capitán había hecho grandes hazañas, aparejarle un muy solemne recibimiento, rompiendo los muros por donde entrase, y acompañándole y dando voces todo el pueblo, y predicando sus loores. Y desta manera entraba en un carro triunfal, acompañado de los captivos y prisioneros que consigo traía. Pues si esto se hace acá en la tierra, ¿qué haría aquella Corte celestial á este grande Capitán, que triunfó del mundo, del demonio, del pecado, de la muerte, del infierno, y que tanto número de ánimas libres de captiverio traía consigo? ¿Qué fiesta se haría aquel día, qué cantos, qué músicas, qué loores, qué recibimiento? ¿Qué sería oir las voces de los ángeles y de todos aquellos cortesanos celestiales? Oh Señor, ¿qué mudanza es ésta tan grande? ¡Quién os vió en aquel Viernes, y quién os ve en este Jueves! ¡Quién os vió en el monte Calvario, y quién os ve hoy en el monte Olivete! ¡Allí tan solo, aquí tan acompañado: allí subido en un madero, aquí levantado sobre las nubes del cielo: allí crucificado entre ladrones, aquí acompañado de coros de ángeles: allí enclavado y condenado, aquí libre y libertador de condenados: finalmente, allí moriendo y padesciendo, aquí gozando y triunfando de la misma muerte! Caminó Jacob á la tierra de Mesopotamia por dar lugar á la ira de su hermano, y como hombre que iba huyendo, caminaba solo y pobre, sin más que un bordón en la mano, con el cual pasó el río Jordán. Y á cabo de cierto tiempo, tornando por allí con grande prosperidad, acordándose de la pobreza con que por allí había pasado, levantando los ojos al cielo, dijo: Bendito seáis vos, Señor, porque con un palo en la mano pasé este río, y agora torno con dos compañías de hombres y de ganados. Figura es ésta de Cristo nuestro salvador, el cual pasó las aguas desta vida mortal con un palo en la mano, que fué el madero de la cruz, y agora vuelve con dos compañías, una de ángeles y otra de hombres: esto es, de las ánimas de muchos sanctos Patriarcas y Profetas que dende el principio del mundo esperaban por su venida, y le venían acompañando. Allí venía el inocente Abel, y el justo Noé, y el obediente Abraham, y el casto Isaac, y el fuerte Jacob, y el pruden-

te Josef, y el pacientísimo Job, y el manso Moysén, y el sancto Ezequías, y el elegante Esaías, y el afligido Hieremías. Entre los cuales venía el Cantor celestial con su arpa en la mano, cantando delante de la verdadera arca del testamento, convidando á los otros á que alabasen y glorificasen á este Señor, diciendo: Cantad al Señor cantar nuevo, porque ha obrado grandes maravillas. ¿Por qué, veamos, cantar nuevo? Porque ningún cantar viejo responde á esta fiesta, ni iguala con el merecimiento deste día, y por esto nueva fiesta y nueva gloria con nuevos loores ha de ser celebrada. Pues ¿qué cantar nuevo cantaremos? El cantar será: Mira cuán buena cosa es, y cuán alegre, morar ya los hermanos en uno (1). Estos dos hermanos son el cuerpo y el espíritu de Cristo, los cuales hasta agora vivían en diversos estados, porque el cuerpo padescía los tormentos, y el espíritu gozaba de deleites eternos: mas en este día ya moran los hermanos en uno, pues el cuerpo y el espíritu suben glorificados al cielo, y habiendo sido tan desiguales en la vida, participan agora una misma gloria. Desta manera pues, con estas alabanzas, con estos cantares y con esta tan gloriosa compañía sube aquella sacratísima humanidad sobre todos los cielos, hasta llegar á ser colocada á la diestra del Padre, porque el que se había humillado más que todas las criaturas por la obediencia y gloria del Padre, fuese sublimado sobre todas ellas, y asentado á su diestra. De modo que aquella naturaleza á quien fué dicho: Polvo eres, y en polvo te volverás, agora es levantada del polvo de la tierra, y subida sobre todos los cielos.

De los grandes frutos que se nos siguieron de la subida del Señor á los cielos.

§ I

Como haya muchas cosas que considerar así en este misterio como en todos los pasos de la vida y muerte de nuestro Salvador, una de las más principales y que más mueve nuestro corazón á su amor, es ver cuán enteramente se entregó

(1) Psalm. 132.

este Señor á nuestro provecho, y cómo en todas las obras que hizo, quiso ser más nuestro que suyo, tomando para sí el trabajo y comunicándonos el provecho, y cómo finalmente dende el día de su nascimiento hasta el de su gloriosa ascensión, ningún paso dió, ninguna obra hizo, que no militase para nuestro bien. Escribe S. Juan en el Apocalipsi que vió salir de la silla de Dios y del Cordero un hermosísimo río que resplandescía como un cristal, y que á la ribera deste río nascía un árbol de vida que daba doce frutos, según los doce meses del año, y que las hojas deste árbol eran para salud de las gentes. De manera que no había en el árbol cosa que no fuese de provecho, pues él era árbol de vida, y el fruto era fruto de vida, y hasta las hojas eran hojas de vida. Lo cual todo á ninguna persona compete mejor que á nuestro Salvador, que es verdadero árbol de vida, y que todo cuanto en este mundo hizo y dijo, fué para darnos vida. Vino á este mundo para alumbrarnos con su doctrina, conversó con nosotros para informarnos con su ejemplo, morió por nosotros para redemirnos con su sangre, fué sepultado en un sepulcro para vencer nuestra muerte, descendió al infierno para prender y saquear nuestro adversario, resuscitó después de muerto para esperanza de nuestra resurrección, subió á los cielos para abrirnos el camino dellos, y enviónos de ahí el Espíritu Sancto para que mediante su virtud nos hiciese espirituales y sanctos. Así que de tal manera se entregó todo á nosotros, de tal manera nos amó y nos juntó consigo, que apenas hizo cosa alguna que no tuviesen los hombres parte en ella, porque no puede tener ninguna gloria la cabeza, que no quepa también su parte á los miembros.

Y por esta causa con mucha razón se compara él mismo con la gallina que cría, en el sancto Evangelio, no sólo porque él nos defiende de nuestro adversario y ampara debajo de sus alas, como hace la gallina para defender los pollos del milano, sino también porque así como la gallina, cuando halla alguna cosa que comer, luego comienza á piar y llamar á sus pollos para que coman lo que ella descubrió, quedándose ella ayuna y flaca, así este piadosísimo Señor se hubo con nosotros, ayunando para hartarnos, empobreciéndose para enriquecernos, humillándose para levantarnos, moriendo para resuscitarnos, y padesciendo para darnos descanso, y (lo que más es) que aun esta gloria que tomó hoy para sí, también la tomó para nosotros. De suerte que no menos

nos ayuda agora estando en el cielo, que nos ayudara si estuviera en la tierra. En lo cual se ve claro la diferencia que hay de la sanctidad y trabajos de Cristo á la de todos los otros sanctos, porque éstos fueron sanctos principalmente para sí, y trabajaron para sí, mas la sanctidad y los trabajos de Cristo de tal manera fueron suyos, que también sirvieron para nuestro remedio, como lo significó el mismo Señor, cuando dijo: Yo, Padre, sanctifico á mí por ellos, porque ellos sean sanctos de verdad. Y así todas las obras de su vida sanctísima, su nascimiento, su circuncisión, su destierro, sus caminos, sus oraciones, sus lágrimas, sus ayunos, su muerte, su cruz, su sepultura y hasta su resurrección y ascensión, todo sirvió para nuestro remedio. Porque así como la culpa del primer hombre redundó en todos nosotros, así también la gracia del segundo se derivó á todos. Sino que hay gran diferencia entre la destrucción y la reparación, porque para lo primero bastó una golosina y una desobediencia, mas para lo segundo sirvió todo lo que este Señor hizo dende el día que nasció, hasta que subió al cielo, y lo que hará hasta la fin del mundo. Porque claro está que mucho más dificultoso es el edificar que el destruir, pues para destruir un palacio real basta ponerle un tizón de fuego, mas para reedificarlo son menester muchas manos, mucho tiempo y mucha hacienda. Pues á esto vino del cielo este Señor, y esto es para lo que servieron todas sus obras, y cuanto hizo en este mundo, y cuanto agora hace en el cielo.

Mas por ventura dirás: Ya que así sea en todas las obras deste Señor, ¿cómo se podrá eso verificar en el misterio de su ascensión, pues esta subida no fué para trabajar, sino para reinar: quiero decir, no para merecernos con sus trabajos el reino del cielo, sino para gozar él eternalmente deste descanso? Y demás desto, ¿cómo puede ser provecho nuestro ausentarse este Señor de nosotros, y dejarnos en este mundo solos sin su presencia, faltarnos sus palabras, que eran palabras de vida, sus ejemplos, que eran tan grandes estímulos de virtud, y sus milagros, que eran tan grandes testimonios de la fe, como todo lo demás? ¿Cómo puede ser esto provecho nuestro, principalmente en el estado en que agora está, que es de perfecto comprehensor, donde ya no puede merecer como antes?

Oye agora la respuesta, para que veas la parte que te cabe desta gloria, y entiendas que no menos debes al Señor por este

misterio que por todos los otros. Para lo cual primeramente has de presuponer que así como este Señor, cuando descendió del cielo á la tierra, de tal manera descendió á la tierra, que no dejó el cielo, así también cuando subió de la tierra al cielo, de tal manera subió al cielo, que no desamparó la tierra. Porque aunque subió según la humanidad, no subió según la divinidad, porque ésta en todo lugar está presente. Ni aun de tal manera subió con la humanidad, que del todo nos dejase sin ella, pues así como Elías cuando se despedió del mundo, dejó el palio á su discípulo Eliseo (1), así este Señor, cuando subió al cielo, nos dejó también el palio de su sacratísima carne en el Sanctísimo Sacramento.

Presupuesto pues este principio, veamos cuántos y cuán maravillosos frutos se nos seguieron de su subida. Primeramente, el mayor provecho que el hombre puede recibir en esta vida, es aprovechar en aquellas tres virtudes altísimas y nobilísimas con que Dios se honra, que son fe, esperanza y caridad: y para todas ellas nos aprovechó grandemente el misterio desta gloriosa subida, como dice Sancto Tomás. Porque primeramente aprovechó para mayor perfección de la fe, porque á la condición de la fe pertenece que sea de las cosas que no se ven (2), para lo cual convenía que este Señor, que es el objecto principal de nuestra fe, se ausentase de nuestra vista, para que así fuese nuestra fe de otra condición que la de Sancto Tomé, á quien fué dicho: Porque me viste, Tomé, creíste: bienaventurados los que no me vieron y creyeron.

Lo segundo, aprovechónos para la esperanza de la otra vida, para la cual se nos dieron aquí certísimas prendas y seguros. Porque vemos hoy subir aquella sacratísima humanidad al cielo, vemos aquellos miembros que poco antes habían estado en el sepulcro, ser colocados entre los coros de los ángeles, vemos aquel cuerpo mortal ser recibido en el gremio de la inmortalidad, vemos que aquella naturaleza á quien se cerraron las puertas del paraíso y se defendían con la espada del querubín (3), sube agora sobre todos los querubines, y vuela sobre las plumas de los vientos (4).

Mas no es sola ésta la prenda de nuestra esperanza, sino otra

(1) IV Reg. 20. (2) Hebr. 11. (3) Genes. 3. (4) Psalm 103

sin comparación mayor, que es, ser Cristo nuestra cabeza, y nosotros sus miembros. Pues si la gloria de la cabeza es también de los miembros, y si adonde está la cabeza es razón que esté el cuerpo, y esta cabeza hoy entra en el cielo, luego todos los miembros no sólo tiene razón para esperar el cielo, mas ya en él tienen tomada la posesión del cielo.

Y no sólo para la esperanza de la gloria, que es el fin de nuestro camino, sino también para la esperanza de todas las ayudas y medios que para esto se requieren, y para el remedio de todas las necesidades y trabajos desta vida, que es el mayor tesoro y la mayor consolación que en este mundo se puede tener. Esta consolación es una certidumbre que el hombre cristiano tiene de que el que se quiso hacer hombre por él, es el que tiene cargo de todas sus cosas, el que siempre mira por él, el que está velando sobre sus necesidades, el que oye sus oraciones, el que habla en su favor y procura su bien Pues quien tuvo tanta caridad que nos busçó con tantos trabajos, y nos buscó para nos dar tantos bienes, y nunca en sus trabajos se olvidó de nosotros, ni perdió un punto de su caridad para con nosotros, menos se olvidará estando tan sin trabajos, y estando con el mismo amor. Los bienes ya están ganados para él y para nosotros: no los querrá negar quien los ganó tanto á su costa. Si andando en el mundo fué nuestro procurador, y oyó nuestras peticiones, no menos las oirá estando en la silla de su poder y en posesión de tan grandes bienes.

Lo tercero sirve también esta subida del Señor para encender nuestra caridad y levantar nuestros deseos y pensamientos al cielo. Porque si son tantos y tan grandes los beneficios deste Señor, no sólo en aquel poco de tiempo que anduvo en la tierra, sino los que agora y para siempre recibimos estando en el cielo, donde no menos óbra nuestra salud haciendo oficio de abogado, que aquí la obró haciendo oficio de redemptor, ¿cómo no entregaremos todo nuestro amor á quien todo se entregó en todos los lugares y tiempos á nosotros? Y si (como el mismo Señor dice) donde está nuestro tesoro, allí está nuestro corazón, si todo nuestro tesoro es Cristo, ¿dónde es razón que esté todo nuestro corazón, sino con él? Porque así como el avariento siempre tiene su corazón en los dineros, el ambicioso en las honras, así también, como Cristo sea todo nuestro tesoro, nuestra honra, nuestra

gloria y todo nuestro bien (pues todas las cosas tenemos en él) claro está que poniéndonos Dios este tesoro en el cielo, nos obligó á tener allá nuestro corazón. Porque si aquel sancto Profeta que todo su bien tenía en solo Dios, decía (1): ¿Qué tengo yo, Señor, que ver en el cielo, ni que deseo yo de vos sobre la tierra? ¿por qué no dirá otro tanto el ánima, que todo su bien tiene en solo Cristo? Esto era lo que hacía á los sanctos, cuando en este mundo vivían, estar aquí con solo el cuerpo, y con el corazón y pensamiento en aquella bienaventurada región. Esto era lo que hacía al Apóstol decir que su conversación era en los cielos, por estar en ellos aquél por cuyo amor tenía todas las cosas del mundo por estiércol (2). Y á esto mismo convida él á los Colosenses en una epístola, donde dice (3): Hermanos, si resuscitastes ya con Cristo, buscad las cosas que están en lo alto, donde Cristo está asentado á la diestra del Padre: en éstas tened vuestro gusto, y no en las de la tierra. Como si dijera: Hermanos, si imitastes ya con la novedad de vuestra vida la resurrección de Cristo, imitad también el misterio de su ascensión, levantando vuestro espíritu á la contemplación y amor de las cosas del cielo. En las cuales palabras quiere el Apóstol que pues Cristo, que es todo nuestro bien, está en el cielo, allá esté también todo nuestro amor, nuestra esperanza, nuestra alegría y nuestro pensamiento. Quiere que de allá esperemos el remedio de nuestras necesidades, el alivio de nuestros trabajos, la lumbre para nuestros caminos, la ley de nuestra vida, y finalmente que así como todo este mundo inferior pende del cielo y de las influencias dél, así todo nuestro espíritu esté como colgado de Cristo, que está en el cielo, y de los beneficios y favores dél. Porque los que lo contrario hacen (quiero decir, los que viven en la tierra, y tienen todas sus raíces y esperanzas en ella) deshacen con la obra lo que confiesan por la boca, y contradicen con sus costumbres á lo que predican con sus palabras, pues confesando por una parte que todo su tesoro, su esperanza y su remedio está en el cielo, tienen todos sus gustos, su amor y esperanzas en la tierra.

Declarando Moisén á los hijos de Israel la condición de la tierra de promisión, á donde los encaminaba, díceles así: Esta tierra que os ha de dar el Señor, no es como la de Egipto, que se

(1) Psalm. 72. (2) Philip. 3. (3) Colos. 3.

riega con agua de pie y con las crescientes del río Nilo, sino es tierra que se riega con agua del cielo, sobre la cual tiene el Señor puestos sus ojos dende el principio hasta el fin del año, para visitarla con su rocío. Pues ¿qué es esto sino darnos á entender cuán diferentes sean las suertes y los ejercicios de los hijos deste siglo, y de los hijos de Dios? Porque (como dice S. Augustín) ni los malos tienen nada en el cielo, ni los buenos en este mundo. Y por tanto el oficio de los malos ha de ser andar siempre escarbando en la tierra y sirviendo al mundo, donde tienen su remedio: mas el de los buenos ha de ser poner siempre los ojos en el cielo, donde está todo su tesoro, y de donde esperan su remedio, diciendo con el Profeta: Levanté mis ojos á los montes, de donde me ha de venir el socorro: mi socorro es del Señor, que hizo el cielo y la tierra.

De cómo debemos seguir al Salvador con los buenos deseos.

§ II

Pues según esta doctrina, el que desea conformar la vida que vive, con la fe que profesa, y responder como debe á la grandeza deste misterio, conviene que todo su corazón, sus gustos y todos sus sentidos tenga en el cielo, pues en él está todo su bien, y aunque aquí more con el cuerpo, allí esté con el espíritu y con el deseo. Entre los hijos del patriarca Jacob el más amado era Josef: y como su padre, que ya le había llorado por muerto, supiese que estaba vivo y que era señor de toda la tierra de Egipto, fué tan grande el deseo que tuvo de verle, que se determinó de ir á visitarle con tan firme propósito, que ni la carga de la edad (que era ya de ciento y treinta años) ni el trabajo del camino, ni la dificultad de la mudanza de tan grande casa, bastaron para divertirlo deste propósito: tanto es lo que puede el amor. Pues si esto hacía este Patriarca por el amor de un solo hijo, teniendo otros muchos en casa, ¿qué sería razón que hiciesen los hombres por Cristo, pues ni tienen otro padre, ni otro bien, ni otro salvador, ni otro tesoro? ¿Por qué no le seguiremos á lo menos con el corazón y con el deseo, ya que no podemos con el cuerpo? Porque una de las causas por que se ausentó de nosotros,

fué porque tras dél se fuesen nuestros corazones, y morasen con él. Y en este sentido declara S. Bernardo aquellas palabras que el Señor dijo á sus discípulos: Conviene á vosotros que yo me vaya, porque si no me fuere, no vendrá sobre vosotros el Espíritu Sancto. ¿Por qué, Señor? ¿Por ventura es contrario el Hijo al Espíritu Sancto, porque haya de impedir el uno la venida del otro? Claro está que no. Mas la causa es, porque este espíritu celestial no mora sino en corazones celestiales, los cuales, muerta la afición de las cosas de la tierra, viven por amor y deseo en el cielo: y para que tales fuesen los corazones de los discípulos, convenía que su Maestro se subiese al cielo, para que pues era cierto que no le habían de desamparar doquiera que fuese (pues el amor no sufre apartamiento) le siguiesen con los corazones al cielo, y así se hiciesen capaces del Espíritu Sancto. Pues por esta causa se les fué el buen Maestro, por que llevase tras sí sus corazones, y encendiese con el ausencia su deseo. El cual deseo es uno de los principales aparejos que para recebir al Espíritu Sancto se requieren. Por esta causa dice Clemente Alejandrino que crió Dios al hombre en el paraíso con la posesión y señorío de todas las cosas, porque no teniendo cosa que desear en la tierra, todo su deseo trasladase al cielo, porque á trueque de sanctos deseos suele el Señor conceder sus beneficios. Y así dice él por Isaías (1): Todos los que tenéis sed, venid á las aguas, y los que no tenéis dineros, daos priesa á venir, y comprar, y comer. Venid, y comprad sin dinero y sin otra cosa de precio, vino y leche. ¿Qué es esto, Señor? ¿Cómo por una parte decís que compre, y por otra que no es menester oro ni plata ni cosa que lo valga? Porque sabía muy bien el Espíritu Sancto que el precio por que se compran las cosas del cielo, es el ardentísimo deseo dellas, según que el Salvador lo mostró, cuando en una parte dijo: El que tiene sed, venga á mí, y beba. Y en otra, cuando dijo: Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos se verán hartos.

Y si por ventura piensas que te piden mucho obligándote á dejar el mundo, levanta los ojos á considerar lo que te dan por esta renunciación. Porque no es mucho dejar tierra por cielo, bienes temporales por eternos, y criaturas por el Criador, porque

(1) Isai. 55.

todo esto se da á quien estotro deja. Ca después que aquel Señor consintió en ser vendido por treinta dineros, quedó (como dice Cipriano) tan habituado á darse por poco, que se da al hombre porque el hombre se da á él. De lo cual tenemos prenda segura en aquellas palabras que sobre este misterio mandó el Salvador decir á sus discípulos (1): Mirad que subo á mi Padre y á vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios. Con las cuales palabras nos entregó la posesión deste tesoro, dándonos á Dios por Padre nuestro y por nuestro Dios. Sobre lo cual dice el mismo Cipriano que por parte que Dios es nuestro Dios, somos suyos, y por la que es nuestro Padre, es él nuestro. Por dónde concluye diciendo: *Homo, cujus Deus est, quid amplius quaerit? Si sufficis tu Deo, sufficiat tibi Deus. Bonorum tuorum non indiget, nec conferre potes ei quicquam, nec auferre. Te solum bonitate, non necessitate, requirit.* Quiere decir: El hombre cúyo es Dios, ¿qué más quiere? Si tú bastas para Dios, ¿por qué no bastará Dios para ti? Esto es, si Dios se contenta contigo, ¿por qué no te contentarás tú con él? Mira que él no tiene necesidad de tus bienes, pues nada le puedes dar ni quitar. De manera que si él te busca, no te busca por su necesidad, sino por su bondad. Pues ¿qué mayor riqueza que ésta? Bienaventurado llaman los hombres al pueblo que está lleno de los bienes de la tierra (dice el Profeta) mas yo llamo (dice él) bienaventurado el pueblo que tiene al Señor por su Dios. Y si basta para tus riquezas tener á Dios por tu Dios, ¿cuánto mayor riqueza será tenerle por padre, y á Cristo por hermano, y partir con él la misma herencia del cielo? Pues siendo esto así, ¿qué resta sino que contentos con este bien, despreciemos todo lo demás, cumpliendo aquello que dice S. Gregorio: Ninguna cosa nos deleite acá bajo, pues tenemos padre en lo alto?

Y para hacer este trueque nos ayuda el mismo Hijo de Dios y hermano nuestro, no sólo ofresciéndonos esta gloria, sino ayudándonos con su gracia. Porque por esto se dice que subiendo á lo alto, llevó captivo nuestro captiverio y repartió sus dones á los hombres, ca este captiverio eran los hombres, los cuales eran voluntariamente captivos de sus mismos apetitos, y del mundo, y del demonio, á cuya voluntad obedescían: á los cuales de tal

(1) Joan. 22.

manera libertó, que no los dejó del todo libres, sino mudó su captiverio en otro mejor, porque donde eran captivos del demonio, hízolos captivos de Dios, dándoles gracia para que con tanta voluntad abrazasen las cosas del cielo, cuanto antes abrazaban las de la tierra, y tan captivos tuviese sus corazones el amor de Cristo, cuanto antes los había tenido el amor del mundo. Y esto obró mediante los dones que nos envió del cielo, y especialmente mediante la caridad que nos dió por el Espíritu Sancto, la cual por una maravillosa é inefable manera de tal suerte transforma y trueca los corazones donde perfectamente mora, que los aficiona mucho más á las cosas de Dios que nunca lo fueron á las cosas del mundo. Lo cual manifiestamente nos declara la caridad de S. Pablo y de todos los sanctos, porque ninguno de todos los mundanos con tanta afición se aplicó ni padesció tanto por las cosas de la tierra, cuanto ellos lo hicieron por los bienes del cielo. Lo cual todo se debe á este Señor, que subiendo al cielo, no quiso ir sin nosotros, pues con estos garfios y cadenas de sus dones prendió nuestros corazones y los llevó en pos de sí.

De cómo debemos seguir al Salvador también con buenas obras.

§ III

Mas no nos debemos contentar con seguirle desta manera con solos deseos, sino sigámosle también con nuestras obras, por que tal sea nuestra vida, que merezca la compañía de su gloria, que es el puerto de todos nuestros deseos, el fin de todos nuestros caminos y el premio de todos nuestros trabajos. Mas ¿quién será tan sabio que sepa atinar este camino? ¿Quién tan dichoso que alcance este premio? ¿Quién, dice el Profeta (1), subirá al monte del Señor? A esto responde el mismo Profeta diciendo que el que tuviere las manos inocentes y el corazón limpio. Esto es, aquél cuya vida fuere toda limpia, no sólo en los ojos de los hombres, sino también en los de Dios, el que ni con malas obras escandalizare su prójimo, ni con malos pensamien-

(1) Psalm. 14.

tos ofendiere á Dios, ése es el que merecerá subir á este lugar. En lo cual contesta con lo que S. Juan escribe en su revelación diciendo que aquella ciudad soberana es toda de oro purísimo, semejante á un vidrio muy claro (1), y por esto que no admite en su compañía cosa sucia, como indigna de la pureza de tal lugar. Porque todas las cosas naturalmente aborrescen sus contrarios, y huelgan con sus semejantes, porque con los unos se destruyen, y con los otros se conservan. Y esto mismo nos representan los ángeles que en esta fiesta aparescieron á los discípulos en el monte Olivete, vestidos de ropas blancas, acompañando la subida del Redemptor, para significar la pureza é inocencia de que han de estar vestidos los que han de acompañar al Señor en esta jornada. Porque (como dice Eusebio Emiseno) con el autor de la bondad no sube la malicia, y con el maestro de la humildad no sube la soberbia, ni con el amigo de la paz la discordia, ni con el Hijo de la Virgen la deshonestidad, ni con el Padre de las virtudes la fealdad de los vicios, ni con el justo los pecadores. Pues siendo esto así, entendamos (dice el mismo) cuánta pureza conviene que tengan los que quieren entrar en la región de los justos y en el palacio real de Cristo. Si algún hombre entrase en alguna ciudad riquísima y muy resplandesciente, poblada de muy nobles y claros ciudadanos, estando él vestido de ropas sucias y remendadas, con los pies descalzos y la cara manchada, ¿cuán lleno de vergüenza y confusión andaría por esta ciudad? Pues según esto, ¿paréceos que el resplandor de aquella ciudad celestial, poblada de tan nobles y ilustres moradores, podrá recibir en sí un ánima abominable, inficionada con el cieno hediondo de la corrupción, trayendo consigo las vergonzosas señales de los vicios carnales, y las fealdades de sus deshonestas lujurias? ¿No está claro que la arredrarán del acatamiento de aquel Rey soberano, y le dirán: Amigo, ¿cómo entraste aquí sin traer ropa de fiesta? Y como él no tenga qué responder, luego será pronunciada contra él aquella temerosa sentencia que dice: Atado de pies y manos (esto es, condenadas todas sus obras y todo el curso de su mala vida) echaldo en las tinieblas exteriores, donde habrá llanto y crujir de dientes. Procuremos pues, hermanos, que al tiempo deste juicio no halle en nosotros el Juez ninguna fealdad

(1) Apoc. 21.

ni malicia. Mientra vivimos en este cuerpo mortal, aparejo tenemos para lavar estas fealdades, y curar estas heridas, y soldar todas las quiebras de nuestra vida. Mas los que engañados con falsa seguridad, no redimiéremos aquí nuestras culpas, después con intolerable dolor las llevaremos ante la presencia de los sanctos y ante la majestad del Juez temeroso. Y ¿qué será de nosotros, si con tan feo hábito pareciéremos delante de aquel nobilísimo Senado de todos los sanctos? ¿Qué día será aquél, qué temor, qué espectáculo del cielo y de la tierra, cuando entre las religiosas hazañas y merescimientos de los otros se presenten nuestras fealdades? ¿Qué cosa más intolerable que descubrirse allí la deshonra y vergüenza de los malos, cuando se manifieste y publique la gloria de los buenos? Porque mucho más fea parecerá la causa de los vicios en presencia de tan excelentes virtudes. Pues según esto, ¿qué espanto será, qué miseria y tristeza, cuando la miserable ánima avergonzada con la fealdad de las culpas antiguas, y amancillada con la torpeza de sus deshonestidades, sea presentada delante del concilio de los Apóstoles y mártires y de aquellos resplandescientes coros de ángeles, cuando vea que le ponen delante una tan prolija tela de todas las confusiones y vergüenzas de su vida, cuando por común voz y sentencia de todos, y también de su misma consciencia, se vea condenada? Todas estas cosas, hermanos, que allí no se pueden curar, aquí se pueden redimir. Trabajemos pues con todas nuestras fuerzas por que como nuestro Salvador este día subió al cielo con nuestro cuerpo, así nosotros, hechos miembros suyos, con sanctos deseos y obras virtuosas sigamos nuestra cabeza. Subamos en pos dél por caridad, por amor, por compunción, por benevolencia y concordia, y subamos también (si os parece) con el ayuda de nuestras mismas pasiones. Y si me preguntáredes de qué manera podremos con esta ayuda de las pasiones subir, respondo que esto podrá ser, trabajando cada uno de nosotros por subjectarlas, poniéndolas debajo de los pies, y domándolas con ánimo generoso. Ca desta manera haremos dellas escalones para subir á lo alto, porque ellas mismas nos levantarán sobre nosotros, si estuvieren debajo de nosotros. Y desta manera haremos de nuestros vicios escalones para el cielo, si los pusiéremos debajo de nuestro mando. Lo susodicho es de Eusebio Emiseno. Lo cual quise escribir tan por extenso en la historia deste miste-

rio, porque como en él hicieron mención los ángeles de la venida del Salvador á juicio, convenía hacer también aquí mención della: para lo cual sirven las palabras susodichas.

Ésta pues fué la despedida de nuestro Salvador, la cual concluye el evangelista S. Mateo con las más dulces palabras que el mundo pudiera desear. Porque acabando el Señor de mandar á los discípulos que fuesen por todo el mundo, y predicasen la buena nueva del Evangelio, y baptizasen los hombres, y les enseñasen á guardar todo lo que él les había enseñado, añadió estas postreras palabras: Y mirad que yo estoy con vosotros todos los días hasta que se acabe el mundo. ¡Oh palabras divinas! ¡Oh palabras más dulces que la miel, y más suaves que todo licor suave! En las cuales hallarán los tristes consuelo, los enfermos medicina, los desterrados compañía, los necesitados remedio, los tentados esfuerzo, los humildes abrigo, y los pobres y atribulados fiel socorro de todos sus males, pues á todos ellos asiste con paternal cuidado y providencia quien por su remedio puso la vida. Y en prendas desta particular asistencia se quedó él mismo con nosotros en el Sanctísimo Sacramento del altar, que en todas las iglesias de la cristiandad está siempre depositado, para que por aquí entendamos que no menos está presente á todas las oraciones y necesidades de los suyos, que lo está á los ojos corporales en este Sacramento. ¿Qué resta pues, sino que todos demos infinitas gracias á este amantísimo Señor, que tan enteramente se ofreció todo á nuestra salud, y que todos le alabemos con aquellas palabras con que S. Juan Evangelista dice en su Apocalipsi que le alaban los bienaventurados en el cielo diciendo: Bendición, claridad, sabiduría, hacimiento de gracias, honra, virtud y fortaleza sea siempre á nuestro Dios en los siglos de los siglos Amén?

FIN DE LAS MEDITACIONES DE LA VIDA DEL SALVADOR

De la venida del Espíritu Sancto.

En esta gloriosa venida del Espíritu Sancto podemos primeramente considerar la inmensa bondad de nuestro Señor para con los hombres, pues habiéndoles dado ya á su unigénito Hijo, les dió agora al Espíritu Sancto. Y así como el Hijo de tal manera vino al mundo, que también se quedó con nosotros en el Sanctísimo Sacramento, así nos dió también al Espíritu Sancto, para que eternalmente estuviese en la Iglesia y en los corazones de los fieles, enseñándolos y guiándolos por camino seguro á la vida eterna. En lo cual parece que se hubo el Eterno Padre con el mundo como una madre que cría un hijo chiquito, al cual después que ha dado uno de los pechos, le da también el otro, para que no le falte mantenimiento con que se sustente.

Cuán grande sea la excelencia deste misterio, parecerá claro á quien considerare que todos los otros pasos y misterios de la vida de nuestro Salvador se ordenaron á éste, porque todo cuanto él en esta vida hizo y padesció, á este fin lo ordenó, como quien tanto procuró en todas las cosas nuestra salvación, la cual consiste en morar en nuestras ánimas el Espíritu Sancto. Vese también esto, porque una de las cosas que más veces el Salvador nos prometió en el Evangelio, fué esta venida del Espíritu Sancto, Y así podemos decir que una buena parte del Evangelio es profecía desta venida, y que como los Profetas fueron profetas de Cristo, así Cristo fué profeta del Espíritu Sancto: por dónde entenderemos cuán alto sea el misterio, pues tal profeta meresció tener.

Vese también esto por la excelencia desta dádiva y por los efectos que en el ánima óbra. Porque ¿qué cosa más dulce de contemplar, que ver este divino Espíritu morar en un ánima, y estar allí alumbrándola, enseñándola, enamorándola, animándola, esforzándola, purificándola é hinchiéndola de aquellos sus riquísimos dones? Pues ¿no es cosa admirable ver un Dios tan grande, tan poderoso, tan glorioso, que se quiera inclinar á morar en el hombrecillo, que hoy es y mañana desaparece, y que él por sí mismo quiera entender en la sanctificación y reformación de su vida?

Mas veamos agora la historia deste misterio, como la cuenta Sant Lucas. Dice pues él que despidiéndose el Salvador de sus discípulos para subir al cielo, al tiempo de la partida les mandó que estuviesen en Hierusalem hasta que fuesen vestidos y fortalescidos con la virtud y poder del Espíritu Sancto. Con este recaudo se volvieron ellos del monte Olivete al cenáculo de Hierusalem, donde se recogió aquella inocente manada de los discípulos y discípulas del Salvador, que por todos eran ciento y veinte personas. Y de todos ellos dice el Evangelista que perseveraban en oración con María, madre de Jesú, y con otras sanctas mujeres que seguían á este Señor. Acordábanse de aquellas palabras con que él nos exhortaba á la oración diciendo: Si vosotros, siendo malos, dais buenas dádivas á vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Sancto á los que se lo pidieren? Y por este mismo medio habemos todos de negociar con nuestro Padre celestial, pidiéndole este mismo Espíritu. Mas esta petición, para subir al cielo, ha de ir acompañada con gemidos y deseos entrañables del corazón, pues está escripto que el deseo de los pobres oyó Dios. Tal era la oración destos sanctos discípulos, cuando esperaban la venida del Espíritu Sancto para su abrigo y remedio. Porque veíanse huérfanos y desamparados de su Maestro, veíanse puestos en medio de tantos enemigos, entendían que el remedio destos males consistía en la venida deste segundo Maestro que esperaban. No sabían cuánto él dilataría su venida, clamaban noche y día de lo íntimo de su corazón, diciendo: ¿Cuándo, Señor, nos habéis de enviar ese maestro y consolador que nos prometió vuestro Hijo? ¿Hasta cuándo habéis de dilatar esa tan grande misericordia? Mirad, Señor, nuestro desamparo, nuestro desabrigo, nuestra orfandad y nuestro grande peligro. Mirad que ninguna otra cosa nos queda debajo del cielo sino esta prenda de vuestro Hijo. Nosotros somos los que perseveramos con él en todas sus tribulaciones y caminos. Por él dejamos barco y redes y todo lo que en este mundo poseíamos, por él somos corridos é infamados entre las gentes, por él andamos á sombra de tejados, y estamos aquí encerrados, sin osar parecer entre los hombres, y no es justo que sean desamparados los que son perseguidos por vuestro amor. Y pues ésta es una de las primeras honras que dais á nuestro Maestro por aquella grande obediencia suya, mostrad, Señor, en la gran-

deza desta gracia cuánto os agradó aquella tan perfecta obediencia.

Estas y otras semejantes palabras repetían, y esta petición le representaban continuamente. Estaban en compañía de los discípulos aquellas piadosas mujeres que seguían al Cordero por doquiera que iba, y sustentaban con sus limosnas al que mantiene todas las criaturas. Y sobre todo, estaba allí la sacratísima Virgen como gobernadora y presidente de aquel sagrado Colegio en absencia de su Hijo, guiando aquel ganado á lo interior del desierto, que es, al secreto del recogimiento y perseverancia de la oración, como la que sabía cuánto importaba la perseverancia desta virtud para recebir al Espíritu Sancto. ¡Quién fuera tan dichoso que meresciera hallarse en aquella bienaventurada compañía, y oir aquellos gemidos, y ver aquellas lágrimas, perseverar en aquellas oraciones, mirar el rostro de aquella serenísima Reina de los ángeles, y aquellas lágrimas que de sus purísimos ojos corrían, y ver de qué manera aparejaría aquellos pechos apostólicos para la venida del Espíritu Sancto! Era ella su esposa, secretaria de sus misterios, testigo de sus maravillas, y así sabía muy bien cómo se habían de aparejar los corazones para este huésped, y entendía que uno de los principales medios para esto era perseverar día y noche en oración. Porque si un tahur juega dende la prima noche hasta la mañana sin dormir y sin cansar, con esperanza de desquitarse de lo que ha perdido, ó de ganar algo de nuevo, ¿qué mucho era hacer los hombres otro tanto por recebir el Espíritu Sancto? Ca sin duda, si gastásemos parte de la noche luchando y porfiando en la oración con nuestro Señor (como lo hizo el patriarca Jacob) cierto es que recebiríamos la gracia de su bendición, como él la recibió.

Estando pues los discípulos ocupados en este ejercicio, diez días después que el Salvador había subido al cielo, descendió el Espíritu Sancto en forma de un grande viento y en figura de lenguas de fuego, y asentóse sobre las cabezas de los discípulos. Y fué tan grande la claridad, y el amor, y la suavidad y conoscimiento que allí recibieron de Dios, que no se pudieron contener sin salir en público y decir á grandes voces en todas las lenguas las grandezas y maravillas dél. En otro lugar dijimos que los que se ejercitan en la consideración de los misterios y vida de nuestro Salvador, no se han de contentar con mirar solamente

aquella imagen de las cosas que se representán en la historia, sino procurar también de penetrar estos misterios con los ojos intelectuales del ánima, hasta llegar á entender los ánimos y pensamientos de las personas que allí se nos proponen, conjecturando por lo que se ve de fuera en el cuerpo, lo que en el ánima está encerrado. Pues esto debemos hacer en este misterio, donde vemos unos hombres tan flacos y tan cobardes, que el más esforzado dellos negó á su Maestro por temor de una mozuela, y que él y todos sus compañeros estaban allí escondidos y acobardados, sin osar parecer ante los hombres, Vemos pues que en este día descendió el Espíritu Sancto sobre ellos con tanta abundancia de sus dones y gracias, que después de Cristo y su bendita madre nadie fué tan enriquescido como ellos Pues según esto, ¿cuál sería la luz, el amor, la suavidad, el celo de la gloria de Dios, y la fortaleza que aquellos sagrados pechos recebirían? ¿Cuán grande sería el conoscimiento que por aquí recibirían de la infinita bondad y hermosura de Dios, pues no se pudieron contener sin salir á dar voces y pregonar la grandeza de sus maravillas? ¿Qué verían aquéllos en cuyas ánimas resplandescía el Sol de medio día con tan grandes resplandores? ¿Qué dirían, qué sentirían, qué gustarían y qué harían viéndose abrasados y transformados en Dios con aquella tan grande luz? Parece que si en aquella sazón no dieran estas voces, que reventaran y se hicieran pedazos, como las tinajas nuevas cuando hierven con el nuevo mosto. Creo también que fué tanto lo que alcanzaron de la bondad y caridad y hermosura de Dios, y que lo amaron con tan grande amor, que si tuvieran mil vidas, con grandísima alegría las ofrecieran por él los que antes por muy pequeña ocasión desampararon á su Maestro, y lo dejaron solo en poder de sus enemigos. Creo también que fué tan grande el deseo que tuvieron de la gloria de Dios y de que los hombres conosciesen y amasen esta tan grande bondad, que cada uno dellos tomara por partido ser anatema de Cristo por la salud de sus hermanos, como Sant Pablo lo deseaba. Y con este deseo ardían, morían, abrasábanse y derritíanse sus entrañas con deseo de la honra de Dios y de la salvación de sus prójimos. Y no fueron defraudados de lo que tanto deseaban, porque con una llama de aquel fuego abrasaron allí tres mil hombres, y con otra cinco mil, y así cada día iban abrasando el mundo, hasta que llegó esta llama á los últimos fines de la tierra, y hicieron que el

Dios que solamente era conocido (aunque mal servido) en Judea, fuese conoscido y adorado en el mundo. De manera que abrasados ellos, abrasaron los otros, inflamados, los inflamaron, y sanctificados por este Espíritu del cielo, sanctificaron el mundo.

La Asumpción de Nuestra Señora.

Entre todas las fiestas que la sancta madre Iglesia celebra de la Virgen nuestra Señora, ésta de su gloriosa asumpción se puede con más razón llamar fiesta suya. Porque en todas las otras fiestas de sus misterios, aunque fueron muy gloriosos, siempre hubo algo de la fruta desta tierra, que es valle de lágrimas. Quiero decir que siempre hubo alguna mixtura de trabajo y de dolor. Porque en la concepción del Hijo había que recelar la sospecha del esposo, que no sabía el misterio. En la natividad no faltaron lágrimas así del niño como de la madre, viéndolo ella en lugar tan pobre y desabrigado. En la circuncisión sobraba causa de dolor, viendo ella que el niño padescía con la herida que recebía. En la adoración de los Reyes, ya Herodes tenía determinado buscar el niño para matarlo. En la fiesta de la purificación, aunque fué muy gloriosa, se echó acíbar en todos los gustos y alegrías de la Virgen, considerando lo que el sancto Simeón le profetizó de los dolores y contradicciones que el Hijo bendito había de padescer. Mas en la fiesta de hoy, como no es fiesta de la tierra sino del cielo, no hay sombra ni memoria de trabajo, antes aquí se mudan los dolores en gozos, y las lágrimas en alegrías, y las deshonras é ignominias en honras y gloria, y la tempestad de los trabajos pasados en tranquilidad y bonanza. Aquí la que se vió al pie de la cruz la más afligida de las mujeres, se ve agora ensalzada sobre los coros de los ángeles.

La gloria desta fiesta nos representa la Iglesia en el Evangelio que se canta en ella, que trata de las dos hermanas Marta y María Magdalena. Mas aunque la letra dél no sirve á este misterio, pero en el sentido espiritual ninguna cosa podía venir más á propósito. Trátase en él cómo el Salvador entró en un castillo, y que una mujer, por nombre Marta, lo hospedó en su casa, y que ésta tenía una hermana, por nombre María, la cual asentada á los pies del Salvador, estaba oyendo con mucha atención

sus palabras: y así una entendía en apascentar el cuerpo de Cristo con su servicio, y la otra el espíritu dél con su devoción. Todas estas cosas perfectísimamente competen á nuestra Señora, y todas declaran la grandeza del galardón que este día rescibe por ellas. De manera que ella es el castillo donde vino Cristo, ella la casa donde fué hospedado, ella la Marta que le servía, y ella la María que con silencio oía sus palabras, y la que escogió la mejor parte, que nunca le será quitada. Declaremos cada cosa déstas.

Primeramente, ella fué este castillo inexpugnable por razón de su fe y fortaleza. Y así se dice della en los Cantares que es como la torre de David, edificada con sus baluartes, y con mil escudos que están colgados della, y con todo género de armas de caballeros esforzados. Pues esta torre es el ánima desta sacratísima Virgen, fortalescida con todas las virtudes y dones del Espíritu Sancto, con las cuales estuvo tan armada y fornescida, que toda la potencia del mundo, de la carne y del demonio nunca pudieron tomar una sola almena dél, porque nunca la pudieron hacer desvarar en un solo pecado venial. Mujer de carne era, en este mundo vivía, con la gente del mundo conversaba, á las necesidades de su cuerpo servía, sobre todos los lazos y peligros deste mundo andaba, y con todo esto tenía el Espíritu Sancto tan á recaudo este castillo (¡oh cosa de grande admiración!) que en sesenta años de vida, ni en comer, ni en beber, ni en dormir, ni en hablar, ni en pensar excedió en un punto el compás de la razón y de la ley de Dios. Este privilegio á sola ella, como á madre de Dios, fué concedido, el cual ni á los Apóstoles se otorgó. Porque voz es común de todos ellos: Si dijéremos que no tenemos pecados, mentimos y no hablamos verdad. Y por eso les dijo el Salvador que en su oración dijesen: Perdona, Señor, nuestras deudas, así como nosotros las perdonamos á nuestros deudores.

Fué también esta Virgen casa donde el Salvador fué recebido y aposentado. Porque aunque sea verdad que todos los justos son casas y templos donde mora Dios, mas esta Señora por otra manera más excelente meresce este nombre, pues en ella moró Dios por especial manera, pues no sólo moró en su ánima con mayor abundancia de gracia, sino también en su cuerpo, tomando della carne humana. Por lo cual con mucha razón se llama templo vivo de Dios, arca del Testamento, silla de la sabiduría,

trono del verdadero Salomón, y paraíso terrenal del segundo Adam. Ésta es aquella casa que aparejó la huéspeda de Eliseo á este mismo Profeta, que era un pequeño aposento con una cama y mesa y silla y un candelero para servicio del Profeta, cuando por allí pasase. Éstas fueron las alhajas con que el Espíritu Sancto aparejó el ánima desta Virgen para hospedar al verdadero Eliseo, cuando á este mundo viniese. El aposento pequeño fué su humildad, la cama es el descanso de la oración, la mesa el fruto de las buenas obras, la silla la perseverancia, el candelero la luz del buen ejemplo y buena vida. Éstos pues fueron los aderezos de la casa donde el Salvador fué recebido, y éstos mismos ha de procurar el que desea tener á Dios en su ánima.

También compete á esta Virgen con mucha razón el nombre y oficio de Marta. Porque si Marta es la que algunas veces rescibió al Salvador en su casa, y le sirvió, ¿cuánto más lo será la que lo aposentó en sus entrañas, la que lo envolvió cuando nasció en pañales, la que lo reclinó en el pesebre, la que lo trajo en sus brazos, la que le dió leche á sus pechos, la que huyó con él á Egipto, la que trabajaba día y noche para sustentarlo, la que lo siguió siempre en su vida, la que le acompañó en la muerte, y la que se halló al pie de la cruz, y della lo recibió en sus brazos, y acompañó hasta la sepultura? Si es Marta la que recoge al peregrino y viste al desnudo, ¿cómo no lo será la que tantas veces dió de comer á este nuevo peregrino, y lo vistió de nuestra humanidad? De aquella mujer fuerte escribe Salomón que hizo una tela de lino, y la vendió, y dió un cinto al Cananeo. ¿Qué tela es ésta, y qué cinto, sino aquella sagrada humanidad de Cristo, con la cual esta sancta mujer ciñió y estrechó al que hinche cielos y tierra? Este vestido le vendió el día de la encarnación, y hoy se lo pagan en el día de su asumpción, y le dan por él el señorío de todo el mundo.

Y no menos compete á esta Señora el nombre de María que de Marta. Porque si María es la que asentada á los pies de Cristo, oye sus palabras, ¿cómo no lo será la que tantas veces gozó desta misma doctrina? ¡Cuántas veces, oh Serenísima Virgen, asentada á estos mismos pies, oías de esta celestial boca palabras de vida eterna! ¡Cuán de buena voluntad enseñaría tal Maestro á tal discípula! Grande gusto es para el labrador sembrar en buena tierra, y para el pescador tender la red en agua

fértil, y no menos lo sería para este Maestro predicar á tales oídos. ¡Cuántas veces ella asentada á la mesa, perdería el gusto y la comida por estar suspensa viendo comer en su pobre mesa al que mantiene los ángeles en la gloria! ¡Cuántas veces acostada junto al niño en la cama, perdería el sueño contemplando cómo dormía aquel niño que velaba gobernando al mundo! Pues si el oficio de María era contemplar en Dios, ¿cuándo esta Virgen dejó de contemplar en él, por más ocupada que estuviese? Si María Magdalena con tanta devoción y lágrimas lavaba los pies de Cristo, y enjugaba con sus cabellos, ¿qué pasaría en el corazón desta Virgen cuando envolvía al niño y lo desenvolvía, cuando lo arrollaba, cuando lo halagaba, cuando lo calentaba y abrigaba en sus virginales pechos, y cuando después de pasado un año masticaba la Virgen algún bocado de más substancia, y le ponía en la boquita del niño? Y ¡cuán sin asco aceptaría él este servicio! ¡Con qué reverencia estaría acostada al lado del sancto niño, teniendo su divina cara junta con aquél en cuya faz desean mirar los ángeles! Y ¿cuál podemos entender que era la pureza y sanctidad de la que para este tan alto ministerio *ab æterno* fué escogida?

Mas ya es tiempo que tratemos del galardón que se dió á tales servicios, que son los privilegios que le fueron concedidos este día. Entre los cuales uno fué (según que refiere S. Dionisio) hallarse los Apóstoles presentes á la hora de su fallescimiento, lo cual sería para ella materia de grande consolación, mas para ellos de grande soledad, viendo que ya quedaban del todo huérfanos de padre y madre. Otro privilegio fué ser llevada al cielo en cuerpo y ánima, y que su purísima carne, como la del Hijo bendito, no padesciese corrupción. Lo cual afirma S. Augustín diciendo: Aquella purísima carne, de donde tomó carne el Hijo de Dios, creer que fué entregada á los gusanos para que la comiesen, como no lo puedo creer, así no lo oso decir. Otro privilegio fué la fiesta y recebimiento tan solemne que se le haría á la salida de este mundo. ¡Oh quién se hallara en aquella procesión tan gloriosa, y gozara de aquella solemnidad! Leemos de algunos sanctos que fueron llevados por los ángeles con voces y cantos celestiales hasta el lugar de la sepultura, como se escribe de S. Martín. Y aun de aquel pobrecito Lázaro dice el Evangelio que fué llevado por los ángeles al seno de Abraham. Pues si esta

honra se hace á los sanctos, ¿qué se haría á la madre del Sancto de los sanctos, mayormente habiendo ella sido medianera de la gloria de ellos, pues por su mano rescibieron el fructo de la vida? Pues siendo esto así, ¿qué harían el día de su triunfo, el día que se les ofrecía ocasión para mostrar el agradescimiento y voluntad que tenían al Hijo y á la Madre? ¿Con qué alegría la saldrían á recebir en medio de esos aires? ¿Cuál sería aquel recebimiento? ¿Qué voces, qué alabanzas, qué melodías, qué músicas allí se oirían? Y ¿qué sería ver con las voces de los hombres también las de los ángeles, y el espanto dellos, cuando viesen una criatura de tan baja especie como es una mujer nascida y criada en este mundo, levantarse sobre todas las criaturas, y dejar á sus espaldas todos los coros de los ángeles, y poner su silla al lado de Dios? Y así maravillados de esta grande novedad y gloria, comenzaron á decir: ¿Quién es ésta que sube del desierto llena de deleites, y recostada sobre su amado? Otros, considerando el olor suavísimo de sus virtudes, decían· ¿Quién es ésta que sube como una vara delgada de humo de mirra y encienso y de todos los polvos olorosos, que son todas las virtudes? Otros, considerando la grandeza de su resplandor y hermosura, decían: ¿Quién es ésta que sube á lo alto como la luz de la mañana, cuando comienza á esclarescer, hermosa como la luna, escogida como el sol, y terrible como los escuadrones de los ejércitos bien ordenados? ¿Cuál sería pues aquí el alegría de los ángeles, acordándose que por medio de esta Señora fueron sus sillas reparadas? ¿Cuál la de los Profetas, viendo ya presente con sus ojos la que tantos años antes habían visto en espíritu? ¿Cuál la de los sanctos Patriarcas, viendo aquella hija suya, cuyo resplandor alumbraba sus ánimas, cuya esperanza sustenía sus vidas, y cuya memoria los consolaba en su destierro? Desta manera pues fué recebida y llevada esta Virgen sanctísima al trono que le tenía Dios *ab æterno* aparejado. Y aunque esta fiesta sea suya, pero también es nuestra, pues ella es nuestra madre, y nuestra abogada, y nuestra medianera. Porque así como el Hijo mostrando sus llagas al Padre, aboga por nosotros, así esta Señora mostrando al Hijo los pechos virginales con que lo crió, aboga por nosotros. Y como el Hijo es nuestro medianero ante la cara del Padre, así ella también lo es ante la presencia del Hijo, donde reside gozando de inestimables deleites, y rogando por los pecadores.

De la Coronación de Nuestra Señora.

Después de la subida de la Virgen gloriosa al cielo, síguese luego su coronación, que es la grandeza de la gloria que por sus merescimientos y trabajos le fué dada, que es el postrero de los misterios del Rosario. En la contemplación deste misterio los devotos de la Virgen se alegran con ella, y gozan en su manera de lo que ella goza. Sirve también este misterio para que considerando la grandeza de la gloria que tiene nuestro Señor aparejada para los piadosos merescimientos y trabajos de los suyos, se animen ellos más á trabajar por este galardón.

La grandeza de esta gloria veremos claramente, cuando la misericordia de nuestro Señor nos sacare desta cárcel, y llevare á su compañía. Mas mientra esto se dilata, podremos por algunas conjecturas entender algo de ella. Porque esta gloria corresponde á los servicios de esta Virgen, y á la profundidad de su humildad, y á la alteza de su dignidad, y á la grandeza de sus trabajos. Declaremos cada cosa déstas. Los servicios de esta Virgen, criando y sirviendo al Hijo de Dios, y acompañándolo hasta la cruz y hasta la sepultura, fueron los mayores del mundo, y así por ellos le compete el mejor lugar del mundo. La humildad fué la mayor de todas, y así será también la gloria. Porque si Lucifer, por ser el mayor de los soberbios, cayó en el más bajo de los lugares, la que fué más humilde de las humildes, ¿dónde estará sino en el más alto lugar del mundo? Y si la honra de la madre es honra del hijo, ¿qué lugar tendrá guardado tal hijo para tal madre, pues la honra della es honra dél? Y si como dice el Apóstol, cada uno recebirá el galardón conforme á sus trabajos, ¿qué corona y qué galardón recebirá hoy la que toda la vida trajo ante los ojos la cruz y la muerte y las persecuciones del hijo? Y sobre todo esto, ¿qué trabajo fué para ella estar tantos años en este destierro absente del hijo que tanto amaba? Si la madre de Tobías se desperescía por la absencia de un hijo que mucho amaba, ¿que haría esta Señora por la absencia tan larga de tal hijo, y tanto más amado? Entendía esto aquél que decía: Deseo ser desatado y verme con Cristo (1). De todos los sanctos se dice que tie-

(1) Philip. I.

nen la muerte en deseo, y la vida en paciencia. Pues ¿qué haría esta Virgen, siendo la más sancta de los sanctos, y la que tanto más deseaba verse con Cristo? Si es común voz de todos los sanctos: Así como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi ánima á ti, mi Dios, solo él sabe lo que en este tiempo esta Virgen padescería, solo él sabe lo que sentía cuando en la oración decía: Venga á nos, Señor, tu reino, y también la obediencia con que luego decía: Hágase, Señor, tu voluntad en la tierra, como se hace en el cielo. Pues ¿por qué, Señor, quisistes que esta inocentísima Virgen tantos trabajos padeciese y tanto tiempo fuese mártir? Todo esto fué para nuestro provecho: como los trabajos del hijo, así también los de la madre. Quiso él que esta Virgen fuese ejemplo y consolación de todas las mujeres. Quiso que fuese ejemplo de las vírgines siendo virgen, y de las casadas siendo casada, y de las viudas y desamparadas siendo ella viuda, para que así se consolasen con su ejemplo, y le pidiesen confiadamente socorro, considerando que como el hijo por haber sido en este mundo perseguido y atribulado, sabe socorrer á los atribulados, así la madre, por haber visto los trabajos de las mujeres, sea común socorro de todas ellas. Pues si el galardón de Dios ha de ser conforme á los trabajos y á los servicios y merescimientos, quien tales merescimientos tuvo, ¿qué galardón recebiría? No hay aquí qué responder más de lo que Sant Bernardo dice, que como la Virgen hospedó á Cristo cuando vino á este mundo en el mejor lugar del mundo (que fué su templo virginal) así cuando ella subió deste mundo al cielo, fué aposentada en el mejor lugar del cielo, que fué á la mano derecha de su hijo, para que así pueda ya decir con la Esposa: Á la sombra de mi amado estoy sentada, y su fructo es dulce á mi garganta.

Pues ¿cuál sería el alegría de aquel maternal corazón, cuando viese ante sus ojos el hijo tan amado y tan deseado, cuando lo adorase y abrazase, y diese paz en su divino rostro, y viese cuán dulcemente la llamaba él y convidaba diciendo: Levántate y date priesa, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven á mí, ca el invierno es ya pasado, y las aguas y torbellinos de los dolores han cesado, y las flores han aparescido en nuestra tierra? Pues ¿qué lengua podrá explicar hasta dónde llegó esta alegría? Cuando el patriarca Jacob vió vivo á su hijo Josef muy querido, al cual tenía por muerto, y supo que era señor de toda la tie-

rra de Egipto, prorrumpió en aquellas palabras de tanta alegría: Ya, hijo, moriré alegre, porque vi tu cara, y te dejo vivo. Pues según esto, ¿qué haría esta Virgen cuando á cabo de doce años, en los cuales día y noche sospiraba por la presencia de su hijo, lo viese ante sí glorioso y señor de todo lo criado? Pues ¿qué palabras bastarán para explicar esta alegría? ¡Oh por cuán bien empleados daríades entonces, Señora, vuestras lágrimas, vuestros dolores, vuestros caminos y vuestros trabajos! ¡Oh dichosas lágrimas, que merescieron tal consolación, y dichosos trabajos, á que se ofrece tal galardón! Pues el alegría del hijo en ver su dulcísima madre ya despenada y descansada, ¿quién la entenderá? Porque cuanto era mayor la caridad del hijo que la de la madre, y cuanto es mayor gloria para Dios hacer mercedes que á la criatura recebirlas, tanto fué mayor aquí el alegría del hijo que la de su madre, por grandísima que fuese.

Pues el lugar donde la asentaron, ¿cuál sería? ¿En cuál de los coros celestiales sería colocada, porque todos ellos tenían cierta manera de acción y derecho para pedirla para sí? Los hombres decían que á ellos les pertenescía, por ser del linaje humano. Los ángeles decían que á ellos pertenescía, porque aunque la naturaleza era humana, la vida fué más que angélica. Las vírgines otrosí la pedían para su coro, porque ella fué guía y reina de las vírgines y la primera inventora de la virginidad. Los mártires también la querían para sí, diciendo que ella fué mártir, y más que mártir, al pie de la cruz. Pues ya los Apóstoles la piden para sí, porque fué maestra y señora dellos, y vicaria en absencia de su hijo. Pues á todas estas peticiones se da por sentencia que no pertenesce á la dignidad singular de la Madre de Dios estar en compañía de otros, sino que ella esté por sí sola, y haga coro por sí, donde no tenga compañía alguna, sino que sea singular en la gloria como fué singular en la vida: y así fué colocada al lado de su amantísimo Hijo, como en figura se representó en la madre de Salomón, que entrando una vez á ver á su hijo, levantóse el hijo á recebirla, y mandó poner un trono á su lado, en que la madre se asentase. Pues ¿cuánto con mayor razón el Hijo de Dios, que nos mandó honrar á los padres, asentaría á su lado su bendita madre, y tal madre? Ca justo era que la que á su lado se halló al pie de la cruz penando en la tierra, se hallase á su mismo lado gozando en el cielo, y que como en la tierra fué

participante de la pena del hijo, así agora lo fuese de la grandeza de su gloria. Y á este propósito aplica Sant Bernardo aquello del Apocalipsi, donde dice Sant Juan que apareció en el cielo una mujer vestida del sol, la cual debajo de sus pies tenía la luna, y encima de la cabeza una corona de doce estrellas. Con mucha razón dice este Sancto que la Virgen nuestra Señora estaba vestida del sol, porque estaba toda cercada y embestida de aquella luz inaccesible, para que entendamos que ninguna cosa había en ella que no estuviese abrasada y encendida con amor. Oh Señora, ¡cuán familiar, cuán vecina y cuán íntima eres á Dios! ¡Cuánta gracia hallaste en sus ojos! Él está en ti, y tú en él: tú vistes á él, y él viste á ti. Tú le vistes con la substancia de nuestra carne, y él viste á ti con la gloria de su majestad. Tú vistes al Sol con una nube, y él te viste con el mismo Sol. Tiene también la luna debajo de los pies, para que entendamos que reina sobre todo lo que es mudable. Solo Dios, que no se muda, es más que ella. Pero lo que no es Dios, no es tal como ella. Dice más, que tiene en la cabeza una corona de doce estrellas. Porque ¿cómo no será coronada con estrellas la que se viste del Sol, y la que más esclarece con su resplandor á las mismas estrellas?

Pues esta Señora no es menos grande en la misericordia que en su gloria, y así en todas nuestras necesidades nos acojamos á ella, pues ella nos fué dada por común remedio de todos los males, y dadora de todos los bienes. Ella nos dió al reparador del cielo, al vencedor del infierno, al salvador del mundo, al alegría de los ángeles, á la salud de los hombres, á la corona de los santos, y á la lumbre del paraíso. Y así como el Hijo subiendo á lo alto, envió dones á los hombres, así la Virgen hará lo mismo, porque ni le falta poder, pues es reina del cielo, ni tampoco voluntad, pues es reina de misericordia y abogada de los pecadores.

De cuán excelente sea la devoción del Rosario de Nuestra Señora, y de los quince misterios que contiene.

Pues en este libro se ha tratado hasta aquí de los principales misterios de la vida de nuestro Salvador, es agora de saber que entre otros muchos fructos para que sirve esta doctrina, uno dellos es saber por aquí la historia de los misterios del Rosario: y por esto me paresció dar aquí brevemente la razón por la cual esta devoción es tan universal y tan celebrada y encomendada en la Iglesia cristiana, y declarar cuáles sean los misterios que comprehende, para que con mayor estudio y diligencia los devotos de nuestra Señora se apliquen á ella.

Es pues agora de saber que el principio de toda nuestra bienaventuranza consiste en el conoscimiento de Dios. Mas á este soberano Señor no podemos en esta vida conoscer en sí mismo sino en sus obras, y entre éstas las más excelentes fueron las de la sagrada humanidad. De dónde se sigue que éste es el medio más excelente que hay para venir en conoscimiento de la soberana Deidad, por medio de la sagrada humanidad. Y así no es otra cosa la devoción del Rosario (si se platica como conviene) sino meditación de los principales misterios de la vida de nuestro Salvador y de su sanctísima madre, los cuales andan juntos, porque en todos ellos entrevino la Virgen nuestra Señora con su hijo bendito, mayormente en los de su sancta niñez.

§ I

Y para los que no están ejercitados en esta devoción, advertiremos aquí que ella se reparte en quince misterios principales de la vida de nuestro Salvador y de su sancta madre, que son cinco gozosos, y cinco dolorosos, y otros cinco gloriosos. Los cinco primeros gozosos son: la anunciación del ángel á nuestra Señora, la visitación á Sancta Elisabet, la natividad del Salvador, la adoración de los Reyes Magos, la purificación de nuestra Señora y presentación de su Hijo en el templo, ó cuando después de perdido lo halló en el mismo templo. Los cinco dolorosos son: la

oración del huerto, los azotes á la columna, la coronación de espinas, el llevar la cruz á cuestas, el ser crucificado en ella, con lo cual se junta el oficio de la sepultura y la soledad de nuestra Señora. Mas los cinco misterios gloriosos son: la resurrección del Salvador, con el aparescimiento á la sagrada Virgen y á los discípulos y discípulas, la subida al cielo, en la cual piadosamente creemos haberse hallado la Virgen Sanctísima, porque justo era que la que se halló presente á los dolores del monte Calvario, no caresciese de la fiesta y gloria del monte Olivete. El tercero misterio glorioso fué la venida del Espíritu Sancto, á la cual esta Virgen se halló presente con los discípulos y discípulas de su hijo. El cuarto fué su gloriosa asumpción, y el quinto, la gloria de su coronación.

Pues el que quisiere cumplir con esta devoción, no se ha de contentar con rezar secamente las Avemarías que el Rosario comprehende, sino rezando con la boca, debe en el corazón ir rumiando y meditando estos misterios susodichos, deteniéndose en cada uno con la devoción que el Espíritu Sancto le administrare. Para lo cual le servirá todo lo que se ha tratado en este libro acerca de los misterios de la vida del Salvador, porque habiéndolos primero leído con atención y devoción, ellos le darán motivos y consideraciones para despertar su devoción, humillándose primero, y pidiendo á nuestro Señor le quiera dar el sentimiento entrañable de lo que él en este mundo por nosotros hizo y padesció. Porque él solo es el que da á los humildes y diligentes el verdadero sentimiento de estos misterios. Pues con esta devoción (que pertenesce á la gloria del hijo y de la madre) alcanzará el hombre la gracia y favor de ambos, para que le sean favorables en todos los negocios y trabajos de esta vida, y mucho más en el postrer trance de la muerte, para que ayudado en este paso, vaya á gozar y ver esta sancta Virgen con su precioso hijo en el cielo. Al cual sea honra y gloria en todos los siglos de los siglos. Amén.

LAUS DEO

PREÁMBULO

SOBRE

LA FILOMENA DE S. BUENAVENTURA

QUE AQUÍ SE AÑADIÓ

Una de las más principales llagas que por el pecado nos vinieron, y la que toda la vida habíamos de sentir y llorar, es el grande apetito que tenemos de las cosas sensuales, y el poco gusto que tenemos de las espirituales, pues para las unas tenemos el apetito tan vivo, y para las otras tan prostrado. Por tanto, así como á los enfermos (cuando tienen perdida la gana del comer) les buscamos mil maneras de manjares y guisados para despertarles el apetito, así también conviene hacer lo mismo con los que están espiritualmente enfermos, para encender en ellos el deseo y gusto de las cosas espirituales. Para lo cual me pareció añadir al fin deste libro la Filomena de S. Buenaventura, lo uno, por ser sumario de toda la vida de Cristo (de que aquí habemos tratado) y lo otro, por ser ésta una muy graciosa y devota invención que este sancto Doctor buscó para despertar en las ánimas el gusto y apetito de las cosas espirituales. Y por que no desprecie el cristiano lector esta invención, acuérdese cuán gran doctor y cuán gran perlado fué este sancto, pues á los siete años de su profesión leyó en París con gran fama las Sentencias, y á los trece della fué electo en general de toda su Orden, y después criado obispo y cardenal. Pues este varón por tantos títulos grande, fué tan devoto de los misterios de la sagrada humanidad, que muy grande parte de su doctrina empleó en escribir diversos tratados, dellos grandes, dellos pequeños, de la vida y muerte del Salvador, guisando este manjar celestial de muchas maneras (para que nunca pudiese dar en rostro ni causar hastío en los lectores) y exhortando á todas las personas espirituales á la meditación de la vida y pasión deste Señor.

Pues el argumento deste tratado es fingir que un ánima muy encendida en el amor de Cristo, y muy desconsolada por su ausencia, le envía á visitar por una filomena (que es el pájaro que llamamos ruiseñor) lo uno, para que con el harmonía de su voz le dé una dulce música, y lo otro, para que le dé cuenta de la soledad y tristeza que padece por su ausencia. Mas después deste exordio, presuponiendo que esta filomena es el ánima devota que dijimos, hace una larga comparación del canto material desta ave, y de su muerte, con los cantares espirituales desta ánima y con la muerte espiritual con que viene á morir juntamente con Cristo en la cruz. Él escribió todo esto en verso, por ser este estilo muy acomodado á los dulces y devotos afectos y á la materia que aquí se trata. Mas yo trasladé, no todo, sino un pedazo deste tratado en prosa, por no saber poner esto en verso castellano, como ello hubiera de ser.

FILOMENA DE S. BUENAVENTURA

Filomena, que con tu dulce canto recreas los ánimos fatigados, y das al mundo nuevas del fin del invierno y del principio alegre del verano, ruégote quieras venir agora á mi llamado.

Ven, y enviarte he á do yo no puedo caminar, para que con tu dulce canto recrees á mi amado, al cual yo triste no puedo agora visitar.

Por tanto ruégote, ave piadosa, quieras suplir esta falta, saludando dulcemente por mí al amado, y dándole nuevas de lo que padesco por su deseo.

Y si alguno preguntare por qué te escogí para que fueses mi mensajero, la causa es, porque leí que así tu canto como tu fin es figura de grandes misterios.

Por tanto, oh amado lector, está agora atento, porque si notares bien el canto desta ave, y le quisieres imitar, este oficio te hará presto músico celestial.

Porque desta ave se lee que el día que siente allegarse su

muerte, se sube en un árbol alto, y antes que el sol salga, comienza á cantar muy dulcemente.

Con su dulce canto previene la mañana, mas salido ya el sol, á la hora de prima levanta más la voz, y canta con mayor dulzura.

Mas cuando el sol se va empinando, y el calor va cresciendo, entonces cantando se deshace, y cuanto más alto canta, tanto más se enciende.

Pero al medio día, cuando el mundo arde, entonces rompe las entrañas con grandes clamores, y así da fin á su canto con grandes dolores.

Desta manera pues, acabado el canto de nuestra filomena, llegada ya la hora de nona, inclinada la cabeza, da fin á su vida.

Esta filomena figura es del ánima religiosa, la cual levantándose luego por la mañana, canta muy devotamente una dulce canción.

Porque para confirmación de su esperanza celebra un misterioso día, cuyas horas son los beneficios divinos, en que ella dulcemente contempla.

Porque la hora del alba es aquel dichoso estado en que el hombre fué por Dios criado, y la hora de prima es cuando en el mundo nasció, y la de tercia cuando con los hombres conversó.

La de sexta es cuando él quiso ser preso y atado, escupido, herido y abofeteado, y finalmente puesto en cruz, y en ella enclavado.

Mas la hora de nona es cuando con clamor y lágrimas expiró en la cruz, y la de vísperas, cuando su sagrado cuerpo fué depositado en el sepulcro.

Pues éste es el místico día desta espiritual filomena, la cual subiéndose en el árbol de la sancta cruz, canta dulcemente las seis horas deste día, y así da fin á su vida, cuando su amado esposo en la cruz expira.

Luego pues muy de mañana, levantando el corazón á lo alto, alaba y glorifica á su Criador, que tan maravillosamente la formó, diciendo:

Cuando vos, Señor, me criastes, entonces declarastes la grandeza de vuestro amor, pues ante todo merecimiento me amastes de pura gracia, y hecistes participante de vuestra gloria.

¡Oh cuán maravillosa dignidad me fué aquí concedida, cuan-

do la imagen divina fué en mi ánima impresa! Pero cresciera más esta gloria, si la primera culpa no lo impidiera.

Porque tú, oh suma Bondad, me querías tener uñida contigo, y que tuviese en el cielo mi morada, tratándome en esto como hija muy querida.

Única suavidad, única dulzura, piadoso robador de los corazones que te aman, todo lo que soy y tengo, á ti lo ofrezco, y á ti vuelvo, Señor, tu mismo depósito.

En esta consideración ocupa el ánima el alba deste día, y de ahí pasa á la hora de prima, devotamente contemplando cómo nasció el Salvador en este mundo.

Aquí se derrite el ánima por amor, espantada de tan grande bondad, viendo al Criador de todo llorando en un pesebre como los otros niños.

Llora pues ella también, y llorando dice: Oh fuente de piedad, ¿quién te envolvió en pañales de tanta pobreza? ¿Quién te hizo darte tan de gracia al mundo, sino el amor grande que nos tuviste, y el ardor de tu caridad?

Oh muy dulce niño, y niño sin par, dichoso aquél que ahí te pudo abrazar, y besar tus pies y manos, y emplearse todo en te servir.

¡Ay de mí, que no te pude halagar, y llorar con el que lloraba, y adorar aquellos tiernos miembricitos, y estar siempre junto á aquel pesebre!

Pienso que el sancto niño no se agraviara, antes creo que como los otros niños, mirándome se sonriera, y viéndome llorar, conmigo llorara, y fácilmente mis culpas perdonara.

Dichoso aquél que en este tiempo pudiera alcanzar de la sancta Virgen que le quisiera aceptar por su esclavillo, con tal que siquiera una vez al día le dejara adorar y besar los sagrados pies de aquel sancto niño.

¡Oh cuán de buena gana yo le serviera, cuán alegremente fuera por agua, y cuán de buena voluntad aquellos sanctos pañales lavara!

Desta manera pues herida el ánima devota, comienza á amar la sancta pobreza, la abstinencia y la pobre vestidura, y á menospreciar la gloria del mundo.

Pues contemplando desta manera el nascimiento del niño, y cantando cantares de alabanza en esta hora, pasa luego á la ter-

cia, y comienza á pensar las fatigas que padesció en el mundo, andando por él y enseñando á los hombres.

Entonces ella con muchas lágrimas contempla sus trabajos, la hambre, la sed, los fríos, los calores que misericordiosamente padesció por los pecadores, deseando renovar su vida y curar sus dolores.

Y ardiendo en llamas de vivo amor, da voces esta ave bienaventurada, deseando morir al mundo, á quien hiede su gloria: tanto es delicada.

Clama pues y dice: Oh dulce predicador, socorro de los desterrados, y amador de los pobres, reposo de los penitentes, y piadoso consolador, á ti, Señor, han de correr el justo y el pecador.

Dichoso aquél á quien fué dado ser discípulo deste Maestro, y conversar siempre con él, y gustar sus palabras, en cuya comparación todos los deleites del mundo están llenos de dolor.

Pues contemplando el ánima estos trabajos, comienza á cantar gracias al Señor, y á inflamarse más en sus alabanzas, y desta manera se acaba la hora de tercia.

Aquí derrama muchas lágrimas, glorificando este Señor que tantos caminos anduvo, y tanto padesció por nuestro amor.

En esta hora el ánima está como alienada y tomada de vino: mas á la hora del medio día, cuando arde el sol, deseando ser traspasada con saetas de amor, comienza á contemplar la pasión del Señor.

Y vertiendo muchas lágrimas, pone los ojos en el cordero delicado, cordero sin mancilla, de espinas coronado, herido con azotes, y con clavos traspasado, y con la herida del costado todo ensangrentado.

Entonces la piadosa ánima da voces y clamores, viendo al Señor cercado de dolores, mirando su rostro amarillo y sus ojos mortales.

Pues ¿cómo, Señor, dice, así convenía que tú, manso cordero, padescieses muerte tan indigna? Mas así habías ordenado de vencer nuestro enemigo, y darnos esta muestra de tu grande amor.

Un anzuelo te aparejó la caridad cuando te movió á morir por el hombre, y el cebo con que lo cubrió, fué nuestra salud, y con él te prendió.

Mas tú bien conoscías el anzuelo escondido, pero todavía quisiste caer en él, porque el amor del cebo te tenía preso.

Y así por este amor que me tuviste, de buena voluntad te dejaste prender, cuando al Padre te ofreciste, y con tu preciosa sangre lavaste mis culpas.

Por tanto, Señor, no descansaré hasta que venga á morir contigo, y de dar clamores nunca cesaré, ni este deseo se entibiará en mí.

Ni de otra manera se templará este dolor, con el cual mi corazón es atormentado, si tú, oh fuente de dulzura, no fueres el médico desta llaga.

Después desto la devota ánima, ardiendo en amor, pierde las fuerzas, sin poder más hablar: pero cresciendo esta llama, viene á caer enferma deste mal.

Y perdido ya el órgano de la voz, palpitando con la lengua sin poder hablar, mas recompensando las palabras con abundancia de lágrimas, llora sin consuelo la pasión del Señor.

Porque en este estado nada le contenta sino gemidos, sospiros y llantos, ni aparta los ojos de la cruz del Señor.

Y de tal manera contempla sus dolores, como si le tuviese ante sí presente, ni desvía los ojos de la sancta cruz, porque ahí está el ojo do está el corazón.

Gemidos y sospiros, lágrimas y lamentaciones son sus deleites, su comer y su beber, con los cuales esta nueva mártir acrescienta su dolor.

Llegada á este estado, desecha todo lo terreno, y el alegría del mundo tiene por veneno. Mas llegando á la nona, acaba su vida, cuando la fuerza del amor rompe su corazón.

Porque cuando se acuerda que en la hora de nona dijo el Señor: *Consummatum est*, da ella voces, diciendo que esta voz despedazó su corazón y la hizo expirar juntamente con él.

Y no pudiendo sufrir golpe tan grande, muere (como dicho es) esta dichosa muerte, porque luego se le abren las puertas del cielo, y la hacen compañera y hermana de los sanctos.

Por esta tal muerte no hay misa de Requiem, antes el principio de la misa es: *Gaudeamus*. Porque si por el mártir hacemos oración (como dice el Decreto) derogamos al sancto.

Ea pues, dulce ánima, ea, dulce rosa, lilio de los valles y perla preciosa, á quien la fealdad de la carne siempre fué penosa, dichoso tu acabamiento, y tu muerte gloriosa.

Dichosa, pues gozas del descanso deseado entre los brazos del

esposo adormecida, y con su divino espíritu firmemente uñida, recibes dél besos de cumplida paz.

Ya cesan los ojos y las fuentes de lágrimas, porque ya recibes el fruto de tus obras, pues aquél por quien escapaste las ondas del siglo,con dulces abrazos consuela tu llanto.

Mas ya doy fin á este cantar, por no enfadar al cristiano lector, porque si quisiese escribir cuán delicioso es este estado, y cuán glorioso, los malos dirían que soy mentiroso.

Pero diga el mundo lo que quisiere. Mas tú, amado hermano, mita á esta mártir, y cuando tal fueres, pide al Señor el cantar destos mártires te quiera enseñar.

Frecuentemos, hermana, este nuevo canto, por que no nos fatiguen las penas desta vida, ca el ánima que canta con esta melodía, acabada la vida, la reciben Jesús y María.

Entonces cesarán los llantos y dolores entre los coros de los sanctos ángeles, porque cantando llegarás á estos coros, eternalmente uñida con el Rey de los siglos.

FIN DE LA FILOMENA DE S. BUENAVENTURA

TABLA PRIMERA

DEL

LIBRO DEL AMOR DE DIOS

Págs.

TABLA DE LAS MEDITACIONES

DE LA VIDA DE CRISTO

FIN DE LA TABLA



EN SALAMANCA
EN CASA DE MATÍAS GAST

1574

MADRID
EN CASA DE LA HIJA DE GÓMEZ FUENTENEBRO
NUEVE DE SEPTIEMBRE
1907




BX
2349
L84
1906
v.4
c.1
ROBA

